

BIBLIOTECA DE ESCRITORES
DE CHILE

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

Teatro Dramático Nacional

(TOMO I)

precedido de un prólogo
de
Don NICOLÁS PEÑA M.

Seminario
ENRIQUE MATTA VIAL
Biblioteca Nacional
Santiago

IMPRENTA BARCELONA
Moneda esquina San Antonio
Santiago de Chile — Año 1912

BIBLIOTECA DE ESCRITORES
DE CHILE

VOLUMEN IX


BAILLY
Y CA.
IMPRENTA
BARCELONA
MONEDA
8 01A 843
SANTIAGO
CHILE
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION

Santiago, Noviembre 10 de 1908

Teniendo presente:

PRIMERO.—Que la producción intelectual de Chile durante los cien años de vida independiente que la República está próxima á cumplir, constituye, así por el número y variedad de las obras como por la importancia y entidad de las materias, una de las manifestaciones más características y honrosas del progreso nacional;

SEGUNDO.—Que esta producción no es suficientemente conocida y apreciada en el país, y aun menos en el extranjero, por cuanto se halla esparcida en ediciones ó publicaciones aisladas, algunas de las cuales están agotadas ó son de difícil adquisición, haciéndose en todo caso necesario incorporarla en un cuerpo de publicidad que la presente, debidamente seleccionada, bajo un orden metódico de materias, de autores y de fechas;

TERCERO.—Que tanto en cumplimiento de los deberes educacionales que la Constitución le impone, como en estímulo de la propia producción intelectual del país, incumbe al Gobierno difundir el conocimiento de los escritores que han ilustrado las letras nacionales ó realizado estudios de mérito en los diversos ramos del saber;

CUARTO.—Que el cumplimiento de tal deber permite á la vez iniciar la realización de este propósito como uno de los más elevados y significativos homenajes que la nación pueda tributar al centenario de su independencia;

QUINTO.—Que desde varios años atrás las leyes de presupuesto vienen consultando sumas de dinero más ó menos considerables para costear la publicación de obras de determinados autores, sin obedecimiento á un plan y selección sistemáticos; y

SEXTO.—Que con tales cantidades, y aún sin perjuicio de mantener la publicación ya iniciada de ciertas obras, puede sobradamente efectuarse la edición paulatina y metódica del gran conjunto de la producción intelectual chilena, en la forma que el presente decreto determina, decreto:

I.—Establécese, con el nombre de «Biblioteca de Escritores de Chile», una publicación permanente destinada á coleccionar, previa selección, las obras escritas en el país y las de autores chilenos publicadas en el extranjero.

II.—Esta Biblioteca comprenderá la producción posterior al 18 de septiembre de 1810; ninguna obra podrá incorporarse en sus ediciones sino después de fallecido el autor.

III.—Una comisión especial permanente, compuesta del Ministro de Instrucción Pública, que la presidirá, del Decano de la Facultad de Humanidades, que será su Vice-presidente, del Secretario General de la Universidad, del director de la Biblioteca Nacional y de tres personas designadas por el Presidente de la República, tendrá a su cargo la publicación de la Biblioteca, determinando las obras que deban insertarse en ella, los detalles relativos á su edición y reparto, y todo lo demás que a tal publicación se refiera. La comisión tendrá, además, un secretario.

IV.—Las obras de cada autor irán precedidas de un estudio biográfico y crítico, cuya redacción se encomendará por la comisión permanente de la Biblioteca á las personas que juzgue idóneas.

V.—De cada autor se elegirán aquellos trabajos que por su mérito intrínseco, ó por revelar el estado de cultura ó mentalidad de un determinado período de la historia patria, se estimaren dignos de ser reproducidos.

VI.—Los volúmenes se imprimirán en formato de cuarto menor, á dos columnas, con tipo del número 9, interlineado; y sus demás condiciones de impresión serán también uniformes en toda la serie. Ningún ejemplar se entregará á la circulación sin pasta.

VII.—El número de ejemplares de cada edición no bajará de tres mil.

VIII.—Se repartirán gratuitamente ejemplares de cada uno de los volúmenes de la Biblioteca á todas las bibliotecas públicas, á las de todos los establecimientos fiscales de enseñanza, á las oficinas de las Legaciones chilenas y consulados de profesión, á las principales academias é institutos científicos extranjeros, y á las sociedades nacionales obreras de instrucción con personalidad jurídica.

IX.—Del resto de la edición se reservará una tercera parte, que quedará á disposición del Gobierno, en los almacenes del Ministerio de Instrucción Pública; y el remanente se pondrá á venta, al precio de costo de cada ejemplar, en las librerías del país ó del extranjero que la comisión designe. Cada ejemplar llevará ímpreso en la carátula el precio de venta.

X.—Del producto de la venta y de las comisiones corrientes en el comercio que se paguen á las librerías, se enviará trimestralmente una planilla detallada al Ministerio de Instrucción Pública, el cual ordenará su publicación en el *Diario Oficial*.

XI.—La comisión permanente de la Biblioteca se reunirá por lo menos una vez al mes y podrá celebrar sesión con tres de sus miembros.

XII.—El secretario tendrá directamente á su cargo la recolección de los impresos ó manuscritos que se necesiten para la publicación de las obras, la corrección de las pruebas y la vigilancia de la impresión. Le corresponderá, asimismo, llevar las actas de las sesiones de la comisión y la contabilidad de los fondos de que ella disponga, atender al reparto de las obras de la Biblioteca, y á los trabajos de redacción y demás que se le encomienden. En el desempeño de todas estas funciones procederá con arreglo á las instrucciones de la comisión.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno*.

MONTT. *Eduardo Suárez Mujica.*

Valparaíso, 19 de Mayo de 1909.

Núm. 1,851.—Teniendo presente:

PRIMERO.—Que la comisión permanente encargada de organizar la Biblioteca de Escritores de Chile ha acordado solicitar del Supremo Gobierno la modificación del decreto de 10 de Noviembre de 1908 en orden al número de miembros de que consta dicha comisión y al formato elegido para editar las obras que formarán la Biblioteca;

SEGUNDO.—Que para el expedito funcionamiento de la comisión permanente hay conveniencia en aumentar el número de miembros que la componen, á fin de que pueda sesionar con la frecuencia que requieran las necesidades del servicio;

TERCERO.—Que hay también conveniencia manifiesta, dado el objeto que se tuvo en vista al crear esta Biblioteca, en modificar el formato primitivamente adoptado para la edición de las obras, el cual no cumple con todas las condiciones prácticamente convenientes á juicio de la comisión expresada,

Decreto:

Créanse dos nuevas plazas de miembros de la comisión permanente encargada de la organización de la Biblioteca de Escritores de Chile.

Adóptase como modelo para la edición de las obras que compondrán la Biblioteca, el formato de los volúmenes de la *Colección de los mejores autores españoles* de don Eugenio de Ochoa, edición Baudry, octavo francés, con las modificaciones que señale la comisión permanente.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno*.

MONTT. *Jorge Huneeus G.*

PRÓLOGO

En uno de sus libros maravillosos, en donde el maestro Anatole France esparce sus decires con elegancia suprema, nos cuenta la *verdadera* historia de un rey de Persia, el cual al subir al trono de sus mayores deseó conocer la historia de los hombres y los anales del pasado, y al efecto encargó á los sabios del reino se la escribieran sin perdonar detalle alguno. Y como viera que al cabo de veinte años se presentaron los sabios con una caravana de muchos camellos cargados de libros, pidió el rey un resumen abreviado que estuviera en proporción con la existencia humana. Pasaron muchos años, y cuando el rey daba las últimas boqueadas presentóse un sabio anciano con un sólo volumen; mas el rey le dijo: Moriré sin conocer la historia de los hombres. Y el sabio al rey: Ya que deseais conocer la historia de los hombres la voy á resumiros en tres palabras: nacieron, sufrieron y murieron. Y el rey murió consolado.

Esta curiosidad del rey de Persia, en otro ramo de la actividad humana, también la tuvo el que este prólogo subscribe. También deseó conocer lo que llaman el teatro nacional, leer una á una las obras publicadas ó representadas, desde los remotos tiempos en que se representó en Concepción el *Hércules Chileno* (1693) hasta las obras del último Certamen Dramático de 1912; pero sea porque la producción ha sido tan copiosa—más de quinientas obras

—sea por encontrarse ella desparramada en innumerables revistas y periódicos ó encontrarse muchas manuscritas, ó sea, en fin, por ocupaciones impostergables del prologuista, las cuales no le han dejado el vagar suficiente, este estudio tiene que pecar por incompleto y deslavazado.

Por estos motivos, pide indulgencia. Y antes de hablar de lo que se llama Teatro nacional, permita el lector, curioso ó bondadoso, que algo diga acerca de las representaciones teatrales en tiempos ya lejanos.

* * *

I

Cuando don Pedro de Valdivia acampó en las márgenes del Mapocho con su ruda y animosa legión de castellanos, el teatro en España no estaba aún constituído. Sin remontarme á los escasos fragmentos que se conservan del *Misterio de los Reyes Magos*, escrito en los comienzos del siglo XIII, ni á los diálogos y mimos de Gómez Manríquez, puede decirse que sólo á fines del siglo XV, algunos poetas—entre ellos, Juan de la Encina—empezaron á escribir églogas ó diálogos con varios interlocutores, que se recitaban en los palacios de los magnates poderosos ó en el seno de las catedrales.

No comenzaban todavía las peregrinaciones errabundas de los cómicos de la legua, inmortalizados y personificados por Cervantes, en Angulo el Malo con su carro de las Cortes de la Muerte, que tanta pesadumbre dieron á Don Quijote y tanto espanto á su escudero, allá en las llanadas de la Mancha.

No es extraño, pues, que los conquistadores, con larga estada en el Perú, al llegar á Chile, no conocieran, ni remotamente, lo que era una representación teatral, y aunque lo hubieran barruntado, no eran esos tiempos de diaria lucha y de edificación de las primeras viviendas y entre soldados ignorantes, los más propicios para pensar en esparcimientos. Sólo muchos años más tarde, cuando los soldados y misioneros llegados de la península española conocieron algunos autos sacramentales, popularizados en

España en la segunda mitad del siglo XVI, principiaron á relatarse en momentos de descanso y en los pobres hogares, los romances populares y tradiciones adulteradas de los espectáculos presenciados en las Catedrales.

Y menos puede pensarse todavía, en que los indios habitadores del reino de Chile, por intuición, que habría sido maravillosa, hubieran adivinado algún juego escénico, á pesar de la aparatosa teatralidad de muchas de sus ceremonias. Es verdad que tenían una literatura especialísima, oral. Poetas había, que en algunas ceremonias recitaban composiciones sin pausa ni acento; pero sujetas al compás del canto y aunque, por lo general, sus temas eran guerreros, no faltaban canciones de amor. Como se han encontrado numerosos romances históricos, llegan algunos escritores—como el señor Tomás Guevara—á suponer que estos romances pueden ser fragmentos de alguna epopeya ó poema de largo aliento que no llegó á formarse. En los matrimonios, después del rapto y en medio de grandes borracheras, nunca faltaba la recitación de romances, como lo atestiguan Carvallo Goyeneche, el padre Rosales, Ovalle y otros historiadores. El novio invitaba á la parentela á grandísimas borracheras y ella ayudaba con comestibles, como ser ovejas y carneros y todos los asistentes se obligaban á llevar tinajas de chicha. Arreglaban unos tinglados y bancos en donde bailaban y cantaban, y dice el padre Rosales: «Tres días antes hacen el ensayo de la fiesta y ensayando música, el cacique que hace la fiesta paga *á los poetas los romances que han hecho* y el premio consiste por cada romance, en diez botijas de chicha y un carnero. En cada borrachera sacan *ocho ó diez romances nuevos* en que alaban al que la hace. Y si es para el entierro de algún difunto ó para sus honras hacen lo mismo». Y en otra parte dice: «No tienen fiestas públicas estos indios de toros, de cañas, *comedias* ni las que se hacían en los antiguos anfiteatros».

Mucho ha llamado la atención de los historiadores la

teatralidad de algunas de sus ceremonias, de los *machitunes*, por ejemplo, descriptos con tanto colorido y viveza por el señor Guevara en las páginas 243 y siguientes del Tomo 1.º de su Historia de la Araucanía. De ahí que los indios, á pesar de que nunca se convirtieron á la fe, se enamoraron de la ostentación pagana de muchas fiestas de la iglesia.

Sin creer como el ilustre Galdós que la liturgia no sólo se contenta con el simbolismo del ritual ordinario, sino que aspira á producir las desgarradoras emociones del drama y que en las misas mayores los tres sacerdotes dialogan el texto evangélico, haciendo uno de Cristo, otro de Evangelista y otro de Turba, no puede negarse que hay algo de teatral y aparatoso en muchas ceremonias de la iglesia, especialmente en las antiguas procesiones.

El padre Ovalle, en su Histórica Relación nos ha dado curiosísimos detalles de como eran ellas en el siglo XVII; por ser muy interesantes y por que algunas de ellas se confundieron con los autos sacramentales mismos, voy á dar en extracto, una descripción de ellas.

Aunque en diversas épocas del año se verificaban, las más ostentosas y concurridas eran las que se celebraban en Semana Santa y á ellas también concurrían los indios comarcanos con infernal vocerío. El día miércoles, la procesión era triple, es decir, que de tres conventos á la vez salia una; de la Merced salía la Verónica al encuentro de otra en que venía el Redentor con la cruz á cuestas; cuando esta llegaba á la plaza, la Verónica hincaba la rodilla delante de Cristo, le limpiaba el rostro, mostrando al innumerable pueblo la imagen que quedaba estampada en el lienzo y cuando se ponía en marcha, aparecía la tercera procesión con San Juan. Al día siguiente se hacía la de la despedida de Cristo y la Virgen. El viernes, dos procesiones de la Soledad y el sábado cuatro.

En una de las festividades religiosas se celebraron tres certámenes poéticos que á porfía y competencia se publi-

caron con solemnísimos acompañamientos de á caballo en que salieron los cabildos y la nobleza, sin que nadie se escusase. Un certamen lo costeó la Catedral, otro el monasterio de la Concepción y el otro la congregación de estudiantes de la Compañía. En los tres se dieron premios que se repartieron á los poetas con gran solemnidad, «*haciendo sus representaciones*, acompañadas de regocijos y varios entretenimientos,» dice el padre Ovalle.

En la mañana de Pascua, los indios también hacían una procesión lucidísima con muchos pendones y andas muy bien emperifolladas, con flores artificiales de seda y oro; el niño Jesús con cabellera y vestido de indio, la Virgen de gloria y lujosamente recamada. Todas estas imágenes eran de tamaño natural. Una de las que más elogia el padre Ovalle es la siguiente: «Viene la Virgen Santísima sentada en un taburete con su precioso hijo á los pechos, le encuentra una nube la cual abriéndose de repente descubre una multitud de ángeles que vienen cada uno con su instrumento de la Pasión en las manos; el niño dejando el pecho se abalanza con grandes ansias extendiendo los bracitos para recibir aquellos instrumentos de su amor y la Virgen con admiración abre los suyos, levantando la cabeza á contemplar tan tierno afecto y hácese todo esto con tanta viveza que no parece artificio sino cosa natural».

Algunas de las procesiones eran verdaderas mascaradas en las cuales salían todas las naciones del orbe con sus reyes con trajes apropiados.

En 1633, con motivo de haber sanado de seria enfermedad el Presidente Lazo de la Vega, se celebraron grandes fiestas en Santiago, en honor de San Francisco Solano, pues el Presidente atribuía al santo su mejoría, y después denumerosas consultas á los teólogos y principales personajes se acordó tener á San Francisco Solano por patrono y abogado de la paz de Chile.

Las fiestas duraron desde el 28 de agosto hasta el 20 de septiembre.

El primer día hubo un certamen poético. El segundo despus de la puesta de sol una famosa mascarada compuesta de gigantes y enanos, los tres elementos: fuego, agua y tierra; seguían las cuatro estaciones: la primavera llevaba cuatro niños coronados de flores, el verano vestido da emarillo y coronado de espigas, el otoño con guirnaldas de frutas y el invierno con cuatro niños vestidos con pellonse. A las estaciones seguían los dioses: Júpiter coronado de rayos, Marte de punta en blanco, Saturno devorando á sus hijos, Neptuno caballero en un delfín, Mercurio y Minerva ricamente vestidos, coronados de laureles, Apolo cercado de rayos, etc., etc.; después seguían las partes del mundo. Otro día hubo corridas de toros, otro juego de cañas y el día 11 de septiembre, *en un teatro de vara y media de altura* se *representaron comedias por capitanes, sargentos mayores, licenciados y nobles del reino*. En un tablado se colocó el Presidente, en otro la Real Audiencia y en otro el Obispo y el Cabildo eclesiástico. Y abajo el pueblo de la ciudad y sus aledaños.

El día 13 salió al *teatro* un secretario y después de cantar una letra y de decir una oración en honor de San Francisco Solano leyó una alegoría poética y se repartieron los premios de los certámenes que se habían celebrado.

En el curioso documento citado en la página 219 y siguientes del tomo 1.º de la Historia de la Literatura Colonial de Medina se dice á la letra. «No se pudieron continuar estas fiestas [con *dos comedias* de que los plateros se encargaron por haber sido apresurados, así se dilataron hasta ol 20 de septiembre. Hizose en el tablado y teatro un jardín hermosísimo, donde se puso una fuente de plata».

¿Qué comedias habrán podido ser esas representadas por plateros, por capitanes y gentes de guerra? Me imagino que deben de haber sido simples pantomimas y no comedias recitadas. Y serían las más antiguas representaciones en Chile á no quedar constancia de que en 1616, el rey de España ordenó que en las colonias se celebrara el

misterio de la Concepción, y en Santiago lo hicieron con fiestas poéticas en las cuales se recitaron varios diálogos.

Precisamente en España con diálogos comenzó el teatro y antes de conocerse los autos sacramentales se recitaban breves composiciones dialogadas, sobre el misterio de la Eucaristía.

A fin de que se tenga una idea de lo que eran esos diálogos, voy á trascribir uno muy popular en su tiempo en España, especialmente en Cádiz, de donde pudo venir á Chile ya que la brevedad de él y su malicia son propicias para que fácilmente en el oído pueda quedar

TORIBIO Y PASCUAL

TORIBIO.—Pascual, ¿no me diréis vos
Aquello branco qué sea?
PASCUAL.—Toribio, parece obrea
Mas dice la fe que es Dios.
TORIBIO.—¿Cómo Dios tan grande cabe
En cantidad tan pequeña?
PASCUAL.—Toribio, la fe lo enseña
El cómo Dios se lo sabe,
Eso no me pidáis vos
Pues básteme que lo crea:
Toribio, parece obrea
Mas dice la fe que es Dios;
Dice más, que es medicina
Contra el tósigo de Adán;
De fuera parece pan
De dentro es carne divina,
Y si me preguntáis vos
Esto en qué manera sea,
Toribio parece obrea
Mas dice la fe que es Dios.
Toribio ase de creer
Que entendello es por demás,

Pues bien sabrá hazer Dios más
Que nosotros entender
Toribio ¿qué decís vos?

TORIBIO.—Creo Pascual que así sea.

PASCUAL.—Toribio, parece obrea
Mas dice la fe que es Dios.

Esos diálogos escritos y recitados en 1616 ¿son los primeros que se conocieron en Chile ó los hubo anteriormente? Mi escasa práctica de manejar papeles y de registrar legajos polvorientos no me da la luz apetecida; acaso otro más feliz y diligente logre conseguirlo y entonces sabremos qué pensaron y cómo pensaron sus autores, de qué linaje de asuntos ellos trataban. ¿Serían escenas de amor, relaciones de hazañosas proezas guerreras ó simples reminiscencias de otras representadas en España? Para mí hay sólo un signo interrogante.

Queda por averiguar todavía cuándo se representaron las primeras comedias, y los autos sacramentales, misterios y pasos religiosos ó comedias á *lo divino*.

Cuando Don Gaspar de Villarroel fué nombrado obispo de Santiago, antes de partir de España dió cierta cantidad de dinero á fin de costear los gastos de las representaciones de tres comedias en el convento de San Felipe de Madrid; pero no se representaron por no haberse conseguido licencia, según lo dispuesto poco antes. Villarroel lo explica así: «Cuando su Majestad fué servido de presentarme á este obispado quise recrear á mis frailes, como á mis hermanos y á mis bienhechores y dí dineros para tres comedias. Recibiéronlos los farsantes, callándonos el inconveniente y estando ya el teatro prevenido y la comunidad toda en la sacristía, propusieron la falta de licencia, facilitándonos el darla, á cualquiera diligencia el señor Presidente de Castilla. Hízola harto apretada el señor Marqués de Castro Fuerte, grande amigo mío; pero resis-

tióse tanto el señor Presidente que quedamos sin comedias, aunque después vimos tres en jardines.»

El santo obispo era muy aficionado á las comedias y si no da cuenta de ninguna vista en Chile, es indudablemente porque mientras estuvo aquí no se representaron; en cambio cuenta que el día de Corpus y el de su Octava se representaron en el cementerio de la Iglesia Metropolitana de Lima, asistiendo los Virreyes, obispos, los cabildos y órdenes religiosas «y no son las comedias, Autos Sacramentales, como aquellos de la Corte, sino comedias formadas. Y aunque se procura sean religiosas, como la fábula es el alma de la Comedia, ninguna es tan casta que no se le mezclen algunos amores; pero como ellas no se representan torpemente pueden sufrirse». (1)

Autos sacramentales sí que se representaban ya en Santiago, pues el mismo obispo habla de *unas* comedias representadas en el cementerio de la Merced á las cuales asistió, que indudablemente eran autos ó *farsas del Sacramento*, como también se llamaban; pero no deja de ser curioso que hable también de entremeses. La relación de una de esas representaciones es muy curiosa por la tan conocida cuestión de etiqueta sucedida entre el obispo y la Real Audiencia.

Detengámonos un instante y veamos qué era un auto sacramental. Hasta no hace mucho tiempo existía una verdadera confusión en esta materia. Con el nombre de auto sacramental se bautizaba cualquiera representación de asuntos religiosos, sean misterios de la pasión ó vidas de santos, cuando no es otra cosa que un drama alegórico que trata del dogma de la presencia eucarística. En su representación había que distinguir cuatro partes: la procesión, el prólogo donde se explicaba el argumento, el intermedio y el auto mismo. En la procesión figuraban

---

(1) Los dos Cuchillos Pontificio y Regio. Parte I, Cuestión III, Artículo VI, párrafo 68.

grandes gigantes de cartón que representaban al Pecado, la Muerte, la Herejía, el Islamismo, etc., é iban gobernados por hombres ocultos en su interior; el pueblo con trajes apropiados los seguía cantando himnos y bailando danzas españolas, algunas tan indecentes como la famosa *sarabanda*. Después venían las órdenes religiosas y el cabildo eclesiástico que llevaba bajo palio al Santísimo Sacramento. Seguía el presidente ó gobernador y altos dignatarios y, por último, el carro con los actores; las mujeres eran reemplazadas por estudiantes, ó jóvenes de buena presencia. En el prólogo, como lo he dicho, se explicaba el argumento del auto y en el intermedio, un serpentón de enorme tamaño y ojos espantosos, llamado la Tarasca y un mónstruo de cabeza colosal en cuerpo pequeño, llamado la Gigántida, remedaban á los moros.

La función concluía con el auto mismo. Este se representaba al aire libre delante de las puertas de los conventos ó en sus cementerios. Aunque en la apariencia el tema es uno, prodigiosa es su variedad. Como los luteranos y calvinistas negaban la presencia divina en la hostia consagrada, los poetas españoles y portugueses, desde Gil Vicente á Calderón de la Barca, afirmaron la presencia eucarística en obras alegóricas de un sabor místico desconocido en cualquier otro teatro del mundo. Los más escabrosos temas de teología eran llevados á las tablas, los puntos más sutiles eran prestigiados por la poesía y versificación maravillosa de Lope, de Calderón, de Mira de Mescua, de Valdivieso y de Moreto; sin embargo, no será aventurado suponer que la mayor parte de los autos sacramentales representados en Chile no eran originales de esos grandes maestros, sino compuestos y arreglados por miembros de las congregaciones religiosas que en tan gran número existían en el país, ya que hay que tener presente que la introducción de obras de imaginación, sea novela, drama ó poesía estaba prescrita bajo penas muy severas. Las obras originales ó arreglos que más se representaban eran las

siguientes: *Las tres Marías*, *El Descendimiento de la Cruz*, *El Juicio*, *La Epifanía*, *El Sacrificio de Isaac*, *La Danza de la Muerte*, y eran representadas por miembros del clero, estudiantes, y en los conventos de monjas, por ellas mismas.

Condición imprescindible de los autos era que se representaran el día de Corpus hasta su Octava.

Las representaciones que se verificaban en otras festividades religiosas eran misterios, dramas de santos en los cuales lo profano se mezclaba con lo religioso, lo serio con lo ridículo. El Padre Eterno, la Virgen, el Niño Jesús, los Profetas alternaban con príncipes, lacayos y graciosos. Fué muy conocido en Lima, y Frezier vióle representar en Pisco, el *San Alejo* de Moreto. Es el tipo de la comedia á lo *divino*. En pocas palabras voy á relatar su argumento: Un joven Alejo se ha casado en el día con Sabina y en la noche de sus bodas, por avisos celestiales, huye de la casa paterna á fin de conservar la castidad. Se va al Asia, recorre los Santos Lugares y después de algunos años vuelve á Roma, su ciudad natal, y sin ser conocido pide hospitalidad en su propia casa, albergándose debajo de una escalera. El duque Otón, hace tiempo que pretende los favores de Sabina, instigado por el diablo, y propala la voz de la muerte de Alejo; pero no alcanza sino desaires. En vista de que las astucias puestas en juego no le dan resultado favorable decide robarla. Alejo lo evita; pero muere en manos de los lacayos del duque, no sin dejar escrito en un papel la historia de su vida. Del cielo se oyen grandes voces que anuncian el tránsito del alma de Alejo, las campanas de San Pedro repican solas. El pueblo se amontona frente á la casa del padre del santo, y rodeado de resplandores se encuentra su cadáver con un papel en la mano que sólo puede sacar la esposa abandonada.

Es probable, pues, que esta obra de Moreto fuera conocida en Chile, como lo fué *El Desdén con el Desdén*, representado muchas veces hasta los tiempos de Marcó del Pont, como después veremos.

Los autos sacramentales fueron prohibidos en 1765 por Carlos III, secundado por el conde de Tebas, arzobispo de Toledo; pero las representaciones de los dramas á lo *divino*, á pesar de los distintos ataques que recibieron de los obispos é Inquisición, continuaron hasta el comienzo del siglo diez y nueve.

En la segunda mitad del siglo diez y siete conociéronse ya otra clase de obras teatrales. La incruenta lucha sostenida por los araucanos, la publicación de la *Araucana* de Ercilla y la obra de los cortesanos de la noble casa de los Hurtado de Mendoza, entre los cuales se notaba la de Cristóbal Suárez de Figueroa, llamaron grandemente la atención de muchos poetas famosos hacia este rincon del mundo. Un escritor Ricardo de Turia (seudónimo) escribía *La Bellígera Española*, con personajes araucanos; Gaspar de Avila, su *Gobernador Prudente;* Lope de Vega, su *Arauco Domado;* Luis Belmonte, *Hazañas de Don García;* González Bustos, *Los Españoles en Chile.* Estas tres últimas fueron llevadas á la escena en diferentes ocasiones, y por este motivo y por ser poco conocidas estas comedias, paso á dar una reseña de cada una de ellas.

Una de las obras más representados durante la era colonial fué la intitulada *Algunas hazañas de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*, escrita en 1622.

El mérito de esta comedia es muy insignificante; pero es curioso por el asunto tratado y por la peculiaridad de que en ella hayan colaborado nueve poetas, tal vez como homenaje á las musas del Parnaso. Estos poetas fueron: Mira de Mezcua, Ruiz de Alarcón, Vélez de Guevara, Guillén de Castro, el conde del Basto, Fernando Ludeña, Diego Villegas, Jacinto de Herrera y Luis Belmonte.

Probablemente este último es el autor del plan de la obra y es además conocido por otra pieza dramática muy popular en España: *El Mayor contrario amigo y diablo predicador*, también representada en Chile. La referente á Hurtado de Mendoza tiene un ofrecimiento al lector en el

cual dice Belmonte: «El estado de Arauco, breve en el sitio, pues contiene solas diez y ocho leguas, está labrado con huesos de españoles; que con menos soldados de los que ha costado Chile, se hizo Alejandro señor de todo Oriente».

«Estando yo en Lima el año 605, me contó un capitan de aquellos estados que un levantisco soldado nuestro, se había pasado á los bárbaros y por arbitrio de más ofensiva guerra les dijo, que pues tenían tantos arcabuces ganados en despojos nuestros á costa de su misma sangre, que él les quería enseñar el uso de la pólvora, para servirse de ellos en defensa nuestra. Llevó por premio de su arbitrio el hacerse blanco de infinitas flechas, donde perdió la vida, juzgando los indios por afrenta el uso de armas tan ofensivas, cuando el valor de los brazos los llama libertadores de su patria».

Los personajes de la comedia son los siguientes: D. García, Felipe de Mendoza, Reinoso, maese de campo, Rebolledo, alférez, Chilindrón, gracioso, Colocolo, Orompello, Leucotón, mágico, Caupolicán, Tucapel, Rengo, Galvarino, Gualeva, Guacolda, Quidora, Coquín, indio gracioso y soldados españoles y araucanos.

En la primera escena del acto 1.º, de D. Antonio Mira de Mezcua, escrita en fáciles silvas, aparecen Caupolicán, Rengo, Tucapel, Gualeva, Colocolo, el gracioso Coquín y gran número de indios con cajas y coro de músicas. A pedido de Colocolo, y con el ofrecimiento de una corona de flores y de plumas, se celebra un certamen de flechas. Al disparar Caupolicán dice:

Flecha que el viento lleva
Por flores que coronen á Gualeva
Toma aliento y favores
De su misma deidad, no de las flores.

Y Tucapel esclama:

Al blanco fué derecha
Alma llevaba la admirable flecha.

Le colocan la guirnalda á Caupolicán y el coro de músicos entona:

Coro 1.º Los españoles tiranos
A Arauco domar quisieron
Y sus sepulcros hicieron
En estos valles ufanos,
Los araucanos.
Coro 2.º Pretendieron Villagrán
Y Valdivia la vitoria
Pero quitóles la gloria
Caupolicán.

Y los dos coros:

Lleve la fama la nueva
Al emisferio español
Sobre los rayos del sol
Que para alumbrar se lleva
Los de Gualeva.

Síguese una lucha entre Tucapel y Rengo por las plumas prometidas. Tucapel dice:

Ya veneran la frente de Quidora
Rengo.—De Guacolda dirás, alba que llora
La muerte de Lautaro.

Caupolicán los separa diciendo:

Dos pinos se extremecen....
Columnas son del sol....

Bravos soldados tengo,
Contra Felipe, en Tucapel y Rengo....
Las plumas se dividen, si bastantes
Son cuatro plumas para dos gigantes.

TUCAPEL.—Tu voz y arco respeto.

RENGO.—Cetro es el arco; yo le estoy sujeto.

Y el coro de musicos vuelve á entonar:

En el ameno vergel
Que riegan varios cristales
Aun los dioses inmortales
Tiemblan la furia crüel
De Tucapel.

CORO 2.º En los ojos soberanos
De Guacolda vive el sol
Y por Rengo al español
Atan las valientes manos
Los araucanos.

Como fin de fiesta, Caupolicán saca una calavera y dice:

Esta que veis aqui, desnuda
De cabellos y sangre, taza muda
En que beber pretendo,
Cabeza fué del capitán tremendo.

Y sobre la calavera vierte la sangre de una herida hecha en el brazo con su puñal. Todos beben y juran al grito de ¡Arauco viva! Concluye la escena con la entrada de Galvarino con las manos cortadas, el cual les refiere que han llegada seis navíos, cargados de soldados al mando de un joven de valor y eterna fama: Don García Hurtado de Mendoza; los incita á que se armen, pues de otra manera todos correrán la misma suerte que él, y Rengo exclama: ¡España muera!

Hasta aquí la escena de Mira de Mezcua. La otra es del conde del Basto, sin valor alguno. Comienza con un ridículo discurso de Coloco'o en el que relata las grandes hazañas de los capitanes españoles antepasados de Don García con fraseología altisonante é invocando Colocolo á cada paso á Júpiter, Marte y demás dioses del Olimpo. Es curioso observar que Colocolo al relatar esas hazañas diga que las ha leído en libros españoles. Las demás escenas hasta terminar el acto, escritas por don Luis Belmonte, son de valor escasísimo. Se presenta en escena, Don García, acompañado de su hermano don Felipe y otros oficiales; después de algunas escenas sin interés, se divisa el ejército de Caupolicán y entran en pelea con los españoles. Don García y Caupolicán traban combate cuerpo á cuerpo sin resultado favorable para ninguno y se emplazan para otra ocasión; pero el resultado general del combate es propicio para las armas españolas.

Las primeras escenas del acto 2.º fueron escritas por Don Juan Ruiz de Alarcón, y á pesar de la merecidísima fama de que goza el autor de la *Verdad Sospechosa*, esas escenas no tienen mérito alguno y el mismo Hartzembuch, prologuista de sus comedias, las tilda de *harto infelices*. Llega Tucapel acompañado de otro indio, Nicol, al real de Don García á ofrecerle riquezas á trueco de que pasen las orillas del río Nibequetén (El Laja), y se reembarque con sus tropas. La oferta es rechazada por el Marqués y Nicol trata de apuñalearle; con magnanimidad, Don García lo perdona y los araucanos, agradecidos, se retiran. Mientras tanto entablan conversación los graciosos de ambos campos, bastante estúpida.

Continúa Don Luis Vélez de Guevara. Gualeva da cuenta á Don García de las fuerzas araucanas que vienen en su contra y nombra á süs guerreros más animosos; todo salpicado de mitología y versos rebuscados. La india ruega al Marqués que se contente con el oro y minerales recogi-

dos y se retire. Don García llama á sus soldados á las armas.

Don Fernando Ludeña es autor de las escenas que siguen.

El alférez español Rebolledo llega al campamento de Caupolicán enamorado de Guacolda y como ésta lo recibe con muchas atenciones, Rengo le echa en cara su olvido de vengar á Lautaro y desafía al español; mas Caupolicán los separa y todos se aprestan para la pelea con los españoles.

De don Jacinto de Herrera son las primeras escenas del acto 3.º En el momento en que los dos ejércitos se van á embestir, óyese el canto de una india oculta detrás de una roca y cuando ya se van á las manos, se cae una peña dividida en tres partes, dejándose ver en ella un indio viejo y mágico recostado en las faldas de una india, que es la que cantaba. El mágico en una larga tirada, bastante insufrible, vuelve á la cantinela de enumerar los merecimientos de Don García y de su noble casa y pide á los araucanos que se rindan. La india vuela por los aires, el monte se hunde y una tempestad se desencadena. Se espantan los dos ejércitos; pero á poco vuelven á embestirse. En combate singular Caupolicán es vencido por Reinoso. La otra escena fué escrita por Don Diego de Villegas y en ella aparece Guacolda prisionera. A lo lejos Gualeva ve á Caupolicán prisionero y se sube á lo alto de un monte con un niño en los brazos: es el hijo de Caupolicán; y después de enrostrarle al caudillo su cobardía, arroja al niño cuesta abajo diciendo:

> Vida te doy en tan honrosa muerte;
> Que no quiero ser madre
> De un hijo vil de tan infame padre.

A pesar de que los versos de Villegas no tienen nada de extraordinario, el carácter de Gualeva tiene vida y es tal cual Ercilla ha pintado á Fresia.

Guillén de Castro continúa las otras escenas. Conversaciones y disputas de los graciosos. Un soldado da cuenta á Don García del vencimiento de Caupolicán por Reinoso y de que va á ser ejecutado. Córrese una cortina y aparece en lo alto de un tablado Caupolicán, *como que le acaban de bautizar*.

SOLDADO 1.—Caupolicán, ya eres Pedro.
CAUPOLICÁN.—Soy dichoso...
Estoy tal, que sin sentir
Lo que en ello me acobarda,
Pareciéndome que tarda
Muriendo estoy por morir.

Versos que recuerdan los adorables del místico de Avila:

«Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
que muero porque no muero».

Gualeva insulta á Caupolicán, repróchale su humillación y cobardía ya que no se ha dado la muerte y le amenaza con una flecha. Córrese la cortina y desde dentro se oyen los gritos del toqui: ¡Jesús, Jesús!

Las últimas escenas son de don Luis Belmonte. El Marqués pregunta airado á Reinoso por qué sin orden de él se ha atrevido á quitar la vida á Caupolicán:

En la batalla campal
Matarle fuera valor;
Mas preso, es contra el honor
Que de la vitoria espero.

Y continúa en muy nobles versos la indignación de Don García. Hace tomar preso á Reinoso y le quita la espada. Y por último levántase una cortina y aparece Caupolicán empalado y exclamando:

Mucho debo al gran Marqués
Pues que miro
Que voy por su causa al cielo
Por tan seguro camino.
¡Jesús! no puedo decirte
Más, ¡Jesús, Jesús!

Y concluye la comedia con la rendición general de los araucanos, puestos á las plantas del Marqués de Cañete por Tucapel, el cual sólo pide clemencia para el reino de Chile y á su turno Rengo pide á Guacolda por esposa.

Se habrá visto que en esta comedia, como en el *Arauco domado* de Lope de Vega, se habla y se detalla un combate singular entre Don García Hurtado de Mendoza y Caupolicán. El hecho es perfectamente histórico á juzgar por lo que dice el primero en una relación hecha en 1558: «Me detuve en el mismo asiento de Arauco quince días, rogándoles con la paz á los indios; pero ellos más pensaban en pelear, que no darla, porque cada día salían los que no se podían juntar á escaramuzar con los corredores y matarme allí un buen soldado; visto que éstos me decían que no querían venir de paz, hasta ver cómo me iba con Caupolicán, que tenía mucha gente y había muerto al gobernador pasado y también me había de matar á mí y que no darían ellos la paz; y así, por esto, acordé partir de allí y fuí á dormir tres leguas de allí y envióme á decir el Caupolicán que él había comido al gobernador y á los demás cristianos y que así haría á nosotros otro día por la mañana, y visto esto, tuvímoslo por burla ,porque muchas otras veces lo había dicho».

La obra de los nueve ingenios españoles fué representada con gran éxito en Madrid en 1622 á pesar de su mérito muy escaso, y en la Biblioteca de Rivadeneira figura entre las comedias escogidas de Don Juan Ruiz de Alarcón.

Belmonte, ó sea el autor del plan, se inspiró para escri-

birla en los *Hechos de Don Garcia Hurtado de Mendoza* escritos por Don Cristóbal Suárez de Figueroa, eterno cortesano de los Mendoza, muy conocido además por otras obras y sus dímes y diretes con Cervantes.

Un poco más mérito literario tiene una pieza teatral escrita por Don Francisco González Bustos el año de 1665, representada en Chile varias veces.

A continuación doy un extracto de ella.

Los Españoles en Chile

Esta obra fué escrita á fin de celebrar las hazañas de Don García Hurtado de Mendoza. Los principales personajes son: Don García, Almagro el joven, Don Pedro Rojas, Doña Juana de Bustos, Caupolicán, Rengo, Tucapel, Colocolo, Fresia, un indispensable gracioso, Mosquete y acompañamientos de soldados españoles y araucanos.

Comienza la comedia con la entrada de Caupolicán y Fresia y sus acompañantes respectivos. Colocolo sorprende á Caupolican en amoroso coloquio con Fresia y en una larga tirada repróchale que trueque las iras de Marte por las delicias de Venus; contéstale con enojo Caupolicán y quiere echarle de su presencia en los momentos en que entran en escena Tucapel y Rengo, como siempre en eterna querella. Pídeles Caupolicán que relaten los hechos hazañosos que acaban de hacer y los dos quieren ser primero en relatar.

RENGO.—Tente, aguarda
Que yo he de decir primero
TUCAPEL.—Nadie es primero que yo.
RENGO.—Eso fuera á no ser Rengo
Quien castiga tu osadía.
TUCAPEL.—Esto escucho ¡vil chileno!
¿Sabes que soy Tucapel? (*empuñan las mazas*)

CAUPOLICÁN.—Delante de mí ¿qué es esto?
TUCAPEL.—En lance de pundonor
No guardo humanos respetos
A nadie, porque delante
De Marte hicieron lo mesmo
(*A Rengo*) Muere, infame!
RENGO.—(*A Tucapel*) Muere, aleve!
CAUPOLICÁN.—Cómo á vuestro general
Le perdéis así el respeto?
TUCAPEL.—A Júpiter le negara
Si me ofendiera, etc.

Estas arrogancias de los dos paladines son fiel trasunto de la imprecación famosa de los Ayax en la trajedia de Sófocles «Dadnos Júpiter la luz y pelea contra nosotros».

Se retiran los dos belicosos caudillos araucanos y entran dos prisioneros españoles, Doña Juana y Mosquete. Al oir Fresia el relato de las aventuras de Doña Juana, amante del joven Almagro, quiere conocer á éste y envíale recado para que venga á su tienda; Mosquete va con la misiva y llega al real español en los propios momentos que Caupolicán, disfrazado, se presenta delante de Don García y el joven Almagro, á intimarles á nombre del toqui que se rindan ó se retiren. El marqués de Cañete le contesta fiero, y después de un cambio de palabras entre Almagro y Caupolicán, éste se retira y afuera empieza la batalla. Fresia es tomada prisionera y al verla Almagro se enamora de ella. Concluye el acto con un diálogo entre Almagro y Doña Juana, que entra disfrazada, en el cual ésta no quiere confesar su verdadero estado.

El segundo acto empieza con dos soliloquios de amor:

DOÑA JUANA.—Amor, ya he llegado á ver
La fuerza de tu rigor.
¿Qué es lo que quieres amor
De una infelice mujer?

Si tu violenta porfía
De mí misma me enagena
¿Qué es lo que me quieres pena
Que aún no me dejas ser mía?
Don Diego aleve y traidor
De mí, con injusto trato
Se olvida y me deja, ingrato,
Cuando es dueño de mi honor.

FRESIA.—Amor que en dulces despojos
Usurpaste á mis sentidos
La vista por los oídos
Y la atención por los ojos,
¿Dónde tus engaños van
Tirano que no lo sé
Pues, injuriando la fe
Que debo á Caupolicán
A un cristiano mi albedrío
Has rendido de manera
Que no soy la que antes era?

Fresia le cuenta á Doña Juana el amor que siente por Almagro. Todo lo oye Tucapel y repróchale á la india su falsía; pero Fresia le contesta que si le ha dado cita á Almagro es para matarle. Tucapel promete traerle la cabeza de Don Diego. Cuando Don García da cuenta á Almagro del refuerzo que le llega del Perú con jefes como Ercilla y Reinoso, se presenta Tucapel á desafiar á Don Diego; éste acepta, pero Don García le prohibe la salida y á merced de un disfraz, el propio marqués sale á combatir con el héroe araucano. Don Diego llega en los momentos en que Tucapel y Don García van á batirse, no obstante el primero desea hacerlo con Don Diego. Lidian valerosamente y Don Diego, con nobleza, dice á Tucapel que recoja el acero ya caído de sus manos. Un violento ataque de los indios interrumpe la pelea y se citan para otra ocasión. Y

concluye el acto con la caída de Don Diego y de Mosquete en manos de Caupolicán.

Por no alargar esta reseña, sólo diré que en el tercer acto lo obra concluye con el suplicio de Caupolicán, con el casamiento de Almagro con Doña Juana y el de los héroes araucanos ya rendidos y bautizados, Tucapel y Rengo con Fresia y Gualeva, y exclama Don García:

Todos se casan aquí
y á mí sólo no me casan.

Como se vé la obra es disparatada, pero los araucanos están pintados con nobleza y los versos, por lo general armoniosos, aún en el día pueden leerse con agrado. No es extraño pues, que esta obra gozara de tanto predicamento en el período colonial y fuera la más representada en sus grandes ceremonias.

Anterior á esta escribióse otra obra inspirada también en el citado libro de Suárez de Figueroa; me refiero á *Arauco Domado*, de Lope de Vega. En el prólogo dice que es verdadera historia y llama á Chile «la más indómita nación que ha producido la tierra.»

Sismondi, en el tomo cuarto de su *Littérature du Midi de l'Europe*, hace un extracto de ella y dice que es de la más alta poesía y gran efecto teatral, y llega hasta afirmar que algunas de las escenas de los araucanos son más ricas en poesía que ninguna otra de las escritas por Lope y que mayor habría sido su efecto si el Fénix de los Ingenios no demostrara parcialidad.

La verdad es que Lope en esta pieza, como en todas sus comedias históricas, nunca pudo desprenderse de su medio; sus araucanos sienten y piensan á la española, respiran el aire del Buen Retiro.

Los personajes que en ella figuran son los mismos de la obra de Luis Belmonte. El lector curioso que no conozca la comedia puede leerla en la *Biblioteca His-*

pano-Chilena de don J. Toribio Medina, tomo I, ó en la monumental edición de Menéndez Pelayo. La Biblioteca de Rivadeneira no la publica.

Don García se hace cargo de su puesto de Gobernador y la primera orden que da es de apresar á Villagrán y Aguirre á bordo de un bajel. Por otra parte Caupolicán celebra sus victorias y en versos muy hermosos deposita á los pies de Fresia el fruto de sus proezas:

Deja el arco y las flechas,
Hermosa Fresia mía,
Mientras el sol, con cinta de oro borda
Torres de nubes hechas
Y declinando el día
Con los umbrales de la noche aborda:
A la mar siempre sorda
Camina el agua mansa,
De aquesta hermosa fuente
Hasta que su corriente
En sus saladas márgenes descansa;
Aquí bañarte puedes
Tú, que á sus vidrios en blancura excedes.
Desnuda el cuerpo hermoso,
Dando á la luna envidia
Y quejaráse el agua por tenerte:
Baña el pie caluroso
Si el tiempo te fastidia,
Vendrán las flores á enjugarte y verte,
Los arboles á hacerte
Sombra con verdes hojas,
Las aves armonía,
Y de la fuente fría
La agradecida arena, si el pié mojas,
A hacer con mil enredos
Sortijas de diamantes á tus dedos.

Y á esta enamorada y ferviente declaración del toqui, responde Fresia con no menor cariño.

Después de esta escena del baño, el viejo Pillalonco pregunta al dios Pillán quien es el jefe que llega del Perú y la respuesta es el consabido elogio de Don García Hurtado de Mendoza. Alardes de valentía de Tucapel, Rengo y Orompello y sigue una hermosa escena. Arriba en un fuerte construído está Don García con los españoles y abajo los araucanos con músicas y tamboriles, cantando la bella canción salvaje, que reproduzco:

UNA VOZ.—Pues tantas victorias goza
De Valdivia y Villagrán
TODOS.—Caupolicán.
SOLO.—También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están,
TODOS.—Caupolicán.
SOLO.—Si sabías el valor
Deste valiente araucano
A quien Apô soberano,
Hizo de Arauco señor,
¿Cómo no tienes temor?
Que si venció á Villagrán
TODOS.—Caupolicán.
SOLO.—También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están,
TODOS.—Caupolicán.
CAUPOLICÁN.—Españoles desdichados
En este corral metidos,
Que es confesaros vencidos
Y que estáis juntos atados,
¿A dónde vais engañados?
LA VOZ.—A que les dé muerte irán
TODOS.—Caupolicán.
TUCAPEL.—Ladrones que á hurtar venís
El oro de nuestra tierra

Y disfrazando la guerra
Decís que á Carlos servís,
¿Qué sujeción nos pedís?

LA VOZ.—Temblando de verte están

TODOS.—Caupolicán.

LA VOZ.—También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están
Caupolicán.

RENGO.—Infames, puesto que altivos,
Y tú García si, tú
Piensas que es Chile el Perú,
¿Por adónde saldréis vivos?
Hoy os llevará cautivos

LA VOZ.—Al cerro de Andalicán

TODOS.—Caupolicán.

LA VOZ.—También vencerá al Mendoza
Y á los que con él están
Caupolicán.

Como el argumento de la comedia de Lope es con pocas variantes el mismo de Belmonte, después de haber trascrito las escenas anteriores, solamente diré que los españoles y araucanos se acometen con arcabuces y flechas, Rengo entabla lucha con un hermano de Don García y á éste Caupolicán lo apostrofa:

¿Tú eres García?

GARCÍA. —Yo soy.
Que he de guitarte la vida

CAUPOLICÁN.—¿Sabes que está al sol asida,
En cuyos rayos estoy?
Sabes qué es mi padre y que es
Suyo este cetro que rijo?

Fuerza es concluir con estas largas reseñas y volver al punto á donde íbamos.

Las representaciones de estas obras, como de otras muchas, se hacían en lugares enteramente abiertos ó á lo más cubiertos con toldos, hasta los tiempos de Jáuregui (1777), quien fué el primer mandatario que pensó en establecer un teatro permanente. No existían decoraciones ni aparato escénico y los trajes de los actores eran cosas de risa. Para caracterizar á Herodes, Poncio Pilatos ó á los Reyes Magos se disfrazaban de cosacos; y tres actrices, en una representación de Navidad, se presentaron en los papeles de Virgen María, Santa Ana y Santa Isabel con trajes ridículamente emperifollados. Las representaciones en esos tiempos se efectuaban solamente á las dos de la tarde y á veces á las cinco y duraban hasta la puesta del sol, siguiendo la costumbre de los teatros españoles y disposiciones del monarca.

Cuando el caballero granadino Marín de Poveda se hizo cargo de la Presidencia de Chile (1693), la Sociedad de Concepción recibió á su prometida esposa señorita Juana Urdanegui, que venía de Lima á desposarse con Marín, con fiestas extraordinarias. Celebráronse corridas de toros, juegos de cañas y sortijas, mojigangas y además se representaron catorce comedias españolas y el *Hércules Chileno*, ó sea Caupolicán, de autor ó autores desconocidos, pero residentes en esa provincia.

Siempre se ha considerado al *Hércules Chileno* como la primera obra teatral escrita en Chile, tal vez con sobrado fundamento; pero queda la duda de si un sainete á que hace referencia el señor Medina en la introducción de su *Literatura Colonial* pueda disputarle la primacía. Este sainete, que no lleva título, según el citado escritor trata de lo siguiente:

Un maestro de escuela llamado Tremendo, concertó con un compadre que le alquilara á su hijo Silverio, á fin de que le ayudase en sus tareas, una de las cuales era la de azotar á todos los muchachos que no le trajeran un panecillo. Silverio, que era muy glotón, cobraba el panecillo y

como algunas veces no lo encontraba del porte apetecido menudeaba los azotes que era un gusto.

Tocóle el turno al hijo del doctor Gervasio y éste se presentó en la escuela á reclamar. «¿No sabes, le dijo á Silverio, que á ningún hijo de noble se le puede en ningún tiempo—en la escuela castigarlo—aunque no quiera traer, —aunque ande á sopapos con el maestro—y con todos los demás muchachos?»

Enfurecido el preceptor con estas palabras y porque tampoco el doctor le diera la rosca consabida, le propinó tal azotaina que á sus gritos acudió el alcalde del pueblo, al cual le pasó lo propio. Tremendo, que acudió al bullicio, recibió igual ración. Juntáronse todos los azotados y se le fueron encima al preceptor y, después de menudearle golpes, lo arrojaron de la escuela.

No eran, como se ve, muy finos los gustos de nuestros primeros hombres de teatro; pero la chacota y trocatintas del sainete ya dejan adivinar al futuro autor del *Lucas Gómez*.

Núñez de Pineda también nos cuenta, en su *Cautiverio Feliz*, de una comedia que un peruano escribió á propósito de los amores de Núñez con la hija de un cacique cuando estuvo prisionero de los araucanos.

Y llego á la parte más conocida y más cerca de nosotros, cuando ya el teatro funcionaba, más asíduamente y cuando los Presidentes protegían á las pobres compañías de cómicos y los empresarios tenían nombre conocido: quiero decir á los tiempos del Presidente Jáuregui.

Este ilustre mandatario, duro de condición, aunque justiciero, perseguidor de los ladrones, que en ese entonces abundaban en Santiago y campos vecinos y de la muchedumbre de borrachos y mendigos, fundador de la verdadera milicia urbana, del censo del partido de Santiago, de hermosos paseos públicos y preocupado, además, de todo linaje de asuntos durante su laborioso gobierno, en los últimos años de él, también pensó en establecer en

Santiago una casa permanente de comedias. Poco antes de Navidad de 1777, un empresario llamado José Rubio, pidió licencia al Cabildo para representar algunas obras teatrales: comedias, sainetes, entremeses, con tonadillas como intermedios. Don Agustín de Jáuregui patrocinó la solicitud de Rubio, y así, éste pudo dar una serie de más de veinte funciones desde Navidad de 1777 hasta las carnestolendas de 1778.

Entre las obras representadas figuraron *El Desdén con el Desdén*, de Moreto, *Los Españoles en Chile*, de González Bustos, algunas obras de Calderón y *El dómine Lucas*, de Lope de Vega. El empresario, alentado por el buen éxito de la temporada, en el curso del mismo año de 1778 presentóse nuevamente, pero con el propósito de establecer á firme un coliseo. Jáuregui, aun cuando era partidario de la propuesta de Rubio, creyó prudente consultar al Obispo don Manuel Alday, el cual en un conocido informe quiso demostrar que las comedias eran nocivas en las repúblicas, fundándose en que los Santos Padres y los Concilios condenaron las comedias, en la mala reputación de los cómicos de vida relajada, el libertinaje de las actrices y también en los gastos excesivos que la introducción de representaciones teatrales ocasionarían en el seno de las familias, empobrecidas cada vez más por el creciente lujo y la carestía de muchos artículos de consumo. El Presidente Jáuregui si bien aceptó la opinión del señor Obispo, poco antes de partir á hacerse cargo del Virreinato del Perú, informó favorablemente la solicitud del empresario Rubio.

Con esta solicitud patrocinada, presentóse el testarudo Rubio donde el nuevo Presidente don Ambrosio de Benavides y como lo supiera el Obispo Alday mandó recado verbalmente, con don José Santiago Rodríguez, su secretario, al Presidente, á fin de que no le diera curso á la presentación de Rubio; y cuando éste se presentó nuevamente, el anciano y achacoso Benavides le rompió la solicitud

en su presencia, como años más tarde cuenta el Obispo Sobrino y Minayo. (Papeles inéditos, propiedad de don Enrique Matta Vial).

La consecuencia de este incidente fué que durante el gobierno de Benavides, no hubo representaciones teatrales, pues no hay rastros en la historia de que se hayan verificado.

Gobernando ya don Ambrosio O'Higgins, llegó la noticia, el 29 de marzo de 1789, de la muerte de Carlos III y después de celebrarse grandes exequias, el 22 de julio del mismo año se efectuaron las ceremonias de la Jura de Carlos IV. Las fiestas duraron tres días y tres noches con las consabidas de mojigangas, corridas de toros, carros costeados por los gremios de artesanos y *tres noches de comedias* con que concluyeron dichas fiestas. El empresario de éstas fué el ya mentado Rubio y se representaron las siguientes obras: *El Jenízaro de Hungría, El Hipocóndrico, El Mayor Monstruo, los Celos*, de Calderón; *El Dómine Lucas*, de Lope y *Los Españoles en Chile*, de González Bustos. Se representaron en el barrio del *Basural* (1), y el precio de las entradas fué el de tres reales por persona.

El 9 de enero de 1793 el Cabildo de Santiago, compuesto de los señores José Ramírez, Ramón Rosales, José Miguel Prado, Juan de Espejo, Juan José de Santa Cruz, Juan Domingo Tagle, José Teodoro Sánchez, Francisco Gutiérrez de Espejo, Manuel de Salas y Francisco Javier de Larraín, se reunió á fin de tratar de los gastos considerables que el año anterior demandó la mantención de los presos de la cárcel y teniendo presente, además, la falta de diversiones públicas en la ciudad, acordó á pluralidad de votos, ejecutar en las próximas carnestolendas, corridas de toros, nombrándose á don Ramón Rosales, alcalde de segundo voto, para que fijara y recaudara las

(1) Hoy Mercado Central.

cuotas que debían pagar los que formaren los tablados y cerco de la Plaza, las que servirían para ayuda y beneficio de las públicas necesidades.

«Igualmente acordó que para los propios efectos, se establezca por asiento sin pérdida de tiempo una casa pública de comedias á semejanza de la que se formó en las últimas fiestas reales del señor don Carlos IV, y para que todo pueda llegar á verificarse con las formalidades requeridas, el señor Procurador General con testimonio de este acuerdo ocurre al señor Oidor Decano, como que ocupa el lugar del muy Ilustre señor Presidente, para que siendo de su aprobación siga á solicitarse de la Real Audiencia». El primer Alcalde, don José Ramírez, envió este acuerdo á don Ambrosio O'Higgins acompañado de estas palabras: «este Cabildo ha tenido por bien acordar que en las próximas carnestolendas se haga una corrida de toros y que se ponga en subasta un coliseo de comedias, cuyos productos se apliquen á favor de las necesidades públicas, lo cual pongo en consideración de VS.»

Aun cuando el ilustre don Ambrosio se hallaba en Los Angeles, con fecha 29 del mismo mes se apresuró á pedir dictamen al Obispo don Blas Sobrino y Minayo acerca de si creía conveniente, atendidas las circunstancias del pueblo, la introducción de comedias, si juzgaba que con ellas podrían mejorarse ó no las costumbres y si suponiendo que ellas inspiraran ideas y sentimientos de honor y de amor á la virtud, ocasionarían un aumento del lujo, la ociosidad y otros daños mayores y decíale por último: «Espero que V. S. I. se sirva tomarse el trabajo de decirme *reservadamente* lo que estime, acerca de esto, expresándome con extensión los inconvenientes y ventajas que en lo político y moral pueda producir hoy la comedia en este país».

El Obispo Sobrino y Minayo, en dilatado dictamen, después de agradecer «la atención, buena armonía y correspondencia de V. S., pues aunque se halla ésta tan recomendada y mandada observar entre los que ejercen

las dos jurisdicciones, hay por desgracia algunos superiores que dejan de practicarla «acaso porque deslumbrados con el deseo de mandarlo todo y de que no se oiga en la república más voz que la suya, han creído que un paso tan preciso desairaría su autoridad», después, digo, de dejar constancia en estos términos de sus agradecimientos, refiere que los Santos Padres, los Concillos, los teólogos y canonistas, por lo general, han condenado á las comedias como escuelas de corrupción de las costumbres; cita á diferentes autores latinos y españoles, confiesa que en algunas grandes cortes pueden permitirse á fin de evitar mayores inconvenientes, si bien en éstos con tantas trabas y restricciones se representan, que todo prejuicio contra las representaciones desaparece. Pero en el caso consultado, ni en lo moral, ni en lo político cree que el establecimiento de una casa de comedias está conforme con las circunstancias en que se encuentra el pueblo, pues desde algunos años atrás, hay tal decadencia en los valores y precios de los artículos de comercio, los cuales se hallan reducidos á granos y sebos que se envían á Lima. Se queja de que el remate de diezmos asciende á poco menos de la mitad de los años anteriores y dice que si el Cabildo, en vez de recomendar el establecimiento de un coliseo perpetuo, hubiera pedido el restablecimiento de una casa de recogidos á fin de contener los desórdenes de la juventud licenciosa, destinándosele dos mil pesos del ramo de balanza, sería él el primero en aplaudirlo y agradecerlo. «Pero en estas circunstancias de indigencia y atraso, ocuparse dicho distinguido cuerpo en establecer un teatro de comedias para diversión y entretenimiento del pueblo es á la verdad, repitiendo la venia, un pensamiento á que no me es posible acceder sin comprometer mi celo».

Cree además que en Santiago no sería posible sujetarse á las condiciones que se fijan en las representaciones que se efectúan en España: los hombres y mujeres deben entrar por diferentes puertas; los dos sexos separa-

dos no sólo en la cazuela, sino en los aposentos, prohibición del tránsito de embozados y especialmente de que los hombres, sean del rango que fueren, por ningún pretexto entren en los cuartos donde se visten las comediantas, y otras muchas restricciones á fin de evitar todo desorden.

Esto desde el punto moral.

En cuanto al político podría concederse licencia si las representaciones dejaran alguna utilidad aprovechable, como ser, por ejemplo, el arreglo del enlosado, que se está colocando en las calles centrales de la ciudad; pero es de temer que por atender comodidades corporales se dañen las espirituales. Y además en la práctica ha podido convencerse de que las tales utilidades son enteramente imaginarias, ya que en otras anteriores y aun en corridas de toros, el producto fué muy escaso; y por otra parte, hay que agregar que esas fiestas ocasionan no pocos gastos, especialmente á las señoras mujeres, «que suelen empeñarse en aumentar el lujo costeando con frecuencia alguna cosa nueva para no presentarse todos los días con una misma ropa, y no ser en esta parte menos que otras, que por tener mayores facultades pueden practicarlo».

A pesar de dictamen tan terminante, un empresario, don Antonio Aranaz, presentóse al Presidente pidiendo licencia para dar las representaciones de «algunos sainetes, tonadillas y bailes decentes» en Pascua de Resurrección y otros días de fiestas siguientes, protestando de que haría guardar el orden, arreglaría el patio de la casa que se destinare y de que el precio por la entrada sería únicamente de dos reales, es decir, uno menos de lo que cobraba su antecesor Rubio; pero pedía auxilio de tropas á fin evitar los insultos y desórdenes que pudieran acontecer. Y el Oidor decano, don Francisco Tadeo Díez de Medina, concedió la licencia el 23 de marzo, para que Aranaz pudiera divertir al público en la Pascua de Resurrección y días festivos del mes de abril, siempre que guar-

dara el orden y honestidad debidas, que dijera cuáles se iban á representar para su examen y corrección, que no pasara de dos reales el precio de las entradas, y por fin, que no diera comedia formada alguna.

Sujetándose á esta providencia del señor Díez de Medina, Oidor decano que reemplazaba al Presidente O'Higgins, ocupado en la frontera, Aranaz dió una serie de funciones; mas, únicamente de sainetes, entremeses y tonadillas.

Era Aranaz un compositor de música que vino de Cádiz á Buenos Aires, contratado por una compañía cómica, en la cual permaneció varios meses; habiéndose disuelto la compañía vino á Chile con el objeto de obtener la plaza de Maestro de Capilla de la Catedral de Santiago, que estaba vacante; empero llegó tarde, pues se había provisto el puesto con un maestro de Lima, el lego español apellidado Campderrós. Como le fuera mal en lo que pretendía y apurado de recursos, presentó la solicitud de marras; pero, por lo que él dice, no alcanzó á dar más que cinco funciones en un teatro regular, y el producto de las entradas apenas alcanzó á cubrir la mitad de lo que en ellas había gastado.

Nueva solicitud elevó Aranaz el 4 de junio del mismo año al Presidente O'Higgins, en la cual le decía que á causa de haberse suspendido las representaciones teatrales de orden del Oidor decano, acordó «aguardar el feliz arribo á esta ciudad de V. S. para acojerme á su amparo y hacerle presente como las hago mis infelicidades, la triste situación en que me veo, de no tener con qué mantener mis obligaciones, ni poder pasar á ninguna parte por dos razones tan poderosas que se infieren de lo dicho: la una verme empeñado y no ser posible quedar mal con las personas que me han favorecido como hombre de bien; y la otra no tener con qué sufragar los gastos indispensables de cualquier viaje que emprenda. A V. S. suplico con la mayor veneración, se sirva concederme licencia por el

tiempo que le parezca suficiente á que yo pueda salir de mis ahogos continuando las mismas funciones compuestas de entremeses, sainetes y tonadillas, en los términos que se han hecho hasta aquí en otras ocasiones, arreglando V. S. los precios de la entrada y lo demás que se pueda observar para las que se ejecutaren».

A esta solicitud se le puso la siguiente providencia: Júntense á los antecedentes de este asunto y traiganse con ellos. Vista al señor Fiscal.—*Dr. Rozas.*—*Ugarte.*—junio 8 de 1793.

Y el Fiscal, doctor Pérez Uriondo, informó que aun cuando él no había asistido á ninguna función anterior sabía que el Oidor y Alcalde de Corte don Juan Rodríguez Ballesteros, movido de su extremado celo había concurrido á las representaciones de Aranaz. Por este motivo era de opinión que se oyera á Rodríguez Ballesteros. Con fecha 22 de junio el doctor Rozas dictó la siguiente providencia: «Pídase al señor Juan Rodríguez Ballesteros el informe que dice el señor Fiscal».

El informe es bastante extenso y la única pieza de este expediente conocido hasta esta fecha, pues he relatado por lo largo las peripecias del empresario Aranaz, sólo porque estaban inéditas y he logrado conocerlas por la amabilidad de don Enrique Matta Vial, que me ha facilitado copia del expediente hasta ahora desconocido.

Como decía, el informe de Ballesteros es bastante extenso y en la parte pertinente al caso consultado, decía que era verdad que había concurrido varias noches á las representaciones y sólo en una de ellas notó que las palabras de una tonadilla eran poco decentes, por lo cual llamó á uno de los cómicos para que así se lo hiciera presente á Aranaz, á fin de que no se volviera á cantar, «lo que así ejecutaron», y ni entonces ni fuera del sitio de la representación vi que se hubiese notado el menor escándalo, torpeza ni exceso en semejantes diversiones, y antes,

por el contrario, que el uno y otro sexo salían gustosos y divertidos de ella».

Y concluía diciendo y repitiendo: que nada que se oponga á las buenas costumbres en las representaciones de Aranaz, había notado.

En vista de este informe favorable se dió licencia á este empresario; pero como en la serie anterior, nada más que para representar sainetes, entremeses y tonadillas.

Ignoro cuánto tiempo duraron las representaciones y si el infeliz empresario tuvo éxito bueno ó malo. Pero de hecho quedó establecido que podía abrirse la casa permanente de comedias.

Dos años después, don Ignacio Torres, persona de calidad y relaciones sociales á lo que parece, pues más tarde lo vemos figurar entre los asiduos concurrentes á las tertulias de la esposa del Presidente Muñoz de Guzmán, solicitó permiso para que se represenratan tres ó cuatro comedias, desde Navidad de 1795 al Carnaval del año siguiente. El Cabildo aceptó la solicitud, empero con las siguientes condiciones: Torres debía dar á conocer las obras á una comisión nombrada por el Cabildo, que el precio de las entradas fuera moderado, que no se vendiesen bebidas, dulces y frutas en el recinto del teatro y que las funciones fueran presididas por un Juez especial, á fin de evitar desórdenes.

No sé á punto fijo, cuánto tiempo fué Torres empresario, ni tanpoco si fué él el que corrió con la representación de dos comedias que se dieron en las ostentosas ceremonias de la recepción del Presidente Pino. En todo caso, sábese que las obras representadas por la compañía de Torres eran comedias españolas.

Cuatro años después (1799), con motivo de una solicitud de don José de Cos Irriberi para establecer un teatro á firme por diez años, el Cabildo la aceptó siempre que el empresario se sujetase al siguiente reglamento:

1.º Se construirá un teatro capaz, decente, cómodo y seguro, con suficiente número de puertas de entrada y salida, según las reglas que prescribe el arte para esta clase de edificios;

2.º Se deja á la diligencia del empresario la elección del sitio y su adquisición;

3.º Como esta clase de espectáculos están en todas partes pensionados á favor de alguna obra pía, contribuirá anualmente con solo cien pesos aplicables á discreción del Superior Gobierno á la Casa de Huérfanos, Escuela de Hilanza en atención á la incertidumbre del éxito según el cual concluídos los diez años, se variará equitativamente;

4.º Será obligación del empresario manifestar las piezas dramáticas y líricas á los revisores que nombre el Superior Gobierno para su examen;

5.º Que no se permitirá vender ni servir refresco en los palcos, lunetas, ni patio para evitar la distracción y lujo, permitiéndose estrablecer un café fuera del foro;

6.º Como por falta de los datos indispensables, el empresario no señala precio de entrada, asientos, palcos, quedará á su discreción establecerlos, reservándose la ciudad la facultad de representar sin moderación en el caso de que le pareciere excesivo;

7.º Concluídos los diez años, se reserva la ciudad la facultad de comprar por el tanto el sitio y demás utensilios á justa tasación;

8.º Que construya los palcos que ofrece para el señor Presidente, Regente y Cabildo, con la excepción de entradas de los individuos que la componen; y

9.º Que se suplique al señor Presidente se sirva nombrar un Juez conservador con la autoridad necesaria para que conozca y entienda en la policía interior y exterior del teatro».

Entre los firmantes de este reglamento figuran don Juan Martínez de Rozas, don Pedro José Prado Jaraquemada y don Manuel Salas.

El empresario procedió pronto á edificar su teatro en un sitio que más tarde se llamó Plazuela de las Ramadas; pero no sé si alcanzó á cumplir su plazo de diez años. No obstante, hay constancia de que á lo menos cuatro años después era todavía el empresario Cos Irriberi, y que el teatro se veía concurrido.

Eran los tiempos en que también venía á la vida la sociabilidad chilena. Gobernaba á la sazón don Luis Muñoz de Guzmán y dirigía el cetro de los salones de la presidencia doña María Luisa Esterripa, gran señora, de cultivado espíritu y aunque de hermosura un tanto descabalada, pues era bisoja, su trato y dón de gentes, su afición á las letras y á la música, sirvieron para congregar en torno de ella á las más hermosas damas santiaguinas y á los hombres de mayor calidad y trato social.

La ilustre esposa de Muñoz de Guzmán, emparentada con familias principalísimas de Madrid, había sido dama de honor de la Reina de España, mujer de Carlos IV, y en esa corte licenciosa, entre abates perfumados, cómicos, petimetres y artistas verdaderos como Goya y Máiquez, adquirió cierta desenvoltura de modales de buen gusto, sin tocar en liviandad, y cobrado afición—como las grandes damas francesas del siglo XVIII—á las reuniones literarias y artísticas. Era un mundo nuevo para Santiago, por donde puede decirse que con ella por primera vez se conocieron los salones en esta capital. La señora Esterripa y sus amigas se adiestraban en diversos instrumentos musicales, don Bernardo Vera y don Juan Egaña recitaban versos; y don Manuel Salas, entretenía á la concurrencia con su charla inagotable. Como lo he dicho más arriba, uno de los concurrentes más asíduos fué don Ignacio Torres, el antiguo empresario en teatro de 1795.

En una de esas tertulias leyó don Juan Egaña una traducción, hecha por él mismo, de la *Cenobia*, de Metastasio y mediante la protección de la Esterripa, la *ilustre Marfisa*, como Egaña la llamaba, representóse á fines de 1803,

en el teatro de Cos Irriberi, dos noches consecutivas. Como el teatro era descubierto, una fuerte y copiosa lluvia deslustró la fiesta en su primera representación; más en la segunda el mismo Egaña dice que la obra fué oída con agrado «sobre todo de parte del Presidente y su esposa, «los jefes». Las representaciones comenzaron con una loa, original de Egaña, intitulada *Al Amor vence el Deber*, diálogo entre Latona y el Amor, para ensalzar los merecimientos de la distinguida señora. Decir que esos versos cortesanos son de escasísimo mérito, nada tiene de particular, ya que don Juan nunca fué poeta. El diálogo concluía así:

Esta corona inmortal
En el templo del honor,
Da el destino celestial
A Luisa que es con primor
La más ilustre mortal.

El propio don Juan Egaña no se formaba ilusiones respecto al mérito de su obra, pues en carta que escribió á don José Antonio Rojas así lo dice.

Para celebrar el cumpleaños de Carlos IV, Egaña compuso otra loa que se representó (1804) en el teatro de la Plazuela de las Ramadas. En esta segunda loa, los personajes son Pitágoras y dos genios alegóricos; está dedicada á Muñoz de Guzmán en los siguientes términos: «yo también puedo consolar mis defectos haciendo ver que esta pequeña pieza (escrita con la mayor aceleración) no es parto de mi orgullo, sino obediencia de un precepto y la tierna efusión de un alma que no halla otro arbitrio de manifestar su reconocimiento».

Más interesante, es conocer las teorías de Egaña sobre el teatro. En la citada carta á don José Antonio Rojas, acompañándole la *Cenobia*, dice que en su traducción del drama de Metastasio «las unidades están observadas con

escrupulosa regularidad; el diálogo no es profuso; la música tiene el sonoro de los consonantes.... Va en verso suelto porque es más acomodado al recitado, según lo practican con tanta facilidad los grandes maestros».

Y hablando en general, dice que en una obra de teatro «desde los primeros versos es necesario agotar la acción, entrar en el fondo de ella y exaltar las pasiones. Sus héroes deben obrar de un modo superior al común de los hombres y su locución debe tener toda la sublimidad lírica para que el canto, que parece un idioma de los dioses, le venga natural. Allí no se debe hablar sin convencer, ni convencer sino argumentos rápidos y llenos de sentimientos heroicos. Deben producirse con frecuencia aquellos golpes teatrales donde llegando la pasión y el interés al último extremo, brillen la virtud y las grandes resoluciones».

Y en otra parte añade: «El poeta debe ser esclavo del espectador para prepararle decoraciones magníficas. El mismo recitado le hace esclavo al poeta, porque debiendo ser en verso heroico, el más difícil en nuestra poesía, debe llenar los pensamientos y las conclusiones, ya mezclando septisílabos y principalmente con finales consonantes que hagan más sonoro el golpe músico».

Y refiriéndose á su traducción en verso de *Cenobia*, dice: «El corte del verso para finalizar la oración, las pausas, los acentos de esta pieza son necesarios y aun perfección propia de su género, para dar rapidez á la música y al pensamiento, como se reconoce hermosamente en todos los dramas del gran Metastasio».

Estas curiosas teorías de don Juan Egaña, no las comento por ahora, porque me parece más pertinente hacerlo cuando tenga que contraponerlas á las de otro teórico de su tiempo, pero que escribió poco más tarde: Camilo Henríquez.

Aunque don Juan Egaña nació en Lima, por haberse radicado en Chile y formado aquí su hogar, debe conside-

rársele como el primer autor conocido que ha llevado á las tablas una obra en este país.

Continuaron las representaciones teatrales durante toda la presidencia de Muñoz de Guzmán, hasta su muerte, ocurrida en 1808. Su ilustre esposa, continuó viviendo en Chile, siempre agasajada y respetada hasta mucho después de la independencia del país, cuando era Presidente de Chile don Bernardo O'Higgins, el cual la puso en posesión de su fortuna, antes confiscada. Pero don Juan Egaña fué platónicamente, siempre su constante adorador.

Por los mismos tiempos de Muñoz de Guzmán, parece que una compañía francesa dió algunas representaciones teatrales, á lo menos así lo asegura don José Toribio Medina en su Historia de la Literatura Colonial.

Haciendo la crítica de esa compañía, un poeta satírico de ese entonces, escribió muchas décimas, entre ellas, la siguiente:

Traían estos postizos
Cómicos de estilo nuevo
Arroba y media de sebo
Entre pingajos de rizos,
De forma que para visos,
De esta femenil matraca,
Hacen tan estraña saca,
Que apuran el matadero,
Los rebaños de carnero
Y las infundias de vaca.

Esta compañía algo estraña, dice el mismo escritor, que funcionó en un nuevo teatro de la calle de Merced, esquina de Mosqueto. Probablemente para este teatro se dictó el reglamento encontrado entre los papeles de don Pedro Díaz de Valdés, publicado en el número 3 de la *Revista de Historia y Geografía*.

Es muy interesante lo que se refiere al precio de las

localidades pues éstas prueban que el teatro era de bastante capacidad. «Cada persona con inclusión de las que van á lunetas, sea por noche ó temporada, pagará dos reales de entrada. Para subir á la cazuela no hay contribución alguna más que la dicha. Los asientos del patio cuestan un real cada uno. Los de luneta tres reales, tomándose por noche y dos reales por temporada. *Los cuartos del primer piso, números* 1, 2, 3, 4, 15, 16, 17 *y* 18, *dos pesos por noche*, y *catorce reales por temporada. Los del mismo piso que hacen frente, números* 5, 6, 7, *y* 8, 11, 12, 13 *y* 14, *tres pesos por cada noche y veinte reales por temporada. Los del segundo piso, á dos pesos por noche y catorce reales por temporada, y el que está en el medio, veinte reales por noche y dos pesos por temporada».*

No debía ser tan pequeño ese teatro cuando en el primer piso contaba con una hilera de 18 palcos ó cuartos, y es probable que en el segundo, hubiera igual número.

Hay otros considerandos además, referentes al alumbrado, y á la venta de bebidas, prohibiéndose las alcohólicas, al decoro y la formalidad de la concurrencia: «miéntras esté corrido el telón podrán mantenerse los espectadores con sombrero puesto; más indistintamente habrán de quitárselo siempre que lo suban, y entonces tomará cada uno su respectivo asiento». Se prohibía también el uso de disfraz ó mascarilla en los hombres, y que las mujeres fuesen tapadas.

Pero ya asomaban los primeros fulgores de la independencia de Chile. Suspendiéronse las festividades públicas y el teatro convencional cedió el campo á otro más grande y soberano, para surgir con nuevos bríos, después del desastre de Rancagua, bajo la protección decidida del último cruel, estrafalario y amilanado presidente peninsular. El teatro de la calle de Merced fué mandado arreglar por Marcó del Pont, y en el orden de sus palcos (cuartos), hizo construir uno para él y sus allegados. Un empresario

diligente logró formar una compañía cómica con aficionados; no obstante de haber entre ellos algunos ya conocidos en épocas anteriores, tales como la primera dama Josefa Morales y el primer galán Nicolás Brito. Esta compañía funcionó desde Pascua de Navidad de 1815 hasta noviembre de 1816; sus representaciones se efectuaban cada diez ó quince días y el repertorio era una extraña mezcla de obras disparatadas de autores desconocidos y obras de gran mérito de Moreto y Calderón.

El 21 de diciembre de 1815, apareció en la *Gaceta del Rey* núm. 6, el anuncio de la primera función, la comedia *El Sitio de Calahorra* para el domingo 24, donde se dice: «El primer galán Nicolás Brito y la primera dama Josefa Morales, que con tanta justicia han merecido siempre los aplausos de todas las personas de buen gusto, es de esperar hayan perfeccionado las gracias con que los dotó la naturaleza y que den á los espectadores una noche digna de la ilustración de nuestro siglo.

La música será la más apta y mejor que pueda proporcionarse. Y se cerrará la función con el gracioso sainete titulado *El Chasco de las Caravanas*. Principia a las ocho y media».

Es histórico el valor de este aviso, pues es el primero publicado en Chile, como anuncio de una representación determinada.

Para la cuarta función (1) en la misma *Gaceta del Rey*, la Morales anunciaba que en su beneficio se representarían el drama *Marco Antonio y Cleopatra*, la comedia de figurón *La Criada más Sagaz* y un sainete, y concluye pidiendo la protección del público.

Probablemente no era muy numerosa la asistencia de éste, pues, para recomendar la elegantísima comedia *El*

---

(1) Esta se verificó el 8 de febrero de 1816 y no el 8 de enero como se dice en algunas publicaciones.

Desdén con el Desdén de Moreto, la compañía recurrió al arbitrio de anunciar en la *Gaceta* núm. 21, que habrá «varios pasajes cantados que *ejecutará una cantora nueva*».

Marcó del Pont, no sólo demostraba afición á la compañía asistiendo asiduamente, sino que hacía insertar los avisos de funciones en la *Gaceta*, con providencias de él mismo: «Imprímase en la primera *Gaceta* que salga», Póngase en la *Gaceta*» etc.

El 4 de octubre, día de San Francisco, la compañía dió una función en honor del Presidente y representóse uno de los mejores dramas caballerescos, *El Valiente Justiciero y Rico home de Alcalá*, de Moreto. La fiesta comenzó con una loa á Marcó. *La Gaceta* refiere el extraordinario éxito de la función á causa del numeroso público asistente y de los vivas y palmoteos; «tanto á la entrada del digno Jefe, como al concluir la loa, manifestó (el público) que conoce el grande beneficio de que es deudor á la Providencia y al mejor de los monarcas, por haber puesto al frente de este reino, un héroe capaz de hacerle olvidar sus pasadas desgracias».

Pocos días después con motivo del cumpleaños de Fernando VII, el Presidente ordenó que se preparara una fiesta especial en el teatro, y una noche en que se incendió el Cuartel del Batallon Chiloé fué necesario ir á buscarle á su paseo predilecto á fin de que impartiera las órdenes del caso.

Tal vez con estas diversiones Marcó del Pont, quería adormilar las mil preocupaciones que embargaban su ánimo en este lastimoso período de la reconquista española. Más fatuo que cruel, no dejaría de pensar en los distinguidísimos patriotas que sufrían en las rocas de Juan Fernández y los castillos del Callao, en las arbitrariedades de sus sayones de Talavera y principalmente en las vagas noticias de la cercana invasión de San Martín y en las hazañas y excursiones de Manuel Rodríguez, si, á la verdad, muchas

de ellas legendarias, dignas de ser consideradas por históricas ya que están incorporadas al alma nacional.

Con la victoria de Chacabuco, la compañía cómica de Brito se disolvió de hecho, pues algunos de sus miembros eran soldados del vencido ejército español.



II

Aun cuando Camilo Henríquez en 1812 había pedido en la *Aurora de Chile*, el establecimiento de un teatro permanente considerado por él «como una escuela pública» y continuó su campaña en Buenos Aires, en la *Sociedad del buen Gusto*, sólo después de afianzada la independencia del país pudo pensarse en tenerlo definitivo. Algunos prisioneros españoles aficionados a la escena, dirigidos por el coronel Latorre daban representaciones eventuales. Entre los aficionados comenzaba á figurar el después célebre Cáceres; ya entonces señalábase por la gallardía de su presencia, el metal de su voz «acariciadora y dulce como un beso en los coloquios amorosos, terrible como una tempestad en los raptos de cólera ó de celos», al decir de un contemporáneo. Sus conocimientos de la escena eran escasos, adquiridos en unos cuantos aforismos del citado Latorre.

Estas representaciones ocasionales despertaron gran entusiasmo en el director don Bernardo O'Higgins, i a fin de que el teatro se estableciera de modo definitivo, comisionó á su edecán, comandante don Domingo Arteaga para que buscara un apropiado local, se construyera en él una sala de espectáculos y formara con los cómicos más experimentados una compañía teatral.

Arteaga comenzó por establecer un teatro provisional en la calle de las Ramadas en diciembre de 1818, y como era

estrecho y defectuoso, luego se estableció en el antiguo Instituto Nacional (Catedral esquina de Bandera).

No sé si desde el primer momento, ó poco a poco, fueron incorporándose á la compañía, como actores, José Peso, Domingo Moreno, Juan Velasco y otros. Velasco era chileno. Y como primeras damas, Isabel Rodríguez y Trinidad Guevara. Estos actores se estrenaron con la tan afamada obra de Alfieri *Roma Libre*, obra favorita de Camilo Henríquez, y días después, representaron *El Diablo Predicador* del ya citado don Luis Belmonte.

En este teatro se representó en la noche del 20 de agosto de 1819, la tragedia «*El Triunfo de la Naturaleza*, con una introducción de don Bernardo Vera. Aun cuando *El Telégrafo* del 14 de diciembre del mismo año dice que próximamente publicará esa introducción de Vera, no se registra en las columnas de ese periódico.

¡Don Bernardo Vera! Era un espíritu benévolo, simpático, con cierta fuerza de voluntad é independencia de criterio nada común en esos tiempos. Escribió mucho, especialmente versos, casi en su totalidad perdidos ó inéditos. Sus odas tienen poco estro y mucho patriotismo, y algunas de sus letrillas cierta espiritualidad que le dan aire de parentesco con otras de don Adolfo Valderrama. Fué conspirador ó lo creyeron y arrastrado á la cárcel; escribió el primer himno nacional con aquello de: *Ciudadanos el amor sagrado*, etc., y su carácter alegre, querido de las damas, se alteró un momento en una polémica desenfadada. Cuando sucedió el terremoto de 1822, sólo él conservó la sangre fría y como viera á los habitantes de Santiago recorrer las calles dándose disciplinazos en señal de penitencia, escribió varios artículos en los cuales con bonomía se permitió decir: «No hay que tomar las cosas del revés, los temblores son naturales, no tienen nada que ver con los pecados», frases que formaron gran alharaca en el mundo conventual. El padre Tadeo Silva, nada sufrido

dió pública contestación á estas *herejías*, enredándose con Vera en una polémica curiosa... pero que no relato.

Creo no faltar á los manes del prócer eminente si pienso que los versos de la introducción á la tragedia mencionada deben de haber sido poca cosa, cuanto más si se toma en cuenta que poco después, el 12 de febrero de 1820, con motivo del aniversario de la batalla de Chacabuco, se representó en el teatro de Arteaga la tragedia *Guillermo Tell*, de Lemière, con otra introducción en verso de don Bernardo. Estos versos sí que puedo asegurar que son tal vez los peores que se han escrito en Chile. Los personajes de esta obra dialogada son: Puren, Milán, Patricio, Amada y Lucía hijas de este último: La escena pasa en los campos de Chacabuco.

¡Qué día, caro Milán, qué fuerte día
El doce de febrero para Chile!

exclama Puren y recuerda que en ese funesto día Valdivia clavó su estandarte ensangrentado á orillas del Mapocho; contéstale su amigo Milán que recuerde más bien los tres años que han corrido desde que renació la Patria y no se enfrasque en recordar lo acontecido tres siglos atrás, ni los horrores de la conquista.

No recordemos, pues, los tristes días
Que hicieron en la tierra tanto estrago;
Recordemos los triunfos de febrero
Que esos siglos de luto han contrastado.
Estos de Chacabuco son los valles
Estos sus cerros antes no afirmados,
Y que hoy se nombran con aclamaciones
Que justamente le inmortalizaron.

Este diálogo de los dos araucanos se sostiene mientras van subiendo la cuesta de Chacabuco y al llegar á la cum-

bre se encuentran con el anciano chileno, Patricio y dos hijas suyas. Véase la presentación de los interlocutores:

ELLAS Y EL VIEJO.—Señores....
MILÁN.—Madamas, buen anciano
¿Señores nos decís...? mal castellano
PURÉN.—Purén, Milán y vuestros servidores...
En fin dos ciudadanos.
PATRICIO.—Pues, habláis con Patricio,
Que se honra al presentaros
Dos hijas suyas en Lucía y Amada.
Cada una está exaltada
Esperando el momento
En que llegue á mostrarnos su contento
El pueblo que concurre hoy aquí mismo.

Hechos amigos todos conversan de la batalla de Chacabuco y como Purén hiciera alusión á la «columna esforzada»—dignamente mandada,—por... lo interrumpe Patricio:

«Silencio Puren, tal vez te escucha,
y su modestia es mucha».

Como se comprende, don Bernardo O'Higgins con esta alusión debe de haberse sonreído.

Patricio recuerda la batalla de Maipo y cree firmemente que en el próximo año celebrarán el 12 de febrero á orillas del Rimac. Su hija Lucía le interrumpe:

Padre: ya el pueblo espera
y yo estoy agitada.
Porque temo salir muy desairada

y el viejo cuenta á sus amigos araucanos que en el mismo sitio en que están:

«La tragedia de Tell se represente.
De los suizos la gente

Con sólo de peñascos el socorro
Plantó en sus cerros el valiente gorro
De la libertad patria».

Los araucanos se congratulan de asistir y gustar de un placer tan alabado y entre todos dan fin a la introducción exclamando:

Chile dichoso en paz inalterable!

Esta introducción fué publicada en *El Telégrafo* y últimamente, don Nicolás Anrique la reprodujo en su *Bibliografía Dramática Chilena.*

En *El Telégrafo* del 14 de diciembre de 1819, se publica un curioso párrafo sobre teatro, en el cual después de algunas reflexiones generales se lee lo siguiente: «como todo cuanto dice relación con nosotros es lo que más nos interesa y agrada, en lugar de representarnos costumbres y acciones extranjeras de Persas, Griegos, Romanos, etc., representaran las nuestras, las costumbres de los araucanos, los sucesos gloriosos de nuestra revolución, sería un móvil poderoso para hacer que el pueblo los tenga siempre presente. En cuanto á los actores es evidente que nunca los tendremos buenos si no nos despojamos de la miserable preocupación que nos hace considerar vil el arte importante de la declamación, el arte que pinta y expresa todas las degradaciones delsentimiento con la mirada, la voz y el gesto».

Estas palabras son probablemente las primeras manifestaciones de la nacionalización del teatro en Chile, pues, si Camilo Henríquez, desde los primeros números de *La Aurora*, escribió acerca del teatro, nunca fué tan explícito, á no ser, al quejarse de la poca estima é injusticia para con su *Camila* «obra enteramente nacional y única después de siete años de revolución», como después veremos al tratar del fraile de la Buena Muerte como hombre de teatro.

Como el éxito de la Compañía teatral iba aumentando

y el local le viniera estrecho á la concurrencia, el empresario Arteaga hizo construir un teatro más adecuado y con refinamientos hasta entonces desconocidos.

Se levantó el nuevo edificio en la que es hoy en día, Plaza de Montt-Varas, y tenía no sólo asientos de platea y dos órdenes de palcos, sino también espaciosa galería. Pero el lujo era el telón. Se leían en él estos versos de Don Bernardo Vera:

He aquí el espejo de virtud y vicio
Miraos en él y pronunciad el juicio

Versos que no le iban en zaga á las decoraciones del mentado maestro Mena, de quien dijo Pérez Rosales, que si pintaba un árbol, trazaba una raya perpendicular con una cachiporra encima y si no le ponía letrero de «este es árbol» era por no saber escribir.

El nuevo teatro se estrenó el 20 de agosto de 1820 con *Catón de Utica*, tragedia de Addison.

Puede decirse que ese teatro de madera es el punto de arranque de las representaciones chilenas aunque á la verdad, obras propiamente del país no se habían escrito; pero el arte teatral ya tenía casa donde cobijarse. No obstante, no todo era paz y tranquilidad en esas primeras representaciones, los actores apenas si balbuceaban sus papeles, el público no distinguía de autores, pues tanto el último remendador como el autor afamado eran aplaudidos sin que el público se percatase del mérito de cada cual. Si los comparsas compuestos de prisioneros españoles simulaban una batalla, las gentes de palcos y platea animaban á los actores y tamboreaban al compás de los bailes (1). Los trajes de los actores eran cosa de risa, «los personajes de la Edad Media se presentaban casi siempre vestidos de frac y levita, y más ordinariamente con el traje militar del día» (2); el actor José Peso lucía en todas

(1) Recuerdos del Pasado, por V. Pérez Rosales, pág. 14.
(2) Recuerdos de Treinta Años, por J. Zapiola, pág. 215.

ocasiones una rica casaca bordada, llena de chirimbolos que había pertenecido al gobernador de Mendoza, Godoy Cruz. El único que más ó menos usaba trajes apropiados, era el célebre Morante, llegado á Chile en 1822.

Zapiola nos cuenta que el alumbrado del teatro en esa época consistía «en seis ú ocho candiles ó tazas de barro ordinario llenos de sebo», por donde puede presumirse el apestoso olor de la sala y la densa niebla de humo que invadía el teatro. Y así debe haber sido, pues cuando se representó *Pablo y Virginia* en julio de 1823, el periódico *El Observador de Chile* llamó la atención hacia la iluminación de esperma en vistosas arañas y lámparas que «hacían gozar distintamente la vista del sexo delicioso», y don José Joaquín de Mora, algunos años más tarde, (1828) en un artículo sobre el abuso de la tragedia, no tuvo empacho en aconsejar que «las luces de reverbero son más conducentes á la salud de los espectadores. Las velas de sebo, si son muchas y arden por largo tiempo en un teatro bien cerrado, á la larga corrompen el aire, causan dolores de cabeza, desmayos en las mujeres delicadas y nerviosas. El olor del sebo carbonizado, con el algodón que forma el pábilo al apagarse, vicia la atmósfera. El remedio consiste en sustituírlas por velas de esperma ó de cera; es cierto que son caras; pero la salud de una parte sana del pueblo merece este sacrificio».

Eran dichosos esos tiempos en los cuales todo un maestro como Mora se preocupaba de las ventajas de la esperma sobre el sebo.

El activo y animoso empresario, comandante Arteaga, no se las tenía muy seguras, pues además de los ataques del clero en general y de algunas personas pacatas, enemigas de las representaciones teatrales, los recibía también personalmente. En marzo de 1823, el *Tizón Republicano* publicó un artículo contra el Gobierno, y entre otros muchos cargos que se le hacían, hablábase de un teniente-coronel de ejército, con sueldo, edecán del Gobierno, co-

mandante del depósito de prisioneros asentista y dueño de una casa de comedias, con sus fondas, café, etc., «que administra por sí y en persona visible con todas sus arritrancas, colgajos y zarandajas».

A lo cual Arteaga contestó: que la conservación del teatro era debida á su celo, y como ninguna otra persona quiso echarse sobre sus hombros una obra siempre ruinosa en un país apenas nacido á la vida del arte, él lo hizo, ya que tampoco quiso aceptar don Francisco Dignator. «El cuesta á mi peculio, por cuyo cubrimiento daría yo al *Tizón* todas las utilidades que él me deja. Es público que he puesto en propuesta la casa mil veces, es esto seguramente porque ésta me arruina. Los prisioneros que sirven en ella de comparsa, que el Gobierno mismo me cedió á este destino, me ganan lo mismo que los hijos del país».

Empero, más que estos ataques personales, preocupaban á Arteaga y con él á las personas amantes del teatro, la cruda guerra que emprendieron contra las representaciones algunos miembros del clero, especialmente el ya nombrado padre Silva; mas, hay que confesar que en buena parte era culpa de los actores.

Ya en tiempo de la colonia, los obispos Humanzoro, Alday y Sobrino Minayo, con menos ancha manga que el santo obispo Villarroel, condenaron las representaciones teatrales por perniciosas para las costumbres, llamándolas escuelas de vicios, y en tiempo de Muñoz de Guzmán (1805), un padre Urrutia predicó contra el teatro, el paseo de la Alameda y hasta contra las mismas reuniones en la presidencia. Muñoz de Guzmán no hizo caso y la Esterripa y sus contertulios comentaron con chanzas esas prédicas.

Esta cuestión tan debatida de si el teatro es moral é inmoral, era imposible que hubiera podido ser resuelta por espíritus estrechos, pues si por una parte las almas piadosas creían que el teatro era inmoral, los espíritus más cultos, como Camilo Henríquez—la mayor ilustración de la época,—creían en el papel educativo y docente

del teatro, cuando nunca tendrá otra finalidad que la de toda obra de arte: la manifestación de la belleza, pues en esto consiste su substantividad independiente.

Padre,—preguntóle un penitente á Bourdaloue—¿hago mal, cometo pecado si voy al teatro? y respondióle el célebre predicador: «Hijo mío, sois vos quien me lo debe decir».

Y no recuerdo en qué página del obispo Villarroel he leído lo siguiente: «Asimismo en el hombre malo y flaco suele seguirse pecado mortal de ver en la ventana, ó en la calle á una mujer hermosa y engalanada, el cual está obligado á no mirarla; pero la mujer no lo está á dejar de asomarse á la ventana ni á dejarse ver en la calle». De lo cual se deduce que el pecado no proviene del espectáculo mismo, sino de la malicia y flaqueza del espectador. Pero Grullo ¿verdad?

Después de la independencia *soplaron vientos liberales* ó más bien anticlericales y en los periódicos y en el teatro no se perdía coyuntura alguna para desprestigiar al clero y esto duró hasta la reacción pelucona; no obstante que don Miguel Luis Amunátegui confiesa que algunas de las obras teatrales más atacadas se siguieron representando en esta época (1).

Entre las piezas dramáticas más censuradas por el clero figuraban *El Triunfo de la Naturaleza*, *Aristodemo*, escrita por don Miguel Cabrera y *El Abate Seductor*. Clamó el padre Silva pidiendo que no se representaran esas piezas, engolfándose en polémicas con Camilo Henríquez. Morante, actor ya popular, agregaba de su propia cosecha algunas frases picantes contra el clero, y en cada representación de ellas aumentaba la concurrencia y cosechaba mayores aplausos. Y no sólo Morante se contentaba con esto. Cuando el Nuncio Apostólico, Monseñor Muzzi acompañado de su secretario, el futuro Papa Pio IX abandonó

(1) Representaciones dramáticas en Chile, pág. 153.

á Santiago (1824), después de su misión fracasada, á los días siguientes, Morante representó una comedia intitulada: *El Falso Nuncio de Portugal*, y Zapiola, testigo presencial, da cuenta de la fiesta en estos términos:

«Se representó con gran aparato, á lo que contribuyeron inocentemente algunas de nuestras sacristías, prestando sus ornamantos. La primera entrada del Nuncio se hizo por la platea, atravesándola antes de subir al proscenio. Al fin de un numeroso acompañamiento de eclesiásticos de todas jerarquías, venía Morante con hábito cardenalicio repartiendo bendiciones».

«Como era preciso imitar en un todo á la persona que se trataba de exhibir, Morante no omitió ningún detalle. El señor Muzzi tenía un ojo menos; Morante se tapó un ojo y apareció tuerto». (1)

La lucha era tan ardorosa entre los cómicos y partidarios del teatro, y sus enemigos, que se vió el caso, al decir de don M. L. Amunátegui, de que los diarios liberales llamaran á Morante «digno ciudadano» y los eclesiásticos arrancaran los carteles en los cuales se anunciaba la representación del famoso *Aristodemo*.

Mayor algarada se formó todavía algunos años más tarde, establecida ya la censura teatral permanente, con motivo de las representaciones de otro *Aristodemo*, de Vicente Monti, del *Macías* de Larra y de la *Nona Sangrienta*, de un tal Bourgeois. Después de representada esta última, el arzobispo Vicuña se creyó en el deber de quejarse al Gobierno y á nombre de éste, el ministro señor R. L. Irarrazábal se la trascribió al censor de teatro, que lo era don Andrés Bello, quien «guardó la nota en el cajón de su mesa y dejó pasar el chubasco» (2).

Anunciada la representución de *El Fanatismo* (Mahomet), tragedia de Voltaire, el Intendente de Santiago im-

(1) Obra citada, pág, 228.
(2) Amunátegui, obra citada, pág. 258.

pidió que se pusiera en escena, á pesar de que esta obra fué dedicada por el gran escritor á Benedicto XIV, en frases famosas todavía.

Pero, volvamos al teatro de Arteaga. Hasta el año de 1826 funcionó en la que es hoy Plaza de Montt-Varas, y al año siguiente logró levantar otro muy superior en el mismo local, esta vez ayudado por algunos accionistas y la Municipalidad. Y como por otra parte, don Carlos Fernández había arreglado otra sala de espectáculos, en la Plaza de la Independencia (donde está actualmente la Municipalidad), Santiago se dió el lujo de tener á la vez, aunque por poco tiempo, dos teatros i dos compañías.

En el teatro del comandante Arteaga, protegido por el literato español don José Joaquín de Mora, y por ende del Gobierno, ya que Mora mangoneaba en él, dábanse *La Enterrada viva*, *Tupac Amaru*, arreglo de Morante, *El Duque de Viseo*, de Quintana, etc., siempre precedidas de alguna alocución del celebrado satírico peninsular.

Y en el teatro de la Plaza Independencia, ó sea Teatro Nacional ó de la Nación, los aplaudidos actores Rivas y Villalba y la celebrada Samaniego, entre otras obras, estrenaron *La Chilena*, escrita en verso por el autor nacional, uno de los jefes del partido federal, don Manuel Magallanes, el 13 de mayo de 1827.

Es curioso lo que pasa con esta obra.

Los periódicos de la época, al dar cuenta de su fracaso, culpan á la tema de la pieza, pues en ella se desarrollaban las ideas federalistas de don José Miguel Infante, y en parte á los actores, que no habían estudiado sus papeles respectivos, y don Pedro Chapuis, periodista francés, dice que solamente fueron aplaudidos los gritos de ¡Viva Freire! ¡Viva Pinto! por la *mucha gracia*, con que los dijo la actriz Hernández. El ilustre don Miguel L. Amunátegui también repite lo propio.

Y hé aquí, que un heredero de D. Manuel Magallanes, al facilitarme bondadosamente los originales de un drama

que él cree ser el atacado por los diarios de la época, me dice: «Mi señor abuelo, don Manuel Magallanes, escribió un drama que en 1825, creo, revisó y aprobó don Bernardo Vera y Pintado, su amigo, y que en ese año se representó en el Teatro de la Nación. Como dice Valera, á pesar de su nombre, fué silbado. Y lo fué. No sabría decir a Ud. si el drama vale ó no vale; pero cuando lo aprobó plenamente Vera y Pintado no sería tan malo, y en tal caso, podría atribuírse el hecho de haber sido silbado á la filiación política tan acentuada del autor. En esa época se llamaba «cobardes» á los partidarios de O'Higgins por los de Carrera y «bandidos» decían los primeros á los amigos del segundo. La política andaba en todo y nada raro y sí muy natural había de ser recibir mal á un contrario, aprovechando la ocasión de presentar éste una obra de teatro. He oído que este drama, cuyo original tengo, faltándole desgraciadamente la última página, fué el primero que se representó en Chile, es decir, como drama de autor chileno».

Hasta aquí las palabras del distinguido caballero.

Reviso el drama, que consta de tres actos, y lo primero que me salta á la vista es la portada: *La Hija del Sur ó la Independencia de Chile, representada en el teatro de la Nacion el 5 de abril de* 1823. Y leyéndole veo que no se trata de ideas federalistas ni cosa que valga, sino de las amarguras de una chilena que ha perdido á su marido en la sorpresa de Cancha Rayada y vuelve á encontrarle redivivo en la batalla de Maipú.

Es indudable que se trata de dos piezas diferentes y que la primera, *La Chilena*, de que hablan los periódicos de la época, el señor Amunátegui y el señor Anrique se ha perdido; y que el nieto de don Manuel Magallanes aplica los silbidos y fracaso de la primera á la que ha tenido á bien facilitarme.

Y otra duda. ¿Qué teatro de la Nación era éste, cuando el así llamado solamente fué fundado por don Carlos Fer-

nández en 1827 y en ese año y en ese teatro se representó *La Chilena?*

Si me he extendido tanto sobre este punto, es porque realmente lleva razón mi distinguido colaborador al decir que el drama que me ha facilitado, es el primero de autor nacional representado en Chile, que se conozca.

Merece, pues, que se haga de él una reseña.

El primer acto pasa en una casa-quinta *adornada al mejor gusto, con una puerta que comunica á un cuarto y arquería.*

Elísea, sentimental y adorada esposa de Lisandro, se lamenta en conversación con su prima Flora de que éste no le escriba y teme que haya sucumbido en manos de los españoles y más lo teme al no verle entre las huestes patriotas que alojan en su propia quinta. No temas, dícele Flora, pronto llegará coronado de laureles y el pueblo agradecido exclamará: hé aquí el defensor que con su espada libertó á Chile de la tiranía; y como Elísea replica que de nada le sirve que él logre triunfos, cuando el solo hecho de ausentarse es una prueba de falta de cariño, Flora contesta:

Muy al contrario, la pasión sublime
Que Lisandro te tiene, amada prima,
Es la que lo separa de tus ojos;
A su virtud hagámosle justicia.
El partió á defender la amada Patria
Y si esto lo llevó, querida Elísea,
¿Qué mayor testimonio puede darte
Del amoroso aliento que respira?

Y Elísea. Para eso hay otros hombres: los militares, son los obligados á defenderla. Aunque es verdad ¿qué sería de nosotros todos, ancianos, mujeres y niños si la Tiranía por segunda vez quisiera oprimirnos?

Se acercan á la arquería y por el fondo ven desfilar á los soldados patriotas, formados en columna, cantando:

Gloria eterna á los genios tutelares;
Que al triunfo, nuestros pasos encaminan.

Entran en escena Cleonte y Félix, y el primero les manda que recojan y guarden sus cofres y alhajas porque pronto van á partir para Santiago; y cuando los jóvenes se retiran, Cleonte y Félix en largas tiradas abominan de España y hablan de la vergüenza que cubriría á la progenie del General Caupolicán sometido al yugo español durante trescientos años. Félix pregunta á Cleonte por Lisandro, su hermano ó cuñado, y aquél le confiesa que sigilosamente se enroló en el ejército patriota y probablemente ha perecido en el desastre de Cancha Rayada y pídele á Félix que no lo comunique á Elísea. Esta, aun cuando no sabe la suerte de su marido, quiere ir á buscarle á fin de morir donde él muera y así dirán los patriotas al pisar sus huesos.

«Aquí yacen dos hijos de la patria
Que por la Libertad dieron sus vidas».

El acto 2.º, en la misma quinta. Cleonte comunica que el ejército español se acerca por lo cual es forzoso que partan á Santiago. Elísea se niega: Soy de Lisandro esposa, soy chilena.

Si la Patria perece
¡Cleonte, Elísea y todo; que perezca!

Llega con presura un soldado con una carta para Félix en la cual se le comunica la gloriosa muerte de Lisandro y Elísea promete vengarlo enrolándose en el ejército patriota. Quiere salir y Cleonte la sujeta y dícele que él lo vengará. Y Elísea:

¿No soy una chilena, una patriota que debe cumplir con

los deberes á que le impele la Naturaleza? ¿Por qué entonces queréis que cometa la infamia de desentenderme de mi obligación?

Y Cleonte: No comprometas, hermana, mi honor; quiero que Uds. y nuestros bienes se pongan en salvo y yo volveré á vengar á Lisandro, aunque perezca; pero es preciso partir pronto á Santiago. La discusión continúa hasta que, prontos á salir, se oyen toques de tambores. Todos corren á las armas y Elísea toma un sable, exclamando que con él vengará á su esposo ó

Pronto mi huesa unida con la tuya
Y mi alma fiel unida con la vuestra
Dilatarán su amor sin los estorbos
Que nos han separado aquí en la tierra.

Lo cual servirá de ejemplo al bello sexo para que aprendan á vengar á sus esposos.

En el tercer acto, se sienten en la quinta numerosos disparos de fusil y ruido de sables. Sale Flora azorada sin saber á dónde ir, é invoca al cielo.

Piadosos cielos, que miráis de lo alto
La purísima causa que seguimos,
No nos desamparéis: mirad la sangre
De los que con esfuerzo noble y digno
Han peleado en defensa de la Patria
Hasta que por salvarla han perecido.
Ved que nuestra pretenza es dirigida
Tan solamente á ser reconocidos
Por una Nación libre, cuya gracia
El Soberano Autor á todos hizo, etc.

Adentro se sienten voces de «¡Viva la patria! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la Patria y mueran los impíos! ¡Viva el augusto rey de las Españas!

Continúa furioso el combate hasta que las huestes españolas huyen en derrota y aparece Félix apresurado. Flora pregunta por Cleonte y Elísea. Félix refiere los hazañosos hechos de la esposa de Lisandro que va persiguiendo á los enemigos; después.... la consabida escena de amor. Félix se casará con Flora.

¿Y Elísea, la patriota, la chilena? ¿Logrará vengar á su esposo bien amado ó conseguirá la dicha de juntársele en el seno de la muerte? El autor no es cruel; aunque herido gravemente en Cancha Rayada, Lisandro no perece; y como no encuentra á su esposa sale al campo en su busca, acompañado de Cleonte, de Félix y de Flora; por fin la encuentran y después de los abrazos de los esposos, Lisandro relata la sorpresa de Cancha Rayada, las peripecias del combate, cómo fué herido y tomado prisionero y llevado á la cárcel de Talca, hasta que al cabo de quince días rompió sus grillos y se juntó á su esposa. Probablemente la hoja que falta no será otra cosa que algún viva frenético á la patria libertada.

Sin creer que esta obra tenga nada de extraordinario, creo sinceramente que vale más que muchas escritas con posterioridad. Para Magallanes el teatro debe de haber sido escuela de educación cívica, de patriotismo exaltado, y si el amor por algo entraba en el teatro era ese amor puro de esposo á esposa sin complicaciones, siempre preterido por el amor á la patria. Los diálogos, no son diálogos: son discursos rebosantes de odio á la tiranía, á la dominación española, como era natural en esa época; y como el autor da y cava en lo mismo, á la larga el drama resulta de desesperante monotonía. Tampoco creo que los versos puedan citarse como modelos; mas, injusticia notoria sería negar la superioridad de ellos sobre los escritos por don Juan Egaña y don Bernardo Vera en los diálogos antes citados.

Y como *La Hija del Sur* es el primer drama conocido y representado de autor chileno, acaso hubiera tenido colo-

cación en el presente volumen, no por sus méritos literarios, que son pocos—igual cosa pasa con casi todos los que están incluídos—sino por ser representativo de una época; empero me impuse de él demasiado tarde.

Era don Manuel Magallanes un excelente caballero muy dado á la política combativa, como que siempre estuvo del lado de don José Miguel Infante, el ilustre y vehemente padre de la patria. En la época en que escribió su drama (1823) Infante era enemigo de O'Higgins, Magallanes también lo fué; y cuando Magallanes hizo representar *La Chilena*, su grande amigo desarrollaba sus ideologías federalistas en *El Valdiviano Federal* (1827). Magallanes también esgrimió las armas periodísticas.

Registrando algunos periódicos de la época en que fué estrenada *La Hija del Sur*, he encontrado en *El Observador de Chile* un dato bastante curioso.

El 9 de Julio de 1823, con motivo de la fiesta nacional argentina, en un banquete oficial dado por el Gobierno, después de los numerosos brindis entre los cuales *llamó la atención el del Presidente, que fué en verso*, la concurrencia asistió al teatro. Se daba el drama *Pablo y Virginia* y según el periódico citado, la concurrencia fué «la más numerosa que hasta entonces se había visto; no hubo palcos ni lunetas disponibles». «El telón era una alegoría de las grandes empresas de Chile y Buenos Aires». Después de la obertura comenzó el drama y Morante hizo maravillas en su papel. En seguida se dió una opereta bufa á tres voces *El poeta y el músico*, y dice el periódico: «Es preciso creer que sila voz de Morante pudiera correr los tonos que la de Navarro, tendríamos en este actor de primer orden un cantante del mismo género».

Hecha esta digresión, vuelvo á tomar el hilo perdido.

Durante todo el tiempo que duró el teatro de Arteaga, hasta 1836, el público se mostraba reacio á sus representaciones; prefería mas bien las *chinganas* en donde parejas de danzantes ejecutaban algunos de los pasos que trajo el

ejército de San Martín, de la República Arjentina: otros, supervivencias de los antiguos bailes regionales de España, aunque en escaso número, y los netamente criollos. Como su degeneración fuera completa, dos ilustres literatos, Mora y don Andrés Bello, emprendieron una cruzada en contra de ellos y á favor de las representaciones dramáticas, en interesantísimos artículos. Mora tomaba sus ejemplos de Grecia y Roma á fin de probar que la comedia es el mejor calmante para las fatigas de los trabajos diarios; no así la tragedia, porque las sensaciones «que produce en nuestra alma no son para sufridas con frecuencia». Y á fin de que la alegría reine en los corazones, recomendaba que nutrieran los espíritus de esa antigua jovialidad de los griegos y romanos ó de los tiempos de Calderón, Lope de Vega y Molière. Mas, si abominaba de los horrores del *Otelo* y de los *Hijos de Edipo*—del repertorio de Maiquez;—también abominaba de las farsas grotescas é indecorosas de los sainetes al uso, algunas de las cuales eran pobres derivaciones del teatro graciosísimo de D. Ramon de la Cruz. Por supuesto que lo anterior no lo decía Mora, pues para él, nada había comparable al teatro de Moratín, «que corrige con dulzura los vicios más comunes de la sociedad, manejando la sátira y la moral con aquella destreza y maestría propias de un genio creador». Y es curioso que quien se quejara de los horrores de Otelo, no dijera una palabra de las barbaridades del *Duque de Viseo* de Quintana, que el mismo Mora prohijaba, probablemente por ser compatriota del autor.

Don Andrés Bello, en numerosos artículos publicados en *El Araucano* se quejaba de la poca protección que el público prestaba á las compañías dramáticas. «Esta falta de concurrencia desmaya necesariamente á los actores, y si en algunas piezas nos parecen descuidados ó lánguidos, una mirada hacia el auditorio es suficiente para desarmar a la crítica. Además, como la concurrencia se compone de un corto número de personas, que nunca se renueva, se

hace preciso dar nuevas piezas ó dejar un largo intervalo entre las representaciones. Esto aumenta sobre manera el trabajo de una compañía necesariamente poco numerosa, y no da tiempo bastante para aprender los papeles y ensayar las piezas. De aquí resulta... que el diálogo es desmayado: un frío glacial se apodera de las escenas más interesantes, cuando los personajes aguardan el dictado de una voz extraña que todos oyen...»

«Aun en medio de tantas fatigas y dificultades, vemos á menudo escenas y aun piezas enteras, admirablemente desempeñadas».

Esto en cuanto á la asistencia del público.

En otro número del *Araucano* se fija en las piezas que se representan y cree «expresar el voto de una gran mayoría pidiendo que se nos den con más frecuencia piezas por el gusto de Moratín, Bretón de los Herreros y Scribe, y de cuando en cuando algunos de los antiguos dramáticos españoles».

El gran escritor venezolano no comulgaba, como Mora, solamente en Moratín, pues su amplitud de criterio le llevaba hasta aplaudir ciertas obras de Alejandro Dumas, como ser *Teresa*, que tradujo. A Moratin le encontraba limitaciones: «en medio de las dotes aventajadas que todos admiran en el autor de *El Sí de las Niñas*; nos ha parecido encontrar en su estilo algo de lánguido y descolorido. Sus versos, aunque fluídos, no nos daban aquel sabor poético que es propio aun de las composiciones escritas en estilo familiar... en lo que sin duda influyó algo la excesiva severidad de las leyes dramáticas y métricas que se impuso. Aquel perpétuo martilleo de una asonancia invariable en todo un acto produce una monotonía que fatiga el oído».

Sería cuento de nunca acabar si diera cuenta de otras opiniones del sabio Bello que revelan su buen gusto, á pesar de que, hasta cierto punto, alabó los *Treinta Años ó La Vida de un Jugador*, que por el mismo tiempo hacía

reír al ilustre D. Vicente Pérez Rosales, y su debilidad por el teatro de Alejandro Dumas, que compartió en España el mismísimo Larra.

No obstante hay que tener presente que D. Andrés Bello, dos años escasos después del estreno de *Hernany* y de *Antony* en Francia, y dos años antes del estreno de *Don Alvaro* en España, decía en 1833: «El mundo dramático está dividido en dos sectas, la clásica y la romántica».

«Hay reglas que los críticos de la escuela clásica miran como obligatorias y los de la escuela romántica como inútiles. A este número pertenecen las tres unidades y principalmente las de lugar i tiempo».

«La regularidad de la tragedia y comedia francesa parece ya á muchos monótona y fastidiosa. Se ha reconocido aun en París la necesidad de variar los procederes del arte dramático; las unidades han dejado de mirarse como preceptos inviolables».

«Las reglas no son el fin del arte, sino los medios que él emplea para obtenerlo».

Hay que fijarse en el año y en donde escribía Bello para darle todo su valor á estas palabras que daban al traste con las teorías de Moratín. Por supuesto, á estar D. José Joaquín de Mora en Chile no habría dejado de contestarlas.

Don Andrés Bello, no sólo se dedicó á ilustrar al público respecto á las diferentes obras que se representaban, sino que se preocupó del juego escénico y del trabajo de los artistas.

Y á la verdad, algunos de éstos han dejado buenos recuerdos. Cáceres y Morante, de gallarda apostura aquél y éste descabalado y feo, puede decirse que son los verdaderos iniciadores del teatro en Chile.

Los contemporáneos de estos actores están de acuerdo en considerarlos excelentes, pero de educación escasa. Don Manuel Blanco Cuartín, en un interesante artículo

publicado en *El Mercurio* de Valparaíso, en 1875, cuenta sus recuerdos teatrales. Habla de Cáceres y Morante.

«Cáceres, el primero á quien pudimos admirar, era verdaderamente un hombre de inspiración.

«Sin más educación que la que pudo suministrarle uno de sus deudos en un rincón de Granada, enrolado cuando apenas le apuntaba el bozo en la carrera militar, que por entonces excusaba en España todo estudio, no podía menos de causar asombro al auditorio al caracterizar, como lo hacía, los papeles más difíciles de la tragedia».

«Agraciado de rostro, de voz poderosa á la vez que suave y tierna, decoroso en sus modales, fácil y elegante en sus movimientos. Sin embargo, por lo que después he podido ver y aprender, faltábale á Cáceres ciencia, no del alma ni de las pasiones, sino de los preceptos del arte. Su acción á veces era un tanto exagerada, demasiado enfática y cantante su declamación, su modo de vestir no siempre correcto.»

«Morante era excelente cómico. Instruído, despierto, de facilísima disposición para comprender los misterios del alma, admírabase en él, no el estudio, porque en ese ramo no había tenido ninguno, sino las aventajadas dotes de su espíritu».

Feo, contrahecho, con una pronunciación espesa y sucia, era natural que el público sufriese al verle cierto desagrado. Pero todo esto no duraba más que por un instante, pues á las pocas palabras ya se conocía que aquel *feísimo mulato* encerraba en su alma muchas chispas de ese fuego sagrado que se llama genio».

Sin embargo, Blanco Cuartín en seguida se contradice: «Pero era poca cosa como actor; se conocía de á legua que no había sido nunca más que un fiel y disciplinado veterano. *Su pronunciación era lo único que en él gustaba y con razón, pues tenía un acento muy castizo y puro*».

Morante, como se recordará, tenía ideas poco católicas

y hasta ridiculizó nada menos que á un Nuncio. Blanco Cuartín nos cuenta su muerte.

«Le ví morir; su muerte fué la de un justo. El cómico no había atrapado ninguno de esos vicios que son consiguientes á la borrascosa carrera de las tablas. ¡Noble hombre! Murió con el Crucifijo en las manos bendiciendo á su pobre familia y recomendando á sus hijos no hiciesen jamás, la calaverada de meterse á cómicos».

Además de estos actores, figuraron en las compañías del teatro del Comandante Arteaga: Rivas, Domingo Moreno Villalba, el chileno Juan Velasco y entre las actrices: Trinidad Guevara, Angela Calderón, Lucía Rodríguez, Emilia Hernández, Carmen Aguilar y la famosa Samaniego, admirada en los primeros tiempos por D. Andrés Bello y de quien hay un retrato lastimoso en los recuerdos de Blanco Cuartín. «No pude verla en su auje; pero lo que sé es que cuando la ví en su segunda aparición me pareció detestable. Un ataque de parálisis le había extraviado la vista y descompuesto el modo de andar, su voz había tomado con los años la agria aspereza del acento del borracho; en fin, la renombrada Samaniego, que tantos embelesos había causado en 1826, era en 1844 una momia que no se podía oir ni mucho menos ver sin espanto».

En el mismo tiempo de la Samaniego trabajaba en el teatro una hermosa muchacha nacida en Lima, llamada Carmen Aguilar. A causa de su coquetería y viveza de carácter era muy aplaudida, con gran disgusto y envidia ds la primera. La Samaniego decía que los aplausos iban dirigidos únicamente á la juventud de la Aguilar, á lo cual ésta respondía que su rival no había podido ser artista porque nunca tuvo *quince*. Esta misma Aguilar estrenó años más tarde *Teresa*, de Dumas, traducido por Bello.

Es muy conocida la anécdota de otra. La han contado Pérez Rosales y Zapiola, aunque aplicándola á diversas personas.

En una ocasión cantaba en el teatro Angela Calderón una tonadilla que desagradó al público hasta el punto de silbarla.

«La Calderón, acostumbrada sólo á escuchar aplausos, no fué dueña de sí misma, y dando algunos pasos en dirección al público le dirigió las palabras siguientes, que conservamos letra por letra á la memoria: *pueblo indecente de... que por tres reales que paga con licencia de la gente.* Con esta última palabra cayó el telón, sin que el público se diera por *aludido;* sin embargo, en la función siguiente, la Calderón dió una satisfacción redactada por el director Vera».

Don Miguel Luis Amunátegui, al trascribir el relato de Pérez Rosales que es muy semejante al anterior, sin las palabras oídas por Zapiola, dice que la artista llamábase Lucía Rodríguez y era chilena. Creo más en lo apuntado por Zapiola, pues fué testigo presencial.

Entre los actores he citado un chileno, Juan Velasco. Era de fama que nunca sabía sus papeles; y Cáceres, que fué su maestro, solía decir de él: «Este Juanito es el primer juanete que me ha salido en esta tierra».

Otro de los actores, Villalba, era el que pintaba las decoraciones, cuando no lo hacía el maestro Mena ó el mismísimo don Vicente Pérez Rosales, aunque pocos años más tarde, como cuenta en sus recuerdos.

Hasta 1836, año en que se demolió el teatro de Arteaga, el repertorio de piezas teatrales era más ó menos el siguiente: *Catón de Utica*, *Otelo*, *Los hijos de Edipo* de Alfieri, *La Enterrada en vida*, *Tupac-Amaru*, arreglada por Morante, *El duque de Viseo*, de Quintana, *Dido*, del escritor argentino Juan de la Cruz Varela, *Zaira*, de Voltaire, *Los Capuletos*, *Las Aventuras de Shakespeare*, *El Abate de l'Epée*, *Aristodemo*, de Cabrera Nevares, *Aristodemo*, de Vicente Monti, *El Abate Seductor*, *El Marido ambicioso*, arreglado por don José J. de Mora, *Mérope*, de Voltaire, traducido en versos sueltos por don Ventura Blanco Encalada,

Treinta años ó la Vida de un Jugador, de Ducange, y algunas obras famosas del teatro español.

Así como en tiempo de Marcó del Pont se anunciaba la representación del *Desdén con el desdén* con una *cantora nueva*, para el beneficio de Cáceres (1835) se anunció la representación de *La Vida es Sueño*, de Calderón, con «dos vuelos (uno del gracioso desde lo más elevado del fondo hasta la mitad de la escena, y otro de un soldado por una ventana) dispuestos por un inteligente, que serán de adorno de esta ingeniosa composición».

Entre las obras escritas en Chile, además de las dos obras ya citadas de don Manuel Magallanes, se representaron, una pieza en un acto de Mora: *El Embrollón* (1829), y otra de D. Gabriel Real de Azúa: *Los Aspirantes* (1834) juzgada con benevolencia por D. Andrés Bello. Estas dos obras no han sido publicadas. Este mismo año, Morante arregló un drama con el título de *Adulación y Fingimiento*.

El mismo año en que concluyó el teatro de Arteaga, la Municipalidad pensó en construir uno con recursos propios; mas pronto hubo de convencerse de que graves necesidades públicas urgentes, hacían necesario postergar su fundación ó recurrir al gobierno. Diversos tanteos para comprar unos terrenos, fracasaron, y por fin, el año 1839, la Municipalidad hizo una presentación concreta, en la cual pedía al Gobierno se sirviera adelantar del Erario público, una suma para comprar á Don José Antonio Cañas una casa situada en la Plaza de la Independencia esquina de Merced. Después de numerosos trámites el Gobierno adquirió la casa mencionada; pero las propuestas para edificación del teatro sólo se presentaron tres años más tarde.

Miéntras tanto no faltaron algunos teatros particulares, como el que arregló don Wenceslao Urbistondo, en donde se representó, el año de 1839, la citada *Teresa*, del viejo Dumas, cuya traducción hizo D. Andrés Bello para Carmen Aguilar, la rival de Teresa Samaniego.

No obstante, el teatro, como institución social, comenzó con la llegada á Chile, en 1840, de Hilarión Moreno, actor literato argentino.

Activo, industrioso, no sólo se contentó con edificar un teatro en el local que actualmente ocupa el Teatro Municipal, sino que trajo de Buenos Aires á Máximo Jiménez como principal actor de una compañía de Lima, y Toribia Miranda como primera dama joven, y poco más tarde á Juan Casacubierta, todos tres introductores del teatro romántico extranjero é intérpretes de las primeras cosas teatrales, de los primeros balbuceos—porque esta es la palabra—del teatro nacional.

No fueron los escritores, que huían de la tiranía de Rozas en la República Argentina, los que nos trajeron, como piensan muches autores, las gallinas primeras. El romanticismo entre nosotros, prendió, no como escuela ni teorías literarias, sino como sentimiento. Eran anhelos de idealidades sin forma precisa, aspiraciones á algo nuevo, barruntos de lo porvenir, cansados como estaban todos de las pequeñeces lugareñas de los numerosos periódicos guerrilleros. Escasísimos de lecturas, recién constituída nuestra nacionalidad, nuestros jóvenes escritores no podían comprender que la palabra romanticismo fuera otra cosa que una exaltación de las almas, un modo de decir elegante y extravagante al propio tiempo, y no una nueva concepción de la vida. La resurrección de la Edad Media y admiración fervorosa por Calderón de la Barca, de los Schlegel, las teorías de Lessing, la soberbia adoración de sí mismo de Byron, la melancolía desesperada de René, el descreimiento retórico de Espronceda, la blasfemia sin objeto, el afán de hacer de hombres criminales, seres misteriosos, llenos de orgullo que venían á cumplir una misión en la tierra, todo esto mezclado, era para nosotros nada más que un sentimiento vago, de que algo nuevo ocurría en el mundo, pero sentimiento ahogado dentro del alma, sin salir á la superficie, por timidez intelectual, y

acaso también por la disciplina equilibrada y ponderada de D. Andrés Bello.

Como nadie se encontraba con fuerzas para lanzarse en el espacio, so pena de estrellarse como Icaro y de amar lo imposible y perseguir á las nubes y á los vientos como Euforión, el hijo de Elena y Fausto, símbolo para mí de la poesía romántica, nuestros escritores se refugiaron en el campo llano de las traducciones, y D. Andrés Bello dió el ejemplo, con el drama tantas veces citado: *Teresa*, de Dumas, padre. Poco tiempo después se tradujeron *Antony y Pablo Jones*, también del mismo autor, por los señores Rafael Minvielle y Santiago Urzúa, respectivamente; *Hernani* de Víctor Hugo, por Minvielle, *El Proscrito* de Soulié, arreglado por D. Victorino Lastarria; todos representados por la compañía de Hilarión Moreno. Igualmente se representaron *Catalina Howard*, *Ricardo Darlington*, *Enrique III*, de Dumas, y *Angelo*, *Tirano de Padua*, de Víctor Hugo; del repertorio romántico español se recuerdan *Macías*, de Larra, *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch, *El Trovador y El Paje*, de García Gutiérrez.

Pero el rey y señor de nuestra escena fué el viejo Dumas.

No obstante, cuando se representó por primera vez el *Angelo*, de Víctor Hugo, 20 de setiembre de 1841, fué inusitado el entusiasmo público. Nada se conocía aún del gran poeta, á no ser algunas de sus teorías sobre el teatro, desarrolladas en el célebre prefacio de *Cromwell*. «La poesía de nuestro tiempo es el drama; lo real resulta de la combinación natural de los tipos; lo sublime y lo grotesco, que se cruzan en el drama, como se cruzan en la vida y en la creación. Todo lo que es de la naturaleza está en el arte».

Para los clásicos rezagados, eso de mezclar lo grotesco con lo sublime y de atacar á las tres unidades, eran profanaciones evidentes; mas, á pesar de las extravagancias de que está la obra repleta y de las numerosas mutilaciones que sufrió en manos del censor de teatro, don Ra-

món Rengifo, el público experimentó ese *temblor nuevo*, de que habló más tarde Víctor Hugo al leer las *Flores del Mal*, de Baudelaire. La presentación escénica del *Angelo* fué un acontecimiento; se pintaron decoraciones nuevas y los artistas, envalentonados con el entusiasmo del auditorio, se desempeñaron con general aplauso. Los papeles principales estuvieron á cargo de los artistas Jiménez y Moreno y el de *Tisbe*, la cómica cortesana, de Toribia Miranda, hermosa y distinguida artista limeña, que á juicio de don Manuel Blanco Cuartín, fué la mejor dama que hasta 1875 había visto en su género, y según la ingenua expresión de don Miguel Luis Amunátegui, «se introducía maravillosamente bajo la piel de la heroína á quien representaba».

Como ya lo he dicho anteriormente, la representación del *Angelo* dió origen á numerosas protestas de las gentes timoratas y el arzobispo don Manuel Vicuña así lo hizo presente al Ministro don Ramón L. Irarrázabal.

Poco tiempo después, algunos escritores argentinos, víctimas de la tiránica opresión de Rozas en la república vecina, llegaron á Chile buscando un campo propicio para desarrollar sus ideas. Notábanse entre ellos, don Domingo F. Sarmiento, don Vicente López y don Carlos Tejedor, los cuales encontraron franca hospitalidad en nuestro mundo social y en las columnas de nuestros diarios. Mas, sea por afán de notoriedad ó porque verdaderamente creyeran en la opacidad y carencia de ideas de los escritores chilenos, pronto viéronse enredados en polémicas, contadas y recontadas tantas veces.

Mediaba el año de 1842, cuando don José Victorino Lastarria, acompañado de un núcleo de jóvenes, lanzó á la publicidad un periódico, *El Semanario*, y en su primer número, la pobre poesía de un hijo del Presidente Prieto dió motivo á don Vicente López para que en artículo procaz, despertara los ánimos dormidos. Esta poesía fué el pretexto, nada más, para que el escritor argentino, en su

crítica de ella y en sus estudios acerca del romanticismo explayara en parrafadas altisonantes y lenguaje afrancesado su desprecio por las letras nacionales. Nuestra joven literatura era un puro balbuceo infantil, y si la forma, á las veces, de sus producciones, era de corrección desesperante y relamida, su contenido no pasaba de ser pura bambolla, ayuna de ideas. Replicóle ásperamente el joven Salvador Sanfuentes, predilecto discípulo de Bello, y de rebote, en *El Mercurio*, *Jotabeche* dejó caer sobre López sus primeros zarpazos.

López, esquiva el cuerpo; mas aparece en escena Sarmiento, con empuje, y la lucha literaria degenera en ataques personales. Los escritores argentinos apadrinaban el romanticismo literario, como una especie de reacción contra la tiranía de su patria, y heridos en su orgullo personal y llevados de sus afanes de libertad, también la emprendieron contra la lengua castellana, siguiendo *ad pedem literae*, el consejo de un poeta español, «no sólo encerramos con seis llaves la gramática, sino que hacemos lo posible por ignorar su existencia», ya que Sarmiento llegó á afirmar que el castellano era un idioma muerto para la civilización.

Era imposible que Vallejo (*Jotabeche*) y Sarmiento pudieran entenderse, pues si éste extremaba la impetuosidad en el ataque, Vallejo no perdía ripio para burlarse donosamente de su adversario. El romanticismo como escuela literaria pasó á segundo término, pues ni el mismo sostenedor de él, Sarmiento, le daba grande importancia, como lo confiesa en carta escrita á don José Victorino Lastarria. «Se trata de romanticismo, y yo que me he reído de él en la *Nona Sangrienta*, y en cuanta ocasión he tenido la oportunidad de hacerlo, lo defiendo hoy con un calor irritante. ¿De dónde puede nacer este interés tan vivo? Voy á decírselo». Y en su confesión dice que su amor propio encuéntrase herido, ya que se ha deseado presentarle como un farsante presuntuoso y su reputación ha sido ajada.

«Resuelto á defenderme, me he propuesto herir de muerte, sin piedad, ni mesura; usando las mismas armas que de palabra y por escrito han usado contra mí».

Por esa época, Sarmiento no podía imponerse como escritor, pues la irritabilidad de su carácter le impedía escribir á derechas; tenía «más talento que instrucción y menos prudencia que talento»; pero esa misma iracundia en sus ataques, sirvió como acicate para avivar á los espíritus adormilados, inconscientes de sus fuerzas, dando así origen á la gran primavera de nuestras letras llamada: *el movimiento literario de* 1842.

No se acallaban todavía los últimos ecos de la controversia con Vallejo, cuando Sarmiento nuevamente vióse arrastrado á otra, también con poderoso contendor.

La compañía dramática de marras, puso en escena un drama de don Gaspar Coll, *Adel, el Zegrí*, y al dar cuenta en un artículo de su representación, Sarmiento, con incomprensible falta de tino, hizo alusión á una monja Zañartu que se pasaba en el claustro maldiciendo la vida monástica y suspirando por el mundo. Recogió el guante el futuro arzobispo de Santiago, Iltmo. señor Rafael V. Valdivieso, pariente cercano de la monja aludida, la cual era hija del famoso corregidor don Luis Manuel de Zañartu. La polémica fué recia y vivamente comentada por la alta sociedad, en donde la monja tenía numerosa parentela.

Si la polémica con *Jotabeche* originó un movimiento intelectual entre los jóvenes, la segunda dió origen á la fundación de la *Revista Católica*, órgano del Arzobispado y redactada por dos talentos poderosos: el citado don Rafael V. Valdivieso y el futuro obispo de Concepción, don Hipólito Salas.

Y en *El Semanario* y en *El Crepúsculo*, además de Sanfuentes y *Jotabeche*, se estrenaron en las letras don Manuel Antonio Tocornal, García Reyes, Antonio Varas, Irizarri,

Francisco Bello, Juan N. Espejo, Lindsay, Francisco Bilbao y muchos otros.

El teatro, mientras tanto, seguía atrayendo al público, y en la memorable noche del 28 de agosto de 1842, ante enorme concurrencia entusiasmada, se estrenó el drama *Los Amores del Poeta*, de Carlos Bello, punto de partida del teatro moderno en Chile y primer éxito ruidoso de autor nacional.

Era don Carlos Bello (1815-1854) el hijo mayor del ilustre escritor venezolano don Andrés. Había nacido en Londres cuando su padre estaba al servicio de Chile y recibido educación esmeradísima. Si bien ésta fué clásica, su temperamento enfermizo y melancólico se dejó seducir por la poesía bayroniana. Acaso en su adolescencia, durante su estada en Londres, Byron, el hombre y el poeta, le fascinó como á todos sus contemporáneos; el mismo rumor de sus escándalos y la aureola que envolvían á los personajes creados por la fantasía del poeta, deben de haber dejado imborrables huellas en el alma del escritor chileno. Por eso, cuando la ventolera del romanticismo en Francia aventó todas las reglas, arrinconó á la tragedia, y Voltaire, Racine y Corneille desaparecieron de la escena para dar paso á los dioses nuevos, Hugo, Dumas y Vigny, también envolvió á nuestro autor de modo definitivo. Estaba en Chile desde 1829; pero las primeras manifestaciones del teatro dramático francés, las conoció en su vida londinense, y aquí, su ilustre padre, que estaba al tanto de la revolución literaria y que además admiraba á Alejandro Dumas, acabó por indicarle su camino y al cual lo arrastraba el ímpetu de su sangre juvenil.

Si hoy *Los Amores del Poeta*, del poeta por antonomasia, nos hacen sonreir, el ardor de la pasión nos suena á hueco y el vistoso ropaje, á las veces nos parece extravagante, hay que reconocer que en su tiempo y dada la condición del autor, fué muy justificado el entusiasmo rayano en delirio que provocó.

Así debe juzgársele, y así lo haré en la parte pertinente, cuando hable de las razones que tuve en vista para publicar las obras del presente volumen.

Por ahora puedo decir, sin embargo, que el buen éxito de la obra se reflejó en todos los órganos de publicidad y repercutió hasta en apartadas ciudades de Chile. «El ruido del triunfo de Carlos ha llegado hasta nosotros», escribía *Jotabeche* desde Copiapó, y era tan grande el interés que el drama provocaba, que este mismo escritor escribíale á don Francisco Bello tres meses después del estreno, desde la misma ciudad:

«Dentro de quince días, el autor de *Los Amores del Poeta*, será inhumanamente asesinado en este teatro. Ya está en capilla. Se han distribuído los papeles. No sé si tenga yo bastante valor para asistir á tan horrible espectáculo. Después de haber leído este precioso drama, después de haberme trazado en la imaginación un Gressey tierno, enamorado, fogoso, interesante por su bella figura, por el suave sonido de sus palabras, por la expresión de los sublimes sentimientos que agitan su existencia; estrellarme, topar de manos á boca con don Hilarión Moreno, sufrir sus mimos, sus pucheros, sus gestos y pininos, presenciar su grotesca declamación, oir su hablar nasal y sus ridículos suspiros. ¡Nó! por mi vida. No iré; no llevaré mis nervios á sufrir tan bárbara tortura».

En Santiago el papel de *Gressey*, lo desempeñó Máximo Jiménez y el de *Matilde*, Toribia Miranda.

Además de este drama, escribió algunas poesías medíocres, una novela *El Loco*, de escaso mérito, y un drama *Inés de Mantua*, en el cual pretendía estudiar el carácter de César Borgia. La muerte lo sorprendió antes de concluirlo y los fragmentos que de esa obra quedaron, perdiéronse en un viaje que hizo á Europa don Juan Bello, hermano de don Carlos. Don Juan pensaba concluir el drama.

Don Carlos Bello, además de escritor, fué diputado y Encargado de Negocios de Chile en el Ecuador.

Es curioso observar que á Bello le rechazaron sus poderes de diputado por la Serena, á indicación de *Jotabeche*, por considerársele extranjero; es verdad que se reconsideró este acuerdo. Pues bien, *Jotabeche* era íntimo amigo de Carlos Bello, como puede verse en la correspondencia epistolar de éste con don Francisco Bello, publicada por don Alberto Edwards en esta misma *Biblioteca*.

El autor de *Los Amores del Poeta*, amargado en los últimos años de su vida por crueles sufrimientos, murió á los 39 años de edad, el 26 de octubre de 1854.

Poco más de un mes había corrido desde el triunfo ruidosísimo del drama anterior, cuando el 9 de octubre del mismo año subió á las tablas el *Ernesto*, de don Rafael Minvielle (1800-1887). Por su padre, primo hermano del Mariscal Bernardotte, el autor en que me ocupo, tenía sangre francesa y por su madre valenciana, sangre española, y por su hogar, sus numerosas relaciones, su larga estada de 50 años en Chile y, me parece, por carta de ciudadanía, chileno neto.

Antes de llegar á Chile (1837) pasó ocho años de su vida en Buenos Aires en donde se distinguió como excelente educacionista. Uno de sus discípulos fué D. Bartolomé Mitre.

Tradujo algunos dramas del francés, entre los cuales, *Hernani* de Víctor Hugo y *Antony*, de Alejandro Dumas, fueron muy encomiados por su excelente traducción, á pesar de que Minvielle en *Antony* que lo llamó *Antonino*, hizo variaciones esenciales porque observó que «muchas de sus ideas no podían presentarse á nuestro público, que exige más decoro y más moralidad en la escena».

En Chile tradujo, *La Cartera* de Dennery y Bourgeois, *Las mujeres de mármol*, de Teodoro Barrère, *Los Topos*, de Sardou, y algunos otros.

La representación de su drama original *Ernesto* fué un gran triunfo para el autor y la crítica de la época, por

boca de Sarmiento, lo colocó muy por encima de *Los Amores del Poeta*. También se hablará de él á su debido tiempo.

Otra obra original de Minvielle *Ya no voy á California*, cuando se representó por primera vez el 28 de Diciembre de 1848 en el teatro de la República (1), hubo de suspenderse al concluir el 1.er acto por enfermedad de uno de los actores y en medio de una batahola indescriptible, pues desde la galería se arrojó al proscenio un pavo adornado con cintas y otras zarandajas. Por fin, el 4 de enero de 1849, se representó la obra completa, y la obra y los actores fueron silbados, especialmente el actor Rendón. Los artículos críticos que se escribieron fueron todos desfavorables para Minvielle, notándose por su causticidad el de José Antonio Torres (*Bálsamo*), publicado en *El Progreso*. La comedia fué escrita con el objeto de combatir la emigración de la juventud á California, sueño dorado de los espíritus inquietos y aventureros; pero la pobreza de su trama y languidez del diálogo no pudieron interesar al auditorio, prevenido de antemano contra el autor.

A causa de este fracaso Minvielle rompió los originales de otra obra, *La Estrella Roja*, tomada de una novela inglesa.

En Santiago, don Rafael Minvielle, también se distinguió como educacionista, como excelente profesor de matemáticas y autor de obras didácticas. Fué miembro, además, de la Facultad de filosofía y humanidades.

En su drama aplaudido, *Ernesto*, los papeles principales estuvieron á cargo de Máximo Jiménez y Toribia Miranda, los mejores actores de su tiempo. Una dicción más pura y natural había reemplazado al canturreo insufrible de Cáceres y Morante; el director de la Compañía se permitía dar lecciones teóricas, entre las cuales es curioso tomar

---

(1) El Teatro de la República, estrenado en septiembre de 1848, estaba situado en la calle del Puente entre Santo Domingo y Rosas. Se incendió en 1858.

nota de la siguiente: «El arte dramático no es otra cosa que la expresión sencilla y siempre diversificada de los afectos. De consiguiente, su primera regla consiste en no tener ninguna, en dejar á la naturaleza libre de toda traba en la expresión del sentimiento».

Probablemente el éxito de la obra fué debido en gran parte á los actores, porque lo que es hoy en dia, si se representara, sería insufrible.

Murió don Rafael Minvielle muy anciano, en 1887, y su nombre debe siempre recordarse por haber sido, en una época histórica, una de las columnas de nuestra incipiente literatura.

En febrero de 1849, comenzó á publicarse, en las columnas de *El Progreso*, un drama en tres actos y un prólogo intitulado *San Bruno*. Este drama, original y en verso, era obra de D. Eusebio Lillo (1828-1910). La reputación de que goza este poeta entre nosotros es muy superior al mérito de su obra literaria; su misma Canción Nacional, que tanto halaga nuestro patriotismo, no tiene nada de extraordinario. Imitador feliz de los románticos, á veces suele acertar con deliciosa melancolía como en su canto al Rio Imperial que comienza:

> Río en cuya corriente las estrellas
> Hunden enamoradas su reflejo.

ó en algunas composiciones á las flores.

Su drama nunca se publicó completo y es dudoso que el poeta lo haya concluído, á pesar de que en *El Progreso* se registra varias veces un anuncio de la próxima aparición de la obra. No se conocen más que las nueve largas escenas del prólogo y dos del 1.er acto, suficiente muestra para pensar que el drama no iba á ninguna parte. La influencia de Zorrilla es muy visible en la variedad de los metros, y la de García Gutiérrez en el corte, la entonación y los recursos empleados.

Como estos fragmentos son desconocidos, me parece conveniente dar una pequeña idea de ellos.

Los personajes que figuran en el prólogo son: Carlos IV, rey de España, D. Pedro Rainal, Fray Sebastián, confesor del rey, y Diego, criado de D. Pedro.

Don Pedro Rainal entra á las habitaciones del rey, y después de relatarle los servicios que ha prestado pídele á Carlos IV el castigo de un malvado que ultrajó su honra en la persona de su esposa. El rey le promete hacer justicia y en un largo monólogo recuerda los servicios de Rainal.

Mas esto me hace pensar...
Yo no debiera en conciencia
Dictar solo la sentencia;
Necesario es consultar.

Y efectivamente lo consulta con su confesor. Cuéntale la seducción de la esposa de D. Pedro y al preguntarle el fraile el nombre del seductor,

CARLOS.—Nombrarlo es importuno,
Pero su nombre lo diré también.
Ese cobarde el nombre de San Bruno.
FRAILE.—¡San Bruno!
CARLOS. —Sí... ¿tal vez le conocéis?
FRAILE.—¡Oh!... no mucho, señor... pero
CARLOS.— El ingrato
De su apoyo en el mundo se burló,
Porque Rainal obró como insensato
Y su apoyo y su fortuna le brindó.

El fraile comienza á temblar al oir que el rey quiere la muerte de San Bruno, y á fin de disuadirlo dícele que vaya á pedir á Dios que lo ilumine. Sale el rey y el fraile, con violencia, en un extenso monólogo, confiesa que San Bruno es hijo suyo:

Maldición... búrlate, suerte,
Ya que infeliz he nacido,
Mirar á un hijo querido
Cerca de la negra muerte.
Mirarlo infame y traidor,
Adorado hasta el delirio,
¡Y encontrar sólo martirio
En su cuidado y su amor!
Tal vez un cielo inhumano,
Sin apiadarse de mí
Porque mis votos rompí
Hoy me castiga tirano.
¿Qué me importaba el sayal
Cuando en la tierra mezquina
Hallé una mujer divina
Que se apiadó de mi mal?
Un amor me unió con ella
Y nos amamos los dos,
Porque hasta ese mismo Dios
La hubiese amado tan bella, etc.

Estas blasfemias sin objeto son uno de los recursos retóricos más socorridos del romanticismo falto de gusto.

Sigue el monólogo, y se interrumpe con la entrada de un criado portador de una carta. Es de San Bruno, quien la envía al fraile su protector—pues ignora que es su padre, —en la cual le cuenta que á causa do una maldecida pasión está en peligro su existencia, pero lo alienta la esperanza de poder encontrar asilo seguro en un claustro. El fraile se alegra, y piensa que ahí está la salvación de su hijo; y cuando el rey nuevamente quiere la muerte de San Bruno, el fraile le da cuenta del arrepentimiento de éste y de su propósito de meterse fraile. Indígnase el rey y exclama que á fin de hacer justicia lo arrancará de los mismos altares, á lo cual su confesor, con altanería, contesta que si esto quiere hacer, sus antepasados se levantarán

de las tumbas para maldecirle. Carlos se aterroriza, y aun cuando siente faltar á la palabra dada á don Pedro, accede á lo pedido por el fraile: no castigará á San Bruno. El rey se retira y el fraile exclama:

¡Imbécil! si así dobláis
La ungida cerviz á un hombre,
¿De qué te sirve ese nombre
De monarca que lleváis?
Si temeroso tembláis
Ante la Iglesia romana,
No la acuséis de tirana,
Que su despotismo abona
Con que pisa tu corona
Y es de tí mismo sultana.
¡Monarca! fiero león
Que el pueblo mira y adora,
Mientras á mis plantas llora
Pidiendo una absolución.
Mi esclavo es tu corazón;
Tu rey soy; ante mi altar
Vienes tu frente á doblar:
Monarca, yo te gobierno
Con el nombre de un infierno
Que te hace imbécil temblar.

Al saber don Pedro que el rey no cumplirá ya su palabra habla con Diego, su criado, á fin de que éste entre al monasterio en donde está oculta y embarazada su mujer y, una vez que haya dado á luz, le robe la criatura. Esa será su venganza.

Aquí concluye el prólogo. Como se ve, intriga y versos, situaciones y diálogos son del romanticismo más trasnochado, efectista y hueco.

El acto 1.º está apenas comenzado, sólo dos escenas hay publicadas. La acción debía pasar en Chillán, durante el

sitio puesto por don José Miguel Carrera. Aparece San Bruno y anima á los soldados y los hace jurar ser valientes y leales. Los soldados juran y parten; y en la segunda escena San Bruno pregunta á un capellán por una hermosa prisionera que la dejó á su cuidado... y no se sabe más.

¿Se convenció don Eusebio Lillo de la imposibilidad de continuarle ó le dió fin y remate y la guardó prudentemente? No sabría decirlo; pero es probable que el autor haya roto los originales, salvándose únicamente los fragmentos publicados en *El Progreso*. Mas, la pérdida del drama *San Bruno*, no creo que sea sensible para nuestra literatura.

En el mismo año de 1849 se estrenó en el Teatro de la República un drama de don Manuel Concha, *La Acción de Yungay*, que sólo conozco por referencias y por el hecho tan conocido de figurar en él la famosa *sargento Candelaria*, heroína de la batalla de Yungay.

Por el mismo tiempo se representaron diversas obras de Fernández Rodella escritas en francés; pero traducidos al castellano por Irizarri, Juan Bello, Guillermo Matta, etc.; un drama en un acto de José Antonio Torres: *El Poeta Aventurero* y otro de don Juan Nepomuceno Gacitúa, también en un acto: *Matilde ó sea consecuencias de un viaje á California*.

Los empresarios del teatro de la República, en el mismo año presentaron una solicitud al Gobierno en la cual pedían una subvención de cuatro á cinco mil pesos al año, obligándose á dar cuatro funciones á favor de los establecimientos de beneficencia, y *El Progreso* patrocinó esa solicitud.

En este teatro las principales actrices y actores eran la Aguilar ya mencionada, las señoras Rendón y Vallejo y los señores Rendón, primer actor, Garay, Arana y otros. En la primera temporada, que comenzó en enero hasta marzo, el repertorio de Rendón era el siguiente: *Las Sorpresas, La Segunda Dama Duende*, de Ventura de la Vega, *El Terremoto*

de la Martinica, *La Pata de Cabra*, *El Católico de Irlanda*, *Los Consejos de un Padre*, fuera de las chilenas ya citadas.

En abril se abrió una nueva temporada y entre los actores figuró, además, Juan Casacuberta. Esta temporada fué de 24 funciones, y como curiosidad doy los precios del abono. Los palcos, 48 pesos; 5 pesos las lunetas, y por noche el precio de los primeros era de 2 pesos, dos reales. Entre las obras representadas, *Teresa*, de Dumas, obtuvo un triunfo ruidoso y todos los periódicos de la época llamaron á Casacuberta el primer actor sur-americano.

En mayo de 1849 comenzó también á dar funciones en el teatro de la Universidad la Compañía lírica, dirigida por el señor Ferreti, y el precio de los palcos fué de 30 pesos para 6 funciones y 6 entradas, y de las lunetas 2 pesos cuatro reales.

Como la Compañía lírica atraía mejor concurrencia, *El Progreso* editorialmente, pidió de nuevo una subvención para la compañía dramática, pero sin éxito.

Se recordará que en la polémica literaria sostenida entre los escritores argentinos y algunos jóvenes chilenos, nombróse á don Salvador Sanfuentes, como el primero en contestar con aspereza las insidiosas apreciaciones sobre nuestra literatura de don Vicente López.

Don Salvador Sanfuentes (1817-1860) gozó de gran fama en su tiempo y aunque ella ha venido á menos en el día, no faltan, á las veces, recordadores del tiempo pasado que nos hablan con semblante dolorido de aquella dichosa edad en que actuaron Sanfuentes, Irizarri y otros tales, nada más que con el plausible propósito de presentarlos como modelos de originalidad y conocimiento del idioma castellano á la actual juventud literaria.

La verdad es que don Salvador Sanfuentes fué gran trabajador y muy fecundo; mas al lector moderno, por ancha manga que gaste, le es imposible soportar la mayor parte de sus obras. En él se respetará solamente al probo ciudadano que desde su juventud y en los no lar-

gos años de su vida, prestó meritorios servicios al país, como diputado, como Ministro de Instrucción y como secretario de la Universidad. También se le debe la fundación de la Escuela de Bellas Artes.

Afición á las letras las tuvo desde niño y como carecía de verdadera inspiración, buena parte de su obra es traducida ó arreglada del francés. A los 17 años dióle cierta notoriedad su traducción de *Ifigenia en Aulide*, de Racine, colocada en toldo y en peana por don Andrés Bello, quien alaba en ella la «propiedad del lenguaje, el tacto fino para variar las cesuras del metro y sus expresiones poéticas y sentidas». Esta traducción se publicó completa, después de muerto Sanfuentes en *El Correo del Domingo*, en 1863. En 1850 publicó otra traducción de *Británico*, de Racine, y el drama *Juana de Nápoles* que se inserta en este volumen. Empero, con anterioridad, había escrito cinco obras, quemadas por su autor, salvándose únicamente *Cora ó la Vírgen del Sol*, drama en 5 actos y en versos, con argumento tomado de *Los Incas*, de Marmontel. Nunca quedó con tento Sanfuentes de esta obra y murió con el pensamiento de rehacer enteramente el quinto acto. A pesar de haberle escrito muy joven, hay en esta pieza un poco de más calor y movimiento que el que acostumbraba el autor, de suyo frío y seco como esparto.

La acción sucede en tiempos de Atahualpa, cuando acaba de vencer á Huascar su hermano, rey del Cuzco, poco antes de la conquista del Perú.

Cora, hija de Palmore, el mejor general de Atahualpa, es una de las vírgenes encargadas del culto, en el templo del Sol. Como las vestales de la antigua Roma que cuidaban de mantener el fuego sagrado, las vírgenes del Sol debían conservarse sin mancilla, so pena de la vida. Cora, falta á su juramento, enamorándose de don Alfonso, joven español que ha ayudado con sus consejos al rey de Quito, Atahualpa; denunciada por el gran Sacerdote debe morir quemada en la hoguera con toda su familia, según cos-

tumbre establecida, y cuando está á punto de consumarse el sacrificio, se presenta don Alfonso, se confiesa culpable delante del Inca y éste los perdona.

Hay una escena, la más importante del drama—V del acto II,—en la cual Palmore, incrédulo todavía del crimen de su hija, va á interrogarla y Cora le confiesa su falta y le refiere cómo nacieron en su alma sus amores con don Alfonso. Esto puede considerarse como lo mejor que escribió Sanfuentes, no obstante su retoricismo, y recordar demasiado el sueño de Manrique en *El Trovador*, de García Gutiérrez, que comienza:

> Soñaba yo, que en silenciosa noche
> Cerca de la laguna que el pie besa
> Del alto castelar, contigo estaba.

Por supuesto que en la obra del escritor chileno no existe la arrebatadora pasión que el muchacho genial de veinte años sintió al escribir ese drama español imperecedero.

Sanfuentes, en su obra, se salió de sus casillas, él, tan correcto y estirado. Véase el lugar de la escena en el quinto acto.

«El teatro representa la plaza de Quito. En el fondo, el templo del Sol. Más afuera y bajo su pórtico, se vé el Trono de Atahualpa, á su derecha el asiento del gran sacerdote. Al pie del trono y á la derecha del espectador están los bancos de los acusados. Al mismo lado en el primer plan del teatro se ve la hoguera empezando á encenderse; detrás de ella hay cavada una fosa. Al levantarse el telón se supone que el pueblo está dentro del templo haciendo votos al Sol. Se oye el canto de los coros. Luego que esto termina, se vé salir al pueblo y extenderse por ambos lados de la escena y al rededor del trono. Salen también Atahualpa y Corambé (otro general), los cuales se adelantan de los demás hacia el primer plan del teatro».

Es de imaginarse, con los pobres elementos con que contaban los teatros de la época, qué barbaridad habría resultado si el drama hubiera subido á las tablas, con esa plaza de Quito, ese templo del Sol, ese trono de Atahualpa y demás asuntos decorativos.

También á Alejandro Miquis el simpático calvatrueno, del *Doctor Centeno*, de Galdós, se le ocurrían cosas parecidas en su drama *El Grande Osuna*. «Ribera de Chiaja con varias galeras atracadas á la derecha, el Palacio Vice-Real á la izquierda y al fondo el Vesubio», capaces de hacer morir de risa al pintor y al maquinista, como dice Galdós.

Ninguno de los dramas que escribió don Salvador Sanfuentes fué representado; empero algunos escritores dicen que *Juana de Nápoles* subió á las tablas, después de muerto su autor, lo que no he podido verificar. Asimismo dícese que entre sus manuscritos dejó un drama original: *Don Francisco Meneses*, el atrabiliario presidente de tiempos coloniales; mas consultado uno de los herederos del señor Sanfuentes, he sacado sólo en limpio que este drama, ó el autor lo dejó inconcluso ó apenas bosquejado, ya que don Miguel L. Amunátegui que recogió y ordenó sus papeles, á existir la obra, seguramente la habría publicado.

La delicada constitución física del poeta y su ardoroso espíritu de trabajo apresuraron la muerte de Sanfuentes, á los cuarenta y tres años de edad, en 1860. Acaso, de toda su obra literaria, la posteridad sólo recuerde su poema *El Campanario*, con cierto colorido chileno; pero frío y monótono en su clasicismo gramatical.

Dedicado á don Salvador Sanfuentes, en 1856 se publicó y representó un drama histórico intitulado *La Independencia de Chile*. Su autor era un inteligente mozo que murió en edad temprana. Llamábase José Antonio Torres Arce (1828-1864). Fué poeta, autor dramático, crítico teatral; pero ante todo, periodista de por vida; escribió una muy apreciable galería de oradores chilenos; á los 21 años, hizo representar un drama en un acto original: *El Poeta Aven-*

turero, el 1.º de Febrero de 1849; en 1856, el que se inserta en este volumen, en 1858 *Una promesa de amor*, comedia en dos actos y en verso publicada inconclusa en *El Correo Literario* y en 1863, *Carlos ó amor de Padre*, drama en cuatro actos y en prosa.

Como periodista no sólo fundó y dirigió *El Progreso*, sino que fué colaborador de todos los periódicos y revistas de su tiempo en los cuales se distinguió por su espíritu cultivado y su causticidad de buena ley, por donde el seudónimo de *Bálsamo*, con que firmaba sus escritos, fué hasta cierto punto popular. A él principalmente se debe el fracaso de la comedia de Minvielle *Ya no voy á California*, de algunos autores y de artistas, como asimismo de la compañía dramática hispano-americana que en 1858, según su gráfica expresión *estornudaba* en el Teatro de la República. Por eso era temido, sin que fuera óbice para que con su *Independencia de Chile* obtuviera triunfo ruidoso.

Hoy, su obra literaria ha venido muy á menos y como su hermano menor, Víctor Torres Arce, apenas si es recordado por los viejos.

Pocos años antes de la representación de la obra de José Antonio Torres, la barraca empotrada en el antiguo claustro universitario, desapareció, levantándose en su lugar un espléndido edificio costeado por la Municipalidad; en la sala de espectáculos cabían 1,500 personas; pero con una entrada media de 750 por noche, los empresarios sufrían una pérdida de tres mil pesos mensuales, dando solamente dos funciones por semana. Durante el tiempo que el teatro lo tuvo á su cargo la sociedad Pradel, todas las temporadas fracasaron y la de Zegers y Solar que trajo dos compañías, una de zarzuela y otra drama, no logró darle vida al teatro: las entradas no cubrían los gastos. Por este motivo un *observador* pidió en el último número de *La Semana* de los Arteaga Alemparte una subvención municipal de 6,000 pesos y otra del Gobierno de igual suma, fundán-

dose en que las decoraciones importaban 1,000 pesos cada una y 60 pesos por noche el alumbrado.

En este nuevo teatro, en la noche del 26 de Enero de 1858, se estrenó otro drama histórico: *La Conjuración de Almagro*, de don Guillermo Blest Gana (1829-1904).

Era don Guillermo Blest Gana el mayor de una ilustre familia de escritores: don Joaquín, distinguido orador parlamentario, don Alberto, nuestro primer novelista y el propio don Guillermo, el más delicado y espontáneo poeta de la antigua generación.

No tenían ningún sello personal sus primeras composiciones poéticas; es verdad que comenzó á escribir muy joven, y á esa edad ¿quién puede preciarse de no haber sido discípulo de alguien?

Su temperamento sentimental y melancólico, que conservó hasta los últimos instantes de su vida, dejóse deslumbrar por Espronceda, Zorrilla y Bermúdez de Castro, ese Vigny español, como le llama un excelente amigo mío. Y como por otra parte, Lamartine y Alfredo de Musset, le tenían obseso, los primeros pasos en las letras no los pudo dar sin andaderas. De ahí sus divagaciones predilectas sobre la luna y el ciprés, sus amorosos desengaños retóricamente sentidos y su afán de querer tocar todas las cuerdas, en su lira monocorde. No obstante á veces, como si quisiera huir de la imitación que le consumía, refugiábase en su propia alma, que era dulce y sencilla y de ella sacaba estos acentos, dignos de figurar en cualquiera antología:

Cuántas lágrimas me cuestas,
Todas vertidas como estas
En silencio, pobre amor:
Amor, un tiempo mi anhelo,
Hoy mi duelo, mi dolor.
Todos ignoran, es cierto,
Que estas lágrimas que vierto

Son por tí, mi pobre amor:
Eras de ventura emblema,
Hoy diadema de dolor, etc.

ó en aquellos otros:

¡Pasad, pasad,
Recuerdos de aquella edad!

que encantaban cuando mozo á Rubén Darío.

Si descartamos de la obra del poeta todo lo que huele á *pastiche*, á calco y á imitación de los románticos españoles y franceses, todo el retoricismo de pega, siempre quedará buena parte que debemos colocar sobre nuestras cabezas. No hay en ella ideas originales, ni inquietudes y complicaciones de sentimientos, ni mucho menos, novedades en el ritmo y en los metros, capaces de arrastrar á los poetas del día; pero las almas jóvenes, no contaminadas de sensualismo, al sentir el primer despertar de las pasiones, el *amor de amores*, que dijo Valera, al recordar la primera flor, la primera cita, el beso primero recibido, la primera comunicación de alma á alma, el primer desengaño por nimio disgustillo, el primer dolor por la muerte del sér amado y las lágrimas y los suspiros y demás lugares comunes de la vida, encontrarán en las páginas de Blest Gana la inspiración sencilla y fresca, y la dulce melancolía propias de los primeros amores. ¿Quién no los ha tenido á los veinte años ó algún tiempo después? Pero ¡cuán pocos los que pueden exclamar con el poeta en la vejez:

Es mi mayor pesar, en mi quebranto
No haber amado más, yo que creía,
Yo que pensaba haber amado tanto!

No me corresponde hablar de don Guillermo Blest Gana como poeta lírico. Estas pocas líneas son nada más que

saudades de tiempos antiguos y presentes, cuando sus poesías me fueron familiares. Mas, sin dar un juicio sobre su obra poética, pienso no engañarme al creer que en el Parnaso chileno ocupará excelente lugar, no con uno, sino con muchos de sus sonetos y romances octosílabos.

A pesar de lo apacible del carácter de Blest Gana se encontró metido en la agitación política del 1859; desterrado por el Gobierno vencedor viajó por Europa, y en la coronada villa de Madrid rodeóse de los literatos españoles de más fuste. Era punto fijo del Ateneo, en donde leyó algunas poesías, y concurrente asiduo á las tertulias de escritores y cómicos conocidos, como v. gr. Julián Romea. Se representaron algunas comedias y sainetes, por desgracia no publicados, originales de él, y á su vuelta á Chile, ocupó diversos puestos, sea en la diplomacia, en intendencias ó en la Oficialía del Registro Civil de Valparaíso. Allí le vió el gran poeta nicaragüense, Rubén Darío, en 1886, recién llegado á Chile, y con frase gráfica lo pinta: «el cantor de las rosas, el de los versos llenos de perfumes primaverales... casaba al joven novio y á la niña sonrosada, como quien rima dos octosílabos sonoros.»

La revolución del 91 le encontró de Intendente de Tacna, y si en 1859 fué desterrado por revolucionario, en 1891 fué desposeído de esa Intendencia por estar del lado del Gobierno.

Vivió muy retirado del mundo, y salvo el tiempo que fué Intendente de Linares no dió señales de vida. Murió en 1904; pero para muchos, don Guillermo Blest Gana había muerto tiempo atrás.

Fuera de las piezas dramáticas representadas en España, escribió en Chile, el drama histórico ya citado, *La Conjuración de Almagro*, que al representarse en el Teatro Municipal fué aclamado y entre entusiásticos aplausos, el autor fué llamado á la escena varias veces por el público. El mismo año puso en escena, en un teatro de Concepción, otro drama original, *Lorenzo García*, que se ha perdido,

según algunos escritores; no obstante, no hace mucho, se anunció en los diarios que en Lima se habían representado dos obras chilenas: *Nuestras Víctimas*, de don Víctor Domingo Silva, y *Lorenzo García*, de Blest Gana.

Escribió además una zarzuela en un acto y en verso, con música del maestro Calderón y fué representada por Astol en Valparaíso en 1890, de poco mérito.

La Conjuración de Almagro se inserta en este volumen.

El mismo año de 1858, en que fué representada esta obra, don Alberto Blest Gana, (1831) publicó en *El Correo Literario*, dirigido por José Antonio Torres, una divertidísima comedia en tres actos *El Jefe de la familia*, en la cual ya se notan las grandes dotes de observación que desarrolló más tarde en sus novelas más famosas: *Martín Rivas*, *El Ideal de un Calavera*, *Durante la Reconquista*. Los personajes llenos de vida, de la comedia, si no tienen el relieve de *Amador Molina*, de *Agustín Encina*, de *Ño Cámara* y de doña *Bernarda Cordero*, tienen bastante naturalidad. El jefe de la familia, es aquí don Manuel, un pobre hombre que ha entregado los pantalones y las riendas de su casa á su mujer, la cual sin embargo, irónicamente cada vez que hay asunto grave en el hogar, como ser tertulias, noviazgo de la hija, etc., dice á los amigos: «esto lo debe arreglar el jefe de la familia» y para eso debe don Manuel correr con el reparto de los helados, despedir al novio, que el infeliz hace temblando. El novio, que lo pasa de rico, es un mozo trapalón, llegado de Chañarcillo, en donde hizo la mar de chanchullos y hasta dejó plantada á su novia. Y es esta precisamente la que viene á deshacer la boda. Casada con un amigo de don Manuel, viene á Santiago, y en una de sus visitas se encuentra con su antiguo prometido. Enrique, que así se llama, no las tiene todas consigo y como recuerda que tiene antiguas cartas de ella, pídele una entrevista en la cual le ruega no cuente á la familia sus pilatunadas de Chañarcillo, y si no accede, esas cartas de amor se las mostrará al marido. La

joven todo lo cuenta, desenmascara al pillo y don Manuel vese en el caso de expulsar al novio de su hija, ya que como jefe de la familia debe hacerlo, según le dice su mujer, que por supuesto todo lo había previsto. No recuerdo bien todas las incidencias de la comedia, pues las notas que tomé de ella se me extraviaron, pero sí recuerdo, que hay verdadera intriga, un diálogo vivo y sostenido y los caracteres de Enrique, don Manuel y su mujer son de carne y hueso.

Es una obra genuinamente nacional, digna de publicarse y lo habría hecho en este volumen, á no impedírmelo uno de los considerandos del decreto de creación de esta Biblioteca: «ninguna obra podrá incorporarse en sus ediciones sino después de fallecido el autor».

Poco tiempo despues, el distinguido polígrafo, don Daniel Barros Grez (1839...), publicó en *La Semana*, de los Arteaga Alemparte, una comedia, la primera de la serie que dió después á la publicidad, muchas de las cuales pertenecen al verdadero teatro criollo entre nosotros. Se intitulaba *La Beata*. Como su título lo indica es la eterna comedia, en la cual dos matrimonios viven en continua reyerta á causa de que las esposas, no se curan de atender sus hogares, por asistir noche y día á la iglesia. Fastidiados, seriamente les prohiben que asistan á un sermón, pero las mujeres burlan la orden recibida y cuando los maridos llegan á sus casas, encuentra el uno, á su hijo arañado por un gato y el otro al suyo que se ha caído en un pozo.

No hay mucha originalidad en esta comedia-sainete; mas, es divertida, un tanto caricaturesca y el diálogo animado y fácil; por supuesto que, tratándose de *beatas*, no puede faltar el descuerar á las amigas, los suspirillos hipócritas y las conversaciones sobre los predicadores, fiestas religiosas y demás asuntos de iglesia, mil veces recontados en el teatro español y americano.

Este don Daniel Barros Grez, es uno de los tipos más curiosos de nuestras letras. No hubo ramo de la actividad hu-

mana en el cual no se metiera de rondón y por esto mismo, por querer abarcarlo todo, no dejó, como ingeniero, como poeta, como hombre de teatro, ni como novelista, obra perfecta alguna, que esté á la altura de su ilustración y de su talento. Nadie como él habia estudiado las costumbres de nuestro pueblo; era observador perspicaz ya que no penetrante, lleno de viveza y colorido, su golpe de vista era muy rápido para pescar al vuelo el ridículo de las cosas y personas y manejaba el castellano con cierto afectado arcaismo, debido á sus profundos estudios de los clásicos españoles. Pero carecía del don de las proporciones.

En su voluminosa novela *El Huérfano*,—entre paréntesis, tiene capítulos excelentes—en seis tomos y cerca de dos mil páginas, la imitación del lenguaje de Cervantes llega al calco. Y digo, lenguaje y no estilo de Cervantes, porque desde *El Buscapié* de don Adolfo de Castro hasta los mil parafraseadores del discurso sobre las armas y las letras y otros trozos *literarios* del *Quijote*, no se ha hecho otra cosa que remedar la forma, cosa sencilla, sin desentrañar su espíritu, ni comprender la íntima trabazón que existe entre el ritmo del fondo y la música de las palabras y ni siquiera con la elegancia desenfadada de don Juan Montalvo.

Escribió Barros Grez varias otras novelas, además, como *Pipiolos y Pelucones* y la popularísima *Aventuras del maravilloso perro Cuatro Remos*; fué premiado como fabulista en el Certamen Varela de 1888 y dejó inconclusa una obra sobre *Filología* para la cual juntó una asombrosa cantidad de papeletas ordenadas y clasificadas en un casillero de su invención.

Aunque algo retraído, solía don Daniel Barros Grez presentarse á las sesiones del antiguo Ateneo á leer algunos estudios de Mitología Griega, llenos de erudición é inolvidables porque se medían por metros, pues el autor acostumbraba pegar las páginas originales una en pos de otra, de manera que era corriente ver varios metros en

el suelo y la cinta de papel desenrollándose en las manos del autor desde lo alto de la tribuna. Asimismo lo aquejaban ciertas manías de coleccionista, de cosas tan interesantes como ser: botones viejos y hasta arañas peludas, según me refieren, tal como Juan Pablo Richter.

Para el teatro escribió mucho y algunas de sus piezas, representadas en numerosas ocasiones han logrado éxitos francos y merecidos, especialmente en los teatros populares. Sus comedias más conocidas son: *La Beata*, *Los dos Matrimonios*, en 3 actos y estrenada por la compañía Mackay en 1869, *El Tejedor ó la Batalla de Maipú*, en 3 actos, *Como en Santiago*, en 3 actos, *El Testarudo*, 3 actos, *El Tutor y su Pupila*, 4 actos, *El casi casamiento ó sea mientras más vieja más verde*, *La Colegialada*, en 1 acto, *Ir por lana...* en 3 actos, y muchos otros juguetes cómicos, proverbios y diálogos representables.

Como algunas de estas piezas se publicarán en el 2.º tomo del *Teatro Dramático Nacional* y como en la introducción se hará la historia crítica del teatro chileno, pues este prólogo es más bien narrativo, sólo diré que don Daniel Barros Grez, con don Román Vial y don Juan Rafael Allende, son los tres representantes del teatro popular, del verdadero teatro criollo hasta 1900. Hay otros más secundarios.

Parece que durante dos años no funcionó ninguna compañía dramática en Santiago, pues de haber existido alguna, seguramente que *El jefe de la Familia* de Blest Gana, *Promesas de Amor* de José Antonio Torres y *La Beata* de Barros Grez, se habrían representado á fines de 1858; además don Domingo Arteaga Alemparte á mediados de 1859, publica alborozado la noticia del estreno de una compañía de zarzuela porque viene «á combatir el fastidio de las largas veladas y forzosas reclusiones que el invierno trae consigo» y elogia en diferentes ocasiones á la artista La Mur, la cual servía para todo: zarzuela, comedia, canto y baile.

En 1860 se fundó una compañía dramática de aficionados, jóvenes distinguidos de la sociedad santiaguina y se estrenó con la tan conocida obra de don Eulogio Florentino Sanz, *Don Francisco de Quevedo*, y llama mucho la atención que don Domingo Arteaga Alemparte, crítico teatral de *La Semana*, no sea tan entusiasta admirador de esa obra, cuando en España siempre se la ha considerado como una de las mejores piezas teatrales de la primera mitad del siglo pasado. Quiere decir, que pensó por cuenta propia, lo que es de encomiar.

Al poco tiempo de estrenarse la compañía de aficionados, comenzó á dar funciones en el Teatro Municipal una compañía dramática, en la cual figuraban como primeros actores las señoras Lirón y Fedriani y el señor Risso; este último, á juicio del crítico citado, uno de los mejores galanes llegados á Chile. Esta compañía se estrenó con una comedia de Rodríguez Rubí y entre otras piezas representáronse *El honor y el dinero* de Soulié, *Don Juan Ruiz de Alarcón* de Eguilaz, algunas comedias de Bretón de los Herreros y de Ventura de la Vega, el *Trovador* de García Gutiérrez, é hizo su entrada triunfal en la escena de nuestros teatros *La Dama de las Camelias* de Dumas hijo, entre delirantes aclamaciones del público. Justo Arteaga escribió un artículo teatral dando cuenta del acontecimiento.

El 15 de Enero de 1865 subió á las tablas del Teatro Municipal el drama histórico en cuatro actos *Manuel Rodríguez*, de don Carlos Walker Martínez, representado por la misma compañía que dirigía don Juan Risso, el cual desempeñó el papel del popular caudillo.

Don Carlos Walker Martínez (1842-1905) comenzó á escribir muy joven: antes del estreno de su drama había escrito en 1860 un diálogo *La Religión y la Inteligencia*, representado en el Colegio de San Ignacio, diálogo en el cual se revelan las cualidades combativas, de que dió pruebas más tarde en su brillante y ardorosa vida política y numerosas poesías en diferentes periódicos y revistas.

Sin faltarle el respeto á la memoria de este hombre eminente, puedo decir que sus poesías pecan de verbosas y declamatorias, aun aquellas inspiradas por sus ardientes creencias religiosas. El verso es inarmónico, incorrecto, sin espontaneidad y de poca enjundia literaria: parece más obra de taracea que de inspiración verdadera. Defectos que también se notan en su drama *Manuel Rodríguez*, no obstante el triunfo ruidosísimo que don Carlos Walker obtuvo en la noche del estreno y en las numerosas ocasiones en que ha sido representado.

Algunos de sus adversarios políticos, con el propósito de rebajar su preponderante papel de caudillo conservador, han ensalzado esta obra dramática hasta colocarla por cima de su acción y sus discursos parlamentarios, lo que es una gran injusticia, ya que en don Carlos Walker Martínez su obra literaria no es más que accesoria.

Desde 1869 en que por primera vez entró á la vida pública, como diputado por Vallenar, hasta el año de su muerte, puede decirse que dirigió un gran partido político, aun cuando por largo tiempo no fué su presidente.

Acaso hubo en el partido conservador hombres de mayor doctrina y saber, mejores estadistas y oradores más extraordinarios; pero no le han superado en el irresistible empuje de su palabra trabajosa y expresiva al propio tiempo, en la sinceridad de sus ardorosas convicciones, en su entereza moral y en la fascinación que su sola presencia causaba en la juventud de su partido y en las masas populares. Durante el gobierno de los presidentes Santa María y Balmaceda, tal vez no hubo en Chile hombre más popular que don Carlos Walker ¿quién no recuerda su actitud valerosa en los comicios y en la calle pública, en donde arriesgaba hasta su propia vida? ¿quién olvida la rapidez y oportunidad de sus réplicas en la Cámara de Diputados á innumerables adversarios?

Ese hombre, reorganizador de un partido político a

cual le dió la cohesión y disciplina que tiene en el día, es el imperecedero.

Respecto á su drama *Manuel Rodríguez*, es verdad que no carece de cualidades muy recomendables; pero la excesiva juventud del autor le hace incurrir en muchas puerilidades y faltas de gusto, hasta cierto punto disculpables, como después veremos. Sin embargo, dejo constancia de que ha sido uno de los dramas más representados y más populares, y se han hecho cinco ediciones con la de este volumen.

Más ó menos, por los mismos años en que fué representado *Manuel Rodríguez*, hubo un curioso movimiento dramático en uno de los más conocidos establecimientos de educación de Santiago: el Colegio de los Padres Franceses. Por lo general, no se trataba de obras originales, sino de arreglos del francés ó del español, y el principal abastecedor del artículo fué don Ruperto Marchant Pereira, alumno todavía, más tarde ilustrado y virtuoso sacerdote, hoy vivo felizmente.

Los Jueces Francos, *La Maldición*, *Las Travesuras de Pascualillo*, *El Duque de Brabante*, *Los Vildac*, *Gregorio*, etc., fueron representados por alumnos del Colegio. Aunque muchos años más tarde ví algunas de estas piezas, sólo tengo una impresión muy vaga, no por eso menos sentida. Recuerdo, sí, del señor Marchant Pereira, algunas novelas cortas y descripciones en estilo fácil, y con cierta gracia de buen tono, que había publicado en *La Estrella de Chile*.

Otro escritor, que también se estrenó con piezas teatrales en el mismo Colegio, fué don Antonio Espiñeira, siquiera sea duro de tragar que en 1865 haya arreglado para el Colegio de los Padres Franceses un drama, *Gil de Bretaña*, como reza una noticia bibliográfica, ya que el autor nació en 1855, y arreglar un drama, á los diez años, es mayor prodigio que escribir versos á los cuatro, como cuenta de sí mismo Alcalá Galiano, en sus *Recuerdos*.

Don Antonio Espiñeira (1855-1907) fué autor dramático muy fecundo y alabadísimo por determinado círculo de amigos y correligionarios políticos; pero como sus obras más conocidas fueron escritas muchos años después y una de ellas aparecerá en el 2.º tomo del Teatro Nacional, sólo diré por ahora que algunas de sus piezas teatrales subieron á la escena: *Cómo pasarán las cosas* (1877) en el teatro Municipal, *Martirios de amor* (1877) en el Variedades, *Amor de Patria*, en el Municipal (1881); otra fué premiada en el Certamen del Círculo Católico (1889) *Pena de la Vida*, y las más, insertas en *La Estrella de Chile* ó en la *Revista de Artes y Letras*, como ser: *Chincol en Sartén*, *Mal por bien*, *Lo que no tiene sanción*, etc.

Añadiré, además, que en el aprecio que se ha tenido por la obra dramática del señor Espiñeira, entra por mucho la laboriosidad del autor y el carácter dulcísimo del hombre, ya que en *Martirios de amor*, representado por la Compañía Dalmau, drama basado en los amores del duque de Béjar y la hija natural de Cervantes, no hay absolutamente los merecimientos que encontró Rómulo Mandiola, y en *Pena de la Vida* la «acabada y correcta estructura musical y facilidad de versificación, como pocas veces puede encontrarse», que alabó el jurado, no pasa de ser magnánima condescendencia. Véase nada más que este ejemplo:

Quince mil ciento cincuenta
Florines menos; no hay duda.
Considerable es la pérdida...
Y si esto nos pasa á aquellos
Que tenemos grandes fuerzas,
¿Que será de los que giran
Con poco capital?... ¡Mengua!...
El señor duque ha tirado
El dardo con mano maestra
Contra sí mismo y su pueblo...
Es menester gran prudencia. etc,

Y este drama fué premiado á pesar de que su autor confiesa haberlo escrito teniendo á la vista una de las *Légendes du Moyen Age*, de Collin de Plancy.

Como lo he dicho anteriormente, Espiñeira pertenece á una época posterior á la que iba relatando.

Desde 1870 hasta la guerra contra el Perú y Bolivia, las representaciones teatrales fueron más escogidas, no solamente por el mérito de las obras puestas en escena, sino porque el gusto público habíase más refinado con la llegada á Chile de ilustres actores extranjeros, de fama mundial: la Ristori, Rossi y Salvini entre los italianos, José Valero entre los españoles, fuera de otros de menor fama, pero que de mucho sirvieron á los escritores nacionales. Estos actores eran Mackay, los esposos Gaytan, Garay, Dalmau, etc.

Creo que por el año de 1872 se fundó una compañía dramática de aficionados, entre los cuales figuraron los señores: Buenaventura Morán, Pedro Nolasco Préndez, Enrique Oportus, Nicanor Molinare, Vicente del Solar, Adolfo Quiroz, etc., los cuales representaban de preferencia piezas nacionales, como *Por amor y por dinero*, de don Luis Rodríguez Velasco, que acababa de obtener gran éxito en Valparaíso y Santiago, *¿Qué dirán?* de don Juan Rafael Allende, *Los extremos se tocan*, de don Román Vial y *Manuel Rodríguez*, de don Carlos Walker M.

A pesar de que en la portada de *Por amor y por dinero*, el autor dice que se representó por primera vez en Valparaíso en 1872, lo cierto es que el mismo don Luis Rodríguez Velasco reproduce al final un artículo encomiástico de don Justo Arteaga Alemparte, copiado de *La Libertad* con fecha 27 de Agosto de 1869, y en los diarios de la época se lee que el estreno se verificó el 11 de julio de 1869 en el teatro de la Victoria de Valparaiso por la compañía Mackay, y la misma volvióla á dar en Santiago el 26 de agosto del mencionado año.

No me creo con la suficiente imparcialidad para decir

en estas páginas lo que pienso acerca de esta comedia, que en su tiempo dió ocasión á tantos dimes y diretes. Don Luis Rodríguez Velasco, el decano de nuestros poetas, el único sobreviviente de nuestra literatura del tiempo viejo, se ha quejado en algunas ocasiones, y en una muy reciente entrevista con un joven literato, de que se le tenga enterrado en vida como autor dramático, y por el conducto indirecto de un excelente poeta y escritor amigo mío, ha llegado á mis oídos su queja de que no lo hagan figurar en el presente volumen. Válgame la excusa de que el Reglamento de esta Biblioteca prohibe la publicación de ninguna obra de autor vivo.

No obstante voy á hacer unas cortas reflexiones.

Hay una preocupación muy enraizada en nuestra tierra, más que en ninguna otra parte del orbe: la de no ver en el escritor sino al hombre de partido. Por muy grandes que sean los merecimientos de un literato, de un poeta, de un dramaturgo—nada digo del hombre de ciencia,—si pertenecen á algún partido extremo, sea radical ó conservador, es seguro que los escritores del bando opuesto les negarán el agua y la sal, en las ocasiones que se presenten. En nuestro país, no se concibe que un escritor católico, como Bourget ó Henri Chantavoine puedan decir maravillas de un Renán, pongo por caso, ó que un escritor descreído llame literato eminente, como lo hace Lemaître, á Luis Veuillot. En España, un republicano y racionalista como Leopoldo Alas, prologa una obra del carlista Antonio de Valbuena; y ¿quién ignora el cariño fraternal que los unía y las mutuas alabanzas que siempre se prodigaron Galdós y Pereda, á pesar de sus enormes divergencias políticas y religiosas?

Y digo esto á propósito de la comedia *Por amor y por dinero*, tan combatida en las columnas de *La Estrella de Chile*, por Rómulo Mandiola, nada más que por antagónicas ideas políticas. Don Luis Rodríguez Velasco pertenecía al Club de la Reforma, en donde se le hizo una gran

manifestación, con motivo de su gran triunfo escénico, ofreciéndola el poeta don Guillermo Matta, y Rómulo Mandiola era el brillante paladín de la prensa conservadora. No era posible que pudieran entenderse, especialmente en esa época de lucha doctrinaria en cuestiones de enseñanza.

No puede negarse que en la citada comedia hay algunas reminiscencias de *Ña Catita* de Manuel Segura, y que el *Lindor* de *Por Amor y por dinero* se asemeja más de lo conveniente á don *Alejo* del escritor peruano; pero, de ahí á acusar de plagiario á don Luis Rodríguez, media gran distancia. Tampoco desconozco que doña *Ramona* es un tipo de mujer bastante exagerado; mas ¿qué tiene que ver la religión con la pintura á brocha gorda de una beata intrigante, codiciosa y mala?

Si la comedia no tiene gran originalidad, es movida, tiene interés y el verso en que está escrita es de extrema facilidad. Es en buenas cuentas excelente pieza, á pesar de que el autor desenterró la unidad de tiempo, desde tantos años muerta y sepultada, echó manos de algunos recursos tan vulgares como ser, el telegrama que define una situación ó la conversación escuchada por Gabriel y por Ricardo, detrás de una puerta, que origina el descenlace.

La escena ocurre en Santiago; el primer acto, á las doce ó una del día y los otros dos en la noche del mismo día. Los personajes son: D. Antonio, su hija María, Gabriel, Ricardo, Lindor y doña Ramona, tía de éste último.

María es una joven delicada, de nobles sentimientos, que se siente atraída con cariño sincero por Gabriel, mozo de excelentes partidos, que vive en la misma casa, protegido por don Antonio, padre de María. D. Antonio, no malo en el fondo, quiere sacrificar la ventura de su hija, por egoísmo, y como no tiene carácter, se entrega en manos de doña Ramona, la cual, después de husmear la fortuna de D. Antonio, se entromete á fin de conseguir, para su sobrino Lindor, la mano de María. Y como comprende que la niña

jamás podrá amar ni consentirá en casarse con el maniquí de su sobrino y nota el peligro que puede venir de parte de Gabriel, infíltrale á D. Antonio la calumnia de citas clandestinas entre Gabriel y María. El pobre hombre se anonada al pensar en la ingratitud de su protegido y en la mancilla de su hija.

Don Antonio insulta á Gabriel y lo expulsa de su casa, con dolorosa sorpresa del buen joven, inocente de los enjuagues de la beata trapalona y codiciosa. Mas, Ricardo, íntimo amigo de él, adivina fácilmente de donde viene la maldad, se burla en todas ocasiones del tipejo *europista* de Lindor y, á fin de probar hasta dónde llega la codicia de la tía y del sobrino, inventa, por supuesto sin conocimiento de D. Antonio, un telegrama dirigido á éste por el jefe de una casa comercial, anunciándole la suspensión de todos sus pagos. Al imponerse D. Antonio, delante de Lindor y doña Ramona, de esta noticia que les arruina, ya que en esa casa tiene colocada su fortuna toda, noblemente le devuelve al *europista* su palabra de matrimonio con María, advirtiéndole que si aún sin dote persiste en casarse, le será deudor de su salvación. La vieja es la primera que advierte por lo bajo a Lindor: aún es tiempo, sobrino, de romper el matrimonio, y el gomoso pide plazos á fin de preparar la retirada. Razón lleva Ricardo al decir que el

Oro falso no resiste
A la prueba de agua fuerte.

María, que ha recibido con la mayor tranquilidad el rompimiento de su matrimonio ya que todo ha sido manejo de Ricardo, consuela á su padre y vuélvele á hablar de Gabriel, su único amor; mas el viejo cegato cree todavía en la calumnia de la beata y á las súplicas de la hija contesta con palabras descomedidas, repeliéndola bruscamente.

Y en el tercer acto todo este enredo tan artificioso se desenvuelve más artificiosamente todavía. Al imponerse Ri-

cardo de la conducta de D. Antonio para con Gabriel, sospecha nuevamente de doña Ramona, la estrecha, la acosa á preguntas á fin de conocer la verdad; pero la vieja, ni aún entre sustos y congojas mortales, confiesa su villanía. Conócese esta por fin, porque Gabriel y Ricardo, desde la pieza del primero, oyen en la pieza vecina una conversación de doña Ramona con Lindor, y en ella la tía confiesa cínicamente todos sus enjuagues, con espanto del mismo tonto de remate de Lindor.

Cogida en sus propias redes y confundida por la confesión del sobrino, D. Antonio expulsa á doña Ramona de la casa, pídele perdón á Gabriel y... aquí paz y después gloria, es decir matrimonio de éste con María.

Sin insistir en los defectos que saltan á la vista, repito nuevamente que la obra es teatral, liviana y merece los aplausos que se le han prodigado todas las veces que se ha representado.

Con anterioridad á *Por Amor y por dinero*, D. Luis Rodríguez Velasco tradujo algunos de los famosos proverbios de Alfredo de Musset que entonces, como sus esquisitas comedias, en Francia aun no se representaban.

En 1868 publicó una colección de poesías líricas muy aplaudidas, editadas nuevamente en 1909 y en su gloriosa ancianidad, el poeta preside certámenes literarios y de tarde en tarde, algunas estrofas de circunstancias, como las dedicadas á María Guerrero, nos hablan de los tiempos ya idos; de Matta, de Lillo, de Soffia y de Sanfuentes, nombres nada más para la iconoclasta juventud del día.

Más ó menos por el mismo tiempo en que se representó la comedia citada, dos fecundos escritores, los más genuinos representantes del verdadero teatro popular, comenzaron á escribir sus primeras obras. Refiérome á los señores Román Vial (1833-1896) y Juan Rafael Allende (1850-1905)?

No creo que haya sido muy esmerada la educación literaria que ambos recibieron, ni que siempre se hayan man-

tenido dentro de los límites de las conveniencias y del buen gusto; mas ambos poseían, especialmente el segundo, buenos conocimientos de la escena como lo atestiguan *Los estremos se tocan* de Román Vial ó *¿Qué dirán?* de Juan Rafael Allende, comedias representadas, la primera en el Teatro de la Victoria de Valparaíso, el 12 de Diciembre de 1871, y la segunda en el Teatro de Variedades, por el Círculo Dramático de Santiago, en 1872.

A pesar de que Román Vial gran parte de su vida la dedicó al periodismo, sentía verdadera vocación por el estudio de las costumbres populares chilenas, inclinándose de preferencia del lado chistoso y jaranero de nuestro pueblo, ó ridiculizando á nuestros cursis endomingados, siempre con gracia, siquiera esta algo gruesa. Hay en sus comedias algunos tipos llenos de vida, como aquel militar maleante y desvergonzado, *Aníbal Guerrero*, de *Los Estremos se tocan* y algunas descripciones de remoliendas y paseo á las carreras, merecedoras de recuerdo.

Sus comedias y obras dramáticas principales son: *Una votación popular* (1869), *Choche y Bachicha* (1870) juguetes ambos en un acto, representados en el Teatro de la Victoria de Valparaíso, *Los estremos se tocan*, comedia en 3 actos, por la Compañía Garay en Valparaíso (1871) y muchas veces en Santiago; *Dignidad y orgullo*, drama en 3 actos (1872), también representada por la misma compañía; *La Mujer-hombre*, drama en 3 actos, presentado al certamen dramático de la Academia de Bellas Letras (1874), en el cual, uno de los miembros del jurado lo creyó merecedor del premio; *Gratitud y amor*, comedia en 3 actos, dada en el Odeón de Valparaíso en 1881, y otros juguetes líricos.

Román Vial escribió además muchos artículos de costumbres en *El Mercurio* de Valparaíso, recopilados más tarde; en estos artículos, en sus sainetes y especialmente en algunas comedias es donde debe apreciarse á este escritor, más que en sus dramas.

Juan Rafael Allende fué más fecundo todavía y superior como literato.

Si este hombre, en su azarosa vida, no hubiera herido á tantas gentes, ni traspasado las lindes de la decencia en sus periódicos o en algunas de sus obras en versos, ya habría sido consagrado como el primero de los poetas populares del país. El ingenio lo derramaba á raudales aun en sus mayores groserías, como un Rabelais ó un Aretino —qué grandes nombres dirán los lectores—en versos extremadamente fáciles, en donde palpitaba lo más castizo del alma del hombre del pueblo. ¿Quién no recuerda sus *Poesías del Pequén* escritas durante la guerra del Pacífico rebozantes de patriotismo?

Todas las peripecias de la guerra, en ellas están relatadas, las gloriosas batallas, la vida del campamento, las añoranzas de la patria del roto chileno, los decíres picarescos: todo sin complicaciones literarias, al alcance de último soldado. Y así lo comprendió el Ministro de Guerra en Campaña, al repartir en el ejército miles de ejemplares

Y aquí en Santiago para enardecer el ánimo popular redactaba el célebre *Padre Cobos* y escribía además sus famosos juguetes cómicos: *Moro viejo...*, *El general Daza*, *La Comedia en Lima*, *La generala Buendía*, etc., que se representaban con gran júbilo de los espectadores, en los teatros principales y en las sociedades de obreros. Su drama histórico *José Romero* alcanzó los honores de ser representado en el Teatro Municipal en 1880.

Sin decaer su festivo ingenio, se hizo años más tarde muy agresivo y su amor al pueblo convirtióse en odio á las clases acomodadas y después á los partidarios del Congreso en la revolución de 1891. A raíz del triunfo de los congresales, Allende, fué casi lynchado en la calle pública, arrastrado á la cárcel y condenado á muerte; conmutada esta pena, salió en destierro del país y para vengarse de los que él llamaba sus victimarios, escribió en 1892 su

Drama sin desenlace en 4 actos, espantosa diatriba contra los revolucionarios del 91.

El solo título de sus actos pueden dar una idea de lo que es el drama: 1.º La serpiente revolucionaria, 2.º El 29 de Agosto, 3.º En la cárcel y 4.º El castigo del traidor.

Todos los personajes del ejército vencido, son tipos ejemplares de valor, de honradez y nobles prendas morales, y los revolucionarios, son: beatas intrigantes, jóvenes traidores y bandidos saqueadores de la peor ralea.

Sirva como circunstancia atenuante del autor, al escribir esta obra, lo cercano de los acontecimientos, el haber visto su casa saqueada y sus padecimientos en la cárcel pública.

Sin embargo, ni en medio de sus más ardorosas campañas de diatribas, contra la alta sociedad, dejó de escribir para el teatro, pues siempre pensó en el teatro genuinamente nacional, con argumentos y tipos criollos, ensalzando el patriotismo y buenas cualidades del hombre del pueblo.

En este sentido escribió algunas comedias de mucho ingenio: *Víctima de su propia lengua*, en 3 actos (1888); *Para quién pelé la pava!* en 3 actos (1891) y algunos dramas muy popularizados: *De la taberna al cadalso*, en 3 actos; *El Cabo Ponce*, en 3 actos; *Sin Madre*, en 3 actos; *José Romero*, ya citado; *La mejor dinamita*, en 1 acto y cuatro cuadros (inconcluso), sin contar con su *República de Jauja*, prohibida por la autoridad y *La Hegemonía Sud-Americana, pesadilla internacional*, escrita para celebrar los pactos de arreglo de Chile y la República Argentina, en 1903. (1)

---

(1) A la amabilidad de la señora viuda de Juan Rafael Allende, debo haber conocido las obras teatrales y algunas de otro carácter, muchas de ellas inéditas é inconclusas, escritas de puño y letra del autor. A ella mis agradecimientos más sinceros. Estas obras las tengo todavía en mi poder, ya que en el 2.º tomo de Teatro Nacional se hablará del autor dramático con mayor detención. (N. del P.)

Tanto de Román Vial, como de Juan Rafael Allende, se publicarán en el 2.º tomo de esta obra algunas de sus mejores comedias y se hablará de ellos como hombres del oficio, desentendiéndome de todo rasgo biográfico.

Siguiendo la ruta señalada por estos dos escritores, escribieron también obras teatrales, con argumentos populares, entre otros, los señores: Valentín Murillo, más conocido como novelista, *El Patio de los Tribunales*, comedia en un acto, representado en el Teatro Variedades (1871); Julio Chaigneau, *Astucia quieren las cosas*, en el Teatro de la Victoria de Valparaíso (1872) y Heriberto Ducoing, *Por Amor y sin dinero*, drama en 3 actos, y *Amores de un litigante*, comedia en un acto, representados en Valparaíso en 1876 y 1877.

Don Víctor Torres Arce, poeta demasiado llorón y sensiblero; pero que tiene el mérito de haber escrito, *suspirillos, germánicos*, antes de que Becquer fuera en Chile conocido, quiso conquistarse los laureles de autor dramático, con obras románticas, ahítas de absurdos y convencionalismos, con cierta poesía dulzona y reflexiones de relumbrón, como *El honor de una mujer*, drama en 4 actos, escrito para la artista Matilde Garay, quien la estrenó en el Teatro de Variedades en 1872, y *Los Dos Amores* también en 4 actos, puesto en escena en el mismo teatro en 1876.

Más injustamente olvidado ha sido otro poeta, que en su vida aventurera y desastrada, logró obtener siquiera un momento de gloria.

Llamábase Pablo Garriga. En Mayo de 1877 escribió un drama en 3 actos, *La Huérfana*, estrenado con buen éxito en el Teatro Municipal. En esta obra no se encuentran dotes de autor dramático y si se aplaudió á Pablo Garriga fué probablemente por la vaguedad poética con que supo envolver sus escenas sin ilación. Si las poesías de este lírico no tienen grandes novedades de pensamiento, es digno de recordación por sus estrofas dulces y armo-

niosas y muchas de ellas por la musicalidad y corte del verso, que traen á la mente nada menos que el nombre del cantor de Granada. Puede ser que algún día en un Parnaso ó Florilegio, se le haga justicia.

Otra de las noches memorables del teatro en Chile, fué la del 10 de Agosto de 1877. Una enorme concurrencia llenaba por completo los palcos y platea del Teatro de Variedades. El autor de la obra que se estrenaba, mozo de apenas 22 años, entre ruidosas aclamaciones fué llamado a la escena al concluir el primer acto y recibió como obsequio una lira de plata. Nuevamente llamado al final del 2.º, fué regalado con un tintero del mismo metal y cuando terminó el 3.º acto, último del drama, se le llamó seis veces á la escena, con manifestaciones hasta entonces desconocidas, y una comisión de distinguidos literatos y miembros de nuestra sociedad, entrególe al joven victorioso, un diploma lleno de firmas, con la siguiente dedicatoria: «A Daniel Caldera, autor de *El Tribunal del Honor*, sus amigos y admiradores».

Daniel Caldera (1855-1896) (1), es sin disputa, el escritor que ha demostrado mayores dotes de autor dramático en el país. A la edad de diecinueve años escribió un drama en verso, *Arbaces ó el último Ramsés*, con argumento tomado de una novela de Bulwer Laytton, presentado al certamen dramático de 1874 y puesto en escena en San Felipe, ciudad natal del autor, el 17 de mayo de 1874. Pero ni este drama, ni sus poesías le habrían dado la fama y gloria de que hoy goza, si en un momento de inspirador entusiasmo juvenil, no hubiera creado el fuerte y hermoso drama *El Tribunal del Honor* que en el imperecedero día citado hizo vibrar los corazones con la pasión generosa que Daniel Caldera sintió rebullir en su alma y en su cabeza.

(1) En la portada de *El Tribunal del Honor*, en este volumen, se ha puesto equivocadamente 1891, como año de la muerte de D. Caldera. (N. del P.)

Fué Caldera un bohemio perezoso é incorregible de por vida; dejó en las redacciones de los diarios las sobras de su talento superior, hasta que prematuramente agotado, refugióse en el periodismo de provincias y en Iquique, el año 1896 le sorprendió la muerte, de colaborador de *El Nacional*, sin que nuestro pequeño mundo literario se percatase de ella. Para muchos Daniel Caldera había muerto largo tiempo atrás.

Acaso en su vida tuvo solamente tres fechas memorables: la noche del estreno de su drama; cuando el excelente actor Roncoroni, lo tradujo y puso en escena en el Teatro Santiago (1891) y la vez que volvió á representarse en Iquique (1894) y el autor tempranamente envejecido agradeció la ovación cariñosa que el público le hizo.

Nunca lo ví representar en castellano; mas tengo presente en la memoria, la honda impresión que hizo en mi alma juvenil, al verle puesto en escena por la compañía italiana de Roncoroni. Es verdad que lo había leído poco antes en *La Revista Chilena*, por supuesto, sin parar mientras en los defectos, que indudablemente los tiene.

Muchos años atrás, ocurrió en San Felipe un doloroso drama pasional que conmovió profundamente á la sociedad chilena. Un joven militar, llamado más tarde á ser nada ménos que general en jefe del ejército de Chile, enamoróse perdidamente de la esposa de un compañero de profesión.

Ella era honrada y distinguida, luchó por no faltar á sus deberes y entre tribulaciones y remordimientos anticipados, concluyó por corresponder á los amores del joven militar, y el marido, sabedor de ello, cogolmado de celos, la mata, sin alcanzar al autor de su deshonra.

Debe de haberle llegado á los entresijos, á Daniel Caldera, el relato de este hecho doloroso, en su niñez y cuando los primeros chispazos de escritor en él se manifestaron; ese drama de la vida, lo *vió* como hermoso drama de teatro á la luz de las candilejas.

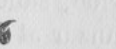
Pero como el amante y el esposo vivían, vióse obligado á hacer alteraciones substanciales á fin de que no degenerara en obra de clave.

Y sin embargo, los nombres de los protagonistas andaban en todas las lenguas. *Jotabeche*, en 1849, en una de las crónicas parlamentarias, hace alusión á ellos, por donde creo sin objeto el ocultarlos. «No te vayas, mi querido don Justo; y si vas, vé modo de no encontrarte con Sepúlveda. De todos modos, yo me quedaré aquí encomendándote á la más milagrosa de las vírgenes, que es tu espada».

D. Pedro de *El Tribunal del Honor*, es el general don Justo Arteaga; don Juan, el comandante Sepúlveda, muerto en la guerra del Pacífico, según relata don Gonzalo Búlnes en su reciente Historia, y la víctima, María, una distinguida señora de San Felipe.

Es sensible que un hombre como Caldera no haya escrito, fuera de su drama tan afamado, ninguna otra obra propia, á fin de poder aquilatar si verdaderamente poseía el *don* del teatro, ese *don* tan negado por la escuela naturalista y por muchos autores de piezas teatrales, porque ellos no lo tienen.

Con Daniel Caldera quiero cerrar la primera parte de este estudio, ya que se ha alargado más de lo preciso, para continuarlo en el tomo 2.º; pero me voy á permitir hacer un corto análisis de las obras publicadas en este volumen en el capítulo siguiente.



III

Un país nuevo como el nuestro, sin tradiciones literarias, con incompletísimos estudios sobre el carácter y costumbres nacionales, no puede pretender tener todavía un teatro nacional, es decir, una literatura dramática con sello propio, con color y ambiente propios, con íntima compenetración de autores, de cómicos y auditorio. Si se han escrito algunas obras teatrales que revelan en sus autores, singulares dotes de observación, fácil manejo del diálogo, algunos conocimientos de la mecánica del teatro, son casos aislados, eslabones sueltos de una cadena jamás anudada.

No obstante, últimamente se ha hablado con gran entusiasmo de un resurgimiento del teatro entre nosotros y muchos de nuestros jóvenes escritores, ayudados por certámenes literarios, y platónicamente por la autoridad local, han puesto en escena no pocas obras con buen éxito relativo; pero sin actores nacionales y sin público adecuado.

En otros países americanos pasa lo propio, aún cuando algunos escritores peruanos creen tener teatro nacional, nada más que con las obras de don Manuel Segura y don Felipe Pardo, en lo antiguo, y en lo moderno con las de don Manuel Bedoya.

La República Argentina, sólo puede decirse que cuenta con un movimiento dramático extraordinario desde 10 años acá, cuando la compañía criolla de Podestá comenzó

á representar obras nacionales, el estreno de la *Piedra de Escándalo*, de don Martín Coronado, de *Los Muertos* y *M' ijo el dotor*, de don Florencio Sánchez, movimiento continuado más tarde con García Velloso, Alberto Ghiraldo, Payró y otros muchos autores con obras, algunas de las cuales han traspasado los mares.

Nosotros en Chile hemos tenido anteriormentes mayor número de autores dramáticos que en la república vecina; pero actualmente, carecemos de un movimiento continuado, como el que allí existe, y salvo excepciones, los autores argentinos estudian con más ahinco el carácter y ambiente regionales.

No es este el momento de estudiar cuales son los motivos por qué carecemos de verdaderos hombres de teatro y por qué en nuestra copiosa producción no hay todavía obra alguna superior, que pueda presentarse como modelo, de esos que dejan huellas imborrables en una literatura determinada.

Por este motivo en el presente volumen no pude hacer una selección muy escrupulosa, ya que de haberla hecho, rara habría sido la obra dramática publicada. Ellas son más bien representativas de una época, no en el sentido de ser fiel espejo de la sociedad y de sus costumbres, sino de cómo entendían los autores lo que era una obra teatral en el preciso momento de escribirla y de ponerla en escena.

Pero así como en muchas pinacotecas europeas no desdeñan conservar algunas telas del tiempo antiguo, nada más que por su valor histórico en los comienzos del arte, no me he creído con derecho para no dar cabida en este tomo á obras de escaso valor literario; pero que algo significaron en un momento dado de la vida social de nuestra tierra.

Esto pasa primeramente con la *Camila*, del fraile de la Buena Muerte, escrita en Buenos Aires en 1817 y que tanto deseó representar aquí en Santiago; mas, nunca lo

logró y de aquí sus quejas en diferentes periódicos de la época.

«¿Quién hubiera creído que la Patriota de Sud-América tan interesante, tan bella y tan graciosa, no cautivase los tiernos afectos de sus paisanos? Quien creería que sus infortunios no excitasen las lágrimas de todos? No ha sido así, porque no hay cuña peor que la del mismo palo.»

«La *Camila* aunque enteramente nacional y única después de siete años de revolución tendrá que emigrar, pues donde había creído hallar amparo no ha encontrado más que perseguidores. Sus desgracias nos han sido muy sensibles. Por tanto aseguramos á nuestros compatriotas que no será nuestra humilde musa quien haga aparecer á nuestros héroes con gloria sobre los teatros de los pueblos cultos. Nuestras heroínas aparecerán en orillas remotas donde serán oídos sus suspiros y sentidas sus dulces lágrimas».

Y como por otra parte decía que sus dramas no eran aplaudidos porque eran obras de un americano, se preguntaba.

«¿Por qué los ingleses y franceses leen con interés la Camila y muchos de Sud-América, dicen que no vale nada sin haberla leído?»

Y al escribir el drama, era tanta la confianza que tenía en su buen éxito, que al dedicarlo á los señores Gave y Agrove deseaba que sus nombres resonaran en todos los teatros del mundo.

Para Camilo Henríquez el teatro era únicamente una escuela pública y creía que con él se suavizaban las costumbres. «Las obras sentimentales; la comedia que llaman tierna, invención de los tiempos modernos, sucedieron á las composiciones inmorales, impertinentes y frívolas, encanto de nuestros abuelos. Acostumbrados á ver representar únicamente las comedias de Calderón, Montalván, y otros tales, juzgaban que el teatro tenía una natural tendencia á corromper la moral pública. Los menos es-

crupulosos sólo hallaban en el teatro una escuela de frivolidad é inutilidad.»

El eminente Padre de la Patria, tenía ideas muy estrechas sobre lo que era una obra teatral, consecuente con las opiniones sobre el teatro, contenida en la *Nueva Eloísa* y en la *Carta á D'Alembert*, de Juan Jacobo. Si este abominaba del teatro de Corneille, Racine, Voltaire y especialmente del de Molière, Camilo Henríquez abominaba también de las obras de Calderón, Pérez Montalván, etc.

Pero esta restringida comprensión del teatro, de Camilo Henríquez, obedecía á un fin determinado. Ante todo era un hombre de acción y á pesar de sus ideologías *rusonianas*, tenía ideas prácticas y clarovidentes, que aún hoy día nos causan asombro. En nuestro primer periódico fundado por él, en *La Aurora de Chile*, (1812) puede decirse que no hay materia alguna que no haya tratado con ilustración, ó con intuiciones maravillosas de lo porvenir; pero sus grandes anhelos, pueden reducirse al amor á la patria independiente, al amor á la virtud y á la constante prédica de la instrucción del pueblo. El teatro no era para él más que un complemento de su obra de propaganda periodística, en favor de sus ideales.

Por este motivo no se verá otra cosa en su drama, que el llama *sentimental*, más que paráfrasis de los innumerables artículos publicados en la *Aurora*.

Camila, como obra de teatro, no tiene mérito alguno, carece de interés por falta de movimiento y de caracteres. La intriga del cacique para que Camila y Diego se reconozcan de repente, es un recurso de lo más infantil que cabe, y á pesar de que el autor hace correr las lágrimas á raudales de los ojos de los personajes, el lector se sonríe bondadosamente del buen fraile iluso que de buena fe creyó en un gran éxito teatral.

Ni á un niño se le ocurriría escena como la V del 4.º acto. Camila y Diego, después de larga separación forzada, por las circunstancias que en la obra pueden leerse, cuan-

do ambos creen, él, en la muerte de ella, y ella inconsolable en la de él, se encuentran donde el cacique de los omaguas. Las palabras de Camila revelan dolor incontenible, por la muerte de su esposo y pide al Cacique que le mande atravesar el corazón con sus flechas; mas el Caciqúe da dos palmadas y sale Diego: «Camila amabilísima, yo soy Diego. Aquí estoy.»

Como en un juego á las escondidas.

Camila, el Cacique de los omaguas y Yari, en fin todos los personajes, son una misma persona: Camilo Henríquez, que entona himnos á la naturaleza virgen, á la América, á la instruccion del pueblo, al sistema Lancaster, y, el primero de todos en nuestro país, á la inmigración extranjera.

Las dos proposiciones que escribe Camila, más ó menos en los mismos términos, ya las había dicho en la *Aurora de Chile*: «El pueblo que conozca sus verdaderos intereses mirará siempre á un extranjero útil como un don inapreciable, como un instrumento de su prosperidad.»

En sus cuadros de la naturaleza y desprecio por las sociedades civilizadas la influencia de Rousseau es incontestable, como en el sentimentalismo y lloriqueo de los personajes. Y también en otro punto.

Si Rousseau menospreciaba el teatro, la tragedia le parecía el género más artificial, Corneille, Racine unos charlatanes y no le perdonaba á Molière que en el *Misántropo* haya puesto en ridículo á la virtud y tanto detestaba el teatro de Marivaux, y demás de su tiempo, por frívolo é inmoral, se comprende, dadas las condiciones de su vida anterior, tan solitaria y errabunda en plena naturaleza. Camilo Henríquez, virtuoso de por sí, habría predicado sus doctrinas contra el teatro frívolo «que gusta de tramoyas de enamoramiento», de todos modos; pero las ideas de Juan Jacobo acabaron por decidirlo, á pesar de que en algunas ocasiones habló de las «composiciones filosóficas

y sublimes que empezaron á aparecer desde el tiempo de Luis XIV.»

La Camila del eminente fraile no tendrá méritos literario en sentido teatral; empero, es la primera pieza dramática de algún aliento de escritor chileno, ya que don Juan Egaña sólo escribió pequeñas loas, es la obra de un eminente prócer de la Independencia, su cabeza pensante y constructiva, ó más bien el *alma mater*, de la revolución según la gráfica frase de don José A. Alfonso, y por fin, es la que condensa en muchos sentidos las ideas de algunos pocos espíritus cultivados de la época.

Por estos motivos se publica en este volumen.

En el movimiento literario de 1842, hubo dos obras que obtuvieron triunfos ruidosísimos en la escena: *Los Amores del Poeta* de D. Carlos Bello y *Ernesto* de D. Rafael Minvielle (1). De los autores se ha hablado en el capítulo II de este prólogo.

El drama de Bello es más bien un brillante libreto de ópera, como acertadamente dice D. Miguel L. Amunátegui, que un drama verdadero.

El autor ha amontonado en él todas las inverosimilitudes posibles: una viuda de 19 años guardada por un dragón, en figura de militar, como una princesa encantada, que espera al brillante paladín que ha de libertarla, una casa con jardín que se convierte en el Agora, en donde cada cual llega y se introduce como Pedro por la suya; allí Dormand va á buscar á Gressey, Gressey enamora á Matilde, Fiercour amenaza á la princesa encantada á fin de que despida al poeta y allí mismo se baten el dragón con el brillante paladín, sin que Matilde de nada se percate.

La acción no existe, los personajes entran y salen como quieren, no hay gradación ni interés sostenido en sus escenas á pesar de los títulos llamativos de sus actos: *La Cita*,

(1) En el índice de este tomo I, por errata se dice: Menville.

El Reto, *La Muerte*, como en las novelas de Dumas padre ó en algunos de sus dramas, y el desenlace se vé desde el primer momento: Gressey, el poeta deberá vencer á Fiercour, el dragón espadachín.

¿Cómo se explica que esta obra, ahíta de inocentadas haya tanto conmovido á la sociedad chilena?

Primeramente por el autor. Su posición social, su vida de galante de buen tono, muchos de sus amores que él ocultaba; pero que trascendían al gran mundo, dejaban entrever que el *Gressey* de su drama era el mismo poeta delicado y enfermizo. Era pues, una obra de clave, en la cual cada persona quería inquirir la verdad y hasta donde llegaba la ficción. Y estas obras son las que generalmente atraen más, especialmente en sociedades novedosas.

Por este motivo, probablemente, el autor, á fin de no dar margen á conjeturas y suposiciones, colocó la acción del drama en Francia y no en nuestro país.

Entra por mucho, además, en el éxito de la obra, la cálida y apasionada fraseología con que Gressey se expresa, tanto al confesar su amor á Matilde de Monville, como en esas líricas divagaciones sobre la sociedad, las guerras napoleónicas y la actuación del grande Emperador y muchos otros lugares comunes retóricamente sentidos, que en la juventud contemporánea de Carlos Bello, conquistaron almas y corazones.

El *Ernesto*, drama de don Rafael Minvielle, es otra cosa. Tiene un argumento interesante con fondo de verosimilitud para el tiempo en que fué escrito; pero las largas tiradas de los personajes y el abuso de monólogos desmedidos, lo hacen monótono y pesado.

Un militar español, enviado á combatir contra los patriotas de Colombia, á poco de llegar á este país, abandona las filas, se embarca para Chile y ofrece sus servicios en favor de la independencia de nuestra nación. ¿Es ó no es traidor á su patria, ha faltado ó no á la fe jurada á su

bandera y á su honor de caballero? El autor responde negativamente; pero en vano, para cohonestar la conducta de Ernesto, dice por boca de éste que la guerra de la independencia americana puede considerarse como una guerra civil, en la cual son corrientes las defecciones. No hay argumento, ni sentimentalismo que valga contra la opinión de don Pedro: el que deserta del ejército de la patria para combatir contra él, es un tránsfuga.

Se dirá que el autor coloca la acción de su obra teatral cuando la guerra estaba terminada y los rencores habíanse acallado; pero no es así. Precisamente en 1830, los *ayacuchos* y los derrotados de Chile, se agrupaban en torno del famoso don Mariano Torrente á fin de que los defendiera, como lo hizo, en su *Historia de la Revolución Hispano Americana*, y el odio á los españoles que volvieron las armas contra su patria era más vivo que nunca. De aquí, el fondo de verdad del drama de Minvielle.

Pero el modo cómo desarrolla el tema el autor, es por demás inverosímil. Si don Pedro, si Camila, la prometida esposa de Ernesto, si su primo Julio, quieren al protagonista de tan entrañable manera ¿se concibe qué al llegar á Valencia, lo reciban con la discusión en los labios, sin una expansión cariñosa después de tantos años de ausencia? Es verdad que gran culpa tiene Ernesto. Véase como saluda á su novia en su primer encuentro: Escena IV del 1.er Acto. En ella el autor revela el más completo desconocimiento del corazón humano.

Además, la discusión de si faltó ó no á su deber Ernesto es tan igual y repetida en todo el drama, que el lector ó auditorio deben sentirse fastidiados, por la falta de acción y movimiento de una pieza que, en otras manos, pudo ser interesante.

Creo que, ni aún recortándolo, el drama podría interesar, si en el día se representara.

Pero tanto *Los Amores del Poeta*, como *Ernesto* fueron las dos obras que mayor éxito tuvieron en el memorable

año de 1842, y fueron además las dos columnas de nuestro incipiente teatro. Por esto son representativas y por esto se publican en este volumen.

Algunos años más tarde, cuando la fiebre de traducir obras teatrales estaba en su auje, don Salvador Sanfuentes escribió un drama original, *Juana de Nápoles*. Y digo original, únicamente por no ser traducido.

El autor tomó el argumento de la *Littérature du Midi de l'Europe*, de Sismondi, y es probable que haya conocido además la obra de Lope de Vega *La Reina Juana de Nápoles* ú otro drama imitado del anterior, *El monstruo de la Fortuna* atribuído á Rojas, á Pérez de Montalván y al mismísimo don Pedro Calderón de la Barca.

De la verdadera historia de la reina Juana, don Salvador Sanfuentes tomó muy poco, alterándola á su antojo, conservando los mismos personajes que figuran en la obra de Lope de Vega.

En pocas palabras voy á recordar la verdadera historia de la reina.

Juana, reina de Jerusalem, de Nápoles, de Sicilia, duquesa de Calabria, condesa de Provenza, subió al trono de Nápoles á los dieciocho años, como sucesora de su abuelo Roberto el Bueno. Su primer marido fué Andrés, príncipe de Hungría, con quien no pudo entenderse. El carácter del príncipe semi-salvaje era imposible que pudiera hacer buenas migas con una princesa amante de las ciencias y las artes, dotada por la naturaleza de todas las seducciones, ardiente y voluptuosa y de la cual Boccacio que vivió en su corte ha escrito «fué el orgullo de Italia, tan graciosa, tan dulce, tan afable, más parecía compañera que reina de sus súbditos». En 1345 estalló una conspiración encabezada por el príncipe Luis de Tarento y Andrés fué estrangulado en el Castillo de Caserta. Se casó en segundas nupcias con su primo, el de Tarento y á fin de justificarse de su ninguna participación en la muerte de su primer marido, Juana visitó al papa Clemente VI y

como mientras tanto un hermano de Andrés marchó contra Nápoles y ella tuvo que refugiarse en Provenza, vendió en 80,000 florines Aviñón á la Santa Sede, á fin de recuperar su reino. Muerto Luis, Juana casó con Jacobo, rey de Mallorca y después con Otón de Brunswick. Así se cumplió la predicción de un astrólogo provenzal: *Maritabitur cum Alio.*

Algún tiempo después del asesinato de Andrés, Juana se había justificado hasta el punto de que Santa Catalina de Sena le escribía cariñosas cartas, en las cuales la llamaba: *Venerabile madre in Gesù Cristo.*

Como no tuvo hijos, adoptó á Cárlos Durazzo, quien se sublevó contra la reina, se coronó rey por el papa Urbano y tomó á Nápoles. Juana refugiada en el Castillo Nuevo, murió al cabo de pocos meses ahogada entre colchones, por mandato de su hijo adoptivo.

Don Salvador Sanfuentes sólo toma de la historia el primer episodio de la vida de Juana, exactamente el mismo que tomó Lope de Vega de cuentos italianos; pero el autor chileno recarga aun más los colores del cuadro.

No solamente Juana es lujuriosa y desenfrenada sino también felona. Atrae á Andrés á su castillo con frases de mentido aprecio y arrepentimiento para que sus cortesanos lo asesinen y sólo tiene un relámpago de piedad, cuando su esposo ya se encuentra perdido. Andrés asesinado muere en la escena.

Si hubiera conocido la obra de Sanfuentes, cómo se habría indignado el gran poeta Mistral, él, que escribió otra obra, *La Reina Juana*, en la cual la absuelve de toda complicidad en el asesinato del príncipe de Hungría y la presenta como la más adorable de las criaturas.

Es verdad que Lope también la pinta con rasgos de refinada crueldad. Cuando el príncipe Andrés la amenaza de muerte, Juana celebra una fiesta en su corte y mientras teje un cordón de seda, una doncella le repite á guisa de estribillo: «Madruga, y mata primero» y con ese mismo

cordón tejido por manos de reina, en el interior ahorcan al desventurado príncipe.

El drama de don Salvador Sanfuentes es pesado, extremadamente largo, con escaso efecto escénico y escrito en versos inarmónicos, sobre todo los endecasílabos; pero entre la balumba de obras traducidas, arregladas ú originales de la época, es la de mayor mérito.

En el drama de D. Guillermo Blest Gana, *La Conjuración de Almagro*, su acción principal, está basada en un hecho histórico muy conocido y el autor ha seguido muy de cerca la relación de Prescott.

Es obra de un poeta lírico y no de un hombre de teatro. La intriga dramática es nula y las escenas se suceden con escaso interés teatral. Todos los personajes hablan el mismo lenguaje armonioso y florido y apenas si entre ellos se destaca un poco la figura de Juan de Rada, el viejo capitán valeroso, jefe de los *almagristas* y la arrogante de Francisco Pizarro. Paralela á la acción principal, ha colocado el autor otra, de los amores de Francisca, hija de Pizarro y de Beatriz, hija de Rada con el joven Almagro, sin peripecias que puedan atraer la atención de un auditorio, por donde los primeros actos se arrastran lánguidos y desvaídos, para precipitarse la acción verdadera, en el último, sin que para nada contribuyan al desenlace los amores de Beatriz ni de Francisca.

A pesar del poco instinto teatral de D. Guillermo Blest Gana, la obra se lee con interés, y en el día sería aún representable si se suprimieran muchos *trozos* líricos, muy fluídos, muy hermosos; pero que hacen monótona la pieza.

Así y todo, puede decirse que es el drama en verso de más bella forma que probablemente se ha escrito en el país. De aquí su colocación en este libro.

Las cinco piezas que hasta aquí he analizado á la ligera, bien poco tienen que ver con el verdadero teatro nacional, ni por sus argumentos, ni por los personajes, ni por las costumbres, ni mucho menos, por el ambiente que

en ellas se respira. Veremos, pues, si en las restantes hay elementos más peculiares nuestros y si los asuntos tratados por sus autores algo reflejan de nuestra alma y de lo que somos como chilenos.

La Independencia de Chile de D. José Antonio Torres y *Manuel Rodríguez* de D. Carlos Walker Martínez, son dos dramas inspirados en la historia patria, en una misma época aunque con cortos intervalos. En ambos figura, siquiera nó con la misma importancia, el héroe más popular y representativo de nuestros anales: Manuel Rodríguez, el guerrillero legendario.

Inspirado el primero en la memoria de D. Salvador Sanfuentes: *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta Maipo*, José Antonio Torres ha logrado darle un poco de más movimiento á este interesante período que el que se nota en la memoria mencionada. La apagada figura del Director Supremo suplente, Coronel D. Luis de la Cruz tiene más relieve que en la historia misma y si Manuel Rodríguez no se destaca como quisiéramos todos, no es culpa del autor, ya que el héroe no es el mismo antes de Maipo, que durante la reconquista española. Eso sí, que José Antonio Torres nos lo presenta siempre arengando al pueblo y al ejército en versos altisonantes, sin que el hombre de acción aparezca en momento alguno. El carácter del brigadier Ordóñez está bien estudiado, con su espíritu valeroso y rudo y ni él, ni Villalba, ni español alguno están pintados para hacerlos odiosos al auditorio, lo que revela excelente tino en el autor.

La parte histórica del drama es una versión exacta de los hechos; vemos en él las zozobras é inquietudes de los habitantes de Santiago, después del desastre de Cancha Rayada, las vacilaciones y dudas del Director de la Cruz, la ciega fé en el triunfo de Manuel Rodríguez y el contraste entre los caracteres de los jefes realistas Osorio y Ordóñez. El enredo amoroso de Alberto y Clementina no aña-

de gran interés á la obra; pero no está despegado de la acción principal.

La Independencia de Chile, drama tan representado antiguamente y siempre aplaudido, explota á maravilla el sentimiento colectivo más arraigado, más nuestro que poseemos: el exaltado patriotismo. Si el autor desconocía los efectos teatrales, conocía muy bien á su público y de aquí, que los finales de actos no sean otra cosa que discursos en versos ruidosísimos y declamatorios para conquistar aplausos.

Razón tenía D. Adolfo Valderrama, al decir refiriéndose á nuestros autores dramáticos: «todos ellos no se han atrevido á presentarse en público sino envueltos en el pabellón nacional. Siempre han sido aplaudidos; pero creo que esos aplausos han sido á la bandera en que se envolvían».

El drama de D. Carlos Walker Martínez, lo que es un progreso, tiene un protagonista, en torno del cual se mueve toda la obra. Manuel Rodríguez ha sido tomado en su actuación más popular y conocida.

La historia meticulosa y fría no reconoce muchas hazañas del guerrillero, relegándolas al campo de la leyenda: ¡bien venida sea esta leyenda! Acaso la fantasía popular imaginó muchos hechos que en realidad no sucedieron; mas es imposible arrancar del espíritu colectivo, que Manuel Rodríguez encarnó durante la Reconquista, la resistencia moral y material contra la dominación española, con sus astucias, con su valor á toda prueba, con sus arengas ardorosas y con sus fantásticas escapadas de entre las propias manos de sus enemigos. La verdadera historia no podrá nunca desentenderse de lo que el pueblo fantaseó, incorporado en el alma nacional.

Este tipo legendario, es el del drama de D. Carlos Walker Martínez apesar de sus alardes de citas *históricas*; pero con candor infantil lo convierte en transformista: tanto son los disfraces del héroe, hasta en la calle pública.

El drama es interesante, muy movido; más, su forma es desmasiado retórica, empleando esta palabra en su mal sentido. En muchas de sus páginas remeda á los maestros recomendados en las aulas del colegio: á D. Juan Nicasio Gallego, por ejemplo. Léase la página 453. En otras, falta gravemente á la verosimiltud moral. Por cruel, atrabiliario que fuera San Bruno, nadie concibe una escena más repugnante que la VII del último acto.

Es sensible por otra parte, que el autor por demostrar facilidad y manejo del verso castellano, no se concretara al octosílabo en el cual únicamente no recurre á exclamaciones y muletillas para llenar el verso.

No obstante estos reparos, el lector puede ver que se trata de un drama, aunque sin grandes horizontes, excelente para representado en el futuro teatro nacional, ya que como pocos, interpreta lo que el pueblo más ama: el valor, la astucia y el amor á la patria.

El último drama que se publica, es *El Tribunal del Honor*, de D. Daniel Caldera, el último por orden de precedencia y el primero de los dramas chilenos.

Escenas llenas de vida y enlazadas entre sí, verdadera acción dramática, personajes bien diseñados y conocimiento de la mecánica del teatro: tales son las característicos del drama.

Talvez algunos no gusten del corte romántico de la obra, talvez pueda tacharse la conducta de D. Juan, de poco humana; pero la cálida y vibrante pasión que en ella sopla, aún en el día, logra conmovernos.

Un marido recto y pundonoroso, apasionado de su joven esposa, sorprende á ésta, en una gran escena, jurando amor á D. Pedro, su antiguo prometido, y al ver derrumbarse las ilusiones todas de su vida, cae desplomado, sin decir palabra y sin que de ello se percaten los amantes, arrastrados por la *bufera infernal* de la pasión.

Don Juan, en vez de alejar á D. Pedro, con cualquier pretexto, ya que sabe positivamente que entre éste y su es-

posa no ha habido nada más que palabras de amor, recuerdos del pasado, y sabe que María le fué fiel y podría seguir siéndolo, medita fríamente su terrible venganza. En vez de atraer á su esposa que aún no es criminal, le da las ocasiones para que caiga. Hay en esta conducta de D. Juan cierto sibaritismo en el crimen que medita, y si esto pasa en la realidad, quiere decir que muchas veces la realidad es inverosímil.

Es esta la única objeción que hago al drama, aunque es cierto que si Caldera no se hubiera colocado en su punto de vista, la obra teatral no habría existido.

Tal como la obra se presenta y suprimiéndole la escena última, que el mismo autor no cree necesaria, es, vuelvo á repetirlo, el mejor drama nuestro.

Y aquí pongo fin á esta primera parte del estudio sobre el teatro en Chile, si incompleto y falto de doctrina, escrito con la más absoluta sinceridad.

Febrero—Marzo de 1913.

NICOLÁS PEÑA M.



Erratas principales

			DICE	LÉASE
Pág. XIII	Línea	8	pellonse	pellones
» XXIII	»	13	entran	entra
» XXVIII	»	5	hicieron	hiciera
» LXXV	»	7	á la memoria	en la memoria
» »	»	11	director	doctor
» LXXVII	»	7	de una Compañía de Lima y Toribia	y de Lima, á Toribia
» LXXXIV	»	8	este	aquel
» XCVX	»	31	y otro drama	y otra de drama
» XCIX	»	26	que el infeliz	lo que el infeliz
» CV	»	9	y se han hecho	y del cual se han hecho
» 51	»	7	deber	débil



LA CAMILA

ó la Patriota de Sud-América

Drama sentimental en cuatro actos

POR

CAMILO HENRIQUEZ

1769—1825

(Publicado por primera vez en 1817 por la Imp. Benavente y Ca., Buenos Aires)

A los Señores Gave y Acrove.

El suceso más feliz que deseo á esta débil producción de mi fantasía, es que en todos los teatros del mundo alcance á hacer resonar vuestros respetables nombres, y la dulce memoria de aquella amistad fraternal y oficiosa con que en Lima me favorecisteis (1).

Camilo Henríquez.

---

(1) Alude á la escena I del acto II.



Sobre el traje de los Actores

El de los señores de Quito será cual conviene á una familia ilustre, emigrada y reducida á la pobreza. Aseado; pero muy sencillo.

Para los indios: el que se dice introdujeron los misioneros jesuítas en los pueblos que formaron y civilizaron en Mainas. Ellos les enseñaron los tejidos y otras artes. Para las mujeres: túnica muy larga de muselina blanca, cinturón ancho y negro, manto corto negro y suelto, prendido al pecho por dos de sus puntas, sombrerillo de paja con plumas blancas, pelo corto, chinela blanca de pita, abanico gracioso de plumas para defenderse de la multitud de mosquitos, cuchillo de monte á la cinta, y un pequeño bastón debajo del brazo, por el peligro de las fieras.

Para el cacique: camisa y calzón blanco, ancho y largo á la asiática, ceñidor azul, chinela blanca, poncho corto y negro, sombrero de paja con largas plumas negras, cuchillo de monte á la cinta, bastón con puño de oro.

El ministro: el mismo traje, un bastón fuerte sin puño.

El indio ilustre: de cazador, camisa, calzón largo y blanco, ceñidor azul, sin poncho, gorra negra con largas plumas negras, flechas á la espalda, lanza en mano, cuchillo á la cinta, chinela de cuero

El paje: el traje anterior, sin flechas.



Advertencias

Consta, por todo género de documentos, que en la primera subyugación de Quito, algunos soldados ebrios del presidio se amotinaron y mataron al capitán Galup de las tropas de Lima.

Al instante, su hijo, oficial de la guardia que custodiaba á los patriotas presos, abrió los calabozos y mandó asesinar á diecisiete personas, casi todas respetables. Tales eran don Juan Salinas, el cura Riofrío, el doctor Morales, secretario del señor Carondelet; el doctor Quiroga y otros. Sólo escapó con la vida el padre Castelo. En seguida las tropas limeñas se esparcieron por la ciudad saqueando y asesinando. Se aseguró, que cerca de quinientas personas fueron asesinadas, entre ellas el amable canónigo Batallas, conocido en Chile. Los magistrados y los jefes miraban los crímenes con fría indiferencia. El furor parecía interminable; hasta que el venerable obispo, el señor Cuero y Caicedo, obtuvo con sus lágrimas la vida de la desgraciada ciudad. Esta quedó en un luto y en una confusión espantosa. Muchas señoras, muchas familias ilustres, huyeron á pie á los montes. Por muchos días no se supo con certidumbre quiénes y cuantos habían perecido. La emigración continuó, y apenas había quién se atreviese á volver, con la experiencia de las anteriores perfidias.



Actores

Don José, caballero de Quito.
Doña Margarita, su mujer.
Camila, su hija.
El cacique de los omaguas.
La cacica, su mujer.
Un amigo del cacique con el nombre de su ministro.
Yari, indio ilústre.
Copi, paje del cacique.

La escena es á la márgenes del río del Marañón, ó de las Amazonas. La época, algunos meses después de la primera subyugación de los patriotas de Quito.



ACTO PRIMERO

Vista de una choza en un pequeño placer rodeado de arbolillos. Un banco tosco.

ESCENA PRIMERA

DON JOSÉ Y DOÑA MARGARITA

DOÑA MARGARITA.—Una persona sola, cuando se halla en trabajos, siente solamente sus propias desgracias No así una amorosa madre de familia. Ella padece todas las amarguras que sufren su marido y sus hijos Y ¡ay de aquella que ve los pesares de una hija, la más amable de las criaturas! Oh! en los reveses de la revolución nuestros corazones padecen mucho. Las americanas, que somos tan sensibles, y que no estábamos acostumbradas á estas cosas, vemos con indecible dolor los riesgos y los trabajos del esposo y de los hijos. La revolución trae tantos peligros, tantas angustias! Y ¿quién pondrá pintar las molestias, las pesadumbres, las necesidades que acompañan á una penosa emigración?

DON JOSÉ.—Dios pondrá remedio. Es necesario llevarlo todo con paciencia.

DOÑA MARG.—Desde que el miedo de las crueldades españolas nos tiene en estas selvas horrorosas y solitarias, no había sentido un consuelo tan dulce como el de hoy con el hallazgo que hiciste de esa cruz de madera con su inscripción, que dices está en latín. ¿Con que

otros cristianos habían vivido en estas incultas orillas, morada de salvajes errantes, de serpientes y de fieras?

D. José.—¿Hasta cuándo te parecerán horribles estas regiones, donde es tan risueña y fecunda la madre naturaleza? Hablas de fieras y de serpientes, y no te acuerdas que has conocido á los mandatarios españoles, y que ellos son para los americanos más feroces que los tigres y que las culebras.

Doña Marg.—Así es. Estoy pensando que tal vez los jesuítas pondrían esa cruz.

D. José.—Los jesuitas señalaron en estos rudos países su celo apostólico y su beneficencia. Ellos ganaron con beneficios el corazón de las tribus salvajes. Formaron muchas poblaciones. Les hicieron conocer el pudor y la decencia. ¡Qué respetables aparecen á la vista del hombre pensador aquellos extranjeros, que enseñaron á estos pobrecitos á labrar la tierra; á amar á sus esposas; á criar sus hijos, como se hace en los pueblos civilizados, aficionándolos al trabajo y á las costumbres blandas y benéficas! Ellos procuraban que la humanidad olvidase las atrocidades de los conquistadores de América. Mas, esta cruz no fué puesta por los jesuítas. Ella es una memoria que dejó de su tránsito por este río Monsieur de la Condamine, de la academia de ciencias de París, y amigo íntimo de tu abuelo, el señor don Pablo, que Dios tenga en gloria La inscripción puesta en castellano dice así:

«Carlos de la Condamine,
al pasar de Quito al Brasil
por el río de las Amazonas».

Doña Marg.—Mi abuelo se acordaba mucho del señor de la Condamine; decía que le había de ser siempre grata su memoria. ¿Sabes que se llevó el retrato de mi tía

Isabel? ¿Decía que sus ojos tenían un reflejo celestial, y que en su boca se sonreían las gracias.

D. José.—¡Con que al sabio la Condamine le gustaban también las muchachas! eh?

Doña Marg.—Aquel grande hombre se llevó el retrato como cosa particular.

D. José.—Margarita, Margarita:

Al que tiene entendimiento
Amor con más fuerza hiere.

DoñaMarg—Esa consideración me hace ver con inquietud la tristeza de Camila. Tal vez nuestra querida hija vendrá á morir de melancolía. No le aflige la soledad ni la pobreza en que vivimos, sino la memoria de Diego. ¡El era tan prendado! Su virtud, su noble carácter, su fina educación, su gallarda presencia, todo concurría, todo le aseguraba el cariño de una joven juiciosa, virtuosa y sensible. Los tiranos le precipitaron al sepulcro en la primavera de su vida. El pereció sin duda en aquella tarde terrible en que asesinaron á todos los patriotas presos en la cárcel, y después salieron matando por las calles del desventurado Quito, sin distinción de estado, edad y ni sexo.

D. José.—El murió sin duda, pues era uno de los patriotas presos en la cárcel.

Doña Marg.—Si hubiese escapado, lo habría sabido al momento su hermana la Jesusita.

D. José.—Tiempo tuvimos para saberlo por sus parientes en los tres días que permanecimos ocultos en la casa del venerable obispo, el gran patriota Cuero y Caicedo, mi antiguo amigo. !Cuál habrá sido la suerte de este hombre apreciable! Sus años, sus temores, propios de su edad, las consideraciones de su empleo, le impidieron venir en nuestra compañía, y esconder

se en estas selvas á la implacable venganza de los opresores. Mas ya hemos conversado mucho, y la chica está solita trabajando en el huerto. Haz que salga á descansar. Yo voy á concluir la mesita que te estoy haciendo.—(*Vase*).

DOÑA. MARG. — El tiempo se va descomponiendo. — (*Mirandoal cielo.—(Vase.—La encuentra Camila y le besa la mano*).

ESCENA II

CAMILA sola

CAMILA.—Se aliviara la suerte de los oprimidos, si los tiranos pudiesen ejercer su imperio abominable sobre los corazones y sobre los ánimos; si pudieran arrancar al corazón sus afectos, y al alma sus dulces y preciosas memorias. Pero el desdichado ve el suelo de su patria empapado en sangre; ve la saña y el furor de sus verdugos; y se concentra en sí mismo, y halla en su corazón la libertad que le arrebatan los perversos. El terror de la muerte y de la ignominia nos condujo á estas selvas, tan antiguas como el mundo; preferimos la vista de los salvajes y de los tigres á la de los satélites y ministros del gobierno español; pero la amable imagen de mi esposo me acompaña por todas partes.

Parece que la soledad de estos recintos sombríos y el silencio de la naturaleza, aumenta la sensibilidad del corazón. Siento avivarse mi ternura, y la idea venerable y consoladora del Sér Supremo llena mis potencias.

¡Oh Dios! Vos sois tan benigno para los buenos, como terrible para los malvados. Vos premiáis en la mansión de lo justos las virtudes de Diego y preparáis confusión y exterminio para los enemigos de la patria,

para los verdugos de la América, para los monstruos sedientos de sangre.

Pero ¿qué certidumbre hay todavía de la muerte de mi marido? ¿No corrió un rumor de que un patriota había escapado? ¿Y no podía ser éste Diego? Talvez anda errante por los montes, ó le oculta alguna cueva... Mas ¡ay! tal vez gime de nuevo en una cárcel, y aguarda la muerte en un inmundo calabozo. Tal vez se le prepara algún veneno. De la crueldad de los tiranos todo debe sospecharse. Y si se hubiese escapado ¡cuántas diligencias harían para prenderlo! Hay también tantos débiles, tantos hombres despreciables que viven de bajezas... Ellos lo entregarían; sí, lo sacrificarían. El era tan notable por sus circunstancias, y había tomado una parte tan decidida en la revolución! Pero.... ¿y la reputación de su tío el canónigo no le habría sido de alguna utilidad? No, el mismo canónigo habrá tenido una suerte infeliz. Los tiranos están armados, no sólo de la fuerza, sino también del arma terrible de la superstición. La ciencia de aquel anciano ilustre; su bien merecida fama; sus diligencias para que se hiciesen de balde los matrimonios, con la laudable mira de poner un dique á la corrupción de costumbres, heredada de los españoles; sussolicitudes parageneralizar elestudio de laslenguas extranjeras y de las matemáticas; y también su celo para que se estableciesen casas de labor para las mujeres pobres, y de corrección para las malas casadas... todo le había adquirido enemigos ocultos y formidables. ¡Qué no sea posible hacer bién sin cargarse del odio y de la execración de los hombres!

Y no obstante, ¡el placer de hacer bien es tan delicado y tan dulce! — (*Principio de tempestad: relámpagos y truenos á lo lejos. Camila mira al horizonte*).

Mas un salvaje baja por el monte; sin duda él ha

divisado y reconocido nuestra chocita, y viene á ella á guarecerse de la gran tempestad que amenaza.

DOÑA. MARG.—(*Desde la puerta de la choza*). Niña, retírate; ven adentro. ¿No oyes los truenos? ¿No ves los relámpagos? El cielo se ha obscurecido repentinamente.—(*Vanse*).

ACTO II

La vista anterior.

ESCENA I

DON JOSÉ Y YARI.

D. JOSÉ.—¡Qué bello es aquí el aspecto de la naturaleza en la mañana! Y cómo se reanima y se sonríe después de pasada una tempestad!

YARI.—Para mí vuestro huertecito es más bello y más gracioso.

D. JOSÉ.—Cuanto en él habéis visto, es obra de mi mujer y de mi hija. Qué saludable les es el trabajo. El las distrae, las alegra, las robustece.

YARI.—Hemos nacido para trabajar y para buscar el alimento con el sudor de nuestro rostro. La naturaleza es madre sabia y benéfica.

D. JOSÉ.—Lo demás que habéis visto, la casa, los pobres muebles, todo es obra de mis manos. Si supieran los padres de familia de cuánta utilidad es para sus hijos enseñarles un oficio mecánico! Esta es una de las mayores riquezas que pueden dejarles después de sus días. Este es un recurso seguro en la adversidad. ¿Creeréis que trajimos con nosotros martillos, limas, hachas, etc.? Pero vos pasasteis mui mala noche; os sentí desvelado, y habéis madrugado mucho.

YARI.—¡Cómo había de dormir con la relación que hicisteis de la muerte trágica de Salinas! ¿Con que los ti-

ranos lo asesinaron? ¡Qué hombre perdió la patria! Qué corazón aquél! Qué entendimiento! Si pudiera yo traer aquí y hacer felices á su viuda y á su desesperada hija! De tales personas es patria natural nuestra nueva Filadelfia.

D. José.—¿Qué nueva Filadelfia es esa? Habláis también el español.... vuestro lenguaje, vuestras ideas, vuestros sentimientos, todo me admira; no sé qué pensar. Santo varón! nos seáis algún ángel!... (*Yari se sonríe*). ¿Sois algún ángel?

Yari.—Soy un indio de la tribu de los omaguas. Me crié en Jeveros. Serví allí al señor Salinas. El me enseñó á leer y á escribir; me trató con bondad paternal; me llenó de beneficios. Después la divina providencia me condujo á Lima, y logré hacer algunos estudios á la benéfica sombra de los señores Gave y Acrove.

D. José.—Tengo larga noticia de esos caballeros. Son tan nobles como generosos; oficiosos y fieles amigos.

Yari.—¡Qué dulce es, sea en medio de las ciudades, sea en la soledad de las selvas, acordarse de sus fieles amigos, y de sus bienhechores! (*Se enternece*).

Florecían en Lima en aquella época hombres eminentes. Tuve la fortuna de oírlos, de admirarlos, y de leer sus excelentes libros. Restituído á estas regiones, atraído por los irresistibles encantos de un amor honesto, ya os conté anoche que soy esposo y padre; que vivo feliz y tranquilo; y que mi tierna hija es muy sabidita y hermosa. Soy cuñado del cacique, ó gobernante del país, y estoy como todos sus amigos con la cabeza llena de grandes proyectos y cargado de comisiones de beneficencia. Mas ya viene á acompañarnos vuestra amable familia.

ESCENA II

LOS MISMOS Y LA FAMILIA DE DON JOSÉ

D. José.—Margarita, ¡qué rato de conversación has perdido! pero aún falta lo mejor.

Doña Marg.—Hemos estado ocupadas. Nuestro huésped dispensará nuestra pobreza... Tendréis, señor, la bondad de llevar para vuestra mujercita este relicario. Las dos miñaturas que contiene, son de la mano de mi hija. Por una parte, se ve á la humanidad, que aparta horrorizada la vista de la cabeza ensangrentada de un criminal ejecutado, que le presenta un verdugo. Por el otro lado, se ve á la América, nuestra madre, saliendo de las sombras, coronada de laureles.

Yari.—(*Sonriéndose*). Y ¿qué significa ese león que está postrado á sus pies?

Doña Marg.—Ese es el ¡león de las Españas!

Yari.—¡Bella idea y expresada primorosamente! ¡Qué hallazgo hemos hecho! El gobernante se vuelve loco con ustedes. Ustedes se vienen conmigo... siquiera un paseíto á nuestra población... llegaremos allá á las diez del día... el tiempo está hermoso... No hallaréis las obras maestras de arquitectura de Quito; pero sí las habitaciones sencillas de un pueblo trabajador, frugal y feliz. Entretanto, si la señorita Camila me quisiera hacer un favorcito.....

Doña Marg... ¿Cuál?

Yari.—Ese manuscrito de su mano. Yo quiero tener el placer de presentárselo al Cacique, y sorprenderlo.

Camila.—Es vuestro, lo llevaréis.

Yari.—¿No me diréis ahora, cómo el sanguinario Arredondo, jefe de las tropas de Lima, prendió á los patriotas, faltando á las promesas y proclamas que habían precedido?

D. José.—¿No sabéis que los tiranos no nos guardan palabras, porque dicen que somos rebeldes?

Yari.—*¡Pérfidos!* y los americanos siempre crédulos y confiados! Llamarlos á ustedes rebeldes! ¿Con que nuestras tribus serán rebeldes porque no se dejan despedazar por los tigres y los osos? Luego será preciso declarar rebelde á la naturaleza, de quien recibimos el instinto de no dejarnos oprimir; á la naturaleza, que nos inspira el deseo de la felicidad. El corazón humano está en un movimento continuo anhelando por verse libre y dichoso. Las pretensiones de la España están en contradicción con la naturaleza. La naturaleza separa de los padres á los hijos, desde que están crecidos y se hacen hombres. La naturaleza divide las poblaciones en independientes familias, y la gran sociedad del mundo en naciones independientes, que son grandes familias. Y ¡qué una pequeña parte del mundo antiguo, la parte más obscura y atrasada de la Europa, se atreve á llamar rebeldes, y quiera tener por esclavos á los habitantes de casi todo el nuevo mundo! Esto es insufrible. Mejor es vivir entre las fieras para no oír tales monstruosidades. Ellas harán más odioso el nombre de los opresores; y harán más interesante la gran causa de la razón, de la humanidad y de la naturaleza. La madre América, después de haber excitado las lágrimas de todos los pueblos, oirá los festivos aplausos con que solemnizarán su independencia y sus victorias.

D. José.—Sin duda, la América será libre, confío en Dios: el fuego de la libertad ha de conmover toda su vasta masa; pero antes que llegue la última escena de este drama interesante; ¡cuánto nos hace padecer la injusticia! (*Toda la familia se enjuga los ojos*).

Yari.—¡Pobrecitos! Vuestra emigración debió ser muy penosa. ¿Cómo vencisteis tantas dificultades?

Doña Marg.—Desde Quito hasta las orillas del Napo ca-

minamos á pie diez días. Aquel camino es uno de los más ásperos que se conocen. Llueve diariamente, y veníamos cargados de las cosas más necesarias. Consideradnos por aquellos eternos lodazales, mojados día y noche, y con las agonías del miedo, ya de los tiranos que podían seguirnos y prendernos, ya de las bestias feroces que abundan tanto en estos climas.— Llegados á las márgenes del río, unos paisanos vuestros nos recibieron en su canoa; y anduvieron tan generosos que no admitieron recompensa alguna, diciéndonos que todo hombre está obligado á servir y amparar á los infelices. (*Breve silencio*).

YARI.—Señor don José: ¿aún no habéis subido á la cumbre del cerro vecino?

D. JOSÉ.—Apenas hemos reconocido el país por el temor de los animales feroces.

YARI.—Ese temor os demuestra que la naturaleza no nos crió para vivir solos. La sociedad no es necesaria para existir. Venís, pues, á vivir con nosotros. Jamás os arrepentiréis. Ya os dije, siquiera por curiosidad, por paseo.

Desde el cerro se descubre la vista más pintoresca é imponente, que dilata á un ánimo americano: el profundo río de las Amazonas, el mayor del mundo, este mar de agua dulce, que anda mil ochocientas leguas desde su origen hasta el Océano Atlántico. El recibe en sí innumerables ríos, canales naturales para el comercio y comunicación de todo el Perú, de toda la Nueva Granada, del Brasil, de la Europa. Sus orillas son vastos continentes, poblados de mil pequeñas naciones, y de bosques eternos de maderas exquisitas, de frutales deliciosos, del cacao, del árbol de la quina; presentes espontáneos con que la patria convida y llama á su seno á todas las naciones del mundo.

D. JOSÉ.—Por mí no hay dificultad para acompañaros;

mas ya veis que en esta república yo no tengo más que un voto. Si las señoras gustan....

DOÑA MARG.—Mi parecer es que ahora mismo partamos.

CAMILA.—Señores: pido la palabra; nuestro huésped no se ha desayunado todavía y son las nueve. Comamos, y emprendamos al instante la nueva jornada.

DON JOSÉ.—Está sancionado.

YARI.—(*levantándose con viveza*). Pues, señores, aplauso, aplauso. (*Palmea*).

ACTO III

Recinto rodeado de grandes árboles, que lo cubren con su sombra, y ocupa todo el teatro.

ESCENA I

EL CACIQUE, YARI Y COPI.

CACIQUE.—Dar audiencia al pueblo á la sombra de estos árboles, recuerda las antiguas edades del mundo, y la infancia de las naciones.

¿No fuera posible que empezase por aquí en Sud-América el imperio de la razón y de las leyes sabias y paternales, como el blando resplandor de la aurora? Un pueblo nuevo, sin lujo, sin heredadas preocupaciones y costumbres, puede presentarse libre de aquellas máximas bárbaras, que por la serie de los siglos han hecho gemir á la humanidad. Ni es difícil que toda la América se avergüence al cabo de sus rancias ilusiones. Entrando en sí misma conocerá sus verdaderos intereses y romperá sus cadenas. Es probable que sus primeros pasos no sean firmes ni prudentes. La especie humana es como la naturaleza, que en el seno de las tempestades prepara maravillas. La América tendrá su juventud; esta es la edad de los extravíos; mas en la escuela de los infortunios aprenderá á

seguir las lecciones terribles que reciba de la experiencia. (*Sale Yari: habla en secreto con el Cacique; le entrega un cuaderno. El Cacique lee la carátula del manuscrito; lo dobla; y queda por algunos instantes pensativo. Habla en seguida con Yari. Yari se retira. En la siguiente escena, el Cacique se reviste de un carácter terrible.*)

CACIQUE.—Copi.

COPI.—Señor.

CACIQUE.—Que se presenten esos extranjeros.

ESCENA II

EL CACIQUE Y LA FAMILIA QUITEÑA

CACIQUE.—Estáis perdidos; este manuscrito os descubre y os condena. En él, se leen vuestros nombres; los mismos que están comprendidos en las requisitorias del español gobernador de Jeveros, que reclama vuestras personas con severas amenazas. Se supo que habías emprendido vuestra fuga hacia estas regiones, y se sospecha que os ocultáis en mis dominios. Yo no quiero tener á esos hombres por amigos ni por enemigos. No quiero provocar su venganza. Es necesario que os resignéis; yo os voy á entregar á los españoles.

(*Los quiteños se miran espantados los unos á los otros*).

DOÑA MARG.—¿Unos patriotas infelices no hallarán asilo ni entre sus mismos paisanos?

CACIQUE.—El gobernante español tiene fusiles y cañones; nuestras armas son pocas lanzas y débiles flechas. En caso necesario, si peligrase nuestra libertad, nos burlaríamos de su furor sanguinario. Mas, no habiendo necesidad, yo no debo exponer mi pueblo á una guerra inútil.

D. JOSÉ.—Y ¿las santas leyes de la hospitalidad?...

Y ¿la compasión y la humanidad no hablan en vuestro corazón por nosotros?

CACIQUE.—Y ¿qué hospitalidad halló entre ustedes aquel pariente del *Muy Alto y Muy Poderoso Príncipe José Gabriel de Tupac-Amaru* cuando huyendo de la horrenda carnicería, que hacían los realistas en su país, buscó en el vuestro un asilo infeliz y obscuro? Vosotros lo asesinasteis en la cárcel en el silencio de la noche.

D. JOSÉ.—¡Nosotros! El presidente de Quito y los ministros de su audiencia cometieron esa maldad.

CACIQUE.—Visteis tranquilos la muerte del desventurado príncipe, y no hicisteis en su defensa movimiento alguno.

D. JOSÉ.—Estábamos bajo la espada del despotismo. La España era respetable entonces, en el reinado de Carlos III.

CACIQUE.—Visteis correr la sangre del alto príncipe, y no derramasteis una lágrima. Divididos entre vosotros mismos, alimentando odios y envidias, despreciándoos recíprocamente; insensibles, desnaturalizados, visteis con fría indiferencia el trágico fin de un americano ilustre. Tal vez disteis elogios á la crueldad de sus verdugos.

DOÑA MARG.—Hasta ahora se habla en Quito con horror de aquella bárbara atrocidad.

D. JOSÉ.—Nosotros veníamos tan confiados en la equidad de vuestras leyes.....

CACIQUE.—¿Qué leyes ha de haber aquí? ¿No se dice entre ustedes que los americanos nada bueno saben hacer, ni inventar? Pues ¿quién habría sabido aquí hacer leyes? ¿Ni qué leyes podemos tener en medio de nuestra actual degradación? Compelidos por la injusticia del gobierno español á buscar la seguridad y la libertad en los bosques y entre las fieras, hemos

aprendido de los tigres y de los leopardos á ser sanguinarios y feroces.

CAMILA.—¡Quién habría creído que abrigase estos sentimientos la generosa tribu de los omaguas! Fueron de esta tribu las varoniles amazonas, que en tiempo de la conquista pelearon contra los españoles, y adquirieron un nombre inmortal; y ahora los omaguas han de entregar al gobierno español los patriotas para que sean víctimas de su tiranía! para que sus verdugos tengan el placer atroz de derramar nuestra sangre!

CACIQUE.—(*Aparte*). Y qué piquito tiene la muchachita! y qué espíritu!

CAMILA.—¿Os olvidáis que la sangre de los primitivos habitantes del país corre por nuestras venas?

CACIQUE.—Bien pues: sólo los vínculos de la sangre, sólo los lazos del matrimonio os pueden naturalizar en el país y os pueden salvar. Este es un pretexto honesto, que yo alegaré al gobernante español que reclama vuestras personas. Es necesario, es indispensable que deis vuestra mano á mi primer ministro. El es de sangre esclarecida, es galán, y posee un corazón adornado de virtudes.

CAMILA.—Santo Dios! Nó señor, nó; mi corazón no es mío; no puedo disponer de él.

CACIQUE.—Esa es vuestra soberbia, ese es el alto desprecio con que nos tratáis. Las jóvenes de Sud-América menosprecian generalmente á todos los americanos. Desde el principio prefirieron para esposos á los españoles. Guardan para los españoles sus gracias, esas gracias delicadas, sublimes, divinas, que recibieron del cielo para nuestra felicidad. Ellas quisieran que reinasen eternamente los españoles, para reinar con ellos. Ellas desean que permanezca la patria en perpetua servidumbre, seguras del imperio que han de ejercer sobre sus débiles amantes. Ellas verían con placer la opresión universal del país; oirían con alegría

los horrendos decretos pronunciados contra los americanos por sus inhumanos esposos. Así educan á sus hijos en el amor de la tiranía: y oponen obstáculos á la libertad. Oh! qué furor! qué indignación! Las hijas de América abrazarán á nuestros verdugos y huirán con desdén de los brazos robustos de los héroes de la patria! Americana degradada, vuestra presencia me avergüenza. Ojalá hubieseis nacido á la otra parte del mar, entre los tiranos, para que no deshonraseis á la patria con vuestros sentimientos.

DOÑA MARG.—(*Llorando*). Esta criatura es patriota desde que tuvo uso de razón.

CACIQUE.—Nó, yo sé que no es así. Os acompañó en la fuga únicamente por necesidad. Nó, no serán satisfechos sus deseos. Ella se alegraría de ser entregada á los españoles. No lo será. La enviaré de obsequio á un cacique vecino y amigo mío; y será ó su esposa ó su esclava. Ustedes, sí, ustedes serán puestos en las manos del gobernador de Jeveros.

CAMILA.—(*Echándose á sus pies*). Señor...

CACIQUE.—Alzad. ¿Daréis la mano al ministro?

CAMILA.—No señor; mi corazón no puede complaceros. Pero si la ancianidad de unos padres desgraciados, si las lágrimas de una infeliz os pueden conmover.... si sois hombre, si sois americano, si sois compasivo...

CACIQUE.—Nada me digáis; retiraos de mi vista. Hola!

COPI.—Señor....

CACIQUE.—Lleva á esos extranjeros; que estén incomunicados, mientras se preparan las escoltas, que han de conducirlos á sus respectivos destinos. *Vase la familia quiteña con Copi. El Cacique aguarda que estén algo distantes*).

CACIQUE.—Copi.

COPI.—Señor.

CACIQUE.—(*Mirando adentro para no ser oído de los extranjeros*).

Llévalos á mi casa nueva y todo cuanto..(*Le habla en secreto*).

COPI.—Se hará todo puntualmente (*Vase*).

ACTO IV

Sala pequeña de la casa del Cacique, adornada al gusto inglés.—La familia de Quito aparece en triste silencio por algunos instantes.

ESCENA I

LA FAMILIA QUITEÑA SOLA

DOÑA MARG.—Ved lo que después de tantas calamidades nos tenía reservado la fortuna.

D. JOSÉ.—No digas la fortuna. La Providencia Omnipotente y adorable gobierna todas las cosas de este mundo. Tal vez quiere probar nuestra constancia. o tal vez compadecida de nuestra cansada ancianidad, quiere llevarnos á descansar al cielo, donde no se ven llantos, ni injusticias. Desde aquella morada de delicias puras é inefables, más elevada que las estrellas, veremos las glorias de la patria y los progresos de sus hijos. También en el cielo se ama la patria. Aquel es imperio de las virtudes. Las pasiones, los particulares intereses, quedan acá abajo para eterno tormento de los hijos de los hombres.

Hija mía, ya sabes que la gloria de una heroína es morir por su patria, y que la gloria de toda mujer es morir por el honor.

CAMILA.—Por si acaso nonos viéramosmás,dadme vuestra bendición. Dejad que bese vuestra mano por última vez. (*Se arrodilla a los pies de sus padres*).

D. JOSÉ.—Dios te dé fortaleza; Dios guíe siempre tus pasos por la senda de la virtud. ¡Oh Dios! inclinad, sobre esta pobrecita desamparada, y que se halla en

medio de tantos peligros, vuestros blandos ojos, llenos de clemencia. Nosotros de nada le podemos valer.

DOÑA MARG.—Dios te llene de bendiciones. Levántate hija mía; el corazón no sufre ni tanto dolor, ni tanta ternura. (*Camila vuelve á su asiento. Todos se enjugan los ojos. Breve silencio*).

CAMILA.—Como el cacique habló del buen carácter del ministro, he pasado á este señor un recado suplicándole que me oiga por unos intantes. Me echaré á sus pies y le pediré que respete la fidelidad de una señora casada, ó la ternura de una viuda que quiere ser fiel á la memoria de su difunto marido. Siento en mi corazón no sé qué consuelo, no sé qué presagio feliz. Tal vez Dios nos envíe por la mano del ministro la libertad y todas las felicidades.

D. JOSÉ.—¿Y quién llevó el recado?

CAMILA.—El paje del cacique.

ESCENA II

LOS MISMOS Y COPI

COPI.—Señora, se hizo presente vuestra solicitud. El cacique quiere daros audiencia otra vez. Queda suspensa la resoluci ón anterior. La mujer del señor Yari desea que os presentéis en la audiencia vestida al uso de las señoras del país. Esto es lo primero que hacen las extranjeras, que quieren domiciliarse entre nosotros. Yo deseo que sigáis el consejo de esta señora, que es muy amada del cacique, su hermano. Ella os envía un traje gracioso y algunas joyas, y os suplica que tengáis la bondad de aceptarlas. Los paisanos que os condujeron en su canoa, eran criados de la casa del señor Yari, os remiten tres onzas de oro que dejasteis en la canoa; y desean que Dios os saque con bien del trabajo en que estáis. Todo se halla en el cuarto en

que os habéis de vestir. Dos matronas y dos señoritas muy bonitas, sus hijas, han de venir para iros acompañando hasta la audiencia. Entre tanto, el cacique quiere que estos señores se diviertan con las curiosidades de su pequeño gabinete.

D. José.—Vamos, pues. (*Vanse todos*).

ESCENA III

Mutación. Recinto sombrío en que da audiencia el cacique. Algunas salidas.

EL CACIQUE Y LA CACICA SALEN POR DIFERENTES PUNTOS

La Cacica.—Compañero, ¿qué has dicho á esos pobres que salieron de aquí tan afligidos? Dicen que la niña iba hecha un mar de lágrimas. Fuí á visitarlos y no se me permitió verlos, por estar incomunicados de tu orden.

Cacique.—No merecen compasión; son rebeldes, son de los llamados patriotas, son unos insurgentes.

La Cacica.—¡Y estas palabras pronuncia un hombre educado en los Estados Unidos de Norte América! ¿Esto es lo que aprendiste en un colegio de aquella gran república? ¿Para esto te llevó el señor Monson? ¿Este es el fruto de sus bondades?

Cacique.—Sabes que Jeveros es la capital de los establecimientos españoles en Mainas. Su gobernador reclama las personas de estos extranjeros y es necesario entregárselas.

La Cacica.—Eso nó; primero se arruinaría todo el pueblo. ¡Los omaguas habían de envilecerse tanto! Estos extranjeros son defensores de la causa más ilustre que ha visto el mundo. ¿Y á quién iban á entregarlos?—á los españoles—á los españoles!

Cacique.—Ya te he dicho que no te mezcles en las cosas de gobierno. ¿Somos aquí como los gobernantes españo-

les, que por complacer á sus mujeres cometen las mayores iniquidades? En la administración de los negocios públicos no se debe oír la voz de las mujeres. Tú no tienes cabeza para estas cosas.

LA CACICA.—Pero tengo un corazón recto y compasivo.

CACIQUE.—Ustedes son puras lágrimas. Por ustedes no se declaró la guerra á los ucayas. Como en las deliberaciones sobre la paz y guerra, nuestras costumbres conceden voto á las madres y á las esposas de los principales guerreros, vosotras llenasteis de gritos la asamblea y ganasteis la votación. Ya se ve, ¡la naturaleza dió tanta eficacia á vuestras lágrimas y vuestros enojos! Y los ucayas están cada día más atrevidos.

LA CACICA.—Y ¿cómo habíamos de permitir, que los americanos se hiciesen la guerra unos contra otros? Los hijos de una misma madre, los hermanos, ¿habían de correr á degollarse como frenéticos? Este hubiera sido un crimen de que se espantaría la naturaleza. Vamos al caso: la prisión de esos extranjeros es escandalosa. Ellos deben hallar aquí protección, seguridad y generosidad.

CACIQUE.—Oye, chica. (*Habla con ella en secreto*).

LA CACICA.—Me alegro mucho.... pero soy la última que sé las cosas.

CACIQUE.—Sí, señor....nuestro amigo....tu ministro.. .

LA CACICA —Si es tan alhajita!

CACIQUE.—Felizmente sucede en las fiestas de las heroínas de la patria. Como gusto tanto de las sorpresas, tenemos tres días de funciones, y nadie sabe en el pueblo como son. El cacique de los ucayas, aquel que fué mi enemigo, ha tomado un grande interés en complacerme, y nos ha de enviar quienes nos diviertan con dos funciones teatrales de mucho gusto. Tú guarda secreto: mi corazón ya no sufría ocultarte lo que hay.

LA CACICA.—Cuéntame, pues, cómo son esas funciones.

CACIQUE.—La primera noche se presenta la Basilia. Su asunto es una jovencita de raro mérito y hermosura, que pasando mil trabajos llegó á un país de América desde el centro de la Alemania; y tuvo que reembarcarse precipitadamente de miedo de los quemadores. Su pobre madre murió de pesadumbre al ver frustradas sus esperanzas pues, donde creía haber hallado amparo, no había encontrado más que perseguidores.

LA CACICA.—¿Esos quemadores fueron los que quemaron las casas de Guayaquil?

CACIQUE.—¡Jesús! Petronita. Estos quemadores no quemaban casas, sino hombres y mujeres. Entregaban á las llamas á cuantos no pensaban como ellos en ciertas materias obscuras. Es incalculable el número de víctimas que sacrificaron en Holanda, Italia, España, Portugal, etc. Ni aun el profundo genio de los matemáticos ingleses puede determinar el número de familias que redujeron á la mendicidad y al infortunio.

LA CACICA.—¿Y por qué se les dejaba cometer tantas maldades?

CACIQUE.— Estaban sostenidos por grandes intereses y por grandes usurpaciones.

LA CACICA.—A ninguno ha de gustar ver á esos monstruos sobre el teatro. Las mujeres le querrán tirar hasta con los asientos.

CACIQUE.—Ya lo veo. Pero la obra es utilísima, y agrada por sus escenas tiernas y lastimosas. Fuera de eso, su desenlace es consolador, es como sigue: La amable Basilia estuvo para perecer en el mar, y padeció indecibles calamidades, pero llegó á Filadelfia, y fué recibida con una hospitalidad muy caritativa y generosa: en ocho días se le colectó y formó una dote de setenta mil pesos. Se ha casado, y vive actualmente llena de comodidades en Sud-Carolina.

LA CACICA.—Tú habrás visto representar esa comedia.

CACIQUE.—No. En Estados Unidos jamás fuí al teatro, porque los cuáqueros nunca van á la comedia.

LA CACICA.—¿I qué hacen metidos en su casa toda la noche?

CACIQUE.—Se están trabajando, leyendo, escribiendo, encomendándose á Dios, jugando con sus hijitos y parlando con su mujer. Son hombres excelentes y muy caritativos. Y sin embargo los quemadores los detestan; quisieran poder quemarlos á todos, sin perdonar á sus amabilísimas esposas. Los quemadores prohibieron con terribles amenazas la lectura del *Eusebio*, porque elogiaba sus virtudes. En la Habana, unos amigos me llevaron al teatro, pero la *Basilia* no puede representarse en las poblaciones españolas.

LA CACICA.—¿Por qué?

CACIQUE.—Porque hombres perversos han hecho creer al rey de España que los quemadores y los amigos de los quemadores son las columnas de su trono. Además de esto, los pueblos supersticiosos son muy corrompidos y frívolos, y gustan de tramoyas de enamoramientos, y otras cosas tan frívolas como ellos mismos. Tratemos ya de la segunda noche.

Pues, señor, la función se abre con una sinfonía bellísima, obra de una porteñita de Buenos Aires.

LA CACICA.—Malo, malo...

CACIQUE.—Voto á los demonios....¡No digo que es usted muy incapaz! No se puede tener con usted un rato de conversación. Un inglés muy hábil llevaba esa obertura para el teatro Drury-Lane, y me regaló en Baltimore una copia, y sale usted con malo, malo....

LA CACICA.—Yo decía....

CACIQUE.—Pues, lo que dicen los mentecatos, que nada bueno se hace en América. Como ellos nada leen, por eso no tienen noticia de las producciones de plumas americanas, que han obtenido en Europa un univer-

sal y sostenido aplauso. Entre mis pocos libros, hay algunos excelentes de chilenos, limeños y mejicanos, traducidos al inglés.

La cacica.—Como nosotros no sabemos, hablamos así no más.

Cacique.—La obertura descubre el carácter porteño, cual lo describen los ingleses. El andante es dulcísimo, como aquellos dúos delicados que ejecutamos con la flauta el ministro y yo; pero el alegro, el presto, el prestísmo, son el fuego del mundo; parecen que asaltan una batería con sable en mano. Ese pueblo no ha de quedar en oscuridad. ¡Y qué bonita era la porteñita! El inglés llevaba su retrato. El decía que el retratista le había hecho muy poco favor, por haberla pintado muy morenita; aunque las morenitas suelen ser las más interesantes.

La cacica.—En comenzando vuesa merced á hablar de estas cosas, no tiene cuando acabar. Ya vamos para viejos. Diga usted qué hay después de la música.

Cacique.—Ya no me acuerdo.

La cacica.—No muela usted, señor.

Cacique.—Es que como ya vamos para viejos..... como la memoria se pierde con los años....

La cacica.—Sí; pero de las inglesitas no se olvida usted, no.

Cacique.—Pues, señor: después de la música sigue un pequeño drama sentimental, cuyo título es: *La Caridad Maternal*. Su asunto es el siguiente: Unas señoras respetables de Sud-América, presididas por la amable esposa del gobernante del país, se reunieron y formaron una sociedad con el fin de educar huerfanitas, y amparar doncellitas pobres, librándolas de las asechanzas de los seductores, siempre crueles y desnaturalizados. Y tiene usted que á lo mejor la sociedad fué perseguida, y las señoras se disgustaron.

Las doncellitas lamentan su orfandad y desgracia, é inspiran la más profunda compasión.

LA CACICA.— ¿Y quiénes, y por qué persiguieron á la sociedad?

CACIQUE.—Yo no lo sé bien.

LA CACICA.—Pero ello se haría público, porque los ingleses lo pondrían en la cartilla.

CACIQUE.—En la gaceta dirás, Petronita.

LA CACICA.—Sí, eso. ¿No dices que los ingleses ponen en la gaceta cuánto pasa en el mundo?

CACIQUE.—Sí, y lo mismo se hace en Norte América. Y es muy bien hecho, cuando se dice la verdad, cuando no se procede con parcialidad y ligereza, como hace el buen alhaja del *The Courier*. Pero allí viene el ministro; déjanos solos; después hablaremos. (*Vase la Cacica*).

ESCENA IV

EL CACIQUE Y EL MINISTRO

MINISTRO.—Visité vuestra escuela; son palpables las ventajas del método de Lancaster; los alumnos hacen progresos rápidos, asombrosos. La portuguesita ha muerto; no pudieron valerle nuestros socorros; vino la pobrecita ya tan á los últimos....

CACIQUE.—Es una lástima, y ha dejado una hijita.

MINISTRO.—Tres matronas se han presentado pidiendo á la huerfanita para criarla y educarla. La primera es vuestra esposa; alega que tiene más comodidad que las demás. La segunda es la Mercedes, la que se casó anteayer; alega que su casa está muy triste, porque no hay en ella siquiera un muchacho que haga bulla. La tercera es la inglesa patona, la mujer del herrero; alega sus privilegios de extranjera, que le están ga-

rantidos por las leyes. Además, esta señora fué educada en una casa respetable de Liverpool. Por todo esto, he ordenado que sea preferida.

CACIQUE.—Muy bien hecho. En orden á los hilados, ¿qué os han parecido los tornos de nuestra invención? Supe que los estabais experimentando.

MINISTRO.—Han quedado excelentes; cuarenta están ya concluídos; vuestra esposa y la señora de Yari se han encargado de repartirlos por el pueblo. Gustan ellas tanto de hacer bien, y de que el país adelante....

CACIQUE.—Entre los placeres delicados con que el cielo benigno regala al corazón del hombre, el uno es hacer bien á sus prójimos, el otro es ver á sus amigos felices y alegres. Yo estoy muy contento. Amigo: esta noche tenemos una música de los cielos. Una muchachita de dieciocho años, agraciada y eminentemente hermosa, nos ha de cantar aquella ária, que me gusta tanto: *Que le pupile tenere.* Vos la habéis de acompañar.

MINISTRO.—¿Queréis que salga yo llorando entre la gente? Bueno está mi corazón para eso. Ya os he dicho que mi mujer cantaba esa ária con una expresión singular. Me acordáis una comparación de un poeta inglés. «Aquella música es como la memoria de las alegrías pasadas, agradable y triste al ánimo.»

CACIQUE.—¿Qué quiere decir que lloréis? No siempre de dolor se vierten lágrimas. La ternura tiene lágrimas muy dulces.

MINISTRO.—Muy grande es mi dolor. Según los espías, no hay en Quito noticia alguna de mi familia. Tal vez han muerto ó andan errantes por los montes; aunque espero que el misericordioso padre de los hombres tome bajo su protectora sombra á mi tierna y virtuosa mujer. ¡Si supieras qué compasivo era su corazón! Ella se quitaba el pan de la boca para darlo á los pobres. Ella llevaba el consuelo á muchas familias desvalidas.

¡Con cuánta complacencia visitaba á las enfermas! Ella ha conservado muchas vidas, y ha protegido no pocas virtudes. A los seis meses de casados me asaltó una fiebre pútrida, que casi me llevó al sepulcro; mi mujer me asistió con cuidados más que paternales, y apenas se apartaba de mi lecho, hasta que contrajo la misma fiebre contagiosa, que la llevó á los umbrales de la muerte. Entonces decía que moría muy contenta por haber cumplido con sus obligaciones. Ved lo que he perdido. Ved lo que han hecho conmigo los tiranos. (*Se enjuga los ojos*).

Ellos han roto todos los lazos que me unían á este mundo. Nada tengo ya que perder sobre la tierra. Yo vuelvo á mi país, aunque me maten los opresores. Puede ser que burle su vigilancia, y adquiera alguna luz acerca de la existencia de mi mujer. El cielo, caro amigo, el cielo recompense con sus bendiciones los grandes beneficios que me habéis hecho. No puede deciros otra cosa un infeliz. Dadme un abrazo; yo parto ahora mismo. (*Llorando*).

CACIQUE.—Os ruego que os tranquilicéis.....

MINISTRO.—Dejadme ir á buscar por todos los montes las huellas de mi mujer, ó á llorar sobre el sepulcro en que descansen sus cenizas. Mientras la vida me dure, ofreceré amargas lágrimas á su venerable memoria.

CACIQUE.—Yo tengo poder bastante para restituír á vuestros brazos á vuestra amable compañera. Puedo daros ahora mismo las más felices noticias. Leedme todo el título de este papel. (*Dale el cuaderno.—El Ministro lee en voz alta y pausadamente*).

DEMOSTRACIÓN DE LAS PROPOSICIONES SIGUIENTES:

PRIMERA.—Para remediar la lastimosa despoblación de América, y su atraso en las artes y agricultura, es

necesario llamar extranjeros con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes y y paternales.

SEGUNDA.—Si la América no olvida las preocupaciones españolas, y no adopta más liberales principios, jamás saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable y obscura como la España europea.

Escrita por *Camila Shkinere* hija de los ciudadanos José y Margarita. Dedicada á mi marido *el teniente-coronel Diego*, etc.

MINISTRO.—(*Después de un breve silencio*). ¿Cómo ha llegado á vuestras manos este papel?

CACIQUE.—Amigo mío.. (*Lo abraza y hablan los dos en secreto*).

CACIQUE.—¿Cumpliréis vuestra palabra?

MIMISTRO.—Os lo aseguro.

CACIQUE.—Pues, nuevo Orfeo, venid; yo os colocaré detrás de este árbol. (*El cacique lo lleva por la mano y lo oculta detrás de un árbol, de modo que no vea ni pueda ser visto de Camila*).

CACIQUE.—Hola!

COPI.—Señor.

CACIQUE.—¿Está ahí la señorita extranjera según he prevenido?

COPI.—Sí, eñor. Viene con el traje espléndido de las novias del país; trae puesta la vincha que regalasteis á vuestra hermana, la señora de Yari, el día de su casamiento.

CACIQUE.—Pues haz que se presente.

ESCENA V

CAMILA Y EL CACIQUE

(*Camila aparece con el rico y brillante traje de las indias novias de Mainas. En lugar de sombrerillo, trae una vincha negra, ricamente bordada. El cacique se muestra con toda su natural afabilidad, y coloca á Camila donde pueda mejor ser vista y oída de todos*).

CACIQUE.—Señorita: estáis más bella que la aurora cuando abre las puertas del sereno día. Tomad asiento.—Me han dicho que deseáis hablar al Ministro. ¿Queréis favorecerle con vuestra mano?

CAMILA.—Ya os he dicho que me es imposible.

CACIQUE.—¿Pues para que deseais ver al Ministro?

CAMILA.—Yo quería postrarme á sus pies.....

CACIQUE.—¿Y qué haríais con eso? El os levantaría de la mano, y al mirar vuestros ojos divinos, y vuestros labios de rosa, él mismo se echaría á vuestros pies invocando vuestra piedad. ¿No conocéis el poder de vuestra gracias, y la irresistible elocuencia de vuestros ojos?

CAMILA.—Yo solo sé que tengo honor y que soy una desgraciada, y que vos oprimís con todo vuestro poder á una americana perseguida, á una infeliz mujer. ¿Y son americanos los que hacen esto conmigo? (*Llora*).

CACIQUE.—Si nosotros somos crueles, beberíamos la crueldad en el seno de las madres americanas.

CAMILA.—Los americanos por su misma gloria debían empeñarse en sostener la constancia y el honor de las americanas, Ustedes les arman pérfidos lazos para que sean infieles á su palabra y á sus juramentos. Ustedes miran sordamente el pudor y la virtud con

sus conversaciones escandalosas, y con sus ejemplos de inmoralidad. Las producciones de sus labios no son ménos funestas que las erupciones de *Tunguragna* y del *Cotopaxi* (1). Y si todavía puede haber algo más espantoso, unos á otros se aborrecen y detestan. Por eso, la patria se halla en tantos trabajos; por eso, andamos los patriotas buscando un asilo entre las fieras. (*Llora*).

CACIQUE.—Los omaguas no somos fieras.... El Ministro es una paloma. El también llora inconsolable la pérdida de su amada. Los ecos de los montes repiten sus lastimosos suspiros. Para aliviar su profundo dolor, busca los placeres de la dulce melancolía, tocando la flauta en las noches como Orfeo entre las sombras.

CAMILA.—¡Oh! qué memoria! qué memoria! (*Derrama un torrente de lágrimas*).

CACIQUE.—Vos sola, sí, vos sola podéis enjugar sus lágrimas. Vos sola podéis llevar el consuelo á su moribundo corazón.

CAMILA.—(*Levantándose*). No me aflijáis más. Dejad que esta infeliz lleve hasta el sepulcro su ternura. Dejad que sea fiel á la memoria del mas amable de los mortales. Permitidnos volver á nuestra chocita. Allí encontraremos la paz, que no se halla entre los hombres. Allí viviremos pobres, pero virtuosas, hasta que la Divina Providencia se digne restablecer la suerte de la patria. Entonces llegará hasta nuestro retiro la fama de sus hechos, que ha de llenar toda la tierra. (*Llora*).

CACIQUE.—(*Aparte enjugándose las lágrimas disimuladamente*). ¡Qué lágrimas tan importunas!

CAMILA.—(*Arrodillándose*). Señor, si somos tan infelices que no merecemos un rinconcito en vuestros estados,

---

(1) Volcanes famosos de Quito.

dejadnos ir errantes por los bosques; la divina clemencia nos amparará. Si queréis sacrificar una víctima á la saña de los opresores, derramad mi sangre; puede ser que así se calme su furor. Respetad los días de mis padres, mirad con compasión sus desgracias y su vejez. Mandad á vuestros vasallos que despedacen mi corazón con sus flechas y sus lanzas; mi postrer aliento será el de mi amor; yo pronunciaré en las agonías de mi muerte el nombre de Diego.—(*El cacique da dos fuertes palmadas, y sale el ministro precipitadamente*).

MINISTRO.—Camila amabilísima; Yo soy Diego. Aquí estoy..

CAMILA.—¡Oh, Diego!..

(*Camila queda como desmayada en los brazos de su marido. La música ejecuta entre tanto un andante amoroso dulcísimo, que dura algunos instantes. Todos guardan silencio mientras dura la música*).

MINISTRO.—¡Oh gloria de tu sexo; honor de las Américas; lustre y ornamento de la naturaleza humana!

ESCENA VI

CACIQUE, DOÑA MARGARITA, CAMILA, DON JOSÉ, MINISTRO

(*El Cacique da otra vez dos fuertes palmadas, y salen los padres de Camila con precipitación*).

DOÑA MARGARITA.—Si no lo puedo creer. ¡Camila dar la mano al Ministro!

CACIQUE.—Llegad, señores; abrazad á vuestro yerno.

DOÑA MARG.—(*Llorando*). Muchacho, tú eras!—(*La abraza el Ministro*).

DON JOSÉ.—¡Hijo mío! con el placer de hallarte, y de verte vivo, se olvidan todos los trabajos.—(*Abraza al Ministro*).

MINISTRO.—Desaparezcan las tristes memorias: aquí no hay tiranos, ni perseguidores. Estáis en el asilo de la libertad, entre los hombres de la razón y de la naturaleza, en el seno de la filantropía. Acordáos de la Pensylvania, y creed que ponemos aquí los cimientos de una nueva Filadelfia. El generoso Copi (sabedor por un acaso de las órdenes secretas, y de la inicua trama de uno de los oidores) me dió la libertad y la vida una hora antes de que fuesen asesinados los demás patriotas. Copi es un joven militar penquista, de quien fuí defensor en un consejo de guerra, que se le hizo en Panamá por un caso de honor en consecuencia de ciertos amores, travesuras de mozos. Pero la serie de nuestras aventuras nos proporcionará después conversaciones muy deliciosas. Hemos hallado en el Cacique, mi amigo, á uno de los genios más sobresalientes de la edad actual; su inteligencia es extensa y muy cultivada; su carácter es compasivo, generoso y magnánimo.

CACIQUE.—Yo conozco mi pequeñez; mas os puedo asegurar que miro vuestra causa como mía propia. Lo que me durare la vida, tendréis en mi un defensor, un padre y un amigo. Pero, señores, ¡caros amigos míos! en medio del inefable placer que siento al veros seguros y felices, me remuerden las amarguras momentáneas que derramé en el corazón de esta tierna y fiel esposa, de esta joven incomparable.

(*Camila lo mira y se enjuga los ojos*).

¡Heroína del nuevo mundo! imperturbable como las amazonas (cuyo suelo honráis con vuestras plantas); pero más cultas que ellas, y más sensible; yo he querido que vuestro digno esposo fuese testigo de vuestra fidelidad heroica y de vuestra singular ternura. Quise que oyese de vuestros propios labios vuestros nobilísimos sentimientos y vuestras amorosas ansias, para que os amase más, si más es posible. Vuestras

virtudes aparecerán algún día, para gloria de la patria, admirables y excelsas sobre los teatros del mundo. Las americanas sensibles tributarán á la memoria de Camila Shkinere elogios y lágrimas. Me propuse en fin presentar en vuestra persona un gran modelo á las patriotas de Sud América.

* * *

Los Amores del Poeta

POR

DON CARLOS BELLO

1815—1854

Drama en dos actos y tres cuadros

Estrenado en el Teatro Santiago el 28 de agosto de 1842

PERSONAJES	Actores que lo representaron en el estreno
Eugenio de Gressey.....	Máximo Jiménez
Matilde de Monville.....	Toribia Miranda
El Coronel Fiercour.....	Carlos Fedriani
Dormand.....	José Alonso
Criado.....	



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La carta

Casa de Matilde de Monville: un salón bien amueblado; una poltrona y mesa con recado de escribir: una puerta al fondo, que cae al jardín: otra se supone al lado izquierdo, y será la entrada ordinaria.

ESCENA I

GRESSEY.—*De pie: entra* DORMAND.

GRESSEY.—¡Dormand!

DORMAND.—¡Gressey! (*dándose la mano afectuosamente*). Acabo de saber que estás en este pueblo: estuve en tu habitación, y no hallándote allí, héteme siempre en tu busca, y en casa de no sé quién (*mira en derredor y deja el sombrero*). Has abandonado á París como á una querida infiel, ó vieja impertinente. La gran capital merece más consideraciones, y hombres como tú no están bien, no caben en otra parte. El gran mundo...

GRESSEY.—En París estuviera si me dejaran los médicos de la mano; pero un año hace que me arrastran de un lugar á otro en busca de salud, y no la hallo. Tan mal me prueban los aires suaves de Marsella, como las brisas tónicas del norte.

DORMAND.—En efecto; estás pálido y deshecho.

GRESSEY.—El espejo me lo dice cada día... Estos viajes son quizá las primeras jornadas de aquel largo, eterno, que todos debemos emprender, y del cual nadie vuelve... vivir enfermo, no es vivir.

DORMAND.—¡Vaya! estos, si no me engaño, son achaques de un mal del corazón: el tedio y el amor te aquejan, y sea lo que fuere, remedios no faltan.

GRESSEY.—¡Tal vez!

DORMAND.—Amas, y hallas simpatía, correspondencia, ¿qué más puedes desear? ¿Rechazan tu pretensión? No es creíble. Pero dado el caso de que alguna escuche con indiferencia tu ardiente declaración, te deshaúcie una y otra vez, porque la mujer hoy amable y apasionada, suele ser mañana fría, caprichosa é incomprensible: supuesto tanto rigor, aún hay tabla de salvación: no la ames y estás bueno... ¿te sonríes? óyeme: aplica al amor el tratamiento homeopático y verás sus mágicos resultados. Este es el gran secreto, el gran remedio, la panacea de los males del corazón.

GRESSEY.—El sistema es original.

DORMAND.—Y seguro en sus efectos: escúchame: conocí á una viuda de diez y nueve años, ojos negros y parleros, luengos cabellos del mismo color: vestía divinamente: sus manos eran blancas y pequeñas, aéreo su cuerpo; y luego el pié... ¡qué pié!... en fin, Matilde de Monville.

GRESSEY.—¿Matilde de Monville?... la misma en cuya casa nos hallamos...

DORMAND.—Esa Hurí que abandonó el Eden por París. La vi, amigo mío, y como sintiese al punto una irritación aquí (*señalando el corazón*), acompañado de suspiros, dormidera de ojos, y otros síntomas inequívocos, me di por enamorado, y en primera oportunidad le suspiré mi amoroso padecer y tiernos sentimientos. Un *nó*, fué su lacónica respuesta. Insisto, y llovieron monosílabos de igual tenor... Hay *nó*, que

proferido como con pesar, duerme en los labios, y dice *sí*; otro que expresa un quizá, un puede ser, como el *nó* de una mujer amable; pero no faltan por desgracia algunos tan redondos, que eximieran de duda al excéptico más empecinado.

GRESSEY.—Los que despidió esa boca graciosísima en respuesta á tu suspirado amor ¿fueron de esta clase?

DORMAND.—Sí; pero menos elocuentes, con mucho, que dos bostezos que les siguieron de cerca.... Mujer que bosteza en presencia de su amante, le agravia, le insulta, le despide. Márchome en el acto, y aguijoneado por mis recuerdos, echo á andar sin norte ni rumbo. *¡Darme un tiro!* decía yo, hoy hasta los zapateros se hacen saltar la tapa de los sesos, probando hasta la evidencia que no los tienen. *¿Arrojarme al Sena?* Era invierno (*con repugnancia*), y esto de ahogarse en agua turbia y helada, es morir dos veces. Quiso mi estrella que cortasen el hilo de mis desatinados y melancólicos pensamientos, ya que no el de la vida, los briosos caballos de un coche que pusieron en peligro una existencia de que yo trataba de deshacerme: el instinto de la conservación puede mucho: brinco á la vereda, y me encuentro á la portada de la ópera italiana.

GRESSEY.—No entraste por cierto.

DORMAND.—¿Cómo que no? Echo una mirada al rededor y columbro dos ojos hermosísimos: un instante más, y me hallé al lado de Madame Dublé; y sean los quejidos armoniosos de Bellini, ó qué sé yo; ello es que al callar la orquesta, no pensé en las negras trenzas de la esquiva Matilde, ni en su pulido pié; sino en los ojos de la amable Teresa, de quien estaba ya frenéticamente enamorado. ¿Lo ves?

GRESSEY.—Sin duda, que para dejar de amar amaste más: siendo este el fin propuesto, le lograste á las mil maravillas.

DORMAND.—Nada: eso no es comprenderme, *Similia Similibus curantur.* Tan sólo con amor, amor se cura: por Teresa dejé á Matilde, y á la semana, el olvido, triunfó de ambas.

GRESSEY.—No tengo que decir, la curación fué completa.

DORMAND.—Portentosa fué é igual resultado obtendrás, si acudes á la enfermedad recio, presto y con fe: no hay que vacilar: yo, propio como experimentado, te daré alientos: ya sabes que mi fuerte es el consejo.

GRESSEY.—Pero, amigo mío: ¿por qué me tienes por enfermo de amor, cuando mi dolencia es otra?

DORMAND.—Pues bien, viajar: de un salto estás al otro lado de los Pirineos.

GRESSEY.—En Madrid ¿que hay?.... Espartero y el Prado.... los vi.... Larra ya no existe.

DORMAND.—Da un paso más y tropiezas con la graciosa gaditana.

GRESSEY.—La vi, y admiré su andar airoso; pero el sol de Andalucía, que hace fermentar el amor en los senos torneados de sus hijas, y que brilla en un cielo limpio y puro, no pudo encender el mío. Vi á Granada esa perla oriental que conserva su esmalte á pesar del roce de los siglos. Granada, hija hermosa de una raza que murió: huérfana de oriente á quien el hombre dió por atavíos la Alhambra y el Generalife: la naturaleza un dosel azul, franjeado con la nieve de la Sierra y una fértil y anchurosa vega por verde alfombra. La vega de Granada, que resonó mil veces con los gritos contrapuestos de *Alá.... Santiago, cierra España;* donde se cruzaron el hierro de Vizcaya con la cimitarra de Damasco:.... mas todo esto habla á la fantasía, nada dice al corazón.

DORMAND.—A Inglaterra entonces ó Alemania; el caso es distraerse, y una nación de hombres serios es cosa de ver.

GRESSEY.—Y digna de ser estudiada; pero he recorrido

casi toda la Europa.... poco tiene que presentarme de nuevo.

DORMAND.—¿Cuándo? ¿cómo?

GRESSEY.—Desde que te vi—un año hace.

DORMAND.—¡En un año! eso no es viajar, es correr por la posta dejando atrás los correos de gabinetes, aún cuando llevan un tratado de paz en la valija. Así nada se ve.

GRESSEY.—He visto el mundo tal cual es, un tejido de bienes y de males: aquí y allí una aldea inocente en medio de poblaciones corrompidas, como el oasis del desierto: aquí y allí una virtud como una flor en un cenagal: y á cada paso un vicio, un crimen, la miseria: los pueblos se odian sin conocerse. ¿Sus habitantes no son todos hombres? Suenan las palabras *¡Guerra! ¡Gloria!* se arman, se encuentran, su sangre corre, y en pocas horas se puebla un cementerio, y le llaman campo de batalla..... y el vencedor levanta la voz á Dios y le da gracias por haber sido más carnicero que su contrario. He visto hambre y harapos donde debiera haber tesoros, porque había virtud; y he visto también naciones enteras que sirven de escabel á un hombre, y este hombre era respetado: sus caprichos, leyes..... y se le decía Soberano y Majestad..... Quien mira el mundo y esto vé, no le vuelve ya los ojos con cariño.

DORMAND.—¡Vaya! deliras, cuando sólo te creía enfermo ó enamorado. Eres misántropo ó filósofo, que tanto vale y perdido para la sociedad de tono y el gran mundo. Regenerar el globo joco-serio, melo-dramático que habitamos, es desatinar aún después del descubrimiento del vapor. Respire yo los aires de París, tenga el prestigio de un nombre con diez mil francos en la cartera.... y ande el mundo. Oyeme: á los filósofos de todas las escuelas, de todos los tiempos, desde que Sócrates reñía con su amable esposa, hasta

que falleció el pulcro Laromiguière, les ha lanzado el mundo una mirada en que van mezcladas lástima y desprecio.

GRESSEY.—Sea enhorabuena.

DORMAND.—Mas dime, amigo alucinado, eres rico, joven, tus producciones han merecido los aplausos de la Francia ¿Qué más quieres para ser feliz?

GRESSEY.—Lo que muchos poseen quizá y desestiman.

DORMAND.—¿Y qué es esto que en tanto andar no lo hallaste?

GRESSEY.—Una mujer que sepa amar cual yo amo, con toda la intensidad del corazón.

DORMAND.—¡Bá, bá!

GRESSEY.—Que me haga la vida amable.... á su lado, en sus brazos olvidaría á los hombres y su egoísmo. En cuanto á la fama, la gloria, á menudo brinda con ellas la multitud sin discernimiento: sus efectos son los del opio, desvanece, embriaga, produce ensueños gratos y pasajeros; pero la envidia, un capricho de la opinión ó de la fortuna, á veces la verdad, nos sacude, y al despertar, ó dormitamos de nuevo, ó somos desgraciados.

DORMAND.—Así debe de ser; pero también es cierto que cada cual tiene su modo de sentir y su sistema; por mi parte creo que nacemos con sendos anteojos sobre las narices, al través de los cuales miramos el mundo y le vemos de diverso color y figura. A ti te cupo en suerte unos de vidrios negros y de aumento: todo lo abultan, marchitan y entristecen: los míos por fortuna son de color de rosa.

GRESSEY.—¿Eres feliz entonces, nada tienes que desear?

DORMAND.—No lo sé. La diligencia me trajo ayer tarde, y mañana pienso volver sobre mis pasos (*toma el sombrero*). ¿En qué se pasa aquí el tiempo? (*mirando á su al rededor*) ¿Con que esta es la casa de Matilde de Monville?

GRESSEY.—Sí.

DORMAND.—¿Sabrás que fué viuda á los pocos días de ser esposa?

GEESSEY.—Lo sé.

DORMNAD.—¿No ignorarás tampoco que por espacio de dos años gira en derredor suyo un lucido cortejo, y que ella, á pesar de su juventud y hermosura, no ha dado materiales para un solo párrafo de la crónica escandalosa?

GRESSEY.—Lo sé también: ¿pero qué quieres darme á entender?

DORMAND.—Un momento de paciencia, y sabrás [(*deja el sombrero*), llegué cansado del viaje, agitado sin poder conciliar el sueño: entré en el hermoso jardín que está al lado de la posada (*señalando hacia la puerta del foro*): ¿conoces la calle de los Alamos?

GRESSEY.—Sí: prosigue:

DORMAND.—Allí estaba yo, sería la media noche, sentado, gozando del aire fresco y suspirando por París, cuando oigo pasos á espaldas mías: vuelvo, y héteme manos á boca con un hombre.

GRESSEY.—¿Es posible?

DORMAND.—Al verme se detuvo; quiso como hablar; mas cambió de resolución.... alejóse entre los árboles y desapareció.

GRESSEY.—¿Pudiste distinguir sus facciones?

DORMAND.—Como las tuyas ahora: merced á la luna que mostró su faz con la buena intención sin duda de vender á los amantes.

GRESSEY.—¿Le conocieras si hubieras de verle? (*con agitación*). ¿Es de estatura regular?

DORMAND.—Le conozco, y desde tiempo atrás: es de estatura regular, cara adusta: es el coronel Fiercour, héroe del Bosque de Boloña.

GRESSEY.—¡Fiercour! ¿Crees que salía de la casa?

DORMAND.—¿Y por qué no? Mis prolijas indagaciones,

me han hecho saber que no desampara á Matilde un año hace; por otra parte las mujeres son esencialmente caprichosas, y aunque el coronel no posee muchos atractivos, ¿qué sabemos si le sirve de recomendación el haber dado pasaporte para el otro mundo á una centena de sus semejantes?.... ¿no le conoces?

GRESSEY.—¡Poco; hace cuatro días que llegó!

DORMAND.—En los salones de París he tropezado con él frecuentemente: ¡Infeliz de aquel que cruza su camino!.... Militar desde sus primeros años, es brusco y vengativo: partidario ciego del Imperio, sin más Dios que Napoleón, odia á los hombres, y desprecia al bello sexo. Fué amigo de Mr. de Monville, esposo de Matilde.

GRESSEY.—Tengo algunas noticias de él (*con ironía*).

DORMAND.—Bien: volviendo al lance de anoche, ¡hay intriga amorosa! cogí la hebra y daré con el ovillo. Me punza la curiosidad, y dentro de rato vuelvo á mis pesquisas (*toma el sombrero*). Por allí se acerca (*señalando hacia el jardín*) el ama de casa.—Te dejo: hasta más ver.... (*Vase*).

ESCENA II

Entra MATILDE *por la puerta del fondo, leyendo avanza sin ver á* GRESSEY *y se sienta en la potrona.... En voz alta.*

Mi pecho es un pecho yerto,
Un desierto:
Y si hay una flor en él,
Es tan mustia y deshojada,
Marchitada,
Que es tallo de flor que fué.
Y ¿cómo nacer la rosa
Pura, hermosa?
¿Como brotar un clavel?

¡No cae en el pecho mío
El rocío
De lágrimas de mujer!
¡Ni brilla de amor la llama
Ni derrama
Sus reflejos de placer!....
Y soy como un deber eco
Triste y hueco
De voz que murió tal vez. (*Entre tanto se acerca Gressey*)

GRESSEY.—Soy cual....

MATILDE.—¡Ah! (*poniéndose de pié*).

GRESSEY.—(*Continúa con sentimiento*).

Soy cual noche sin estrella,
Ni centella,
Ni aurora ni amanecer,
Que avive la fantasía
Con su día,
Que arrebole el padecer.

MATILDE.—¡Qué buena memoria! Aunque lejos, os tenía conmigo (*mostrando el libro*): os oía.

GRESSEY.—Me temo (*tomando el libro*) que gustéis más del poeta que del hombre.

MATILDE.—Os teméis á vos mismo entonces.

GRESSEY.—Nó: envidio cuando están cerca de vos hasta las letras que pueden causaros un momento de gusto ó de distracción, que difícilmente....

MATILDE.—Proporcionaría el autor (*sonriéndose*): ¿no es esta la idea que ibais á expresar?

GRESSEY.—La misma: y vertida por vos, no puede menos que ser fundada.

MATILDE.—Es mucha confianza en mis juicios: por esta vez no he hecho más que hurtar vuestras propias palabras, anticiparlas, adivinar lo que habías dicho á medias.

GRESSEY.—Hacedlo á menudo, y descubriréis el secreto

que aquí encierro (*poniéndose la mano sobre el corazón*): decid.... ¿lo adiviná is.

MATILDE.—¿Yo? nada sé: hablad vos mismo.

GRESSEY.—¡Es imposible!.... aguardaos (*hojea el libro*): leed aquí.

MATILDE.—(*Leyendo*). «Yo amo... y con delirio»...

GRESSEY.—¡Basta! *Yo amo*... dos palabras—una frase corta y que dice más que el tomo entero, que es un débil reflejo de sentimientos muertos ya, ó que cedieron el puesto á uno prepotente: *yo amo*: ¡qué sonido tan armonioso si un eco le responde! ¡qué sublime idea si es comprendido de otro corazón!.. dos palabras que pronuncian á la vez los labios, los ojos, los suspiros: palabras venidas del cielo, dadas por Dios á los hombres para transformar con su mágica virtud, la vida en un placer, la tierra en un Edén... pero, ¿calláis? Mi voz no halla el eco apetecido (*cambiando de tono*): otro más feliz y menos amoroso le oirá: acaso le aguardáis, y á él debo el veros hoy sola, de otra manera, hubierais huído como siempre de mí.

MATILDE.—¿Qué decis? ¡huir de vos! que extraña aprensión... yo os acuso de un delito semejante nombrándoos juez al mismo tiempo: mi venida á este pueblo os desagradó, no lo negué is; tanto os desagradó que hubisteis de partir sin verme, huyendo de mí: pero una indisposición os detuvo, y á ella, no á vos, agradezco el conoceros.

GRESSEY.—¡Caro me hacéis pagar una prevención involuntaria!

MATILDE.—Fáltame amor propio quizás, y por lo tanto dudo que el trato de pocos días haya desvanecido esta prevención antigua: ¡huír de mí como de un fantasma! (*sonriéndose*) ¿Me teméis aún?

GRESSEY.—Sois cruel: estuve al partir, es cierto: el nombre de Matilde de Monville despertó en mi alma un

recuerdo de dolor que dormitaba apenas... pero os vi... vos sabéis lo demás.

MATILDE.—Dejemos eso, y decidme ¿cómo? ¿qué recuerdo es ese que tanto pudo aflígiros?

GRESSEY.—¿Queréis saberlo?

MATILDE.—Lo exijo.

GRESSEY.—Sea pues. Tuve un amigo, crecimos juntos, y le amaba como ama este corazón. Eramos de una misma edad, unos mismos nuestros gustos, y había en común mil simpatías y una vida de recuerdos. Nos separamos: él permaneció en París, mientras yo recorría el Continente: por carta suya supe que amaba á una mujer joven, hermosa, fascinante y cortejada de muchos. Un largo silencio sucedió á esta noticia... le rompió una carta de su anciana madre. ¡El no existía ya... ¡su pasión fué causa de su muerte!...

MATILDE.—Su nombre! su nombre! (*agitada.*)

GRESSEY.—Julio de Vernack.

MATILDE.—¡Ay! (*llorando*).

GRESSEY.—Fué entonces cuando os oí nombrar por la primera vez, y á vuestra llegada quise huir de vos como de un recuerdo pesaroso que me ponía delante al amigo malogrado... vuestro admirador.

MATILDE.—(*Llorosa*). Aunque la causa inocente de tanto mal, mucho debisteis aborrecerme.

GRESSEY.—Nó: os lo juro: supe que habías hecho lo posible para impedir el duelo, y aunque os presentasteis en el sitio en que sucedió...

MATILDE.—(*Siempre llorosa*). Sí; pero no era tiempo ya!

GRESSEY.—Hasta la inconsolable madre en medio de su agonía fué justa con vos; acusaba la imprudencia de su hijo, su temeridad, que le indujo á presentar su pecho á la punta del coronel Fiercour: y yo cuántas veces le condené por haber sometido á los azares de un duelo, una vida de esperanzas, un por-

venir de gloria. Pero yo no amaba en ese entonces, ni sentía un infierno dentro de mí mismo: el infierno de los celos... ni bullía tampoco mi sangre hasta sofocarme; ni el pecho se me hinchaba de cólera y desesperación, viendo al lado del ser querido, otro ser cuya impasibilidad insulta, cuya voz se mezcla con la voz amada en ecos de amistad... tal vez de amor, y al mezclarse le emponzoña.

MATILDE.—¡Gressey!

GRESSEY.—Ya comprendo por qué mi malhadado amigo prefirió un fin cierto y trágico á tormentos tales: su elección fué acertada, que yo, hombre de reflexión, que jamás he tomado una espada, me abraso en sed de sangre... un reto de muerte se asoma á mis labios, y ansío por estar enfrente de mi adversario, arma en mano, para morir ó conquistar el derecho de amar yo solo.

MATILDE.—Calmaos, Gressey, ¿queréis que haya otra víctima? ¿qué pierda yo otro amigo, aún más querido?...

GRESSEY.—(*Con calma*). Decís bien, otro *amigo*: nada debéis temer... sé refrenar estos arranques... ¿ni qué títulos tengo?... ¿quién soy yo para provocar á un rival? ¿Soy amado por ventura? Aunque sabe Dios que bien poco arriesgaría en un duelo... existe uno de muerte largo y terrible entre este cuerpo extenuado y una enfermedad... su término no se me oculta.

MATILDE.—(*Afectuosamente*) ¿Qué tenéis? estáis pálido demudado..... sentaos (*se sientan*).

GRESSEY.—¿Y vos me lo preguntáis? (*tomándola una mano*) Os amo, ardo en amor; creí columbrar un destello de correspondencia, su reflejo instantáneo todo lo cambió, el cielo era azul, el aire más puro: deseé vivir y cobré vigor..... tornaron los felices ensueños de mis primeros años. Ah! la esperanza es el rocío sobre una alma agostada... mas no existía para mi...

soñaba.... y al despertar, sentí el hielo del mármol donde me figuré fuego vivo: una tibia amistad tenía asiento en un pecho que creí encendido cono el mío (*entra Fiercour y se mantiene en observacin*). Luché con mís sentidos.... un siglo de felicidad hubiera dado por una duda, por soñar de nuevo; pero un doloroso desengaño me tenía agitado y despierto.... no me amabais.

MATILDE.—¿Y quién os lo ha dicho?

ESCENA III

MATILDE, GRESSEY, FIERCOUR

FIERCOUR.—Yo.... siento interrumpiros.

MATILDE.—Vos señor de Fiercour ¿y por qué? (*turbada*).

FIERCOUR.—Estáis turbada.... indispuesta tal vez....

MATILDE.—Nó

GRESSEY.—El aire fresco del jardín os dará alivio. ¿Queréis que os acompañe?

MATILDE.—Agradezco; estoy bien aquí: ya nada siento.... mas no quisiera privaros de tan grato paseo.

GRESSEY.—Mis deseos son los vuestros, lo sabéis; las únicas horas que paso á gusto son las que se deslizan cerca de vos.

MATILDE.—(*Esforzándose*) Es fino el cumplimiento.

GRESSEY.—Soy sincero: cuanto profieren mis labios el corazón lo dicta: vuestra presencia obra en mi ser un cambio mágico: enfermo, fastidiado, una mirada vuestra es para mí lo que la mirada del sol, ardiente, regeneradora, sobre la planta helada que agoniza..... revivo, y mi existencia es un placer.... (*Matilde durante esta escena manifestará su inquietud*). Me disculparéis, señor coronel: confesiones como estas no se hacen ordinariamente en presencia de un tercero, aunque á veces hay un placer secreto en hacerlo.

FIERCOUR.—(*Con desprecio*). Feliz me creo con haberos inspirado tanta confianza.

GRESSEY.—(*Con ironía*). Encantado estoy de oíros.

FIERCOUR.—La elocuencia con que un poeta célebre expresa su pasión, me causa sumo placer.

GRESSEY.—*Cuidaré* de proporcionaros á menudo ratos igualmente agradables.

MATILDE.—Señores: he oído lo suficiente para clasificar á ambos de amables y galantes; pero señor Gressey, tengo una queja contra vos, os habéis olvidado de la obra de Víctor Hugo que me prometisteis «*Los rayos y las sombras*», y después de la relación interesante de su contenido, ansío por verla. En nosotras, las mujeres, la curiosidad es disculpable.

GRESSEY.—Hay también circunstancias en que la memoria flaquea, me perdonareis: vuelvo al instante (*Vase*).

ESCENA IV

FIERCOUR, MATILDE

FIERCOUR.—Tanto temeís por él que le despedís.

MATILDE.—Dejadme, dejadme en paz.

FIERCOUR.—Parece que no agradecéis mi sufrimiento: le permití hablar de su insolente pasión, soporté su necia ironía... todo por vos... ¿aún no es bastante?

MATILDE.—Es fuerza huir; permanecer más aquí, es renovar escenas de horror y de llanto. Vuelvo á París.

FIERCOUR.—Partiremos. Estoy pronto.

MATILDE.—Si huyo, es de vos; para renunciar á la Francia y á la vida, sepultándome en un convento.

FIERCOUR.—Tan joven, tan hermosa, y en una cárcel eterna! no puede ser.

MATILDE.—Lejos del mundo... en una celda viviré más libre, más feliz: no tendré á mi lado un fantasma que donde quiera me persigue,

FIERCOUR.—¿Qué os he hecho?

MATILDE.—¿Os atrevéis á preguntarlo? Como amigo de mi esposo entrastéis en mi casa, y luego que me ví sola, sin apoyo, os arrogáis sobre mí, á título de valiente, los derechos de un carcelero. Por más de un año soy esclava vuestra; procuro huir, y me seguís como el remordimiento al criminal. Veo á mi alrededor un círculo fatídico, trazado por vos, y que ninguno traspasa sin encontrar la muerte: ¿y preguntáis qué habéis hecho? Despierta, sufro los tormentos de la pesadilla más cruel: necesito amparo y desfallece mi voz al pedirlo, por que el hombre generoso que acudiera á socorrerme dejaría tal vez de existir. ¡Gran Dios! ¿qué delito cometí para tan horrible castigo? (*Llora*).

FIERCOUR.—Si existen estos males, vos mismas sois la causa: ¿por qué me habéis negado vuestro amor? él hubiera ablandado un corazón que el despecho ha convertido en piedra. Escuchadme: esa destreza en las armas que me echáis en cara, el mundo mismo me forzó á adquirirla... Destituído de atractivos, los hombres me tenían por un rival poco temible; me despreciaban; trabajé por aprender el arte de escarmentarlos...¡El desprecio, señora, nos hace fieras! os ví, miré lo pasado con sentimiento... mas ¿cómo deshacer lo hecho? las manchas de sangre humana no se borran jamás... pero os ví, y no tardé en conocer el desdén con que rechazabais mis pretensiones: la desesperación se apoderó del alma; y la dicha vedada para mí, juré vedarla á todos.

MATILDE.—¿Nací acaso esclava vuestra?

FIERCOUR.—Amo y esto me disculpa.

MATILDE.—¿Qué más pudiese sufrir si me odiaseis?

FIERCOUR.—Culpaos á vos misma: una palabra basta á cambiar mi existencia, ¿lo sabéis y calláis?

MATILDE.—¿Amaros? ¡nunca! el amor brota y florece es-

pontáneamente; no es sangre el riego que ha menester.

FIERCOUR.—Sea en hora buena; pero en vano recordáis pretendidos delitos para desviar mi determinación; ahora mismo me gozo en ellos; habéis de ser mía. Sí, Matilde, esta lucha ha de tener fin: no resistireis á mis súplicas eternamente... ¡os amo tanto!... ningún hombre ama como yo. Mi lengua es torpe; pero si pudiera desgarrar el pecho, mostraros cuánta pasión encierra, fuerais mía.

MATILDE.—Nunca, señor, nunca; os he dicho que jamás será: antes el convento.

FIERCOUR.—Os arrancaré de él: ¿qué son murallas y altares para quien ha visto tantos cadáveres á sus piés? Aquellas se escalan, estos se profanan por un capricho, por una venganza: ¿los respetará el amor?

MATILDE.—La tumba será entonces mi morada; es fría; pero quieta y segura. (*Fiercour echa una mirada al rededor y se acerca á Matilde*).

FIERCOUR.—¡La tumba antes de ser mía! Una sospecha terrible, una llamarada del infierno me alumbra, y leo á su favor los secretos que vanamente encubrís; he podido soportar la indiferencia y hasta el odio, pero no la felicidad ajena. ¡Eso nó!... ¿amáis á otro? ¡temblad!...

MATILDE.—¡Perverso! ¿pretendéis amedrentarme, azorar mi corazón para que ame? cuán poco me conocéis: las palpitaciones que causa el miedo, y las que nacen del amor, nunca las inspiró un hombre solo, escuchadme: os diré lo que jamás he dicho: amo á otro; (*avanzando hácia él*) sí, le idolatro (*Fiercour se cubre los oìdos con las manos y se aleja, Matilde le sigue*), oidlo le amo, le amo.

FIERCOUR.—¡Basta! ¡basta! ¿le amáis?.... Las lisonjas doradas de un poeta, sus palabras de miel, se deslizan con suavidad, hallan grata acogida, al paso que el

lenguaje sencillo de quien expresa mal lo que como nadie siente, encuentran oídos sordos y frío desdén. *Le amáis*, pero sabed que el labio que da tan vivo colorido á un amor que quizás no existe, calla si se le amenaza ó responde balbuciente; que la mano avezada á trazar versos, tiembla más que otra alguna si tiene un enemigo al frente.... ¿me comprendéis?

MATILDE.—¿Que decís?

FIERCOUR.—*Le amáis*.... y no obstante os horrorizará dentro de poco: ¡*le amáis*!.... una mujer puede derramar lágrimas sobre el cadáver de su amante.... lavar sus heridas con el llanto; pero no hay amor que resista á la fetidez, á la corrupción.... la vista del gusano hace apartar los ojos más llorosos.... un cadáver causa náuseas.

MATILDE.—¡Dios mío, qué horror! Ser inhumano, venido de un mundo más perverso y maldito que el que habitan los hombres.... Si tenéis sed de sangre, bebed la mía; pero no acortéis los días de un inocente... ¡por piedad!....

FIERCOUR.—Mucho le amáis según se vé; mas el fallo de vuestra boca misma salió.... *¡le amáis!*

MATILDE.—¡Por piedad!.... aún está fresca la sangre de otra víctima.... si tenèis conciencia, si el remordimiento halla cabida en ese pecho.... Hacedlo por vos mismo, ya que por él, por mí, por piedad, por justicia, no lo hacéis; sí: hacedlo por vos mismo, que hay un Dios justiciero, y el que mata á otro hombre, ofende á ese Dios.... le envía un alma que no llamó, un alma que al pedir su propio perdón, ¡señala la tierra manchada de sangre!.... Sí, por vos mismo la vida, el cielo nos la concede (*señalando al cielo*) ¿con que derecho le arrancáis? Por piedad.... (*se sienta llorosa y desfallecida*),

FIERCOUR.—(*con calma y acercándose*). Sois aún más hermosa en medio del dolor: ¿y yo hago verter esas lágri-

mas, y yo puedo enjugarlas? Todavía tengo poderío en vuestro corazón. Poco hace me despreciabais: ahora echáis mano del ruego, de la súplica (*intenta tomarle una mano, Matilde se recobra y se pone de pié*).

MATILDE.—¿Que hacéis?

FIERCOUR.—Oídme: ¿quereis que viva mi rival? ¿aquel que tanto amáis? Vivirá.

MATILDE.—(*llorosa*). Lo agradezco.

FIERCOUR.—Pero no os figuréis ilusa, que, escudado de mi promesa, insolente, en la seguridad, le permita suspirar á vuestro lado.... Vivirá para el mundo, muere para vos: estas son mis condiciones, las aceptais?

MATILDE.—Las acepto, señor.

FIERCOUR.—(*paseándose*). Necesito una carta vuestra en que se haga saber al Señor de Gressey, que debe omitir en adelante sus visitas: aquí tenéis recado de escribir (*señalando á la mesa: acércase Matilde á la mesa, se sienta y toma la pluma pensativa*).

MATILDE.—¡Qué diré! ¡Dios mío!

FIERCOUR.—No os agitéis: dictaré yo (*dicta y se pasea, Matilde escribe*). Señor: circunstancias que no es del caso exponer.... me hacen solicitar de vos pongais término á visitas.... que tienen por objeto despertar simpatías.... que jamás encontraréis en el corazón....

MATILDE.—¡Ay!

FIERCOUR.—De Matilde de Monville.

MATILDE.—(*Cierra la carta, se pone de pié y le pasa á Fiercour*). Ahí la tenéis, dejadme en paz, (*se sienta llorosa*).

FIERCOUR.—Yo mismo me encargo de dirigirla. (*Vase*).

MATILDE.—¡Y este es el fin de tantas y tan apacibles ilusiones!..... yo le salvo la vida, sacrifico por él mi bienestar; y no obstante me tachará de ingrata y de inconstante! (*llora*):

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

El reto

Habitación de Dormand

ESCENA I

DORMAND Y GRESSEY

DORMAND.—Por la relación que acabas de hacerme..... Matilde te ama..... te ama con todo el fuego de su corazón.

GRESSEY.—¿Lo crees?

DORMAND.—Ni un átomo de duda me resta; pero siento ignorar los pormenores de lo ocurrido entre ella y Fiercour; debió convertirse en una furia el tal coronel, mas hablaba en su contra un corazón herido de amor; y la elocuencia de Mirabeau en boca de un Lovelace nada puede sobre un alma prevenida.... Muy poco versado es Fiercour en los diálogos de la ternura; ya se ve, el vivac y el Bosque de Bolonia, no son la mejor escuela para esos pensamientos, finos amorosos, irresistibles que sin sentir se deslizan hasta el corazón. Supiera al menos esgrimir el arma todo poderosa de la lisonja; pero nada sabe.... Mas ¿qué tienes? ¿se han desvanecido tus amorosas aprehensiones? ahí te estás sin desplegar los labios.

GRESSEY.—Asombrado con oir el acierto con que discurres.

DORMAND.—Efectivamente, en punto de amor tengo mi tal cual erudición; alguna experiencia, fruto de una lid de quince años: mi palenque, los estrados de París; mis adversarios, las coquetas más afamadas, y esas

corinas sentimentales, siempre llorosas, y que se deshacen en suspiros.... He estudiado á la mujer como antes se estudió la alquimia.... la astrología, de día y de noche; y en resumen, he aprendido que son mujeres....(*Entra un criado*). Esta carta, señor (*dirigiéndose á Cressey: la entrega y vase*).

GRESSEY.—(*Lee con agitación y en seguida la pasa á Dormand*). Lee y asómbrate.

DORMAND.—(*leyendo*). «Señor, circunstancias que no es del casa exponer. (*Continúa leyendo para sí y con interés*),

GRESSEY.—Bien ¿qué dices?

DORMAND.—Que esto es inexplicable, incomprensible; pero ¿qué quereis? no te acabo de decir mis ideas en esta materia? Colocado yo en tu lugar daría un millón de gracias al destino que tan propicio se muestra.... líbertándote, á tu pesar, del yugo matrimonial..... la lección es elocuente; más tú ¿qué juzgas?

GRESSEY.—(*Tomando la carta*).—Veo aquí la obra de Fiercour, y juro deshacerla (*rompe la carta con ira*) Hay un hombre en el mundo, uno siquiera que osa propalar su amor, y morir por él.

DORMAND.—Te olvidas de que tienes poca costumbre de manejar las armas; que luchar con Fiercour es luchar con la muerte misma: su destreza es sin igual, sus golpes tan certeros como los del destino.

GRESSEY.—Todo lo sé, pero amo.

DORMAND.—Este amor te ciega, te pierde, provocar á Fiercour es suicidarse.

GRESSEY.—Ningun otro partido me resta..... si doy publicidad al hecho y denuncio al mundo al infame opresor de una mujer, recibo por contestacion un cartel de desafío y.....

DORMAND.—Y morirás..... Debes huir y aguardar del tiempo tu remedio.

GRESSEY.—¡Del tiempo! tú no amas, Dormand... si este

corazón deja de latir, dejará también de padecer.... pero ¿dónde estamos? ¿Vivimos acaso en la ilustrada Francía, en una época de decantados progresos? nó: que veo á los hombres ciegos todavía..... ¡Honor! El honor para el espadachín es un puñal con que asesina impunemente, y la misma sociedad de donde escoge sus víctimas una á una.... aguza este puñal y y lo pone en su avezada mano.

DORMAND.—¡Calma, Gressey.... Calma, amigo mío!

GRESSEY.—¡Calma y amor! ¿Colocó la naturaleza juntos fuego y agua? tú no amas, no sabes lo que es amor, ni has sentido desgarrado el pecho por los celos con sus uñas de tigre, su diente roedor... No hay otro partido que abrazar... Escúchame, necesito ver á Fiercour, búscale al punto, haz que venga contigo y sin tardanza, aquí en tu habitación le aguardaré.

DORMAND.—Pero amigo mío, da oído á la razón.

GRESSEY.—Haz lo que como último favor te suplico, y déjame. (*Vase Dormand*).

ESCENA II

GRESSEY.—(*Solo*). La muerte por una parte, por otra una vida sin honor, la alternativa es cruel; mas es infamia vacilar... Hoy pienso, siento; mañana seré un cadáver quizá, sin vida, sin amor; pero la muerte no es más que un sueño profundo... nunca perturbado por la fantasía inquieta y verdadera, ¿por qué, pues, nos hace estremecer?... ¿Por qué es triste abandonar el mundo cuando nos corteja todavía, antes que nos abandone, sin conocer toda su falsedad y egoísmo?... abandonarle, matando mil deseos no satisfechos, y mil ideas, mil sentimientos nunca expresados... pero yo amo, idolatro, y si muero, muero mártir del amor, y Matilde regará mi memoria con su llanto... A la tumba se encaminan todos; el anciano con paso in-

cierto por la senda del desengaño; el joven con planta firme por un camino que cree suave y florido... todo muere, la flor, el árbol, el hombre... ¿Y qué es la vida? Una ola del Océano que forma el viento y que al punto desaparece... una centella, un lampo, que rasga con su luz la obscura eternidad; que separa por un instante la noche eterna que *fué*, de la noche eterna que *será*... *Yo amo*, si aliento es por mi amor: bien, mi resolución está tomada, unas pocas horas más y seré feliz, ó no seré (*se oyen pasos*)... y se acercan (*se pone en una mesa como á escribir*).

ESCENA III

DORMAND, FIERCOUR (*entra del brazo*, DORMAND *echa una mirada al rededor en busca de* GERSSEY *que sigue escribiendo*).

FIERCOUR.—Esta desgraciada campaña hizo que el Emperador engrosase las ralas filas de sus veteranos con dos conscripciones; pasó el Rhin toda la juventud de la Francia y yo con ella. Era niño todavía, cuando oí tronar el cañón en Leipzig, y por primer ensayo ví morir á millares de mis compañeros; mi serenidad en esta primera función de armas y un acaso feliz, me merecieron una charretera.

DORMAND.—¿Cuál fué éste?

FIERCOUR.—Doce escuadrones de la Joven Guardia cargaron á un cuadro de austriacos: una descarga mortífera y un bosque de bayonetas nos recibieron, vacilamos: algunos daban ya las espaldas al peligro, cuando resonaron estas palabras: «Soldados de la Joven Guardia; el Emperador os mira», y espada en mano se arroja un valiente sobre el muro de hierro, le seguimos, ábrese un claro y huye el enemigo; pero en este instante la bayoneta de un granadero (*se pone Gressey de pié pero se mantiene sin avanzar, escuchando*)

hiere al que nos dió la victoria, va á segundar el golpe, mas expiró antes de realizar su amago. Una lanza le traspasa. Así salvé la vida del general Ritoche (*avanza Gressey*).

GRESSEY.—(*Saluda con frialdad*).

DORMAND.—Hablábamos de las últimas campañas de Napoleón tan desgraciadas como gloriosas: á ellas concurrió el coronel.

GRESSEY.—Ya presumía que en boca de un militar deberían hallarse la palabras humo, gloria, muerte. Los hechos de Napoleón Bonaparte brindan con la oportunidad de recordar las propias hazañas, oportunidad que rara vez se desperdicia, porque, como sabrás, la modestia no es la virtud que más á menudo cobija la casaca.

FIERCOUR.—Extraño este lenguaje, señor de Gressey.

GRESSEY.—En verdad que no tenéis motivo para ello: mi opinión es esta, soy franco.

DORMAND.—¿Qué haces?

GRESSEY.—Digo y sostengo que nada hay que admirar en las últimas campañas de Bonaparte. Soldado de la República, lidiando por la libertad cuando segaba laureles para orlar la sien de la Patria, no su propia frente, fué grande, fué el hijo más claro de la Francia. Primer Cónsul es ya un ambicioso; Emperador un déspota—el azote de la humanidad. A cada paso suyo caen los hombres como hojas agostadas al soplar del norte; deja por huellas charcos de sangre, viudas y huérfanos llorosos... el humo del cañón los oculta como los pliegues de la niebla... sus sollozos son ahogados en la grita de los vencedores; mueren los padres y gimen los hijos abandonados... Mas (*con ironía*) todo esto es gloria, y no debemos ser desagradecidos con quien dejó en cambio de tantas vidas preciosas, las palabras Jena y Austerlitz. Pero la fortuna al fin se cansa de seguirle... jadea, acorta el paso... se detiene

y el Gran Ejército, que un mundo no venciera, yace sepultado entre Moscow y el Beresina; su mortaja son las nieves de la Rusia... su necrología, un boletin firmado *Napoleón*. Y la España, la heroica España, que adormida maniataron, despierta y con los bríos de la desesperación forceja; tiemblan sus carceleros, y los últimos truenos del cañón de Vitoria dicen al mundo que ha roto sus cadenas.

FIERCOUR.—¡Que ideas, qué extravagancia!

GRESSEY.—Sí: yo soy un necio, un loco... quisiera que los hombres viviesen en paz como hermanos... que no hubiera más ejército que los pueblos, ni otra lucha que la lucha de la libertad. Aunque lejano, rayará el día feliz en que esto sea, y los padres dirán entonces á sus hijos: nuestros padres se mataban por palabras huecas y sin sentido, presentarán á sus ojos asombrados una casaca como una curiosidad y repetirán: vestían este ropaje para matarse.

FIERCOUR.—Esto es insultar... y vive Dios... (*aparte*) ¡maldita promesa!.. ¿Recordáis, Dormand, el ejercicio de ahora un rato?

DORMAND.—Sin duda: y que á cincuenta pasos hicisteis saltar el botón de una rosa; y á fe mía que las pistolas no eran de las mejores.

GRESSEY.—Señor coronel, ¿que quereis dar entender con manifestaciones tan gratuitas de destreza?.... Sabemos todos que existen en el mundo hombres tiznados con el apodo de espadachines ó asesinos que tanto vale.

DORMAND.—Gressey te pierdes.

GRESSEY.—Pero conozco alguno que brinda con pruebas de su maestría infame y que huye de dar una sola de su valor; y que empujado á hacerlo, tiembla al mirar á un hombre de bien.

FIERCOUR.—Esto no se puede soportar.... y yo, señor de Gressey, conozco á un hombre tan insolente

como cobarde, que provoca á la sombra de alguna figura retórica, y cuando nos cansamos de sufrir su solapado atrevimiento acude á la mentira para salvar su vida, ó se dice demasiado religioso para luchar en duelo, ó que se siente sobrado enfermo para tener honor.

GRESSEY.—¿Os dirigís á mí, señor Fiercour?

FIERCOUR.—¿Y por qué preguntarlo?

GRESSEY.—Para exigir una satisfacción por el insulto.

FIERCOUR.—Haced lo que queráis.

GRESSEY.—Bien; en nombre de ese mismo honor que tantas veces habéis invocado, yo os reto á mi vez.

FIERCOUR.—Estoy pronto (*tomando el sombrero*).

GRESSEY.—Sea enhorabuena; mas no penséis que este es un duelo como los de costumbre: no os engañéis; que enemigos como nosotros cuando se encuentran armas en mano, sólo la muerte puede separarlos, y para que sea infalible, yo usando del derecho que confiere ese mismo honor, cuyas leyes conocéis también, elijo por arma la pistola, por distancia dos pasos, y una sola bala, con ella hay lo preciso para que vos ó yo dejemos este mundo por la eternidad ó la nada.

FIERCOUR.—No puede ser.

GRESSEY.—¿Cómo no? ¿olvidáis señor, que he sido insultado, que si rehusáis, os tacharé de vil y de cobarde?... Julio de Vernac fué amigo mío, le matasteis... tengo que vengarle, y sobre todo, amo á Matilde, pienso arrancarla de vuestro poder, darle por asilo mis brazos, pagar sus cariños con mi cariño, colmarla de amor.

FIERCOUR.—Basta, basta, decís bien: uno de los dos debe morir, seguidme al punto.

DORMAND.—Señores, un momento, no podéis reñir sin padrinos, y más en un duelo á muerte.

GRESSEY.— Tú serás el mío.

FIERCOUR.—Dentro de media hora os aguardo en el jardín (*mira el reloj*) á las seis (*vase*).

GRESSEY.—¡Dios proteja la justa causa!.... (*vase con Dormand*).

ACTO II

CUADRO TERCERO

La muerte

Salón de la casa de Matilde

ESCENA PRIMERA

MATILDE.—(*Pensativa*). Perseguida, sola en el mundo, separada de quien amo y maldecida por él quizás.... ¡Ah! ¡cuán presto se desvanecen los ensueños del corazón y nos queda la memoria viva, cruel, para recordarlas sollozando! ¿Por qué le ví? ¿por qué le amo? él unirá el recuerdo de Matilde con la ingratitud, la nombrará con maldiciones, que pesarán sobre una mujer inocente y desventurada.... ¡Dios mío! ¿por qué nace y arde esta llama si ha de huir quien solo la mitiga? ¿Por qué cabe tanto y tan amargo dolor á una mujer infeliz y desvalida? Si es delito amar, te ofendí, Dios mío, mucho te ofendí, pues mucho amo; mas, ¿puede ser criminal el sentimiento, que brota, crece y se arraiga en el corazón, como la hierba en la pradera?.... ¡Ah! en el triste naufragio de mis esperanzas, me asiste un consuelo único, le salvé.... á precio de mi bienestar compré su vida.... él lo ignora....me olvidará por fin, y yo.... moriré. (*se sienta llorosa, entra Gressey sin ser visto y se pone delante de Matilde*).

ESCENA II

GRESSEY, MATILDE

GRESSEY.—(*después de contemplarla un rato*). ¡Señora!

MATILDE.—(*poniéndose de pié agitada*). ¡Vos aquí!

GRESSEY.—Y después de leer vuestra carta, parto al instante.

MATILDE.—Si, al punto.

GRESSEY.—Mas antes de daros el postrer adiós, un adiós tal vez eterno, quiero veros, hablar con vos, grabar en el dolorido pecho con la última mirada, la imagen de una mujer bella cual pocas, cual ninguna amada; pero imagen de mujer, no de ángel cual creí.

MATILDE.—¡Gressey!

GRESSEY.—Quiero oír el eco de su vos tan dulce y apacible, voz de sirena para mi felicidad, quiero soñar un instante, como alguna vez soñé: después partir, partir para siempre. ¿Vertéis una lágrima por el amigo? ¡Ah! Quien deja su amor, su todo, quien ve su provenir marchito, yerto en flor, quien cae despeñado, cual Lucifer, del cielo de una esperanza á la honda y tenebrosa sima del desengaño, y sin otra culpa que su desventura: ese no llora, no, que desespera: el dolor se anuda en su pecho, como ensortijada sierpe; sus ojos centellan; su aliento abraza y las palabras que asoman á sus labios secos, son maldiciones, son blasfemias.

MATILDE.—¡Gressey! calmaos—Yo os lo pido, yo.

GRESSEY.—Vos, Matilde, tenéis razón, debo separarme sereno, tranquilo, cual me veis ahora: perdonadme—el desdichado suele ser importuno; mas su desdicha es su disculpa, Matilde, (*tendiéndole una mano que ella toma*) no creí partir con llanto en los ojos; pero os amo, me alejo de vos, y tengo delante la más negra pers-

pectiva, días sin aurora ni luz; noches sin sueño, tormentos sin tregua..... una existencia toda sin amor. Vagaba por el mundo con paso incierto, cuando os columbró mi vista ansiosa: por un momento os creí mía, pensé estrecharos en mis brazos, y fuisteis una sombra, el miraje del desierto para una alma descaminada, anhelante y sedienta de amor. ¡Ah! es fuerza partir, mis tormentos son indecibles, son la memoría del cielo perdido para los que gimen en eterna noche; como ellos veo muerta mi esperanza, y siento mis deseos cada vez más vivos y ardorosos. Matilde..... recibid el adiós de un moribundo (*intenta irse*).

MATILDE.—¿Qué decís?..... morir? nó, Gressey, deteneos (*le toma una mano*) una sospecha horrible me asalta; oidla. Fiercour me arrancó esa carta á condición de perdonaros la vida y.....

GRESSEY.—¡De perdonar! perdona el ofendido, Dios perdona al pecador; pero el coronel Fiercour mal puede perdonar á Eugenio de Gressey..... su perdón fuera un veneno, una bofetada.

MATILDE.—Bien! bien lo sé: mas decidme, ¿pensáis provocarle?

GRESSEY.—Ya no.

MATILDE.—Entonces vuestra propia mano va á ser el asesino. Jurad que no, os lo suplico: esa vida que intentáis destruir es mía, yo la compré á precio de mi bienestar; y queréis, cruel, que un sacrificio tal ¿sea estéril sin fruto ni recompensa?

GRESSEY.—¡Matilde!

MATILDE.—¿Queréis que de día y de noche, en las desnudas murallas de la celda que ha de ser mi asilo; en el mismo altar y al lado del Redentor vea una sombra sangrienta y nada más que esta sombra? queréis privarme del triste consuelo de rogar á Dios por vuestra dicha? ¡ah! y que al sentir la fría mano de la

muerte, ¿queréis que la duda de hallaros en otro mundo más feliz, donde todo es amor; que esta duda atroz acibare momentos que sin ella fueran de placer?

GRESSEY.—Matilde, escuchadme: os lo juro, la vida es un peso que me oprime; pero la soportaré..... mas me amais, ¿por qué encubrís vuestro amor?

MATILDE.—¿Y pudiste dudarlo alguna vez? ¡imposible! la pasión hace que los ojos hablen; que la voz del suspiro publique el secreto que en vano callan nuestros labios... amo, sí: os amo con todo el fuego de un primer amor, con toda la ternura de una mujer... el mundo entero para mí sois vos... Sois mi aliento, mi vida misma... sin vos el universo es un desierto, á vuestro lado una cárcel fuera un paraíso.

GRESSEY.—(*Abrazándola*). Angel de luz, consuelo de mi pena... tus palabras esmaltan de nuevo mi odiada existencia... revivo... respiro otra vez y con placer.

MATILDE.—Sí: aún podemos ser felices... huyamos de este hombre cruel, como del genio del mal... en un país lejano, desconocidos, sin brillo ni riqueza; pero unidos; ¿qué faltará á nuestra felicidad?... huyamos.

GRESSEY.—Huir, nó: me proponéis la infamia, ¡horrible idea! no puede ser... (*dan las seis*). Ah!... Matilde ¿me amas?... adiós (*vase con precipitación*).

ESCENA III

MATILDE.—Gressey! Gressey! ¿por qué tan presto? Ah! se aleja, le pierdo tal vez para siempre. !Dios mío! cuanto le amo. ¿Mas no expongo con tan sólo verle una existencia que es el alma de la mía?... Imprudente fuí en revelarle mi pasión ciega y ardiente; pero ¿cómo callar, cuando el callar me ahogaba? ¿Cómo oir los acentos del dolor y del despecho y no pronunciar un eco de consuelo, ni descubrir mi padecer roedor, intenso cual el suyo, y reprimido sin más

desahogo que mi llanto? (*entra un criado por la puerta del jardín precipitadamente*).

CRIADO.—¡Señora! el coronel Fiercour y el señor de Gressey se hallan en el jardín prontos para batirse en duelo.

MATILDE.—¡Gran Dios! ¡socorro! ¡socorro! (*se dirige hacía la puerta del jardín, el criado sale, se oye un tiro, y Matilde retrocede espantada*). Ah! no existe ya (*arrodillándose*). Perdonadle, Señor, yo soy la causa de su muerte, yo el asesino, yo le amé, y le descubrí mi amor. (*Pasos y la voz de Dormand fuera de la escena*): ¡Un médico! ¡un médico! ¡qué muere un hombre! (*Entran por la puerta del jardín Dormand y en seguida Gressey sin sombrero y agitado, trae una pistola que arroja luego*).

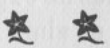
ESCENA IV

MATILDE, DORMAND Y GRESSEY

MATILDE.—¡Gran Dios! ¿qué veo? (*poniéndose de pie y avanzando hacia Gressey*).

GRESSEY.—¡Matilde! sois libre.

MATILDE.—Nó: soy vuestra (*cae en brazos de Gressey*).



ERNESTO

POR

D. RAFAEL MINVIELLE

1800—1887

Drama en 3 actos, el 1.º dividido en 2 cuadros, estrenado en el Teatro Santiago, el 9 de octubre de 1842

PERSONAJES	ACTORES
Pedro de Guzmán.....	Carlos Fedriani
Julio.. } sus hijos.....	Juan Velasco
Camila. }	Toribia Miranda
Ernesto de Guzmán.....	Máximo Jiménez
Eduardo Vergara.....	José Alonso
Deogracias Ezpeleta.....	Victoriano Rendón
Diego, criado de D. Pedro, soldado inválido.....	Anselmo Silva
Antonio, criado de D. Eduardo	José Allende
Calesero.....	A. Federico Millán

La escena es en Valencia, á mediados del año de 1833.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una de las puertas de Valencia que da entrada por el camino del Grao. Se pasa para entrar en la ciudad un puente, por debajo del cual corre el Turia, río de muy poca consideración. Habrá en la parte exterior del proscenio dos bancos, uno de cada lado como los hay en los paseos ó alamedas. Al descorrer el telón se oirá el ruido de un carruaje que para; salen á la escena los tres.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO, EDUARDO, EL CALESERO

CALESERO.—Ya están ustedes en la puerta del mar de Valensia del Sit, la siudat más hermosa de España. Como su sielo, son las hembras de esta bendita tierra. No sé que ha sido esta ocurrencia de no querer llegar montados en la calesa hasta su casa... en fin cada uno sabe su cuento... (*al darle Ernesto un duro*). Gracias, señorito, La Virgen de los Desamparados y San Visente les dé buena fortuna. Mi calesa y mi alasán están á su disposición. (*Vase*).

ESCENA II

ERNESTO, EDUARDO

EDUARDO.—Gracias buen hombre... Ernesto, ¿diste al carretero las señas de la casa de tu tío?

ERNESTO.—Lo olvidé... ¡Y qué extraño cuando todo lo he olvidado!... Cuando el corazón quiere salirse del pecho!

EDUARDO.—No importa, le aguardaremos aquí sentados, no puede tardar mucho.

ERNESTO.—Sí, Eduardo, sentémonos un instante á fin de calmar un tanto la conmoción que siento... ¡Cómo palpita el pobre corazón mío! tan inundado está de un deleite inefable que yo siento y no puedo explicar. ¡Volver á la patria querida! volver á los brazos del amante, después de tantos años de ausencia, respirar el aire nativo, ver realizados los ensueños que tantas veces halagaron mi fantasía!... los únicos goces en una vida sembrada de peligros y contrariedades, volver á ver el teatro de mis infantiles juegos... dormir bajo el techo que cobijó los primeros días de una existencia después tan azarosa... Eduardo, tú no puedes juzgar cumplidamente lo que pasa en el interior de mi alma!... Cuando, después de permanecer algunos años en Europa, vuelvas á Chile... cuando de lejos, en el centro del mar veas sobre las nubes las nevadas cúspides de los Andes, las fértiles sierras de Arauco... cuando en obscura noche divises el faro amigo de Valparaíso, cuando pises el vacilante muelle de su puerto, entonces podrás saber lo que es este placer supremo...

EDUARDO.—Lo concibo, Ernesto... Porque apenas separado del hogar patrio... ahora que esta idea atormentadora está en todo su vigor, ya siento un mágico y delicioso júbilo al pensar en mi vuelta á Chile.

ERNESTO.—Pero no creas que este placer que yo siento sea puro, nó; está acompañado de un secreto dolor, de un presentimiento vago y siniestro que el cielo permita que se disipe.

EDUARDO.—No te comprendo... pero tengo por locura dar cabida á desvaríos cuando la realidad es tan

halagüeña... ¿No estás en Valencia? ¿No te esperan dentro de sus muros mil brazos queridos para estrecharte en ellos?... los brazos de tu prima y amante que va á ser tu esposa?... Así se hace el hombre feliz por su culpa. Cuando no sufre males, los sueña y los aguarda... ¿pero qué miro? ¿tú lloras?... ¿qué causa produce tu llanto?

ERNESTO.—Lloro, y no sin razón... Voy á revelarte un secreto... voy á hacerte partícipe de la causa de este hondo dolor que ha acibarado siempre mis pasajeras dichas... Tú sabes que fuí á Colombia á principios del año 20 de capitan en uno de los cuerpos realistas que el Gobierno mandaba á contener la insurrección de las colonias. Que muy poco tiempo después de haber servido en las filas españolas... las abandoné... me embarqué disfrazado en un buque mercante que iba á Valparaíso. Llegado á Chile ofrecí mis servicios al Gobierno de aquella República... Los aceptó; combatí en favor de la independencia americana porque mi conciencia se oponía á que esgrimiese el acero contra los que peleaban por su emancipación... Sobre todo, servir al déspota Fernando, era cooperar á la ruina de la libertad; é idólatra de esta diosa benéfica, no podía menos de defenderla. Sí; un deber de conciencia que nunca he podido desconocer me impelió á ponerme de parte de los que la defendían contra la opresión. Al partir de España dejé vivos á mis padres, que después han fallecido... me queda un tío, un primo y una prima de quien te he hablado: Camila, la que fué mi prometida por esposa desde nuestra tierna edad, porque el amor nació en nuestro pecho muy jóvenes todavía... Cuando me arranqué de sus brazos, la dejé anegada en acerbo llanto... nos juramos fidelidad eterna. Yo cumplí el juramento... ella también hasta el año 30 que dejó de escribirme... desde entonces no he recibido sino

una sola carta, bien fría, de mí primo, noticiándome la muerte de mi padre acaecida á fines del 31. En ella me pedía á nombre de mi tío poderes para cobrar y enajenar mi herencia, cuyo producto me mandaría á Chile, á tu patria querida decía... Las palabras de *patria querida* tarjadas, eran un sarcasmo lleno de hiel que ha amargado mi existencia, eran un reproche frío y cruel á mi conducta militar...; desde aquel momento desapareció de mi carazón la calma, y de mi rostro la alegría, porque vi perdida la esperanza de unirme á Camila. He devorado en silencio la causa de mis penas, que por algunos intervalos han atenuado su intensidad...; pero á la vista de Valencia, al acercarme á mi tío y á mi prima, renace mi tormento, aumentado por la duda de cuáles sean ahora los sentimientos que con respecto á mí profesará mi familia... Sobre todo, Camila... ¡Si me habrá olvidado!... ¡si me aborrecerá! si gozará en brazos de otro la dicha que me fué prometida!

EDUARDO.—¿Qué motivo hay para alarmarte?... para creer que ella te aborrezca, ni aún para que te haya olvidado?

ERNESTO.—Camila es mujer, y por lo mismo débil.., su silencio le atribuyo á un mandato paternal, y éste, á las pérfidas sugestiones de un oficial español que creía mi amigo: uno de los prisioneros en la batalla de Ayacucho, á quien traté como hermano, en quien puse una entera y cordial confianza, entregándole cuando partió para España una carta para mi tío, y otra con mi retrato, para Camila. En la carta le renovaba mi juramento de ser suyo, y de volver á España en cuanto se rompiese la cadena de servidumbre que entonces arrastraba aún; promesa que me apresuré á cumplir luego que supe que Fernando, á las puertas del sepulcro, encargaba á su esposa los destinos del pueblo español. Ahora, me dije á mí mismo, la opi-

nión va á regenerarse, á perder todas sus desmedidas y crueles exigencias... Todos seremos hermanos, ahora se me juzgará como yo me juzgué á mí mismo, y se comprenderá fácilmente que yo no peleé contra la España, sino contra los satélites del despotismo que la agoviaban; consiguiente á esta creencia dispuse aceleradamente mi viaje.. Te invité á que me acompañaras; pero ya oíste lo que se nos acaba de decir, Fernando vive; y entre sus variados caprichos, jamás ha tenido el de hacer la felicidad del pueblo que se ha sacrificado por él.

EDUARDO.—Tus razones no me convencen... á tan larga distancia, las cartas se extravían ó se pierden. Por lo demás, tú eres extranjero á los partidos en que la España está dividida... tú serás querido de todos, al menos de los amigos de la libertad.

ERNESTO.—¡Ojalá!; pero aquel oficial habrá pintado con cargados colores lo que él llamará mi defección, si no le da otro nombre más odioso; y mi familia también, y Camila se habrá creído libre del juramento tantas veces repetido, confirmado en todas sus cartas, y me arrojará de sí. Ya lo ves, voy á ser un paria en el seno de mi familia.

EDUARDO.—¿Para qué dar cabida á temores que te sugiere una imaginación acalorada?... Ven, vamos al puente á respirar más de lleno este aire embalsamado, a saciar la vista en el aspecto risueño y encantador que ofrece la capital del Reino.

ERNESTO.—Nó, Eduardo: todos estos objetos de novedad para ti, son otros tantos tormentos para mí. Conozco á los españoles; en las elevadas torres de los templos de Valencia veo un remedo de la indomable altivez española, del arrogante desdén con que las masas miran todo lo que no es propio y nacional. En las aguas del manso Turia veré reflejada la tristeza que me consume; por doquiera se presenta á mis ojos

como un espejo, imagen de la verdad, mi fatal porvenir.

EDUARDO.—Por la amistad que te profeso, por los recuerdos de Chile, desecha tan tristes pensamientos. ¿Son estos los placeres con que me brindabas? ¿Estas son las gratas ilusiones en que te mecías, y que endulzaron la separación de aquel país que te dió tan afable acogida?... Da treguas á tu dolor... entrégate á la halagüeña idea de que vas á abrazar á tus deudos y á tu Camila.

ERNESTO.—El cielo más puro se cubre de negras y densas nubes; y donde lucía un sol vivificante y animador, se forman de improviso horribles tempestades que despiden el rayo, y con él la muerte. Yo que no ha mucho me gozaba y sólo veía reir en torno plácidas imágenes, preveo ahora males sin fin.

ESCENA III

ERNESTO, EDUARDO *y don* DEOGRACIAS *que sale por la puerta de la ciudad*

DEOGRACIAS.—(*Aparte*). Estos parecen extranjeros... La facha... el modo de mirar, un no sé qué de indefinible; esta es gente extraña; no me quedaré con la curiosidad en el cuerpo.

EDUARDO.—¿Por qué nos fija tanto la vista este figurón y se acerca á nosotros?

DEOGRACIAS.—(*Aparte*). Pues allá voy ¿qué cuesta el informarse? (*alto*). Caballeros, si he de juzgar por su traza, es decir por su talante, ustedes... son extranjeros... ó forasteros cuando menos. De Valencia no son ustedes... A la legua se conoce... y ¡yo que soy un lince!...

EDUARDO.—Tiene V. razón, acabamos de llegar de...

DEOGRACIAS.—No hay para qué decírmelo... de Gibraltar, emigrados liberales que vuelven al hogar pa-

terno... buenos trabajillos se habrán pasado por esos mundos; pues por acá la cosa anda aún algo turbia; sin embargo, no siendo Mina, ó del número de los diputados que en Sevilla declararon loco al Rey, ni afrancesados ó de los que en...

ERNESTO.—(*Aparte*). ¡Qué insoportable taravilla!

EDUARDO.—Nó, señor, no somos Mina, ni afrancesados, ni nada de lo que V. acaba de decir; venimos de América.

DEOGRACIAS.—Así me lo había yo figurado... Traerán ustedes el riñón bien cubierto... Un caudal saneado!

EDUARDO.—Figúrese V... cuando se trata de viajar... Los viajes cuestan tanto!

DEOGRACIAS.—Sobre todo, los viajes científicos... Porque ustedes viajarán por amor á la ciencia... como buenos ingleses... Esta es manía muy inglesa... como el *spleen*.

ERNESTO.—Dispense V. que le interrumpa. ¿Conoce V. por ventura al señor general D. Pedro Guzmán? ¿Vive y habita aún su casa propia?

DEOGRACIAS.—El general es mi amigo... esto es, uno de mis íntimos amigos... ¡Vaya si le conozco!... algo viejo y achacoso le hallará V... Soldado muy valiente ha sido... D. Pedro el Leal le llaman, por no sé qué hecho heroico; desciende de Guzmán el bueno; porque ustedes han de saber que hay Guzmanes muy perversos... Un coronel de este apellido hubo aquí que sirviendo á los Franceses contra la patria, llegó al grado de coronel.. ¡Traidor! ¿Ustedes vendrán á parar á casa del señor D. Pedro?... cáspita y qué hija tiene! una perla... una rosa... algo marchita por unos amores que le salieron hueros, con un primo que allá en la América se olvidó, según dicen, de su Valenciana y de su Valencia... Yo no la extraño... la constancia es cosa que ya no se usa... Si al primero

que falta, le pusieran el corbatín de Vizcaya, no habrían tantos.

EDUARDO.—(*Interrumpiendo*). ¿Con que es V. amigo del general Guzmán, tío de mi compañero y amigo D. Ernesto.

DEOGRACIAS.—Su servidor; beso á ustedes las manos... Entonces fué mentira que V. se olvidase... Si se miente por gusto, por afición, ¡vaya V. pues á creer ni la cuarta parte de lo que se dice! Pues, señor, acompañaré á ustedes á la casa; está aquí á un paso, en la plaza del Real, junto á la del señor conde de Cervellon, mi grande amigo!

ERNESTO.—Yo sé muy bien la casa... sin embargo, le agradezco á V...

EDUARDO.—De todos modos no nos es posible movernos porque no hemos dado al carretero las señas de la casa, y el criado es extranjero.

DEOGRACIAS.—Supuesto que el señor D. Ernesto sabe la casa, yo me quedaré aquí para acompañar al criado de ustedes.

EDUARDO.—¿Si V. no le conoce, cómo puede?...

DEOGRACIAS.—¡Toma si le conozco!... No es un hombre alto, blanco, rubio, con bigote... francés... precisamente siendo el cocinero debe ser Francés... además el equipaje que vendrá en diez ó doce carros cuando menos... los papagayos, el jockey.

ERNESTO.—(*Aparte*). ¿No eres tú mal papagayo? (*alto*) No traemos jockey ni cosa que lo valga... El equipaje viene en un solo carro.

DEOGRACIAS.—Voy al decir, pero no importa, conozco al criado de V... Soy fisonomista de profesión, y rara vez me engaño... Yo le aguardaré...

ERNESTO.—(*Aparte*) ¡Qué cansada oficiosidad! este hombre es intolerable (*alto*) Podemos esperarle.

EDUARDO.—Dice bien el señor D... ¿Cómo es la gracia de V.?

DEOGRACIAS.—Me llamo D. Deogracias Ezpeleta (*los saluda*) servidor muy humilde de ustedes.

EDUARDO.—Dice bien el señor D. Deogracias, mejor es que nos vayamos, ya que el señor tiene la bondad de tomarse esta molestia.

DEOGRACIAS.—Nada de molestia.... V. me confunde.... Es una complacencia.... un deber de hospitalidad, aquí somos por lo general muy hospitalarios.

ERNESTO.—Antes de irme quisiera preguntar á V. qué es de don Julio Guzmán, mi primo, ¿está en Valencia?

DEOGRACIAS.—Esta noche nos hemos de ver en una junta.

EDUARDO.—Según eso el señor D. Deogracias es médico.

DEOGRACIAS.—Ni por pienso..... yo no me he encargado de matar á fuerza de recetas y sanguijuelas á mis semejantes; al contrario, soy uno de los pocos hombres que se matan por dar á la sociedad una existencia estable y feliz.... Acá para entre nosotros (*con misterio*), soy individuo de una junta secreta revolucionaria, cuyo principal orador es D. Julio Guzmán. Ahora hablamos muy quedo; porque estamos algo resfriados (*con ironía*) ¡me comprenden ustedes! pero todo vendrá, luego hablaremos recio, que es el modo de tener razón y de hacerse respetar (*con énfasis*); estas juntas, que pueden llamarse preparatorias, son un fuego oculto como el de un volcán sin cráter, y cuando reviente ha de lanzar lavas de exterminio desde Calpe á Pirene. En estos mismos términos lo dijo el señor Guzmán, una de estas noches, y á fe mía que decía muy bien: porque según Benjamín Constant, y no sé qué otro caballero....

ERNESTO.—(*á Eduardo y aparte*). Porque según voy viendo, acabará con mi paciencia, que no es mucha en verdad

EDUARDO.—Pues señor D. Deogracias hasta más ver, V. queda con el encargo... Vamos sin cuidados. (*Vanse*).

ESCENA IV

De Deogracias (*solo*)

Deogracias.—Con entera confianza (*los saluda*) ¡Y qué malas pulgas tiene el tal D. Ernesto! El otro es amabilísimo; y qué carácter tan bello; he simpatizado con su genio.... Seguiremos el paseo y en el camino he de hallar lo que busco, ¡toma si lo hallaré! Así fuese tan fácil dar con la felicidad.

CUADRO SEGUNDO

La escena representa un salon amueblado con lujo: sofás, espejos etc., y algunos cuadros como de retratos en la pared.

ESCENA PRIMERA

Ernesto y Eduardo, *y después* Diego *vestido de militar antiguo* (*llaman*) (*Sale* Diego *y se presentan en escena los tres*).

Ernesto.—¿Está en casa el señor general?

Diego.—Está y no está.... Esto es, está durmiendo y no está despierto. Es la hora de su siesta, pero está la señorita doña Camila (*aparte*) ¿Por qué se fija tanto en los retratos? (*Ernesto al mirar el retrato de su padre llora, y se sienta en el sofá con aire melancólico*) Cómo se parece á don Ernesto... Calle! él es (*alto*). ¡Voto á brios! señorito, V. por acá. Al fin, al fin se ha acordado V. de nosotros, y pardiez que ya era tiempo!

Ernesto.—Diego, ¿eres tú?... El ayo de mi niñez.... ¿cómo pude desconocerte? ¡estás tan viejo!

Diego.—No es que estoy viejo.... sino que lo soy, V. también está desconocido ¿por qué tan pálido? el mareo sin duda.... pero qué gozo va á dar V.

señorito á toda la familia... yo ya vé V. lloro de alegría (*se limpia los ojos con el faldón de la casaca*), ¡si viviera mi pobre mujer!... pero cómo ha de vivir si hace tanto tiempo que murió... me acuerdo como si fuese ahora mismo, cuándo le dábamos de mamar... quiero decir, cuando mi María le daba á V. de mamar... voy... voy corriendo á llamar á la señorita... qué gusto tendrá de ver á V. (*á Eduardo*) Caballero tenga V. la bondad de sentarse entretanto en ese sofá (*Vase*).

ESCENA II

ERNESTO Y EDUARDO

ERNESTO (*á Diego*).—¡Cuidado! no le digas que yo estoy aquí... Díle solamente que unos amigos de su padre vienen á verle y que le ruegan se sirva hacerles compañía mientras se levanta el señor general. Quiero ver si me reconoce ó ha olvidado mis facciones... quiero leer en su semblante el efecto que le causa esta primera é inesperada entrevista, después de tan larga y penosa ausencia; quiero ver en la sensación que reciba y que demostrará su rostro al ver el mío acusador, su lealtad ó su culpa; ¡su culpa! porque yo no podía venir cuando un cetro de hierro imperaba en España.

EDUARDO.—Sé justo, Ernesto; ¿culparías á tu prima si al ver tu tardanza, que podría atribuír á diversos motivos, se hubiera creído olvidada y si instada por las paternales amonestaciones ó mandatos, hubiese entregado su mano á otro?

ERNESTO.—El motivo de mi tardanza lo sabía por mis cartas; yo no debía pisar el suelo español, mientras un Calomarde ó un padre Cirilo mandasen.

EDUARDO.—¡Y ella debía aguardarte hasta que la libertad renaciese en España! y si esto no sucedía en cincuenta años, morirse esperando! ¡Qué injustos somos con las pobres mujeres! se les exige fidelidad, constancia á toda costa, sin término, sin restricción, y nosotros renunciamos al cumplimiento de nuestras promesas por el más leve motivo, por el menor contratiempo en nuestra fortuna, por cualquiera contrariedad en los sucesos... A tí te debían arredrar consideraciones políticas para no apresurarte á hacerla feliz, ella debía alimentar vivaz una pasión sin esperanza y sin consuelo; tú podías impunemente sacrificar el amor á la opinión... ella debía sacrificar la opinión al amor.

ESCENA III

Los dichos y DIEGO

DIEGO.—¡Ya viene la señorita!

ERNESTO.—(*Con amargura*). No se da mucha prisa en llegar, está visto; le dijiste que su primo Ernesto la aguardaba.

DIEGO.—¡Ah Señorito... cómo le han puesto á V. sus viajes y campañas por el otro mundo! Si la señorita supiese que era V. el que le hacía esta visita, á buen seguro que no se hiciera de esperar. No se lo dije, porque así me lo encargó V.; y harto trabajo he tenido en contener los transportes de mi alegría, para que mi semblante no me vendiese (*mirando adentro*). Ya viene, ¡pobrecita, qué alegría va á tener!... Voy á avisar á mi amo, ya es hora que se levante, y sobre todo para abrazar á su querido Ernesto. (*Vase*)

ESCENA IV

ERNESTO, EDUARDO Y CAMILA

(*Doña Camila saludada por D. Eduardo, le contesta el saludo. Ernesto se queda de pie inmóvil, fija la vista en ella; Camila mira atentamente á Ernesto á quien reconoce, va á arrojarse en sus brazos y retrocede con timidez. Ernesto, llevado del primer movimiento, se lanza en sus brazos, de los que no puede ella evadirse).*

CAMILA.—(*Dando un grito*) ¡Ernesto! querido primo.

ERNESTO.—Dí más bientu amante... Camila hermosa, Camila idolatrada... ¿pero qué es esto, qué tibieza ha sucedido al primer arrebato del amor?... Dije mal; esta palabra significa una idea, la de un sentimiento sublime, exclusivo... una pasión, la única... y tú no la conoces... jamás la has conocido... y mentiste cuando me juraste amor, ó eres perjura si llegaste algún día á amarme!

CAMILA.—¿Esto más, cielos, esto más, después de tanto padecer... después de derramar tantas lágrimas de despecho, y de celos?... Dime, ingrato, los celos ¿no nacían del amor? tú que debías traer á presencia de tu fiel amante la disculpa por defensa, traes en tus labios la ofensiva injuria. ¡Yo perjura! ¡yo desleal! ¡yo tibia! si vieras este corazón dilacerado por tu olvido, atormentado por los celos; pero al menos mira estos ojos enrojecidos y lastimados por el humor acre del llanto... este rostro aniquilado por la melancolía al creerme olvidada por tí.

ERNESTO.—Olvidada ¡nunca! celos, ¿y de quién?

CAMILA.—¿De quién? ¿y me lo preguntas?... Pregúntalo á esas Americanas, cuyos atractivos borraron de tu memoria á tu prima amante, á esas hijas dichosas de un mundo nuevo, juvenil y seductor, que arrancaron

de tu corazón la imagen de una Española que te ha amado con delirio y que debía ser tuya. Pregúntalo á esas Chilenas, cuya defensa tomaste en contra de los hermanos, hijos y esposos de las Españolas que te querían como hermano; pero no... no quiero imitarte en tus reconvenciones... no quiero acibarar el instante más precioso de mi vida, el único; el que va á anudar el roto hilo de mi existencia, desde ahora tan venturosa como mísera hasta hoy... ¡Pero que digo, desdichada de mí!... ¿puedo acaso usar este lenguaje? puedo alimentar esperanzas que serán acaso un sueño engañador?... ¿eres libre? no te has casado en América, una Chilena no es señora de tu corazón y de tu mano?

ERNESTO.—Nó, Camila... cuando llegué á América ya no podía disponer de este corazón que era tuyo como lo es ahora... nuestros juramentos fueron para mí tan solemnes pronunciados sin testigos, como dichos delante de los altares; porque Dios los escuchó y los aprobó; porque Dios los bendijo, y la bendición del cielo es una sanción soberana... Tú te precias de ser Española... yo también soy Español.

ESCENA V

Los dichos y D. PEDRO

D. PEDRO.—(*entrando*) Pluguiera al cielo que no lo fueras ó que al menos hubieses perecido antes de empuñar el hierro fratricida!

ERNESTO.—¡Tío! mi querido tío.... mi padre! (*Se arroja en sus brazos, y después le besa la mano; D. Pedro le recibe con ternura á pesar de su esforzado despego*).

D. PEDRO.—¡Naturaleza! ¿quién puede comprender tus misterios? ¿quién es capaz de pintar la horrible lucha que en este mismo instante agita mi pecho?....

¡Ernesto! sobrino que yo elegí por hijo... Ernesto, el hijo predilecto del mejor de mis hermanos!... ¡qué mal has pagado á tu pobre familia lo mucho que te quiere... á tu patria los honores con que te distinguió en los primeros pasos de tu carrera militar!... los laureles que tus tíos cogieron en cien combates contra el hombre de los siglos, contra el hijo de la fortuna, los has marchitado tú... mira el retrato de tu padre... el de tu tío Anselmo, el de tu tío Enrique... ¡cuánta gloria brilla en torno suyo! pero tú no puedes ver esa gloria; ese brillo no puede llegar hasta tus ojos... El humo de la batalla de Ayacucho se interpone como una sombra siniestra, como el espectro de la culpa!

ERNESTO.—(*Conmovido*) ¡Tío! ¡prima! en mi primera emoción olvidé presentar á ustedes á mi amigo y compañero D. Eduardo Vergara, natural de Santiago de Chile.

EDUARDO.—Servidor de ustedes.

D. PEDRO.—Caballero, yo le soy de usted con toda la franqueza y sinceridad de mi carácter... V. no debe extrañar este desahogo entre individuos de una familia. Además he hablado como Español, y en este solo sentido repruebo que mi sobrino, que también lo es, combatiese en Ayacucho en las filas americanas... si hubiese nacido en América, fuera otra cosa... sus deberes en este caso no serían los mismos.

EDUARDO.—Es muy difícil, señor, si no imposible, juzgar á distancia de los sucesos, y de la posición particular de cada uno. Ernesto siempre ha amado á su patria, yo lo sé.

D. PEDRO.—Señor D. Eduardo, la amistad es á veces indulgente en demasía, y V. me permitirá que le diga que disculpando á Ernesto me prueba V. su afecto para con él y su buen corazón; á pesar de eso no puede V. quererle más que yo; ¡ya lo ve V.! es mi sobri-

no... lleva mi propio apellido, ¡apellido de grandes recuerdos! la sangre de sus venas es la sangre que en las mías corre... por eso siento su extravío, por eso lamento su error imperdonable y sin reparación. ¿V. hubiera abandonado las filas de los patriotas una vez comprometido á defender su causa y hubiera peleado en las filas españolas?

EDUARDO.—¡Nunca, señor, soy Americano!

D. PEDRO.—Esta prueba de lealtad merece un abrazo (*le abraza*) Ahora que la lucha ha cesado, ahora que todo cuanto á ella concierne se juzga con imparcialidad; ahora que volvemos á ser hermanos, no hay peligro en decir francamente su opinión... la mía es que el que combate por su patria, vencedor ó vencido, es leal; el que combate contra ella, vencedor ó vencido, es traidor.

ERNESTO.—(*Con entereza*). Ahora que el vértigo de las pasiones desencadenadas ha pasado, ahora que el huracán revolucionario ha mitigado sus rigores, la sana filosofía aconseja que miremos estas cuestiones bajo un punto de vista social en pro de la humanidad. Yo opino que la guerra exterior es el azote y la expresión de la crueldad de los pueblos; la conquista el abuso y la idea de la inmoralidad de los hombres. No hay más lucha que entre la libertad y el despotismo; y el hombre que piensa, el hombre ilustrado, no vacila cuál de estos estandartes ha de seguir.

CAMILA.—¡Padre! ¡Ernesto! dejen ustedes estas cosas que tanto lastiman el corazón. ¿Es éste el modo de celebrar la llegada de Ernesto? ¿la llegada de mi querido primo? Luego, luego hablarán ustedes con más calma, y convendrán en todo como amigos.

D. PEDRO.—Tienes razón, hija mía... ya conoces mi genio... á veces no puedo con él... y en tocando ciertas materias ,no lo puedo remediar... salto al instante

y soy capaz de estar disputando días enteros. Pero no hablemos ya más de eso... (*llama*) ¡Diego! Diego!

ESCENA VI

DIEGO *y los dichos*

DIEGO.—Señor!

D. PEDRO.—Mira, las piezas que dan al jardín son para estos caballeros; que Félix te ayude á arreglarlas. (*A Ernesto*) ¿Y el equipaje; y los criados?

EDUARDO.—Sólo traemos uno que bien pronto va á llegar.

DIEGO.—Ya llegó, señor... Se me había olvidado, abajo está un caballero que me dijo llamarse D. Deogracias... que ha venido acompañando al criado, y me manifestó deseos de hablar con ustedes.

ERNESTO.—Le agradezco sus deseos.

EDUARDO.—Yo iré á ver que nos quiere... al fin él se ha tomado un trabajo que no le correspondía... voy pues allá (*A D. Pedro*). Caballero, con su permiso de V.!...

D. PEDRO.—Señor D. Eduardo, V. está en su casa... donde se le considerará como un individuo de mi familia. ..gusto poco de cumplimientos, pero sé ser buen amigo (*Se dan las manos*). Diego, acompaña al señor (*Vase*). Tú, Camila, verás lo que se debe de disponer, que nada les falte...

CAMILA.—¡Voy al instante, papá! (*Vase*).

ESCENA VII

DON PEDRO Y ERNESTO

D. PEDRO.—¡Qué buen sujeto parece tu amigo!

ERNESTO.—Y lo es en efecto. Muy poco tiempo después de llegado á Chile, y por una rara casualidad nos co-

nocimos, contraje amistad con él y con toda su familia; esta amistad que nunca se ha alterado ni momentáneamente, se ha fortificado hasta el punto que todos me consideran hermano de Eduardo: su honradez es proverbial, y su mérito poco común.

D. Pedro.—Ya yo suponía que debería de ser hombre de nobles prendas, puesto que te merece tanta confianza y cariño: pero veo con sentimiento que te has olvidado de Julio, de tu primo hermano, del inseparable compañero de tu niñez.

Ernesto.—Cierto, tío; quise preguntar á V. por él en cuanto llegué... y no lo hice no sé por qué... sin embargo, merezco disculpa... esta mezcla de júbilo y de tristeza, esta emoción me sacan fuera de mí... ¿qué es de él? siguió la carrera del foro? siempre tan afecto á la literatura como me lo decía en sus cartas?

D. Pedro.—¡Siempre!... yo no puedo hablar de él sin faltar á la modestia; pero no podré menos que decirte que pasa por uno de los jóvenes más aprovechados de Valencia... lo que hay de positivo, es que difícilmente puede hallarse un hijo más obediente y hermano más tierno; va á ser el consuelo en mi vejez, el ser que va á reproducirme y á perpetuar con lustre el noble apellido de sus abuelos.

Ernesto.—(*Aparte*) Estos elogios son un puñal agudo que me clavan en el corazón. (*Alto*) Cuán ansioso estoy de abrazarle, ¿cómo no viene á ver á su primo?

D. Pedro.—No sabe que has llegado; hoy ha comido en casa del señor Conde de Parsent; le mandé llamar, y muy pronto estará aquí.

Ernesto.—¿Encargó V. que le dijeran que yo le aguardaba?

D. Pedro.—Nó, Ernesto: ni convenía hacerlo. A lo que parece ¿tu ignoras que te está prohibido pisar el territorio español?

Ernesto.— Por cierto que lo ignoro. ¿Pues qué la reina

no dió una amnistía general? Las cartas de Madrid de 8 y 12 de Octubre último anunciaban esta libera disposición por parte de Cristina.

D. Pedro.—Sí, Ernesto: pocos días después de haber tomado las riendas del Estado, que las débiles manos del doliente Fernando pusieron en las suyas, dió la Reina la amnistía ofrecida; pero con restricciones. Entre otros, no comprende á los Españoles que desertaron de las filas del Rey para servir en las de los Independientes.

Ernesto.—¡Siempre exclusivos! ¡intolerantes siempre! ¡nunca humanos! ¿Y qué debo yo hacer en tan angustiada y peligrosa posición?

D. Pedro.—¡Qué sé yo! no acierto á darte consejo alguno. Julio, que está más al corriente de los asuntos políticos, y que tiene esperanzas de una pronta regeneración, podrá ser un guía más seguro que yo.

Ernesto.—No importa... mi permanencia será solamente el tiempo necesario para arreglar los asuntos de mi herencia paterna. Después de esto cumpliré con la promesa hecha á Camila porque es el único medio de ser feliz. Mi corazón lo desea con tierna ansiedad, y mi honor también lo exige.

D. Pedro.—(*Con ternura y firmeza*). ¡Imposible!... imposible, Ernesto! un muro que no se puede salvar os separa... ya ella lo sabe... hartas lágrimas ha derramado, hartos suspiros han llegado á despedazar mi paternal corazón antes de resignarse á renunciar á la dicha que por tanto tiempo anheló. Yo la he visto languidecer y acercarse lentamente al sepulcro del que la ha librado un milagro de la Providencia... y si no estaba contenta, al menos el tiempo y la reflexión iban poco á poco restableciendo su calma... el honor mismo que tú invocas rechaza este enlace (*Ernesto se conmueve*). La opinión nos separa... no creas Ernesto que no he padecido mucho antes de inducirla á hacer

este sacrificio... tú me juzgarás quizás cruel, pero en mi lugar harías lo propio que yo hago.

ERNESTO.—(*Con amargura y despecho*). ¡Yo en su lugar de V. fuera padre!

D. PEDRO.—¡Sin dejar de ser ciudadano!... Tranquilízate Ernesto... por los cielos te lo pido... la imaginación abulta siempre nuestros males... el tiempo y la distancia son los mejores remedios... Tú te consolarás... tú lograrás en otra parte la felicidad que una falta te priva de gozar aquí.

ERNESTO.—¡O Camila, ó la tumba! (*Vase precipitadamente*).

D. PEDRO.—Ernesto... Ernesto... Hijo mío, oye.

(*Cae el telón*)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

El mismo salón que en el segundo cuadro del primer acto.—Sentados Ernesto y Eduardo

ESCENA PRIMERA

ERNESTO Y EDUARDO

EDUARDO.—No deja de hacer calor en Valencia.

ERNESTO.—Uno que otro día á estas horas... luego refresca el ambiente la deliciosa brisa del mar. ¡He pasado una noche fatal!... Julio quiere en vano sostener mis esperanzas... se esfuerza en reprimir sus sentimientos y en ocultarme su opinión con respecto á mí; pero la descubro por entre su misterioso lenguaje... Camila... la pobre Camila lucha entre dos opuestos pare-

ceres... Anoche se afligió mucho cuando trataba de justificarse dehaber dejado de escribirme... Fué preciso disculparla, ella no hizo más que obedecer.

EDUARDO.—¿Y qué hacen toda la vida las mujeres? pero ella te ama... y con ardor, y yo creo que á despecho de todos te dará la mano.

ERNESTO.—Sí, me ama; me lo han dicho más que sus palabras sus ojos tristemente fijos en mí, pero creo que participa de las mismas opiniones que su padre, aunque con menos calor... Aquí el nacionalismo, como dice un hombre célebre, es un segundo culto. Opina con respecto á mí poco más ó menos como todos; pero calla sus opiniones, las oculta como recata su amor... y mucho más cuando lejos de querer exasperar me... procura darme consuelos. Pero ten entendido que yo dudo que me dé su mano si su padre se opone á ello. Se precia de buena hija y lo es.

EDUARDO.—Lo mejor fuera partir y pronto.

ERNESTO.—¡Partir pronto!... tú me aconsejas que parta!; ¿por qué no me aconsejas que muera?... ¿partir y dejar á Camila?... partir y renunciar á la posesión de la que adoro, es exigir de mí un sacrificio inmenso de que no me juzgo capaz... es mandarme á la huesa... es más... porque estoy más dispuesto á morir que á renunciar á Camila... mi corazón no resistiría á la dura prueba de dejarla, ni el de ella á verme partir... hartos pesares le ha costado mi ausencia... ¿No la ves lánguida y marchita como débil arbusto combatido por el cierzo?... si ahora que empieza á recobrar la vida, la abandono, ¡qué será de ella!... pobre Camila... mejor es que venga con nosotros .. será tu nueva hermana...

EDUARDO.—Bien... partiremos todos.

ESCENA II

Los dichos y ANTONIO que trae un mate y se lo da á ERNESTO.

ERNESTO.—Dáselo á Eduardo.

ANTONIO.—¿No sabe V. que mi patrón no toma nunca el primero?

ERNESTO.—No importa; no estoy para mates.

ANTONIO.—(*Dando el mate á Eduardo y dirigiéndose á Ernesto*). Ya veo que su tierra de V. no le prueba... más contento le veía en Chile. Ya se vé, tantos años allá donde cuenta V. con muchos amigos... Verdad es por otra parte que aquí está V. en su casa, se puede decir... y al lado de su prima... que es bien donosa... y con mi patrón que es su hermano. Pero ello es que V. está desfigurado de no conocerle.

ERNESTO.—¿Cómo puede haber tanta mutación en tan corto tiempo?... tú, Antonio, te engañas.

ANTONIO.—Se engañarán todos; porque todos dicen que desde que llegó V. á esta casa no es el mismo. Diego dice también que cuando le vió ayer estaba algo pálido, pero que ahora está abatidísimo. Los otros criados decían anoche que V. iba á casarse con la señorita Camila; pero Diego dijo que nó, que su patrón ó su amo, como él le llama, no consiente en este casamiento por no se qué de inferencia ó infidencia de V.; que no entendimos, ni él explicó lo que era, porque no quiso ó supo.

EDUARDO.—Toma el mate y déjate de habladurías; no le eches tanto azúcar (*Váse Antonio*).

ESCENA III

ERNESTO Y EDUARDO

ERNESTO.—¿Quieres mayor desgracia? Hasta los criados toman parte en esta célebre y siniestra cuestión. Eduardo, créeme, va haciéndose insoportable mi sufrimiento. Hoy trataré de resolver este problema, de que depende mi vida ó mi muerte; porque sin Camila, más vale morir... Si ella obedece á su padre y éste se obstina en su negativa, partiremos los dos... no sé adonde... lo mejor fuera á ninguna parte; porque donde quiera que vaya he de llevar conmigo la imagen de la que pierdo y en ella mi suplicio... ¿Y qué pierdo yo al morir? nada... una vida de dolores, una vida acompañada del mortal desasosiego que en mí produce esa enemiga, esa zaña que todos me manifiestan.

ESCENA IV

Los dichos y DIEGO *que entra con un papel público en la mano que dá a* D. EDUARDO.

DIEGO.—Si quieren ustedes entretenerse un rato leyendo las noticias que trae El Eco. El señorito D. Julio está tomando su chocolate ó primer desayuno, la señorita se esta peinando... el amo todavía en cama; ¡vaya por lo que ha madrugado por espacio de tantos años!.. y á veces no se levantaba de la cama ¿y cómo había de levantarse si no se acostaba en toda la noche?.. ¡qué vigilante era! ¡qué severo!.. todavía tiene una firmeza que algunos mocitos la tomarían para sí... ¡qué tiempos aquellos! ¿Se acuerda Ud. señorito, cuando era Ud. cadete del regimiento de Asturias? el

día que juraron las banderas ¡qué placer reinaba en la casa!.. ya volaron aquellos tiempos felices.

ERNESTO.—¡Para no volver jamás!..

DIEGO.—Por supuesto para no volver. (*Vase*)

ESCENA V

ERNESTO Y EDUARDO

EDUARDO.—(*leyendo*) "*El Eco de Turia*... Noticias extranjeras. París 15... Londres, copiamos del Times lo siguiente... Bruselas... En estos últimos días han tenido lugar varias quiebras de las principales casas de comercio, cuya... (*dando vuelta al papel*) Interior... S. M. sigue restableciéndose en su importante salud... ¡Buen provecho le haga! Remitido... Veamos que tal lo hacen aquí los corresponsales ó los editores disfrazados..." «Hace como cosa de seis meses que tomamos la pluma para denunciar á las autoridades superiores del reino, la inobservancia que de las reales órdenes hacían los empleados subalternos, y entre otros citamos como un comprobante del ningún celo por parte de la policía, el no haber aprehendido, antes bien tolerado en la capital, al traidor afrancesado"... estas son personalidades y nada más.

ERNESTO.—Prosigue, Eduardo.

EDUARDO.—¿Para qué leer tonterías?

ERNESTO.—Suele sacarse provecho de las tonterías.

EDUARDO.—¿Pero hombre, qué puede hallarse de bueno en un artículo que empieza con tanta acrimonía?

(*En este instante entra Antonio con el mate. Ernesto toma el papel que lee mientras Eduardo, que toma el mate, habla con Antonio*).

ESCENA VI

ERNESTO, EDUARDO Y ANTONIO

ANTONIO.—Me tardé porque un criado, que creía que no se tomaba más que un mate, sacó el agua del fuego; ¿está caliente?

EDUARDO.—Sí, esta bueno... ¿Qué te parece esta tierra?

ANTONIO.—Lo poco que de ella he visto muy bien, el cielo es muy alegre. El mercado, como llaman aquí, es muy grande y abundante de cuanto Dios crió, y barato... me acordaba de la plaza de abasto de Santiago.

EDUARDO.—¿Y qué es lo que más ha llamado tu atención ó te ha gustado más?

ANTONIO.—La atención me la ha llamado el paseo que hay dentro de una plaza, que se ve desde estos balcones y lo que me gusta más ya se sabe... Ud. lo adivina; y cuando salga lo verá.

EDUARDO.—(*le da el mate*) Toma, no me traigas más... (*Vase Antonio*).

ESCENA VII

ERNESTO Y EDUARDO

ERNESTO.—Lee, lee Eduardo y compadece mi posición... aquí, aquí (*le señala el papel*) ¡que fanatismo!

EDUARDO.—(*leyendo*) «Y ahora mismo se nos acaba de in-
« formar que ha llegado de América un español, un
« hijo de Valencia que desertó de las filas del Rey
« pasándose á la de los patriotas, y que no se avergonzó
« de pelear en Ayacucho contra sus banderas. Este
« caballero ha llegado de un modo misterioso y se
« hospeda en casa de un tío, bajo cuya égida logrará
« una indebida tolerancia, cuando no sea protección;

« olvidando que la amnistía del 15 de octubre próxi-
« mo pasado le excluye, y que el honor nacional se ve
« altamente ofendido por la osadía...» ¡necedades!
¿no te decía yo?... si poco más ó ménos todos los artículos remitidos están vaciados en un mismo molde.

ERNESTO.—¿Necedades?

EDUARDO.—De las que nadie hace caso.

ERNESTO.—De las que todos hacemos caso... yo el primero; y tú lo mismo si no se tratase de mí... ya lo ves, mi presentimiento no fué vano: desdeñado, arrojado como un paria del patrio hogar, del seno de mi familia, de esta familia adorada donde vine á buscar mi reposo y mi felicidad ¿y porqué?... porque mis creencias políticas no están de acuerdo con las opiniones reinantes; porque preferí ser el campeón de la indepencia, á ser el instrumento de la servidumbre!

EDUARDO.—(*aparte*) Pobre Ernesto!... bien digno de lástima es; le compadezco y no puedo hacer nada por él.

ESCENA VIII

Los dichos y D. JULIO

JULIO.—Amigos míos, buenos días ¿cómo se ha pasado la noche? ¿Habrán ustedes extrañado la cama?

EDUARDO.—No mucho.

JULIO.—¿Y tú Ernesto?... estás muy pálido... muy demudado.

ERNESTO.—Nunca podrá expresar mi rostro las amarguras de mi corazón. La herida es mortal... á pesar de que no brota sangre... á pesar de que esté oculta á los ojos vulgares... herida que no puede sanar el testimonio de mi conciencia... nó; no basta el no creerse culpable, si la sociedad lo reputa por tal.

JULIO.—Te compadezco porque comprendo tu dolor y yo le siento también.

ERNESTO.—¿Y qué consejos me das?

JULIO.—Ahora partir... confórmate con las exijencias de esa sociedad.

ERNESTO.—¿Y por qué ese sacrificio?

JULIO.—Porque es necesario por lo mismo que tú acabas de decir... porque todos los esfuerzos humanos, todo el poder de la filosofía, toda la energía del estoicismo no bastan á arrostrar impunemente la opinión de un pueblo, aún suponiendo que nazca de preocupaciones vulgares... lo que no sucede siempre.

ERNESTO.—¿Y dónde está la práctica de esos principios liberales que con tanta arrogancia se propalan? ¿dónde esa dulce tolerancia y confraternidad que es la base de las sociedades modernas?

JULIO.—La práctica en ninguna parte. Los preceptos en el Evangelio, el deseo de su aplicación en el corazón de algunos pocos hombres superiores á su siglo; unos seres privilegiados que aunque colocados á una misma altura sobre la sociedad, son por su corto número impotentes para dominarla y dirigirla. Tiempo llegará, Ernesto, sí, lo espero, que se realice lo que ahora no es más que un bello ideal, una seductora y vana teoría, una esperanza. Entretanto someterse á las ideas que imperan, á las exigencias de la opinión, es un homenaje forzoso en la vida social; es un tributo que todo hombre está obligado á pagar; mientras que contrariarlas, pretender destruirlas, es luchar en vano, es lanzarse en un mar proceloso sin brújula ni timón, es todavía más: es hollar la justicia; porque la justicia de los pueblos no es más que la expresión de las reglas que ellos han establecido como base de su conducta, reglas que varían por efecto de mil causas; pero de tarde en tarde ó por medio de fuertes sacudimientos.

EDUARDO.—¿Luego V. condena á Ernesto según sus opiniones?

ERNESTO.—¡Pregunta Eduardo si hay alguno que me absuelva!

JULIO.—Según mis creencias tal vez te absolviera; pero aún cuando así fuese, aún cuando una ley vigente, que puedes muy bien llamar tiránica, no te condenase, la opinión te condenaría, y sus decretos son inexorables. Tú necesitas rehabilitarte para con la sociedad, necesitas probar con hechos nuevos que eres digno del nombre español, necesitas lavar con sangre la mancha que marca tu frente.

ERNESTO.—¡Combatir contra los Americanos!

JULIO.—¡Injusto! ¿puedes suponer en mí que aconsejase semejante infamia?... una nueva falta no borraría la primera... la ingratitud no sería la expiación de tu extravío... pelear contra los Americanos fuera pérfido!... ¿Y á qué viene ahora esta lucha? ¿no ha terminado ya?... la independencia de la América es un hecho sancionado por el tiempo... y por la conveniencia mutua, y un hecho fecundo en bienes para todos. Americanos y Españoles pueden vivir amigos y hermanos; y el común interés es un vínculo más poderoso que el de la fuerza... los lazos que la guerra desató van á unirse de nuevo y ni la espada de Alejandro podría romperlos; al menos este es mi deseo más ardiente.

ESCENA IX

ERNESTO, EDUARDO, JULIO, DON PEDRO Y CAMILA

(*Don Pedro y Camila saludan y son correspondidos*)

EDUARDO.—Muy buenos días señorita... ¿Señor Don Pedro cómo se ha pasado la noche?

DON PEDRO.—Regular, ¿de qué se trata?

ERNESTO.—De confundirme, de lanzarme en un mar de incertidumbres.

JULIO.—No añadas á la amargura que tu situación me causa, la injusticia de tus acriminaciones. Mi cariño para contigo no se ha disminuído, y te repito que sin absolverte ni condenarte, deploro tu situación.

ERNESTO.—Y si fueras padre de Camila, como eres su hermano, ¡no la darías por esposa al que la opinión ha anatematizado!

JULIO.—No sé... lo pensaría... yo respeto la opinión. Ahora sólo me toca conformarme con la determinación de mi padre.

DON PEDRO.—Determinación tomada después de mil combates y angustias; pero determinación irrevocable.

CAMILA.—¡Padre mío! ¿Qué se hizo su ternura y su amor?... ¡qué cruel es la sociedad! ¿Y quién puede gloriarse de una vida pura y sin mancha... particularmente en tiempos de revueltas? Nadie, absolutamente nadie.

DON PEDRO.—Tu padre, tus tíos, tu abuelo y todos tus antecesores. Que tu amor absuelva á Ernesto es cosa muy natural; pero no se me diga que tuvo jamás el derecho, ni la necesidad siquiera, de empañar el lustre de su noble estirpe. De herencia le viene la lealtad y el heroísmo... no me toca hablar de mí: si necesidad tuviese de ello, las gloriosas cicatrices de mi cuerpo, las sangrientas ruinas de Zaragoza, como padrón glorioso de la España hablarían por mí (*á Ernesto*). Tu padre fué vanamente solicitado por cuantos medios pueden imaginarse por el intruso rey que Napoleón impusiera á la España, para que desempeñase un destino importante cerca de su exótico trono, y siempre contestaba á sus repetidas instancias, con este laconismo y esta energía: Soy español y leal. Yo respetaré la fuerza porque ni soy joven ni militar, pero

nunca traicionaré los sentimientos de honor que me inspira mi conciencia.

ERNESTO.—Mi conciencia me obligó á abandonar las filas de un ejército que combatía por subyugar á un pueblo hermano, y á servir la causa de su emancipación.

DON PEDRO.—Pero en un oficial de honor, en un militar, el deber ahoga la voz de la conciencia. Un ciudadano no debe, no puede desechar sus consejos; un militar no tiene conciencia. Cuando jura á la faz de Dios y de los hombres ser fiel á sus banderas, no tiene ya duda sobre sus deberes; fidelidad y constancia hasta exhalar el último aliento... ¡conciencia! El soldado no tiene conciencia, y si la tuviera, ¿podría ver con complacencia una victoria comprada con la sangre y la vida de sus semejantes? ¿Cuál de ellos empuñaría la lanza para sostener intereses y cuestiones que no conoce, ni ha ventilado porque no es de incumbencia hacerlo? El hombre de estado, el gobierno, los representantes del pueblo, obrarán según su conciencia al obligar á la nación á hacer la guerra á otra, porque ellos son los únicos responsables ante el cielo y ante los pueblos cuyos destinos rigen. El soldado es un instrumento pasivo que ejecuta, y si este es un mal ¡por vida mía! que mientras las sociedades no lleguen á un estado de perfección de que todavía distan mucho, es un mal necesario y que no carece de utilidad; porque de lo contrario serían inmensos los males que se originarían. Supóngase que cada individuo de los que forman un ejército se erige en juez de sus acciones materiales; adiós subordinación militar... ó por mejor decir, adiós milicia. Y si un oficial pudiese, por seguir lo que le dicta su conciencia, abandonar las banderas en que juró fidelidad, para combatir bajo el contrario pendón, adiós honor, adiós patriotismo, adiós naciones,

el cosmopolitismo estaría en boga y la traición sería premiada.

ERNESTO.—Pues bien, esa época llegará en que tanto el militar como el simple ciudadano, no seguirán en sus acciones públicas, más que los que les dicte su corazón y sus opiniones, y la tiranía no contará con instrumentos ciegos que la sirvan. Yo, lo repito, conozco el imperio que tienen las preocupaciones de los pueblos, soy una de sus víctimas; pero prefiero serlo, prefiero inmolarme en sus aras que renunciar á mis propias convicciones. En cualquiera ocasión en que se luche entre la libertad y la tiranía, no vacilaré un momento; volaré en defensa de la primera á combatir la tiranía; porque la detesto.

CAMILA.—¿Por qué tanta severidad con Ernesto? durante la lucha de la independencia y en la guerra civil, todos han sido sublimes y ridículos, no hay más que leer la historia; todos han servido indistintamente en las filas amigas y contrarias, y todos han perdonado.

DON PEDRO.—Te engañas hija: la nación no perdona jamás las ofensas que se le hacen. En la guerra civil ha habido algunos ejemplos de defecciones que no han excitado tanta animadversión; pero en la guerras nacionales no es lo mismo.

ERNESTO.—¿Y la guerra de la independencia americana era otra cosa que una guerra entre individuos de una misma familia; entre hermanos... entre padres é hijos?

DON PEDRO.—Era una guerra nacional, desde el momento en que se proclamó la independencia y la emancipacion; pero esto no es del caso, porque yo pienso que aún en las guerras intestinas, el que abraza una opinión... el que se alista en uno de los partidos que luchan, es un traidor si le abandona por servir en el partido opuesto.

ERNESTO.—¿Luego no hay justificación para mí, en concepto de V? ... si es así, y creyéndo que son inútiles cuantos argumentos pudiera yo emplear en vindicarme, callaré; pero deseo saber si las razones que V. acaba de alegar con tanto calor, han de darme á entender que no debo contar con la mano de Camila, cuyo corazón poseo.

CAMILA.—Sí, este corazón es tuyo ... como lo ha sido siempre y lo será ... ¡cielos! ... (*está profundamente conmovida.*)

D. PEDRO.—Camila, retírate por Dios ... déjanos un momento solos á nosotros ... ¿qué sacas con oir estas agitadas y tormentosas discusiones que deseo ver terminadas cuánto antes?

CAMILA.—Nó, padre mío; nó; por cruel que sea para mí el resultado de esta controversias ... por dura que sea la sentencia que contra mí se fulmine, quiero escucharla de su boca de V ... ¿de qué sirve beber á tragos la copa del dolor sí he de apurar hasta sus heces? ... quiero saber mi muerte y quiero morir ... (*aparte*) ¡justiciero Dios! ¿por qué no terminas propicio esta contienda, entre el deber filial y el amor? ¿por qué me diste un corazón sensible, si me estaba reservado pasar por tan ruda prueba? (*alto*) padre, acuérdese V. de lo que vale este dulce y tierno nombre, no olvide V. que se trata de mi felicidad; que se va á decidir el porvenir de su hija; que de su resolución depende todo, y que según sea ella favorable ó adversa viviré una vida de felicidad ó en un mar de tribulaciones (*llora*).

D. PEDRO.—Sé lo que me cumple, hija mía ... no dilaceres más mi paternal corazón con tus lágrimas. Esta escena es ya harto cruel; pero los deberes del ciudadano son muy severos y yo no los traicionaré jamás ... y aún cuando yo transigiese con ellos, tú me eres necesaria para mi vivir y para mi felicidad ... y mis

días tocan ya á su término. A Ernesto no se le permite habitar ningún punto de la Península, y yo no puedo salir de ella; retírate hija mía, retírate... después hablaremos y veremos modo de arreglarlo todo.

CAMILA.—Bien, padre mío, puesto que V. lo exige me retiraré (*al retirarse Camila pasa cerca de Ernesto y se hablan aparte lo que sigue*).

ERNESTO.—(*aparte*) Debo hablarte á solas... nos importa sobre manera.

CAMILA.—(*aparte*) No puede ser... ¿cómo quieres?

ERNESTO.—Es preciso... Camila, aquí á las doce de la noche; tú ya conoces mi delicadeza, ven sin falta. (*Vase Camila harto enternecida*).

ESCENA X

Los mismos, menos CAMILA

D. PEDRO.—Pero Ernesto... ¡tú que debías mostrar más firmeza y no aumentar el abatimiento y desesperación de la pobre Camila!

ERNESTO.—¿Y cuál fuera entonces el lenitivo á mi padecer? No tengo otro que el saber que ella pena por mí... ¡llora!... ¿y su llanto no es mi llanto? sus lágrimas no son mías también? Dichoso el ser que los sabe derramar. ¡Dichoso el que las ve brillar en los ojos de su amante, el que recibe dolor en pago de su dolor!!

ESCENA XI

Los dichos y D. DEOGRACIAS

D. DEOGRACIAS.—(*Que entra de improviso*). Caballeros, beso á ustedes las manos... V. S., señor general, dispensará que uno de sus amigos, esto es, de sus admi-

radores se haya tomado la libertad de introducirse aquí en el seno de una familia consternada por un acontecimiento ciertamente terrible... deplorable... cosas de este mundo... infeliz y... mundanal.

JULIO.—Aquí no hay consternación ni acontecimiento alguno que la produzca.

D. DEOGRACIAS.—Tanto peor; pues la falta de consternación me prueba que ustedes ignoran lo que pasa, y que yo como amigo de estos caballeros vengo á participarles.

ERNESTO.—(*Aparte*). ¿Será éste por ventura mensajero de tristes nuevas? (*Alto*). Hable V. señor D. Deogracias... Tío, el señor es un amigo que ayer, antes de conocernos, nos prestó un servicio importante por efecto de su corazón generoso.

D. DEOGRACIAS.—Y que ahora va á prestarle á V. otro de más subido precio, en circunstancias bien graves. V. lo merece... y sobre todo siendo sobrino del señor general... la calidad de ser como si dijéramos forastero y á un tiempo mismo compatriota... porque aunque el patriotismo es cosa muy despreciable para algunos, para mí es lo primero.

JULIO.—En fin, D. Deogracias, sepamos lo que nos va V. á decir.

D. DEOGRACIAS.—Anoche á las diez y media, estando en el café del Sol, oí que en un grupo de oficiales y paisanos se hablaba del señor D. Ernesto en los términos siguientes, poco más ó menos:

«¿Pero cómo se ha atrevido á venir ese apóstata « cuando las leyes se lo prohiben?—fiará en la pro- « tección de su tío ó en la del ministro Cea, pariente « lejano de su madre—¿qué dices de esto Ayacucho? « le preguntó un empleado en la aduana á un oficial « que en la batalla de aquel nombre sirvió bajo las « órdenes de Canterac.—Digo que la autoridad hará « su deber sin necesidad de que se lo recordemos.—

« Yo trataré de averiguar si es cierto, replicó el se-
« cretario del capitan general, y si fuese, se procurará
« por su propio bien que salga de España—si no hay
« que averiguar nada. D. Deogracias Ezpeleta, que
« ha hablado con él, me lo ha dicho hace una hora.—
« ¿D, Deogracias? el factotum, el imprescindible, ese
« que equivoca todas las cosas, que oye campanas y
« no sabe donde suenan.»

No había apenas concluído la frase cuando me zambullo en el corrillo, y poniéndome sobre la punta de los piés, de modo que crecí un palmo. Señores, les dije, yo no me engaño. D. Ernesto Guzmán ha llegado; le he hablado con esta boca que jamás miente cuando dice la verdad, le he visto con estos ojos que no tienen telarañas ni ven visiones, y añadiré á ustedes que viene triste y abatido, como pesaroso de lo que hizo allá en América, aunque yo no sé lo que hizo y lo que he oído tres veces en la botica del hospital, y lo mejor, señores, en estos casos es perdonar, porque Dios perdona, y se acabó... Con esta dureza y acrimonia les hablé... yo no acostumbro adular á nadie.

ERNESTO.—(*Aparte*). ¡Cielos!; ¡qué defensa tan humillante!... yo no puedo más... (*Alto*) es fuerza partir...

D. DEOGRACIAS.—No señor, D. Ernesto, no se aflija V.; yo les dije más: no tienen ustedes que meterse en nada, ni en dar que decir ni echar tantas plantas para que salga del país; porque él no tiene un pelo de tonto, y viendo el desprecio con que se le mira, marchará; y yo que soy su mejor amigo voy á decírselo, y por eso he venido á advertir á V., por si conviene tomar alguna precaución. Puede V. en todo caso contar con mi influencia y...

JULIO.—D. Deogracias, ya que V. ha cumplido su oficiosidad, llevado de esa comezón de metersee en todo lo que no le va ni le viene, trayendo y llevando noticias,

que no parece sino que sea un paquete de vapor, tenga V. la bondad de dejarnos en paz.

ERNESTO.—Déjalo Julio... todo es ya inútil. El señor D. Deogracias no es más que el eco de lo que mil veces dirán por ahí. El dice ingenua y bruscamente lo que otros dirán con afectada y perversa compasión, ó quizás con insolente desprecio. Está ya visto, es preciso abandonar la patria... No habrá necesidad, señor D. Deogracias, que esos caballeros patriotas, y que tal vez se llamarán liberales y tolerantes y filántropos, empleen sus bullanguerías para excitar á la autoridad á ninguna medida coactiva: yo partiré.

D. DEOGRACIAS.—Siento haber causado á V. esta pequeña desazón, que con el tiempo pasará; pero la amistad, mi deseo de ser útil á un semejante en la desgracia... pero aún hay remedio. Diré que me he equivocado; que V. no ha venido, que era otro que se le parecía, y por último diré que si V. ha venido se volverá por el mismo camino, y santas pascuas.

ERNESTO.—Diga V. lo que le diere la gana.

D. DEOGRACIAS.—Señores, beso á ustedes las manos (*aparte yéndose*). ¿Apostemos á que yo lo he echado todo á perder?

ESCENA XII

Los mismos, menos D. DEOGRACIAS

EDUARDO.—Por lo qne he visto, ustedes no conocían á este personaje singular, aunque él nos aseguró ayer en la puerta del Mar, que era muy íntimo amigo del señor general.

D. PEDRO.—No recuerdo haberle visto en mi vida.. quizás le conozca, y estaré trascordado.

JULIO.—Yo le conozco, es bueno en el fondo, pero capaz de echar á perder la mejor fiesta por sus indiscreciones.

En todas partes está; con tal de dar la mano en público, cuando todo el mundo le vé... con tal de farolear y acompañarse con todo extranjero aunque sea un lacayo, con tal de dar á entender á los del país que tiene estrechas conexiones con los recién llegados, y á estos que todos los del país son sus amigos, se dejará matar. En todas partes, no sólo en Valencia, hay algunos de estos originales; hombres noveleros y noticiosos, útiles muy pocas veces, perjudiciales las más. Dios nos libre de que uno de estos le vea á V. cometer un desliz; ya lo sabe todo el mundo; y lo peor es que no hay como evadirse de estos argos, porque están en todas partes, porque todo lo saben, todo lo ven con sus ojos escudriñadores; verdaderos agentes de negocios de todo el mundo.

EDUARDO.—El ha creído hacer un bien dándonos este aviso, y es disculpable.

JULIO.—No crean ustedes, D. Deogracias no es de los perjudiciales, porque él cuenta las cosas como las oye, y casi siempre por el furor de servir y hacer papel; otros hay que lo hacen por efecto de una infatigable ansiedad de saber las vidas ajenas, y lo que es mil veces peor, por el vil placer de hacer mal.

ERNESTO.—A mí D. Deogracias me ha hecho un importante servicio... me ha confirmado en la resolución que tenía tomada de partir pronto de España... No sé aún donde me dirigiré. (*á D. Pedro*) Ya lo ve V. tío, es fuerza partir. ¿Será mía Camila?... antes de separarnos podríamos desposarnos... partiré á Gibraltar... allí aguardaré un poco de tiempo: Quizás las circunstancias varíen dentro de algunos meses.... y entonces el horizonte político de España estará más despejado, lucirá el sol de la libertad, de la tolerancia, sin esos negros nubarrones que ahora mitigan sus rayos; entonces volveré por Camila.

D. Pedro.—Parte Ernesto... parte libre... después, á tu vuelta... si vuelves, algún día... cuando yo, que ya estoy pisando la losa del sepulcro esté debajo de ella, si la opinión con respecto á tu falta ha variado... y Camila insiste en amarte, será tuya,... ahora, lo repito, Ernesto, ahora nó; y no me atormentes más, no exijas de mí ninguna explicación porque esta zozobra que siento me priva hasta de la libertad de hablar. (*Vase y Diego entra*)

ESCENA XIII

(Ernesto se arroja en el sofá y permanece en él en ademán melancólico y meditabundo)

ERNESTO, EDUARDO, JULIO Y DIEGO

Diego.—Una carta para V., señorito: el portador espera la respuesta (*Lee y después de leída dice*):

Julio.—Dile que voy inmediatamente. (*Vase Diego*)

ESCENA XIV

Los dichos, menos DIEGO

Eduardo.—(*Aparte á Julio*) ¿Hay alguna novedad?

Julio.—(*del mismo modo*) Sí, amigo. El secretario del capitán general me suplica le indique la hora que podré ir á su casa para tratar un negocio importante y urgente, que interesa á mi familia.

Eduardo.—(*Siempre aparte*) ¿No presume V. que sea algo de lo que dijo D. Deogracias?

Julio.—Mucho lo temo. Voy al instante, hasta luego (*Vase*).

ESCENA XV

ERNESTO Y EDUARDO

EDUARDO.—Ernesto, Ernesto, ¿á qué viene ese decaimiento de ánimo?... ¿dónde está tu corazón?... piensa que tienes que emprender un viaje largo, y que para ello necesitas buena salud; vamos á tu cuarto á tratar de la partida, que es lo que importa.

ERNESTO.—Tú arréglalo como quieras, yo no puedo ayudarte en nada... soy presa de mil angustias que me despedazan el alma... ya oíste á mi tío,... mi mal es cierto... mi bien, mi dicha... todavía no son más que una ilusión... una duda... una mentira... creyó mi tío engañarme (*con ironía*) «veremos cuando vuelvas si ella te ama»... luego podrá no amarme... ¡ah! hablaba como un profeta... tal vez no me ame mañana... pone en duda si yo volveré; no quiere nuestra unión... Sí, Camila y yo nos juntaremos algún día... á despecho suyo... á pesar de todo nos juntaremos allá en la morada de los justos... en el cielo... donde no reina la falsía y la perversidad que tanta cabida tienen en este infierno abreviado... en este insondable abismo de miserias... sí, Eduardo... créelo; allá arriba es donde nos será permitido á Camila y á mí gozar la dicha que en la tierra nos niegan la injusticia y crueldad de los hombres!!!

(*Cae el telón*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO III

La misma decoración del acto 2.º Ernesto aparece sentado en el sofá sumergido en una profunda melancolía.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO (*solo*)

ERNESTO.—¡Qué agitación tan terrible! ¡qué horrendos fantasmas giran en derredor mío! ¡qué proyectos tan siniestros crea mi loca fantasía! ¿Qué es esto corazón?... ya no puedo resistir más... El cielo tiene señalado un término á todos los males, del cual el hombre no puede pasar (*se levanta y recorre la escena*). ¿A dónde dirigiré mis inciertos pasos? dónde buscar los consuelos que tanto he de menester? ¿dónde hallar una simpática mirada... una sonrisa que calme este tormento?... ¡En los labios de Camila!... ¡Camila adorada!... no responde... ni un eco en este desierto de la vida!... ¿Camila ha bajado á la tumba sin mí?... ¡ingrata! ¿no debíamos ir juntos los dos?... aguarda, yo te acompañaré á la tierra de promisión... yo te llevaré en mis brazos... el camino es largo... pero allá descansaremos... allí no me disputarán tu posesión... allí no reina la maldad y la perfidia... allí no se conocen las distinciones... la muerte todo lo iguala... el noble y el plebeyo, el grande y el chico, el rico y el pobre son hermanos... son unos á los ojos del Ser Omnipotente!... ¡Eduardo! amigo!!... tú no me oyes tampoco... tú eres cruel como todos... ¡Eduardo!... ¡Inútil llamar! (*cae anonadado por la fatiga en el sofá*).

ESCENA II

ERNESTO Y EDUARDO

EDUARDO.—Ernesto!... ¿me llamabas?... ¿no oyes?; está durmiendo sin duda!

ERNESTO.—¡Ojalá fuera el sueño eterno!

EDUARDO.—Sé hombre al fin.

ERNESTO.—Hombre, es decir fiera... no; tambien los hay buenos y compasivos... tú por ejemplo lo eres y complaciente... y mi amigo... ¿no es verdad? (*le abraza*).

EDUARDO.—Pero ¿qué abatimiento es éste? no veo motivo para tanto... tú comprometes imprudentemente tu vida.

ERNESTO.—(*con amarga ironía*) ¡Temes sin duda que se pierda una vida tan preciosa!... esto no es vida... es la muerte, y la muerte de un condenado con todos sus horrores y tormentos... la vida sin poseer á la que se ama es una noche prolongada y tempestuosa... ¡es el calvario!... tú si que tienes vida, tú que vuelto á tu patria encontrarás anhelosos de estrecharte entre sus brazos á tus padres, hermanos y amigos; mientras que á mí una arraigada preocupación, un honor mal entendido me priva del afecto de los míos, y lo que me es más insoportable, de la posesión de mi adorada Camila... Si las intolerantes ideas de mi tío, de que todos participan, no me robasen el dulce objeto de mis ansias, ¿qué me importarían?... impotente de luchar con ellas no les opondría más que mi tranquila conciencia; pero sin Camila, prefiero la muerte, y créelo Eduardo, yo moriré.

EDUARDO.—Si prevés que no te es dado poseerla, sustráete á los sinsabores y peligros que te cercan. Salgamos de esta horrible mansión. Volvamos á Chile, donde halla-

rás lo que en tu patria se te niega. Allí se trocará tu dolor en alegría y quizás con el tiempo lograrás mil dichas.

ERNESTO.—¿Dichas? ... ¡para mí se acabaron!

EDUARDO.—¿Por qué?

ESCENA III

ERNESTO, EDUARDO, JULIO

JULIO.—Buenas noches amigo ¿Todavía no te retiras Ernesto? El estado de tu salud exige que te recojas temprano y van á dar las once y media (*sacando el reloj*).

ERNESTO.—Todavía no tengo sueño.

JULIO.—No obstante en la cama estarás mejor... como te prometí, he vuelto á hablar con el capitán general; todo está arreglado, permanecerás algunos días oculto y luego partirás...

ERNESTO.—¡Como si fuera un criminal!

JULIO.—¿Qué quieres?... Como tal te juzgan. He hablado con algunos amigos y con otros que no lo son... he moderado sus pretensiones... me han ofrecido respetar tu desgracia; te daré cartas de recomendación para donde vayas. ¿Creo que habrás desistido de ir á Alicante?... En Gibraltar las ocasiones de buque para el extranjero son más frecuentes.

EDUARDO.—Me acaba de decir D. Deogracias, que de Málaga saldrá muy en breve un buque con dirección á Méjico, que hace escala en Valparaíso.

ERNESTO.—Todo es lo mismo para mí... Gibraltar ó Málaga... Alicante decías... sí; hubiese querido dar el último adiós á mis amigos de Alicante... con ellos he pasado algunos años de venturosa existencia... Aquel pueblo tenía un encanto para mí; su recuerdo me acompañó sin cesar en mi variada peregrinación... Ahora me sirviera de martirio el ver trocados en adver-

sarios á mis amigos... ahora ya no hay amigos... ¿puedo yo tenerlos?

EDUARDO.—Y sinceros, (*le abraza*).

JULIO.—(*Le toma la mano y se la estrecha con amor*). ¡Ingrato! ¿puedes dudar del cariño de tu primo? yo soy también tu amigo y lo seré mientras respire.

ERNESTO.—Por compasión... llevados sin duda por ese corazón benigno que os dió el cielo; ¿y qué otra cosa puedo yo reclamar? El reo que vá al suplicio lanza una letal mirada al ansioso gentío que presencia el lance terrible en que vá á abandonar el mundo... sus ojos buscan una lágrima de ternura... sus oídos un ¡ay! de dolor y de piedad, ya que no un eco de perdón... yo que sin ser reo, la sociedad me condena, imploro vuestra amistad y vuestro amor al partir... y después... un recuerdo libre de amargura y de encono, el recuerdo del corazón!!

JULIO.—Esta ausencia no será tan larga como imaginas; porque no debes salir de Europa: y cuando vuelvas gozaremos de las fruiciones de la amistad, sin esta mortal agonía que nos atormenta ahora.

EDUARDO.—¿No ves como todos te aman?

ERNESTO.—Yo también amo.

JULIO.—Te aconsejo que vayas á Francia, á ese país centro del saber y de la civilización, á esa Francia donde el sol de la filosofía y de la tolerancia hará renacer en tí la alegría y el bienestar que has perdido.

ERNESTO.—¿A esa Francia que después de enarbolar el estandarte de la regeneración, prestando un apoyo á la libertad europea, dejó perecer en desigual y desesperada lucha á la invicta y desventurada Polonia?

JULIO.—¿Pues por qué no vás á Italia?... á Roma, á la ciudad cristiana; la ciudad de los monumentos, donde se vive una vida de recuerdos.

ERNESTO.—¿A esa insolente parodia de la antigua Roma, á esa Roma que del brillante papel de dominadora

universal ha bajado á la triste condición de esclava envilecida del Austria, donde el bullicio y la algazara republicana se han trocado en el frío silencio de la servidumbre?... Pero do quiera no veo más que opresión... ¡América y allí sólo Chile es el asilo para mí!

EDUARDO.—Dices bien, vamos á Chile. Renuncio á mis proyectos de viajes ... tú me importas más que todo.

JULIO.—(*á Ernesto*) Bien: si vas consolado, si das tregua á tu dolor... si logras olvidar un amor desgraciado... el lugar dondes vayas es indeferente. Decídete y díme para donde quieres las cartas de recomendación. En cuanto á tus asuntos é intereses, te repito que yo quedo hecho cargo de todo; ya sabes mi celo y mi afecto para contigo... tranquilízate, procura dormir... hasta mañana... Sr. D. Ednardo deseo á V. muy buenas noches.

EDUARDO.—Muy felices se las deseo á V. (*Vase Julio*).

ERNESTO.—Adiós, querido Julio (*á Eduardo*) ¿Oíste que olvide este desgraciado Amor. ¡Nunca, nunca!

ESCENA IV

ERNESTO, EDUARDO

EDUARDO.—Ahora que estamos solos te reitero mi súplica, salgamos de Valencia cuanto antes... tú sufres demasiado... la navegación repondrá tus perdidas fuerzas, tú no te mareas... la vista del mar que tantas ideas sugiere á una imaginación viva, te distraerá y te consolará... luego en Chile ya sabes que tienes en mi familia la tuya.

ERNESTO.—¡Pobre Eduardo! ¡cuánto te hace padecer mi amistad! ¿cómo podré pagar tu tierno afán? ¿Has visto á Valencia? ¡que cielo tan alegre!... aquí reina una primavera perpetua... país privilegiado del cie-

lo... le llaman, y con razón, el jardín de España... la campiña es deliciosa... es un vasto vergel... ¿no respondes nada?

EDUARDO.—Valencia será bella cual ninguna otra ciudad de la Península; pero mis ojos la ven triste y descolorida como tu semblante... ya sabes que los pesares de tu corazón reflejan en el mío... Nada me importa que la naturaleza se haya esmerado en ostentar aquí un paraíso, tú padeces injustamente y esto basta para que á mí me parezca una mazmorra.

ERNESTO.—¡Injustamente! ¡tú lo crees así! ¿tú no me condenas? ¿tú, caro amigo, no me crees culpado?... yo también me juzgo inocente, y sin embargo, sufro al ver que nadie me comprende... Ahora, Eduardo, ahora ves en toda su fuerza la injusticia con que en Chile se trata á los que están en mi mismo ó parecido caso; ahora verás si yo, ni ninguno de ellos merecemos ese epíteto que se nos da y con el que se quiere significar el apego á las rancias doctrinas y la adhesión al despotismo; ¡á mí que he derramado mi sangre y he expuesto la vida por su independencia! ¡á mí que combatiendo contra el pendón de Castilla, me he inmolado voluntaria y gustosamente en las aras de la opinión! ¡á mí que he sacrificado cuanto hay que sacrificar en el mundo en que vivimos!

EDUARDO.—No confundas injustamente la opinión de unos cuantos hombres vulgares, con la mayoría de un pueblo culto é ilustrado. En los principios de nuestra lucha era necesario emplear ciertos medios, que ahora, sobre inútiles, son generalmente reprobados. Todo ha cambiado ya. Españoles y Americanos somos unos, y los Chilenos no podemos menos de amar con predilección á los que han defendido su independencia bajo la tricolor bandera; á los que se interesan por su prosperidad y á los que le consagran su talento y sus servicios. Tú lo sabes muy bien... Cuando vine estaba

escribiendo á Santiago... ¿no quieres hacerlo tú á mi familia?

ERNESTO.—No estoy para nada... tal vez mañana... da á todos mis cordiales recuerdos, díles qus nunca los olvido.

EDUARDO.—¿Ni á mi madre que te quiere como si fueses su hijo?

ERNESTO.—Y como á mi madre la amo... No tengo otra... La muerte me arrebató á mis queridos padres. El atroz destino me robará quizás á mi Camila... pero tú me quedas... me queda tu amistad... Julio también me ama ¿no es cierto?

EDUARDO.—Sí .. y Camila también... ¿No lo crees?

ERNESTO.—¿Qué importa que lo crea?... ¿será por eso mía? ¿No has visto la obstinación de mi tío... no observaste cuanto padecía Camila colocada entre el respeto filial y el amor para conmigo?... Pero todo pasará... sí; este viaje pondrá término á tantas agitaciones... la tolerancia, esa furia brutal pide una expiación... un gran sacrificio... este corazón es la víctima... el altar no sé donde será...

EDUARDO.—¿Qué dices, Ernesto? ¿qué palabras son esas que me llenan de espanto?... Procura desviar de tu mente esas ideas... ¿Qué es de tu antiguo valor? ¿Qué se hizo tu religión, esa religión augusta, ese presente sublime del cielo dado al hombre como el consuelo más eficaz en sus infortunios... como la panacea en todas sus dolencias morales? ¿No me has dicho siempre que tus creencias religiosas bastaban á dulcificar las amarguras de la vida?... Invoco ahora toda tu energía... el imperio que en el alma de un católico tiene la idea de un Dios!!

ERNESTO.—¿Fueras capaz de dudar de mí?... no, Eduardo, aborrezco á los hombres;... más bien... compadezco sus miserias; pero respeto la oculta mano de la providencia y bendigo sus designios... ¿No ibas á es-

cribir ó á acostarte?... déjame solo, va á venir Camila, necesito recoger todas mis fuerzas, harto desfallecidas para este fatal y último adiós; porque ya no la volveré á ver más...

EDUARDO.—Quizás más pronto de lo que piensas... modera tus transportes... te lo pido yo.

ERNESTO.—Eduardo querido, dame tus brazos, en ellos encuentro un bálsamo; la amistad consuela las penas que causa el amor.

EDUARDO.—Podré ir tranquilo, ¿puedo contar con tu razón cuando más la necesitas?

ERNESTO.—Sí, Eduardo... (*Vase Eduardo*).

ESCENA V

ERNESTO *solo*

¡La razón! esa antorcha luminosa del hombre en la noche tempestuosa de sus pasiones, se va apagando en mí... ¡La razón!! ¿es ella acaso la que indica la conducta que conmigo tienen esos hombres despiadados?... ¿es ella la que dirige sus fallos?... los fallos de la opinión!!... ¡pobre Eduardo! tan bueno; él me absuelve, él piensa como yo!... porque se trata de su amigo... en otro caso quizás se uniría á todos. ¡Hombres obsecados é ilusos... que no alcanzan á ver que eso que llaman opinión pública debe muchas veces su origen á una idea falsa que le ha dado vida un ser obscuro... que la trasmite á otros seres, éstos la adoptan como suya sin discernimiento y sin discusión; después crece, se fortifica é impera, despóticamente... ¡lamentable verdad! ¿Qué importa, pues, que Eduardo me absuelva y también Camila con su corazón de ángel... que Julio me compadezca... que mi tío llore, si me condena la opinión?... bien decía Julio!... es un enemigo formidable, con el que es inútil

la resistencia, peligrosa la lucha, el vencimiento cierto... fantasma invisible que hiere de muerte á sus víctimas, y que ríe con risa satánica al contemplar sus triunfos! ¡la opinión! que ve indiferente las angustias de los que condena con sus anatemas... que se muestra sorda á los lastimeros gemidos de los que caen bajo sus golpes... y yo el más infeliz de los mortales ¿podría sustraerme á su malhechor influjo?... ¿yo, pobre huérfano de la fortuna, que jamás logré ni uno solo de sus mentidos halagos?... ¿yo, un pedazo de tierra que la preocupación ha salpicado de lodo?... Los hombres son muy injustos y crueles... el poderoso puede ocultar sus crímenes bajo el brillo fascinador de su opulencia; pero el débil no puede sustraerse al juicio de la sociedad; y si su conducta no está acorde con las creencias que en ella prevalecen, do quiera no encontrará más que acusadores y jueces implacables. ¡Ay de mí!... (*dan las doce*) ¿Qué voz fatídica me llama? ¡ah! es el lúgubre acento de la muerte que pide su presa... y voy... ¡aguarda un momento!... todavía no ha llegado á su ocaso el sol de mi esperanza!... en el obscuro horizonte brillan aún sus últimos rayos... débiles é inciertos!... dentro de muy breves instantes se habrán apagado para siempre... ó volverá á renacer mañana su vivífica lumbre!... espera, todavía no he deliberado nada... (*una pausa como fatigado*). ¡Cómo tarda Camila!... se habrá olvidado de la cita y de quien la dió también! Dormirá en sueño tranquilo, el sueño de la inocencia!... ¿pero dormir amando?... dormir cuando le aguarda su amante quizás para darle el último abrazo?... ¿cómo no vela su pasión?... ¿sabe ella amar?... esta incerteza cesará pronto... ¡cómo late mi pobre corazón!... ¿de amor?... de sobresalto?... de terror?... ya llega.

ESCENA VI

ERNESTO Y CAMILA

(*Ernesto se levanta y se arroja en sus brazos*)

ERNESTO.—Camila... déjame morir de placer en tus brazos... ¿será cierto que eres mía, para siempre? ven y todo lo olvidaré... ¿qué me importan los hombres y sus absurdas opiniones? tú me bastas para mi felicidad... ven Camila, bebamos juntos la copa del placer con que amor nos brinda.

CAMILA.—Baja la voz, Ernesto, mi padre no se ha recogido aún... está en su cuarto... le he dejado tan abatido que causa compasión... en vano le rogué que se acostase tranquilo... al despedirme de él me dijo con voz interrumpida por sus sollozos, que tenía en el corazón un negro presentimiento y me pidió que le jurase no desobedecerle.

ERNESTO.—¿Y lo juraste?

CAMILA.—Con el rostro bañado en lágrimas... ¡es tan bueno!... me ama con tanta ternura, su edad, sus achaques necesitan más que de pesares, de consuelos y de miramientos.

ERNESTO.—¡Yo no merezco nada de todos vosotros! ya se ve ¿qué soy yo?... un grano de arena en este vasto océano... ¡un miserable que ha creído que debía arreglar sus procederes á lo que le dictaba el corazón sin curarse de los demás!

CAMILA.—¿No habrá un medio de conciliarlo todo?... tú que encendiste la primera chispa del amor que vive en este pecho, tú que eres el ángel de mi dicha, ¿no hallas un medio?... ¿el amor que es tan fecundo é ingenioso no te sugiere ninguno?... Ernesto, mi idolatrado Ernesto, te lo pido, te lo suplico de rodillas (*se*

hinca) por piedad mira este corazón combatido por contrarios afectos: ya lo sabes, te amo con frenesi, con la pasión de que soy capaz, como se ama á los cielos... como queremos las Españolas... pero por amarte á tí ¿me es vedado respetar y amar á...

ERNESTO.—(*interrumpiéndola*) ¿A quién? ¿á ese hombre exclusivo é intolerante.

CAMILA.—(*se levanta*). Ernesto, ¿tú no sabes quién es ese hombre que ultrajas?

ERNESTO.—Si lo sé, es...

CAMILA.—(*con energía*) ¡Es mi padre! y como padre tiene sobre mí los derechos que le dan Dios, la naturaleza, las leyes y mi amor; (*cambia de tono*) pero Ernesto te adoro con tanta vehemencia...; ¡qué conflicto Dios mio! (*llora*)

ERNESTO.—En vano, mujer cruel, piensas alucinarme con con tus falaces caricias, con tus lágrimas embusteras... los hechos contradicen tus palabras y á todo te veo dispuesta menos á probarme tu amor... á corresponder á una pasión abrasadora é inextinguible, (*con ironía*) ¡Bien te está decir que amas como una Española! como si do quiera no hubiese mujeres falsas y volubles... sexo versátil y funesto, sexo engañador y homicida.

CAMILA.—¿Hay más tormentos, cielos?... pero ¿por qué me quejo? ¿no soy mujer? ¿mujer y desdicha no es una misma cosa? Ah! no le basta á mi sexo infeliz su debilidad física, la posición mezquina en que las leyes ó las preocupaciones le colocan... los males y privaciones á que la naturaleza le condena...; para sello de su infortunio era fuerza que el hombre, ese ser privilegiado de la creación, ese ser soberano de todo, le humille y le culpe de su propia desventura... era preciso que el hombre le hiciese responsable de faltas que no son suyas... que después de someter á la mujer á una dura y bárbara sujeción se queje de

su propia obra; y para colmo de insulto, llame tirano á la víctima, y opresor al esclavo. ¡Esta es tu justicia, Ernesto, esta es la justicia de todos vosotros... en una palabra!.. dime ¿qué quieres que yo haga?

ERNESTO.—(*con resolución*) Que me sigas, que abandones esta casa de opresión.

CAMILA.—¡Insensato! ¿qué pretendes? ¿quieres que amargue los breves días que á mi pobre padre le quedan de vida? ¿quieres que le empuje al sepulcro? ¿quieres que en premio de haberme dado el ser, que en pago de sus solícitos afanes, de su constante terneza para conmigo, le dé desprecio y abandono? ¡qué fuera de él sin su Camila á quién ama tanto! ¡qué fuera de mí sin mi querido padre! ¡ay, Ernesto;! tú no me amas, cuando me propones una vida de remordimientos! ¿cómo quieres que yo traicione todas sus esperanzas? Ahora mismo me rogaba que no le abandonase en su lecho de muerte, que le cerrase los ojos, que quería lanzarme su postrer mirada; llevar á la eternidad la imagen de mi rostro tan parecido al de mi madre... ¡madre dichosa! allá en el cielo no abandones á tu desgraciada hija!!

ERNESTO.—¿Y tu Ernesto no es nada para tí?... no tiene derechos, ni merece tu amor? no te inquieta su porvenir, tu corazón de hielo no te dice que va á morir.... y que tú serás el homicida?... ¿Pero qué te importa mi vida?

CAMILA.—Sí, me importa tu vida que es mia también; y si tú la pierdes te seguiré al sepulcro. ¿Pero qué razón hay para pensar así? Los dos debemos vivir para ser felices, y lo seremos; el corazón me lo anuncia. Si tú partes será por poco tiempo; Julio me dijo que volverías pronto, que los asumtos políticos variarán de aspecto, que se dará una amnistía general, un olvido...

ERNESTO.—¡El perdón!!... yo no le imploro... no le he de

menester... y aún cuando venga... la opinión queda con su frente erguida!

CAMILA.—Qué me importa á mi... viviremos una vida aislada de todo el mundo... en el campo, en la paz de los campos... ¿no es verdad?

ERNESTO.—¡Débiles consuelos!... ¡locas esperanzas!... ¡impotentes reflexiones!... no hay más que un medio... te lo propongo... el salva todos los inconvenientes... el pone fin á todas nuestras penas: partir los dos... ¿Quieres venir conmigo mañana, ahora mismo?

CAMILA.—Imposible, Ernesto! ¿y mi padre?

ERNESTO.—El se consolará...

CAMILA.—Muriendo!!

ERNESTO.—Luego estás resuelta á obedecer á tu padre.

CAMILA.—(*con ternura*) ¡Soy su hija!!

ERNESTO.—(*aparte*) Pues queda aún otro medio más expedito; (*alto*) oyé pues mi resolución... es un secreto importante... pero creo que alguien nos escucha... me parece que he oído algunos pasos.

CAMILA.—Nó, es aprensión tuya... estamos solos...

ERNESTO.—Sin embargo, bueno fuera ver si alguien nos pudiera oir... de este momento depende mi vida, ¿lo oyes?

CAMILA.—Bien, voy á ver (*mientras Camila recorre la escena y sale un momento para ver si hay quién escuche, Ernesto toma un veneno y esconde el frasquito*). No hay nadie; ya puedes confiarme ese secreto de que me hablabas.

ERNESTO.—(*afectando serenidad*). ¡Cómo tengo la cabeza tan perturbada... le he olvidado! mañana lo sabrás... ó luego más tarde, es lo mismo... un cuarto de hora antes ó después no importa...los instantes vuelan con tanta rapidez cuando estamos juntos! dame tus brazos Camila... ¿no es cierto que me amas?... yo también te idolatro... y lo juzgarás.

por el sacrificio á que estoy resignado... por ti sola... por tí... porque tú eres todo mi universo.

CAMILA.—Sí bien mío... adorado Ernesto, te amo... ¡cuán contenta estoy al verte tan tranquilo y tan enamorado! ya yo lo esperaba... todo pasará... esta crisis política también pasará... dentro de poco mudará de aspecto... la libertad, dice Julio, va á renacer en España y con ella la tolerancia y la concordia entre todos los Españoles... y entonces volverás inmediatamente á los brazos anhelantes de tu Camila, para no separarte de ella y ser felices.

ERNESTO.—Sí, lo seremos... yo al menos.

CAMILA.—¿Tú solo? ¡ingrato! ¿y puedes ser feliz sin que yo lo sea?

ERNESTO.—¿Quieres venir conmigo?... pero yo no voy á Francia, voy más lejos...

CAMILA.—Bien sabes que sin mi padre te acompañaría al fin del mundo, y vas á volver luego ¿no es cierto? muy luego.

ERNESTO.—¿Volver? Pregúntalo al cielo!

CAMILA.—No te entristezcas otra vez... (*mirando al balcón*) ven Ernesto, ven y verás, ¡qué noche tan apacible, qué silencio!...

ERNESTO.—(*van al balcón*). Valencia está dormida... de día tan bulliciosa y animada, es la imagen de la vida... por la noche tan tranquila, es la imagen del sepulcro!

CAMILA.—¡Que luz tan plácida esparce la luna!

ERNESTO.—Es verdad, la luna es la antorcha funeral... la estrella de Oriente que guía al viajero al mundo de Dios... vamos á sentarnos al sofá... estoy algo desazonado... la fatiga... Mira, Camila, cuando nos volvamos á ver...

CAMILA.—¡Qué palabras de consuelo! cuando nos volvamos á ver! (*le toma las manos*) ¡cómo arden tus manos!

ERNESTO.—Estoy abrasándome... es la lucha entre la vida y la muerte que están disputando la presa (*tose*

de vez en cuando)... estas manos estarán frías de aquí á unos instantes... cuando esté más sosegado... ¡qué calor tan grande!... Camila, ¿te olvidarás algún día de mí?

CAMILA.—Nunca, nunca ¿y tú?... ¿me escribirás?

ERNESTO.—No hay otros medios de comunicacion sino el de los recuerdos, conságrame uno en mi ausencia.

CAMILA.—No hay medios de comunicación; ¿y por qué?

ERNESTO.—(*sacando el retrato de Camila*). No sé... Mira, tú no has querido acompañarme en mi viaje... tu retrato vendrá conmigo... no me abandonará ni en la huesa; allí le tendré colocado donde está el bello orgínal, aquí... aquí, Camila (*tocándose el corazón*), pero no podré besarle como ahora (*le besa*) porque seré (*se quita la corbata*) nada... un cadáver yerto...

CAMILA.—Ernesto, ¿qué tienes? qué ideas tan lúgubres; no pienses en eso... Ahora pocos instantes estabas tan contento... pensando en nuestros amores, en tu vuelta,en nuestro porvenir, y ahora... no te aflijas... ni aflijas á tu amante (*le toma las manos con entusiasmo y amor*) ¡qué manos tan frías Dios mio!... cómo han podido en tan corto tiempo...

ERNESTO.—Es que la lucha ya cesó... uno de los enemigos ha triunfado... era muy natural... el más fuerte... las luchas no son eternas... tampoco, lo es el hombre... ¡axioma sublime!... su vida es un meteoro... un paso comparado con la etermidad (*se desabrocha el chaleco*).

CAMILA.—¡Qué languidez en los ojos!... Ernesto, tus labios se descoloran... ¡qué angustias veo retratadas en tu semblante! voy á llamar.

ERNESTO.—No Camila... esto no durará... no es nada... una congoja pasajera... después me verás tranquilo... yo no te engaño (*se esfuerza en estrechar á Camila y las fuerzas le abandonan*) te he dicho que iba á partir, tú no quisiste acompañarme... iré solo.

CAMILA.—¿Y D. Eduardo tu amigo?

ERNESTO.—No debe venir... ¡él es dichoso!

CAMILA.—¿Y á dónde vas solo?

ERNESTO.—A la tumba!!!

CAMILA.—(*se desase de Ernesto y recorre agitada la escena*) Ernesto... ¡oh cielos! padre... Julio... amigos, socorro, socorro, Ernesto muere! (*vuelve á apoderarse de las manos de Ernesto y se arroja deshecha en lágrimas*) Nadie viene... ¡socorro!

ESCENA VII

D. PEDRO Y D. DIEGO *por un lado*, JULIO, EDUARDO Y ANTONIO *por otro, todos muestran su pesar y procuran buscar algún socorro*).

D. PEDRO.—¡Qué escena de horror!

D. EDUARDO.—(*consternado*) ¡Ernesto.. cruel Ernesto! ¿qué has hecho?... ¡infeliz!

JULIO.—Voy corriendo en busca de un facultativo, y tú, Diego, por otro... algún elixir Camila.

CAMILA.—Búscale tú, yo no le abandono... ¡cielos! ¿en qué os pude ofender?

ERNESTO.—Tú en nada ángel mío, en nada... todo es inútil, este filtro que corre por mis venas conduce á la felicidad... Camila inocente, adiós. Yo también lo soy... Eduardo, Julio... tío... y todos, adiós. El cielo me llama... ya se ha terminado la cuestión; en el sepulcro no hay preocupaciones... hasta allí no llegan los odios... un recuerdo, amigos, un recuerdo... ¡Ay! Ay! Camila. Patria... Chile (*expira*).

(*Cae el telón*)

FIN DEL ACTO TERCERO Y ÚLTIMO



JUANA DE NÁPOLES

Drama histórico en 5 actos

POR

D. SALVADOR SANFUENTES

1817—1860

ACTORES

JUANA, nieta de Roberto, rey de Nápoles.
ANDRÉS, su esposo, hermano de Luis, rey de Hungría.
CATALINA DE BIZANCIO, tía de Juana.
LUIS DE TARENTO, hijo de Catalina y amante de Juana.
ACCIAYOLI, florentino, favorito y confidente del rey Roberto.
FRANCISCA, su hija.
ROBERTO.
EL CONDE ARTUSIO, príncipe de la sangre y cortesano de Juana.
EL CONDE ESTELA, cortesano de Juana.
TOMÁS DE LA LEONESA, camarero titular de Andrés.
MARÍA, criada de Francisca.
DAMAS, cortesanos, pajes, oficiales de la Corte.

La escena en los cuatro primeros actos es en Nápoles, y en el quinto en el palacio de San Pedro de Morona, en la campiña vecina á aquella ciudad.



ACTO PRIMERO

Un salón del Palacio Real

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS, ROBERTO (*entrando*).

ANDRÉS.—Roberto ¡querido amigo!
¿Con qué al fin permite el cielo
que vuelva yo á verte en Nápoles,
después que tan largo tiempo
he suspirado tu ausencia?
¿Qué fausto acontecimiento
trajo aquí, por dicha mía,
de mi infancia al compañero?
ROBERTO.—¡O mi príncipe! Por grande
que se ostente el gozo vuestro
á causa de mi venida,
á asegurar yo me atrevo
que no puede compararse
al que inunda aqueste pecho,
viendo al que me diera un día
prendas tan dulces de aprecio.
ANDRÉS.—Si supieras ¡qué de veces
en mis amargos momentos
ausente yo te invocaba,
como mi único consuelo!...,
Sólo en medio de esta Corte...

Pero después hablaremos
sobre mis penas.—Ahora
dime, amigo, desde luego
¿cómo dejas á mi hermano?

ROBERTO.—Con venturoso gobierno,
y en salud plena reinando
sobre sus Húngaros pueblos.
El es quién á vos me envía
con faustas nuevas por cierto,
El creyó que no podía
elegir un mensajero
á vos más grato, y le estoy
muy obligado por ello,

ANDRÉS.—¿Y qué noticias son esas?

ROBERTO.—Las sabrás por este pliego.

(*Le entrega un papel cerrado. Andrés lo abre y recorre con precipitación*).

ANDRÉS.—¡Es una bula del Papa!

ROBERTO.—Y una bula permitiendo
que la corona de Nápoles
vos os ciñais desde luego,

ANDRÉS.—(*fijando nuevamente los ojos en el pliego*).
Es cierto; Su Santidad,
usando del privilegio
de la alta supremacía
que goza sobre este reino,
la prohibición anula
que el difunto rey Roberto
hizo de que yo ascendiese
al trono de mis abuelos,
sin que de mi edad contase
veinte y dos años completos,
y quiere que sin demora
empuñe yo el regio cetro.
Mi hermano me había escrito
que iba a entablar con empeño
en la Corte de Aviñón

este asunto; mas sabiendo
que enemigos no me faltan
cerca de Clemente Sesto,
no esperaba yo tan pronto
que obtuviese un buen suceso.

ROBERTO.—El ha burlado las tramas
de los adversarios vuestros.
Ha dado con profusión
prometido con exceso,
y rara vez no se triunfa
con tan fuertes argumentos.

ANDRÉS.—¡Oh! Para mí ¡cuán dichosa
es tu venida!—En efecto,
á nadie le competía
mejor que al amigo tierno
de mi niñez el volar
á sacarme del funesto
estado en que me veía.
Ya, pues, en cortos momentos
¡Rey de Nápoles seré!
y Juana y los viles siervos
que adulaban sus caprichos
tendrán, de vergüenza llenos,
que abatirse ante las plantas
del que tanto escarnecieron.

ROBERTO.—¡Qué me dices! ¿A tal punto
se avanzó su atrevimiento?
Y las tristes diferencias
con vuestra esposa pudieron
á tal extremo llegar...

ANDRÉS.—Ya por tu sorpresa advierto
que en mi patria todavía
se ignora lo que hace tiempo
está sucediendo en Nápoles.

ROBERTO.—Allá, Señor, en efecto,
solamente se sabía

que dando á malos consejos
fáciles oídos, Juana
tal vez con labio indiscreto
la intención manifestaba
de anteponer sus derechos
á los vuestros.

ANDRÉS.—¿Pero nadie
presumía los desprecios,
los descarados ultrajes
que de ella y de sus adeptos,
para mi tormento unidos,
Andrés ha estado sufriendo?

ROBERTO.—¡Pues qué! ¿Juana os aborrece?

ANDRÉS.—¿Y qué de extraño hay en ello?
Unida á mí cuando solo
yo contaba siete eneros
y ella cinco primaveras,
¿cómo pudo tener tiempo
de cobrarme aquel cariño
que fuera el único freno
capaz de hacerla constante
resistir al mal ejemplo?
Pero nuestros gustos mismos
eran demasiado opuestos
para que el tiempo y el trato
formaran aquese afecto.
Ella que se vió mecida
desde la cuna en el seno
de una corte voluptuosa,
crecer quería al aliento
de la lisonja servil,
y á sus caprichos más necios
querer poner una valla,
era imperdonable exceso.
Yo, criado en la rudeza
y sencillez de los pueblos

de la Hungría, despreciaba,
y cada vez más detesto
la afeminación infame
de la Corte en que me encuentro,
y era incapaz de plegarme
de mi esposa á los deseos,
hasta ponerme una venda
para no ver cuán lijero
se lanzaba á un precipicio
de oprobio para mi mesmo.

ROBERTO.—¡Ah! ¡Qué escucho!

ANDRÉS.—Contenida
por el respeto á su abuelo,
yo mismo creía á Juana,
mientras vivió el rey Roberto,
una joven apreciable.
Después que el eterno sueño
hubo cerrado sus ojos
aquel rey, viósela luego
sin reserva abandonarse
á los dañados consejos
de su tía, Catalina
de Bizancio. Este modelo
de veleidad, que ha llenado
con su torpe desenfreno
de escándalo al mismo Nápoles,
empleó su arte funesto
y el ascendiente adquirido
sobre mi esposa, en fomento
de la pasión que veía
en su alma ganar terrreno
á favor de un hijo de ella,
el joven Luis de Tarento.
Sucediéronse los bailes,
los banquetes y torneos
sin interrupción; y en todos

brillaba como un lucero
sin rival en su horizonte,
el encantador mancebo.
Pues aunque él sea tan débil
y afeminado, que pienso
que su brazo rompería
de una lanza húngara el peso,
él posee cuanto atractivo
cautiva al hermoso sexo:
danza con garbo y soltura,
es cortés y lisonjero,
cabalga con gallardía,
tañe el laud y hace versos.
Con un rival semejante
puedes inferir no llevo
la ventaja, sobre todo,
cuando accede en detrimento
mio, el título de esposo.
Sí—¿Tú te asombras, Roberto?

ROBERTO.—¡Y con razón! Ese nombre
que la obliga en favor vuestro...

ANDRÉS.—Es mi mayor desventaja.
Y llegada á tal extremo
la corrupción de esta Corte,
los pocos que sentimientos
de virtud y honor guardaban
en sus generosos pechos,
la han abandonado todos.
Aún la viuda del rey muerto,
la virtuosa reina Sancha,
contaminar no queriendo
con tanta infamia sus ojos,
ha corrido por el resto
de sus dias á encerrarse
en los muros de un convento.

ROBÉRTO.—Mas ¿de vuestra autoridad

un ensayo no habéis hecho
para contener tantos males?

ANDRÉS.—¿De mi autoridad, Roberto?
Varias veces lo he intentado,
¿Quieres saber con qué efecto?
Juana me ha dicho altanera
que ella manda y yo obedezco,
los cortesanos que sólo
á ella deben sus respetos.
Se han burlado de mi poca
edad, de los aires fieros
que me doy, de mis virtudes
y aún de la vida que llevo.
Mas ¿para qué he de seguirte
contando mis sufrimientos?
Ello es inútil si al fin
cerca de expirar lo veo.
Tengo ya elegido el sabio
Ministro que en mi proyecto
de reformar esta Corte
me auxiliará. En este pueblo
vive un hijo de Florencia,
político hábil y diestro,
que del rey Roberto un día
mereció todo el aprecio.
Con este virtuoso anciano
los males que sufre el Reino
he deplorado mil veces,
y él conoce sus remedios.
Nicolás, pues, de Acciayoli
ha de ser mi consejero,
mi propio brazo desde hoy
que el poder de obrar lo bueno
se ha reunido felizmente
á mi voluntad de hacerlo.

ROBERTO.—¿El se llama Nicolás

de Acciayoli?... Yo recuerdo
haberle aquí conocido
cuando mi viaje primero.
Desde entonces le ensalzaba
la confianza del rey muerto;
mas su principal renombre
le venía de que á un eco
la Corte le proclamaba
padre del mayor portento
de belleza que existía
en Nápoles.

ANDRÉS.—¡Ah! Roberto.
¡Qué cuerda de herir acabas
en mi corazón!... Es cierto!
El es padre de Francisca!...

ROBERTO.—Al apasionado acento
con que ese nombre pronuncian
vuestros labios, y al efecto
que noto os ha producido
al salir de vuestro pecho
casi temiera...

ANDRÉS.—¿Creerías
que yo la amaba, Roberto?...
¡La adoro! ¿por qué negarlo
á mi amigo? y este afecto
sin duda lo han concertado
del destino los decretos.
¿Qué quieres? Yo me veía
solo, y de mi patria lejos,
mi esposa me aborrecía...
clamaba en vano mi pecho
por otro que comprendiese
sus profundos sentimientos,
y á sus fogosos latidos
correspondiese sincero.
Sólo falsedad, engaños,

ligereza y devaneos
me presentaba esta Corte,
hasta que un ángel del cielo
vino á ofrecerse á mis ojos,
y en Francisca hallé al momento
esa alma pura que había
imaginado en mis sueños.
La amé, y el estar con ella
era mi único consuelo,
hablarla, y oir su voz
melodiosa como el eco
de las harpas que celebran
las grandezas del Eterno.
Mi amor no la he revelado;
mas á decir lo que siento,
el pensar que ella podría
pertenecer con el tiempo
á otro mortal, me exaspera.
Tú me dirás que este afecto,
cuando otros lazos me ligan
es locura... ¡quizá es cierto!
Pero su impulso me arrastra
con irresistible esfuerzo.
Y ¡quién sabe! Algunas veces
la esperanza me entreveo
de poder llamarla mía.
Mi matrimonio funesto
lo contraje en una edad
en que bien podría, creo,
probar que incapaz estaba
de un libre consentimiento.

ROBERTO.—¡Oh! qué proyecto ¡Gran Dios!

ANDRÉS.—No sería yo el primero
que lo hubiese concebido,
y Juana, segun sospecho,
su pasión ha alimentado

con él.—¿Y por qué no puedo
hacer yo por mi Francisca,
cuando haya empuñado el cetro,
lo que ella medita ahora
por su amante, el de Tarento?

ROBERTO.—¿Mas olvidáis que sus títulos
á la corona?...

ANDRÉS.—Yo tengo
otros que son más legítimos.
Con ellos solos, bien puedo
ocupar tranquilo un trono
usurpado á mis abuelos.
Mas ¿quién llega? (*Entra un Paje*).

PAJE.—Nicolás
de Acciayoli, Señor, viene
á ofrecer á Vuestra Alteza
sus respetos.

ANDRÉS.—Hazle que entre: (*Sale el Paje*).
¡Es el padre de Francisca!
Con pretextos diferentes
le atraigo siempre á palacio,
y por cierto que al presente
tengo nuevas bien felices
que comunicarle.

.....

ESCENA II

ANDRÉS, ROBERTO, ACCIAYOLI

ANDRÉS.—Llegue
mi amigo, cuya visita
tan á buen tiempo me viene.
Si él la hubiera demorado,
yo mismo habría impaciente
ido á buscarle.

ACCIAYOLI.—Mi príncipe
debe contar para siempre
con mi obsecuencia á un afecto
que tanto me favorece.
ANDRÉS.—Cuento con ella, Acciayoli,
y una prueba harto patente
voy á daros ahora mismo.
Antes de todo, leed ese
pliego que me ha remitido
Luis de Hungría con aqueste
fiel amigo de mi infancia.
ACCIAYOLI.—(*Después de leer rápidamente el pliego que le entrega Andrés*).
Cómo ¡El Papa ya consiente
en vuestra coronación!
ANDRÉS.—Bien pronto mi pueblo alegre
en vez de ducal corona
verá la regia en mi frente.
ACCIAYOLI.—Recibid de mi amistad
Mil sinceros parabienes.
ANDRÉS.—Y vos mi primer Ministro
seréis.
ACCIAYOLI.—Señor...
ANDRÉS.—¿Qué os sorprende?
¿No habéis conmigo, Acciayoli,
convenido tantas veces
en la opresión miserable
que mis vasallos padecen,
y en que es preciso aliviarlos?
Pues yo quiero substraerles
á la injusta tiranía
de los nobles, que se aleje
de mi Corte esa molicie
que la mancha y envilece.
Ninguno en tan grande empresa
puede cual vos acorrerme,

vos cuya ciencia y virtudes
mi confianza merecen.
Hoy la humanidad reclama
sacrificio tan solemne
de vos, y es fuerza rendiros
á sus súplicas urgentes... (*Entra el Paje*).

PAJE.—Señor, la Reina, seguida
de la Corte, prontamente
va á llegar.

ANDRÉS.—Amigos míos,
Venid, y solos en este
aposento seguiremos
la conferencia sin verles. (*Vanse*).

.....

ESCENA III

EL CONDE ARTUSIO Y TOMÁS DE LA LEONESA.—*Después* CATALINA *conducida por el* CONDE ESTELA.—*Más atrás* JUANA *con* LUIS DE TARENTO.— DAMAS, SEÑORES, PAJE

TOMÁS.—(*entrando, á Artusio*).
¡Qué bochorno! Hubiera sido
por cierto el día insufrible,
á no ser que en la campiña
hemos ido á consumirle.
¡Cuán delicioso paseo!
¡Aún me parece sentirme
respirando mil perfumes
entre los bellos pensiles!
Aún se mece en dulce arrobo
mi fantasía, y se finge
mil sirenas seductoras
cantando cual serafines,
y me salpican la frente
los surtidores que á miles

en los aires enredaban
sus cabelleras sutiles.
Artusio, estoy embriagado
de deleite.

ARTUSIO.—Bien dijiste,
y en pintar tus sensaciones
te hace elocuente el de Chipre.

TOMÁS.—En nada nos parecemos
los dos; y para decirte
la verdad, dentro del alma
profeso un odio invencible
á los que jamás el ceño
aclaran, á los que firmes
en su hipócrita reserva,
ni el mismo Baco consigue
que sus penas ó sus goces
con los otros comuniquen.

ARTUSIO.—Eres un loco, y lo estás
hoy más que nunca.

CATALINA.—(*Entrando*) ¡Qué horrible
soledad! Con nuestra ausencia
casi pudiera decirse
quedó desierto el palacio.
Oh! Juana, ya que á seguirte
en tus cultas distracciones
tu hermitaño se resiste,
porque siempre considera
que son pasatiempos viles,
pudiera tener al menos
la atención de recibirte
cuando te siente llegar.

ESTELA.—Es preciso apercibirle
de que es bien poco cortés.

LUIS.—(*á Juana*) Le agradezco el conducirse
de ese modo. Así me deja
gozar por más tiempo libre

de un placer que no quisiera
ver yo nunca interrumpirse.

JUANA.—(*á Luis*) ¡Lisonjero!

LUIS.—¿Aquí, mi dueño,
os sentáis?

JUANA.—Nó, preferible
me es estar á esta ventana,
donde la brisa mitigue
la calor que me sofoca.

LUIS.—¿Habéis vuelto alegre ó triste
del paseo?

JUANA.—¡Oh! Encantada,
Luis, y en mi mente aún existen
las variadas impresiones
que recibí. Sois insigne
en disponer cuanto al alma
sorprenda, arrulle y excite.
Las orquestas y los trajes,
las danzas y los jardines,
todo estaba preparado,
de modo que era imposible
no confesar que en la tierra
gozar más no es asequible.

CATALINA.—Luis no hace sino seguir
la inspiración que recibe
del deseo de ser grato
á la señora á quien sirve.

LUIS.—(*bajo á Juana*) ¡Y qué no hará tal deseo!

JUANA.—¡Gracias! ¿Mas quereis oirme
qué es lo que más me ha agradado
en la fiesta que me disteis?

LUIS.—¿Cómo no?

JUANA.—Aquella canción
que con tonos tan sensibles
y melodiosos cantasteis
al laúd. ¡Qué bien lo hicisteis!

¡Y qué versos tan hermosos!
Aún el Petrarca sublime
se habría honrado con ellos.
¿Sois vos su autor?

LUIS.—(*bajo á Juana*). No es difícil
saberlo, si recordáis
los pensamientos.

CATALINA.—(*á Juana*). No abrigues
la menor duda sobre ello.
Desde sus tiernos abriles
la poesía fué el recreo
de Luis. Pero á veces víle
escribir versos tan dulces,
que para mí misma dije
que solo una Diosa pudo
inspirarlos.

LUIS.—(*bajo á Juana*). ¿Conocisteis
esa diosa?

JUANA.—(*bajo á Luis*). Amargos celos
me costará el persuadirme
que no era mía esa gloria.

ESTELA.—Parece que los que viven
allá en Hungría, no entienden
de inspiraciones sublimes
ni de versos. ¿No es verdad,
Señores?

CATALINA.—Oh! Los oprime
mucha nieve en las montañas,
y un cielo siempre irascible,
para que puedan formarse
poetas.

TOMÁS.—Siempre lo dije.
No ser poeta naciendo
en mi patria, es imposible.
Basta contemplar su atmósfera,
y respirar sus sutiles

vientos, mirar su Vesubio,
y los dulcemente tristes
ojos de sus hermosuras,
para inspirado sentirse
de las musas.

ESTELA.— Y por eso
no se diga que los príncipes
y Condes Napolitanos
ceden nada á los que viven
en el Norte, por lo que hace
á la guerra. ¿Quién dirige
mejor que ellos de un corcel
los ardorosos esguinces?
¿Quién con más garbo y soltura
pone la lanza en el ristre,
y hiere el contrario escudo
en los torneos más firme?

ARTUSIO.—(*con tono de ironía*).
Oh! más los del Norte entienden
de perseguir jabalíes!

Todos los Cortesanos ríen y aplauden esta ocurrencia.

ESCENA IV

Dichos, ANDRÉS *que se presenta de repente*

ANDRÉS.—Príncipes, yo vengo á daros
las gracias más fervorosas
por vuestros cultos elogios
á mis rudos compatriotas.
Vengo á darlas principalmente
á mi fiel y amante esposa
que ve baldonar mi patria
con paciencia tan heroica.
Nunca culpar he debido
la franqueza candorosa

con que ella y sus Cortesanos
ostentan á todas horas
su opinión sobre este punto.
Pero descubrir importa
si en vosotros nada tildan
á su vez mis compatriotas:
Si la generosa Hungría
á los rostros no os arroja
la corrupción más abyecta,
la bajeza más traidora.
¡Ah! si los goces que envuelven
vuestro entendimiento en sombras,
un momento despejasen
su niebla caliginosa,
¡cómo en tierra esconderíais
vuestras frentes vergonzosas,
al mirar tantos desastres
que á este triste reino agobian!
¿Qué se han hecho aquellos días
de poder, fuerza y gloria
en que esta Nápoles era
suprema reguladora
de los bandos qué sangrientos
dividen la Italia toda?
Cuando ejercían sus reyes
en las Cortes de la Europa
un vasto influjo, y los Papas
eran sus hechuras propias?
En el exterior temida,
una suerte venturosa
derramaba por sus campos
la abundancia bienhechora.
¿Mas, qué es hoy la misma Nápoles
un tiempo tan poderosa?
De la que llenaba al mundo
en época no remota,

un efímero esqueleto
de que los pueblos se mofan.
Su crédito está perdido,
la Sicilia la derrota,
Génova, el Piamonte
y Lombardía destrozan
impunemente su yugo.
Del enemigo las tropas
aumentan y las armadas
sus ya perdidas colonias.
Y si al exterior la vista
volvéis, ¡cuánto no se asombra
al no hallar de la anarquía
libre una provincia sola!
Los grandes se hacen la guerra
más sangrienta y rencorosa.
Aquila, Gaeta, Salerno,
Baleto misma y Solmana,
divididas en partidos
mutuamente se destrozan.
Todos los campos infestan
de fieros bandidos hordas;
gime el pueblo y el delito
alza frente triunfadora.
Pero vosotros en tanto
que al reino tal suerte agobia,
¡qué hacéis sino coronaros
de guirnaldas vergonzosas,
y entre báquicos festines,
olvidando patria y gloria,
dar á la opresión ejemplos,
atizar esas discordias!
y si el pueblo se lamenta
¡de su gemido hacer mofa!
Ea, pues; nietos indignos
de una raza á quien deshonra

vuestra corrupción, ya es tiempo
de librar de su carcoma
mi escandalizada corte
y de que vayáis á solas
á hacer resonar de orjías
las bellas moradas propias.
Yo quiero volver su lustre
al reino, sanar sus hondas
cicatrices. Como entiendo
que en empresa tan heroica,
en lugar de darme auxilio,
vuestra presencia me estorba,
desde luego os aconsejo
me excuséis su vista odiosa,
y no volváis á un palacio
que profanasteis de sobra.

(*Los cortesanos se miran unos á otros como asombrados, algunos se esfuerzan á reír*).

JUANA.—(*á Luis*) ¡Oh! qué ultraje
LUIS.—(*á Juana*) ¡Qué osadía!
TOMAS.—(*á Estrella*) La plática está furiosa
ESTRELLA.—Mas son ridículos truenos.
ARTUSIO.—Que ni á los niños asombran
LUIS.—(*con ironía*) Oh ¡qué obedecer tendremos
una orden tan imperiosa!
ANDRÉS.—Y la rebelión sería
por cierto bien peligrosa.
Preciso es ya convenceros
de que no es cómo hasta ahora
la impotente voz del Duque
de Calabria quien pregona
este mandato, ni impunes
seguiréis con vuestra mofa.
Es ya el monarca de Nápoles
quien de su corte os arroja,
es ya un rey que si le irrita

vuestra resistencia loca,
hará cumplir sus decretos
con la gente de su escolta.

LUIS.—(*á Juana*) Yo creo que vuestro esposo
ha perdido el juicio ahora.

JUANA.—Al escuchar sus discursos
casi lo creo yo propia.

CATALINA.—¡Oh! Juana ¡De este insensato
excesiva es la arrogancia!
fuera ya la tolerancia
una mengua, un deshonor.
Si no vindicas tú misma
tu rango vilmente ajado,
yo lo haré, porque escudado
no sé en qué esté su furor.
De tiempo atrás sin rebozo
Andrés habéis pretendido
el derecho establecido
de mi sobrina usurpar.
Nosotras nunca hemos visto
en tal proyecto hasta el día
sino una necia manía
que bastaba despreciar.
Mas, cuando sube el avance
de punto, cuando insensato
sin mesura ni recato
á vuestra reina ofendéis,
cuando amargáis á su corte
con ultraje ignominioso,
¿pensáis que á fuero de esposo
impune quedar podéis?
¿Qué título os autoriza?
¿Cuál es vuestra procedencia?
¡Extranjero! la indulgencia
de un rey te favoreció.

E ingrato á tal beneficio
quieres humillar insano,
á la misma augusta mano
que á elevarte descendió.
¿Olvidas que en este sitio
sólo á Juana se obedece?
que si ahora ella quisiese
mis consejos escuchar,
como á usurpador intruso
haríate en breve espacio
de su agredido palacio
con baldón desalojar?

ANDRÉS.- Por tan finos cumplimientos
las gracias os doy, Señora:
una ardiente defensora
vuestra alumna tiene en vos.
Mas quiero ver si ese celo
tan laudable no se enfría
ante el título que envía
á mi audacia el mismo Dios.

(*Asiéndola del brazo, la conduce hacia un aparador, sobre el cuál se habrán colocado varias bujías á la llegada de la Reina.*

Venid, pues, á examinarlo
vos misma. ¡Mirad el sello!
Muy bien debéis conocerlo... (*presentándole el pliego traído por Roberto*)

CATALINA.—(*mirándolo con sobresalto*)
No hay duda. ¡Del Papa es!

TODOS.—Del Papa (*se acercan al aparador*)

ANDRÉS.—(*á Catalina*) En voz bien sonora
leed y los que ahora poco
me consideraban loco,
se convenzan de una vez.
¡Repito que á fin que entiendan

si el juicio ó razón me falta
les leáis en voz bien alta!

CATALINA.—(*después de examinar y leer para sí el pliego, lo arroja sobre la mesa y exclama:*)
yo no puedo concebir...
¡Juana! Vendidas estamos

JUANA.—¡Qué decís! ¿Nos abandona
el Papa?

LOS CORTESANOS.—¡Hablad!

CATALINA.—La corona
le permite ya ceñir

JUANA.—¡Gran Dios!

LOS CORTESANOS.—¡Qué golpe es aquéste!

CATALINA.—¡Oh! por cierto inconcebible

ANDRÉS.—(*á Catalina, después de un instante de silencio*)
¿No sois vos la que irascible
me intimaba una espulsión?
¡Vamos! ¿Qué pensáis, Señores,
los que me hicistéis mil veces
apurar hasta las heces
el caliz de la aflicción?
Los que un honor os hacíais
de humillarme á competencia,
¿qué haréis pues?... ¡En mi presencia
vuestras frentes abatir!
Implorar el perdón mío,
no os queda otro arbitrio ahora!
Mas, con mano vengadora
yo no os quiero confundir.
Libres id; pero guardaos
de presumir que protervos,
como á un rebaño de siervos
al pueblo podéis tratar.
Guardaos de horrorizarle
de hoy más con el desenfreno

que de mi ira el vaso lleno
pronto habrá de rebosar.
Sabed, en fin, que la enseña
por mi gobierno adoptada,
tiene en su centro pintada
á la justicia imparcial.
Con su balanza ella pesa
las virtudes, los desvíos;
para escarmiento de impíos
lleva en la diestra un puñal. (*Vase*)

ESCENA V

Dichos, menos ANDRÉS

CATALINA.—Pronto, amigos; no perdamos
estos momentos preciosos:
de trances más azarosos
la diligencia salvó.
Todas las armas son nuestras,
Mandáis á guerreros fieles:
volad, pues, á sus cuarteles
que el tirano aún no ganó.
Venid á salvar con ellos
vuestra augusta Soberana,
avivad su amor á Juana,
alentadlos en su fe.
No alcance á durar un día
de Andrés la injusta victoria.
La nueva de vuestra gloria
yo aquí mismo aguardaré.

ACTO SEGUNDO

Otro salón del Palacio

ESCENA PRIMERA

JUANA Y CATALINA

CATALINA.—Ya tardan en verdad vuestros amigos
en hacernos saber el resultado
de los esfuerzos que á tentar han ido.
JUANA.—¡Ah! mucho temo que resulten vanos!
CATALINA.—¿Por qué desesperar ante de tiempo?
JUANA.—Esa resolución del Preste Santo
golpe tan decisivo me parece,
como ha sido imprevisto.
CATALINA.—Sí, ¡impensado!
Fatal la confianza nos ha sido
y ha dado doble aliento al adversario.
Pero ¿por qué juzgarle decisivo?
¿Por qué hemos, Juana, de abatirnos tanto?
¿No eres tú la legítima Señora
que en Nápoles impera? ¿Ese tirano
puede alegar derechos comparables
á los que á ti te asisten?
JUANA.—Pero cuando
sepan mis pueblos el decreto injusto
en contra mía por Clemente dado,
¿pensáis que llenos de cobarde miedo,
del húngaro no se hagan partidarios,
temblando de atraer sobre sus frentes
las iras del tremendo Vaticano?
CATALINA.—¡Oh! con exceso temes unas armas
que á fuerzas de emplearse á cada paso,
han llegado ya á hacerse inofensivas. (1)

(1).— Catalina sólo hace aquí alusión á los entredichos pronunciados por motivos totalmente ajenos de la religión. (N del A).

¿Por cuantas veces, dí, los Italianos
estados principales no se han visto
heridos de entredicho? ¿Y han dejado
de defender por eso sus derechos
de los avances del poder romano?
Dar tú misma el ejemplo es lo que importa,
de actividad y de firmeza usando,
sin mirar por qué medios se rechaza
la injusta usurpación.

JUANA.—¡Oh! yo os afianzo
que sabré en todo trance conducirme
cual me lo exige mi linaje claro.

CATALINA.—Ese lenguaje es digno de una reina,
y triunfar puede del rigor del hado
el pecho que lo inspira.

JUANA.—Si es preciso
sufrir en el destierro, y del airado
destino tolerar cien golpes fieros,
veréis como hace frente á los trabajos
la misma que hasta aquí vivió mecida
de los placeres al ambiente grato.
Baldón y oprobio resignarme fuera
á recibir las leyes de un extraño
usurpador: mi sólo aprendizaje
fué á mandar, no á servir.

CATALINA.—Dignos de aplauso
son tales sentimientos. No lo dudo:
tú la reina serás; él el esclavo.
Mas ya Artusio está aquí.

ESCENA II

Dichos, ARTUSIO

CATALINA.—¡Oh! Conde, mucho
tardarteis en volver.

JUANA.—¡Cuán esperado
erais, amigo mío!
CATALINA.—Mas su rostro
no da á mi corazón feliz presagio.
JUANA.—¿Qué nuevas traéis?
ARTUSIO.—Nada dichosas.
CATALINA.—¡El éxito no ha sido el que esperábamos?
ARTUSIO.—Tarde llegué, Señora, á mis cuarteles,
pues los tenían ya los emisarios
de Andrés; todas sus puertas á mi vista
con un violento impulso se cerraron;
y aunque yo como el último recurso
probé la seducción, el resultado
mi pérdida tan sólo habría sido,
á no advertirme un fiel amigo el lazo
que oyendo en apariencia mis propuestas,
me armaban mis antiguos partidarios.
Ya por Andrés estaban decididos,
y ansiaban la ocasión de demostrarlo.
JUANA.—¡Ah! los infieles!
CATALINA.—Pero el Conde Estela
y mi hijo ¿qué suerte han encontrado?
ARTUSIO.—Yo lo ignoro, Señora. Pero ellos
por mi responderán. ¡Vedlos!

.....

ESCENA III

Dichos, LUIS DE TARENTO, ESTELA

JUANA.—¡Oh! caro
Luis!
LUIS.—¡Reina mía!
CATALINA.—¿Qué decís? Podemos
abrigar esperanza?

LUIS.—No la traigo,
Señora. Por do quiera el enemigo
se había á mi llegada anticipado,
mi esfuerzo prevenido. Fué imposible
que yo lograse hablar á mis soldados.
CATALINA.—¿Y qué es lo que refiere el Conde Estela?
ESTELA.—Que no fueron más utiles mis pasos.
Aunque llegué á los míos más á tiempo,
y estaban al principio preparados
á defender la causa de su reina,
bien pronto se interpuso el ángel malo,
y entre ellos divulgó que el Papa había
á Andrés de Hungría el trono destinado.
Entonces ¡oh mudanza inconcebible!
los mismos que poco antes con aplausos
juraban que por Juana morirían,
cambiando ya de objeto su entusiasmo,
y al favorito indigno de la Corte
de Aviñón atrevidos proclamando,
me intiman que abandone sus cuarteles.
ARTUSIO.—¡Y vos cedisteis!
ESTELA.—Por la fuerza.
CATALINA.—¡Insanos!
ESTELA.—Juzgad si la insistencia algo valdría.
Emprendí desde luego intimidarlos
y retenerlos en la fe jurada,
con el castigo de los más osados.
Más no bien ordené el primer arresto,
rugió á tal punto el militar nublado,
que á no haber puesto pies en polvorosa
tan á tiempo, amigos, me persuado
que otro habría venido á referiros
mi postrer desastre.
JUANA.—¡Ah! Con que estamos
ya de toda esperanza destituídos!

LUIS.—Vos, Artusio, tambien...
ARTUSIO.—Es excusado
repetir por mi parte vuestro cuento.
Preciso es que á otros medios recurramos
puesto que el de la fuerza es imposible.
El plan del enemigo ha coronado
la suerte más parcial que nunca el mismo
se atrevería á imaginarla acaso.
Otra guerra con tiempo comencemos.
CATALINA.—Y guerra en que pudiera ser más arduo
el triunfo al contendor.
ARTUSIO.—¡El artificio!
CATALINA.—¡Sí, el artificio! Un diestro cortesano
sabe allanar con él los imposibles.
ARTUSIO.—Por lo demás, el tiempo ha de ayudarnos.
Hoy el pueblo y las huestes deslumbradas
por un fascinamiento momentáneo,
pertenecen á Andrés; pero yo creo
que el único factor de golpe tanto,
en cuya rapidez y mucho acierto
se reconoce una maestra mano,
es Acciayoli: Andrés nada concibe
si no es á sujestión del Florenciano.
Si sembrar la discordia conseguimos
entre ellos...
ESTELA.—Si al ministro derribamos...
CATALINA.—Oh! no hay duda que Andrés será per-
[dido
LUIS.—¡Silencio! me parece que oigo pasos
.....

ESCENA IV.

Dichos, un oficial del palacio

ESTELA.—¿Habrán oido?...
OFICIAL.—Condes, ¡este pliego
de la parte del Rey!
CATALINA.—¡Cielos!
OFICIAL.—(*á Artusio*) ¡Tomadlo! (*Vase*)
JUANA.—¿Qué nuevo golpe es éste?
ARTUSIO.—(*mirando el pliego*) Es un decreto
que nos intima el singular mandato
de salir en el término de un día
desterrados de Nápoles.
LUIS.—¿A cuántos?
decid.
ARTUSIO.—A mí el primero; á vos, Estela;
á vos, Luis de Tarento... y siguen varios.
ESTELA.—¡Cómo!
CATALINA.—¡Será imposible!
JUANA.—Esa osadía...
ARTUSIO.—Vienen las firmas de la regia mano
y del ministro florentino.
ESTRELLA.—¿A donde
es mi destierro?
ARTUSIO.—A Roma; á los helados
climas del Norte el mío.
CATALINA.—¿Y Luis?
ARTUSIO.—¡Va á España!
JUANA.—¡Desterrar mis primeros cortesanos,
á mis parientes mismos!...
CATALINA.—Tal ultraje
es increíble.
ARTUSIO.—Así de su reinado
señala los principios, porque teme

la fe que al rey difunto le juramos
en favor de su nieta.

ESTELA.—Y que turbemos
de su coronación solemne el acto.

JUANA.—¡Y á Luis han señalado por destierro
el clima más remoto!

LUIS.—Al más lejano
me arrojan de este cielo, de esta patria
de sus campiñas y su ambiente blando;
pero esa suerte dulce me sería
si tambien de mi reina...

JUANA.—Es temor vano.
Amigos, no hay motivo de afligirse,
y espero que vosotros ningún caso
hareis de tal decreto.

ARTUSIO.—Eso depende,
Reina, de vos; si vemos que al extraño
usurpador os sometéis rendida
no es propio que nosotros resistamos.
Pero si vos queréis que en defenderos
hasta morir se empleen nuestros brazos...

JUANA.—¿Ceder yo? Nó, jamás

GATALINA.—¡Mengua sería!
No nos conoce bien el vil tirano,
cuando subido apenas sobre el trono,
antes de haber la presa asegurado,
pretende que con golpes tan terribles
su odio de muerte y su furor sintamos.

ESTRELLA.—¡El teme!

CATALINA.—Teme, sí; mas se daría
sin duda menos prisa á exasperarnos,
á pensar que en el último conflicto,
no somos de espedientes tan escasos,
para cortarle el vuelo en su principio.

JUANA.—¡Ah! tía mía! No podéis formaros
justa idea del odio que le tengo

CATALINA.—Pero ¿cómo esperar que sus conatos
más tiempo disimule, ó con nosotros
él guarde miramiento? ¿Por acaso
los guarda con su esposa? ¡Cuántas veces
ver no nos hizo su intención bien claro!
¡Oh, Juana! ¡qué destino tan terrible
contemplo amenazarte en breve plazo!
Del lecho real lanzada, destituída
de cuanto honor te cerca, ya el tirano
prepara á tu dolor refugio eterno
en la espantosa soledad de un claustro
Allí va á sepultarte en tus sollozos,
mientras otra reviste el regio manto,
ve adorar como leyes sus caprichos,
y el exige á sus viles cortesanos
que ante sus aras el incienso quemen
debido sólo á tu linaje claro.

JUANA.—¡Oh! mas jamás Andrés se avanzaría
á tanta audacia.

CATALINA.—¿Puedes esperarlo?
Pobre Juana, ¡cuán poco le conoce!
¿Ignoras pues, su amor no disfrazado
hacia Francisca de Acciayoli? ¿Ignoras
que si le hallabas siempre tan uraño,
sólo era porque toda su ternura
la reservaba á la hija del villano?
Que ese era el talismán que le atraía
siempre que iba á su casa pretextando
buscar en Acciayoli algún alivio
ó consultarle asuntos del Estado?
ignoras, pues, todo eso? Aquí no falta
quien darte pueda testimonio exacto
de cuanto ha visto. Vamos, Conde Estela,
á Juana repetir lo que ha olvidado.

JUANA.—No, por favor. Libradme, tía mía,
de escuchar nuevamente mis agravios.

¡Bastante los conozco! Mas, decidme,
¿pensáis que él ose deprimirme tanto,
que la eleve hasta el trono de mis padres?
Entonces á una voz los soberanos
de Europa y aún el Papa...

CATALINA.—¡Callarían!
El fraguaría contra ti mil cargos
para abonar su pérfida injusticia,
y aún puede ser (no es mucho lo que avanzo)
conseguiría que anulase el Papa
de su himeneo el prematuro lazo.

JUANA.—¡Gran Dios!

CATALINA.—¡Y qué! ¿No has visto cómo apenas
te arranca tu corona, el primer acto
de su gobierno asigna al favorito
el ejercicio principal del mando,
y luego, á sus consejos obediente,
la proscripción fulmina contra cuantos
presume que, tomando tu defensa,
sus planes cruzarían temerarios?

JUANA.—¡Es cierto!

CATALINA.—Y bien ¿qué esperas que contigo
él haga con el tiempo? ¿Será raro
que quien su afecto al padre manifiesta
fiándole las riendas del Estado,
quiera probar á la hija su cariño
la corona en sus sienes colocando?

JUANA.—Pero al menos jamás de mis amigos
abandonada me veré. Sus brazos
gozosos volarán á defenderme.
(*á los cortesanos*) ¿No es cierto, amigos míos?

TODOS.—¡Os juramos
fidelidad, Señora, hasta la muerte!

CATALINA.—Tal es vuestro deber; y entre sus manos
el mismo juramento hoy repetido
al gran Roberto hicisteis expirando.

Pero importa saber por cuales medios,
á súbito destierro condenados,
podréis permanecer en esta Corte.
Esto es lo que más urge. Artusio, vamos,
¿qué proponéis?

ARTUSIO.—Señora, sólo encuentro
un medio...

JUANA.—Y bien ¿cuál es?

ARTUSIO.—Que hable al tirano
la reina en favor nuestro, y le suplique
humilde nuestra gracia, ó que podamos
permanecer al menos por algunos
días en esta Corte.

JUANA.—¡Yo á tal bajo
proceder, yo á los ruegos abatirme
ante el Usurpador!

CATALINA.—Es necesario
para que no se frustren nuestros planes;
y el humillar la frente un breve rato
á fin de asegurar á tiempo el golpe,
lejos de envilecerte, con un lauro
te ceñirá más bello, si así logras
astuta descuidar á tu adversario.
Ven, hija mía, enviemos á pedirle
una entrevista á Andrés; ambas en tanto
el porte concertemos y el lenguaje
de que en ella has de usar para calmarlo
y obtener que á tus súplicas acceda.
Amigos, hasta luego.

JUANA.—Por salvaros
del destierro, tan sólo yo podía,
amigos. convenir en este paso.

ARTUSIO.—El de una eterna gratitud, Señora,
nos proporcione testimonios daros.

.....

ESCENA V

ARTUSIO, LUIS, ESTELA

ARTUSIO.—¡Camaradas! forzoso es prevenirnos,
concertar nuestro plan desde temprano.
Si el pueblo, si las tropas permanecen
fieles á Andrés, si nos resultan vanos
todos los artificios que tentemos
para quitarle su derecho brazo
á ese ministro, entonces no nos queda
sino el puñal.
LUIS.—¡Qué dices!
ARTUSIO.—Meditarlo
os lo aconsejo,
ESTELA.—Raros á la tumba
guardan fidelidad, Produce espanto,
pero es seguro el medio; ¡es infalible
LUIS.—Y si es preciso...
ESTELA.—Al mundo conozcamos.
Si un criminal proyecto se ejecuta.
pero no viene el triunfo á coronarlo,
aún si se queda en vana tentativa,
las maldiciones del linaje humano
persiguen al culpable por do quiera,
se solicita á gritos su cadalso;
mas si la suerte ampara su designio,
y si del cetro se apodera osado,
pronto el fulgor de la diadema encubre
la mancha sanguinosa de su mano,
y se aplaude como acto de justicia
lo que no abona ni razón de Estado.
Pero yo espero, amigos, que forzoso
no nos será llegar á extremo tanto.
Otros medios, no menos infalibles,
pudiera sugerir...

LUIS.—Ea ¡indicadlos!
ESTELA.—Supuesto pues, que todos convenimos
en que es seguro el triunfo derribando
al florentino, decidid ahora
si evitará la red que le preparo.
Bien conocéis vosotros con qué celo
aún de sospechas conservar intacto
él procura el honor de la hija suya,
y no ignoráis que adora los encantos
de esa joven, Andrés tan sin rebozo,
que ya ocasión de críticas ha dado
al pueblo y á la Corte. ¡Quién no advierte
en esta situación dispuesto el campo
para hacer circular ciertos rumores,
con que Acciayoli, viéndose infamado,
deje tal vez su puesto para siempre!
LUIS.—Ya creo comprenderos.
ESTELA.—Si en un acto
solemne, y donde sea el estallido
inmenso é inevitable como el rayo,
le hacemos entender que piensan todos
que ese poder ha sido un premio dado
al filial deshonor, no á sus talentos
y altas virtudes, como él piensa... Vamos,
¿qué os parece mi plan? ¿resistiría
impávido á este golpe, y desesperado
á sepultar no iría su vergüenza
en un rincón del mundo?
LUIS.—Has acertado.
Maquinación diabólica es la tuya.
ARTUSIO.—E ingenioso proyecto que yo aplaudo.
Siempre su genio á Estela le ha servido.
ESTELA.—El medio añadiré de ejecutarlo,
sin que jamás descubran el origen
de que ha partido el ponzoñoso dardo.

Llegada la ocasión, cierto letrero,
en un lugar notable del palacio,
visible apareciendo de repente,
y mudo su ignominia propalando,
anunciará á la Corte al mismo tiempo
que el poder del ministro improvisado
sólo tardó en pasar sobre la tierra,
lo que en el cielo un ominoso lampo.

LUIS.—Sin duda que esto es hecho.

ESTELA.—Amigos míos,
el triunfo ha de ser nuestro: yo os lo afianzo.

ESCENA VI

Dichos, TOMÁS DE LA LEONESA

TOMÁS.—Salud mis dignos príncipes y condes!
Sé que del Reino se os destierra á todos,
y os vengo á dar los justos parabienes,
y á ofrecer mis servicios oficiosos,
puesto que yo á lo menos de esta Corte
no me voy á mover.

ESTELA.—¡Perfecto exordio!

LUIS.—¡Bello motivo á dar los parabienes!

TOMÁS.—¿Qué otra cosa he de daros, melindrosos?
¿No vais á enamorar las hermosuras
de las Cortes de Europa, y en desdoro
y en despecho y furor de mil maridos,
á aumentar hasta un número asombroso
el de vuestras conquistas? Pues presumo
que os manden á parajes á propósito.
¿No es verdad? Para Francia, para Roma,
ú otros puntos así...

ARTUSIO.—¡Cargue el demonio
con este necio!

LUIS—¿Pero á tí te dejan
para que sirvas de bufón á su ocio?
TOMÁS.—Nó, amigos, que también se me condena
un destierro á sufrir; pero es tan solo
de la mansión del Rey:
ESTELA.—¡Oh! ¿te han quitado
tu destino tal vez?
TOMÁS.—Sí; muy orondos
dicen que el nuevo Rey, acostumbrado
á expedirse en Hungría sin socorro
de algún tercero, precisión no tiene
de que le abroche sus vestidos otro.
Hinc prima malí labes.
ARTUSIO.—Sólo quieren
quitar de en medio un importuno estorbo.
Mas, por lo visto, te contemplan ellos
demasiado incapaz de algun arrojo.
¡Tienen razón!
TOMÁS.—«¿Tienen razón» dijiste?
Voto va que te engañas, y ellos propios
se engañan como tú, si así lo piensan,
Tal vez mayores males que vosotros
causarles yo podría.
ESTELA.—(*á Artusio*) En este necio
hallar un instrumento me propongo
á nuestros planes.
ARTUSIO.—(*á Estela*) Decís bien: pensaba
en eso mismo yo.
ESTELA.—(*á Tomás*) De ningún modo
yo osaré asegurar que, si quisieras,
daños aún más crueles que nosotros
tal vez no les harías. Y yo mismo
te indicaría la ocasión y el modo
si al fin te resolvieras.
TOMÁS.—¡Por resuelto!
Sin más lo meditar, soy vuestro en todo.

Yo quería, Señor, me desterrasen
con los honores mismos que á vosotros
y más que su odio su perdón me irrita.

ESTELA.—¿A Acciayoli odias tú?

TOMÁS.—Mas que al demonio.

ARTUSIO.—¿Perderle desearías?

TOMÁS.—¡Que pregunta!
No es otro mi deseo, y que en el trono
mi soberana sin temor se asiente,
pues que mucho mejor yo me acomodo
con el reinado de las hembras.

ARTUSIO.—Puedes
ambos objetos conseguir.

TOMÁS.—¿Y cómo?

ESTELA.—Escribiendo un letrero en el paraje
y á la sazón que yo te indique.

TOMÁS.—¿Y todo
consiste en eso?

ARTUSIO.—Y nada más.

TOMÁS.—Pués dadlo
por hecho ya. Trabajo no es costoso
para quien se ha adiestrado desde niño
en escribir billetes amorosos.

ESTELA.—La Reina vuelve.

.....

ESCENA VII

Dichos, JUANA CATALINA

CATALINA.—Amigos, retiraos,
porque Andrés va á venir; y en esta estancia
Juana va á hablarle á solas.

ARTUSIO.—(*á Tomás*) Ven conmigo.

TOMÁS.—Soy de vuestra partida, camaradas.

.....

ESCENA VIII

JUANA, CATALINA

CATALINA.—Así, hija mía. Obedecer en todo
á mi experiencia la razón te manda.
Debes acostumbrarte al disimulo
de tus pasiones presto, si te afanas
en ser una gran reina. Haz, pues, tu ensayo.
No omitas sacrificios ni plegarias,
que si te humillas, es para perderle
y á los tuyos salvar que te idolatran.
No te hablo de mi hijo, cuya suerte
pende sólo de ti. Logra esta gracia,
y al verte yo en el solio de tus padres,
creeré mi eterna dicha asegurada.
Ya le tienes aquí (*Vase*).

. . . . . .

ESCENA IX

JUANA, ANDRÉS

JUANA.—(*aparte, viendo á Andrés que permanece retirado hacia el fondo*).
¡El es! Y al verle
cuantos consejos Catalina acaba
de darme, olvido; y el despecho sólo
apoderarse siento de mi alma.
Me esforzaré no obstante...

ANDRÉS.—(*avanzando lentamente*) ¿Una entrevista,
Señora, me pedís?...

JUANA.—Sí, Andrés; y extraña
vos juzgaréis mi petición sin duda;

después que anoche sin piedad tratada
por vos yo fuí.

ANDRÉS.—¿Esto es lo que tenías
que decirme, Señora?

JUANA.—¡Aún no se cansa
vuestra aversión constante de oprimirme!

ANDRÉS.—Yo no quisiera, a fé, se renovara
escena tan fatal.

JUANA.—Ni yo lo intento,
sino sólo pediros una gracia.

ANDRÉS.—Hablad entonces.

JUANA.—Vos habéis triunfado.
Preciso es que confiese mi desgracia,
y que sin producir alguna queja,
del hado á los decretos resignada,
al trono de mis padres no me acerque,
sino como se acerca una vasalla.
Humilde, pues, y suplicante ahora,
si es que aún de este favor no estoy privada,
yo vengo á interceder por los amigos,
apoyos más constantes de mi infancia.
Vos los habéis expatriado á todos;
sin que ellos hayan dado justa causa
para tanto rigor.

ANDRÉS.—¡Cómo no han dado,
Señora! ¿Ya os halláis tan olvidada
de todos los ultrajes recibidos
por mí? de que aún anoche ellos tramaban
una conspiración en contra mía?

JUANA.—Yo no tengo noticias de esa trama.
Mas cuando tal proyecto fuera cierto,
quizá los extravió la fe jurada
en su lecho de muerte al rey Roberto,
de vivir fieles á su nieta Juana.

ANDRÉS.—Vos la causa indicáis.

JUANA.—Mas al presente
¿qué podéis ya temer?
ANDRÉS.—Por cierto, nada.
JUANA.—Todos vuestros deseos se han cumplido.
El ejército, el pueblo se declaran
en favor vuestro; y nadie ha de impediros
la corona ceñir... ¡Ya sois Monarca!
ANDRÉS.—Así es, Señora. Favorable el cielo
se ha dignado amparar mi justa causa,
y vuestros impotentes consejeros,
por más que sus esfuerzos agotaran,
jamás de un pueblo entero lograrían
el torrente acotar, pues los arrastra.
Pero ¿queréis que deje pasearse
soberbio é impune por mi regio alcázar
á un Artusio, ocupado en suscitarme
siempre enemigos, cuya astucia inflama
contra mí vuestro pecho; á un Conde Estela
cuyos excesos, corrupción y audacia
exasperan al pueblo que en su contra
un grito acorde de furor levanta?
En fin, Señora, á un Luis, amante vuestro,
cuya sola presencia es una infamia
para vos, para mí...
JUANA.—¡Ah! la calumnia,
la vil traición de los que mal nos aman...
ANDRÉS.—¡La calumnia, decís!... Y no ha dos dias
que se os veía hacer pública gala
del odio inestinguible á vuestro esposo
y del afecto á Luis que os inflamaban!
Mis ojos, mis oídos os acusan,
no digáis que enemigos os delatan;
es este corazón por vos mil veces
cruelmente destrozado.
JUANA.—¡Oh, desgraciado!
ANDRÉS.—¡Cierto! infeliz! Señora, bien lo entiendo;

é infeliz también yo, que en tan temprana
edad sin mutuo afecto nos unieron!
Mas no podréis decir que por la falta
de amor alguna vez os reconvine;
sobrado conocía qué distancia
dividía á los dos para exigirlo.
Podía, sí, pedir que repararais
cuánto al buen parecer os prescribía
que en vuestra posición fueseis más cauta.

JUANA.—¡Oh! yo os prometo, Andrés...

ANDRÉS.—Esa cautela
nadie la ha visto en vos, y abandonada
á pérfidos consejos ciegamente,
toda amistosa queja os irritaba.
No debéis lamentaros si hoy yo mismo
vuelvo por vuestro honor. La sola causa
del destierro de Luis vos habéis sido,
del de los otros su indomable audacia.

JUANA.—Mas diferidlo al menos unos días,
tan sólo miéntras ellos se preparan
á sufrir dignamente su infortunio.

ANDRÉS.—Condescender no puedo á vuestra instancia.

JUANA.—¡Y qué! ¿no bastará que yo os prometa,
puesto que una afición infortunada
os ha indignado tanto, aunque inocente,
que, si dado no fuese sofocarla,
sin dar un leve indicio, eternamente
quedará oculta en el interior del alma?

ANDRÉS.—No basta; aunque es preciso que constante
cumpláis esa promesa.—En este alcázar
cerca el uno del otro viviremos,
mas yo haré que os parezca esta distancia
la de un inmenso abismo: entre nosotros
nada habrá de común, y veces raras
procuraré ofrecerme á vuestros ojos.
No olvidéis solamente que enlazada

estáis al rey de Nápoles en tanto
que una sentencia de la Sede Santa
no anule nuestra unión; y si hasta ahora
disimular prefiero vuestras faltas,
cualquiera nuevo escándado, Señora,
el encierro de un claustro lo expiara.

JUANA.—¡Oh! ya no puedo tolerar más tiempo
tanto ultraje, y seguir así humillada
sería una ignominia. De mi trono
sois el Usurpador! si la desgracia
quiere que yo me vea en este día
vencida y sin recurso abandonada,
puede ser que variando la fortuna
apele yo á mi turno á la venganza!

ANDRÉS.—¡Que vengan, pues, que vengan esos héroes
á defender dispuestos vuestra causa,
á probarme bien pronto que yo he sido
injusto Usurpador!... Pero llegada
aquesa coyuntura, ¿cuál sería
mi suerte? Del palacio me arrojaríais
á un destierro tal vez; ó si esto aún era
leve castigo de injusticia tanta,
un Tribunal vendido en un cadalso
á expirar sin honor me condenara.
Y al tiempo que yo fuese hacia el suplicio
marchando lentamente, en el alcázar
alegre á vuestro amante invitaríais
á que junto con vos se deleitara
desde un balcón mirando por el polvo
mi cabeza rodar ensangrentada!
¡Cuán grato ese espectáculo os sería,
cuya idea desde hoy quizá os halaga!
Pero Dios sabe bien que mis mayores
mucho antes que los vuestros ocupaban
el trono á que aspiráis; y él ha querido
que á sus dueños legítimos tornara .....

la herencia de que fueron despojados
de vuestro abuelo por las negras tramas.
JUANA.—¡Oh furor inaudito! Ya no sólo
á una consorte desvalida ultraja,
ni el flagrante despojo le contenta.
También su ingratitud hiere al Monarca
treinta años adorado de este pueblo
y cuyo nombre el universo ensalza;
también á la ceniza silenciosa
del bienhechor insulta, cuya falta
única fué llamarle de la Hungría,
creyendo que en su pecho se albergara
una alma generosa, para unirle
á su heredera propia en hora infausta,
y hacerle así partícipe de un cetro
de que jamás él tuvo ni esperanzas,
¡Oh! semejante proceder más honda
cava la sima atroz que nos separa.
Hoy me has hecho acabar de conocerte;
ya no exijo de ti ninguna gracia.
Cualquiera favor tuyo es mengua, y sólo
huir ya deseo de tu vista odiada. (*Quiere marcharse*)
ANDRÉS.—(*calmado y deteniéndola*). Deteneo,
Señora: reconozco
que acabo de excederme; y concentrada
mi pasión tanto tiempo, no ha podido
un límite guardar cuando estallaba.
¡Ojalá no me hubieseis dado nunca
motivos para usar violencia tanta!...
Vos querías, Señora, que el destierro
de vuestros cortesanos retardara
por unos días... ¡Bien! ocho permito
que puedan demorarse en estas playas.
Pero al noveno día ¡no lo olviden!
tierra no han de pisar napolitana! (*Vase*).

.....

ESCENA X

JUANA, CATALINA

CATALINA.—¡Hija mía!
JUANA.—Llegad, llegad bien luego,
tia mía, que el alma destrozada
consuelo necesita. ¿Habéis oído
cuanto el impío de decirme acaba?
¿Habéis visto, Señora, mis angustias?
¡Oh! venganza medad, dadme venganza!
CATALINA.—He escuchado, hija mía; he presenciado
su ceño furibundo y sus palabras;
y con tu propia indignación repito
que es necesario, y obtendrás venganza!

ACTO TERCERO

El teatro representa un aposento contiguo al principal salon del palacio real. Gran iluminación y preparativos de una fiesta. Al levantarse el telón, entra Andrés revestido de todas las insignias reales y Roberto vestido también de gala.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS, ROBERTO

ANDRÉS.—Al fin, Roberto, he logrado
un momento hablarte á solas.
Desahogar necesitaba
con tu amistad mi congoja.
ROBERTO.—¡Vos afligido, Señor!
y en día de tanta gloria,
cuando acabáis de ceñiros
de Nápoles la corona!

ANDRÉS.—¡Ah! si á ese tiempo al través
de tan bellas aureolas
en mi interior penetrara
tu vista escudriñadora,
cuál le hubiera hallado presa
de sierpes devoradoras,
mientras todos le creían
de placer nadando en olas!
ROBERTO.—¿Y cuál pudo ser la causa
de tan extraña zozobra?
La ausencia tal vez de Juana,
las domésticas discordias
en que estáis...
ANDRÉS.—Que ella se aleje
ó me aborrezca ¿qué importa?
Mas, ¡ay! Esa misma Juana
de mis penas es la sola
causa por razón distinta.
Verla siempre se me antoja
interpuesta entre mi pecho
y el ángel á quién adora.
ROBERTO.—¡Siempre el mismo pensamiento
que de vuestra alma no borran
ni cuidados tan distintos
ni impresiones tan gloriosas!
ANDRÉS.—Nunca como en estos días
tan presente á todas horas
la tuve; nunca la he amado
con pasión más impetuosa.
Cuando iba marchando al templo
á recibir la corona,
no encontrándola á mi lado,
yo me hablaba en esta forma:
«¿Qué me sirve esa diadema,
origen de mil zozobras,

«si no hé de poder con ella
«orlar sus sienes hermosas?»
Y cuando el aire inundaron
tantas músicas sonoras;
cuando mil triunfantes vivas,
hinchiendo la iglesia toda,
la conclusión anunciaban
de la augusta ceremonia,
en ese instante, mirando
á la turba bullidora,
distinguir pude á Francisca
confundida entre sus olas,
modesta, ignorada; pero
como nunca encantadora.
Yo no sé qué me detuvo;
pero en mi mente ya loca
volé á tomarla en mis brazos,
y hasta el pie del ara propia
conduciéndola, la dije:
«Recibe tú la corona
«que yo acabo de ceñirme,
pues la mereces tú sola».

ROBERTO.—Ah! Señor, ¡qué de desastre
me hace prever la furiosa
violencia con que la amáis!

ANDRÉS.—Y dices que es criminosa
mi pasión ¿que nunca puedo
romper lazos que me agobian?

ROBERTO.—¡Nunca, Señor! Tal idea
no apartéis de la memoria!

ANDRÉS.—¡Oh maldición!

ROBERTO.—¡Oh rey mio!

ANDRÉS.—No me llames ahora
Rey. Llámame compañero
como en mi niñez dichosa.

¿Te acuerdas tú cuán contentos
por las selvas más frondosas,
libres como el viento helado
que silbaba entre las rocas,
corríamos tras las fieras,
sin sentir pasar las horas?
¡Oh tiempo feliz! ¡Oh patria
que una suerte desastrosa
me hizo dejar, ¡cuántas veces
te suspiró mi memoria!
Mas en el clima de Nápoles,
só la llama abrasadora
de su sol, Roberto, siento
que mi razón se trastorna,
que mi resistencia vence
la pasión, y ciega y sorda
al través de precipicios
hacia su objeto se arroja.
(*óyese música*). Mas, ¿qué escucho? ¿Qué armo-
[nía
viene á herir tan deliciosa
mi sentido? ¿Es el recuerdo
de dulce patria remota?

ROBERTO.—¿Olvidáis que en esta noche
debe hervir Nápoles toda
con mil fiestas, y en palacio
hay un baile?

ANDRÉS.—Es cierto: ahora
mi coronación celebran
y al contento se abandonan
mis vasallos, entretanto
que cubren profundas sombras
mi corazón... Esta noche
por primera vez me honra
con su presencia Francisca...
Ya multitud bulliciosa

de mis nobles convidados
á los salones se agolpa.
Desde aquí recorreremos
los que llegan. ¡Cuánta hermosa
viene con el brillo ufana
de sus gracias y sus joyas!
¿Ves aquella que se acerca
en su marcha majestuosa
á una reina semejante?
Tú sin duda la aureola
de su frente no distingues
á distancia tan remota.
Mas yo, Roberto, percibo
aún el hálito de aroma
que á su paso va esparciendo,
y su fragancia me arroba.
¡Es Francisca!

ROBERTO.—Ya lo veo:
viene con su padre.

ANDRÉS.—A todas
partes modesta dirige
sus miradas, y una sola
no parece detenerla.

ROBERTO.—Acaso les incomoda
la curiosidad que excitan,
porque advierto que ellos toman
esta dirección.

ANDRÉS.—Al verla
acercarse, cual la hoja
del árbol tiemblo.

ESCENA II

ANDRÉS, ROBERTO, ACCIAYOLI *conduciendo á* FRANCISCA.
Algunas damas y señores llegan después.

ACCIAYOLI.—(*á Francisca entrando*). Hija mía,
de sus miradas curiosas
estarás aquí más libre.
Mas ¡qué miro!
FRANCISCA.—¡El Rey!
ACCIAYOLI.—A otra
estancia pasemos pronto.
ANDRÉS.—¿Pero en esta qué os estorba,
Acciayoli? ¿No he de daros
gracias mil por vuestra honrosa
condescendencia, trayendo
vuestra inapreciable joya
á dar más lustre á mis fiestas,
mayor realce á mi gloria?
ACCIAYOLI.—Señor, vos lo habéis querido.
La obediencia era forzosa,
á pesar que mi hija siempre
huyó de la alegre pompa
de las grandes concurrencias.
ANDRÉS.—¡Oh! sin su presencia hermosa
mi palacio hoy careciera
de su más brillante antorcha.
Presidir al bello sexo
de mi nobleza le toca.
ACCIAYOLI.—Honores tan excesivos...
ANDRÉS.—Corresponden á ella sola.
Mas, dejemos este asunto;
yo lo quiero y esto sobra.
Ya es tiempo de que principie
la fiesta; cada uno escoja
una amable compañera.

Suene la orquesta armoniosa,
y si la bella Francisca
no me niega tanta gloria,
con ella seré yo mismo
quien la alegre danza rompa.
(*á Acciayoli*) A vos, respetable amigo,
otro cargo honroso os toca.
Mis varones os esperan.

ACCIAYOLI.—Buscarélos sin demora.

(*salen todos menos Acciayoli*).

ESCENA III

ACCIAYOLI

Sí, sí, en vano pretendo
borrar esta idea fija.
El Rey adora á mi hija,
y voy más y más temiendo
que de esa pasión creciendo
la imprudencia y la locura,
han de llenar de amargura
mis días, y pronto acaso
causarán al mismo paso
mi perpetua desventura.
De insensata obstinación
hiciéranse delincuentes
mis ojos, si sus frecuentes
consultas en mi mansión,
no conociese que son
pretextos á fin de verla.
Ese constante atenderla,
y el empeño exagerado
con que hoy al baile me ha instado
no dejase de traerla.
En fin, los mismos honores

excesivos de que apena
la ve en palacio, la llena,
¿no me anuncian sus amores?
¿Puedo esperar yo mayores
testimonios? ¡Ah! hija mía,
si me convenciese un día
de que al culpable amor regio,
no de un hombre al privilegio
su excelso favor debía!
¡Oh! sin duda que esa fuera
la postrimera jornada
que en esta Corte ya odiada
permanecer se me viera.
Sí, preferible me fuera
un destierro al deshonor...
Mas, de Francisca el amor
jamás secreto ha tenido
para mí, y es el partido
de consultarla el mejor. (*Vase*)

. . . . . .

ESCENA IV

La escena queda sola por algunos instantes, oyéndose únicamente el rumor y la música del baile. Entran después disfrazados por una puerta que da á un gabinete excusado, el cual deberá verse en parte por los espectadores.

EL CONDE ESTELA, TOMÁS DE LA LEONESA

TOMÁS.—Conde, al parecer llegamos
hasta aquí con dicha suma.
ESTELA.—Nadie habrá que nos presuma
á tal hora donde estamos.
TOMÁS.—Sin duda la corte entera
nos juzga al lado de Juana.
ESTELA.—¡Quién tan digna soberana
hoy desterrada creyera!

TOMÁS.—Pero al menos delicioso
es su destierro elegido.
Morona, el palacio erguido
sobre un vasto prado umbroso!
¿Piensas volver pronto allá?
ESTELA.—Tan pronto como yo pueda
irla á decir: «Reina, queda
vuestro honor vengado ya».
Pero el tiempo no perdamos.
¿Dónde el letrero escribiste?
TOMÁS.—Tras ese lienzo.
ESTELA.—Elegiste
buen lugar sin duda.
TOMÁS.—¡Vamos!
¿Pongo manos á la obra?
ESTELA.—Veamos primeramente
si observa algún imprudente.
TOMÁS.—Es muy grande tu zozobra,
(*se acercan con cautela á la puerta del gran salón, y observan*).
¿Qué diablos puedes temer,
si están todos distraídos
con la danza y los sonidos
de la orquesta?
ESTELA.—Es bueno ver...
(*mostrándole*) ¡Mira, mira!
TOMÁS.—¡Andrés danzando
con Francisca!
ESTELA.—(*con risa irónica*) Así hace el necio
el golpe mucho más recio,
que le estamos preparando.
TOMÁS.—¿Ya es tiempo?
ESTELA.—Sí, date prisa,
Tomás; descubre el letrero. (*Tomás corre al lienzo; lo descuelga y esconde á un lado. Detrás de el se descubre el siguiente letrero*:

«Andrés le pagó á Acciayoli
«de Francisca el deshonor»).

TOMÁS.—No es este un mote, yo espero,
el mejor para divisa.

ESTELA.—(*viniendo á leerlo*)
«Andrés le pagó á Acciayoli
«de Francisca el deshonor»!

TOMÁS.—¿Qué tal?

ESTELA.—¡Muy bien! Te hace honor,
y lo hará á tu misma prole.

TOMÁS.—¿Desde donde acecharemos
del brulote la explosión?

ESTELA.—En esta oculta mansión
bien seguros estaremos. (*Entran en el gabinete excusado, y quedan acechando desde él á la vista del espectador*).

. . . . . .

ESCENA V

Dichos. Varios cortesanos entran en la escena, y algunos lacayos traen conservas y licores que colocan sobre las mesas. Los cortesanos se acercan á beber).

1.er CORTESANO.—¡Oh! Qué deliciosa noche
después de tan fausto día!
Llenad las copas, Señores,
y por la salud brindemos
del nuevo Rey.

2.º CORTESANO.—¡Porque logre
largos años de ventura!

TODOS.—Bebamos, diciendo acordes:
¡Viva nuestro Rey Andrés!

2.º CORTESANO.—(*al* 3.º, *paseándose juntos por enfrente del letrero*).
Paulo, ¿qué especies se corren
de la Reina?

3.er CORTESANO.—Que ella ha hecho
un agravio bien enorme
á su esposo, abandonando
en tales días la Corte.
2.º CORTESANO.—No era natural quisiese
presidir en las funciones
de la exaltación de Andrés,
cuando en él no reconoce
sino un mero Usurpador
de sus derechos.
4.º CORTESANO.—¡Señores!
Un brindis por las bellezas
Napolitanas.
TODOS.—¡Conformes! (*beben todos*).
2.º CORTESANO.—(*al* 3.º *continuando su conversación*)
¡Y Andrés mismo ha consentido
en su viaje!
3.er CORTESANO.—No te asombre.
Que él no la ama es bien sabido:
natural es que le estorbe
su presencia.
2.º CORTESANO.—Sobre todo
le estorbara en esta noche,
cuando tiene en su palacio
á Francisca de Acciayoli.
Dígolo esto entre los dos.
3.er CORTESANO.—¡Qué! Si ya no hay quién ignore
que Francisca á hacer fortuna
con próspero viento corre.
¿No has visto cómo con ella
hoy Andrés la danza rompe?
2.º CORTESANO.—Quizá Nápoles un día
su soberana la nombre.
3.er CORTESANO.—Cosas más raras se han visto
ciertamente en muchas Cortes.
2.º CORTESANO.—Y la elevación del padre

nos prueba... Pero ¿qué mote
sobre esa muralla han puesto
en caracteres disformes?...

3.er CORTESANO.—¿Qué dices?

2.º CORTESANO.—¿No ves allí?
«Andrés le pagó á Acciayoli
«de Francisca el deshonor»!

3.er CORTESANO.—¡Oh cielos! ¿Quién atrevióse
á escribir ese letrero? (*varios cortesanos que han reparado tambien en el letrero, se acercan á leerlo, y quedan asombrados*).

4.º CORTESANO.—Borradlo luego, Señores.
De otro modo tal vez crean
que hemos sido sus autores.

2.º CORTESANO.—Nó; mejor es que volvamos
al instante á los salones,
dejándolo como está.

4.º CORTESANO.—¡Mal consejo! Así se expone
mucho más nuestra inocencia
á injustas imputaciones.

1.er CORTESANO.—¡Salgamos, salgamos luego!

4.º CORTESANO.—Borradlo, borradlo.

.....

ESCENA VI

Dichos. Varios otros convidados acuden al rumor, entre ellos ACCIAYOLI.

UNO DE LOS QUE ENTRAN.—¡Oh jóvenes!
qué tumulto en esta estancia
levantáis! Qué es lo que os pone
tan pendencieros?

ACCIAYOLI.—¿Qué causa?...

1.er CORTESANO,—(*reparando en Acciayoli*). ¡Justos cielos!

2.º CORTESANO.—¡Acciayoli!
ACCIAYOLI.—¿Tan extraña confusión?...
3.er CORTESANO.—Los viles calumniadores
fueron otros. Cuando entramos
ya estaba ahí.
ACCIAYOLI.—Mas ¿que atroces
misterios que no comprendo
se encubren en vuestras voces?
CORTESANO,—Somos todos inocentes...
ACCIAYOLI.—Mas ¿de qué crimen, Señores? (*silencio general. Acciayoli los recorre á todos con la vista: los que estaban en la estancia bajan la suya. Algunos de los que últimamente han entrado, reparan en el letrero, y Acciayoli, á un movimiento de sorpresa que ellos hacen, repara tambien en él*).
ACCIAYOLI.—¡Dios mío! ¡Qué es lo que veo!
¿Es aqueste un sueño informe
que espantoso, inconcebible
turba mi mente? Del golpe
de un rayo me siento herido...
¿O será que se equivoquen
mis ojos, y crean ver
imaginarios horrores?
Leamos... Sí... sí; ¡no hay duda!
«Andrés le pagó á Acciayoli
«de Francisca el deshonor!»
¡Justo cielo! ¿dó se esconden
tus rayos, que así permites
que me ultrajen y deshonren?
¡Y el rey con ella!... ¡Oh, Francisca!
¡Hija, hija mía! ¿En dónde
estás? ¡Venganza! Venganza!

.....

ESCENA VII

Dichos, ANDRÉS, ROBERTO, *varios otros cortesanos*

ANDRÉS.—¿Qué es lo que pasa, Acciayoli?
¿Por qué estás tan agitado?
Por qué son esos clamores?
ACCIAYOLI.—¡Mi hija, Señor, mi hija!
¿Dónde la dejastéis? ¿Dónde
está? ¿Qué habéis hecho de ella?
ANDRÉS.—¿Qué locura os sobrecoge?
ACCIAYOLI.—¡Volvedme mi hija, á Francisca!
vuelo á buscarla! (*al ir él á salir se presenta Francisca á la puerta del salón principal; él se arroja en sus brazos y queda en ellos cómo fuera de sí por algunos instantes*).

. . . . . .

ESCENA VIII

Dichos, FRANCISCA

ANDRÉS.—(*á los cortesanos*). ¡Señores!
¿Qué es lo que le ha sucedido?
¿Quién tan fieras convulsiones
de dolor le ha ocasionado?
Hablad... hablad... Pero inmobles
guardáis silencio, y la vista
bajáis! ¿Seréis los autores?...
ACCIAYOLI.—(*á Francscia*)
¡Hija mía! Delicia de mi alma!
¿Sabes la imputación atroz, perversa,
que hoy acaban de hacerte? Si la ignoras
pluguiese á Dios que nunca la supieras!
Inocente eres tú! ¿No es cierto? Infames
te han levantado una calumnia horrenda.

Estoy seguro de ello. Mas, no obstante,
yo mismo quiero oírlo de tu lengua.
¡Repíteme que aún eres inocente!

FRANCISCA.—¡Padre!

ACCIAYOLI.—¿Qué dices?

FRANCISCA.—Por atroz que sea
esa suposición que aún no conozco,
gracias le doy al cielo que aún me deja
abrazar respetuosa vuestras canas,
sin acusarme de una mancha en ellas.

ACCIAYOLI.—(*respirando*) Yo te bendigo, ¡oh Dios!
que en sus palabras
este alivio dulcísimo me prestas
del peso destructor que me oprimía!
¡Es falso, es falso todo!... ¡Oh! que no sea
borrado ese letrero con la sangre
del vil calumniador que lo escribiera!

ANDRÉS.—(*que ha leído ya el letrero*)
¡Miserables! ¿Quién tuvo la osadía?...

ACCIAYOLI.—¿Quién la tuvo, Señor? ¿Y hay
quién lo pueda
dudar por un momento? ¡Los malvados
que el círculo formaban de la Reina!
De ellos sólo, sí, de ellos ha venido
la atmósfera de oprobio que hoy me cerca.
¡Oh! ¿Por qué al extenderse en esta estancia
mi vista perspicaz no los encuentra?
(*recorriendo á todos con la vista*)
¡Ellos han hecho bien en ocultarse!
Si alguno ante mis ojos se ofreciera,
ellos, cual las miradas de la sierpe,
con veneno mortal le consumieran
He aquí de la virtud cual es el premio
Mostrad al mundo una existencia entera
de glorias y virtudes. Un malvado
que en el fango del vicio se revuelca,

y que sufrir vuestro esplendor no puede
porque su propia obscuridad condena,
vuestra reputación gran tiempo mina
cobarde y en secreto, y cuando prueba
á verter á torrentes su ponzoña,
¡oh dura condición de la inocencia!
arbitrios no le faltan, y al fin ríe
mientras cual vil andrajo pisotea
vuestro querido honor, sin que posible
una venganza recibir os sea!
¡Oh! yo á un duelo de muerte retaría
al vil calumniador que en mí se ceba,
Y aunque fuese un atleta vigoroso,
aunque mi brazo con la edad ya tiembla,
con él en lid entrara y en su sangre
lavar sabría tan indigna afrenta!
Pero no hay temor que se presente!
Aquél que ha cometido acción tan negra,
es un infame, sí, que nunca á un padre,
valiente, á dar satisfacción saliera.
¡Que gocen, pues, que gocen los infames
de su maldad el fruto!... No nos queda,
hija, ya otro recurso que alejarnos
de este país de maldición. La tierra
ofrecerá otro asilo á tus virtudes...
(*hace como que quiere partir, y luego vuelve*).
Pero antes que marchemos... Si aún alienta
un corazón amante de su patria
en Nápoles, escuche la tremenda
predicción que yo le hago, y sus destinos
futuros llore en lágrimas sangrientas.
Sí, cuando ya en un pueblo la carcoma
del vicio hasta sus médulas penetra,
cuando en él no se teme de ignominia
cubrir á la virtud, que siga es fuerza

por la pendiente rápida, infalible,
que al precipicio á perecer lo lleva.
Alguna vez sobre él sus densas hordas
impelerán los pueblos que le cercan,
partirán sus despojos, y sus hijos,
hundidos ¡ay! en servidumbre eterna,
sirviendo de instrumento á los verdugos
que rompan sus entrañas, ni entereza,
ni vigor lograrán cobrar un día
para romper sus bárbaras cadenas!
Tal es el porvenir que dejo á Nápoles,
al darle ya un adiós la vez postrera. (*vase con Francisca*)

ESCENA IX

Dichos, menos ACCIAYOLI Y FRANCISCA. *Los cortesanos empiezan á salir durante esta escena y la siguiente.*

CONDE ESTELA.—(*en el gabinete, bajo á Tomás*).
¡Triunfamos! Y cayó nuestro enemigo!
Volemos á llevar tan grata nueva
á la Reina y sus fieles servidores.
TOMÁS.—Y á celebrar con bailes y con fiestas
un triunfo tan espléndido (*desaparecen*).

ESCENA X

ANDRÉS, ROBERTO, *algunos cortesanos* (*que acaban de partir al principio de esta escena*).

ANDRÉS.—Aún no logro
salir del estupor que me encadena.
¿Quién, quién pudo tener tanta osadía
sin temer la venganza más severa? . . .
Presto, volad; prevéngase á mis guardias:

de este palacio ciérrense las puertas!
Que nadie salga!

ROBERTO.—¿Y con qué fin?

ANDRÉS.—Al punto
es necesario averiguar quién sea
el autor de esa pérfida calumnia.

ROBERTO.—¿Pensáis que en estos sitios permanezca
todavía, Señor? ¿Que él no ha partido
desde el instante en que escribió esas letras?

ANDRÉS.—¡Maldición! Dices bien: ya estará lejos;
pero á cualquier paraje donde crea
hallar seguro asilo, como sombra
irá en su seguimiento mi ira fiera.
¡Yo haré apresar á cuantos sabedores
de este secreto infame me parezcan,
y ó bien en medio del tormento expiran,
ó el culpable y sus cómplices revelan!

ROBERTO.—Eso, Señor, perder inútilmente
de vuestros pueblos el afecto fuera.

ANDRÉS.—¿Y por qué medios piensas que Acciayoli,
Francisca y mi alta dignidad se vengan?

ROBERTO.—Revocad hoy, más bien, los breves días
á Juana concedidos por espera
en favor de los suyos, é intimadle
que cumplan sin tardar la orden primera.

ANDRÉS.—Sí, Roberto, lo haré; pero no basta
venganza tan benigna á mis ofensas,
y ya que yo lavarlas con la sangre
del verdadero criminal no pueda,
es necesario al menos otro golpe
mortífero asestar á Juana misma,
cómplice principal sin duda en todo.
Rómpanse de una vez estas cadenas
que con ella me ligan, y Francisca,
como también su padre, al puesto asciendan
á que los llaman sus virtudes.

ROBERTO.—¡Qué oigo!
ANDRÉS.—La soberana de mi reino ella
será, y su padre mi primer ministro.
ROBERTO.—¿Pero habéis meditado?...
ANDRÉS.—No me vengas
con nuevas reflexiones: ¡nada escucho!
Y constante en guardar esta promesa,
á bien conseguiré llevarla á cabo,
ó sin pesar sucumbiré en la empresa.

ACTO IV.

El teatro representa un salón de la casa de Acciayoli con puertas laterales que dan hacia lo interior y exterior de ella y ventanas que se supone tener vista al puerto. Aparece ya desguarnecido de la mayor parte de sus muebles.

ESCENA PRIMERA

MARÍA *y después* ANDRÉS.

MARÍA.—Triste suerte, á la verdad,
es partir forzosamente,
y abandonar de repente
lazos de amor y amistad:
Triste abandonar un suelo
de eterno verdor pintado,
y un aire tan perfumado
y un siempre azulado cielo;
Para ir por la mar sonora
dó no irán los que nos aman. (*llaman á la puerta exterior*).
¿Quién podrá ser á tal hora? (*vuelven á llamar*).
¡Voy á abrir! Qué apresurados
parecen venir! (*abre y entra Andrés disfrazado*).
¡Qué veo!
Un hombre en disfraz!

ANDRÉS.—(*descubriéndose*) ¡María!
MARÍA.—Es el mismo Rey ¡oh cielo!
ANDRÉS.—¿Dónde se encuentran tus amos?
MARÍA.—En sus propios aposentos.
ANDRÉS.—¿Y es verdad que ya Acciayoli
lo tiene todo dispuesto
para marcharse de Nápoles?
MARÍA.—Sí, Señor; con tanto empeño
este viaje ha apresurado,
que en breve espacio de tiempo
ha quedado todo listo.
A Florencia nos volvemos,
y para embarcarnos, sólo
aguardamos al lucero.
ANDRÉS.—Anda á avisar á Acciayoli
que en este salón le espero.
MARÍA.—Es excusado, Señor.
ANDRÉS.—¿Por qué?
MARÍA.—Porque está resuelto
á no recibir á nadie.
ANDRÉS.—¡Ni á mí mismo!
MARÍA.—¡Ni á vos mesmo!
ANDRÉS.—Obedece, sin embargo;
y dile que yo le ruego
que este favor me conceda
su amistad como el postrero.
MARÍA.—Está bien.
ANDRÉS.—Que también traiga
á Francisca.
MARÍA.—Ya obedezco.
(*aparte*). ¡Pluguiera á Dios que él lograse
hacerles variar de intento! (*Vase*).

. . . . . .

ESCENA II.

ANDRÉS (*solo*).

No, no dejaré que partan.
La reparación que vengo
á ofrecer á sus agravios,
debe bastarles por cierto.
¿Qué haría yo en esta Corte
si me abandonasen ellos,
los solos amigos fieles
de mi desamparo extremo?
Todos los medios posibles
emplearé por detenerlos.
Mas ya están aquí.

. . . . . .

ESCENA III

ANDRÉS, ACCIAYOLI, FRANCISCA.

ANDRÉS.—¡Acciayoli!
¿con que invariable os encuentro,
y sin que nada os detenga,
vais á abandonar mi reino
para siempre?
ACCIAYOLI.—Un solo día
demorarme en él no puedo.
ANDRÉS.—¿E ignoráis lo que este viaje
costará á mi tierno afecto?
ACCIAYOLI.—Señor....
ANDRÉS.—¡Partís! y un instante
no fijáis el pensamiento
en la situación penosa
á que me dejáis expuesto,

cuando entre tinieblas tantas
yo no mire, por lo menos,
un lucero de alegría
teñir mi horizonte negro!

ACCIAYOLI.—Después de la atroz calumnia
con que ultrajados nos vemos,
á nuestra impaciencia justa
son como años los momentos
que en partir nos demoramos.

ANDRÉS.—Con razón (yo lo confieso)
os ha irritado la ofensa
que unos viles os han hecho.
¿Pero á vuestros enemigos
queréis conceder, partiendo,
el triunfo que con su trama
conseguir se propusieron?

ACCIAYOLI.—¡Que ellos triunfen en buena hora!
Yo permanecer no puedo
en sitios que á cada instante
me harían bajar al suelo
mis ojos avergonzados.

ANDRÉS.—Yo he procurado con tiempo
vengaros, y si no ha sido
el castigo tan severo
cual la ofensa merecía,
porque el verdadero reo
aún oculto permanece
en las sombras del misterio,
ahora es cuando este vacío
á llenar yo mismo vengo.

ACCIAYOLI.—¿De qué modo?

ANDRÉS.—A vuestra hija
profeso un amor sincero,
tanto más inextinguible,
cuanto que oculto naciendo,

tímido entre mil combates
ha crecido en el silencio.
No sé si por mis miradas
é invencible desconcierto
á su lado, ella ha inferido
mi pasión; pero lo cierto
es que solamente aguardo
su dulce consentimiento
para ascenderla á mi trono,
jurándola amor eterno.

ACCIAYOLI.—¿Olvidáis que sois esposo
de otra mujer?

ANDRÉS.—Lo recuerdo.
Pero, Acciayoli, esos lazos
odiados como funestos
caerán á un sí de Francisca,
despedazados al suelo.

ACCIAYOLI.—¡Señor! desvariáis.

ANDRÉS.—No digas
que es loco mi pensamiento.
Juana y yo nos enlazamos
en una edad en que el cielo,
ni la razón reconocen
tal acto por valedero.

ACCIAYOLI.—¿E imagináis, por ventura,
que aún cuando estorbos venciendo,
os fuese al fin concedido
anular vuestro himeneo,
mi hija no sentiría
bastante orgullo en su pecho
para rehusar un trono,
patrimonio de otro dueño,
sobre el cual se la ascendiese
por un despojo violento?
¿Qué sería de su fama
entonces, Señor? Con ello

no autorizara las viles
calumnias de los perversos?
No: yo pienso que mi hija
aprecia más que el excelso
rango que hoy se la promete,
la interna paz de su pecho.
Si me engaño, que ella misma
os muestre sus sentimientos.

ANDRÉS.—Hablad, Francisca. Mis manos
rigen en el día un cetro
que, á mi padre arrebatado,
hoy ha vuelto á su heredero,
Yo nada le debo á Juana,
y sus pérfidos manejos,
mil ultrajes repetidos
justifican mi proyecto.
No habrá un solo hombre imparcial
que no aplauda el que á mi pueblo
yo dé una reina virtuosa
por otra, cuyo gobierno
aunque breve, sólo ha sido
serie de opresión y excesos.
He respuesto á vuestro padre
en todos sus argumentos;
ahora os toca á vos, Francisca,
dar la decisión que espero.

FRANCISCA.—Señor, ya un padre querido
expresó mis sentimientos;
sobre todo el testimonio
de la conciencia yo aprecio.
Mas aunque no reputara
criminal daros mi asenso,
la estimación de mi padre
bien tan alto considero,
que antes de perderla, os digo
quisiera morir.

ANDRÉS.—Lo creo.
Mas es porque siempre fuisteis
indiferente á mi afecto.
Largo tiempo hace sin duda
que habréis notado cuán ciego
yo os adoraba, y oído
mis suspiros mal opresos;
comprendido mis discursos
vacilantes é inconexos;
pero nunca habéis mostrado
abrigar un sentimiento
de piedad hacia mis penas.
Siempre insensible, de hielo
en tanto que yo moría,
¿qué importaban mis tormentos
para vos? ¿qué os importaba
que yo en mi palacio regio
no hallase sino una esposa
infiel y enemiga, urdiendo
con sus cortesanos siempre
de acibararme los medios?
Erais mi sola esperanza
en mi temporal deshecho,
mas no os cuidabais de verme
entre las rocas muriendo.
Idos, pues, á ser dichosa
en los brazos de otro dueño,
y jamás algún suspiro
deis, Señora, á mis recuerdos.
ACCIAYOLI.—Escuchadme, Señor; yo al testimonio
de mi hija he apelado, conociendo
cuánto es lo que ella aprecia su inocencia,
y que ella perdería un don tan bello
desde el momento en que aceptase ilusa
la oferta que la hacéis. Vuestro amor ciego

os hace ver un llano sin peligros
donde hay un hondo precipicio abierto.
Creed á la experiencia de mis años:
vos no podéis romper sin exponeros
el firme lazo que con Juana os liga.
Todos verían un delito en ello,
y los demás Monarcas de la Europa
un atentado injusto á sus derechos.
«¡La hija de un plebeyo florentino,
dirían, ocupar el lecho regio
de una nieta de ilustres soberanos!»...
Juana hallará auxilio y valimiento
en los reyes de Francia y Alemania,
envolveríais vuestro exhausto reino
en desastrosa guerra, el Vaticano
os lanzaría un exterminio, y lleno
de odio y de maldición, tal vez vencido
y con baldón privado de ese cetro
que empuñáis en el día tan seguro,
¿á quién se atribuiría tanto duelo,
sino es á mi ambición que no os hubiese
querido disuadir de un loco intento?
¡Ah, Señor! Olvidad tal desvarío,
y devolved á Juana vuestro afecto.

ANDRÉS.—¡Qué consejo me dais! Que yo con ella
me reconcilie!

ACCIAYOLI.—Sí, debéis hacerlo,
y olvidar sus pasadas imprudencias,
si anheláis vuestro bien y el de este Reino.

ANDRÉS.—¡Yo no la puedo perdonar!

ACCIAYOLI.—Conozco
que os será necesario algún esfuerzo.
Mas pensad que al ceñiros la corona,
vos habéis contraído con el cielo
el noble compromiso de inmolaros
por la felicidad de vuestro pueblo.

Cumplid, pues, ese voto. A vuestra esposa
del abismo salvad do va corriendo,
volvedla á su deber y á las virtudes
por medio del halago y del consejo.
Si no evitáis la pública ruina,
que el mundo os vea retardarla al menos.
Ven conmigo á sus plantas, hija mía;
apoya mis clamores con tus ruegos:
ellos conseguirán lo que no alcance
la ingraciable aridez de mis acentos.

FRANCISCA.—Al fin, Señor, al fin ha llegado
de que yo también hable, y de mi pecho
los secretos descubra. Padre mío,
vos me perdonaréis, seguro y cierto
de que esta confesión es la primera,
y la última será, sin que funesto
resultado la siga, un beneficio
por el contrario, acaso produciendo.
Ya que ésta, mi partida inevitable
eterna debe ser, en tal momento
yo le revelaré lo que hasta ahora
debí ocultar con incesante empeño...
Yo os he amado, Señor...

ANDRÉS.—¡Qué es lo que escucho!

FRANCISCA.—Sí; yo os he amado, y á la faz del cielo
he sido criminal por vuestra causa.
Inútiles han sido mis esfuerzos
para vencer esta pasión funesta.
En vano de la noche en el silencio,
arrodillada al pie de un crucifijo,
he llamado en mi auxilio al Ser Supremo
é invocado la sombra de mi madre.
Mis lúgubres sollozos y lamentos
se han perdido en los aires, no han podido
llegar hasta las plantas del Eterno.

¡Siempre entre mí y mi madre os encontraba
y entre el cielo y mis llantos interpuesto!

ANDRÉS.—¡Francisca mía!

FRANCISCA.—Los suspiros mudos
que á mi lado exhalaba vuestro seno
no eran perdidos como vos pensabais,
sino que hallaban en Francisca un eco.
Más el deber mandaba el disimulo,
ú obedecer debía aunque por ello
agonía mortal sufriese el alma.

ACCIAYOLI.—Hija, no sigas.

FRANCISCA.—Padre mío, es tiempo
de hacerle conocer mi sacrificio,
después que me he atrevido tal secreto,
fiada en su virtud, á revelarle.
Vos mismo, sabedor de mi funesto
culpable error, aprobaréis la eterna
expiacion de llanto que me he impuesto.
En Florencia, mi patria, menos dura
mi pérdida os será. No os faltan deudos
que vuestra ancianidad allí consuelen.
Luego que á aquellos campos arribemos,
(*á Andrés*) no os figuréis, Señor, que de un esposo
esperaré la mano. De un convento
en el retiro solitario, orando
por el perdón de mi delito al cielo,
rogándole también algúnas veces
por la prosperidad de vuestro reino,
iré á aguardar la muerte. Vos en tanto
con vuestra esposa uníos, yo os lo ruego,
amadla, y si esto os cuesta algún martirio,
á lo menos os sirva de consuelo
al recordar que hay otra que, distante,
mucho más que vos mismo está sufriendo.
¡Adiós ya para siempre!... Padre mío,
ya podemos marchar.

ANDRÉS.—Marchar; ¡oh cielo!
Marchar después que de ese labio mismo
declaración tan dulce yo merezco!
Aunque la vida hubiese de costarme,
en este viaje consentir no puedo.
FRANCISCA.—(*con severidad*) Señor, habéis oído que adoptada,
nuestra resolución es sin remedio.
Con la franqueza misma de que he usado
al declararos mi culpable afecto,
os digo que antes me daré la muerte,
que demorarme junto á vos más tiempo.
Después de la vergüenza que he sufrido,
otros partidos aceptar no puedo,
que una separación pronta y eterna.
ACCIAYOLI.—Hija, en nombre de Dios, partamos luego.

.....

ESCENA IV

ANDRÉS (*solo*)

¡Parten por siempre! me deja!
y para impedir su intento,
me falta el atrevimiento
que mi pasión me aconseja!
Ah! ¿Por qué si pretendía
tan duro golpe asestarme,
no dijo que en vez de amarme,
su pecho me aborrecía?
¡Roberto! Roberto amigo!
tú, cuya afección sincera
la sola será que hoy quiera
ser de mi dolor testigo.
¿Dónde estás? ¿A do te fuiste,

que en este terrible instante
privas de tu celo amante
de los hombres al más triste?
¿Me has también abandonado,
sentido de mi desdén?
¡Oh! perdona, amigo, ven,
que te invoca un desdichado!
.....

ESCENA V

ANDRÉS, ROBERTO

ROBERTO.—Miradme ya aquí, Señor.
En todo trance angustioso,
á vuestro lado, anheloso,
veréis volará mi amor.
Tomad, si queréis, mi vida:
lleno de gozo os la cedo,
si así restituíros puedo
la felicidad perdida.
ANDRÉS.—¡Oh amigo! nunca se vió
desmentida tu obsecuencia!
Mas ¿sabes que á eterna ausencia
ya con su padre partió?
ROBERTO.—Si lo sé; y le doy al cielo
gracias porque os ha salvado.
ANDRÉS.—¡Para siempre me han dejado!
ROBERTO.—El tiempo os dará consuelo.
ANDRÉS.—¡Nunca, Roberto! Jamás
en mi espantoso desierto
algun resplandor incierto
vendrá á darme algún solaz.
Con ella se van las flores
últimas de mi esperanza,
y en cuanto mi vista alcanza

hallo un vacío de horrores! (*se acerca á mirar por una ventana*).
Al ligero vislumbrar
del crepúsculo indeciso,
desde este sitio diviso
el mar que se extiende, el mar.
Como mi pasión intenso:
más cuya serena calma
con la tormenta del alma
ofrece contraste intenso.
Hay en el puerto un navío
que aprisa la blanca lona
á los vientos abandona
por huír del reino mío.
Viene hasta mi oído el canto
del alegre marinero,
como infausto mensajero
de soledad y de llanto;
Y al bajel miro acercarse
con ala rauda un batel,
Francisca se aleja en él:
¡véla, Roberto, embarcarse!
Sobre el puente detenida,
á la ciudad silenciosa
se vuelve á darla llorosa
la postrera despedida.
Y por esconder el llanto
que mientras á la mar se entrega
sus bellas pupilas riega,
cubre el rostro con su manto.
¡Oh! más tiempo no es posible
esta vista soportar... (*en ademán de partir*).

ROBERTO.—¿Y adónde queréis marchar?

ANDRÉS.—¡A detenerla!

ROBERTO.—¡Imposible!

Al punto que ella subiera,
huyó la nave del puerto,
y en todo él otra por cierto
no encontraréis más velera.
De tierra sopla la brisa,
y hasta la suave marea
parece que se recrea
en llevarlos más á prisa.

ANDRÉS.—¡Oh! ¿Con que ya para mí
se acabó todo consuelo?

ROBERTO.—Llorad que vuestro desvelo
calmaréis, Señor, así.
¡Oh más bien, volved la mente
por un instante á pensar
en vuestro pueblo sufriente!

ANDRÉS.—¿Cómo se puede ocupar
en hacer la dicha ajena
quién sufre tanta amargura?

ROBERTO.—Eso es tal vez lo que cura
la más dolorosa pena.
Vos acabáis de mostrarme
de vuestro amor la partida:
justo es que á mi turno os pida
yo la gracia de escucharme, (*llevándole á otra ventana*)
Ved cómo del mar lamida,
que con su ola la defiende,
vuestra capital se extiende
en triste silencio hundida.
De la aurora al primer rayo
despierta de su reposo,
no con vivaz alborozo,
sino en lánguido desmayo.
Como una joven doliente
que entre lúgubres delirios

larga noche de martirios
pasó en su lecho impaciente;
y que al despertar no alcanza
á ver á su rededor
sino el pasado dolor,
sin vislumbre de esperanza.
Ayer cuando ella os miraba
al trono subir triunfante,
respiró por un instante
del sufrir que la agoviaba,
Y con semblante risueño
brilló en toda su hermosura,
de un porvenir de ventura
ante el aspecto halagüeño.
Mas ved que de su alegría
la aureola se ha disuelto,
y hoy á dominarla ha vuelto
la antigua melancolía,
porque su rey la ha olvidado
por un amor delirante.
Ah! ¿No ha gemido aún bastante
este pueblo desdichado,
para que piense su dueño
en restituírle la gloria
perdida, cuya memoria
hoy sólo es para él un sueño?

ANDRÉS.—¡Oh Roberto! tus palabras
mi corazón enternecen,
y me hacen ver en una alma
generosa cuanto puede
el tener de un pueblo entero
entre sus manos la suerte!
Dí, por lograr la ventura
de los míos, ¿que pretendes
que haga yo? Dispuesto á todo

cuanto me exijas me tienes,
como no sea el olvido
de Francisca.

ROBERTO.—Concededme
la gracia de vuestra esposa.

ANDRÉS.—¡La gracia de quién me pierde!
De quién mi amor me ha arrancado,
de la misma á quién se debe
que de mi reino Acciayoli
haya huido para siempre!

ROBERTO.—¡Ah, señor! Quizá de Juana
sospecháis injustamente.
Tal vez ella no ha tenido
parte alguna en el aleve
ultraje inferido anoche,
y el solo brazo que os hiere
es el de sus cortesanos.

ANDRÉS.—¡Su corazón me aborrece!

ROBERTO.—Nó, señor; por el contrario,
ella os abre humildemente
el camino de la paz,
y vuestro amor sólo quiere.

ANDRÉS.—No entiendo

ROBERTO.—Ella os ha escrito.

ANDRÉS.—¡Me ha escrito!

ROBERTO.—A mis manos fieles
se ha confiado su carta;
y apenas lo que contiene
por el mensajero supe,
cuando hacia vos impaciente
volé.

ANDRÉS.—¿Dónde está esa carta?

ROBERTO.—Aquí la tenéis.

ANDRÉS.—(*aparte*) Un breve
instante el resentimiento
sofocaré que me enciende.

(*abre la carta que le entrega Roberto; y lee*).

« Esposo mío; os escribo en los momentos de
« saber vuestra coronación. Yo os felicitaría por
« ella, si nuestras fatales desavenencias anteriores
« no me hicieran temer que este acto de mi parte,
« fuese interpretado como poco sincero. Mas si pu-
« dieras leer en lo más hondo de mi corazón, veríais
« qué mudanza se ha operado en él durante los bre-
« ves días de calma, que de vos he estado ausente!
« Sí, Andrés; la tranquilidad del alma, el recobro
« de vuestra gracia, es ya lo único que ambiciono
« para lo futuro. ¿Qué importa quién haya de ser
« el que gobierne, con tal que nuestros súbditos
« sean felices? Si juzgáis verdadero el arrepenti-
« miento de vuestra esposa, si consentís en olvidar-
« lo todo, dadme una prueba de ello viniendo á
« Morona, donde os espero. De aquí volveremos
« juntos á Nápoles, en medio de las aclamaciones
« con que no dudo que el pueblo saludará
« nuestra reconciliación».

ROBERTO.—Ya lo veis, Señor. Después
de esa lectura ¿quién puede
sospechar que sus palabras
las dicte un intento aleve?
El mismo arrepentimiento
hablar por ellas parece.

ANDRÉS.—Preciso es que tu amistad
todo mi interior penetre.
Mudanza tan repentina
motivos me da muy fuertes
para recelar.

ROBERTO.—¡Sería
posible que vos temieseis!...

ANDRÉS.—Temo, sí, porque educado
desde niño entre el torrente
de esta Corte, espectador

continuo y víctima á veces
de sus tramas, no hallaría
muy extraño que esta fuese
una red que á mi bondad
y confianza se tiende.

ROBERTO.—¿Pero se dirá algún día
que, impasible é indiferente,
rechazasteis las propuestas
de vuestra esposa?

ANDRÉS.—¡Ah! Tan fuerte
combate, Roberto mío,
mi resistencia va vence.
¡Qué! después de haber perdido
al ángel que figuréme
descendido por mi dicha
de las regiones celestes,
me iré á arrojar en los brazos
de una mujer delincuente,
que estimar no me es posible,
y no podré menos siempre
de considerar perjura!

ROBERTO.—Señor, la impresión reciente
de otro amor, con vuestra esposa
á ser injusto os impele.
¿Pero recordáis sin duda
el encargo tan solemne
que al partir Francisca misma
os hizo de que os unieseis
por su amor con Juana?

ANDRÉS.—Es cierto.
Mas si hallándose presente
con su padre todavía
un consejo les pidiese
en esta penosa duda,
¿piensas que ellos me indujesen
á fiarme de esa carta?

¿Por qué no es Juana quién viene?
ROBERTO.—Siendo vos el ofendido,
natural es que recele
indiferente acogida.
ANDRÉS.—¡Desconfiaré de ella siempre!
ROBERTO.—Pero, Señor, ¿qué peligros
pueden por vos ya temerse?
Los adictos principales
de Juana salir hoy deben
para un lejano destierro.
¿Cómo pensar que imprudente,
de todo auxilio privada,
sola á conspirar se arriesgue?
¿Qué esperanza la moviera?
¿No es más natural que intente,
implorando vuestra gracia,
al solo arbitrio acogerse
que la resta en su infortunio?
En fin, si se me concede
honor tan alto, yo mismo
con una escolta bien fuerte
al palacio de Morona
os seguiré, y diligente
de una vida tan preciosa
seré el custodio perenne...
Mas ¡no respondéis, é inmóvil
os quedáis como la muerte!
¿Qué es lo que pensáis?
ANDRÉS.—Yo pienso
que en medio la varia suerte
de la vida humana, hay horas
en que el alma menos débil
aborrece la existencia.
ROBERTO.—Y sin embargo ¡se debe
existir!
ANDRÉS.—¡Y á una desdicha

sin término resolverse!
Ahora mismo no es posible,
Roberto, que yo te exprese
si accederé á los deseos
de mi esposa, ni si llegue
hasta ir á verla en Morona.
Está aún harto reciente
la herida que el pecho mío
recibió, para que intente
yo profundizarla más.

ROBERTO.—Pero después, Señor...

ANDRÉS.—Puede
que cuando más lo medite,
al fin dispuesto me encuentre
á perdonar sus agravios.

ROBERTO.—¡Esa esperanza me aliente!

.....

ACTO V.

Una habitación contigua á la Cámara de la reina en el Palacio de San Pedro de Morona, campaña de Nápoles. Puertas á ambos lados y en el fondo dando á la Cámara de la reina, cuyo lecho se alcanza á divisar. A la derecha del espectador un trono ricamente adornado. (Va anocheciendo).

ESCENA PRIMERA

CATALINA, ARTUSIO, ESTELA.

CATALINA.—¡Con qué ya, mis amigos, felizmente
de los contrastes nuestra causa triunfa,
é impele nuestra nave hacia la playa
con un propicio viento la fortuna!

ARTUSIO.—Sí, Señora, es verdad. Cayó el Ministro
que hollarnos pretendió con planta impura,

y engañado también el rey tirano,
del trono va á caer que injusto usurpa.

CATALINA.—El ha dado en la red que le tendimos,
inocente como una criatura.
¡Ha dicho que vendrá!.. Bien lo anunciabas,
Conde Artusio. Privado de la ayuda
del diestro florentino, es una máquina
que gira á cualquier viento que la impulsa.
Y á propósito, amigos: me persuado
que habréis necesitado de arte mucha
á fin de que los bárbaros esbirros,
para expeleros desfrenada turba,
se hayan alucinado á tal extremo,
que distantes de Nápoles ya os juzgan.

ESTELA.—Sí, que para engañarlos el empleo
nos fué preciso de sobrada astucia.

ARTUSIO.—Mas nadie habrá que á las presentes horas
bien lejos de aquí no nos presuma.

CATALINA.—Si del paso importante que nos resta
salir os veo con igual ventura,
diré ya que sois hombres para todo.

ARTUSIO.—A lo menos, Señora, si se frustra
el golpe meditado, solamente
de algún astro fatal será la culpa,
no de la imprevisión nuestra.

ESTELA.—Sin falta
creo que la sentencia se ejecuta
en esta misma noche.

ARTUSIO.—Pero en tanto
¿os encontráis, Señora, bien segura
del ánimo de Juana?

CATALINA.—En ese punto
amigos, no abriguéis la menor duda.
Yo he sabido agriarla á tal extremo
en contra del tirano, que con furia
ansía la hora en que las manos vuestras

pongan por obra su venganza justa.
ESTELA.—Y si después de todo, ella le engaña
hasta el fin...
CATALINA.—Preparada por mi astucia,
y por su rencor mismo aleccionada,
os puedo asegurar que por su culpa
no ha de frustrarse el golpe.
ARTUSIO.—Ella se acerca.
.....

ESCENA II.

Dichos, JUANA

JUANA.—Amigos, ¡qué placer mi pecho inunda
viéndoos salvos y libres en Morona!
¿Con qué habéis hecho una graciosa burla
á los sayones que iban á expeleros
del reino mío con violenta furia?
¿Pero dónde está Luis?
ARTUSIO.—Va á llegar pronto.
JUANA.—¡Salvo también!.... Pues ya nada me turba.
Y Andrés ha contestado que vendría!
CATALINA.—Creyendo verdaderas y seguras
tus protestas de amor.
JUANA.—¡El insensato!
¿Cómo ha podido imaginarse nunca
que después de cuanto hizo en contra mía,
después de tanta humillación é injuria,
yo algún día pudiese perdonarle?
ESTELA.—Sí; os ha ofendido sin guardar mesura.
ARTUSIA.—Y á no ser que tan pronto separarle
del Florentino se logró, sin duda
su hija, una plebeya, ahora sería
la soberana nuestra.

ESTELA.—Aún aseguran
que Andrés se lo ofreció cuando partía,
y que ella no aceptó.
JUANA.—(*aparte*). ¡No era calumnia!...
¿Lo habéis, amigos, preparado todo
para el golpe?
ARTUSIA.—Señora: que de él huya
es imposible, y si preciso fuese
que sangre corra....
JUANA.—Mi razón no escucha
sino la voz de la venganza: dadme
vosotros la que halléis más oportuna.
ARTUSIO.—Su muerte para el bien de vuestro pueblo
sería una obra santa.
JUANA.—Ya me asusta
la tardanza de Luis.
ESTELA.—Vedle que llega.
JUANA.—Dejadme con él sola.
.....

ESCENA III.

JUANA, LUIS DE TARENTO

JUANA.—¡Cuánta angustia,
querido Luis, causaba al pecho mío
tu prolongada ausencia!
LUIS.—Sólo á duras
penas, bien mío, conseguí salvarme.
Pero ya estoy ante las plantas tuyas,
gozando de tu vista, y bien pagados
con ella el corazón sus riesgos juzga.
JUANA.—¿Sabes cuánto te adoro, y cuánto sufro
cuando en tu ausencia mi pasión te busca
sin hallarte á mi lado? ¡Oh amado mío!

Hoy quise yo con obras mi ternura
manifestarte, y mientras que afrontabas
tantos azares en riesgosa fuga,
yo aqueste trono preparar hacía
para ti y para mí.

LUIS.—Bondad tan suma....

JUANA.—Venlo á ocupar: después de la borrasca,
el sol mucho más grato nos alumbra,
y buscar el descanso sobre un trono
el más terrible sufrimiento endulza.
¿Eres feliz? (*se sientan ambos sobre el trono*).

LUIS.—Me faltan las palabras
para poder pintar mi dicha suma.
Verme amado por tí, desde este asiento
dictar mi voluntad, y que ninguna
voz le resista, contemplarme en frente
de cuantos reyes con soberbia ocupan
los tronos de la tierra, como iguales
tratarlos, y por fin, si nos ayuda
la suerte de las armas, obligarlos
á que el momento en que mi voz retumba,
humildes obedezcan, y en el polvo
las regias frentes despechados hundan!
¡Oh mi Juana! Cuánto es lo que te debo!

JUANA.—Pero aún no es esto todo. Amigo, escucha:
Su cetro conservar vertiendo sangre,
dime, será muy horrorosa culpa?

LUIS.—¿Qué me quieres decir?

JUANA.—Te preguntaba
si una mujer que sin anuencia suya
se ha visto unida á un hombre á quién no amaba,
y el cual de ultrajes y opresión la abruma
con barbarie inaudita, ante los hombres
será muy delincuente porque acuda
á una venganza sanguinosa...

LUIS.—¡Oh, Juana!

JUANA.—También eso te doy.
LUIS.—¡Oh!
JUANA.—¡Qué! ¿Te turbas?
Y con su apresto horrible de puñales
te va á asustar la lobreguez nocturna?
¿Parécete escuchar un mar de sangre
que á romper viene su ola furibunda
bajo de nuestros pies? ¿Miras cubierta
la tierra de negror, y en cada una
de esas antorchas que á esmaltar empiezan
la bóveda celeste, te figuras
ver una tea sepulcral que inmoble
mi tentativa atroz condena muda?
Pues bien; yo como tú todo esto palpo
y esos temores á la vez me inmutan;
pero pienso en tu amor, en que tus brazos
me ofrecen un asilo que me cubra
contra el remordimiento: me imagino
tu proscripción actual, y ya no duda
mi pecho en decidirse, ansiando sólo
que ningún riesgo tu existencia sufra.
LUIS.—¡Oh mi amor! Cuán inmensa debe serte
mi gratitud! ¿No basta esa ternura
que es para mí un paraíso, no te basta
mi frente iluminar con tu fortuna,
sino que también ansías para siempre
asegurar mi dicha?... Haz cuanto juzgas
que puede contribuir á que ni un solo
instante tu contento se interrumpa,
y á que los dos jamás nos separemos.
Más voluntad no tengo que la tuya
ni anhelo yo otro bien que tu cariño....
Mas, ¡qué sonido de trompeta aguda
viene á herir mis oídos!...
JUANA.—La llegada
de mi tirano esposo él nos anuncia.

Yo voy á recibirle; pero antes,
á fin que mi valor no disminuya,
cólmame de caricias y de halagos
hasta embriagarme. Adiós, vuela y te juntas
con los amigos que tu auxilio esperan
para herir al tirano.... (*vase*).

.....

ESCENA IV

LUIS

LUIS.—¡Oh! mi sañuda
ira no necesita, hermosa Juana,
que á incitarla tus ecos contribuyan.
Tus caricias, tu amor son un encanto
que me infunde frenética locura,
y al aspecto del trono que me ofreces,
no hay una empresa que yo encuentre ruda!
Tiemble aquel que un momento separarme
de tu adorada posesión presuma!
Ya está en mi mano la sangrienta daga,
y al verla se estremece la natura.
Marchemos ya. (*vase*).

.....

ESCENA V

JUANA, ANDRÉS, ROBERTO

ANDRÉS.—(*despidiendo á Roberto en la puerta*).
Sólo hasta aquí, Roberto.
Las gracias yo te doy por tus cuidados.
Déjame solo con mi esposa, y vete
á entregar con los tuyos al descanso. (*vase Roberto*).

JUANA.—(*aparentando ternura*).
¡Esposo mío!
ANDRÉS.—¡Juana!
JUANA.—¡Ni siquiera
me da el nombre de esposa vuestro labio!
Qué! ¿Estará todavía en ese pecho
vivo el resentimiento?
ANDRÉS.—Ya no traigo
ninguna prevención en contra tuya:
y al cielo gracias doy, por el contrario,
que ha permitido al fin que nuestros odios
terminen este día.
JUANA.—Esposo amado,
merecer vuestra gracia es cuanto anhelo.
ANDRÉS.—Tú ya la tienes, Juana. Un velo opaco
hunda desde hoy en sempiterno olvido
todo cuanto pasó. Bien desgraciado
fué el ejemplo que dimos hasta ahora
con nuestra desunión á los vasallos,
para que en adelante de modelo
servirles de armonía no debamos.
JUANA.—Por mi parte, Señor, es tan sincera
mi sumisión, y tan de vera ansío
en todo complaceros, que ahora mismo
quiero solemnemente demostrarlo.
¿Reparáis ese trono que yo he hecho
preparar para vos? Cual soberano
sobre él voy á acataros, sin que aspire
sino á obtener de vuestro propio labio
el título que un Rey da á una vasalla
á quien benigno concedió su mano. (*Quiere llevarle hacia el trono*).
ANDRÉS.—Nó, esposa mía, nó: si es que deseas
que ocupe yo ese asiento, tú á mi lado
lo has de ocupar también; partir contigo

por igual quiero el esplendor del mando.
No hay más competencia entre nosotros
que la que tenga por objeto santo
hacer el mayor bien de nuestro pueblo.
¡Si no podemos mutuamente amarnos,
finjámoslo á lo menos, y que el mundo
felices nos presuma!

JUANA.—¿Y eso es cuanto
puedo esperar de vos? ¡Un fingimiento!

ANDRÉS.—¿De qué nos serviría alucinarnos?
Tú misma has repetido muchas veces
que te robó por siempre todo encanto,
toda esperanza de futura dicha
de nuestra unión el prematuro lazo.

JUANA.—Y tenéis tan presente mi extravío
anterior, que ya inútil lamentarlo
al todo me sería.

ANDRÉS.—¡Qué pronuncias!

JUANA.—Que yo misma me asombro de este cambio
obrado en mi interior; pero ello es cierto,
que á una existencia nueva yo renazco.
Un velo se ha caído de mis ojos,
y penetrada de un afecto grato
á las virtudes nobles que os adornan
y á las bondades de que habéis usado,
no sé como llamar lo que ahora siento
por vos mi corazón, ni oso expresarlo.
¡Os halláis tan dispuesto á no creerme!

ANDRÉS.—No negaré que encuentro muy extraños,
Juana, esos sentimientos. ¡Tú algún día
amarme á mí!

JUANA.—Ya veis que no me engaño
cuando incrédulo os juzgo.

ANDRÉS.—¿Debería
yo al cielo compasivo este milagro,
después que tu aversión no disfrazada

me causó los tormentos más amargos?
¡Ah¡ Si al menos la suerte á mi esperanza
le presentase un porvenir más claro,
y si ese sentimiento, aunque tardío,
fuese sincero...

JUANA.—Y lograría acaso
volveros la ventura que perdisteis
esa sinceridad?

ANDRÉS.—Puedo esperarlo
al menos.

JUANA.—¡Plegue á Dios! mas obstaría
al logro de ese bien un embarazo
invencible, ante el cual se estrellaría
mi esfuerzo inútilmente.

ANDRÉS.—¡Y bien! veamos.

JUANA.—Amor que no es recíproco, no puede
sanar de una honda herida los extragos.
Y no obteniendo yo correspondencia,
ni aún esperar pudiendo que por grados
recobraré el lugar que en los principios
me daba vuestro pecho...

ANDRÉS.—El ignorado
futuro ¿quién penetra? Tus esmeros,
tu variación sincera, resultados
pudieran conseguir tan venturosos.

JUANA.—¿Otro violento amor cual soberano
no os domina, Señor?

ANDRÉS.—No te lo niego.
Me vi tan infeliz, que despechado
busqué correspondencia en otro seno.

JUANA.—¡Y la obtuvisteis!

ANDRÉS.—¡Sí! pero fué vano
meteoro esa pasión, y un punto breve
para perderse iluminó el espacio.

JUANA.—Mas, mientras viva oculto aquese fuego,
¿qué otro cariño logrará apagarlo?

ANDRÉS.—Temores no te inspire su existencia.
Del alma en el oculto santuario
arderá inofensivo y siempre puro
como del cielo desprendido lampo.
Francisca ya ha partido de este reino
para no volver más. Un solitario
claustro va á ser su sempiterno asilo.
Hasta el postrer adiós su solo encargo
fue que te amase, mi deber cumpliendo.
Sin duda que sus ruegos sacrosantos
del cielo consiguieron tu mudanza,
para que yo fuese menos desgraciado.

JUANA.—Con que ella, ¿me decís que ya ha partido?

ANDRÉS.—¡Para siempre!

JUANA.—¡Y es cierto que su labio
os pidió que me amaseis!

ANDRÉS.—Y su olvido.
O que si un día su recuerdo grato
venía á mi memoria, sólo fuese
para alentarme en el deber.

JUANA.—(*Aparte*). ¡Dios santo!
Esa mujer del alma aborrecida
me da tan bello ejemplo, que á admirarlo
me veo precisada. Ella queriendo
prefiere al trono y á su amante, un claustro
por cumplir su deber, mientras yo el mío
traiciono sin terror...

ANDRÉS.—Sí, darte espanto
no debe que de ese ángel yo me acuerde
alguna vez, ¡oh! Juana. Antes si algo
que eterna pueda ser nuestra armonía,
es ese ejemplo heroico y sobrehumano.
¡Oh! cuán bello es por cierto el sacrificio
rendido á la virtud!

JUANA.—(*Aparte*). Yo me anonado;
y encuentro á pesar mío esa plebeya

mucho más digna de mi augusto rango
y de inspirar afecto duradero.
Siento que mi rencor se va calmando,
y que corriendo voy á un precipicio,
cuando de flores se me muestra un campo!

ANDRÉS.—Te miro pensativa, y en tu rostro
crecer la emoción. Ven á mis brazos,
Juana, y acerca del deber hablemos,
que esta lección ofrece asunto vasto.
Dos sendas en naciendo se presentan
al hombre. Siembran la una mil halagos,
es ancha y espaciosa, una campiña
parece, por la cual vuelan sus pasos
hollando juncias y esparcidas flores:
todo allí es movimiento, un aire vago
con mil perfumes su semblante orea,
y ópimos frutos bríndanle á la mano
árboles deliciosos; sus oídos
halagan mil sirenas con sus cantos,
bulle el gentío popular, estruendo
confuso la atolondra, y jadeando
sigue cual los demás tras una dicha
que apenas saborea un breve rato;
pero que deja siempre allá en su seno
un amargor de fúnebre presagio.
Al fin esa ostentosa primavera,
seducción del sentido, esos halagos
van haciendo lugar á un triste yermo,
la vía más y más se va estrechando
flanqueada de espantosos precipicios,
respira ya un ambiente emponzoñado,
marchitos, sin fragancia, los jazmines
siente y las rosas que su sien orlaron,
ni hieren á tal punto sus oídos
sino gemidos en lugar de cantos,
gemidos de los tristes compañeros

que al precipicio ruedan á su lado.
Mirando ya cuán pocos le rodean,
presa el alma de terrible pasmo,
volver atrás quisiera, pero es tarde;
desperdicióse el tiempo de ser cauto;
un vértigo de muerte al precipicio
le arrastra cual los otros, blasfemando,
sin poder esperar que su memoria
inspire sino horror á los humanos.
La senda del deber es la otra senda;
estrecha es al principio y por espacios
la siembra algún abrojo que es preciso
esforzarse á vencer: nada de raptos,
nada de estruendos ni de loca orgía
se encuentra, sino un techo hospitalario
disperso aquí y allí, do aliento toma
para su rumbo el viajador cansado.
Pero él está seguro que, siguiendo
constante ese camino, crudo amago
no harán á su existencia foragidos,
y los estorbos cada vez más raros,
llegar le dejarán á una pradera,
donde libre de riesgos y de amargos
remordimientos, por un sol eterno
verá su puro cielo iluminado.
Allí su ocupación será los males
consolar de sus míseros hermanos,
y ellos agradecidos cada día
de siemprevivas sembrarán sus pasos;
y cuando deje la existencia, el mundo
adorará su nombre venerando.
¡Cómo dudar, oh Juana, en decidirse
por el camino que elegir debamos!...

JUANA.—Basta, basta, señor, que enternecida,
llena mis ojos ardoroso llanto.
Yo quiero ser virtuosa y mi extravío

lamentar para siempre en vuestros brazos.
Dadme vuestro perdón...

ESCENA VI

Los mismos, ROBERTO

ROBERTO. (*desde afuera y llamando á la puerta*).
Señor, abridme.
ANDRÉS.—¿Quién es?
ROBERTO.—Roberto.
ANDRÉS.—¿Qué queréis?
ROBERTO.—Hablaros
ahora mismo.
JUANA.—¡Gran Dios!
ANDRES.—¿Qué es lo que ocurre?
ROBERTO.—Grandes nuevas, Señor; vengo á entregaros
un pliego que de Nápoles envía
á Vuestra Majestad su soberano
consejo. El conductor me ha repetido
que importa á vuestro bien y al del estado
lo leáis al momento.
ANDRÉS.—(*abriendo*). Entra Roberto.
ROBERTO.—Ved aquí el pliego.
ANDRÉS.—Un tétrico presagio
me asalta á pesar mío.
(*leyendo*) « Se ha extendido
« aquesta misma noche un rumor vago
« por vuestra capital, de incierto origen,
« mas por momentos cuerpo va tomando.
« Se dice que antes que amanezca el día,
« un grande movimiento preparado
« de tiempo atrás en contra vuestra debe
« estallar. Nuestro empeño ha sido vano
« por descubrir los medios con que cuentan

«y el lugar, quiénes son los conjurados.
«Ningún siniestro indicio nos inspira
«recelo por las tropas: su entusiasmo
«y el de los jefes por la causa justa
«se aumenta sin cesar. Todo por falsos
«parece condenar tales rumores.
«Mas como en este instante de informaros
«acaban que en el reino de regreso
«se encuentran los proscritos partidarios
«de Juana»...
(*habla*) Cómo es esto!
(*lee*) «Pues apenas
«la nave destinada á transportarlos
«se alejó de este puerto, ocultamente
«desembarcar los hizo en un ribazo;
«como de ellos temerse debe todo,
«mientras no sorprendemos sus reparos,
«deber hemos creído sin tardanza
«este importante aviso despacharos,
«á fin que en esos sitios poco fieles
«veléis por días que nos son tan caros».
¿Qué piensas, tú, Roberto, de este aviso?

ROBERTO.—¡Una conspiración y ellos en salvo!

ANDRÉS.—¡Y con Juana entre tanto yo en Morona,
de alguna trama vil juguete acaso!

ROBERTO.—¡Ah Señor! Un fatal presentimiento
me hace ya arrepentir de empeño tanto
empleado por mí para traeros
á este lugar de horrores. ¡Insensato!
Yo suponer tal crimen no podía.

ANDRÉS.—Conoce, pues, á Juana... Un hondo espanto
viendo estoy retratarse en vuestro rostro,
Señora... ¡tembláis toda mientras os hablo!...

JUANA.—¡Qué! me juzgais capaz....

ANDRÉS.—Si, ya de todo.
De la última perfidia habéis usado

conmigo en esta vez. ¿Qué es lo que os resta?

JUANA.—Mas ¿por qué hacerme tan sangriento agravio?
Habré de ser yo sola responsable
de cualquiera contraste desgraciado
que os pueda amenazar?

ANDRÉS.—Lo sois, Señora;
y sin razón no os creo mi ángel malo.
Nada se trama sin consulta vuestra
en daño mío. Vos al temerario
arrojo aliento dais de esos perversos,
y contra mí sin tregua conspirando,
juzgan para con vos, pues os conocen,
un mérito adquirirse señalado.
Ahora mismo intentáis al disimulo
en vano recurrir, y el sobresalto.
la confusión os vende á pesar vuestro.
Decid, pues. ¿qué recursos se han tocado?
qué trama se proyecta? En cuáles sitios
debe estallar el golpe?

JUANA.—Revelaros
nada puedo, Señor.

ANDRÉS.—¡Cómo!

JUANA —Ignorante
de ese motín me encuentro

ANDRÉS.—¿Y figuraros
osáis que con protestas todavía
lograréis inducirme en nuevo engaño?
¡Vamos! decid, Señora, lo que exijo.

JUANA.—Ninguna luz, repito, puedo daros.
Mas si es cierto, Señor, que se prepara
esa conspiración, si un rumor vago
desnudo no es de todo fundamento,
séame permitido el indicaros
(y en esto podréis ver si con designio
traidor á este recinto os he llamado)
que en parte alguna os hallaréis más libre

de riesgos, ni más fácil conjurarlos
os será, que en la misma corte vuestra,
Volveos, pues, á Nápoles.

ANDRÉS.—(*con ironía*) ¿Y es tanto
lo que debo temer junto á mi esposa?

JUANA.—¡Señor!

ANDRÉS.—¡Ea! queréis sola quedaros
para dar libremente á tiempo aviso
á vuestros atrevidos partidarios
de que ya sus designios conocemos.

JUANA.—Bien podéis hacer uso del sarcasmo
para abrumarme. Acaso merecílo
antes de ahora. Pero nunca he dado
consejo más sincero que al presente.
Jamás usé lenguaje menos falso.
Creedme, pues, Señor. Tal vez un día
de ello os aplaudiréis.

ANDRÉS.—¡Basta! no alcanzo
cómo, á presencia de tan gran perfidia,
aún puedo soportar vuestro descaro.
Fingiéndome un propósito sincero
de reconciliación, á vuestro lado
me invitáis á venir: yo generoso
la fuerte voz de mi experiencia acallo.
Complázcome al pensar que en vuestro pecho
los ecos del deber han resonado
al fin irresistibles, y perdono
inmensa serie de traición y agravios.
Vengo á una conferencia, cuyo objeto
no es otro que allanar mejor el campo
con el descuido y confianza mía
al éxito del golpe meditado.
Me recibís aleve con un trono
por rendirme obediencia preparado,
no halláis cómo mostrarme vuestro afecto,
y (apenas es posible imaginarlo)

contáis al propio tiempo los momentos
que tardáis en saber mi descalabro,
para variar de tono y de cadenas
cargar al punto mis inermes brazos.
Llega al fin ese anuncio apetecido;
mas no es el que esperabais: vuestro lazo
se ha descubierto, y mi clemencia misma
casi imposible tras de crimen tanto
debía pareceros. Pero estaba
á vos ir adelante, ir reservado.
Apenas de la culpa el desconcierto
parece en vuestro rostro, y del engaño
aún creyendo serviros con buen fruto,
á fin de precaver que el golpe en falso
den los cómplices vuestros y se pierdan,
con el pretexto de ponerme en salvo,
procuráis inducirme á que me aleje.
Esto es ya mucho, sí, y á tolerarlo
paciencia no hay que baste. Ni un momento
me voy á separar de vuestro lado,
mientras ellos no marchen al suplicio,
vos á un eterno encierro,
(*á Roberto*) Amigo amado,
ponte al momento en marcha para Nápoles
con una parte de mi escolta: en tanto
la otra vigilante de Morona
guarde el recinto de improviso asalto.
Prevén á mi Consejo que allí mismo
preparan su motín los conjurados,
De su celo y del tuyo persuadido,
confío no tener por largo espacio
que esperar la noticia de su arresto.
Cuidarás de avisarme en todo caso
presto cuanto ocurriere.

ROBERTO.—Mas, rey mío,
¿solo en este lugar he de dejaros

cerca de esa mujer?... ¿y si existiese
aquí mismo el peligro, si entretanto
que yo estuviese lejos...

ANDRÉS.—Nada temas,
que es su propia existencia mi resguardo.
(*Vase Roberto*)

.....

ESCENA VII

ANDRÉS, JUANA.

JUANA.—¡Ah Señor! Ah Señor! No habéis querido
creerme, cuando mi único conato,
(hago de mi verdad testigo al cielo...)

ANDRÉS.—¡No invoquéis ese nombre venerando!
Ya basta de perjurios!

JUANA.—Lo repito:
mi más vivo deseo era salvaros.
Aún es tiempo tal vez... Arrodillada
os lo vuelvo á jurar por lo más santo.
Escuchad mi consejo: él es sincero,
¿qué más añadiré, señor? yo os amo.
¿Cómo podría desear perderos?
Odiadme si queréis; pero alejaos.

ANDRÉS.—¡Luego el lugar prescrito es en Morona!
Luego se hallan aquí los conjurados?

JUANA.—¡Ah Señor! por piedad... ¿por qué ponerme
en tan terrible aprieto?

ANDRÉS.—¡Confesadlo!
Marcharé en el momento. (*Una voz dentro semejante á la de Roberto*).
¡Auxilio! Auxilio!
Me asaltan! Soy perdido!

ANDRÉS.—¡Qué he escuchado!

Es la voz de Roberto!

JUANA.—(*desesperada*) ¡Ya no es tiempo!

ANDRÉS.—Yo vuelo á socorrerle (*va á salir por donde la voz se siente, que es por donde se fué Roberto*)

JUANA.—(*oponiéndosele*) ¡No! quedaos
aquí cerca de mí!
(*La misma voz dentro*).—Andrés, me hieren!

ANDRÉS.—¡Voy!

JUANA.—¡Tened!

ANDRÉS.—¡Aparta! (*sale*)

JUANA.—¡Oh santos
cielos! Ya no hay remedio. (*se arroja sin fuerzas sobre un sillón*)

.....

ESCENA VIII

JUANA CATALINA (*que sale por otra puerta*)

CATALINA.— (*á Juana*) ¡Mujer débil!

JUANA.—¿Esa voz?

CATALINA.—¡Es fingida y por llamarlo!

JUANA.—(*alzándose apresurada*)
¡Ah! dejadme volar á socorrerle!

CATALINA.— (*poniéndose delante*).
Yo no te lo permito. A ese tirano
quiéres salvar, ¡y pierdes á los tuyos!

JUANA.—Una imperiosa voz me está clamando
que le salve... Señora, permitidme...
ó incurriréis en mi venganza. ¡A un lado!

CATALINA.—Tú apresuras su muerte.

ANDRÉS.—(*dentro*) ¡Oh asesinos!

JUANA.—(*forcejeando con la puerta cerrada ya por detrás*).
¡Han cerrado la puerta!

CATALINA.—(*con alegría*) ¡Bien!

ANDRÉS.—(*dentro*) ¡Malvados! (*se oye dentro ruido de aceros*).

JUANA.—(*gritando*) ¡Eh! dejadle, dejadle, yo lo ordeno!

ANDRÉS.—(*dentro*) ¡Me hieren! Ah!

JUANA.— (*volviendo desesperada al medio del teatro*)
¡Le han muerto! Horrible espanto!
Le he sentido caer...

.....

ESCENA IX

DICHOS, LUIS, (*que abre la puerta y entra con un puñal ensangrentado en la mano*).

LUIS.—¡Oh Juana mía!
Ya eres libre! Ya expira tu tirano!

ANDRÉS.—(*dentro, escuchándose su voz más cerca y más debilitada*).
¡Me han herido de muerte! Oh Juana! Juana!
Yo te maldigo. Ay Dios! Ah!

CATALINA.—(*con horrible alegría*). ¡Ya ha expirado!

JUANA.—(*á Luis*) Monstruo de maldición

LUIS.—(*sorprendido*) ¡Qué dice! (*óyese gran tumulto de voces, armas y pasos que se acercan*).

ROBERTO.—(*dentro*) ¡Amigos!
tomad todas las puertas del palacio.
Los conjurados se hallan en Morona:
lo acabo de saber y al punto he dado
la vuelta. Nuestro rey corre peligro;
volemos á advertírselo, á salvarlo!

.....

ESCENA X

DICHOS, ARTUSIO, ESTELA

ARTUSIO.—(*espantado*) ¡Roberto ha vuelto aquí!
JUANA.—¡Me habéis perdido!
¿Dónde me esconderé?
CATALINA.—Presto salgamos.
ARTUSIO.—¡Imposible, Señora! las salidas
ya están tomadas todas.
JUANA.—¡Oh!
LUIS.—Mis brazos, (*acercándosele*).
Juana, te escudarán de todo riesgo.
JUANA.—(*huyendo*) ¡Apártalos de mí, qué están man-
[chados
en sangre, sí, en la sangre de mi esposo!
ADRÉS.—(*dentro, con eco moribundo*) ¡Roberto!
ROBERTO.—(*dentro, más cerca*) ¿Qué voz oigo?
ANDRÉS.—(*lo mismo*). ¡Amigo amado!
ROBERTO.—(*lo mismo*) ¡Qué miro! Andrés herido!
ANDRÉS.—(*muy débil*) Sí; ¡de muerte!
ROBERTO.—¿Los asesinos dónde están? (*abriendo de par en par la puerta*).
ANDRÉS.—(*pareciendo en tierra moribundo cerca de lumbral de la puerta, se incorpora con trabajo y señalando á lo que están dentro de la escena*).
¡Miradlos! (muere).

CUADRO.—(*Cae el telón*)

La Independencia de Chile

Drama histórico en 3 actos i en verso

POR

D. JOSE ANTONIO TORRES

1828—1864

PERSONAJES

L. Cruz, Coronel, Director interino de la República.
M. Rodríguez, Comandante.
Alberto, Capitán.
Villalba.
Osorio, General en Jefe de los españoles.
Ordóñez, Brigadier español.
Clementina.
Robledo, Sargento.
Oficiales, soldados, pueblo, etc.

(Está tomada la acción en los momentos de la derrota de Cancha Rayada).



ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala del palacio de Santiago.—Al foro se leerá en caracteres bien visibles, la siguiente inscripción: «El 5 de Marzo de 1818 se despojó voluntariamente el pueblo de Santiago de todas sus alhajas y útiles de plata, protestando no adquirir [otras] ínterin la patria se hallase en peligro.—Naciones del universo; extranjeros que entráis en Chile: decidid si tal pueblo podrá ser esclavo!»

ESCENA I

EL DIRECTOR, VILLALBA, *soldados y pueblo*

DIRECTOR.—Un momento parece que cansada
de brindarnos laureles la fortuna,
se niega á nuestra patria una sonrisa
y el sol de nuestras glorias nos anubla;
pues en Cancha-Rayada victorioso
ya el hispano se encuentra y nos abruma.
Mas vosotros jurasteis tener patria
y mil veces hallar honrosa tumba
antes que ser esclavos nuevamente,
de aquél á quien venció vuestra bravura.
¡Pueblo! soldados! vuestro honor exige
que el juramento con lealtad se cumpla.
Si hoy los patricios un instante ceden
abrumados de heridas en la lucha,
más altivos mañana, más valientes
sabrán reconquistar una por una
las glorias que orgulloso el enemigo

cree haber hollado con su planta inmunda;
y entonces más brillante y más hermosa
veréis á nuestra estrella como alumbra,
y el sol de libertad é independencia
veréis á nuestros campos cual fecunda.

VILLALBA.—En vano, coronel, es fatigarse,
en vano es exponer ya las fortunas
y las vidas de tantos ciudadanos,
pues creo nuestra pérdida segura;
que avanza el español precipitado
sus filas engrosando, y ya, sin duda,
muy cerca de Santiago, victorioso
la altiva capital cuenta por suya.

El DIRECTOR.—Dispensadme, Villalba, que rechace
vuestras frases que creo inoportunas;
y aunque en vos yo no veo un enemigo,
de vuestro patriotismo tengo duda.
Amigo sois del Rey, y en vuestras venas
sólo sangre española es que circula.

VILLALBA.—Es verdad que en España yo he nacido,
que otro tiempo tal vez la causa suya
sostuve con lealtad y con empeño;
mas hoy que todo un pueblo se pronuncia
y pide se respeten sus derechos,
y caiga ese poder que lo subyuga,
no he vacilado un tanto en alistarme
en sus filas que se alzan cual la espuma,
y á la par de vosotros estar pronto
por causa perecer, tan noble y justa.

El DIRECTOR.—(O al español vender nuestros pro-
[yectos
en la ocasión primera y oportuna).
Nada temáis, Villalba, entre nosotros;
aquí mi protección bien os escuda.
Vosotros retiraos y al pueblo heroico
procurad alejarle toda duda

sobre la gloria que orgulloso espera
de ser libre y feliz; que no hay ninguna
causa más justa, más sagrada y bella,
que la de un pueblo que valiente lucha
por romper las cadenas ominosas
que lo arrastran esclavo en desventura
y vosotros, soldados de la patria,
que hartas veces lidiasteis con fortuna,
id á tomar sutiles precauciones
y á aprontar las temidas armaduras,
por si acaso triunfante el enemigo
se avanza á provocar vuestra bravura.

PUEBLO.—¡O muerte ó libertad! ¡Viva la Patria!

EL DIRECTOR.—¡Por ella á conquistar honrosa tumba!

ESCENA II

EL DIRECTOR, VILLALBA

EL DIRECTOR.—Ya veis, Villalba, cual arde
ese pueblo en patrio amor,
libre lo hará su valor
que no es, vive Dios, cobarde.
Si el enemigo un momento
se mantiene victorioso,
pronto ese pueblo orgulloso
lo vencerá en su ardimiento.
A toda ambición ajeno
por ser libre sólo es bravo,
que no puede ser esclavo
quien ha nacido chileno.

VILLALBA.—No os ciegue, señor, la gloria
de ser libre é independiente,
que el español es valiente
también lo dice la historia.

Y no ha de causarle espanto
de ese pueblo los ardores,
que ellos son los vencedores
en Sagunto y en Lepanto.
Y es mejor salvarse ahora
huyendo á otra tierra amiga
pues que la hueste enemiga
ya se acerca triunfadora.

El Director.—Mucho ensalza vuestra voz
del contrario la victoria
y hasta invocáis á la historia
por dar miedo ¡vive Dios!
A esos bravos de la España
vencedores de Lepanto
que sembraban el espanto
donde alcanzaba su saña;
sin dar que hacer al trabuco
por ser sólo independientes,
un puñado de valientes
los venció aquí en Chacabuco.
Así, pues, no temais nada,
que sabrán nuestros soldados,
aunque mal disciplinados,
defender la patria amada.

Villalba.—Quiera al fin la Providencia
que alcance el pueblo chileno
á conquistar como bueno
en la lid su independencia.

El Director.—Ahora voy con franqueza
á hablaros de asunto grave,
pues aunque creo no cabe
en vuestra alma la bajeza,
sin embargo es precaución
en tan críticos momentos,
el hacer apresamientos
aun por pura presunción.

Y como vos sois amigo,
del rey y buen servidor,
y encomiáis tanto el valor
y el triunfo del enemigo,
sin querer daros disgusto
os ordeno, don Gervasio,
que no salgáis de palacio:
así estáis libre de susto.

VILLALBA.—Señor, me osáis apresar
cuando sincero yo os hablo...

EL DIRECTOR.—No os vaya á tentar el diablo
y empecéis á conspirar.

VILLALBA.—¿Cómo me hacéis tal ultraje?

EL DIRECTOR.—La situación es muy calva,
y juzgo tenéis, Villalba,
mucha labia en el lenguaje.

VILLALBA.—Veo me guardáis rencor
y que os dais por cierto, maña
en perseguir al que á España
debió un día algún favor.

EL DIRECTOR.—Libre ya de infame yugo
fuera muy bien admitido,
que el inocente oprimido
oprimiera á su verdugo:
pues vos sabéis harto bien
que no han sido muy humanos
con nuestros pobres hermanos
esos héroes de Bailén.
Y al mirarse victorioso
el chileno, é independiente
si os sabe vencer valiente,
os perdona generoso.
Y no os persigue con maña
ni os asesina á despecho,
como con él ya lo han hecho
esos valientes de España.

No temáis; nó, y acallad,
Villalba, vuestra inquietud.
Cuando no haya esclavitud
os daré yo libertad.

VILLALBA.—Mas permitid que os replique,
que yo miro un atentado
en haberme así apresado
sin causa que os justifique.

EL DIRECTOR.—¿Sin causa?... ¡por vida mía!
¿Sin causa decís? Villalba,
¿dónde fuisteis, hoy tan de alba
y de quién en compañía?

VILLALBA.—Quizá alguna delación
de algún patriota exaltado,
pues que jamás he pensado
en formar conspiración.

EL DIRECTOR.—Bien está; pero entre tanto
que el problema se resuelve,
y el pueblo triunfante vuelve
os cuidaré como á un santo.
Y si así no procediera,
mi deber no cumpliría
y alguno tal vez diría
que ultrajaba mi bandera.

VILLALBA.—Pero, señor, tengo una hija
y sola en casa ha quedado.

EL DIRECTOR.—Haré traerla á vuestro lado
con atención bien prolija. (*Se dirige al fondo*).
Pero, mirad ¿no es aquélla?

VILLALBA.—Ella misma, sí, en efecto.

EL DIRECTOR.—La arrastra hacia vos su afecto:
y es qué joven y qué bella.

VILLALBA.—Y también, señor, patriota.

EL DIRECTOR.—Ved, pues, si querrá ó nó el cielo
dar libertad á este suelo
que tan lindas flores brota

podéis en este salón
recibirla, don Gervasio,
y que viva aquí en palacio,
con toda consideración. (*Vase*).

ESCENA III

VILLALBA, CLEMENTINA

CLEMENTINA.—Padre mío, ya hace rato
que preguntaba por vos,
pues me decían que andabais
envuelto en la confusión
que de repente se ha alzado
en el pueblo ... qué sé yo.
VILLALBA — ¿Con que el pueblo está revuelto?
pues aquí, preso yo estoy.
CLEMENTINA.—¿Preso decís? ¡padre mío!
¿Y acaso corréis, señor,
algún peligro? ... quién sabe...
VILLALBA.—¡Oh! tanto como eso nó.
Dice que tan sólo tiene
sospechas el Director,
de que tal vez yo trabajo
por formar conspiración,
y que es mejor que aquí quede
resguardándome del sol
mientras toca el desenlace
la infernal revolución.
Mas, no te inquietes por eso,
que aquí sin riesgo me estoy.
CLEMENTINA.—Acaso ya habrá sabido
que el primero fuisteis vos
en esparcir la noticia
del triunfo del español,
manifestando el contento
y elogiando al vencedor.

¡Ah, padre mío, quien sabe
si os llevan luego á prisión!

VILLALBA.—En prisión ya estoy ahora;
pero no durará, nó.
Ya Osorio en Cancha-Rayada
ha quedado vencedor,
y persigue á su enemigo
que se encuentra en confusión
y sin recurso ninguno;
y nada importa el valor
cuando faltan elementos.

CLEMENTINA.—¿Luego ya es decir, señor,
que no habrá patria?

VILLALBA.—Por cierto.
Ya no habrá más confusión
y cesará la anarquía
luego que entre el español
á gobernar nuevamente
en nombre del Rey, que Dios
conserve y siempre proteja,
pues legítimo señor
es de estas tierras que ingratas
desoyen su augusta voz,
y atropellando sus leyes
se levantan en facción.

CLEMENTINA.—¿Y por qué, señor, el Rey
no escucha también la voz
del pueblo cuando le pide
más justicia y protección?
¿Por qué él estando tan lejos
quiere ser también señor
de estas tierras que cultivan
los pobres con su sudor?
Por qué, en fin, quitar él quiere
lo que al hombre Dios le dió:

¡su augusta soberanía,
su libertad y su honor!

VILLALBA.—¡Hola! ¿también bachillera?
¡Pues estamos de primor!...
¿Y quién, dime, te ha enseñado
toda esa aglomeración
de palabras sin sentido
y de... Pero ya, ya estoy:
es el capitán Alberto
á quien sé, tenéis amor.
Mal hace el militarcillo
en meter así la hoz
en mies ajena. Ahora mismo
voy á escribirle que no
vuelva á entrar más en mi casa,
porque ultraja su pasión
el honor de mi familia
y tengo en mucho mi honor.

CLEMENTINA.—No haréis eso, padre mío,
ni podéis hacerlo, nó,
que es Alberto un caballero
de inteligencia y valor;
y os juro, jamás me ha hablado
de que deba pensar yo
como él piensa, ni me ha dicho
que corresponda á su amor;
y á la verdad que yo ignoro
si abriga por mí pasión:
y si á entender os he dado,
como otras veces, señor,
que deseo que á estos pueblos
proteja en su causa Dios,
y que al fin se mire Chile
libre del yugo español,

es porque así, padre mío,
lo siento en mi corazón.

VILLALBA.—Vamos, calla, Clementina,
que me causa harto dolor
el saber que tan mal siente
de mi hija su corazón.
La causa que triunfar debe,
y la que proteje Dios,
es aquella que le abonan
la justicia y la razón;
y ya á Osorio, unido Ordóñez,
este bizarro español,
que no hay valla que se oponga
á su ardimiento y valor,
deben haber defendido
esta sangrienta cuestión:
y dentro de pocos días
en esta plaza entonando
deben saludar al sol
llenos de santa efusión,
bellos himnos que eternicen
los triunfos del español.

CLEMENTINA.—¡Quién sabe si las campanas
solemnicen la función
no con alegres repiques
doblando á muerto, señor!

VILLALBA.—Ahí lo verás. Mientras tanto
yo me encuentro en desazón
y reposar necesito.
Me entraré en ese salón,
que esta es ahora mi casa
según dijo el Director,
y aquí su manto me escuda;
pero pronto seré yo
porque al fin es caballero,
quien le preste protección.
(*Entra en un salón de la derecha*)

ESCENA IV

CLEMENTINA.—¡Amparad, Señor, su vida
que él me ha dado la existencia!
Mas nó á la patria querida
le quitéis su independencia
cuando la tiene adquirida.

ESCENA V

CLEMENTINA, ALBERTO

CLEMENTINA.—¡Alberto!... que inquieto viene.
ALBERTO.—Clementina, ¿vos aquí?
CLEMENTINA.—¡Y también mi padre allí
reposando se mantiene!
ALBERTO.—Pero ¿qué es lo que os sucede?
CLEMENTINA.—Yo, capitán, nó lo sé.
Sólo á mi padre aquí hallé
de donde salir no puede.
ALBERTO.—Luego ¿aquí le tienen preso?
CLEMENTINA.—Así él me dijo.
ALBERTO.—A fe mía
que hace tiempo me temía
le formaran un proceso.
Vuestro padre es imprudente
y en tan solemne momento,
tal vez algún pensamiento
ha puesto en claro su mente.
CLEMENTINA.—Mas él no tiene cuidado
que bien seguro aquí está
y dice que á esta hora ya
debe Osorio haber triunfado.
ALBERTO.—¡Ay! Clementina, es muy cierto!
Esa noticia nos llega,

y dicen que en la refriega
los nuestros todos han muerto.
En el pueblo la noticia
el espanto ha derramado,
y el contagio ya ha alcanzado
á los cuerpos de milicia:
y ahora vengo al director
á ver qué partido toma,
pues se cree que ya asoma
el contrario vencedor.

CLEMENTINA.—Si al poder de sus fusiles
piensan conquistar placeres
hasta las mismas mujeres
les gritaremos: ¡serviles!

ALBERTO.—Eso es, Clementina, bien!
A vuestro aspecto guerrero
sabe lidiar altanero
y triunfar sabe también.
Mas yo debo pronto ya
marchar á unirme á los míos
que tal vez luchan bravíos
sin esperanza quizá.
Pero nó, que ellos al fin,
salvarán nuestras banderas,
que allí están Freire, Las Heras,
O'Higgins y San Martín.

CLEMENTINA.—¿Mas si la esperanza bella
de triunfar se ha disipado?

ALBERTO.—Soy de la patria soldado
y debo morir por ella.

CLEMENTINA.—¡Id, pues, al campo de honor.
y en unión de esos valientes,
sabed ser independientes
ó sucumbir con valor!

ALBERTO.—Clementina, y si la gloria
obtenemos de vencer,

¿á quien vendré yo á ofrecer
el premio de la victoria?
Otros tendrán sus queridas
que á sus frentes ciñan flores,
que adormezcan sus dolores,
y les curen sus heridas.
Yo no tengo ni una hermosa
que me aliente con su amor,
ni salga al paso una flor
á obsequiarme generosa.

CLEMENTINA.—Si vuestro valor alcanza
vencer la hueste enemiga,
alguna habrá que os bendiga
con la fe de la esperanza.

ALBERTO—Mas qué recompensa espero
de aquella á quien mi alma adora,
si mi amor no la enamora,
si no me ha dicho: te quiero;
y aunque alcance triunfos bellos
en la lid como valiente
no vendrá á besar mi frente
ni á jugar con mis cabellos.

CLEMENTINA.—Fuera ingrata esa hermosura
que tan de veras amáis
si cuando á partir ya vais
quizá á hallar muerte segura,
no cifrara su ilusión
en coronaros al fin,
no con rosas de un jardín,
con flores del corazón.

ALBERTO.—Pues bien; vos sois, Clementina,
esa ingrata desdeñosa,
sois vos esa luz hermosa
que hace tiempo me ilumina.

CLEMENTINA.—¿Desdeñosa? Ah! nó; jamás:
si mis labios han callado...

mi corazón os ha amado
para no olvidaros jamás!
(*Se abrazan*).

ALBERTO.—¡Ya brilla feliz mi estrella,
ya pelearé con valor,
pues que me alienta el amor
después que tú, patria bella!
(*Se oye rumor en el pueblo que se va gradualmente acercando*).

CLEMENTINA —Pero ¿qué rumor es ese?...

ALBERTO.—El pueblo que se alborota.

CLEMENTINA.—Y cerca el ruido se nota.

ALBERTO.—Tal vez al instante cese.

CLEMENTINA.—Yo me oculto; ved que es eso.

ALBERTO.—¿Nos volveremos á ver?

CLEMENTINA.—Por fuerza, Alberto, ha de ser
que está aquí mi padre preso. (*vase*)

ESCENA VI

ALBERTO.—Quizá voy á maldecir
el instante afortunado
en que supe que era amado
siendo forzoso el partir;
mas si es preciso morir
por la patria que se adora,
será bien consoladora
recompensa, al caer herido,
pensar que el pueblo ha vencido
y que su amada le llora.
Porque es grande desconsuelo
pasar esclavo la vida,
llevar la frente abatida
y humillada siempre al suelo;
y sólo en triste desvelo
contar al aire sus penas,

ó encerrado en las almenas,
por ahogar los sinsabores,
tener que cantar amores
al crujir de las cadenas!

ESCENA VII

ALBERTO, EL DIRECTOR, *luego* oficiales, SARGENTO ROBLEDO y pueblo. (*Ruido inmediato*).

EL DIRECTOR.—Capitán, me alegro el veros
pero, ¿quién viene á armar
tanta bulla? ¿Qué sucede?
ALBERTO.—Que tal vez el pueblo ya
se cree perdido y teme
ver al enemigo entrar.
EL DIRECTOR.—Es muy crítica, por cierto,
la situación, capitán;
y si el pueblo desespera
del enemigo triunfar
y abatido se adormece,
muy pronto á la capital
entrará Osorio triunfante,
y á nosotros, muerta ya
nuestra esperanza, no queda
más recurso que emigrar,
ó en contienda bien inútil
la vida sacrificar.
Y la patria nuevamente
en la esclavitud caerá,
y con nuevas ataduras
su cadena afianzarán.
(*Entra el pueblo y oficiales bastante agitados*)
¡Pueblo! soldados! ¿qué es esto?
¿Qué ocurre?... Vamos, hablad!

SARGENTO ROBLEDO.—Mi coronel, que los godos
ya muy cerca de aquí están
y que vienen victoriosos
y muy pronto van á entrar.
EL DIRECTOR. - ¡Y bien! ¿no sois los soldados
que hartas pruebas disteis ya
de sostener á la patria
que supisteis libertar?
¿Cómo ahora temerosos
en ocultaros pensáis?
Si ya cerca el enemigo
de nuestras puertas está,
tanto mejor, ciudadanos,
vámosle, pues, á encontrar.
SARGENTO ROBLEDO.—Pero si es toda la España
la que viene... voto á san!...
Ya no queda más recurso,
mi coronel, que emigrar.
PUEBLO.—¡Cierto, cierto! no hay recurso!
EL DIRECTOR.—(*á Alberto*) Esto es triste, capitán;
y á la verdad, yo no encuentro
como el apuro salvar.
ALBERTO.—Si conseguir se pudiese
algún ejército armar...
EL DIRECTOR.—¡Ciudadanos! y en peligro
¿cómo á la patria dejáis?
ALBERTO.—¡Robledo!
SARGENTO ROBLEDO.—Mi capitán.
ALBERTO.—No procuréis temeroso
al pueblo desalentar.
SARGENTO ROBLEDO.—¡Yo, capitán, temeroso!...
allá lo veremos, no más.
Si ellos arrancan, que arranquen,
yo eché mis proyectos ya,
y á cuanto godo me pille
me lo voy á merendar.

PUEBLO.—¡Rodríguez! ¡Rodríguez! paso!
EL DIRECTOR.—(*á Rodríguez*) Aquí, comandante, [entrad.

ESCENA VIII

Dichos, RODRÍGUEZ, VILLALBA Y CLEMENTINA *aparecen por la puerta lateral*

PUEBLO.—¡Viva Rodríguez! que viva!
EL DIRECTOR.—¿Sabéis, comandante, ya
las noticias que han llegado?
RODRÍGUEZ.—Sí las sé, mas á triunfar
también sé, se apronta el pueblo.
VILLALBA.—(Va á tener que confesar
su derrota).
RODRÍGUEZ.—¡Ciudadanos!
vuestras armas aprontad,
porque al campo del honor
tendréis pronto que marchar.
(*al Director*) ¿Con qué recursos contamos
Coronel, qué dinero hay?
EL DIRECTOR.—Como doscientos mil pesos
que he mandado ya marchar
para los Andes.
RODRÍGUEZ.—Que vuelvan
es necesario; mandad
en el momento por ellos.
ALBERTO.—Santiago indefenso está
Comandante.
RODRÍGUEZ.—Y ese pueblo
y sus hijos, ¿dónde están?
¿Todavía el enemigo
no asoma y desconfiáis?
¿Y esa inscripción tan honrosa
la queréis tal vez borrar?
(*señalando la inscripción que está al foro*)

ALBERTO.—Valiente como siempre ya el soldado
que libertar su patria juró un día,
anhela ese momento suspirado
de alcanzar nuevamente nombradía
venciendo al enemigo ó destrozado
perecer con honor y valentía:
mas ese pueblo en otra vez ardiente,
hoy baja con temor la altiva frente.

RODRÍGUEZ.—¡Vive Dios, que me asombra lo que
[escucho!
Las frentes levantad siempre serenas
por no morder, cobardes, un cartucho
¿preferís el vivir entre cadenas?
Nó, ciudadanos, que yo tengo en mucho
vuestro orgullo y valor, y en vuestras venas
hierve sangre del ínclito araucano.
¡Que viva el tricolor republicano!

PUEBLO Y OFICIALES.—¡Viva, viva la patria! ¡Viva
[la libertad!

CLEMENTINA.—Nunca mostréis las frentes abatidas
cuando os llame en su auxilio el patrio suelo,
las bellas esperanzas más queridas
morirán si se nubla nuestro cielo:
nosotras curaremos las heridas
preciosas que alcancéis, con tierno celo.
¡Marchad, pues, á la lid, la patria espera;
y al hispano arrancadle su bandera!

(*Pueblo y oficiales gritan ¡viva!—Villalba manifiesta desagrado*).

RODRÍGUEZ.—¡Bien, ciudadanos! ese ardor alabo
que es feliz precursor de la victoria,
no quede en nuestro suelo ni un esclavo
y asombren nuestros hechos á la historia.
¡Bien merece, dirá, ese pueblo bravo,
la que supo adquirir, eterna gloria;
¡bien merece ser libre é independiente

el pueblo que ha nacido tan valiente!
Harto tiempo sufristeis amargura,
harto tiempo vagando en el destierro
mirasteis á la patria en desventura
y á vuestros hijos en inmundo encierro.
Romped ya para siempre la atadura
de esa cadena de tan duro hierro,
y haced que siempre brille pura y bella
de nuestro Chile la feliz estrella.
Que luego que tornéis á los hogares
donde se hallen los hijos y la esposa,
en coro elevaréis bellos cantares
saludando á la patria venturosa;
y olvidando en sus brazos los azares
y miserias de otra época angustiosa,
les diréis á los hijos, cuales fueron
los que por darles libertad murieron!
Ahora, ciudadanos; ya os espera
el campo del honor! ¡marchar valientes!
y vea el español nuestra bandera
tremolar victoriosa entre sus gentes,
y dichoso mil veces el que muera
por arrancar las garras insolentes
de ese león de España tan temido,
que al cabo á nuestros pies caerá vencido!
¡Sí, chilenos, caerá! vuestros aceros
ya probados en ínclitas batallas.
la muerte llevarán á esos guerreros
destrozando al pasar todas sus vallas,
y asaltando bravos y altaneros,
ni al número atendáis ni á las metrallas
de los soberbios leones castellanos.
!*Aún tenemos patria*, ciudadanos!

(*Cae el telón en medio de los vítores del pueblo*).

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una habitación en la campaña; mal traída.—Puerta al foro y á la izquierda del actor.

ESCENA I

OSORIO, ORDÓÑEZ.—*Aquel sentado á una mesa en actitud pensativa; éste entra por la puerta lateral con un pliego.*

OSORIO.—¿Qué hay de nuevo, brigadier?
¿Los facciosos dónde se hallan?
ORDÓÑEZ.—Siempre siguen confundidos
con su gente dispersada.
El oficial que mandamos
á explorar esta mañana
ha llegado en este instante
y este es el parte que pasa.
(*Le entrega el pliego.*)
El enemigo está débil,
en mal estado sus armas,
y aún predomina el efecto
de la última jornada.
Con que, ya no hay que dormirse;
vámonos, pues, á la carga.
OSORIO.—La carga, Ordóñez, la creo
por ahora aventurada.
ORDÓÑEZ.—¡Aventurada!... ¡Por vida!...
¡Cuando nuestro el campo se halla,
y en confusión y dispersa
toda la gente contraria,
no encuentra sitio seguro,
ni donde alzar una carpa!
OSORIO.—Os equivocáis, Ordóñez,
vuestro coraje os engaña.

No son sólo á esos soldados
que nos presentan batalla
los que hay que vencer, Ordóñez;
no como antes se encontraba
se encuentra este pueblo ahora.
Es necesario más calma;
es necesario prudentes
medir bien las circunstancias
para asegurar el triunfo
en la próxima jornada.
No miréis á esos reclutas
tan solo, que nos atacan,
mirad á los pueblos todos
que en contra nuestra ya se alzan
y despreciando el peligro
nos mofan en nuestra cara.
No es á la voz de sus jefes
que ya el chileno se avanza,
es á la voz poderosa
y eléctrica de la patria.
No hay que vencer batallones,
hay que vencer á las masas
que componen las ciudades
ya harto bien fanatizadas:
vamos á matar un pueblo
no á ganar una batalla;
y ¡por Dios! que tiene jefes
como los tiene la España!
Es preciso, brigadier,
la situación estudiarla
y no avanzar al galope
exponiendo nuestras armas.

ORDÓÑEZ.—Todo este razonamiento,
mi general, no me cala,
pues no me gusta dormirme
cuando me encuentro en campaña,

y no me envuelvo en proyectos
teniendo al cinto una espada.
Pues no en planes, en su filo
siempre fundo mi esperanza.
Si así vamos. ¡voto á sanes!
retardando nuestra marcha,
damos tiempo al enemigo,
á que su gente rehaga,
y á que junten elementos
y nos formen emboscadas
y alboroten á los pueblos
y fortifiquen las plazas,
y á que el diablo venga encima
y se forme una entruchada.

Osorio.—Ordóñez, os lo repito.
Vuestro ardimiento os engaña,
no se preparan combates
como se pega una carga.
Ya lo veis, vamos triunfando,
pues desde Cancha-Rayada
nos va huyendo el enemigo
sin presentarnos batalla.
Dentro, pues, de algunos días
nuestros soldados las armas
descansarán en Santiago.
Pero es preciso más calma
brigadier, que Chile todo
resuelto nos amenaza
y no es posible de un soplo
apagar la inmensa llama.

Ordóñez.—Yo también os lo repito,
general, nuestra tardanza
en hacer marchar las tropas
tal vez nos cueste muy cara.
Mucho discurrir os hace
la repentina mudanza

que decís halláis en Chile
y del pueblo la algazara.
¿Qué queréis? es natural
que hagan toda esa bullanga
unos pueblos que creían
poder ya sin ley ni pauta,
y sin gastar cumplimientos
hacer de las suyas ¡vaya!
y se encuentran de repente
con que es hueca la empanada,
y aquello de, hoy lo apretaste,
pues, aflójalo mañana;
y que si al fin son vencidos
llorarán la bufonada.
No os asuste su bullicio,
todo eso es sólo una paja
que al viento de la victoria
irá á parar á la nada.
Lo que importa es perseguirlos,
general, sobre la marcha;
y ese maldito entusiasmo
que ellos tienen por la patria,
sabremos desvanecerlo
¡vive Dios! de una patada.

OSORIO.—Yo no soy de esa opinión.

ORDÓÑEZ.—Otra para mí es errada.

OSORIO.—Yo cumpliré como debo,
que de todo la que se haga
sólo soy yo responsable.

ORDÓÑEZ.—Perdonadme la confianza,
general, pero maldito
si comprendo lo que pasa.
Queréis salir victorioso
¡y nuestras tropas no avanzan!

OSORIO.—Yo sé muy bien lo que ordeno,
brigadier, y se propasa

más allá de lo que debe
vuestra voz con arrogancia.

ORDÓÑEZ.—General, muy bien sabéis
que soy un hombre de espada
y que sé cómo se portan
los valientes en campaña,
y que sé cuando es preciso
aprovechar una carga:
pues bien, con franqueza os hablo,
y no digáis que os enfadan
mis palabras por altivas;
vuestras órdenes son malas
y puede muy bien que empañen
el brillo de nuestras armas.

OSORIO.—¡Ordóñez!

ORDÓÑEZ.—¡Mi general!

OSORIO.—Ya me fastidia esta audacia,
debéis guardarme obediencia
y respetar la Ordenanza.

ORDÓÑEZ.—(No es así como yo sirvo
los intereses de España) (*aparte*).
General, ya la respeto
haced lo que os dé la gana.

OSORIO.—Mandad, brigadier, que vengan
á mi presencia con guardias
todos esos prisioneros
que supo hacer nuestra espada.

ORDÓÑEZ.—Está muy bien, general.
(La cosa se pone mala) (*aparte*).

ESCENA II

OSORIO.—El halla fáciles modos
de aprovechar la derrota,
y el pueblo todo es patriota,
y hay que vencerlos á todos.

No es empresa tan sencilla
volver al yugo estas gentes,
que hay aquí también valientes
como los hay en Castilla.
Ese necio de Marcó,
por pensar sólo en sus trajes,
en sus golillas y encajes,
á perder todo lo echó.
Ridículo mandarín
que de sabio presumía
y le arrojó en sólo un día
de un puntapié San Martín!
Yo de todo desconfío,
y aunque en número doblado
nuestro ejército arrollado
será tal vez, que está frío
y no se encuentra contento;
y á fe que en hartas batallas
no alcanzó á ponerle vallas
al contrario en su ardimiento.

ESCENA III

Dicho. Los prisioneros que entran custodiados por soldados, se forman al frente.—ORDÓÑEZ entra por la puerta lateral.

OSORIO.—Soldados, á vuestro rey
formasteis conspiración,
y burlando su pendón
habéis burlado su ley.
Pero tal vez ignorantes
del crimen que cometíais
soñando quedar triunfantes.
Pero caisteis vencidos
y es ahora un deber

el haceros perecer
pues que fuisteis fementidos.
Mas libraros de la pena
que tenéis bien merecida
podéis y salvar la vida
porque la ley os condena.
¡Soldados, el que mi ley
quiera seguir y salvarse
puede un paso adelantarse
y gritar: ¡que viva el rey!

(*Los prisioneros sin moverse gritan todos á la vez: ¡Viva la Patria!*)

ORDÓÑEZ.—¡Voto al diablo!; son valientes!

OSORIO.—¡Miserables! en mi cara!...
Pues os va á costar bien cara,
vuestra arrogancia, insolentes.
¡Uno no me ha de quedar!
Pues á más de ser traidores
acrecentáis mis furores
cuando os quiero perdonar.
Llevadlos pronto de aquí
que su presencia me enfada
¡gente soez y menguada,
os vais á acordar de mí!

(*salen los prisioneros*)

Ordóñez, ¿qué dices de esto?

ORDÓÑEZ.—Que si son así los otros
acabarán con nosotros
ó morirán en su puesto.

OSORIO.—Es gente que ya está hecha
al rigor de lo campaña.

ORDÓÑEZ.—¡Voto á Dios! ni allá en España
se dá más linda cosecha!
Han sido, cierto, imprudentes,
mas yo tal vez... sin enfado

¡qué demonio! soy soldado
y me gustan los valientes.

OSORIO.—Habrá que hacer gran estrago
y habrá mucho que pelear
según veo, antes de entrar
nuestro ejército en Santiago.
Con su gente muy en orden
Las-Heras se retiró
del campo, cuando previó
ser batido en un desorden.
Marchan con mucha cautela,
y por no ser sorprendidos
otra vez y confundidos,
todos hacen centinela.

ORDÓÑEZ.—No hay que pensarlo; está visto
De esta hecha se quema Troya;
mas si erramos la tramoya
habrá la de Dios es Cristo.

OSORIO.—Ya deben pronto llegar
los caballos que nos faltan,
por si acaso nos asaltan,
poder el golpe parar.
Voy órdenes á impartir
para la marcha emprender;
y nuestro Chile ha de ser
ó tendremos que morir.

ESCENA IV

ORDÓÑEZ.—Daremos fin á la guerra
si la victoria alcanzamos;
mas si tanto nos tardamos,
¡por Cristo que nos encierra
el enemigo y boqueamos!
Mas ahogaremos sus cantos
si anda listo el general,

aunque les echen sus mantos
San Pedro y todos los Santos
de la Corte Celestial.
Vamos sin duda ganando
y también vamos perdiendo;
el enemigo va huyendo
y nosotros descansando!
¡Voto al diablo! no lo entiendo.
Pero al fin, ya de marchar
las órdenes se habrá dado.
¡Triste vida de soldado,
dispuesto á hacerse matar,
y una vez muerto, olvidado!

ESCENA V

ORDÓÑEZ, VILLALBA

VILLALBA.—¡Honor al valiente Ordóñez!
ORDÓÑEZ.—Villalba... á vos más honor
que no renegáis la causa
sagrada del español.
VILLALBA.—Y Osorio, ¿dónde se encuentra?
ORDÓÑEZ.—A dar órdenes salió
en este instante; mas luego
debe volver. Y vos,
¿cómo por aquí tan sano
y tan, así, qué sé yo?
¿Cómo escaparos pudisteis
del que hace de Director
de todos esos facciosos?
Porque según supe yo
estabais vos en Santiago
y envuelto en el toletol
en que allá todos se envuelven
por envolver la nación,

y envolvernos á nosotros,
y que desenvuelva Dios.

VILLALBA.—Es verdad, amigo Ordóñez,
todo es allí confusión,
y unos se creen perdidos
y otros cobran más valor.
Unos dicen: no hay recurso
que ya llega el español;
otros que el triunfo es seguro,
que aún hay patria y qué sé yo.
Yo por saber las noticias
de boca del Director,
á pesar que las sabía
por propio que me llegó,
me fuí á palacio y, amigo,
en él hallé mi prisión.
El Director sospechoso
por ser yo buen español,
de que tal vez en el pueblo
quisiera armar confusión,
y aprovechar el momento
de sorpresa y de temor
que las últimas noticias
en el pueblo difundió,
para entibiar en su pecho
ese natural ardor
de que hace alarde el chileno,
con mucha circunspección.
y sin andarse en retóricas
el guante, Ordóñez, me echó;
y en palacio quedé preso
tan sólo por precaución
como él me dijo, más luego
pude salir, y aquí estoy.

ORDÓÑEZ.—Ya, descuidaron la jaula
y el pájaro, zás, voló.

VILLALBA.—No ha sido así, amigo Ordóñez,
tuve que dar fiador
que abonase mi conducta
por sólo ser español.
Eso sí, que es caballero,
el Director ¡vive Dios!
Se ha portado generoso:
que tiene buen corazón,
y si vence al enemigo
no sabe guardar rencor.
ORDÓÑEZ.—¡Voto al diablo! don Gervasio,
¿qué estáis elogiando vos
á esos rebeldes que forman
á su vez conspiración?
VILLALBA.—Yo no elogio á los rebeldes,
que buen partidario soy
del rey, y á más he nacido
caballero y español.
Lo que elogio es el carácter,
y digo que es un dolor
el que ese valiente jefe
no se entregue á la razón
y esté gastando su vida,
su dinero y su valor,
en defender una causa
que aprobar no puede Dios.
Bondadoso ha consentido
que vengamos mi hija y yo
á vivir en esta chacra
que está al frente. Es posesión
que he comprado há poco tiempo
por mitad de su valor,
y que la ofrezco gustoso
á todo buen español.
ORDÓÑEZ.—Gracias por mí.
VILLALBA.—Con que, Ordóñez,

Juzgad si tengo razón
cuando digo que merece
encomios el Director;
y no ese bando insensato
que se atreve á alzar la voz
contra su rey y á sus pueblos
levantarlos en facción.

ORDÓÑEZ.—¿Y qué noticias me dais
de sus tropas? ¿Cuántos son
los batallones que tienen?
¿Dónde piensa el Director
presentarnos la batalla?

VILLALBA.—Todo eso lo ignoro yo,
que aquí vine en derechura
sin decirle á nadie adiós;
y hubiera comprometido
de otro modo á mi fiador.
Pero no tengáis cuidado,
sembraréis la confusión
cuando os miren ya cercanos
á Santiago, y ese ardor
en que se inflaman ahora,
se apagará muy veloz.
Hay sobresalto en el pueblo
y hasta ha habido procesión.

ORDÓÑEZ.—¡Bravo! pronto marcharemos
á enseñarles ¡vive Dios!
cómo se gobiernan pueblos
sin rezos ni procesión.
Pero aquí está el general
que tiene también temor.

ESCENA VI

Dichos, OSORIO

OSORIO.—¡Villalba! mi buen amigo!
VILLALBA.—A vuestra disposición
general.
OSORIO.—Mucho me place
que seáis tan buen español.
¿Y de Santiago llegáis?
VILLALBA.—De allá mismo, sí señor.
OSORIO.—¿Y cómo se halla ese pueblo?
¿Hay orden ó hay confusión?
VILLALBA.—Todo se encuentra revuelto,
y desde que les llegó
la nueva de vuestro triunfo
el pueblo tiene temor.
OSORIO.—Bien; ahora mismo marchamos.
ORDÓÑEZ.—Entonces á aprontarme voy.
(*Se oyen tiros como de un combate sostenido*)
OSORIO.—¡Qué es esto!
ORDÓÑEZ.—¡Que nos sorprenden!
VILLALBA.—No puede ser...
ORDÓÑEZ.—¡Voto á Dios!
¡Mi general! ¡nos asaltan!
(*Se asoman á la puerta del foro*)
OSORIO.—Debe ser un encontrón
de nuestra caballería
que llegar debía hoy,
quizá con una avanzada
del enemigo. Id veloz,
Ordóñez á hacer que avancen
nuestras tropas.
ORDÓÑEZ.—Voy, señor, este lugar no conviene;
dejemos este rincón
donde pueden encerrarnos.

OSORIO.—Decís bien. Seguidnos vos,
Villalba.
ORDÓÑEZ.—Ya el enemigo
parece acercarse.
VILLALBA.—Voy
con vosotros.
ORDÓÑEZ.—Ya veréis
como vence el español.

(*Salen por la puerta lateral Osorio y Ordóñez; Villalba se queda en el umbral*)

ESCENA VII

VILLALBA, *luego* CLEMENTINA

VILLALBA.—Pero nó, no puedo ir;
y mi hija, y mi compromiso...
Será quedarse preciso
aunque haya que sucumbir.
CLEMENTINA.—(*entrando*) ¡Padre mío!
VILLALBA.—¡Clementina!
CLEMENTINA.—No hallaba donde encontraros:
ved cómo podéis libraros,
porque hacia aquí se encamina
el escuadrón que ha asaltado
á un otro escuadrón realista.
¡Ocultaos de su vista
no vais á ser fusilado!

(*Habrán ido poco á poco cesando los tiros y se escuchará el rumor de los combatientes que se percibirá cada vez más cerca*)

VILLALBA.—No seré; no soy traidor,
pues armas contra ellos no hago,
y he venido de Santiago
con pase del Director.
Pero cómo huir de aquí;
ya la casa está cercada;

y también tú aquí encerrada...
¡Qué va á ser, hija, de tí!

CLEMENTINA.—Yo pienso tan sólo en vos
y ya que huir no podemos,
padre mío, aquí esperemos
rogando juntos á Dios.

VILLALBA.—Si el español los venciese...

CLEMENTINA.—Entonces, señor, el cielo
nos negaría el consuelo
que nuestra voz le pidiere.

VILLALBA.—¿No ves que ese bando inmundo
la ley de Dios abjuró?

CLEMENTINA.—¡Cristo en la cruz expiró
por dar libertad al mundo!

VILLALBA.—¡Ya están aquí! y ellos son!
No te apartes de mi lado...

CLEMENTINA.—Si por la patria han peleado
¡deben tener corazón!

ESCENA VIII

Dichos, SARGENTO ROBLEDO y soldados *que entran sable en mano y tercerola á la espalda, luego* ALBERTO *trayendo la bandera que ha quitado á los españoles*)

SARGENTO ROBLEDO.—(*En la puerta*)
¡Arrancadles los mostachos
que son mostachos de godos;
y amarrémosles á todos
y viva Chile, muchachos!

(*Entran los soldados gritando: ¡Viva Chile! ¡viva la patria!*)

SARGENTO ROBLEDO.—Pero calla!... aquí atrapa-
[mos
otra presa, ¡y con mujer!...
¡Bien haiga el godo! esto es ser
como Dios manda que seamos.

Pero aguardad ¡voto á san!...
si es la misma... si es aquella,
esa muchacha tan bella
que corteja el capitán.

ALBERTO.—(*á la puerta*) ¡Bien, mis bravos granaderos!
habéis hecho buen estrago.
Llevemos ahora á Santiago
á todos los prisioneros.

(*Los soldados gritan: ¡Viva mi capitán!*)

CLEMENTINA.—¡Alberto, ah! Dios me ha escuchado!

ALBERTO.—¡Qué veo, cielos, es ella!
¡Clementina!... sois la estrella
que alumbra al triste soldado!
¡Don Gervasio!

CLEMENTINA.—¡Capitán!
De vuestra hazaña en la escena
recibid la enhorabuena
que dos patriotas os dan.

VILLALBA.—Sí, amigo, justicia os hago...

ALBERTO.—Pero aquí ¿cómo os halláis?...
es preciso que os volváis
en el momento á Santiago.
Robledo, acompañarás
á este señor y á su hija
á Santiago, y con prolija
atención los cuidarás.

SARGENTO ROBLEDO.—Está bien.

VILLALBA.—Pero atendedme
capitán; yo aquí he venido
con permiso que he obtenido
del Director, y volverme
no anhelo á la capital,
que ando buscando el reposo...

ALBERTO.—¿Y un sitio más peligroso
lo juzgáis menos fatal?

No es posible que os quedéis
en estas tristes campiñas,
pues mientras tengamos riñas,
reposo aquí no hallaréis.
Yo escribiré al Director,
no tengáis ningún cuidado:
si de vos se ha sospechado
yo os volveré vuestro honor.

CLEMENTINA.—Sí, padre mío, marchemos
á Santiago y diligentes
del triunfo de esos valientes
la gran noticia llevemos.

VILLALBA.—Ya tenía por muy cierto
que el valiente es generoso
¡que seáis en la lid dichoso!
mucho, pues, señor Alberto.

CLEMENTINA.—Capitán ¡el cielo quiera
que nos volvamos á ver!

ALBERTO.—¡Quién sabe si esta va á ser
la despedida postrera!
¡Oh! esperad sólo un momento:
ya que á Santiago os volvéis,
es preciso que llevéis
á la patria un monumento.
¡Monumento!... un triste don
que forma toda mi gloria,
del que nadie hará memoria,
¡Quién sabe! en otra ocasión,
y vos seréis, Clementina,
quien lleve la prenda honrosa,
y así os veréis más hermosa
portadora peregrina.
Sí, señora, vos seréis
la que bañada en amores,
de la patria entre sus flores
otra flor colocaréis.

Tomadla pues; esta es
del español la bandera,
y ¡adiós! que la patria espera
¡ya nos veremos, tal vez!

CLEMENTINA.—Capitán, si las mujeres
vuestros triunfos aplaudimos
si al mundo á llorar venimos
del mundo amargos placeres,
también nuestra alma se apena
si á la patria contemplamos
esclava, también lloramos
por ablandar su cadena!
Y al mirar que esos valientes
por la patria dan sus vidas,
nuestras flores más queridas
no son dignas de sus frentes.
Ya juzgaréis qué placer
tendré al llevar orgullosa
esta prenda tan honrosa
que supisteis merecer.
Con ella iré á coronar
á la dulce patria amada;
¡yo la pondré arrodillada
en su más precioso altar!

ESCENA IX

Dichos, menos VILLALBA Y CLEMENTINA

ALBERTO.—¡Granaderos! la patria os agradece
vuestro heroico valor, vuestros esfuerzos
por librarla del yugo que la oprime
y alzarla independiente. Vuestros hechos,
orgullo de la historia, al mundo todo
la fama llevarán de los guerreros

que aunque pobres y en número menguado
triunfar de sus contrarios bien supieron.
Y esos viejos soldados de la Europa
cuando quieran buscar bellos ejemplos
de heroico patriotismo, á su memoria
asaltarán mil nombres de chilenos.
¡Soldados! yo que siempre de vosotros
sólo he sido un amigo, un compañero,
que he sufrido á la par vuestras miserias,
y al triunfo alguna vez supe sereno
conducir vuestras armas, mis valientes,
yo también vuestra hazaña os la agradezco.
Aún tenemos, soldados, en las manos
que conservar desnudos los aceros,
y marchar á encontrar nuestras banderas
que libres desplegándose á los vientos,
por refrescar sus polvorosas frentes,
aguardan temblando, á sus guerreros.
¡Vamos, pues, á su sombra, más valientes
á pelear por la patria, granaderos!

SOLDADOS.—¡Viva la patria!

(*Cae el telón*)

ACTO TERCERO

El teatro representa un salón del palacio de Santiago.

ESCENA PRIMERA

EL DIRECTOR, RODRÍGUEZ

RODRÍGUEZ.—(*entrando*) ¡Coronel! todo Santiago
se ha marchado á combatir,
y resuelto va á morir
ó á hacer en el campo estrago.

Quiere ser independiente
¡vive Dios! y lo será!
y patria y gloria tendrá
que tiene honor y es valiente!
Todos toman el fusil
que todos quieren vencer!...
¡Por siempre eterno va á ser
el sol del cinco de Abril!

El Director.—También, comandante, abrigo
tan halagüeña esperanza;
pues que miro en lontananza
lucirnos un astro amigo
¡Todo el pueblo se ha marchado!...
muchos tienen que morir
para que torne á vivir
Chile al yugo infame atado!
Bien dijisteis, comandante,
tal vez un sol de victoria
hoy alumbra nuestra gloria
y se alza Chile gigante!

Rodríguez.—¡Que vengan los de Bailén
que vengan esos Guzmanes;
Chile tiene capitanes
como ellos bravos también!
Ya no habrá *pueblo canalla*,
y mal que pese al tirano,
será el pueblo soberano
por la ley de la metralla!

El Director.—Comandante, ¿qué ha sabido
del asunto de Villalba?

Rodríguez.—La ley, señor, no le salva
y en prisión ya lo he metido.
Pues que traidor mantenía
secreta correspondencia
con Osorio, su insolencia
que pague y su villanía.

El Director.—Pero su hija, bien merece
ser indulgentes con ella.
Rodríguez.—Cierto que es la flor más bella
que en nuestro Chile florece.
El Director.—Detesta la esclavitud
y aún servicios ha prestado,
y de este modo ha empeñado
del pueblo la gratitud.
Rodríguez.—Entonces de la nación
á su padre desterremos
porque castigar debemos
su tan culpable traición.
El Director.—Bien está; pero entre tanto
sólo debemos pensar
en la patria libertar,
y es, por Dios, deber muy santo.
Tal vez en este momento
vaya Osorio sucumbiendo,
ó quien sabe si venciendo
vaya en combate sangriento.
¡Situación horrible y cruel!
Mas en Dios tengo confianza,
y hará que nuestra esperanza
triunfe al fin, pues triunfa él.
Rodríguez.—Cuando todo un pueblo quiere
ser libre, libre respira.
El Director.—¿Y si sin recurso aspira?
Rodríguez.—¡Entonces, peleando muere!
El Director.—Tenéis, Rodríguez, razón;
el pueblo sabrá triunfar,
y poder su frente alzar
libre de cruel opresión.
No necesita el chileno
que extranjeros mandarines,
vengan en torpes festines
á embriagarse en nuestro seno.

Hartos años de amargura,
de miseria y de torpeza,
ha doblado la cabeza
de la patria en desventura.
Hoy hace el último esfuerzo
por recobrar sus derechos:
que Dios le ayude, y sus hechos
admirará el universo.

RODRÍGUEZ.—¡Situación desesperada!
Todo el pueblo combatiendo
y aquí nosotros teniendo
quieta en la vaina la espada!
Aquí no más el cañón
va por fin á decidir
cual será en el porvenir
la suerte de una nación.
Mas hay fe en nuestros hermanos,
y mientras un brazo quede,
aún libertar se puede
la patria de sus tiranos.
Ya no es posible el letrero
llevar de esclavo en la frente,
¡Sea el pueblo independiente,
ó muera en combate fiero!
Acábese esa nobleza
que se apoya en pergaminos
y quiere nuestros destinos
sujetar á su torpeza:
hombres con plata y honores,
esclavos viles de un rey,
que nos quieren dar la ley
y que nos llaman traidores.
¡Traidores! porque valientes
á la patria defendemos,
porque felices queremos
respirar independientes!

Traidores, sí, los que al lloro
al pobre pueblo condenan,
y tiranos encadenan
por robarle su tesoro.
Traidores, ¡sí! los que necios
van á su patria olvidando
mientra están el pie besando,
de un rey que les da desprecios!
¡Ellos, sí! más no es traidor
el pueblo infeliz que quiere
ser libre y peleando muere
por tener gloria y honor.
Mas si hemos de caer en ruina,
bajo ésta todos quedemos;
¡y alerta, porque tenemos,
á la puerta á Catilina!

El Director.—Voy, pues, á tomar medidas
concernientes al momento.

Rodríguez.—Yo no tengo un pensamiento;
mis ideas confundidas
están; mi mente se embota:
¡Sólo veo la batalla,
la espesa y roja metralla
y al español en derrota!

El Director.—¡Quiera el cielo que así sea!

Rodríguez.—¡Vive Dios! así será
y el pueblo al fin triunfará
porque ser libre desea!

El Director.—Quien sabe si ya ha llegado
algún propio; voy á ver.

Rodríguez.—No hay, pues, tiempo que perder
porque el trance es angustiado.

ESCENA II

RODRÍGUEZ

RODRÍGUEZ.—Pueda al fin respirar la patria mía
libre de sus tiranos y opresores;
pueda la frente levantar un día
radiante por la gloria y los honores.
¡El porvenir, el porvenir te espera!
Tiende ¡oh patria tus alas!, rasga el viento!
Imita al cóndor que en la azul esfera
trepar parece al alto firmamento.
También un día dictarás tus leyes,
también el mundo acatará tu nombre,
cuando ya libre de menguados reyes,
tu heroica fama al universo asombre.
¡No más esclavitud! ¡no más pesares!
¡ya no más fanatismo ni nobleza!
crucen las naves por los libres mares,
y sabio Chile abundará en riquezas.
Protege ¡oh Dios! al pueblo independiente
que al rigor de la suerte no se abate.
Fué tu palabra la que oyó valiente,
clamando «libertad» voló al combate!

ESCENA III

RODRÍGUEZ, CLEMENTINA

RODRÍGUEZ.— ¿Qué viene á hacer esta niña?
Sin duda á pedir favor...
CLEMENTINA.—Señor, postrada os suplico
escuchéis mi humilde voz.
Salvad, señor, á mi padre
que lo habéis puesto en prisión
y que tal vez fusilado

va pronto á ser. Ah, señor,
libertadle de su suerte,
pensad que nació español
y que nunca tomó armas
ni contra el pueblo peleó,
Sed humano y generoso;
¡concededle su perdón!

RODRÍGUEZ.—Alzaos, niña. El delito
de vuestro padre es mayor
que si con armas hubiera
servido al bando español;
pues, mientra al pueblo halagaba
le hacía torpe traición
delatando al enemigo,
por alcanzar su favor,
sus proyectos, sus maniobras,
sus recursos... ¿qué sé yo?
Mas no os aflijáis, señora,
obtendrá al fin su perdón:
mas nó por él, ciertamente,
tan sólo, niña, por vos.
Confiad en mí; os lo prometo.

CLEMENTINA.—Ya yo sabía, señor,
que en el pecho de los libres
late un noble corazón;
y que si bien en la lucha
es terrible su valor,
cuando triunfan, generosos
hasta compasivos son;
y que á sus mismos contrarios
no saben guardar rencor.

RODRÍGUEZ.—Así es la verdad, señora,
y vuestro padre el favor
del libre desconociendo
le armaba conspiración.
Mas ya queda perdonado,

pero es preciso que hoy,
ó mañana á más tardar,
según dijo el Director,
se marche á Valparaíso
y sin guardar dilación
se ponga á bordo de un buque
y á Chile le diga adiós.

CLEMENTINA.—¿Luego marcha desterrado?

RODRÍGUEZ.—Sin duda que en la nación
no puede quedarse libre,
pues, hay, señora, temor
que vuelva á entrar nuevamente
en secreta relación
con Osorio ó con cualquiera
del ejército español:
y vos lo sabéis, señora
quien una hizo, hará dos.

CLEMENTINA.—Pero si quedáis triunfantes
ya cesará ese temor...
porque abandonar la patria
cuando ya la alumbre el sol
libre y feliz, y proscriptos
en extranjera nación,
sin tener otro consuelo
que encerrarse en el dolor,
es pena, por cierto dura,
¡que asesina el corazón!

RODRÍGUEZ.—Decís bien, señora, hay casos
en que la ausencia es atroz;
cuando el alma se halla amando
y es bien pagado su amor.
Pero no sé si os inquieta
tal vez alguna pasión,
y saberlo sentiría,
porque la orden se dió
de que en breve vuestro padre

marche al destierro. Valor,
niña, por si estáis queriendo;
pero luego la pasión
en vosotras las mujeres
se apaga, y vuelve el color
más hermoso á las mejillas,
la alegría al corazón,
otra vez fuego á los ojos
y muy pronto nuevo amor.

CLEMENTINA.—No comprendo ese lenguaje,
ni puedo mi corazón
abriros, que no he venido
á hablaros de amores, nó.
Ignoro si las mujeres
que nacieron al dolor
son tan dueñas de sí mismas
que jueguen con su pasión;
no sé si crueles deshojan
por buscar un nuevo amor,
la flor que un tiempo aromosa
su esperanza perfumó;
no sé si la cruel ausencia
despedace el corazón,
ó si tal vez es un medio
de ahuyentar el sinsabor,
volver la calma perdida
y de matar la pasión.
Vosotros sabréis todo eso
que jugáis con el amor
de aquéllas que candorosas,
sin escuchar su razón,
os entregan con delirio
hasta su vida y honor.
Sólo he venido á pediros
para mi padre el perdón;
y ya que tan generoso

os he encontrado, señor,
aún me atrevo á suplicaros,
porque es muy grande el rigor
de la pena, que alcancéis,
ya que bien lo podéis vos,
que del lindo patrio suelo
no nos arrojen ¡oh, nó!
Vos sólo no amáis la patria,
yo también la tengo amor;
y ya que es fuerza decíroslo,
en ella está mi ambición,
mi porvenir, mi esperanza,
tal vez mi vida, señor.

RODRÍGUEZ.—(¡Pobre niña! Cierto, es cruel
lastimar su corazón)
¿Pero qué queréis que yo haga
para alcanzar el favor
que pedís? si ya la orden
se ha dado, no puedo yo
desbaratar aunque quiera
lo que manda el director.
Yo aquí tal vez no soy nada,
tan sólo un soldado soy
de la patria y verla libre
es mi orgullo y mi ambición,
yo también, niña, el destierro
he probado ¡vive Dios!
y he sido puesto en prisiones,
y atormentado al rigor
de muy crueles tratamientos:
y ¿sabéis la causa? ¡oh!
porque tan sólo he tenido
á mi patria mucho amor;
porque he hecho la guerra á aquellos
que, así como el español,

han querido dominarnos
llenos de innoble ambición!
Yo también, niña, he sufrido.
Guardad, pues, vuestro dolor,
y marchad á vuestro padre
á decirle que sois vos
quien le ha salvado la vida,
pero en cambio el Director
ha ordenado su destierro,
tened, pues, resignación.

CLEMENTINA.—Si ya no queda esperanza
fuerza es tenerla, señor.
Comandante, me retiro:
¡que proteja á Chile Dios! (*Vase*)

ESCENA IV

RODRÍGUEZ, EL DIRECTOR

EL DIRECTOR.—¡Comandante! la patria se ha sal-
[vado
Bellas son las noticias que nos traen
los pocos que del campo ya han llegado.
¡Hoy los de España para siempre caen!

RODRÍGUEZ.—¡Vive Dios, coronel! ¿qué estáis di-
[ciendo?
¡Es capaz de matar esta noticia!...
¡Los nuestros en el campo van venciendo!...
¡Bendito sea el Dios de la justicia!...
(*Se oyen los vivas del pueblo*)

EL DIRECTOR.—¿Ois al pueblo que ardoroso grita
creyéndose ya libre é independiente?

RODRÍGUEZ.—¡Con cuanta fuerza, el corazón pal-
[pita!...
¡Alza, Chile feliz, la altiva frente!
¡Ayer no más desnudo, esclavo, hambriento
y hoy venturoso lo saluda el sol!

¡Pueblo de gloria y libertad sediento,
ya destrozaste al déspota español!...
Ya vendrá para Chile la riqueza...
ya somos ciudadanos, no vasallos.
¡Los torpes pergaminos de nobleza
destrozaron del libro los caballos!
Coronel, yo me marcho; al enemigo
lo voy á perseguir; vos os quedáis
del sol de nuestras glorias al abrigo.
Del pueblo vencedor nada temáis.
(*Va á marcharse y divisa al capitán Alberto que se dirige á la escena.—Vivas del pueblo*)
Es el mismo, ¡mirad! ya aquí tenemos
á Alberto el capitán; viene llegando.
Las últimas noticias tomaremos:
buenas son, pues le siguen vitoreando.

ESCENA V

Dichos, ALBERTO

ALBERTO.—(*abrazándolos*) ¡Coronel! mi comandante!
¡Viva la patria! triunfamos!
Puede Chile en adelante
alzarse libre, arrogante,
pues ya sus hierros tronchamos!
EL DIRECTOR.—¡Capitán! habéis ganado
el más precioso laurel!
RODRÍGUEZ.—¡Sois un valiente soldado
que merece ser premiado
con palas de coronel!
ALBERTO.—Era toda mi ambición
pelear por la patria amada;
no quiero más galardón

que la gran satisfacción
de verla al fin libertada
del poder de sus tiranos!
¡De esos que se llaman reyes,
que desde climas lejanos
á nuestros pobres hermanos
humillaban á sus leyes!

El Director.—Bien, capitán; mas contadnos
cómo ha sido la batalla;
de la enemiga metralla
los estragos presentadnos;
y Osorio, decid, ¿dó se halla?...

Alberto.—Todo eso ya lo sabréis;
atrás el propio he dejado
que os trae el parte; veréis
cómo todos se han portado,
y á todos ensalzaréis.
Ha sido en verdad sangriento
el combate, y muchas vidas
para la patria queridas,
con amargo sentimiento
debéis llorarlas perdidas.
Hubo instantes que creímos
nos traicionaba la suerte,
Mas á la carga nos fuimos
y al enemigo envolvimos
sembrando doquier la muerte.
Todos ansiaban morir
antes de ser derrotados,
que era duro consentir
tornar de nuevo á vivir
esclavos y encadenados.
Pero el sol de nuestra gloria
nos daba vida y calor,
y muy pronto triunfador

¡al viento de la victoria
tremolaba el tricolor!

(*Vivas del pueblo*)

RODRÍGUEZ.—Pero mirad, llegan otros
y entre aplausos van entrando...
Y yo me estoy retardando...
Venid conmigo vosotros
vivas también entonando.
Yo quiero antes de marcharme,
con esos bravos soldados
vencedores, abrazarme;
¡quiero también extasiarme
en su triunfo!

EL DIRECTOR.—¡Ya han llegado!...
¡Feliz de Chile la estrella
su porvenir ilumina!

(*Vanse el Director y Rodríguez*)

ALBERTO.—También otra luz divina
tiempo há que alumbra mi huella
y es mi hermosa Clementina.

(*Va á salir por la derecha y se encuentra con Clementina que viene apresurada*).

ESCENA VI

ALBERTO, CLEMENTINA

ALBERTO.—¡Es ella!
CLEMENTINA.—¡Alberto!
ALBERTO.—¡Bien mío!
ya me encuentro á vuestro lado
y el altanero soldado
se rinde á vuestro albedrío.
CLEMENTINA.—Bendigo vuestra victoria
y á la patria tan querida,

que hoy muestra su frente erguida
llena de orgullo y de gloria

ALBERTO.—Yo más que vos, Clementina,
debo el triunfo bendecir;
él me afianza un porvenir
tras del que mi alma camina.
Supe pelear con valor
por la patria idolatrada
á los pies de mi adorada
sabré conquistar su amor.
En medio del enemigo,
cuando en más peligro estaba,
vuestra voz yo la escuchaba
que allí os tenía conmigo.
Soñaba triunfos y amores,
mi patria libre veía
y por mi frente sentía
las huellas de vuestras flores,
ser entera realidad
el sueño de mi ventura
y hermana vuestra hermosura
el amor y libertad!

CLEMENTINA.—¡La libertad y el amor!...
¡Quién sabe, Alberto, quién sabe,
si en mi alma tan sólo cabe
la desgracia y el dolor!
¡Quién sabe si desventura
¡puedo dar en vez de amores,
y humedecer vuestras flores
con lágrimas de amargura!
Nadie sabe en la existencia
lo que al fin por premio alcanza...
¡hoy halaga la esperanza
mañana llora la ausencia!

ALBERTO.—¿Qué estáis hablando de penas?
¿Por qué de ausencia me habláis?

Vuestras pupilas mostráis,
¿por qué de lágrimas llenas?
¿Qué peligro os amenaza?
Decídmelo, dueño mío,
¡mirad que ese aire sombrío
el alma me despedaza!
¿No puedo de mi querida
obtener su corazón?
¿Ha sido todo ilusión?
¿Mi esperanza está perdida?
¡Oh! hablad, por Dios, Clementina,
decid que estáis delirando....
la duda me está abrasando
y el corazón me asesina!...

CLEMENTINA.—Yo soy, Alberto, vos nó,
quien debe llorar su suerte,
es menos triste la muerte
que el pesar que aguardo yo!
Cuando pensaba partir
feliz con vos mi existencia,
viene á amenazar la ausencia
mi risueño porvenir.
Sí, Alberto, debo marchar
muy pronto del patrio suelo,
y buscar bajo otro cielo
donde mi pena ocultar.
Mi padre va desterrado
por orden del Director,
y donde él vaya, mi amor
debe velar á su lado.

ALBERTO.—¡Desterrado!

CLEMENTINA.—Sí, y hoy mismo,
ó mañana á más tardar,
fuerza será contemplar
entre los dos un abismo!

ALBERTO.—¡El abismo de la ausencia!...

¡Oh!, jamás! no puede ser!
¿Y qué crimen cometer
vuestro padre, qué imprudencia
pudo de tan grande bulto
que tal pena mereció?

CLEMENTINA.—Dicen que armar pretendió
un sedicioso tumulto.

(*Sale el Director y se queda escuchando hasta la conclusión de la escena sin ser visto*).

ALBERTO.—Pero hoy que tan grande gloria
la patria se ha conquistado,
hoy que por fin ha alcanzado
tan espléndida victoria;
hoy que dichosa se mira
cubierta la sien de flores;
que ya de sus opresores
independiente respira,
debe leal y generosa
perdonar á los vencidos,
que si ayer fueron temidos
hoy es ella poderosa.
Yo al director hablaré
por vuestro padre, ahora mismo,
y ese tenebroso abismo
de la ausencia cubriré.

CLEMENTINA.—¿Y si sordo á vuestro ruego
le manda siempre partir?...
yo le tendré que seguir;
y entonces el vivo fuego
de mi pasión desgraciada
me irá á poco consumiendo,
y siempre estaré temiendo
ser en mi ausencia olvidada!

ALBERTO.—Entonces ¡ah, Clementina!
pues sois mi esperanza hermosa,
y una fuerza poderosa

siempre hacia vos me encamina;
pues que ya no ha menester
la libertad de mi espada
y ya con la patria amada
fiel cumplí con mi deber;
si os fueseis del patrio suelo...
yo también os seguiría,
que á vuestro lado, alma mía,
me ha puesto el amor, el cielo.

CLEMENTINA.—También, Alberto, sois vos
quien puede endulzar mi vida,
que en vos, mi ambición querida,
mi esperanza, puso Dios.

ALBERTO.—Ya pronto estoy á seguiros
si no consigo el perdón.
Mientras tanto id al salón
inmediato; allí á deciros
iré, mi bien, al instante
si he sido ó no afortunado.
¡Ya que supe ser soldado
seré también fiel amante!

CLEMENTINA.—Bien, Alberto; allí os espero.

ESCENA VII

ALBERTO, EL DIRECTOR

ALBERTO.—Voy ahora á reclamar
el premio que debe dar
la patria libre al guerrero.

EL DIRECTOR.—Un momento, capitán.

ALBERTO.—¿Estabáis, ahí, señor?

EL DIRECTOR.—Ya ha escuchado el Director
lo que pedís con afán.
Es muy justo que un soldado

que como vos se ha batido
por la patria y ha salido
victorioso sea premiado.

(*Se sienta á una mesa y se pone á escribir*)

ALBERTO.—(Está sin duda extendiendo
para Villalba el perdón.
¡Ah! no es mi dicha ilusión;
¡no está el corazón mintiendo!)

EL DIRECTOR.—(*dándole un pliego*) Capitán, aquí
[tenéis
lo que anheloso pedís;
y puesto que bien servís
premios también merecéis. (*Vase*)

ALBERTO.—(*después de leer*) ¡En libertad! Sin tar-
[danza
marcho á ver á Clementina
¡El porvenir ilumina
hoy el sol de mi esperanza!

(*Se descorre una cortina del foro y apareee un salón vistosamente adornado é iluminado. La bandera tricolor dominará á las tomadas á los españoles que se encontrarán simétricamente colocadas. Al descorrer la cortina, una banda de música militar tocará el himno nacional* (1), *y el pueblo, que se encontrará en grupos más al fondo, alzará el grito de ¡Viva Chile! La misma columna del primer acto que contiene la inscripción.*)

---

(1) Este himno no estaba á la sazón compuesto; las circunstancias disculpan el anacroanismo. (N. del A.)

ESCENA ULTIMA

EL DIRECTOR, RODRÍGUEZ, CLEMENTINA, ALBERTO. *Los jefes y oficiales llegados de la batalla y pueblo, etc.*

(*Alberto llega buscando á Clementina que se encontrará al lado del pueblo. Se dirige á ella y la entrega el pliego que recibió del Director; Clementina lo lee con júbilo y se marcha inmediatamente*).

RODRÍGUEZ.—(*después de haber cesado la música*).

¡Soldados de la patria! Triunfadores
en los campos de honor! Independiente
el pueblo ya os saluda, y mil loores
también el mundo entonará al valiente!
¡Eterno es el laurel que habéis ganado!
¡grandes la América os contempla, y grandes
á la posteridad habéis legado
vuestros nombres inscriptos en los Andes!
¡Ahora el porvenir!... que en nuestro cielo
pura la estrella del destino brilla;
pues ya salvasteis nuestro patrio suelo
de ese león soberbio de Castilla.
¡Al porvenir!... Hermosa la esperanza
al sol de nuestras glorias se alimenta,
que el pueblo que ser libre al fin alcanza,
pronto en el trono del saber se asienta.
Y riquezas tendrá, y el mundo entero
respetará sus leyes y sus glorias;
¡y ese pueblo que supo ser guerrero
sabio también lo acatará la historia!

(*Rompe la música á la par de los vivas del pueblo.*)

(*Cae el telón*)

FIN DEL ACTO TERCERO Y ÚLTIMO

La Conjuracion de Almagro

DRAMA HISTORICO

POR

D. GUILLERMO BLEST GANA

1829—1904

(Representado por primera vez en el Teatro Municipal de Santiago el 26 de Enero de 1858).

PERSONAJES

Francisco Pizarro.
Antonio Picado, su secretario.
Velázquez, el juez.

Diego de Almagro.	Partidarios de Almagro
Juan de Rada.	
Cristóbal de Sotelo.	
García de Alvarado.	
Hernán Ponce de León	
Antonio de Santander.	
Gabriel de Rojas.	
Gonzalo Ruiz.	
Pedro de Candia.	

Francisca Pizarro, hija del marqués.
Beatriz de Rada.
Inés, dueña de Francisca.
Un soldado de Pizarro.
Partidarios de Almagro y pueblo.

La escena pasa en Lima, en el mes de Junio de 1541.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una pieza pobremente amueblada en casa de Almagro, dos puertas á la derecha y puerta y ventana de balcón practicable en el fondo, que se supone dar á la calle.

ESCENA PRIMERA

JUAN DE RADA Y BEATRIZ

RADA.—¿Siempre triste?
BEATRIZ.—¡Padre mío!
RADA.—La causa de ese pesar,
Beatriz, no querrás confiar
á tu padre?
BEATRIZ.—Mucho fío
en vuestra dulce ternura,
pero esa sombra ligera
es nube de primavera
que sólo un momento dura.
RADA.—Mas alcanza á obscurecer
de tus ojos el encanto.
Y tu placer y tu llanto
son mi llanto y mi placer:
que eres tú, prenda del alma,
la sola y querida flor
que me dió mi único amor
allá en mis días de calma.

En el combate, guerrero
audaz y fuerte me llaman,
y mis amigos me aclaman
como el mejor caballero;
pero á tu lado, Beatriz,
con tu inocente cariño,
soy tan tierno como un niño,
y como un niño feliz;
y ver no puedo en tu frente
esa sombra de tristeza,
que nublando tu belleza
se reproduce en mi mente;
yo, que dije en los rigores
de mi suerte y de mis años:
respeten los desengaños
esa flor de mis amores.

BEATRIZ.—Y vuestros votos, piadoso,
acoge sin duda el cielo
tras nuestros días de duelo
vendrá un tiempo venturoso;
yo lo espero.

RADA.—Y harás bien
mientras me quede esta espada.

BEATRIZ.—Una hija de Juan de Rada
jamás inclina la sien.

RADA.—Muestra siempre ese valor,
que de él harto necesito.
Ya que el triunfante delito
nos persigue en su rigor.
Más, que los años, en breve,
del mal los crueles hechizos,
tornaron mis negros rizos
en estas ondas de nieve;
pero siempre joven siento
el valiente corazón,

lleno de noble ambición
y de peligros sediento.
Lanzado á esta tierra extraña
de mí suerte en los vaivenes,
dí eterno adiós á mis bienes
en las riberas de España.
Quise alcanzar los honores,
los laureles, la fortuna,
que negaron á tu cuna
de mi suerte los rigores.
Pero hasta aquí por mi mal
siguióme mi adversa estrella...
¡trajo mi ruina con ella
la muerte del mariscal!

BEATRIZ.—Ese recuerdo al olvido
dad, que Dios desde su trono...

RADA.—Mis males propios perdono,
mas nó los de mi partido.

BEATRIZ.—Padre mío...

RADA.—Nó, Beatriz,
yo soy un viejo soldado
y puedo ser desgraciado,
pero verte á tí infeliz,
nó, no puedo!

BEATRIZ.—Si creéis
que ha causado mi tristeza
nuestra presente pobreza,
harto mal me conocéis.
¿Cómo temer la violenta
furia de adversa fortuna,
cuando mecieron mi cuna
los vientos de la tormenta?
Nó, padre mío, no es ese
el mal que triste deploro,
mas dejad que lo que lloro
tan sólo en mis hombros pese.

Sabéis que, débil mujer,
yo triunfé de mi aflicción;
¡pero hay en mi corazón
un mal de mayor poder!

RADA.—¿Y ese mal?

BEATRIZ.—¡Ah! padre, nó:
es muy cruel!

RADA.—Beatriz, ¿qué dices?

BEATRIZ.—Que hay seres muy infelices.

RADA.—¡Tú no, mientras viva yo!

BEATRIZ.—Agobiada, yo no sé,
por ese extraño pesar,
tengo ganas de llorar
y á veces no sé por qué.

RADA.—¡Pobre Beatriz!

BEATRIZ.—Con razón
lo decís.

RADA.—Pero, hijo mía,
al padre anciano confía
ese mal del corazón.

BEATRIZ.—¿A vos?

RADA.—A mí; ¿por qué no?
¿No conoces mi terneza?
Para aliviar tu tristeza
no sabes cuánto haré yo?

BEATRIZ.—Harto lo sé, padre mío;
vuestro amor es mi ventura;
pero esta oculta amargura
que comprendáis desconfío.

RADA.—Al ver blanco mi cabello,
tú no has pensado, hija mía,
que en negras ondas caía
en otro tiempo á mi cuello?
¿Y qué del que ves anciano,
en deleitosa ilusión,

latió acaso el corazón
en ese tiempo lejano?
¿Y que un ángel de inocencia,
de amor, de casta dulzura,
endulzó con su ternura
los males de su existencia?
¿No has pensado que sentí
de amor el dulce penar?

BEATRIZ.—¿Amor decís?

RADA.—Con amar
cuanto hay de grande aprendí.

BEATRIZ.—¡Ah, padre!

RADA.—Cuando en mi seno
brotó ese rayo divino,
su luz me mostró el camino
de lo bello y de lo bueno.

BEATRIZ.—¿Y el amor?

RADA.—Es una llama
que, de los cielos presente,
sólo en su pecho inocente
su luz y su ardor derrama.
Y amor es, Beatriz, á fe,
el misterioso pesar
que te hace á veces llorar
sin que tú sepas por qué.

BEATRIZ.—Padre mío, le amo, sí.

RADA.—¿Pero á quién?

BEATRIZ.—¡No lo sabéis!

RADA.—Nada sé.

BEATRIZ.—¿No comprendéis
que sólo hay un hombre aquí
á quién pueda amar?... ¡es él!

RADA.—¿Y quién es él?

BEATRIZ.—¿Lo ignoráis?

RADA.—¡Diego Almagro!

BEATRIZ.—Le nombráis
vos mismo.
RADA.— ¡Suerte cruel!
BEATRIZ.—¡Ah! padre mío, perdón!
Si es el amarle...
RADA.—Nó... nó...
culpable sólo soy yo,
prenda de mi corazón.
Yo que olvidé al contemplaros
tan bellos y tan dichosos,
que erais demasiado hermosos
y nobles para no amaros.
¿Pero ese amor leves huellas
dejará sólo?
BEATRIZ.—¡Oh, dolor!
RADA.—¡Era forzoso que amor
naciera en almas tan bellas!
El joven, ella tan pura...
¿Sin ese amor?
BEATRIZ.—Moriría.
RADA.—Sufra sólo la honra mía
Y sálvese su ventura.
BEATRIZ.—¡Qué decís, padre!
RADA.—Yo, nada.
Seres hay sobre la tierra
á quienes hace la guerra
una suerte despiadada.
BEATRIZ.—¡Padre mío!
RADA.—Sí, dirán
que ambicioso he secundado
ese amor, por ser privado
del futuro capitán.
Y que en la nueva Toledo,
abusando de ese amor,
seré yo el gobernador
en vez de Almagro.

BEATRIZ.—No puedo
escucharos.
RADA.— Sí, decir
lo podrán... mas, hija mía,
sufra sólo la honra mía.
BEATRIZ.— ¡Padre, nó... sabré morir!
RADA.—¡Morir!... ¡no lo quiera el cielo!
Mas alguien viene, Beatriz.
BEATRIZ.—¿Hay suerte más infeliz? (*vase*)
RADA.—Es Cristóbal de Sotelo.

ESCENA II

JUAN DE RADA Y CRISTÓBAL DE SOTELO

RADA.—Buen Sotelo.
SOTELO.—(*dando la mano á Rada*) Amigo Rada.
¿Tenemos nuevas?
RADA.— Ninguna
todavía.
SOTELO.—¡Me importuna
tener ociosa esta espada!
no es vivir, vivir así:
el combate es la pasión
de mi osado corazón,
que hidalgo español nací.
RADA.—No gozar del movimiento,
del ruido de una batalla,
no vestir luciente malla,
es para Rada un tormento.
Al menos entre el deshecho
furor que todo lo abate,
olvidara este combate
de lo interior de mi pecho.
SOTELO.—¡Oh tiempo dichoso aquél
en que Almagro nos mandaba!

RADA.—El valiente no encontraba
jefe tan digno como él.
SOTELO.—¡Pobre Almagro!
RADA.— ¡Y al presente
todo su partido en ruinas!
SOTELO.—El campo de Las Salinas
fué la tumba del valiente.
RADA.—Pero nos queda, Sotelo,
en su hijo la esperanza
de una terrible venganza.
SOTELO.—¡Quiera escucharos el cielo!
porque ya nuestra paciencia
toca á su fin: es forzoso
que ese marqués orgulloso
pague cara su insolencia.
RADA.—¡Quién sabe! el comisionado
Vaca de Castro, llegar
debe pronto á reparar
nuestros agravios.
SOTELO.— Cansado
estoy de esperar.
RADA.— Prudencia,
prudencia, amigo! ¿Creéis
porque ya viejo me veis
que no ardo en impaciencia?
Pero es forzoso encubrir
nuestro miserable estado,
y de un golpe...
SOTELO.— Bien pensado.
RADA.—Todo, vencer ó morir.
SOTELO.—¿Y para cuándo aplazados?...
RADA.—Hoy mismo deben volver
Hernán Ponce y Santander,
nuestros dos comisionados.
SOTELO.—¡Ah!
RADA.— Sí, por eso he querido,

contando con vuestro celo,
con vos, amigo Sotelo,
reunir nuestro partido.

SOTELO.—¿Y Almagro?

RADA.— Todo lo ignora.

SOTELO.—Mas...

RADA.—Tiempo habrá todavía.
(*Abriendo la primera puerta de la derecha*)
Volveré pronto, hija mía.

SOTELO.—Partamos, pues, sin demora.
(*Vanse por el fondo*)

ESCENA III

BEATRIZ *sola*

BEATRIZ.—¡Puro amor! dulce y primera
ilusión del alma mía,
luz brillante y hechicera,
¿quién me dijera que un día
anonadarte quisiera?
Juntos nos criamos los dos,
como aves del mismo nido:
¿quién dijera, santo Dios,
que ese amor tan bien sentido
lágrimas traería en pos?
¡Tantos bienes esperar
olvidando el mal presente!
en delicioso soñar
¿por qué adormecer mi mente
si era fuerza despertar?
Pobre flor del alma mía,
embebida en mis amores,
que fuera eterna creía:
la dicha, como las flores,
dura solamente un día. (*Pausa*)

En ardor santo me inflamo,
y á las circunstancias cedo:
no escucharé su reclamo,
no sabrá nunca que le amo,
pero olvidarle... ¡no puedo!
Moriré... Con tanto amor
morir... ¡Oh Dios! ¿qué os he hecho?...
¿Quién se acerca?... ese rumor...
¡Escóndase mi dolor
en lo más hondo del pecho!

ESCENA IV

BEATRIZ, FRANCISCA PIZARRO É INÉS *entran cubiertas con manto*

INÉS.—(*En la puerta del fondo*) Imprudencia, sí,
[imprudencia
venir hasta aquí se llama.
FRANCISCA.—(*Idem*) Mas yo lo quiero.
BEATRIZ.— ¡Una dama!
INÉS.—Por eso tengo paciencia.
FRANCISCA.—Yo quiero verla, y saber
si es verdad lo que me han dicho.
INÉS.—¡Y sólo por un capricho
el honor comprometer!
FRANCISCA.—¿Y si él la ama?
INÉS.— Pues, ahora
dais en eso.
FRANCISCA.—(*Mirando á Beatriz*) Vedla, es ella.
Tienen razón: es muy bella. (*Con rabia*)
¡Hermosa niña! (*Avanzando á la escena*)
BEATRIZ.— ¡Señora!
FRANCISCA.—¿Don Diego Almagro?
BEATRIZ.— Está ausente.
FRANCISCA.—¿Volverá?

BEATRIZ.—Quizá al instante.
FRANCISCA.—¿Sois su hermana?
BEATRIZ.—Nó.
FRANCISCA.—¿Su amante?
BEATRIZ.—(*Aparte y confundida*) ¿Lo llevo escri-
[to en la frente?
FRANCISCA.—No os ruboricéis... ¿amar
es delito acaso?
BEATRIZ.—Pero...
FRANCISCA.—Tan cumplido caballero
merece...
BEATRIZ.—Fuerza es callar.
FRANCISCA.—Amar es dulce á mi ver.
BEATRIZ.—Ignoro con qué derecho
lo que se pasa en mi pecho,
señora, queréis saber.
FRANCISCA.—Yo le vivo agradecida.
BEATRIZ.—Vos, decís...
FRANCISCA.—¡Ah! ¿lo estrañáis?
BEATRIZ.—¡Oh! nó, señora...
FRANCISCA.—¿Calláis?
Le debo acaso la vida,
y ya veis...
BEATRIZ.—¡La vida! (*Aparte*) Cielos!
¡Qué pensar! tal vez él la ama.
(*Alto*) Pero ¿quién sois?
FRANCISCA.—Una dama.
(*Aparte*) ¡Cómo la venden los celos!
BEATRIZ.—Pero, señora...
FRANCISCA —Me ví
por dos hombres asaltada,
y desnudando la espada
les puso en fuga.
BEATRIZ.—¡Ay, de mí!
FRANCISCA.—Por tan noble proceder
las gracias le quiero dar.

INÉS.—¡Virgen santa! va á esperar
todo el día... Mas ¿volver
no será mejor?
BEATRIZ.—Quizá
no entrará pronto don Diego.
FRANCISCA.—(*Con intención*) Antes volvía muy
[luego.
INÉS.—(*Bajo á Francisca*) Si el marqués... ¡Ah!
[loca está.
doña Francisca...
FRANCISCA.—(*A Inés*) ¡Despacio!
Dejadme verla sufrir;
lo que tengas que decir
guárdalo para palacio.
(*A Beatriz*) Conque, ¿decís?
BEATRIZ.—Yo, señora,
(*Aparte*) nada... que... Me ahoga el llanto.
FRANCISCA.—(*Aparte*) Que hoy un delicioso en-
[canto
en ver sufrir hallo ahora.
(*A Beatriz*) Que en pagar un beneficio
ponga todos mis anhelos
¿estrañáis?
BEATRIZ.—¡Ah, nó!
FRANCISCA.—(*Aparte*) Los celos
comienzan á hacer su oficio!
Mas, dejad esos sonrojos, (*Alto, con intención*)
y no os fijéis mas, por Dios,
en quien ha puesto los ojos
alguna... que es más que vos.
BEATRIZ.—(*Aparte*) ¡Ah! me vuelve mi valor
su arrogancia. (*Alto*) Siempre fiel
seré...
(*Deteniéndose al ver á Almagro en la puerta del fondo*)
¡Santo Dios!... es él...
¡Húndete en mi pecho amor!

ESCENA V

Dichas, DIEGO DE ALMAGRO

ALMAGRO.—¡Una dama!
FRANCISCA.— ¡Don Diego!
ALMAGRO.— Adiós, señora.
FRANCISCA.—Por daros gracias esperé hasta ahora,
tal vez siendo importuna.
ALMAGRO.—Gracias, ¿de qué? Bendigo mi fortuna
que me hizo el beneficio
de prestaros, señora, ese servicio,
si tal puede llamarlo un caballero
que consagra su espada
á defender al débil lo primero.
BEATRIZ.—(*Aparte*) ¡Hay como yo mujer tan
[desgraciada!
FRANCISCA.—Sois valiente y cortés.
ALMAGRO.— ¿Con las hermosas
quién no lo fuera?
BEATRIZ.— ¡Almagro!
¿Y quién os dice
que lo sea?
ALMAGRO.—Hay cosas
que se adivinan, y aunque vele el manto
de vuestro rostro el soberano encanto,
yo juraré que es bello
sin temor de engañarme.
FRANCISCA.—Y acaso erráis en ello.
BEATRIZ. — ¡Suerte cruel!
ALMAGRO.—Mas vos podéis mostrarme
que no me engaño.
INÉS.— ¡Cielos!
FRANCISCA.— Nó... mi mano
tomad, don Diego. (*Habla en voz baja*)

BEATRIZ.—¡Santo Dios! ¡qué arcano
se abre ante mis ojos!
INÉS.—Va á perderse.
Así es la juventud... (*Alto*) Vamos, señora,
el tiempo corre.
FRANCISCA.—(*A Inés*) Olvidáis el respeto...
El dolor la devora.
(*Aparte mirando á Beatriz*)
¡Qué dicha es ver á su rival vencida!
ALMAGRO.—(*A Francisca*) ¿Y bien, decís, señora?
FRANCISCA.—Que un secreto
Os quiero revelar agradecida.
INÉS.—En perderme se empeña.
ALMAGRO.— ¿Pero cuando?
FRANCISCA.—Mi dueña
vendrá á llevaros.
ALMAGRO.—Gracias, pero vos...
FRANCISCA.—Aguardaré impaciente
al que, siendo cortés, es tan valiente.
(*A Beatriz irónicamente*).
Adiós, hermosa niña, adiós...
(*A Almagro*) Adiós.
(*Se retira con Inés y acompañada por Almagro hasta la puerta del fondo*)

ESCENA VI

ALMAGRO Y BEATRIZ

ALMAGRO.—(*Volviendo á la escena*) Beatriz, la
[dama del manto
¿sabes quién sea?
BEATRIZ.—Lo ignoro;
mas tú, que... la sirves tanto,
debes saberlo...
ALMAGRO.—¿Ese llanto?

BEATRIZ.—(*Aparte*) Diciendo está que te adoro.
ALMAGRO.—¿Callas?
BEATRIZ.—¡Qué puedo decir!
ALMAGRO.—¿En mí no tienes confianza?
BEATRIZ.—Debo callando sufrir.
¡Ah! si pudiera morir
como ha muerto mi esperanza!
ALMAGRO.—¿Beatriz, tú sufres?
BEATRIZ.— ¡Ah! no.
ALMAGRO.—Lágrimas hay en tu acento
BEATRIZ.—¡Almagro!
ALMAGRO.— ¿Y no puedo yo
tomar parte en tu tormento?
BEATRIZ.—¿Quién viviendo no sufrió?
ALMAGRO.—Pero ¿qué extraño dolor
es el que miro en tu frente?
¿Qué destino en su rigor
buscó ese pecho inocente
por blanco de su furor?
BEATRIZ.—Es cierto, extraño pesar
se ensaña en mi corazón
no lo puedo remediar:
compadece mi aflicción;
pero déjame llorar.
ALMAGRO.—¿Más tu dolor? . . .
BEATRIZ.—Debe aquí
quedar siempre sepultado.
Ya tú no eres para mí . . .
ALMAGRO.—Soy tal vez más desgraciado,
pero el mismo para tí.
BEATRIZ.—¿El mismo?
ALMAGRO.— Sin duda alguna
tu hermano, Beatriz, tu . . . amigo,
que, en su variada fortuna,
llevó la imagen consigo
del ángel que vió en la cuna.

BEATRIZ.—¡Almagro!
ALMAGRO.— Tú, la amargura
ignorando de la vida,
no sabes cuánta dulzura
puede verter en la herida
un recuerdo de ventura.
BEATRIZ.—Por la esperanza halagado,
¿quién puede sentir pesares
aun siendo muy desgraciado?
ALMAGRO.—Y ¿quién al cruzar los mares
las tormentas no ha probado?
¿Quién no paga el goce santo
de la edad de la inocencia
en la edad del desencanto,
si el árbol de la experiencia
sólo se riega con llanto?
Pero, Beatriz...
BEATRIZ.— Calla... no...
(*Aparte*) Claro me dice que la ama;
pues padece como yo.
ALMAGRO.—(*Aparte*) ¡Ah! mi amor desconoció,
y acaso otro más la inflama.
BEATRIZ.—(*Aparte*) Pero es forzoso apurar
el cáliz de la aflicción.
ALMAGRO.—¡Qué triste es, Beatriz, mirar
disiparse una ilusión
que ya nunca ha de tornar!
BEATRIZ.—¿Qué es lo quieres decir?
ALMAGRO.—Que eras luz del alma mía...
BEATRIZ.—¡Ah! calla... no... debo huir...
ALMAGRO.—¿Me dejas?
BEATRIZ.— Por no morir
á tu lado de alegría.
(*Vase precipitadamente por la puerta de la derecha*)

ESCENA VII

ALMAGRO *solo.* (*Momento de silencio*)

ALMAGRO.—Ella sufrir la amargura,
el despiadado rigor
de una amarga desventura!...
¿A quién perdona el dolor
si sufre esa alma tan pura?
Ama tal vez... y al mirarla
suspirando en su aflicción,
¡quién pudiera no adorarla!
Pero ¿quién se atreve á amarla
si es tan grande mi pasión?
Es la estrella de bonanza
que en mi cielo puso Dios,
grata, hechicera esperanza
que hace olvidar la venganza
que he jurado...
(*Aparece Rada en la puerta del fondo*)

ESCENA VIII

ALMAGRO Y RADA

ALMAGRO.—(*sorprendido*) ¡Ah!... sois vos.
RADA.—Oidme, Almagro.
ALMAGRO.— Ya os escucho, Rada.
RADA.—Ya á la playa peruana habrá llegado
Vaca de Castro, el juez comisionado
por la corona, para hacer justicia
en nuestras disensiones de partido.
Mas yo, no espero nada;
porque siempre quien pierde es el caído.

Con todo, hoy lo sabremos
por Ponce y Santander, que al fin veremos
de vuelta de esa inútil embajada
que no nos dará ni honra ni provecho.

ALMAGRO.—¡Inútil! y ¿por qué? ¿no es mi derecho
justo y reconocido? ¿La sentencia
de un enemigo despojarme puede
de los bienes que tengo por herencia?
A más, el Rey nuestro señor, piadoso,
¿no habrá compadecido el fin sangriento
de mi padre?

RADA.— Es verdad... mas el dichoso
no escuchará el lamento
del infeliz, oyendo al poderoso.

ALMAGRO.—Nó, Rada, acaso los consejos sabios,
y el recto y justo celo
de ese comisionado, mis agravios
repararán por fin.

RADA.— ¡Quiéralo el cielo!

ALMAGRO.—En su justicia y su bondad confío.

RADA.—¿Olvidáis, pobre joven, que es inmenso
de Pizarro el favor y el poderío?
¿Qué tal diga os extraña?
Veis este reino extenso:
¿á quién, sino á su ardor, lo debe España?
¿No veis, que aunque valiente y poderoso,
es cruel y rencoroso?
Su riqueza es tan grande y su fortuna
que bien pudiera ya, con regia pompa,
esclarecer lo humilde de su cuna.
El oro no hay virtud que no corrompa,
ni razón que no saque de su centro;
¡todo el oro lo abona!
Ya sus comisionados al encuentro
del enviado al Perú por la corona
partieron con mil joyas y presentes;

y le honrarán los pueblos á su paso
con fiestas esplendentes.
Todo por orden suya. ¿Habéis oído?
¿Y vos justicia esperaréis acaso,
cuando sabéis que el mundo corrompido
llama siempre traidor al que ha caído?

ALMAGRO.—Y si no nos atienden, Juan de Rada,
¿Qué recurso nos queda?

RADA.— ¡Nuestra espada!

ALMAGRO.—¿Nuestra espada, decís?

RADA.—Jamás la frente
inclina ante el tirano
ningún hombre que siente
tan firme el corazón como la mano.

ALMAGRO.—Mas, ¿la justicia?

RADA.—Cuando el colocado
en el poder la tuerce con malicia,
desoyendo la voz del desgraciado,
la espada es el recurso y la justicia.

ALMAGRO.—Mas contra un hombre á quien la suerte abona,
que tiene mil guerreros á su lado
unidos entre sí por sus delitos,
cuando el destino cruel los abandona,
¿qué pueden unos míseros proscritos?

RADA.—Toda arriesgada empresa
más digna es del valor, cuanto es más alta.
Los nobles pechos nuevo aliento cobran
con el peligro. ¿El número nos falta?
Bien, la justicia y el valor nos sobran.
¿Cómo humillar la frente?
¿Quién pierde sin la vida la esperanza?
Lo véis, anciano soy, más late ardiente
mi corazón al nombre de venganza.
Almagro, vuestro padre fué mi amigo;
con él salí de España,

y la gloria y honor partió conmigo
de más de una campaña;
y yo le ví morir...

ALMAGRO.—¡Recuerdo triste!

RADA.—Viva en mi pecho su memoria existe,
y á todo el que le nombra
venganza pide su irritada sombra.
¡Sí, venganza! venganza... A vos os toca
dar el grito, y á mí: vuestros derechos
yo le juré guardar, y no mis hechos
desmentirán los dichos de mi boca.

ALMAGRO.—Venganza, sí; maslos dos solos, Rada,
contra tantos contrarios!...

RADA.—¿Solos decís? ¿y nuestros partidarios?
A la voz de venganza, cada espada
un rayo vengador será en la mano
de los que gritarán: ¡muerte al tirano!
Ya veréis que ninguno os abandona.

ALMAGRO.—¿Y he de exponer á tanto caballero?
Nó. Si justicia no hace la corona,
la hará Dios.

RADA.— La hará Dios, y nuestro acero.
Vuestra causa es la nuestra: su defensa
á nosotros nos toca, y al vengaros
también vengamos nuestra propia ofensa.

ALMAGRO.—¡Venga una espada pues! sabré mos-
[traros,
como mi padre, una gloriosa senda.
¡Muerte, muerte al tirano!
No temblará mi mano
en la mortal contienda.
Es tiempo ya que tan hermoso suelo
un sol de libertad mire en su cielo.

RADA.—¡Hijo de Almagro, os reconozco... Al
[grito

de libertad temblando huye el delito:
y la justicia santa
de entre ruinas y escombros se levanta.

ALMAGRO.—Si en el trance nos faltan los guerreros,
moriremos cual buenos caballeros.

RADA.—No faltarán... Para tan santa guerra
hombres y espadas brotará la tierra.

ALMAGRO.—Mas, ¿quien se acerca?

RADA.—(*Va á la puerta del fondo*) Nuestros com-
[pañeros
(*En la escena*) ¡Dudáis del triunfo viendo esos
[guerreros!

ESCENA IX.

Dichos, C. DE SOTELO, GARCÍA DE ALVARADO, GABRIEL DE ROJAS, GONZALO RUIZ, PEDRO CANDIA.

ALMAGRO.—¡Señores, guardeos el cielo!

ALVARADO.—Salud, Almagro.

ALMAGRO.—(*Todos se saludan dándose la mano*)
[Alvarado.

RUIZ.—(*A Rada*) Rada, hoy nos ha convocado
á vuestro nombre, Sotelo.

RADA.—Reunir nuestra facción
quise, porque han de volver
Hernán Ponce y Santander
hoy mismo.

ROJAS.— ¿Cuánta ilusión
se va á ver desvanecida?

SOTELO.—No será mía ninguna.

CANDIA.—¿Acaso nuestra fortuna
volverá?

ALVARADO.—Nó, por mi vida,
de esa misión nada espero.

SOTELO.—Ni yo tampoco.
RUIZ.— Ni yo.
CANDIA.—Mas, ¿la justicia?
ALVARADO.— Nó, nó;
es un nombre lisonjero
para engañar á las gentes.
SOTELO.—Y yo, como Juan de Rada,
más me fío de una espada
que de mil jueces.
ALMAGRO.— Prudentes
sed por lo menos: ¡paciencia!
que nuestros males después
cesarán.
SOTELO.—Sí, del marqués
castigando la insolencia.
RUIZ.—Y nuestra suerte entretanto
se empeora de día en día.
ALVARADO.—Esperar más, cobardía
puede llamarse.
CANDIA.— No tanto
como decís, Alvarado.
ALVARADO.—Aborrezco al sanguinario
Pizarro.
RUIZ.— Y yo al secretario
el tal Antonio Picado,
y ¿hasta cuando los valientes
de Chile conquistadores,
sin dinero y sin honores
verán abatir sus frentes?
Por indignos enemigos
acosados, perseguidos,
muchos se hallan reducidos
poco menos que á mendigos.
SOTELO.—De doce hidalgos de honor,
pero de fortuna escasa,

sé que habitan una casa
en la pobreza mayor.
Pero es su miseria tal
que una capa no más tienen,
y á usarla entre ellos se avienen
á su turno cada cual.
Sólo sale el que llevar
la capa le corresponde,
mientras el resto se esconde
su pobreza á deplorar.

RUIZ.—¡Qué miseria! ¡justo cielo!
No nos queda otra esperanza
que una terrible venganza
contra el tirano, Sotelo.

ROJAS.—Paciencia, amigos, tal vez
ese juez comisionado...

ALVARADO.—Será algún otro malvado
como Velázquez el juez.

ROJAS.—Pero, ¿por qué no confiar?

ALVARADO.—Porque ya nuestra paciencia
está agotada.

RADA.— ¡Prudencia!
Ya poco deben tardar
nuestros dos comisionados:
esperarles es preciso
para obrar según su aviso.

SOTELO.—Dando muerte á los malvados.

RUIZ.—(*Mirando por la ventana*) ¡Albricias!

TODOS.—¡A ver, á ver!

SOTELO.—¡Ah! las pedís en razón.

RUIZ.—(*Volviendo*) Hernán Ponce de León
y Antonio de Santander.

ESCENA X

Dichos, HERNÁN PONCE DE LEÓN Y ANTONIO DE SANTANDER

TODOS.—Amigos.
ALMAGRO.— ¿Qué nuevas?
PONCE.— Tales
que es fuerza á vuestro valor
recurrir.
ALMAGRO.— Vuestro dolor
dice bien que son fatales.
Pero hablad.
RADA.— Hernán, hablad.
PONCE.—Cuando en la playa esperando
estábamos, levantando
fuése horrible tempestad.
Cubrió el cielo negra bruma,
los vientos roncos bramaron,
y las olas se elevaron
como montañas de espuma;
La luz tornóse sangrienta,
y el apacible rumor
de la playa, en el fragor
de la desecha tormenta;
y nos trajeron las olas
entre sus crestas nevadas,
las entenas destrozadas
de las naves españolas.
ALMAGRO.—¡Cielos!
RADA.— Mas ¿por qué pensar
que en un naufragio haya muerto
Vaca de Castro?
SANTANDER.— Hasta el puerto
vióse una nave llegar;

y el capitán angustiado
nos contó en tono lloroso,
el fin triste y desastroso
de las naves del enviado.

ROJAS.—¡Ha muerto nuestra esperanza!

CANDIA.—¿Quién hay que valernos pueda?

ALVARADO.—¿Ya, qué recurso nos queda?

RADA.—¿Qué recurso? ¡la venganza!
Con Almagro, en mil campañas,
nuestros triunfantes pendones
llevamos á cien regiones
sembrando glorias y hazañas.
Si nuestra suerte fatal
después nos ha perseguido,
todo no lo hemos perdido.
(*Señalando á Almagro*)
Hijo es él del mariscal.
Ved nuestro jefe. Sabremos
con grandes y heroicos hechos
reconquistar sus derechos,
ó cual buenos moriremos.
Ved en él nuestra esperanza;
ved nuestra gloria perdida:
¿quién no le diera su vida
por realizar su venganza?

SOTELO.—Es nuestro jefe: (*Mostrando á Rada*) [ese anciano
tiene un noble corazón,
y nos dice con razón:
¡Venganza y muerte al tirano!

PONCE.—Permitid que os dé un consejo
que me dicta la prudencia,
mi larga edad, la experiencia...

RUIZ.—Vaya, chocheras de viejo.
(*Se aparta y se va á la ventana*).

ALVARADO.—Si traidor...

PONCE.—Cuando los restos
del glorioso mariscal,
en aquél día fatal,
fueron en mi casa puestos,
vos no estabais á mi lado
para tributarle honor.
ALVARADO.—Pero sabéis...
PONCE.— ¡Yo, traidor!
ALVARADO.—¡Hernán!
RADA.— ¡Callad, Alvarado!
(*A Ponce*) Y vos, perdonad su celo.
ALVARADO.—Proseguid, Ponce de León.
PONCE.—Escuchad de mi razón
el consejo.
RUIZ.— Ven, Sotelo.
(*Sotelo va á la ventana*).
PONCE.—Yo pienso que, antes de obrar
con violencia, se debiera
ver al marqués.
ALVARADO.— ¿Quién pudiera
verle sin irlo á matar?
PONCE.—(*A Rada*) Prestad, Rada, ese servicio.
¿Le veréis?
RADA.— Yo, por mi honor.
PONCE.—¿No sois de Almagro el tutor?
RADA.—Bien, haré ese sacrificio.
Iré á verle, y le expondré
nuestro miserable estado:
que fué en un tiempo soldado
se acordará.
ALVARADO.— ¿Para qué
esa esperanza abrigar?
ALMAGRO.—Acaso ya arrepentido
los males de mi partido
querrá tal vez remediar.

RUIZ.—(*En la ventana*) ¿Quién es quién con tan-
[to brío
monta ese hermoso alazán?

SOTELO.—(*Idem*) Acaso algún capitán.
RUIZ.—¡Y qué soberbio atavío,
qué lujo, cuánta riqueza!
SOTELO.—Viene hacia acá.
RUIZ.— De oro y plata
y terciopelo escarlata
de los pies á la cabeza.

SOTELO Pero ¿quién es?
RUIZ.— ¡Ah! malvado!
es el infame sicario,
el maldito secretario
de Pizarro, el tal Picado.
Venid á verle, señores.
(*Todos acuden á la ventana*).
SOTELO.—Con su insolente riqueza,
insulta nuestra pobreza.
ALVARADO.—Caben agravios mayores.
RUIZ.—Mas, ¡por Cristo! en el sombrero
mirad, ¿no alcanzáis á ver?
ALVARADO.—Sí, ya lo puedo leer
Un espantoso letrero:
«Para los de Chile»
SOTELO.— ¡Oh mengua!
(*Vuelven todos á la escena*).
Por insulto así nos llaman
Venganza á gritos reclaman
nuestros agravios.
RADA— La lengua
cese, pues, y obre la espada.
combinemos nuestro plan.
(*Señalando á Almagro*)

Que un valiente capitán
tenéis ya, y á Juan de Rada.
no nos queda otra esperanza:
como hidalgos caballeros
desnudemos los aceros:
¡Venganza!

TODOS.— ¡Muerte! ¡venganza!

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO II.

Sala en el palacio del marqués don Francisco Pizarro: dos puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA I.

FRANCISCA é INÉS, *saliendo por la puerta de la derecha.*

FRANCISCA.—No puede más mi cuidado:
haz, Inés, lo que te pido.
INÉS.—Harto imprudente habéis sido.
FRANCISCA.—Bien se ve que no has amado.
INÉS.—¡Buena locura es amar!
á estas niñas con belleza
se les mete en la cabeza
que es su destino adorar;
fijando en eso su empeño,
víctimas de una ilusión,
se entregan a una pasión
que quita apetito y sueño.
Bueno es amar á sus horas;
pero así.....
FRANCISCA.—Por Dios, Inés,
dejarás para después
esa charla....Tú no ignoras

que jamás hasta este instante,
supe de amor

INÉS.— Igual cosa
dice siempre toda hermosa,
á su marido ó su amante.

FRANCISCA.—Tú sabes que siempre, altiva,
miré á todos con desdén;
pero él, es todo mi bien,
y le amaré mientras viva.
El generoso valor
de esa alma tan noble y bella,
y lo fatal de su estrella,
hicieron nacer mi amor.
Que hay algo de tierno en mí,
y que un alma de mujer
es la que alienta mi sér,
solo al verle conocí.
Su amor....

INÉS.— Pero, ¿estáis en vos?
al hijo del mariscal
de vuestro padre rival
amar así ¡santo Dios!
Si lo supiera el marqués
¿cuál no fuera su furor?

FRANCISCA.—Menos siempre que mi amor.

INÉS.—Y de más poder.

FRANCISCA.— ¿Lo crees?
¿De más poder? ¡nunca! ¿acaso
no conoces mi arrogancia?
Sabrá vencer mi constancia
cuando se oponga á mi paso.
Obstáculos, privaciones,
cuanto se pueda ensayar,
no alcanzan nunca á matar
las verdaderas pasiones.
Por su amor, dí ¿qué no haría?

INÉS.—Harto habéis hecho.
FRANCISCA.— Nó, nó:
Fuerza es que él me ame.
INÉS.— Pues yo
á ser vos, le dejaría
entregado á sus destinos:
pues no es bueno que una dama,
por un hombre que no la ama,
cometa mil desatinos;
cuando hay tantos que por ella
suspiran con tierno afán.
FRANCISCA.—Inés....
INÉS.— Hay tanto galán
que de vos hace su estrella.
FRANCISCA.—¿El no me ama? ¿quién pudiera
afirmarlo con razón?
Pues tan noble corazón
sin sentimiento, ¿qué fuera?
¿El no me ama?
INÉS.— Nó, señora,
y más de un enamorado....
FRANCISCA.—¿Vas á hablarme de Picado?
INÉS.—Tal vez.
FRANCISCA.—No me hables ahora.
¡El no me ama! ¿Por qué crees
que este fuego en que me inflamo
él no sienta, cuando le amo?
INÉS.—Porque ama á otra.
FRANCISCA.— ¡Ay! Inés,
¡Qué tal digas!
INÉS.— Por ventura
¿lo digo yo sola?
FRANCISCA.— Nó;
pero tanto he de hacer yo
que me amará.
INÉS.— ¡Qué locura!

¿No os basta haberos fingido
por dos hombres asaltada
para veros libertada
por ese joven?

FRANCISCA.— Te pido
no vuelvas á recordar
esa escena.

INÉS.— Y si él supiera
quién sois, ¿no os aborreciera?

FRANCISCA.—Calla, que me haces temblar.

INÉS.—Mas fuerza es lo sepa un día.

FRANCISCA.—Sí, cuando me ame.

INÉS.— Y aquí
¿estaréis sin manto?

FRANCISCA.— Sí.
Nunca me ha visto.

INÉS.— A fe mía,
tenéis razón por ahora.

FRANCISCA.—¿Con qué solo ahora, Inés?
Mas, pasos siento.

INÉS.— El marqués
es tal vez: vamos señora.

(*Se retiran por la puerta de la derecha*).

ESCENA II

PIZARRO *y* VELÁZQUEZ *salen por la puerta de la izquierda.*

PIZARRO.—No cabe duda, á mi ver,
que en el naufragio haya muerto
Vaca de Castro.

VELÁZQUEZ.— Por cierto.
Señor marqués, y ¿qué hacer?

PIZARRO.—¿Qué hacer, Velázquez? ¿te inquieta
algo al presente?

VELÁZQUEZ.— Nó, nada;
mas los de Chile....
PIZARRO.— Bobada!
Su ruina es ya más completa.
¿Qué pueden hacer, diezmados,
sin prestigio y sin riqueza,
sino doblar la cabeza
y obedecerme callados?
Nuestra suerte es más segura,
que esas naves españolas
perecieron en las olas,
Tal vez, por nuestra ventura.
Ya verás que su arrogancia
se humilla ante mi poder;
pues la pobreza, á mi ver,
no mantiene la constancia.
VELÁZQUEZ.—¿Pero, acaso exasperados
viendo muerta su esperanza,
no buscarán la venganza
por medios desesperados?
Algunos entre ellos tienen
tan indómito valor,
que pudieran.....
PIZARRO.— ¡Por mi honor!
¿Por qué entónces se detienen?
VELÁZQUEZ.—Propicia alguna ocasión
aguardarán para el caso.
PIZARRO.—Yo me encontraré á su paso
para gritarles: ¡traición!
Mi voluntad es la ley.
No les temo; fuerte soy,
y entre mis gentes estoy
más bien guardado que un rey.
¿Qué no alcanza mi poder?
¿Qué no compra mi riqueza?

Si se alzara una cabeza
sería para caer.
No turbarán mi reposo
esas miserables ruinas
del partido poderoso
que sucumbió en Las Salinas.

VELÁZQUEZ.—Tenéis razón, mis temores
vanos son.

PIZARRO.— Sólo Picado
en su tímido cuidado
ve en todas partes traidores.
Mas yo lo escucho y me río.

VELÁZQUEZ.—No hai en las indias, señor,
que os iguale ni en valor,
ni en riqueza y poderío.
Yo acaso en vuestro lugar
me haría....

PIZARRO.— No te comprendo.

VELÁZQUEZ.—Rey, tal vez.

PIZARRO.—¿Qué estás diciendo?
¡Velazquez! querrás callar.

VELÁZQUEZ.—Y un buen capitán ¿no puede
ser un buen rey?

PIZARRO.— ¡Tentador!
Basta ser gobernador
de estos reinos.....Que en ti quede
lo que acabas de decir.

VELÁZQUEZ.—Toda alma grande ambiciona.

PIZARRO.—¡Siempre, siempre una corona
en mis sueños vi lucir!
¿Y el oscuro aventurero
no puede tener también
una corona en su sien,
si la conquista su acero?
Sí, ¡por Cristo! y ¿por qué nó?
si es grande quien grandes hechos

puede ostentar por derechos,
¿quién los tiene como yo?
¡Hasta la cumbre llegar!....

UN SOLDADO.—(*Entrando por la puerta del fondo.*)
Pide un hidalgo licencia
Para entrar.

VELÁZQUEZ.—Hoy no hay audiencia.

PIZARRO.—Nó, Velazquez....Hazlo entrar.

ESCENA III

Dichos, JUAN DE RADA *entrando por el fondo*

PIZARRO.—Vos, Rada.

RADA.— El mismo soy

PIZARRO.— Guárdeos el cielo.
(*Aparte.*) ¿Qué puede pretender?

RADA.— Salud, Pizarro.

PIZARRO.—¿A qué debo este honor?

RADA.— Si es que hay alguno,
á la desgracia.

PIZARRO.— ¿Cómo?

RADA.— De mi labio
Quejas no escucharéis: pido justicia.

PIZARRO.—¡Justicia! y ¿quién la niega en mis [estados?

DADA.—Lo veremos marqués : á hablaros v engo
En nombre de los tristes partidarios
del mariscal, que en otro tiempo fuera
vuestro amigo.

PIZARRO.— Os escucho.

RADA.— Del pasado
Invoco los recuerdos en mi ayuda.
Bien lo sabéis, señor, Vaca de Castro
venía á poner fin y á hacer justicia
en nuestras disensiones: desgraciado

su viaje ha sido, y nuestras esperanzas
perecieron con él en su naufragio.
¿A quién, pues, acudir? ¿A quién se puede
pedir reparación de los agravios
hechos en vuestro nombre? A vos tan sólo,
que grande y noble olvidaréis que Almagro
murió por las fatales disensiones
siendo vuestro enemigo. A vos que acaso
recordaréis que el mariscal mil veces
combatió con valor á vuestro lado.
Con él vinisteis á esta tierra extraña,
y con él mil peligros arrostrando
realizasteis los hechos portentosos
que á la posteridad pondrán espanto.
Ante una tumba los rencores callan:
y se perdona siempre ante un cadalso.
Y vos, señor marqués, ¿no haréis justicia
al hijo de ese noble y desdichado
capitán, y á los restos infelices
de su disperso y perseguido bando?

PIZARRO —¡La justicia que se hace á los traidores
toca al verdugo!

RADA.— ¿Qué decís, Pizarro?
¡Traidores! ¿Quién lo ha sido? Quién defiende
su vida, y los derechos que ha comprado
con sus grandes hazañas y su sangre,
¿es acaso traidor?... ¡Nó, por Santiago!
Yo no he vivido por tan largo tiempo
para que caiga en mis cabellos canos
tan infame baldón!

PIZARRO.— Tened la lengua,
ó me haréis olvidar que vuestros años
debo en vos respetar... ¿No hice bastante
ya por vosotros todos? ¿Y me es dado
hacer acaso más? ¿No he consentido
en que libres viváis sin molestaros,

cuando pudiera bien con justa causa
haberos de estos reinos desterrado?
Si mi clemencia y mi bondad se aprecian
tan mal, haréis, tal vez por vuestro daño,
que desoyendo la piedad del pecho,
cual vosotros decís, sea un tirano.
¿Qué pretendéis por fin?

RADA.— Vano es decirlo,
pero también es fuerza no callarlo.
El mariscal, señor, como á heredero
dejó á su hijo sus bienes y su mando:
eran inmensos, y sabéis sin duda
lo que vuestra bondad hizo de entrambos.
Ese joven ardiente y valeroso,
en vez de recorrer climas extraños
conquistando laureles con su espada
como su padre, en miserable estado
vive en vuestra ciudad, en más pobreza
que el más humilde y desvalido hidalgo.
A la par de él, los bravos caballeros
que partieron sus glorias con Almagro,
viven en la indigencia, sin que puedan
gozar de los honores de su rango.
Tal es, señor marqués, de nuestra suerte
el lastimoso y verdadero cuadro.

PIZARRO.—Y ¿qué puedo hacer yo?

RADA.— Volver al hijo
los bienes de su padre, y el cuidado
de su gobierno.

PIZARRO.— Y olvidáis quien soy,
¿ó me tomáis tal vez por insensato?

RADA.—Apelo á vuestro honor de caballero:
antes de ser marqués fuisteis soldado.

PIZARRO.—¡Estáis loco, por Dios! Por vuestra suerte
hice bastante ya.

RADA.— No veis que acaso
puede el caído levantarse un día.
PIZARRO.—¡A la altura de una horca!
RADA.— Nó, más alto.
PIZARRO.—Dejad las amenazas insensatas;
os tengo, bien sabéis, bajo la mano:
temblad... Mas nó, para enemigos tales
sólo tengo el desprecio.
RADA.— Adiós, Pizarro. (*Vase*)

ESCENA IV

PIZARRO Y VELÁZQUEZ

VELÁZQUEZ.—Vamos que gasta insolencia
el hidalgo en el hablar.
PIZARRO.—Es viejo y disimular
se debe su impertinencia.
Son achaques de la edad,
y tal vez de la desgracia.
VELÁZQUEZ.—Para pedir una gracia
se tiene más humildad.
PIZARRO.—El pobre diablo tal vez
no ha comido en todo el día.
VELÁZQUEZ.—Y ¿es razón esa, á fé mía,
para hablar con altivez?
¡Qué tono tan insolente!
Para curar su razón
yo habría enviado á prisión
á ese viejo impertinente.
Y si prosiguiera un tanto
con esa necia arrogancia,
no le arriendo la ganancia
aunque fuerais más que santo.
PIZARRO.—Tienes razón, ya empezaba
á molestarme, muy mucho,

si otro momento le escucho
yo no sé, pero..

VELÁZQUEZ.— Yo estaba
en espinas y decía:
¡puede haber bondad mayor!
Cuan bien al gobernador
la corona sentaría.

PIZARRO.—¡Vuelves, Velázquez!

VELÁZQUEZ.— ¡Por Dios!
Y eso, señor, ¿os extraña?

PIZARRO.—Nuestro rey es el de España.

VELÁZQUEZ.—Y acá lo podéis ser vos.

PIZARRO.—¡Velázquez!

VELÁZQUEZ.— ¡Sin duda alguna!
¿Qué le falta á un gran señor
para ser rey, si valor
le sobra y buena fortuna?
Cuando alaban su bondad
todos, nobles y pecheros,
hidalgos y caballeros,
en el campo y la ciudad;
¿qué le falta, digo? nada.
¿Qué tiene un rey más que vos?

PIZARRO.—Que es por la gracia de Dios,
y no por la de la espada.

VELÁZQUEZ.—Perdonad, señor, más yo
no soy de ese parecer:
rey es quien lo puede ser
y ningun otro.

PIZARRO.— Nó....nó!
(*Aparte.*) ¡Qué! ¿Mi secreta ambición
no es un sueño, una quimera?
Para subir á esa esfera
¿no me sobra corazón?

VELÁZQUEZ.—(*Aparte*) Ya piensa en ello....des-
[pués.....

Voy mi fortuna á labrar.
Dejémosle meditar
Por ahora. (*Alto.*) Adiós, marqués.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V

PIZARRO.—Una corona, reinar,
ser el amo, ser el dueño,
dulce, nacarado ensueño
que me es grato acariciar!
¿No han de poder alcanzar
mi constancia y mi valor,
tanta gloria, tanto honor?
Sí; pondré sobre mi frente
corona tan refulgente
que deslumbre su esplendor.
Y cuando grite traición
allá el rey de las Españas,
mostraré que son hazañas
los timbres de mi blasón:
y mirando la extensión
de aquesta tierra ignorada,
por mi valor conquistada,
le diré: Señor, sois vos
rey por la gracia de Dios,
y yo, por la de mi espada!
Y sostendré mil campañas
si tratan de hacerme guerra,
porque sacando á mi tierra
el oro de sus entrañas,
mas que el rey de las Españas
podré yo dictar la ley;
y conduciendo á mi grey
á los campos del honor,

seré siempre el vencedor....
¡Ah! ser rey, ser rey, ser rey!
(*Picado aparece en la puerta del fondo.*)

ESCENA VI

PIZARRO, PICADO

PIZARRO.—¿Quién me escucha?
PICADO.— Nadie: yo.
Señor marqués.
PIZARRO.— ¡Ah! Picado.
PICADO.—Los negocios del estado
os ocupaban....
PIZARRO (*distraído*)
Nó.... nó....
pensaba, pues.... ya se vé,
mi ciudad....
PICADO.— No es necesario;
dejad para el secretario
esos asuntos.
PIZARRO.— Ya sé
que puedo en tí descansar.
PICADO.—¿Cuánto me honra esa confianza?
mas yo abrigo la esperanza
de poderla conservar.
PIZARRO.—Sí, Picado.... mi ciudad
de los reyes, quiero hacer
mas hermosa....
PICADO.— Y á mi ver
no tenéis dificultad.
PIZARRO.—Digna de reyes.
PICADO.— Comprendo,
digna del gobernador.
Así lo haremos, señor;
ya sabéis que yo me entiendo
en esas cosas.

PIZARRO.— Picado,
¿y qué has hecho tus temores?
PICADO.—No me gusta ver traidores
habitar en vuestro estado.
Luego esas caras mohinas
huelen á revolución:
porque toda esa facción
no sucumbió en Las Salinas.
Esto es todo.
PIZARRO.— Sí, tu celo
es excesivo; ya ves....
PICADO.—¿Qué quieréis? señor marqués,
miéntras pisen este suelo,
por vos no estaré tranquilo.
Aunque empiezo como vos
á despreciarlos.
PIZARRO.— ¡Por Dios!
Haces bien.
PICADO.— Y hoy mismo.....
PIZARRO.— ¡Dilo!
PICADO.—Por burlarlos, cabalgando
en mi alazán, un letrero
puse atado á mi sombrero.
Por cierto que están rabiando
á la hora que es.
PIZARRO.— ¿Y decía?
PICADO.—«Para los de Chile»
PIZARRO.— ¡Bravo!
Tu valor, Picado, alabo.
PICADO.—Imito á su señoría.
Aunque, á decir la verdad,
corren extraños rumores
acerca de esos traidores
Que infestan vuestra ciudad.
¿Sabéis que dicen, señor,
que intentan asesinaros?

PIZARRO.—¡Locura!
PICADO.— Debéis guardaros....
PIZARRO.—Con mi espada y mi valor.
PICADO.— Hacedlo por nuestro bien,
sabéis que os amamos tanto.
PIZARRO.—Intentan ponerme espanto,
pero humillarán la sien.
¿Y sabes que hoy Juan de Rada
por hablarme vino aquí?
PICADO.—¡Por mi pluma! ¿cómo así?
¿Tuvo valor? y ahí es nada!
Alguna necia demanda.
¿Y qué os pedía?
PIZARRO.— Friolera,
que hacienda y gobierno diera
á Almagro el joven.
PICADO.— ¿Pues anda
loca esa gente? Señor,
llevaos de mi consejo,
mandad mudar a ese viejo,
o á todos ellos mejor.
PIZARRO.—Nó, Picado, aquí les tengo
bajo mi vista. Si un día
quieren alzarse, á fe mía,
buenos verdugos mantengo.
PICADO.—Mas pensad, señor marqués,
que acaso un golpe de mano...
PIZARRO.—Para que alcance un enano
de un gigante hasta los pies...
PICADO.—Mas, con todo, yo pondría
con buena guarda a esa gente.
PIZARRO.—Juzgo que acaso imprudente
fuera ese paso.
PICADO.— Sería
si pudieran disponer
de alguna fuerza; mas nada,

si se quita á Juan de Rada
y á ese joven, ¿qué poder
ni qué prestigio les queda?
¡Por mi pluma! mi opinión
es que vayan á prisión
desde luego.

PIZARRO.— Nó, la rueda
de la fortuna es variable;
tenlo presente, Picado.
Si llega el comisionado
de la corona...

PICADO.— ¿Y es dable
que habléis así?

PIZARRO.— ¿Por qué nó?

PICADO.—Porque vos sabéis de cierto
que Vaca de Castro ha muerto.

PIZARRO.—Es verdad, sí, sucumbió:
pero algún otro...

PICADO.— Señor,
al que conquistó esta tierra
con grandes hechos de guerra,
le faltaria valor
para ser...

PIZARRO.— Y tú tambien.

PICADO.—¿Por qué nó? la buena espada
de fino acero forjada,
puede poner en la sien...

PIZARRO.—Calla... nó... no mi ambición
despiertes... Vamos, Picado,
los negocios del Estado
reclaman nuestra atención.

(*Vanse por la puerta de la izquierda*).

ESCENA VII

FRANCISCA *é* INÉS *salen por la puerta de la derecha*

FRANCISCA.—¡Santo Dios! tanto esperar.
Me ahogaba en ese aposento.
Llegóse, Inés, el momento.
INÉS.—Señora...
FRANCISCA.—¿Querrás callar
y obedecerme?
INÉS.— ¡Por Dios!
¿si nos sorprenden?
FRANCISCA.— Ahora
estáis en eso.
INÉS.— Señora
¡qué va á ser de mí y de vos!
El marques es tan violento:
si llegara á sorprendernos,
lo menos fuera meternos
á las dos en un convento.
FRANCISCA.—¿No sabes bien que me adora;
que después de su ambición,
no conoce otra pasión
que mi amor?
INÉS.— Lo sé, señora.
FRANCISCA.—¿No sabes que de él consigo
cuanto quiero?
INÉS.— Sí, lo sé;
pero este joven...
FRANCISCA.— ¿Y qué?
INÉS.—Es su mortal enemigo.
FRANCISCA.—¿Y qué hacer? nada hay de estraño
en que ame yo á un caballero.
INÉS.—Doña Francisca... nó... pero
si se torna en vuestro daño

ese amor... ¡Virgen María!
no me encuentro en mala danza!

FRANCISCA.—Me importuna esa tardanza,
¿no saldrás en todo el día?
marcha, pues, no ves la puerta.

INÉS.—Si voy ya. (*Aparte*) Por un capricho...

FRANCISCA.—No olvides lo que te he dicho.

INÉS.—¡Ah! no me cayera muerta.

(*Vase por el fondo*)

ESCENA VIII

FRANCISCA.—Voy á verle... mi emoción,
y mi amor creciendo van.
no latas con tanto afan,
más despacio, corazón!
Esta súbita pasión
que me arrastra, y me domina,
¿a dó me lleva...? Vecina
de la ventura que aguardo,
encuentro el tiempo muy tardo,
y corro acaso á mi ruina.
¡Esperar! siempre esperar!
¡Ay! infeliz, si el que espera
sufre como yo... Quisiera
poderme el arma arrancar,
y no tener que contar
estos inmensos instantes...
Yo, que llorar no supe antes,
siento en mis ojos un velo...
Si esto es amor ¡santo cielo!
cuánto sufren los amantes. (*Pausa*).
El perseguido va á ser
y acaso puesto en prisión:

le salvará mi pasión,
ó no sería mujer.
¡Salvarle! ¡cuánto placer!
Quizás el mundo repruebe
lo que voi á hacer, mas debe
pensar que es mi amor, mi vida.
¿Quién merece ser querida
cuando á todo no se atreve?
El tan noble, y perseguido
por todos! Dios poderoso,
presta tu brazo piadoso,
para elevar al caído!
¡Ah! no escuches lo que pido...
sálvale, por compasión:
en mi vida, la pasión
única, constante, fiel...
qué rumor... Acaso es él...
más despacio, corazón!

ESCENA IX

FRANCISCA *i* PICADO, *que salen por la puerta de la izquierda*

PICADO (*Aparte*).—es ella, es ella, valor.
(*Alto*), Doña Francisca...
FRANCISCA.— Picado.
PICADO (*Aparte*).—Si él es rey, seré el privador.
(*Alto*). ¿Me haréis, señora, el hono
de escucharme?
FRANCISCA.— ¡Suerte cruel!
PICADO.—Os encuentro distraída,
triste tal vez... Por mi vida,
no me escucha.
FRANCISCA.— ¡No era él!

PICADO.—(*Aparte*) He de vencer su rigor.
(*Alto.*) Viendo estoy en este instante
en vuestro bello semblante
una sombra de dolor.
¿La causa de ese pesar
no me es dado conocer?
Si estuviera en mi poder
remediarlo...
FRANCISCA.—(*Aparte*) He de escuchar
su necia charla.
PICADO.— Señora,
¿no me oís?
FRANCISCA.— ¿Cómo? Picado.
PICADO.—Soy harto desventurado
en no agradaros.
FRANCISCA.—(*Aparte*) Y ahora
viene sólo á dar en ello.
PICADO.—Mientras que yo al contenplaros
siento que es poco adoraros:
aunque ese rostro tan bello...
FRANCISCA.—¿Os quejáis, señor Picado?
PICADO.—De vos no, sí de mi estrella:
que os hizo el cielo muy bella,
y a mi muy desventurado.
Pero os libraré...
(*Haciendo ademán de retirarse*).
FRANCISCA.— Nó, nó,
quedad, Picado, conmigo:
siempre es grata de un amigo
la compañía.
PICADO.— Mas yo
temo importuno....
FRANCISCA.— Al contrario.
PICADO.—Tanta bondad....
FRANCISCA.— Más por cierto
merecéis....

PICADO.—(*Aparte*); Estoy despierto,
ó sueño!
FRANCISCA.—(*Aparte*) Al tal secretario
propicio es bueno tenerlo.
PICADO.—(*Aparte.*) ¡Por mi pluma! es raro el
[caso.
FRANCISCA.—(*Aparte.*) Ya de impaciencia me
[abrazo,
pero él pudiera perderlo.
PICADO.—Dolida al fin de mis males....
FRANCISCA.—¿Qué decís?
PICADO.— ¿No lo sabéis?
FRANCISCA.—¡Picado!
PICADO.— Y muy bien no veis
que tormentos infernales
sufre quien ama.
FRANCISCA.— ¡Es verdad!
PICADO.—Mas tornáranse muy luego
en bien, si acoje mi ruego
benigno vuestra beldad.
Sabéis, Francisca, que os amo,
que sois mi única pasión,
que jamás mi corazón
sintió el fuego en que me inflamo.
FRANCISCA.—¡Callad, callad, por favor!
(*Aparte.*) Mi cólera va á estallar.
PICADO.—¡Ah! juzgad de mi pesar
por lo inmenso de mi amor.
(*Aparte.*) Se conmueve; continuemos
que estamos adelantados.
FRANCISCA.— (*Aparte.*) ¡Hay hombres aún más
[pesados
que una torre!
PICADO.— ¿Los estremos
de mi amor no alcanzarán
ni una mirada piadosa?

Siendo cual sois, tan hermosa,
mis ojos nunca os verán
más humana y menos cruel?

FRANCISCA.—Callad, Picado, por Dios.

PICADO.—¿Desdenes tan sólo en vos
ha de encontrar el más fiel
y rendido adorador?

FRANCISCA.—¡Callad! No debo escucharos.

PICADO.—¡Tengo la culpa de amaros
si sois tan bella! (*Aparte*) Mi amor
gana terreno sin duda.

FRANCISCA.—(*Aparte*) El va á llegar.

PICADO.— ¡Ah! señora,
mi corazón os adora
como á Dios.

FRANCISCA.—(*Aparte*) No hay quien acuda
á socorrerme. (*Alto*) No debo
escucharos más, Picado.
Una dama...

PICADO.— Desgraciado
soy, porque á amaros me atrevo.

FRANCISCA.—(*Aparte*) Van á llegar, ya los siento
acercarse, ¡oh Dios!...

PICADO.— ¿No alcanza
tanto amor una esperanza,
una tan sólo?

FRANCISCA.—¡Oh tormento!

PICADO.—Una, sí, por compasión,
que nadie como yo os ama,
es tan inmensa esta llama...

FRANCISCA.—(*Aparte*) Va á estallar mi corazón
(*Alto*) Por favor, salid, Picado.
Van á venir.
(*Picado le toma y besa la mano*)
¡Acabad!

PICADO.—Ley es vuestra voluntad.
.(*Aparte*) Seré de cierto el privado
(*Vase por el fondo*).
(*Al salir Picado entrará Inés por el fondo*).

ESCENA X

FRANCISCA É INÉS

INÉS.—Señora... ¡Jesús! señora...
FRANCISCA.—¿Qué hay, Inés?
INÉS.— ¡Virgen María!
¿Cuál mi susto no sería
al topar con él ahora?
Tan generoso señor...
él que tan buenos doblones
me da por las oraciones...
en provecho de su amor.
FRANCISCA.—¿Pero con quién?
INÉS.— ¿No habéis visto?
Con don Antonio.
FRANCISCA.— ¿Y él, y él?
INÉS.—Aquí mismo, en el dintel.
FRANCISCA.—Pero ¿Almagro?
INÉS.— ¡Jesucristo!
Tenéis razón, ya está aquí.
FRANCISCA.—¡Ah!
INÉS.— Con la vista vendada,
y por la puerta excusada
le traje.
FRANCISCA.—Inés ¡ay de mí!
INÉS.—¿Qué tenéis?
FRANCISCA.— Nada... al momento
introdúcele...
INÉS.— Voy, voy.
(*Vase por el fondo*)

ESCENA XI

FRANCISCA, *poco después* ALMAGRO *é* INÉS

FRANCISCA.—No sé como viva estoy
después de tanto tormento. (*Pausa*)
ALMAGRO.—Señora.
FRANCISCA.— Almagro.
ALMAGRO.— Anhelante
por serviros, aguardaba
la llegada de este instante.
FRANCISCA.—Yo también os esperaba
ALMAGRO.—Ya me tenéis...
FRANCISCA.— Perdonad,
tal vez por mi ligereza
dudáis de mi calidad.
ALMAGRO.—Al veros vuestra nobleza,
ninguno en duda pondría,
mas quisiera...
FRANCISCA.— No sigáis.
Agradecida, querría
mostraros que en mi encontráis
un bien puesto corazón
ALMAGRO.—Me basta veros, señora.
FRANCISCA.—(*Aparte*) ¡Cuán profunda es mi pa-
[sión!
¡Cuánto mi pecho le adora!
(*Alto*) ¿Ignoráis tal vez, señor,
qué un peligro, y no lejano,
os amenaza traidor?
ALMAGRO.—¿Qué decis?
FRANCISCA.— En vuestra mano
está evitarlo.
ALMAGRO.— ¿Y cuál es?
FRANCISCA.—Quieren en una prisión.
poneros.

ALMAGRO.— ¿Cómo?
FRANCISCA.— Y después
juzgaros.
ALMAGRO.—¡Ah!
FRANCISCA.— Por traición
al Estado. ¿Comprendéis?
Esto es lo que os amenaza,
pero salvaros podéis,
ALMAGRO.—El último de mi raza
debo ser... Y aunque en mi cuna
me halagara lisonjera
el aura de la fortuna,
tornóse despues severa.
En los peligros nacido,
y en los combates criado,
nunca el miedo he conocido
que nací siendo soldado.
Mas guardo un presentimiento
en lo hondo del corazón,
que nunca olvido un momento
sin que con lúgubre son
venga una voz misteriosa
á gritarme: «En tu camino
hallarás pronto la fosa,
y un cadalso es tu destino»!
FRANCISCA.—¡Un cadalso!
ALMAGRO.—Perdonad...
llevado del pensamiento...
FRANCISCA.—Imposible...nó, verdad
no puede ser...tal tormento
con mi vida acabaría...
ALMAGRO.—¡Qué escucho!
FRANCISCA.— ¿Qué he dicho? ¡oh Dios!
la profunda simpatía
que tengo, señor, por vos.
la amistad...la gratitud...

ALMAGRO.—Una ilusión engañosa
es tal vez... mi juventud
no ha sido siempre dichosa.
Y acaso no es de extrañar
que ideas no muy risueñas
suelan mi mente cruzar.
FRANCISCA (*Aparte*).—El dardo en hundir te em-
[peñas
en mi pecho. (*Alto*). Mas, señor,
tales ideas dejad;
acaso vuestro valor
puede salvaros.
ALMAGRO.— Verdad:
con Dios y él, estoy tranquilo.
FRANCISCA.—Pero os debéis ocultar.
ALMAGRO.—¿Ocultarme?
FRANCISCA.— Yo un asilo
seguro os puedo mostrar...
ALMAGRO.—¿Y mis bravos compañeros?
FRANCISCA.—Nó, vos solo, porque tanto...
ALMAGRO.—Con tan buenos caballeros
no pone el cadalso espanto,
gracias, señora.
FRANCISCA.— Don Diego,
¿cuándo os ofrezco la vida,
así desecháis el ruego
de una alma reconocida?
ALMAGRO.—Os lo agradezco; mas no,
no me pidáis, por favor,
que haga un hombre como yo
algo que manche su honor.
Ellos mi suerte han seguido:
sin que ninguno se queje,
en la pobreza han vivido:
no, no esperéis que los deje
en tal momento.

FRANCISCA.— Queréis
que os lo ruegue....sólo vos....
ALMAGRO.—¿Mas quién sois?
FRANCISCA.— ¡No lo sabréis!
INÉS.—(*Viniendo á la escena y tomando el brazo [á Francisca*)
Alguien viene.
FRANCISCA.—¡Santo Dios!
INÉS.—¿De nosotras qué va á ser?
¡Virgen santa del Pilar!
ALMAGRO.—¿Qué sucede?
FRANCISCA.— ¡Oh Dios! ¿qué hacer?
INÉS.—¡Ay! Jesús! ya van á entrar....
FRANCISCA.—Almagro, huid por favor.
ALMAGRO.—¡Ah. señora, qué pedís!
FRANCISCA.—Huid....ya vienen: !oh dolor!
Va á perderse.....
ALMAGRO.— ¿Qué decís?
FRANCISCA.—Huid por piedad.
ALMAGRO.— ¿Yo huír?
FRANCISCA.—Me perderéis....¡Cielo Santo!
ALMAGRO.—Os obedezco....
(*Vase precipitadamente por la puerta del fondo*).
FRANCISCA.— Morir
puedo anegada en mi llanto!
(*Francisca va á retirarse por la puerta de la derecha; al mismo tiempo aparecen en la de la izquierda Pizarro y Velázquez.*

Cae el telón

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una plaza; en el fondo un poco á la izquierda una gran puerta que dejará ver el interior; sobre ella la reja de un balcón con puerta practicable: en el fondo á la derecha una calle: á la derecha en primer término la gran puerta con gradas del palacio de Pizarro: calle á la izquierda.

ESCENA I

PIZARRO *y* VELÁZQUEZ, *al pie de las gradas de la puerta*

PIZARRO.—Para hermosear mi ciudad
tales son mis pensamientos.
VELÁZQUEZ.—Tan soberbios monumentos
la harán de una majestad
digna de reyes.
PIZARRO.— Su nombre
requiere la tenga tal.
¿No te parece?
VELÁZQUEZ.—Cabal
Pues sois, marqués, todo un hombre.
PIZARRO.—Si amontoné más riqueza
que juntos ocho monarcas,
no la dejaré en mis arcas
dormir.
VELÁZQUEZ.—De vuestra nobleza
digno es tal desprendimiento.
siempre como grande obráis:
y si á realizar llegáis
tan grandioso pensamiento,
en este reino dichoso
dejando una eterna huella,
haréis la ciudad más bella
bajo el clima más hermoso

PIZARRO.—Dices bien: bajo este cielo
que eterno placer inspira,
naturaleza conspira
conmigo á hermosear su suelo.
Y hará el soldado español
tanto por su honra y su gloria,
que vivirá en su memoria
más que los hijos del Sol.
VELÁZQUEZ.—Y más, si una dinastía....
PIZARRO.—Ese es un vano oropel:
la corona de laurel
me basta tener por mía.
Cuando el valiente guerrero
á los riesgos se abandona,
no es una imperial corona
lo que busca con su acero;
no es el oro, no es el peso
de pasajeros honores
no es el bien ni los amores,
es algo más que todo eso:
es una sombra ilusoria;
pero más grande, más bella
que cuanto hermoso descuella
en el mundo, y es: ¡la gloria!
VELÁZQUEZ.—De toda alma grande es norte
la gloria; pero tal vez
¿no le añade brillantez
el esplendor de una corte?
¿No es comenzar á escalar
en vida, la inmensa altura
en que va la edad futura
un gran nombre á colocar?
PIZARRO.—Es verdad, Velázquez...pero...
VELÁZQUEZ.—Para alcanzarla, señor,
no puede faltar valor
á tan bravo caballero.

PIZARRO.—(*Aparte*) Bien mi secreta ambición
conoce....mas todavía
no brilla en oriente el día
de realizarla.

ESCENA II

Dichos, PICADO *que sale precipitadamente por la calle de la izquierda*

PICADO.—¡Traición!
VELÁZQUEZ.—¿Qué dices?
PIZARRO.—Siempre Picado
viendo fantasmas.
PICADO.— Señor
¡Por mi pluma! mi temor
no es al presente infundado.
VELÁZQUEZ.—Mas ¿qué hai?
PICADO.—Sin aliento llego.
PIZARRO.—Pero, ¿qué sucede en suma?
PICADO.—¿Qué sucede? ¡por mi pluma!
Vais á saberlo muy luego.
¡Infames!
PIZARRO.—¿Acabarás?
VELÁZQUEZ.—Infames ¿quiénes?
PICADO.— Pues... ellos,
los de Chile... los cabellos
se me erizan nada más
que de pensarlo!
PIZARRO.— Picado,
¿estás en tu juicio?
PICADO.— ¡Yo!
¡Pluguiera al cielo que no
lo estuviera!... ¡Desdichado!
Presenciar tales escenas...
No sé cómo me hallo vivo...

un hombre tan compasivo
de las desgracias agenas
llegar á ver... ¡Ah, señor,
si hubierais visto!

PIZARRO.— Mas ¿qué?

PICADO.—Era horrible...

PIZARRO.— Pues, á fe
que me impacientas.

PICADO.— De horror
y de indignación temblaba.

VELÁZQUEZ.—Pero, por Dios, ¿lo dirás?

PICADO.—Esto faltaba no más
para...

VELÁZQUEZ.—¿Qué es lo que faltaba?

PICADO.—Ya se colmó la medida
por vuestra benevolencia:
pero no haya más clemencia,
y no quede uno con vida.
¡No señor!...que de uno en uno
caigan!...¡Tal atrevimiento
merece un duro escarmiento!

PIZARRO.—Por Dios que estás importuno!

VELÁZQUEZ.—¿Acabarás de decir
lo que sucede?

PICADO.— Qué! ¿ya
no lo he dicho?

PIZARRO.— Loco está.

PICADO.—Es que he creído morir
de rabia y...de miedo.

VELÁZQUEZ.— Y bien.
¿Qué pasa? ¿qué hay?

PICADO.—Ya verás,
Y como yo temblarás,
que á ti te toca también.

VELÁZQUEZ.—¿Cómo? ¡á mí!

PICADO.— Por esta vez.
No burlarás mis temores.
¡Infames, perros, traidores!
VELÁZQUEZ.—Cómo! ¿á Velázquez el juez
se atreverán á insultar?
PICADO.—¡Insultar! sólo fuera eso,
No sentiría este peso
aquí....
PIZARRO.—Y ¡habrás de acabar!
PICADO.—Ya estoy algo más sereno.
Pero..escuchad..¡ah! señor,
vais á morir de furor.
PIZARRO.—Por no desgarrarte el seno.
¡Piensas acabar!
PICADO.— Pensad
que una horca han levantado
Y de ella...
VELÁZQUEZ.—¿Cómo, Picado?
PICADO.—Pendiente han puesto..
PIZARRO.— ¡Acabad!
PICADO.—¡Tres carteles!
VELÁZQUEZ.— Siento un frío...
PICADO.—¡Tres carteles!
PIZARRO.— Y ¿después?
PICADO.—Con los nombres del marqués,
el de Velázquez y el mío.
PIZARRO.—¡Ira de Dios! burlas tales
merecen duro castigo.
PICADO.—Al fin opináis conmigo.
Pondréis fin á nuestros males
escarmentándolos.
PIZARRO.— Ya
verán que también se agota
mi clemencia
VELÁZQUEZ.—Ni una gota
de sangre les quedará.

PIZARRO.—Mas ¿los culpables?
PICADO.— Señor....
VELÁZQUEZ.—¿Los de Chile?
PICADO.— Ciertamente,
ellos.
PIZARRO.—Y siempre esa gente
desafiará mi furor.
¿las pruebas?
VELÁZQUEZ.—Pena por eso
no paséis.... no es necesario:
yo levantaré el sumario
para seguir el proceso.
PIZARRO.—¿Sin pruebas?
VELÁZQUEZ.—Señor marqués,
cuando hay traición al Estado
debe un hombre ser ahorcado;
se buscan pruebas después.
PICADO.—Sí, señor, bueno es firmar
una orden de prisión.
PIZARRO.—Dirán después con razón
que los hice asesinar.
No procedamos, señores,
sin saber....
PICADO.—¿Qué hay que saber?
cumplimos con un deber
persiguiendo á los traidores.
VELÁZQUEZ.—Es verdad,
PIZARRO.— Nó, mi clemencia
los perdona.
PICADO.— ¡Una traición!
PIZARRO.—Esas necias burlas son
hijas sólo de impotencia.
PICADO.—Pero, pensad que mañana
con la impunidad, aliento
cobrarán.

PIZARRO.—Vano argumento,
si no hay pruebas.
VELÁZQUEZ.—También vana
consideración es esa,
pues ya os he dicho señor.....
PIZARRO.—Escuchar sólo al rencor
¿pensáis que á veces no pesa
en la conciencia?
PICARO (*Aparte*).—¡Conciencia!
jamás lo que es he sabido,
VELÁZQUEZ.—Pero, en fin....
PIZARRO.— Ya mi partido
está tomado.
VELÁZQUEZ.— Paciencia.
PIZARRO.—Las burlas de un bando necio
de su impotencia furioso,
no alcanzarán del coloso
sino á excitar el desprecio.
¡Temerles! ¿Por qué temer?
Vendrán sus empresas locas,
cuál las olas en las rocas
á estrellarse en mi poder.
¡Ojalá que su furor
se alzara, por vida mía!
por su mal les probaría
que aún subsiste mi valor.
PICADO.—Pero acaso esos traidores
acechando una ocasión
estarán, y su intención....
PIZARRO.—¡Ah! dejadme en paz, señores.
(*Vase por la puerta que está sobre las gradas*)

ESCENA III

PICADO Y VELÁZQUEZ

PICADO.—¿Qué te parece?
VELÁZQUEZ.— ¿Qué hacer?
¿Quién á convencerle alcanza?
PICADO.—Le perderá la confianza
que tiene en su gran poder.
VELÁZQUEZ.—Pero con verdad, Picado,
¿los temes de veras?
PICADO.— ¡Toma!
pues qué, ¿te parece broma
lo de la horca?
VELÁZQUEZ.— Cuidado:
no hay por qué disimular
conmigo, pues rara vez
se logra engañar á un juez.
PICADO.—Yo á nadie quiero engañar.
VELÁZQUEZ.—Pues creí que tus temores
exagerabas de intento.
PICADO.—Y yo te digo, y no miento,
que á ser tantito mayores
caigo sin vida.
VELÁZQUEZ.— Pues yo
maldito el temor que abrigo:
tan impotente enemigo
desprecio siempre.
PICADO.— Yo no.
No hay enemigo pequeño
dice el refrán; y no es malo
si nos amenaza un palo,
que uno ponga todo empeño
en dar primero, que así,
mientras se arregla la cosa,

poner pies en polvorosa
se puede ¿no es cierto?
VELÁZQUEZ.— Sí.
Y ahora un golpe de mano
qué bien vendría...
PICADO.— Por cierto.
VELÁZQUEZ.—Para nuestro plan.
PICADO.— No acierto
como pueda...
VELÁZQUEZ.—Pues, es llano:
se dice que la nación
hallándose amenazada
por una horda desalmada
de anarquistas...
PICADO.— Ya, razón
veo que... Pero adelante.
VELÁZQUEZ.—Para poder conservar
el orden, debe aumentar
el poder del gobernante.
PICADO.—¡Vaya, con todos los santos!
buenas razones son esas.
¿y después?
VELÁZQUEZ.—Se hacen promesas
y se cuelgan unos cuantos.
Y entonces, por propia ley,
el justo gobernador,
solamente por amor
al pueblo, se nombra rey.
PICADO.—¡Por mi pluma! dices bien,
VELÁZQUEZ.—Y ahora...
PICADO.— Sin duda alguna
la ocasión es oportuna;
pero Pizarro...
VELÁZQUEZ.—El también
como nosotros lo anhela,
aunque no lo muestra así.

Mas yo digo para mí:
no, marqués, esa no cuela.

PICADO.—Sí, Pizarro en su ambición
sueña coronas y honores.

VELÁZQUEZ.—Y es de los grandes señores
caer en la tentación.
Aunque arriba, en el poder,
¿cómo no se han de tentar?
Tan agradable es mandar
y tan duro obedecer.
¿No te parece?

PICADO.— Sin duda:
y haciéndole rey...

VELÁZQUEZ.— Pues, ya,
hecha nuestra suerte está;
que entonces de nuestra ayuda
menos se podrá pasar.
Ya verás como medramos.

PICADO.—Cierto, Velázquez, estamos
llamados a figurar.

VELÁZQUEZ.—El con corona y broquel
sus riquezas ostentando;
yo juzgando y sentenciando,
y tú firmando por él.
¿No es bueno el programa?

PICADO.— Pues.
Pero...

VELÁZQUEZ.—¿Vuelven tus temores?
Cuida tú de los traidores;
yo voy á ver al marqués. (*Vase*).

ESCENA IV

PICADO.—El reinará y al trocar
en corona su celada,
¿no puede acaso pensar

que un trono logró alcanzar
solamente con su espada?
No olvidará, deslumbrado
con los brillantes reflejos
de su manto recamado
lo que debe á los consejos
del secretario Picado?
Olvidarme... nó, ninguna
razón tengo de inquietud;
¿mas, si en la buena fortuna,
apoya su ingratitud
en lo humilde de mi cuna?
Y la de el mismo?—Nó, nó
bién sé yo que el poderoso
siempre es hombre de honra i pro.
Pero el súeño es muy hermoso
para que lo pierda yo.
¿Ni por qué lo he de perder?
Con doña Francisca unido
debo escalar el poder;
¿y antes que él rey llegue á ser
no puedo yo ser marido?
El se opondrá... más de amor
tanto he de hablar á la bella,
que venciendo su rigor
alcanzaré... Pero es ella
la que se acerca... ¡valor!

ESCENA V

PICADO, FRANCISCA *é* INÉS *descienden de las gradas*

FRANCISCA.—Por favor tan señalado
quiero dar gracias á Dios.
INÉS.—Se las daremos las dos.

FRANCISCA.—(*Apercibiendo á Picado que la saluda*)
(*Aparte*) Siempre ese hombre
(*Alto*). Adiós, Picado,
PICADO.—Bendigo al cielo, señora,
que me deja en este instante
mirar el bello semblante
del ángel que me enamora.
(*Se acerca, da á Inés algunas monedas.*)
INÉS.—Tan galán, tan generoso:
no hay otro en el mundo igual.
FRANCISCA.—¿Y he de escuchar por mi mal
á un hombre tan fastidioso?
PICADO.—En este mismo momento
pensaba en vos; mas no es raro,
porque jamás os separo
ni un punto del pensamiento.
FRANCISCA.—Picado, hacedme favor
de no hablar de esa manera.
PICADO.—Señora, aunque lo quisiera,
¿Puedo estorbarlo á mi amor?
Ordenad: mi corazón,
que sólo sabe adoraros,
como no sea no amaros
todo lo hará.
INÉS.— Compasión
tened de amor tan rendido.
PICADO.— (*Aparte*) Quien calla otorga, esto avanza.
INÉS.—Bien merece una esperanza
un galán tan entendido
FRANCISCA.—(*Aparte*) Y pensar que este hombre tiene
mi destino en su poder!
El le podría perder,
y entonces....

INÉS.— Y ¿qué os detiene?
FRANCISCA.—(*A Inés*) Tu tiempo en vano no
[pierdas
Ya sabes que otro en mi seno....
INÉS.—¿Pero qué importa? ¿no es bueno
atar al arco dos cuerdas?
PICADO.—Señora, no me escucháis.
FRANCISCA.—Picado, os lo he dicho ya,
bien á una dama no está
escúchar..
PICADO.—¡Que tal digáis!
puede una noble intención
ofender nunca el recato
de una dama.
FRANCISCA.—Yo no trato
de averiguar....
PICADO.— Mi pasión
es tan pura, tan ardiente:
cifro en serviros mi anhelo:
y al veros, mi alma presiente
las gratas dichas del cielo.
Y no estando en mi poder
el no amaros....
FRANCISCA.—¡Ah! señor,
el tiempo prueba el amor,
nó las palabras.
PICADO.— ¿Qué hacer
si la pasión me domina?
Si viérais, cuando os contemplo....
FRANCISCA.—Inés, ¿no vamos al templo?
La hora se pasa.
PICADO (*Aparte*).—Mi ruina
traerá una repulsa en pos.
Señora...(*Saludando para retirarse*)
INÉS (*Bajo á Picado*).—Señor Picado,
yo velo, perded cuidado.

PICADO.—Adiós, señora.
FRANCISCA.— Id con Dios.
(*Vase Picado por la calle de la izquierda*)

ESCENA VI

FRANCISCA *é* INÉS

INÉS.—Tan poderoso señor!
y tratarle así.
FRANCISCA.— ¿Qué quieres?
¿Siempre acaso las mujeres
han de estar de buen humor?
INÉS.—Mas por el bien parecer
se debe disimular.
FRANCISCA.—¿Es por ventura engañar
la misión de la mujer?
INÉS.—Nó, señora, pero.
FRANCISCA.— Pero
aunque no deba morir
de impaciencia ¿debe oir
lo que dice un majadero?
INÉS.—Majadero!... y ¿quién le iguala
en amaros con extremo?
FRANCISCA.—A no ser por que le temo,
le enviaría en hora mala
con sus requiebros.
INÉS.— Señora,
os desconozco.
FRANCISCA.— ¡Ay! Inés.
¿en mi semblante no ves
que la inquietud me devora?
no hallo paz en parte alguna:
nada al presente me agrada:
inquieta y desconsolada,
cuanto miro me importuna.

En vano, en vano á mi lecho
la paz del sueño he pedido
me despertaba el latido
del corazón en mi pecho
y entre la sombra, anhelante,
miré una imagen tan bella,
que apartar no pude de ella
mis ojos ni un solo instante.
Despues, extraños temores
me asaltaban, y veía
que aquella faz sonreía
de un cadalso á los horrores. . .
La sangre se heló en mis venas:
quise huir... huir de mi misma,
porque mi mente se abisma
en el horror de mis penas.
¡Ay! Inés, tu no has amado,
y no puedes comprender
cuanto sufre una mujer
con un amor desgraciado!

INÉS.—Calmaos: esa inquietud
hallará pronto consuelo.

FRANCISCA.—Quiero pedírselo al cielo.

INÉS.—(*Aparte*) Caprichos de juventud!
(*Alto*) mas calmad esos enojos,
que veros llorar pudieran.

FRANCISCA.—Antes que llorar me vieran
me arrancaría los ojos.
No me conoces, Inés,
que temes...

INÉS.— Nó (*Aparte*). ¡Virgen santa!
Por tantito se levanta
su soberbia.

FRANCISCA.—Vamos pues,
porque un lugar solitario
quisiera buscar... que acaso...

INÉS.—Apresuremos el paso,
que ya comienza el rosario.
(*Se retiran por la calle de la derecha*)

ESCENA VII

RADA *y* BEATRIZ *en la puerta del fondo*

RADA.—Ya vas al templo, Beatriz.
BEATRIZ.—Sí, padre mío.
RADA.— Un consuelo
encuentra siempre en el cielo
hasta el ser más infeliz.
BEATRIZ.—Harto lo sé.
RADA.— Nuestros males
mitiga un Dios bondadoso;
y en su templo el poderoso
y el humilde son iguales.
BEATRIZ.—¿Vos no vais conmigo?
RADA.— Nó,
me aguardan, hija; ya llega
la hora... Pero tú ruega
por tu padre, porque yo
tal vez...
BEATRIZ.—¿Que queréis decir?
RADA.—Nada, nada... que á la altura
el ruego de una alma pura
alcanza siempre á subir:
y Dios con su excelsa mano
pesará compadecido
las quejas del oprimido,
y el orgullo del tirano.
BEATRIZ.—¡Padre!
RADA.— Tu mano está fría...
Nada temas, te repito...

Como todos necesito
de oraciones, hija mía.

BEATRIZ.—Pero...

RADA.— ¿Qué quieres saber?
Hija, hay funestas pasiones
que los tiernos corazones
no alcanzan á comprender.
Tú sólo puedes amar;
pero odiar...

BEATRIZ.—¡Odiar, señor!
¿No basta sólo el amor
para tener que llorar?

RADA.—Pero tú Beatriz, dichosa
te verás un día.

BEATRIZ.— ¡Ah! nó,
jamás!

RADA.—¿No sabes que yo
deseo seas su esposa?
Acaso nunca al poder
logre el infeliz llegar,
y tú podrás endulzar
su infortunio

BEATRIZ.— ¿Habrá mujer
tan infeliz...cuando acaso
no me ama ya? (*Alto*) Pero vos...

RADA.—El sol está ya en su ocaso
tengo que dejarte, adiós.

(*Vase por la calle de la izquierda*)

BEATRIZ.—Adiós....

ESCENA VIII

BEATRIZ.—¡Ah! ¿por qué mi duelo
no puedo esconder en mí?
Yo era su único consuelo
¡Pobre padre! y hora al cielo
él lo pide para mí.
Ese aire inquieto, sombrío,
revela que algo le pasa
de extraño...¡qué es, padre mío!
Temo, y mi frente se abrasa
en extraño desvarío...
Algo de fatal presiento:
y Almagro, él también...¡oh Dios!
Hablaba en tono violento...
Si algún temerario intento...
¡Ah! si los pierdo á los dos!
Vamos al templo....el pesar,
dicen, calma la oración;
mas también en el altar
su imagen he de encontrar,
porque está en mi corazón.

(*Avanza hacia la calle de la derecha, y salen por ella Francisca é Inés*)

ESCENA XI

BEATRIZ, FRANCISA, INÉS.

BEATRIZ.—¡Oh Dios! la dama del manto.
FRANCISCA.—(*A Inés*) No me he podido calmar
tampoco en el templo santo:
si yo pudiera llorar

pidiera consuelo al llanto;
pero ya....

INÉS.—¡Por Dios, señora,
la hija de todo un marqués!

FRANCISCA.—Hai algo que me devora.

INÉS.—Tan altiva antes y ahora..

FRANCISCA...Entonces no amaba, Inés,
ni conocía el pesar.

INÉS.—Pero amar de esa manera....
mas un tiempo ha de llegar
en que á nadie ha de quitar
el sueño el amor.

FRANCISCA.— Quisiera
tener sobre mí poder
me encuentro tan infeliz,
tan humillada...¿qué hacer?
Le quisiera aborrecer,
pero...¿qué miro?....Beatriz

(*Avanza hacia ella.*)

BEATRIZ.—¿Qué queréis de mí?

FRANCISCA.— ¡Dios mío!
¿Qué quiero?..En calma vivía
Gozando de mi albedrío,
hasta que un destino impío
me llevó hasta vos un día.
Yo amaba, y en mi ilusión
dulcemente adormecida,
me entregaba á mi pasión,
y vos, me quitáis mi vida,
me robáis su corazón.

BEATRIZ.—¿Su corazón?

INÉS.— ¡Ah! señora,
¿qué decís?

FRANCISCA.—(*A Inés*) ¿A qué fingir
Cuando mi pecho le adora?
(*Á Beatriz*).—¿Qué podéis decirme ahora?
BEATRIZ..—Que sé callando sufrir.
FRANCISCA.—¡Vos no amáis!
BEATRIZ.—¡Pluguiera al cielo
Que no le amase!..mas nó:
mi amor es el solo anhelo
que de colores vistió
mis negros días de duelo;
y también, hasta que os ví,
como vos viviendo en paz,
nunca el pesar conocí,
porque acariciaba en mí
una esperanza falaz;
más después...
FRANCISCA.—¿Pero él, os ama?..
BEATRIZ.—No lo sé.
FRANCISCA.— ¡Suerte dichosa!
¡La dicha á su altar me llama!
(*Aparte.*) ¡Pero es ella tan hermosa!
BEATRIZ.—Dejar por mí tan gran dama,
imposible!
FRANCISCA.—Más dichoso
Le puedo hacer yo que vos:
será en este reino hermoso
el más noble y poderoso.
BEATRIZ.—Yo lo amaré como á Dios.
Mas nó..que os ame!..sabré
ocultarle mi dolor:
en silencio sufriré
pero muriendo de amor
feliz al menos le haré.
Seréis dichosa y amada.
Yo por mi adversa fortuna,
¿qué puedo ofrecerle? nada,

cuando fué desde mi cuna
mi suerte tan desgraciada.
Ahora os lo puedo decir
yo le amo más que á mi vida....
Mas, no temáis, sé sufrir.
Haced su dicha cumplida...
que yo....yo sabré morir.

FRANCISCA.—(*Aparte*) Me desarma su dulzura.
Tanto amor....

INÉS.—(*A Francisca*).—La noche avanza,
Y esto pasa de locura....

FRANCISCA.—Adiós, Beatriz. ¡Qué ternura!

(*Vánse por la puerta de la derecha*)

ESCENA X

BEATRIZ, *poco después* ALMAGRO *por la calle de la derecha.*

BEATRIZ.—Murió mi última esperanza. (*Pausa*).
¡Ah! mi suerte en su rigor
la trajo aquí... ¿mas quién es?
¿Por qué me roba mi amor?
entra á palacio... ¡Oh dolor!
es la hija del marqués!

ALMAGRO.—Beatriz

BEATRIZ.— Es él... Dios piadoso,
no me abandones.

ALMAGRO.— ¿Qué miro?
¿Por qué ese rostro lloroso?
¿Por qué ese ahogado suspiro
que se escapa tembloroso?
¿No sabes que nuestra suerte
va á cambiar pronto, Beatriz?
No debes entristecerte,
luego serás tan feliz.

BEATRIZ (*Aparte*).—Sí, cuando venga la muerte.
ALMAGRO.—Beatriz, ¿qué estraño pesar
en tu frente se divisa?
Cómo has podido cambiar?
Antes siempre una sonrisa
me saludaba al llegar;
pero ahora...
BEATRIZ.— Antes vivia,
Almagro, en tan grata calma:
la esperanza sostenía
las ilusiones del alma;
mas todo murió en un día.
ALMAGRO.—Nó, no ha podido morir;
eres tan bella, tan pura,
que no lo puedes decir.
¿Quién no quisiera sufrir
para calmar tú amargura?
BEATRIZ.—¿Qué quieres decir?
ALMAGRO.— Que verte
no puedo desventurada,
yo, que quisiera ofrecerte
la dicha que reservada
me tiene acaso la suerte.
BEATRIZ.—Almagro, ¿me amas?
ALMAGRO.— Te adoro
¡con toda el alma, Beatriz!
BEATRIZ.—¡Es verdad mi sueño de oro!
¿Quién puede ser infeliz
poseyendo ese tesoro?
ALMAGRO.—¿Lo ignorabas?
BEATRIZ.— ¿Mi dolor
á voces no lo decía?..
¡Ah! ¡tantas horas de horror!
ALMAGRO.—Las borrarán, alma mía,
las horas de nuestro amor.
¿No es una nuestra existencia?

Nuestros lazos en la calma
de la paz de la inocencia,
no fueron una cadencia
de la música del alma?
Desde niños nos amamos:
no haciendo al amor agravios
nunca tal vez le nombramos,
ni con promesas manchamos
la pureza de los labios.
¿Y no es verdad, alma mía,
que siempre á nuestro redor
todo, todo sonreía,
y á veces nos repetía;
lo que sentís es amor?

BEATRIZ.—Es verdad... tienes razón;
pues tu voz en mis oídos
renovaba esa ilusión,
y tu nombre, en sus latidos
murmuraba el corazón.
Y no sé ya, de mi duelo
no hago memoria; el dolor
huyó con mi desconsuelo...

ALMAGRO.—Es que la dicha del cielo
trae á la tierra el amor.

BEATRIZ.—¡Soy tan feliz! encontrarme
Me parece en otra esfera...
Temo, temo despertarme...
¿Cómo pagarte pudiera
tantos bienes?

ALMAGRO.—¡Con amarme!

BEATRIZ.—¡Con amarte! pero amar
no es bastante para mí:
algo más quisiera hallar.
Desde que aprendí á pensar
fué sólo pensando en ti
y cuando mi pecho un día

comenzó ansioso á latir,
tu nombre me repetía:
Es también que el alma mía
aprendió por ti á sentir.

ALMAGRO.—¡Beatriz!

BEATRIZ.— ¡Calla, por favor!
es tan grande mi placer;
no lo hagá tu voz mayor,
porque entonces...

ALMAGRO.— ¿Qué rumor?..
(*Va á ver á la calle de la izquierda*)
Pero son ellos.

BEATRIZ.— ¡Oh Dios!

ALMAGRO.—Debes entrar, murió el día
ya...

BEATRIZ.—Pero entremos los dos.

ALMAGRO.—No puedo: aguardo, alma mía,
a tu padre.

BEATRIZ.— Adiós.

ALMAGRO.— Adiós.
(*Vase Beatriz por la puerta del fondo*)

ESCENA XI

ALMAGRO, RADA *y* SOTELO *por la izquierda*

ALMAGRO.—Jamás reunidos ví
tanto candor y ternura.
¡Ah! sólo una alma tan pura
cual la suya, siente así.

RADA.—Almagro

ALMAGRO.—Rada, Sotelo (*Se saludan*)

RADA.—Es preciso resolver
lo que debemos hacer.

SOTELO.—¿Quién lo duda? ¡vive el cielo!
Mi opinión es conocida.

ALMAGRO.—Y vuestra audacia notoria.
SOTELO.—Sabéis que cifro mi gloria
en ofreceros mi vida:
es cuanto tengo.
ALMAGRO.— Lo sé,
y os agradezco, Sotelo.
Tras nuestros días de duelo
veréis, no lo olvidaré;
pues ahora por mi mal,
premiar no puedo el valor.
SOTELO.—No sigáis, nó, por favor:
sois hijo del mariscal,
y esto basta.
RADA.— Caballeros,
ved, ya los miro llegar.
Vamos á deliberar.

ESCENA XII

Dichos i ALVARADO, PONCE, SANTANDER, ROJAS, RUIZ *y* CANDIA

ALMAGRO.—Salud, bravos compañeros.

(*Todos se saludan.*)

ALVARADO.—¿Qué nuevas?
RADA.— Oídme pues:
ayer, segun lo pactado,
con el marqués he hablado.
ALVARADO.—Y ¿qué os respondió el marqués?
RADA.—Oídme, oídme, señores,
aunque decirlo me cuesta:
«la justicia» por repuesta
me dió, «que se hace á traidores
«toca al verdugo.»

VARIOS.— ¡Al verdugo!
RADA.—Sí, lo acabáis de escuchar.
Ved qué podéis esperar
bajo tan odioso yugo.
Y ¿habrá quién justicia aguarde?
Quien no recurra al acero
no será ni caballero,
ni hidalgo; será un cobarde.
SOTELO.—Tenéis razón, Juan de Rada.
Justicia niega el marqués:
¿qué aguardamos? ¡ea! pues,
nos la dará nuestra espada.
RADA.—Término habrán nuestras penas:
ya la paciencia se agota:
que muera, pués, ni una gota
de sangre quede en sus venas!
TODOS.—¡Muera, pues, muera el tirano!
PONCE.—Viejo soy; pero una espada
por esa causa sagrada
sabrá manejar mi mano.
RADA.—Mañana, oídme, señores:
á misa Pizarro irá
y entonces....
SOTELO.— No volverá
á tratarnos de traidores.
(*A Rada.*) La señal la daréis vos.
RADA.—Poco vuestro ardor me ofrece.
ALVARADO.—Ese perro no merece
morir en gracia de Dios.
RADA.—Para que acuda mañana
nuestra facción toda entera,
pondré la blanca bandera
de Almagro en esa ventana:
y cuando ya del tirano
cuenta dé nuestro valor,

Almagro, gobernador
será del reino peruano.

TODOS.—¡Viva Almagro!

RADA.— Mas despacio:
vuestro entusiasmo guardad
para mañana, y mirad
que está muy cerca el palacio.

ALMAGRO.—Joven soy, mi inexperiencia
mal guiará vuestro valor;
mas no seré, por mi honor,
avaro de mi existencia.
Me veréis á vuestro lado
con ánimo decidido,
sino cual jefe aguerrido,
peleando como soldado.
Un nombre lleno de gloria,
cuando al cadalso subió,
dejóme mi padre, y yo
sabré vengar su memoria.

RADA.—Con nuestro acero contad.
¿Quién no será victorioso
con ese nombre glorioso?
Aunque pocos, es verdad,
verá nuestro triunfo el sol:
¿de cuando acá las hazañas
y proezas son extrañas
para un hidalgo español?
Será firme nuestra mano
mirando nuestra bandera.
Morirá el tirano.

TODOS.— Muera!
¡Venganza y muerte al tirano!

Cae el telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

ALMAGRO *y* RADA *en la puerta del fondo.*

RADA.—Llegó, por fin, el anhelado día;
mi corazón palpita de esperanza,
y á la impaciencia mía
el grito tarda de mortal venganza.
Las nieves que en mi frente
los años y el dolor amontonaron,
como leve vapor se disiparon
de mi noble entusiasmo al soplo ardiente.
Me siento jóven, fuerte y animoso;
y al empuñar la espada,
en el viejo rugoso
reconozco al antiguo Juan de Rada.
Almagro, alzad la frente,
que hoy darán en la lid nuestros aceros
castigo al delincuente,
y ejemplo á los tiranos venideros!

ALMAGRO.—¡Ah! cuánto os debo, Rada: desde (niño
siempre me protegió vuestro cariño;
después, ¿quién sino vos siempre constante
de nuestra suerte entre los golpes varios,
mantuvo el vacilante
ardor de nuestros pobres partidarios?
¿Quién, sino vos, sostuvo nuestro aliento?
¿Quién sino vuestro ardor jamás cansado
les hizo presentir este momento?
¿Por quién sino por vos seré vengado?

De mi padre infeliz á la memoria
sacrificasteis vos cuanto el valiente
ambiciona de honores y de gloria:
jamás doblasteis al poder la frente;
y vuestro pensamiento
acechó sin descanso al enemigo
para vengar de Almagro el fin sangriento.

RADA.—Soy hidalgo español, y era mi amigo.
Por fin, si hoy mi constancia
logra ver sus esfuerzos coronados,
humillando el poder y la arrogancia
de tiranos malvados;
si mi ventura alcanza
á ver cumplida al fin nuestra venganza;
bendeciré mi suerte
aunque á tanto placer siga la muerte.

ALMAGRO.—¡Rada!

RADA.—Sí, soy anciano.
de mi existencia el hilo
debilitado ya tiembla en mi mano,
mas moriré tranquilo
vengando á vuestro padre en el tirano.
Dicha será la mía
siendo el postrero mi mas bello día!

ALMAGRO.—Nó, Rada, la victoria
fuera sobrado cara
Si vida cual la vuestra nos constara.
No temáis: todavía
Os guarda el porvenir días de gloria.

RADA.—Yo consagré mi vida á una memoria:
Está vengada, bajaré tranquilo
De la paz eternal al santo asilo.
La gloria, los honores,
Nada son para mí: sólo me liga
A la tierra una flor de mis amores,
De mis cansados días sombra amiga,

Ser el más dulce y bueno,
En quien reconcentré, por mi ventura,
Todo lo que hay de tierno en este seno.
Su bondad sólo iguala á su hermosura:
¿Pero, Almagro, si muero
Ignoro acaso que ese ser querido,
Tendrá un consolador y un compañero
En aquél que con ella ha dividido
Mi ternura, mi amor?

ALMAGRO.— Rada, mi amigo,
Tan dichoso seré...

RADA.— Su amor bendigo!
Ya veis, puedo sin pena
La muerte recibir: ya sin cuidados,
yo, como el labrador de su faena,
reposaré mis miembros fatigados.
Pero dejemos esto, ya se avanza
la hora de la venganza.

ALMAGRO.—Beatriz viene hacia aquí...

RADA.— Dejadme, quiero
sus temores calmar. Vos entre tanto
afilad ese acero
que pondrá pronto al enemigo espanto.
(*Vase Almagro por el fondo.*)

ESCENA II

RADA, BEATRIZ

RADA.—Acércate ven, Beatriz.

BEATRIZ.—Padre mío, ¿estáis contento?

RADA.—No sé, Beatriz, mas me siento
hoy como nunca feliz,
todo brillante y risueño
á mi vista se presenta;
las nubes de la tormenta

se alejan ya, y halagüeño
miro el porvenir
BEATRIZ.—¡Dios quiera
que no os engañéis!
RADA.— Confía
en nuestra suerte, alma mía.
¿Alguna vez lisonjera
no ha de mostrarse? ¿No puede
cansarse al fin, y tornar
en bienes nuestro pesar?
Duda en tu pecho no quede:
tengo un buen presentimiento
en el corazón...
BEATRIZ.— ¡Oh Dios!
Yo, padre, tiemblo por vos
más que nunca este momento.
No sé que extraños temores
se amparan del corazón:
y además, ¿por qué razón
hoy creéis que sus favores
nos dé la suerte?
RADA.— Hija, á fé!
ignoro por qué lo creo.
BEATRIZ.—Quizá un sueño del deseo
os hace pensar....
RADA.— No sé.
Mas dime, Beatriz, ¿no alcanza,
algo que hay en nuestro sér,
el porvenir á entrever
en alas de la esperanza?
¿No suele el alma en su vuelo
misterioso é incesante,
divisar por un instante
lo que nos reserva el cielo?
¿No podrá acaso la mente,
en un delirio quizá,

ver algo que hay más allá
de nuestro tiempo presente?
¿No escuchamos muchas veces
una voz que nos augura
el dolor ó la ventura,
en medio de nuestras preces?
¿Por qué dudar? yo confío
en esa voz interior,
y aguardaré sin temor
el porvenir.

BEATRIZ.— Padre mío,
esa ilusión deliciosa
que causa vuestro placer,
¿no pudiera también ser
una esperanza engañosa?
¿No será acaso que el cielo
os da esa dulce ilusión,
por mitigar la aflicción
de nuestros días de duelo?
¿No será acaso, y esto es
lo que más á mí me pesa,
que alguna arriesgada empresa
intentáis contra el marqués?

RADA.—Beatriz, ¡qué dices!

BEATRIZ.— Ayer
os vi agitado y sombrío
salir de aquí padre mío,
y después os ví volver
con Sotelo....

RADA.— ¿Y qué hay de extraño
en eso, hija mía?

BEATRIZ.— Nada;
más si una empresa arriesgada
maquináis por vuestro daño,
padre, ¿qué va á ser de mí?

RADA.—Calma tus locos temores,
prenda del alma: no llores.
BEATRIZ.—Pero, padre....
RADA.— ¿Estás en tí?
¡Qué! ¿no sabes que el poder
del marqués está en la mano,
y que él como un soberano
puede en todo disponer?
No ignoras que somos pocos;
y él mantiene, mal contados,
más de trescientos soldados:
hija mía á no ser locos
¿Que pudiéramos tentar?
BEATRIZ.—Lo sé; mas también, señor,
conozco vuestro valor
que puede á cabo llevar
las proezas más estrañas,
y temo....
RADA.— ¿Y no piensas, dí,
que ya pasó para mí
el tiempo de las hazañas?
No soy joven, hija mia,
y acaso una buena espada
la mano de Juan de Rada
ya sostener no sabría
BEATRIZ.—¿Pero vuestro pecho acaso
no conserva su valor?
RADA.—Siempre es menos el ardor
del sol cuando está en su ocaso.
Nada temas: puedes ir
tranquila al templo: tu ruego
hará que llegue más luego
la dicha del porvenir.
BEATRIZ.—Padre, voy, aunque en verdad
hay algo en mi corazón...

RADA.—Pide á Dios que mi ilusión
se convierta en realidad.
(*Vase Beatriz por la calle de la derecha*).

ESCENA III

RADA, *poco después* SOTELO, ALVARADO, PONCE, SANTANDER, Y CANDIA

RADA.—En realidad, sí, mi Dios:
si el ruego hasta vos alcanza,
mirad que está sólo en vos
nuestra postrera esperanza.
Corre el tiempo tan pesado
cuando se espera... parece
que hay un demonio aferrado
á sus pasos, y que crece
y se dobla cada instante...
Uno tras otro contar
por el latido incesante
del corazón, y esperar,
cuando tanto se ha esperado!...
Señores. (*A los que entran por la izquierda*).
SOTELO.— Llegóse el día
tan largo tiempo aguardado.
ALVARADO.—¡Bastante tardó, á fe mía!
Pero por fin hoy verá
la luz nuestro antiguo acero.
RADA.—¿Y los otros?
PONCE.— Vendrán ya,
no os inquietéis.
SOTELO.—Yo, ya muero
de impaciencia, y cierto es
que el tiempo no corre aprisa.
ALVARADO.—Apuesto á que hoy el marqués
tardará para ir á misa.

SANTANDER.—Y no irá descaminado
en hacerlo.
ALVARADO.— Que bobada,
sostengo, á fe de Alvarado!
que le hará honor nuestra espada.
SOTELO.—¿Y Almagro?
RADA.— Allí dentro espera
que llegue el feliz momento
de desplegar la bandera.
SOTELO.—¡Cuál va á ser nuestro contento!
RADA.—Esa bandera sagrada,
testigo de nuestra gloria,
hoy debe verse vengada
con una nueva victoria.
Como en día de combate
ya el corazón en el pecho,
ardiente y joven me late,
hallando el recinto estrecho.
SOTELO.—¿Y quién no siente su ardor
renovarse y su esperanza,
cuando el premio del valor
va á ser tan justa venganza?
RADA.—¿Ni quién pudiera temer
ahora, cuando aquí estamos
los que supimos vencer
cuando á Chile conquistamos?
¿Quién nos ha de intimidar
al dar de venganza el grito,
cuando supimos cruzar
los gigantes de granito?
Cuando el Andes, que su frente
vela en las nubes del cielo,
no puso espanto al valiente
¿quién nos lo pondrá, Sotelo?
SOTELO.—¡Vive Dios! nadie, por cierto;
mas la hora se hace esperar.

ALVARADO.—Un marqués para ser muerto
se hace en verdad aguardar.
SOTELO.—Mas cuando salga, infeliz;
puede encomendarse á Dios.
ALVARADO.—Aquí está Gonzalo Ruiz.

ESCENA IV

Dichos, RUIZ

ALVARADO.—¿Tarde llegas?
RUIZ.— Pero vos
no sabéis en que he pasado
el tiempo.
ALVARADO.— Sin duda, no
RUIZ.—¿Ni tú tampoco?
SOTELO.— Ni yo.
RUIZ.—Pues, observando a Picado.
Sabéis que no hay para mí
bicho de peor condición,
y hoy que tan buena ocasión
se presenta, quiero aquí
ajustar cuentas con él.
SOTELO.—Pero, yo Ruiz, considero
que fuera manchar tu acero
en quien merece un cordel.
RUIZ.—Hacia acá se dirigía...
RADA.—Señores, entremos, pues.
Por él tal vez el marqués
en sospechas entraría
si nos viese.
VARIOS.— Cierto, cierto.
RADA.—Y allá es mejor esperar,
pues pudiera zozobrar
la nave al entrar al puerto.
(*Vanse todos por la puerta del fondo*)

ESCENA V

VELÁZQUEZ *por la calle de la derecha i* PICADO *por la de la izquierda*

PICADO.—Pst... Velázquez!
VELÁZQUEZ.— ¡Ah! Picado,
¿Eres tú?
PICADO.— Sí, pero...
VELÁZQUEZ.— ¡Qué!
PICADO.—Si supieras...
VELÁZQUEZ.— Ya lo sé.
PICADO.—¿Como?
VELÁZQUEZ.— Por tu aire azorado,
veo que estás medio muerto
de miedo.
PICADO.— Sobra razón.
VELÁZQUEZ.—¿Alguna nueva traición
que sueñas?
PICADO.— Que he descubierto.
VELÁZQUEZ.—¿Alguna otra horca?
PICADO.— Ojalá!
VELÁZQUEZ.—Como ¡ojalá! vaya, vaya,
tu valor pasa de raya
cuando no temes...
PICADO.— Pues, ya
puedes por eso juzgar
si el peligro es inminente
VELÁZQUEZ.—¿Pero la horca?
PICADO.— Corriente,
no es cosa de despreciar,
mas, por mi pluma!..
VELÁZQUEZ.— ¿Qué hay, pues?
¿Qué sucede en conclusion?

PICADO (*Acercándose*).—Hay una conjuracion,
quieren matar al marqués.
VELÁZQUEZ.—¡Magnífico! en buena hora,
eso es hablar, buen Picado.
PICADO.—¿Cómo, cómo desdichado,
también te burlas ahora?
VELÁZQUEZ.—¡Yo burlarme! nó, jamás;
pero de placer me río.
PICADO.—Tu temor no iguala al mío.
VELÁZQUEZ.—Lo iguala con mucho, y más.
PICADO.—¡Basta de bromas!
VELÁZQUEZ.— Por cierto:
hecha está nuestra fortuna.
PICADO.—¡Velázquez!
VELÁZQUEZ.— Sin duda alguna.
PICADO.—Te digo que he descubierto
la horrible conspiración.
VELÁZQUEZ.—Y lo que me alegra es eso.
PICADO.—Pero hombre, ¿has perdido el seso?
VELÁZQUEZ.—Nó, mas tan buena ocasion
no es fácil tal vez hallar,
y aprovecharla es preciso:
después de dado el aviso
le podemos coronar
sin más ni más.
PICADO.— Por favor,
piensa que es serio el asunto,
serio, muy serio.
VELÁZQUEZ.—Barrunto
que así saldremos mejor
en nuestra empresa.
PICADO.— ¡Dios mío!
¡qué no tiene miedo este hombre!
VELÁZQUEZ.—¿Que hay en eso que te asombre?
Conoces el poderío
de Pizarro, su valor,

las fuerzas de que dispone
y temes!...
PICADO.— ¡Dios me perdone!
pero me causas horror.
No ves que esas pobres gentes...
VELÁZQUEZ.—Que compasivo te has puesto.
PICADO.—Es natural.
VELÁZQUEZ.— Por supuesto,
tener miedo á los valientes.
PICADO.—Exasperados quizá
por su creciente pobreza...
VELÁZQUEZ.—Van a estirar la cabeza
para que la corten, ya,
entendido: y entretanto
pondremos, que nada cuesta,
por solemnizar la fiesta
al marqués el regio manto.
PICADO.—Si á tiempo no se previene,
¿no puede un golpe atrevido
arruinarnos?
VELÁZQUEZ.— Concedido:
pero entre tanto, ¿quién tiene
en sus manos el poder?
¿No podemos apresarlos,
juzgarlos y condenarlos,
antes que puedan mover
un dedo?
PICADO.—Mas, piensa que hoy
debe estallar...
VELÁZQUEZ.— Y ¡lo crees!
¡bueno está para el marques!
mas para mí, por quien soy
no lo creo.
PICADO.—Pues, te digo
que ahora mismo, en secreto,
un respetable sujeto

que estuvo a verse conmigo,
me ha revelado...

VELÁZQUEZ.—Quimera!
conociendo tu temor
quiere explotar tu favor,
es claro.

PICADO.— Si tal creyera....

VELÁZQUEZ.—No lo dudes.

PICADO.— Mas, tal vez,
puede....

VELÁZQUEZ.- No pases cuidado:
ten entendido, Picado,
ya por todas esta vez,
que revuelta muy hablada
y que todo el mundo sabe,
aunque parezca muy grave,
resulta al fin siendo nada.

PICADO.—¿Sabes que tienes razon?

VELÁZQUEZ.—¡Pues, toma que sí! el terreno
que piso conozco. Es bueno,
con todo, que esta ocasión
no perdamos. Al marqués
vamos la historia á contar.

PICADO.—Yo se la sabré pintar.
(*Hacen ademán de subir las gradas*).
Con colores...
(*Aparece Pizarro en la puerta*).
Pero él es.

ESCENA VI

Dichos y PIZARRO

PIZARRO.—Señores, ¿para ir á misa
me aguardáis?

PICADO.— ¡Ah! nó, señor,
vengo muerto de pavor.
PIZARRO.—Me comienzan á dar risa
tus temores. ¿Qué hay de nuevo?
¿Qué puedes ahora temer?
¿Otra horca cual la de ayer?
PICADO.—Señor, apenas me atrevo
á decirlo... Es horroroso:
no sé como vivo estáis
cuando en Lima toleráis
á ese bando peligroso.
PIZARRO.—¡Qué! Los de Chile.
VELÁZQUEZ.— Sí, pues,
es el tema de Picado;
ya lo sabéis.
PICADO.— ¡Desdichado!
no sabes... Señor marqués,
escuchadme: esta mañana
fue á casa el cura temblando,
y apenas dentro, cerrando
las puertas y la ventana,
me dijo: «Señor Picado,
conociendo vuestro amor
por el buen gobernador,
os diré que un desalmado
de los de Chile, tal vez
de su culpa arrepentido,
á revelarme ha venido
lo que esa gente soez
intenta á cabo llevar.
Sabed, pues, sabed, señor,
aunque decirlo da horror,
que intentan asesinar
al marqués, y hoy cuando salga
á misa, cual todo fiel
cristiano, caerán sobre él;

y entonces, ¡Jesús le valga!
—¿Qué decís? le contesté.
—Si no se precave, muere».

PIZARRO.—Mitra ese clérigo quiere.

VELÁZQUEZ.—Eso de á legua se vé.

PICADO.—Pero, señor...

PIZARRO.— ¡Qué! ¿pretendes
que los tema mi valor?
No conoces...

PICADO.— Mas, señor,
pueden acaso...

PIZARRO.— No entiendes
que es una trama forjada
por ver si me ponen miedo;
y así á la nueva Toledo
envío á Almagro y á Rada.

VELÁZQUEZ.—Mandar como soberano
podéis, señor, sin temer
nada, mientras yo tener
logre esta vara en mi mano.

PIZARRO.—Locos están si han creído
que me van á intimidar
con esa farsa vulgar,
que malamente han urdido.
¿Pensarán esos traidores
que á un hombre de mi valor
le pueden causar pavor
con esos necios rumores?
¿No saben que les desprecio
más de lo que digo acaso
para que vaya á hacer caso
de hablillas del vulgo necio?
Y tú, ¿hasta cuándo, Picado,
has de ver conspiraciones
de fastasmas, i traiciones
que amenazan al estado?

PICADO.—Perdón, señor; ¿pero puedo
dejar de temer por vos?
PIZARRO.—Decid más bien, vive Dios!
¿puedo dominar mi miedo?
PICADO.—Señor, la conspiración
de que os hablo es muy formal.
PIZARRO.—Los restos del mariscal
saldrán á ver la función.
PICADO.—Mas...
PIZARRO.—Calla: en vano te empeñas,
que no me has de convencer:
¿ni quién despierto ha de ver,
Picado, lo que tú sueñas?
Ya te he dicho, me da risa
tu temor; es un tormento
tu vida; por ti lo siento.
Vamos, Velázquez, á misa.
(*Aparecen en la puerta Francisca é Inés*).

ESCENA VII

Dichos, FRANCISCA, INÉS

VELÁZQUEZ.—Perdonad... pero, señor,
sin temer, hay ocasiones
en que ciertas precauciones
puede tomar el valor,
yo, como vos, no doy fe
a la tal conjuracion...
FRANCISCA.—¡Qué escucho!
VELÁZQUEZ.— Más no es razon
esponernos...
PIZARRO.— Ya se vé,
Velázquez, el mal ejemplo
corrompe siempre á la gente.

VELÁZQUEZ.—No, señor, mas no es prudente
que vayáis ahora al templo.
FRANCISCA.—¿Que es lo que hay?
PICADO.— Por Dios, señora,
venid en nuestro favor;
rogad al gobernador
que no salga por ahora,
FRANCISCA.—¡Padre!
PIZARRO.— Francisca, no es nada;
no temas, estos señores
se llevan viendo traidores,
sin pensar que llevo espada.
me repiten: vive Dios!
lo mismo mañana y tarde;
Que de traidores me guarde...
PICADO.—¡Ah! si no lo haceis por vos
por vuestra hija...
VELÁZQUEZ.— Marques,
la prudencia, la prudencia.
PIZARRO.—Si me sacais de paciencia,
mia la culpa no es.
FRANCISCA.—Pero, padre. ¿su temor,
aun cuando sea infundado.
no nace de su cuidado
y del celo de su amor?
PIZARRO.—Y por eso es, hija mía,
que los tolero, mas luego...
FRANCISCA.—Al de ellos uno mi ruego,
no salgáis: tal vez sería
imprudente.
PIZARRO.— ¿Tú lo quieres?
FRANCISCA.—Como un favor, os lo pido.
PIZARRO.—Pues, hija, está concedido:
siempre salen las mujeres
con lo que quieren. Y ahora,
¿estáis contentos?

FRANCISCA.— Por vos
alzaré mi ruego á Dios,
PICADO,—¡Ah! gracias, gracias, señora,
(*Picado, Velázquez, y Pizarro se apartan un poco.*)
VELÁZQUEZ.—Y ahora, señor marqués,
por vía de precaución,
no será bueno en prisión
ponerlos, porque claro es
que conspiran.
PICADO.— Es verdad,
dice bien: si por mí fuera
ninguno libre estuviera
ni con vida en la ciudad.
FRANCISCA.—¿Qué intentan?
PICADO.— Pende de un hilo
vuestra existencia querida.
PIZARRO.—¿Cómo?
PICADO.— Si hay uno con vida,
¿quién puede vivir tranquilo?
PIZARRO.—Vuelve tu temor, Picado.
FRANCISCA.—¡Ah! ¿qué intentan? ¡santo cielo!
PICADO.—¿Descansará nuestro celo
de su incesante cuidado,
cuando en libres reuniones
puede ese bando deshecho,
explotar en su provecho
del pueblo vil las pasiones?
VELÁZQUEZ.—Picado tiene razón,
señor marqués, y en verdad
casi es una caridad
manternerlos en prisión.
PICADO.—Vamos la orden á firmar,
PIZARRO.—Pero, señores...

VELÁZQUEZ.—Señor,
hacedlo por nuestro amor,
despues los podré colgar.
(*Vánse Pizarro, Velázquez y Picado*)

ESCENA VIII

BEATRIZ é INÉS

FRANCISCA.—¡Ah! Inés, ¿los has oído?
INÉS.—Pues, y es justo.
FRANCISCA.— ¿Cómo, Inés?
¡ah! si les prenden, ¿no ves
que él de cierto está perdido?
INÉS.—¿Quién lo duda?
FRANCISCA.— Has olvidado
que le amo.
INÉS.— De ningún modo,
mas la justicia ante todo.
FRANCISCA.—¿Que va á ser de él? ¡desgraciado!
quiero salvarle, lo quiero,
¿entiendes?
INÉS.— ¿Pero que hacer?
FRANCISCA.—¿No piensas que soy mujer,
y que es él mi amor primero?
INÉS.—Pero, señora, después...
FRANCISCA.—Si cae en manos tan crueles...
INÉS.—No habláis muy bien de los fieles
servidores del marqués.
FRANCISCA.—¡Qué me importa! si pretenden
arrebatarme mi amor,
conocerán el rencor
de una mujer.
INÉS.— Mas defienden
a vuestro padre: su celo

acaso los extravía,
pero...

FRANCISCA.—Su ambición los guía
y no su amor... ¡santo cielo!
Salvarle... ¿y de qué manera?

INÉS.—Cuando acaso su amor dió
a otra...

FRANCISCA.—A otra... nó... nó...
Que muera antes, sí, que muera!
Mas no la ama, estoy segura:
esa niña desgraciada,
¿no muestra que no es amada,
renunciando á su ternura?
Pero salvarle es forzoso,
lo quiero, lo necesito:
su muerte fuera un delito
fuera un crimen espantoso!
Si es preciso, á verle iré.
Busca Inés, busco algun medio:
si le prenden, no hay remedio...
Pero yo lo salvaré.
¿Cómo? no sé... Mas ¿Picado
no me ama, Inés?

INÉS.— Os adora
con toda el alma, señora.

FRANCISCA.—¡Ah! si me ama, está salvado!

ESCENA IX

Dichos, PICADO

FRANCISCA.—Picado, venid, que os dé
las gracias por vuestro celo.

PICADO.—En mi desgracia, un consuelo
es serviros...

FRANCISCA.—¿Y por qué
habéis de ser desgraciado
cuando con tanta razón
gozáis de la estimación
de mi padre?
PICADO.—(*Aparte*). ¡Qué he escuchado!
(*Alto*) Señora, pero hay dolores
del corazón, que calmar
no se pueden con gozar
ni aun de tan altos favores.
Hay dolorosas heridas
que sangran á todo instante:
si no salen al semblante
es porque son mas sentidas.
Y vos sabéis...
FRANCISCA.— Los placeres
las curarán.
PICADO.—(*Aparte*). ¡Por quién soy!
Lo que va de ayer á hoy
y lo que son las mujeres!
(*Alto*) Si pudiera esa esperanza
abrigar...
FRANCISCA.—¿Y por qué nó?
PICADO.—La desgracia me enseñó
a desconfiar. (*Aparte*). Esto avanza.
FRANCISCA.—(*Aparte*). ¿Hasta cuándo he de fingir?
(*Alto*). ¿Desconfiar, cuando brillante
como nunca en este instante
se os presenta el porvenir?
¿Qué podréis ambicionar
después de lo que habéis hecho,
que no logréis con derecho
y con justicia alcanzar?
PICADO.—¡Ah! señora, por favor,
no me habléis de esa manera,

que al escucharos creyera
que no despreciáis mi amor.
Sabéis que nadie en el mundo
puede amaros como yo,
que nadie nunca sintió
un afecto tan profundo
tan arraigado y sincero.
Con vos mi vida sería
de eterna y grata alegría;
pero sin vos nada quiero.
Si vuestro pecho, apiadado
al fin de tanto dolor,
una esperanza de amor
me diese....

FRANCISCA.—Por Dios, Picado,
callad!.... después....

PICADO.— (*Aparte.*) Va á ser mía.

FRANCISCA.—(*Aparte*) No sé cómo me contengo.

PICADO.—(*Aparte*) Mi dicha en mis manos tengo.

FRANCISCA.—Pero él, él, lo perdería!

PICADO.—Si alcanzase mi ternura
una esperanza....

FRANCISCA.— Señor....

PICADO.—Mi gratitud....

FRANCISCA.— ¡Oh dolor!
Después.... acaso....

PICADO.— ¡Oh ventura!

FRANCISCA.—Mas dejad.... no es ocasión....

PICADO.—Si al fin benigna mi ruego
escucháseis....

FRANCISCA. — (*Afectando indiferencia*). — Ese pliego...

PICADO.—Es una orden de prisión.

FRANCISCA.—¿Ya, contra esos desdichados?

PICADO.—Decid contra esos traidores

FRANCISCA.—¿Merecen tales rigores? ....
Permitid.

(*Le pide el pliego, Picado se lo entrega*).

PICADO.— ¡Ah desalmados!
FRANCISCA.—¿Por qué tan mal los tratáis?
PICADO.—Y vos, ¿los compadecéis?
FRANCISCA.—¡Infelices!....
PICADO.— ¡Ah! qué hacéis? (*Francisca rasga el pliego*).
FRANCISCA.—Nada; saber si me amáis.
PICADO.—Mas señora mi deber....
FRANCISCA.—Picado, ¿y vuestra pasión?
PICADO.—Ved que una horrible traición
tramaban. (*Aparte*). Nos va á perder.
FRANCISCA.—Pero si os ruego, señor,
que á esos pobres perdonéis....
PICADO.—Mas, señora....
FRANCISCA.— ¿Nó accedéis?
Entonces... ah! vuestro amor
era sólo ficción vana.
PICADO.—Por vos les perdonaré.
(*Aparte*). Pero medio encontraré
para prenderlos mañana.
FRANCISCA.—(*Aparte*). ¡Oh Dios mío! le he salvado!
(*Alto*). ¡Gracias, gracias! ahora os creo.
PICADO.—Serviros es mi deseo.
(*Aparte*). Seré de cierto el privado.
(*Francisca é Inés se retiran por la calle de la derecha y Picado entra por la puerta de la derecha*)

ESCENA X

ALMAGRO, RADA, SOTELO, ALVARADO, RUIZ, PONCE, SANTANDER Y CANDIA
en la puerta del fondo

RADA.—Señores, la hora se pasa:
la misa va ya á concluir,
y aún no hemos visto salir
á Pizarro de su casa.
¿Qué puede ser?
ALVARADO.— ¡Por mi espada!
Si una traición...
RADA.— No hay traidores
entre nosotros, señores.
SOTELO.—Tiene razón, Juan de Rada:
todos odiamos, no hay duda,
al marqués y sus secuaces;
y hasta los menos audaces
van á prestarnos ayuda.
¿Quién nos puede traicionar?
ALVARADO.—Mas no sale.
RUIZ.— Por mi honor!
El marqués es gran señor,
y debe hacerse aguardar:
vaya, si fuese Picado.
SOTELO.—Saldrá sin duda con él.
RUIZ.—Mira que hermoso cordel
le tengo ya preparado.
RADA.—Pero ¿qué hacer? agotada
está la paciencia ya.
SOTELO.—Saltando en su vaina está
por mirar la luz mi espada.
(GABRIEL DE ROJAS *entra apresurado por la calle de la izquierda*)

ESCENA XI

Dichos, ROJAS

ROJAS.—Señores, nos han vendido!
VARIOS.—¿Cómo? ¿Quién?
ROJAS.— Yo no lo sé,
pero os digo, por mi fe,
que es la verdad.
RADA.— Y han podido
vendernos!... ¡Ah! traicionando
quieren alcanzar favor!
¡Ha de haber siempre un traidor
y un cobarde en todo bando!
ALVARADO.—¿Quién puede ser?
RADA.— Ocasión
no es esta de averiguar
quien nos pudo traicionar,
basta saber que hay traición.
Mas vuestro ardor, caballeros,
no desmaye, ¡mengua fuera!
id, colocad la bandera;
(*Uno entra y pone la bandera blanca en la ventana que hay sobre la puerta*).
Y adelante, ¡al aire aceros!
esperar ya, fuera vano:
el valor todo lo alcanza.
¡Venganza! muerte, ¡venganza!
TODOS.—¡Venganza, muera el tirano!
(*Corren todos gritando hacia la puerta del palacio.* PIZARRO *y algunos soldados aparecen en ella*).
PIZARRO.—¡Traidores! temed mi espada.
TODOS.—¡Muera el tirano!
PIZARRO.— ¡Oh furor! (*Se baten*)
¿No conocéis mi valor?

RADA.—Pizarro, soy Juan de Rada.
(*Entran todos combatiendo*)

ESCENA XII Y ULTIMA

Salen BEATRIZ, FRANCISCA, INÉS *y pueblo por la calle de la derecha*

VOCES.—(*Dentro*) Almagro, ¡Pizarro muera!
BEATRIZ.—¿Qué es esto? ¡Dios soberano!
VOCES.—(*Dentro*) ¡Almagro! Muera el tirano!
FRANCISCA.—¡Oh! ya la muerte que espera!
VOCES.—(*Dentro*) ¡Pizarro muera! venganza!
BEATRIZ.—¡Padre mío! Almagro! oh Dios!
VOCES.—(*Dentro*) ¡Venganza! muera!
BEATRIZ.— ¡Los dos
van á morir!
FRANCISCA.— ¿Qué esperanza
me queda ya?... todo es vano
mi padre! Almagro!... Dios mío!
BEATRIZ.—¡Ah! Señor, en vos confío!
VOCES.—(*Dentro*) ¡Victoria! murió el tirano!
BEATRIZ.—¡Padre! Almagro!
FRANCISCA.— ¡Es espantoso!
Ha muerto, ha muerto!... Qué horror!
¡Ah! lo asesina mi amor!
BEATRIZ.—¡Gracias, gracias, Dios piadoso!
(*Entran* RADA, ALMAGRO *y los demás conjurados.*)
LOS CONJURADOS Y PUEBLO.—¡Viva Almagro!
FRANCISCA.—(*Avanzándose hacia Almagro*) ¿Dónde está
su asesino... ¡Oh Dios!
ALMAGRO.— ¡Beatriz!
FRANCISCA.—(*Cayendo en los brazos de Inés*) ¡Ah!
ALMAGRO.—Socorre á esa infeliz
que padre no tiene ya.

RUIZ.—(*Sale trayendo á Picado*) Logré por fin en-
[contrarlo.
PICADO.—Señores... por compasión,
perdonadme...
RUIZ.— No hay perdón.
VARIOS.—¡Vamos, colgarlo, colgarlo! (*Lo llevan*)
RADA.—Señores, por nuestra mano
hoy la justicia del cielo,
pone fin á nuestro duelo;
con la muerte del tirano
nuestra afrenta está vengada.
Mirad al gobernador (*Mostrando á Almagro*)
por el rey nuestro señor!
TODOS.—¡Viva Almagro! viva Rada!

Cae el telón

FIN DEL ACTO CUARTO Y ÚLTIMO



MANUEL RODRIGUEZ

DRAMA HISTORICO

POR

CARLOS WALKER MARTINEZ

1842—1905

(Estrenado en el Teatro Municipal de Santiago el 5 de Enero de 1865).

PERSONAJES

Manuel Rodríguez
Vicente San Bruno, jefe de talaveras, presidente del Tribunal de vigilancia y seguridad pública.
Ramón Villalobos, sargento de talaveras.
Enrique.
Ignacio, padre de
Elvira.
María.
Secretario del Tribunal de vigilancia, etc.
Miembros del id. id.
Un carcelero.
Conjurados, patriotas, soldados, talaveras, pueblo.

La escena pasa en Santiago de Chile, en el año de 1817.



ACTO PRIMERO

El teatro representa una calle á la izquierda y á la derecha una sala en casa de Ignacio, modestamente adornada, con dos puertas, la una al fondo y la otra á la calle.

ESCENA I.

ELVIRA *en la sala.—Fuera* VILLALOBOS, RODRIGUEZ *disfrazado, soldados, pueblo, conjurados, etc.— Después* ENRIQUE. *Al abrirse la escena,* ELVIRA *aparece con una carta en la mano; los de la calle, agrupados, leyendo el bando fijado sobre la muralla.*

VILLALOBOS.—Este es el bando del Rey:
y mirad que en él se advierte
que tendrán pena de muerte
los que no cumplan la ley
¡Viva el Rey!
PUEBLO.— ¡Viva!
ELVIRA.— ¡Dios mío!
Me ahoga en mares de hiel
la alternativa crüel
de mi destino sombrío....
1.er H. DEL PUEBLO.—Yo no tengo obligación
de cumplir lo que no entiendo.
2.º H. DEL P.—Ni yo.
SOLDADO.— ¿Pero no estáis viendo
el bando?

1.er H. DEL P.—Buena razón,
si yo supiera leer....
2.º H. DEL P.—Bien dicho....
3.er H. DEL P.— ¡Bravo!
VILL.— ¿Qué es esto?
1.er H DEL P.—Si tiene el sargento un gesto
de asustar á Lucifer.

(*Risas en la multitud*)

SOLD.—(*A* VILLALOBOS.) Dicen que no han entendido
lo escrito.
VILL.— Tanto mejor:
Porque así será mayor
el número aborrecido
que lo niegue ó lo quebrante....
2.º H. DEL P.—Eso no es justo....
VILL.— ¡Canalla!
1.er H. DEL P.—Esto ya pasa de raya....
VILL.—Silencio, chusma....Adelante.

(*A los soldados que salen*)

3.er H. DEL P.—¿Qué dice al fin ese bando?
¿Quién sabe leer?
1.er H. DEL P.— Yo no sé.
2.º H. DEL P.—Ni yo.
RODRÍGUEZ.—(*Disfrazado*) Yo lo os leeré (*A un conjurado aparte.*)
Venme la espalda guardando
CONJURADO.—El aviso es singular.
RODRÍGUEZ.—(*Llevándolo aparte y abriendo su disfraz para ser conocido.*)
¿Y ahora?
CONJURADO.—(*Reconociéndolo.*) ¡Señor!
RODRÍGUEZ.— Ten cuenta
que el furor de la tormenta
está próximo á estallar.

ELVIRA.—En vano pretende ser
el verdugo de mi honra;
se resiste á la deshonra;
mi dignidad de mujer.
El no sabe cuánto puede
hacer de grande y sublime
el desdichado que gime,
Que sufre, calla y no cede....

RORÍGUEZ.—El asunto no es tan grave,
amigos porque se trata
de una hermósa patarata....

1.er H. DEL P.—¿Quién es este hombre?

2.º H. DEL P.— ¡Quién sabe!

RODRÍGUEZ.—(*Leyendo.*) «Todos aquellos que sabiendo el paradero de Manuel Rodríguez y demás de su comitiva, no dieren pronto aviso á la justicia más inmediata, sufrirán la pena de muerte, justificada su misión incurriendo en la misma los jueces que avisados de su paradero, no hagan todas las diligencias que estuvieran á su alcance para lograr su aprehensión. (1)

«Por el contrario, los que sabiendo donde existe el expresado Rodríguez lo entreguen vivo ó muerto, después de ser indultados de cualquier delito que hayan cometido aunque sean los más atroces, y en compañía del mismo facineroso se les gratificará además con mil pesos, que se les darán en el momento de entregar á la persona dicha en los términos insinuados; bajo la inteligencia que este superior Gobierno será tan religioso en cumplir sus promesas, como ejecutivo en la aplicación de las penas que van designadas.» (2)

1.er H. DEL P.—Pues me gusta el guerrillero
por su arrojo temerario
y me hago su partidario.

(1) Histórico.—Palabras del bando.
(2) Id.

2.º H. DEL P.—Yo también....
3.º H. DEL P.— Yo también....
RODRÍGUEZ.— Pero,
¿Qué diablo hacéis entonces
que no os le juntáis?
1.er H. DEL P.— No hay como.
RODRÍGUEZ.—¡Es que nuestros pies son plomo
y no vuestros brazos bronces!
1er. H. DEL P.—Juro que si te pusiera
mi mano....
RODRÍGUEZ.—Débil sería
si encontrara con la mía.
1.º H. DEL P.—¿Quisieras verlo?
RODR.—(*Arrancando el bando.*) Quisiera.
(*Rodean á* RODRÍGUEZ *varios conjurados.*)
(*A* ENRIQUE.)—Sigue allá....(*Sale* ENRIQUE.)
Fuera este escrito
propio de un pueblo cobarde....
Oíd, hombres: nunca es tarde
para alzar el santo grito
de la noble independencia...
Nunca es tarde para quien
se resuelve á obrar el bien
á la luz de su conciencia.
¿Qué no os dice el corazón
que estos actos os infaman?
Vuestros hermanos os llaman
¿y aún estáis en la inacción?
¿No os afrenta el torpe yugo
que os impone vil mordaza?
¿No os indigna la amenaza
de un malvado y de un verdugo?
Id, esclavos, de un señor,
á postraros de rodillas,
sin carmín en las mejillas
y en el pecho sin honor...

1.er H. DEL P.—¡Oh, yo nó!.. ¿Cómo debemos proceder?

RODR.—(*Aparte á los conjurados*) ¡Obrad con [maña!

1.er CONJ.—Somos esclavos de España...

2.º CONJ.—Ni vida ni honra tenemos.

RODR.—Triste es vuestra condición
y no hay sangre en vuestras venas;
que al rumor de las cadenas
se envilece el corazón

1.er H. DEL P.—Es demasiado decirnos..
Seas quien quiera, yo estoy
contigo.

1er. CONJ.—También yo voy....

2.º CONJ.—Y tú debes conducirnos..

1.er H. DEL P.—Sea jefe el más valiente.

3.º CONJ.—Todos vamos...

2.º H DEL P.— Donde quiera
Este hombre.

1.er CONJ.—¿Y nuestra bandera?

RODR.—¡La de Chile independiente!
(*Saca una bandera del pecho y la despliega*)

ESCENA II

ELVIRA IGNACIO.—ELVIRA *esconde la carta; se sienta al lado de la mesa y toma un libro con distracción fingida.*

IGN.—Hija, ¿qué tienes? No sé
que miro en tí.

ELV.—Padre, nada. (*Recorriendo las páginas del [libro.*)

IGN.—(*Aparte*) Algo leo en su mirada...
¡Está bien pálida á fé!
¿Por qué esa lágrima pura
Resbalan tus lindos ojos?

Niña, qué te causa enojos?
¿Te aflige la desventura?
¿Por qué me ocultas tu llanto,
Linda flor de mis amores?
¡Ah! no calles tus dolores
al que te ha querido tanto.
¿Acaso un pesar secreto
te causa melancolía?
Yo también sufrí, hija mía,
Y tu amargura respeto.

ELV.—(*Poniéndose de pie.*) Padre, en el fondo
[del alma
hay vibraciones secretas,
y si mi dolor respetas,
déjame llorar en calma.

IGN.—En tu aflicción sufro yo...

ELV.—Padre mío....

IGN.— Pobre Elvira,
si mi corazón suspira
de ti no se queja, nó
¿y por qué quejarse, en fin?
¿De qué valdría mi queja,
cuando la vida me deja
en el opuesto confín?
¡Llanto inútil! (*Enjugándose una lágrima*)

ELV.—Padre mío,
¿por qué reñirme inhumano?

IGN.—Sin fuerzas está mi mano,
mi corazón siento frío;
y en mi vejez abatida,
frustrada esperanza tanta,
tu disimulo me espanta,
tu afán me arranca la vida

ELV.—¡Ay! no interpretes así
el silencio que guardé;
si en mi amargura callé,

por no afligirte mentí.
Fué por no añadir dolores
más grandes á tu dolor;
por un exceso de amor
te oculté mis sinsabores.
Pero si tanto te empeñas
de guardarlo en tu memoria,
haz cuenta que es otra historia,
haz cuenta, padre, que sueñas.
¡Porque á situación bien dura
el cielo nos abandona!....
Perdona, padre, perdona
no quiero darte amargura.

IGN.—Hija dí....

ELV.— ¡Madre!

IGN.— Te mando.

ELV.—Pues oye: feliz vivía
en tu dulce compañía
distante del mundo, cuando
por mi desdicha crüel,
¡tiemblo al pronunciar su nombre!
hallé en mi camino á un hombre,
y mi desventura en él.
Y lo ví en el Templo Santo
que en mí sus ojos fijaba
y yo á su vista temblaba
sobrecogida de espanto.
En mí los ojos tenía,
y yo su vista esquivaba;
el bárbaro me miraba,
y yo temblando le huía.
Aún creo verlo: ahí está:
fijo, lúgubre, severo,
que con semblante altanero
amenazándome va!

IGN.—¿Y después?

ELV.— Padre, y después,
al salir del templo santo,
creció mi trémulo espanto,
lo ví á mi lado otra vez.
IGN.—¿Y después?
ELV.— Padre, al volver
lo miré que me seguía:
yo corrí, corrí, tenía
miedo de volverlo á ver.
IGN.—Y.... (*Con ansiedad.*)
ELV.—Hoy, padre, al llegar aquí
tiemblo....
IGN.— No me calles nada.
ELV.—Padre, ¡soy muy desgraciada!
IGN.—¡Tenga Dios piedad de tí!
Habla, pues....
ELV.— Me dirigió
hoy esta carta.... (*dándole la carta á* IGNACIO.)
IGN.—¡Ay de mí! (IGNACIO *lee con suma agitación y luego se arroja sobre una silla.*)
¡Para siempre te perdí!
ELV.—¡Padre, te he perdido yo!

ESCENA III

Dichos, ENRIQUE, RODRÍGUEZ

IGN.—(*A* ENRIQUE, *dándole la carta.*)
¡Lee, no puedo mas!....
ELV.—¡Salva á tu Elvira!
ENR.—¡Qué escucho, santo Dios! ¿Por qué, bien mío,
así te entregas á un dolor que ignoro?
Leamos.... ¡Qué contemplo! ¡Yo deliro!...
(*Leyendo.*)

«Hermosa Elvira: una pasión ardiente
me liga á tí; me arrastra mi destino
á darte el corazón, que hasta este instante,
libre y audaz, fué solamente mío.
¡Dame las palmas de tu amor, escucha
de mi ardiente pasión el fuerte grito....!
Si no.... recuerda que es tu anciano padre
insurgente, y la ley tiene un castigo
para los que, rebeldes al monarca,
siguen del insurgente el bando inicuo.
Dos horas más á tu prudencia dejo.
Vicente San Bruno»

¡Hombre maldito!

(*Queda profundamente pensativo*)

RODR.—Alza, Enrique: los fuertes corazones
se prueban en el áspero conflicto,
y no es valiente el hombre que se postra
falto de aliento en medio del peligro.

ENR.—¡Y es cierta ¡oh Dios! y es cierta mi des-
[gracia!
¿Me engaño, acaso, en mi fatal delirio?
¡Ay! para siempre te perdí, mi Elvira....
La víctima serás de ese hombre impío....
¡ese hombre, el mismo siempre, es tu ver-
[dugo,
fué de mi padre el bárbaro asesino!....
¡y hoy te arranca de mí!... ¡jamás, Elvira!..

ELV.—¡Ay!

IGN.— ¡Enrique, las fuerzas he perdido!....
¡Y á mi pobre vejez tamaña afrenta!....
huíd, hijos, huíd; y en el retiro
salvaos....

ELV.— Sin tí, ¡jamás!

IGN.— ¡Mísero viejo!
¡Dejadme á mí, que moriré tranquilo!

ELV.—Padre, á tu lado yo, siempre á tu lado,
viviré libre ó moriré contigo.
IGN.—A vosotros, tan jóvenes, el tiempo
os convida á vivir; á mí un suplicio
me espera, ¡nada más! Voy á la muerte
feliz, si soís felices, hijos míos.
Lo sé, bien lo comprendo; ya no es tiempo
de alejar más mi funeral destino;
volar la muerte ante mis ojos veo,
de sus siniestras alas siento el frío!
RODR.—No hay que perder el ánimo: aun nos
[quedan
dos horas: ¡no temáis! ¡Dios es benigno!
ENR.—Rodríguez, ven, y en mi dolor profundo
sé mi único sostén mi noble amigo.
RODR.—Pues oye y vén conmigo. (*Llevándolo*
[*fuera por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV

ELV.— ¡Cielo santo!
¡La prueba es dura, amargo el sacrificio!
IGN.—Abandonarte yo, pobre hija mía,
á tu eterna desdicha, á tu ludibrio....
¿Es esto honroso, dí? ¡Nó, nunca, nunca,
Te entregaré al dolor!....
ELV.— Padre querido,
deja á tu hija que cumpla el triste fallo
de su siniestro y bárbaro destino.
IGN.—¡Sola quieres marchar!....Pobre paloma
que recien dejas el materno nido,
¡Ay, no saber volar!..(*Aparte*) Déspota in-
[fame,
mátame á mí, mas quede su honor limpio.
ELV.—Padre, resuelto está...

IGN.— Tiemblo al oirte....
¿Vacilas?....
ELV.— ¡Es horrible el sacrificio!
IGN.—Ven, hija, ante el altar donde doblaron
sus frentes tus abuelos, ven conmigo
á orar para que Dios de nuestras almas
aparte el rayo atroz que nos ha herido.
(*Salen por la puerta del fondo.*)

ESCENA V

SAN BRUNO, VILLALOBOS, *soldados en la calle y en la puerta de la casa.*

VILL.—Pues esta es la casa, entremos.
S. B.—Pero nadie aquí aparece,
y está cerrada.
VILL.— Golpeemos.
S. B.—Villalobos, me parece
más prudente que esperemos.
Estoy cansado y celoso
y hoy, el fin hemos de ver
de este drama caprichoso,
porque su amante ó su esposo
al fin y al cabo he de ser.
VILL.—Es sobrada la esperanza
de conquistar sus favores:
el poder todo lo alcanza.
S. B.—Si he de gozar sus amores,
me fastidia la tardanza.
Exento de obedecer,
acostumbrado á mandar,
ley mi capricho ha de ser,
y me amará esa mujer,
que me fastidia esperar.

VILL.—¿Y si armada de osadía
te negase sus amores?
S. B.—No hay tal; te engañas y mientes:
yo no he hallado á esos valientes,
y lo juro por mi amor.
VILL.—Pues los hallaste y los viste.
S. B.—¿Cómo?
VILL.— Tal vez lo osaría,
y nada raro sería
en odio á los invasores.
S. B.—Son ruines los insurgentes....
VILL.—A ellos les sobra valor.
S. B.—¡Cómo!
VILL.— Una noche lejana
y de recuerdo muy triste...
S. B.—Lo sé (*Interrumpiendo.*)
VILL.— Tú te enrojeciste
con la sangre americana.
S. B.—Siempre esa noche es tu tema;
ya me cansa tu porfía.
VILL.—Es que pensando con flema,
esa noche es mi problema.
S. B.—Esa noche es tu manía.
VILL.—¡Era una noche fatal!....
S. B.—Descansen los que murieron,
que ellos mismos se perdieron!
VILL.—Yo fuí el verdugo.
S. B.— ¡Cabal! (*Con ironía*)
VILL.—Mas, porque otros me indujeron.
S. B.—(*Aparte con amargura*)
¡Crímen horrendo que azota
mi conciencia sin perdón;
sangre que de mi alma brota,
y candente gota á gota,
destila en el corazón!

VILL.—Es una historia pasada
que no te es indiferente;
y como cosa olvidada,
que vale bien poco ó nada,
permite que te la cuente.
Era una noche muy triste,
de un triste mes de febrero...
dicen que tú en ella fuiste
el héroe, porque tuviste
las llaves del carcelero.
Unos hombres desgraciados,
infelices, fascinados
por una loca ilusión,
se agitaban descuidados
en tenebrosa prisión.
Al ruido de sus cadenas
los míseros despertaron,
y á un hombre falso escucharon...
S. B.—Ese eras tú...(*Interrumpiendo.*)
VILL.—(*Continuando.*)—Y de sus penas
Un momento se olvidaron.
mas, esa noche llegó,
y un verdugo de repente
ante ellos se presentó:
traidor los asesinó
vil y miserablemente.
La sangre á mares corría,
mataba el torpe sicario...
Sobre su frente sombría
un torbo rayo lucía
de júbilo extraordinario.
¿Conoces á ese hombre, dí?
Ese hombre eres tú.
S. B.— ¡Miserable!
VILL.—Perdona si te ofendí.

S. B.—Mas otro monstruo execrable
mataba conmigo....
VILL.— ¡Sí!
Yo á los tristes engañaba,
libertad les ofrecía.
con sus verdugos trataba,
de su inocencia reía
y también los traicionaba.
S. B.—Tú á mi lado siempre vas
fatigando mi memoria
siempre con la misma historia.
VILL.—No me cansaré jamás
de recordarte esa gloria.
Yo el crímen partí contigo,
hice tu mismo papel;
fuí tu cómplice y tu amigo,
y hoy yo soy casi un mendigo
y eres tú mi coronel.
Tú al frente de un regimiento
del cual sólo soy sargento,
mira nuestra diferencia:
¡en cambio el remordimiento
no taladra mi conciencia!
S. B.—Yo asesiné, sí, es verdad;
pero nunca fuí traidor:
verdugo sin dignidad,
mano de otra voluntad,
tú sólo eres matador.
Yo cabeza, tú instrumento;
yo juez, pero tú verdngo;
tú espía vil y sangriento...
VILL.—Por eso al cielo le plugo
darte á ti el remordimiento.
S. B.—Llama á esa puerta: cansado
de tu charla impertinente
ya estoy.

VILL.— Si te he fatigado
perdona y hazme teniente.
S. B.—¡Siempre el grado!
VILL.—¡Siempre el grado! —(*Golpea a la puerta y entra.*)

ESCENA VI.

Dichos, ELVIRA.—ELVIRA *aparece por la puerta del fondo: al ver á* SAN BRUNO *y* VILLALOBOS *quiere huír.*

ELV.—¡Ay!
VILL.— ¡Es ella!
S. B.— ¡Detente! (*Deteniéndola.*)
VILL.—¡He ahí tu víctima!
(*Elvira cae desfallecida en un sillón.*)
San Bruno ¡goza en ella! (*Sale á la calle.*)
S. B.—¡Cuán bella! ¡Oh Dios! ¡Cuán bella!
Mas, ¿por qué en mi camino
la hallé para mancharla con mi aliento?
¿He de correr en mi fatal destino
siempre bajo un amargo sentimiento?
¡Elvira, hermosa Elvira!
¡Cuán distintos afectos
Llenan mi corazón! ¡Venganza, ira,
humanidad, tal vez! Ahora al mirarla
virgen doliente y pálida,
muda en su aspecto y trémula,
acaso de mis crímenes
abrumado me siento, y de despecho
quisiera hacer pedazos
mi rudo corazón dentro del pecho!
Elvira, escucha.....
(*Acercándose á* ELVIRA)
ELV.—¿Me hablas? Dí, ¿qué quiéres?
S. B.—¡Quiero sólo tu amor!

ELV.— ¡Monstruo!
S. B.— ¡No acabes!
ELV.—Aléjate.
S. B.— ¿No sabes
cuanto son mi valer y poderío,
que puedo reducirte á polvo, á nada,
sólo al volver del pensamiento mío?
¿No sabes que al mover mi altiva mano
tiembla este pueblo mísero, indigente?
Alza, y óyeme: en vano
querrás negarte á mi poder; me basta
quererlo y serás mía.
ELV.—(*Poniéndose de pie*). ¡Tente, tente!
Jamás daré mi mano á los verdugos
que el suelo manchan de la patria mía.
S. B.—¿I qué?...¿No sabes?...

(*En este momento se abre la puerta del fondo y aparecen un instante* RODRÍGUEZ *y* ENRIQUE. ENRIQUE *hace ademán de querer entrar, pero* RODRÍGUEZ *se lo impide y cierra la puerta. —Momentos después se ve á ambos pasar por la calle,* RODRÍGUEZ *con nuevo disfraz se acerca al grupo que preside* VILLALOBOS, *habla en voz baja y les enseña un papel. Salen éste y los soldados.—La calle queda sola unos momentos*).

ELV.—Todo lo sé: tirano
podrás verter mi sangre en un cadalso
y en obscura prisión robarme al día;
más, no obtendrás mi mano,
que si tienes poder, tengo energía.
¡Verdugo, atrás! No agregues con mi nombre
otra cifra á tus víctimas que gimen,
que hace pesar sobre tu frente ruda,
la negra sombra que acompaña al crimen!
S. B.—Pues bien, sobre tí caiga
el peso de mi enojo: has pronunciado

tú misma tu sentencia, loca Elvira.
Tu padre va á morir... (*Hace ademán de* [*irse*).

ELV.— ¡Ah, desgraciado!...
¡Escucha, tente, mira.
mira mi horrible afán!...

S. B.— Tú lo quisiste...
Es esa tu sentencia.

ELV.— ¡Cielos!

S. B.— Oye:
aun salvaros puedo.

ELV.—¡Piedad, piedad! salva á mi padre...

S. B.— Puedes
hacerlo tú si á mi propuesta cedes;
mañana es tarde...

ELV.— ¡Desdichada!...¡Cedo!
(*Se sienta abatida*)

S. B.—¡Serás feliz conmigo!
Yo seré tu sostén, seré tu amigo....
Cierto es que abrigo en mi desgracia un alma
cargada de delitos: hartos crímenes,
años de horror, tristísimas memorias,
me arrancaron mi fe, mi dulce calma.
Mis pasadas historias
como un sueño recuerdo muy lejano...
Que entre ese tiempo y este
hay un mar de por medio...¡y es de sangre!
¡Esas dos playas separó este océano!
Quedó allá mi virtud con la primera
edad, hoy del delito
piso la atroz, fatídica ribera;
y segundo Caín, vivo maldito
y llevo como aquél sobre la frente
el sello de mis crímenes escrito.

Tú el consuelo serás de mi existencia,
tú me harás olvidar tantas escenas
de sacrificio y llanto,
que de terror y de vergüenza llenas,
cercan mi rudo corazón de espanto.
Y tú serás el ángel de mi vida
que endulzará mis horas de amargura;
ángel de paz, de amor y de ventura,
¡tal vez me vuelvas mi virtud perdida!

ELV.—Triste de mí....

S. B.— Elvira, oye mi historia,
y al leer en el fondo de mi alma
tendrás ¡ay! compasión de un desgraciado
sin esperanzas, ni placer, ni gloria,
á dolor y odio eterno condenado.
Niño feliz, en mi orfandad crecía
al lado de una madre cariñosa
que, al mirarme, de amor se sonreía,
y era conmigo en la virtud dichosa.
Después fuí joven: de pasiones lleno,
llevado de un fervor que me engañaba,
sentí con fuerza palpitar mi seno,
y temblé porque el pecho palpitaba.
Y fuí insensato á sepultar mi vida
en el silencio obscuro de un convento:
allí mi alma entre claustros oprimida
sintió falta de luz, de aire y aliento.
Y eterna soledad, eterno hastío
empezó á consumir mi abierto pecho;
¡un pecho tan ardiente como el mío
para quien era el mundo ámbito estrecho!
Resonó entonces el clamor de guerra
que retumbó fatídico en España,
y en roja sangre se empapó la tierra,
y fué la lucha atroz, y atroz la saña.
Al rumor de las armas que se oía,

y al eco del cañón que retumbaba,
sentí, mísero fraile, que vivía,
sentí que el corazón se me arrancaba.
Y dejé del convento las prisiones,
y luché cual valiente castellano;
corriendo de regiones en regiones
hasta el confín del mundo americano.
Aquí mis vicios, mi rencor profundo
á la causa fatal del insurgente,
mi sed de sangre mi odio furibundo,
mi corazón fanático y valiente:
me dieron al poder fácil ascenso;
y de Marcó del Pont ministro y guía,
tengo para destruír poder inmenso,
y si hay mano que rige, esa es la mía.
(*Pausa.*) Amame tú: ¡ya ves cuán triste ha
[sido
la obscura luz de mi destino fiero!
Mas si después de tanto haber sufrido
logro tu amor, feliz me considero....
Feliz, y ni un recuerdo tristemente
vendrá de nuevo á atormentar mi alma;
y volverá á brillar sobre mi frente
el rayo puro de inocente calma.
Es inmenso el ardor que me devora,
es inmensa la hoguera que me inflama:
¡una palabra al fin consoladora
dime, mi bien, para ahumentar mi llama!

ELV.—¿Y que podrá decir la pobre esclava
á su feroz, indómito tirano?
¿Con que es verdad mi ruina?
¿Será mi suplicar inútil, vano?....
¡No exhalará mi labio una palabra
al que así me condena y me domina
y me da ofensa y mi desgracia labra!
Al que á mi padre á ese infeliz anciano,

hace morir de sufrimiento y pena;
y que al pedir mi mano
para mi padre ofrece un vil cadalso,
para mi patria una servil cadena.

S. B.—¿Qué dices?

ELV.— Soy tu víctima....

S. B.— ¡Mi esposa!

ELV.—(*Poniéndose de pie*). — ¡Jamás, jamás!
[¡mentí cuando te dije
que la mano de esposa
cobarde te daría!

S. B.—¡Nuevo furor! Por fuerza has de ser mía,
ó morirá tu padre: ¡al punto elige!

(*Se habrá ido llenando la calle de conjurados, entre los cuales* RODRÍGUEZ *aparece dando órdenes y distribuyendo á los suyos.*)

ESCENA VII

Dichos, IGNACIO.

IGN.—Su padre morirá....

ELV.—(*Adelantándose á* SAN BRUNO.)—¡Cielos!

IGN.— Pero ella
no será la lisonja de un infame.

S. B.—Pues al cadalso iréis....

IGN.— Yo iré al cadalso,
que harto me duele ya mi triste estrella..
Ella, ¡nó!....

S. B.— ¡Los dos!

ESCENA VIII

Dichos, RODRÍGUEZ, ENRIQUE.

RODR.—(*Interponiéndose*). ¡Ninguno!
S. B.—¿Quién sois? (*A* RODRÍGUEZ *y* ENRIQUE.)
RODR.— Eso no te importa.
Sólo te importa saber,
porque de cerca te toca,
que Elvira no ha de ser tuya,
porque las flores preciosas
se envilecen, si reptiles
se cobijan á su sombra.
Porque no puede vivir
junto á la vileza la honra,
y do la grandeza brilla
las ignominias estorban
¡y fuerza es ¡viven los cielos!
Que tu esperanza depongas,
porque no llega la sierpe
donde las águilas tocan!
S. B.—¿De dónde á mi tal lenguaje?
Y vive Dios, que me asombra
que ante mi digáis palabras
tan descompuestas y locas....
¿Sabéis ante quien estáis?
RODR.—Hablo á San Bruno....á esa sombra
funesta, que cual espectro
que los sepulcros evocan,
trajo á mi patria el oprobio,
y en sangre de los patriotas
empapó su mano impura,
que envenena cuanto toca.
ENR.—¿Y yo qué diré?....El coraje
que mi corazón ahoga,

las palabras mal medidas
que se empujan en mi boca,
las fibras que se conmueven
del corazón las más hondas
arrancando sentimientos
de indignación, ¡que os respondan!
Sé que hablo á un verdugo infame,
cuya despreciable historia
es tejido de bajezas
y matanzas alevosas.
Al que asesinó á mi padre
por una intriga traidora,
cuya sangre pide á voces
mi venganza ó mi deshonra.
Pues al fin nos encontramos,
fuerza es que el silencio rompa,
y parta con el puñal
ese corazón de roca.

S. B.—¡Soldados! (*Dirigiéndose á la puerta. Comienza á oscurecerse.*)

Rodr.—(*Deteniéndolo*).—Cobarde, en vano
á tus sicarios invocas,
estás solo.

S. B.— Me han vendido
¡Vive Dios!....

Enr.— Al cielo implora
que lavaré con tu sangre
de mi padre la memoria. (*Saca un puñal.*)
¡Monstruo sangriento, perece,
húndete al infierno, toma! (*Lo va á herir.*)

Rodr.—(*Impidiéndolo.*) — Tente, no ha llegado aún
de su perdición la hora:
será su muerte escarmiento
de su maldad.

S. B.— ¡Me traicionan!...
Cobardes, heridme el pecho,
que ya la vida me sobra.
RODR.—¡Calma! eres nuestro, estás solo
y nadie aquí nos estorba;
tratemos que la fortuna
ocasión nos proporciona.
Al punto este pasaporte
firma, é iras libre en buen hora (*Extiende un pliego en la mesa.*)
S. B.—Saldré; trataremos de eso
después....
RODR.—(*Tomando la llave de la puerta*) No saldrás.
S. B.— ¡Mi tropa!...
RODR.—No te sirve.
S. B.— ¡Os atrevéis!
RODR.—Aquí nada nos estorba.
S. B.—¿Y mis talaveras?
RODR.— Todos
te dejaron.
S. B.— ¡Suerte odiosa!
RODR.—Es un complot que he fraguado (*Con calma.*)
S. B.—¿Cómo?....
RODR.— Claro, y en tu contra.
Para asegurar el éxito
muy alta firma me abonas,
la del mismo presidente.
Lee, si no basta que oigas:
he aquí la orden. (*Le da un papel.*)
S. B.—(*Leyendo*) «El sargento
Villalobos sin demora
venga á palacio y espere
orden que sabe le toca.
Firmado.—«Marcó.»

¡Traidores!....
¡Oh! quien eres tú, patriota,
que así con falsos ardides
á tu poder me aprisionas?

(*Se abre la puerta del fondo.—Media luz en la escena*)

RODR.—¡El que ha de ser tu enemigo
eterno, y en lucha sorda,
atroz, irreconciliable,
y en la que á un tiempo se agolpan
ira, astucia, sangre y muerte,
te ha de vencer!

S. B.—¿Quién?

RODR.— ¿Te asombras?
¿Quién?....El último soldado
de una nación generosa....
soy Manuel Rodríguez.

(*Poniéndose de pie y arrojando su disfraz.—Queda vestido de traje militar.—Golpe de luz en la escena.*)

S. B.— ¡Ah!....
¡Maldita sea esta hora,
sin espada, sin soldados,
acuartelada la tropa!....
Pero....¡bien! firmaré....

RODR.— Firma (*Llevándolo á la mesa.*)

S. B.—(*Firmando.*)
¿Y esto basta?

RODR.— Y esto sobra
hemos concluído: San Bruno,
perdona si esto te enoja.

S. B.—Pues me marcho....

RODR.— No tan presto

S. B.—¡Cómo!.....

RODR.— Que aún falta otra cosa.

S. B.—¿Cuál?

RODR.—Verás....(*Habla en secreto á* ENRIQUE; *luego á* IGNACIO *y* ELVIRA.—*Dándole á* IGNACIO.)

El pasaporte
Tomad; y lo que os importa
es dejar la capital
al punto, antes de una hora.

S. B.—¡Eso nó! (*Interponiendose.*)

RODR.— Guarda silencio,
ó te hablará esta pistola. (*Sacando una pistola*).

IGN.—Adiós.

RODR.—¡Valor y firmeza! (*Acompañándolos á la puerta de la calle: toca un pito y viene gente, á la cual da órdenes.*)

Que aún antes de tres auroras
ya podréis volver en paz,
porque vendrán los patriotas
y flameará en esas torres
la bandera vencedora
que traiga al pueblo chileno
la libertad, la victoria. (*Sale* IGNACIO *y* ELVIRA—*Hasta cierta distancia los acompaña Enrique: vuelve éste y entra un momento por la puerta del fondo para salir en seguida.*)

ESCENA IX.

RODRÍGUEZ, SAN BRUNO, *luego* ENRIQUE.

RODR.—Toma asiento. (*Ofreciéndole una silla.*)

S. B.—(*Sentándose.*) A lo hecho pecho.
¡Mas, ten fijo en la memoria,
que entre los dos se declara
guerra á muerte desde ahora!

RODR.—¡Guerra á muerte!

S. B.— ¡Mas sin tregua!

RODR.—En relación amistosa
entre tanto pasaremos,

buen amigo algunas horas,
hasta que lejos de ti
esté esa triste paloma
que deja su patrio hogar
por conservar limpia su honra. (*Entra* ENRIQUE *con botellas y vasos.* RODRÍGUEZ *sirve vino á* SAN BRUNO.)
¡A tu salud!

S. B.—(*A* RODRÍGUEZ.) ¡A tu muerte! (*Beben*)

RODR.—Amigo, no gastas bromas.
Sé tú, Enrique, el centinela, (*Le da la llave á* ENRIQUE *que va á la puerta.*)
que mientras el alba asoma
aquí pasaremos juntos
la noche apurando copas. (*Por la calle pasa una patrulla Intenta hablar* SAN BRUNO *y con una pistola le hace callar* RODRÍGUEZ.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de ENRIQUE en los extramuros de la ciudad.—Una puerta al fondo que se supone dar al interior de la casa, otra á la izquierda.—A izquierda en primer término una ventana.—Mesa al fondo al lado de una de las puertas.

ESCENA I.

RODRÍGUEZ *y* ENRIQUE (*En la ventana.*)

ENR.—¡Parte lejos, sí, muy lejos!
Pero al fin parte, y va libre
fuera del pérfido alcance
del déspota que la aflige.

Y yo ¡oh dolor! arrastrando
una vida obscura, triste,
¿qué haré lejos de mi Elvira
en mis horas infelices?
¡Trocados en sombra obscura
los pintorescos matices
del cielo de mi ilusión
vi en la borrasca terrible!
¿Qué me resta en mis dolores?
¡Huyó esa ilusión sublime,
y enlutada en negro duelo
el alma débil se rinde!....
¡Noche bella y solitaria,
que eres consuelo del triste,
presta alivio á la honda pena
que hoy el corazón me aflige!

RODR.—(*Registrando papeles en la mesa.*)
Las noticias que nos llegan
pronto nos harán felices:
y entre tanto....

ENR.— ¡Oh! entretanto
con esfuerzos varoniles
lucharemos y la patria....

RODR.—(*Interrumpiendo á* ENRIQUE *y poniéndose de pie.*)
¡Y la patria estará libre!....
¿No es eso?

ENR.— Cabal

RODR.— Me place
oirlo en tu boca, Enrique.

ENR.—Yo en mi soledad en cambio
lloro también....No desdicen
de un corazón esforzado
lágrimas que amor exige?

RODR.—¡Oh, nó! Esas lágrimas puras
no avergüenzan....Es sublime

ver como llora un soldado
de alma noble y pecho firme. (RODRÍGUEZ *se sienta á la mesa, y escribe varios papeles que cierra y guarda.*)
Pero, ¡valor! muchas sombras
aún el horizonte tiñen:
¡es preciso disiparlas
y hacer que el sol limpio brille!
¡Constancia, cabeza fría,
corazón de fuego, ardides,
locuras, sueños!....¡Ah todo,
todo es preciso!..(*Mientras dice estos versos* RODRÍGUEZ, ENRIQUE *habrá cerrado la ventana con precipitación*).

ENR.— ¡Rodríguez!

RODR.—Amigo Enrique...

ENR.—Nos cogen..
Están cerca, nos persiguen..
(*Señalando á un ruido que se oye fuera.*)

RODR.—¿Es ésta, Enrique, tal vez
la única ocasión difícil
en que nos hemos hallado?
Situaciones más terribles,
¡cuántas veces en el campo
tuvimos!....Para batirse,
¿Están prontas las pistolas? (*Gesto afirmativo de* ENRIQUE.)
Entonces, no hay que aturdirse..(*Disfrazándose con gran calma.*)
Que estoy convertido en médico..
¡Buen disfraz! ¡Y viva Chile!
¿Los amigos?

ENR.—Están dentro. (*Se oyen golpes en la puerta.*)

RODR.—Corre al punto á prevenirles
que se oculten: y al cuartel

mándame esta carta, Enrique,
á la sargentona aquella.
Vuela..(*Nuevos golpes.*)
Los golpes repiten....(*Abre*)

ESCENA II

RODRÍGUEZ, VILLALOBOS, *talaveras*

RODR.—Buen sarjento, Dios te guarde.
VILL.—(*Aparte.*)
¿Quién es este hombre? ¡Qué cara!
RODR.—La salud es muy avara
y cuando se llora es tarde....
hígado, pulmón, angina,
tisis...¡Cuántas cosas más!
VILL.—¡Médico de Barrabás!
RODR.—La enfermedad que domina (*Paseándose y fingiendo distracción profunda.*)
es aquella...Sí, señor:
de este clima á la influencia
es común esta dolencia,
y no hay remedio...
VILL.— Doctor....
RODR.—Sí, es común...
VILL.— Doctor....(*Acercándose.*)
RODR.—(*Fingiendo no oir.*) No atino.
VILL.—Pues yo ya voy atinando
y me parece que ando
no por tan falso camino....(*A* RODRÍGUEZ.)
pues que me trae un objeto
que debo, á fuer de soldado,
cumplir.
RODR.— ¿Vienes encargado
de algún mensaje secreto?

VILL.—Eso nó.
RODR.—¿Enfermo? (*Queriendo tomarle el pulso.*)
VILL.—(*Retirando la mano.*) Nó.
RODR.—(*Retirándose.*) ¡Ya!....
VILL.—Tu ciencia no necesito.
RODR.—Conque entonces me limito
á escucharte.
VILL.— Bien está.
Tengo en mi mano la lista
de una brava colección,
y con muy buena intención
le voy siguiendo la pista.
De insurgentes y traidores
me propongo dar tal cuenta
que ha de ser noche sangrienta
la noche de sus dolores.
Si conspiran con placer
Contra la causa española....
RODR.—Es decir, patriotas....¡hola!
VILL.—¡Mala muerte han de tener!
Pero ellos se han ocultado
en tan hondos escondrijos,
que mis empeños prolijos
completamente han burlado.
Sin registrar cuidadoso
no dejé casa en la villa
desde la choza sencilla
hasta el templo suntüoso:
y para seguridad
de mi conciencia tranquila
de que aquí nadie se asila
vengo á buscar la verdad.
RODR.—¿Cómo? ¿á mi casa también?
VILL.—Con ese objeto.
RODR.—(*Fingiendo enfado*) ¡Nó, nó!
Que no lo permito yo...

pero, entre tanto, ¿de quién
traes orden?

VILL.— De San Bruno.

RODR.—Entonces al presidente
me quejo inmediatamente
de paso tan importuno.
Que me enfada, vive Dios,
que á un científico extranjero
así se le ofenda: pero....

VILL.—(*A los soldados*)
no hay pero que valga... vos
despachad....

ESCENA III

RODRÍGUEZ Y VILLALOBOS

VILL.—(*Aparte*) Peste al doctor.
La insolencja no le falta...
mas, una duda me asalta..
¿Será fundada el temor
que abrigo? ¿Este hombre quién es?
Veámoslo. (*Acercándose á* RODRÍGUEZ.)

RODR.—¿Qué mas deseas?

VILL.—Fuerza es que este bando leas (*Le da un pliego*)

RODR.—De sobra lo entiendo, pues
dice ese bando que todos
deben usar pasaportes...
Exijencias de las cortes,
fastidios de todos modos.
Bien.. ya lo he visto.. ¿y qué más?
(*Volviéndoselos.*)

VILL.— ¿Que eras médico dijiste?

RODR.—Sí, señor

VILL.— ¿A alguien curaste?
RODR.—A Marcó...
VILL. Que lo sanaste
supongo.
RODR.— ¡Pues!
VILL.— Bien hiciste
pero entre tanto no tienes
cualquier otro documento
que pruebe....
RODR.— Señor sargento,
¿con esas sospechas vienes?
VILL.—Necesario es terminar:
ó un pasaporte me enseñas,
ó si en callarte te empeñas,
vas en la cárcel á hablar.
RODR.—Ya te dije que extranjero,
hijo de extraña nación,
confiado en mi profesión
lancéme al mundo, viajero.
Crucé el irritado mar,
cien naciones visité
y al cabo á Chile llegué...
¡mas quisiera no llegar!
De la América inocente
sentí vibrar en mi oído
el más intenso gemido,
la súplica más doliente.
Por la santa libertad
vi á sus hijos combatir,
dispuestos siempre á morir,
pero no á implorar piedad.
Ellos ser libres quisieron,
y por ser libres lucharon:
las glorias que conquistaron
con sangre las escribieron.

VILL.—Eso no es del caso: importa
saber de cierto tu ascenso...
RODR.—Esta carta á lo que pienso
nuestra dificultad corta. (*Da á* VILLALOBOS
[*una carta que éste lee para sí.*)
VILL.—Es la firma de Marcó.... (*Aparte*)
recomienda su persona....
¡Me llevo un chasco! (*A* RODRÍGUEZ.) ¡Per-
[dona
el error que me engañó!..
RODR.—Ten otra vez más cuidado
con los médicos
VILL.— Adiós.
RODR.—Y alégrate vive Dios,
que no te vas engañado. (*Salen* VILLALOBOS
[*y soldados.*)
Si al talavera extravié,
ya esa historia se acabó:
pues ya el doctor concluyó,
hecho galán quedaré. (*Se quita el disfraz, se*
[*asoma á la ventana y da un silbido.*)
Es la hora de la cita
que le dí, debe llegar
pronto... siento golpear (*Se oyen golpes.*)
No me pesa tal visita. (*Abre.*)

ESCENA IV

RODRÍGUEZ, MARÍA

RODR.—¿Qué noticias hay?
MAR.— Ingrato
Eso sólo me preguntas
y de eso me hablas no mas
sin que mis amores nunca
alcancen, Jorge, de ti

más palabras. En tu busca
corro y te confío cuanto
del pueblo el Gobierno oculta,
tal vez contándolo todo
con ligereza importuna.
¿Y tú ni un halago tienes
para mí? Y esta alma tuya,
¿nada, mas, dí, te merece?

RODR.—¡Oh tú, mi única ventura,
mi única, dulce esperanza
que en este mundo me alumbra!
Para ti tengo alma, vida,
cuanto el cielo me dió, en suma.
(*Aparte.*) ¡Oh patria, cuánto me exiges!...
Pero en tu terrible lucha
es preciso combatir
con las armas de la astucia.

MAR.—Háblame así..Así me hablabas
al principio; mi ventura
cifro en tu amor.

RODR.— En el alma
conservo tu imagen pura
como luz en mis tinieblas,
como verdad en mis dudas.
Mas, entre tanto, perdona,
que soy curioso y me gusta
saber todo. Los realistas,
¿qué se hacen?

MAR.— En disputas
continuamente agitados,
poco se alcanza: se ocultan
insurgentes aquí mismo;
y aunque todos en su busca
andan, no se les encuentra,
que la vigilancia burlan.
San Bruno está dado al diablo

y reniega, y grita, y jura..
Y nadie sabe la causa,
aunque debe ser muy justa.

RODR.—(*Aparte.*) Mi convidado por fuerza
su engaño bien disimula,
y obra bien en llorar solo
su malhadada aventura.

MAR.—Y el sargento Villalobos
también está hecho una furia,
porque dice que Rodríguez,
en la capital se oculta.

RODR.—¿Rodríguez?

MAR.— Ese bandido
que vive en perpetua lucha
y en alevosas matanzas,
á quien el cielo confunda.

RODR.—Mal le quieres..

MAR.— Eso es poco:
quiero que á la horca suba
y entregue al diablo su alma,
más condenado que Judas.

RODR.—Mas, supón que ese Rodríguez
fuera así, de mi figura,
de mi edad y mis modales,
limpia la frente de arrugas..

MAR.—Eso sería otra cosa..

RODR.—Pues supón esta locura..

MAR.—Por Dios, todo en ti es gentil,
todo en él maneras bruscas.

RODR.—Tal vez te engañas..Quien sabe
si no es falsa tu pintura.

MAR.—Pero ya los insurgentes
caerán.

RODR.— ¿Cómo?

MAR.— Lo asegura
Villalobos: que tendrán
otro Febrero..Te asustas?
RODR.—No me place ese recuerdo
de sangre: la edad futura
maldecirá á los verdugos
con indignación profunda.
MAR.—Chist..calla..(*Oyese ruido.*)
RODR.—(*Asomándose á la ventana.*)
La plebe ansiosa
corre en multitud confusa. (*Sale de prisa.*)

ESCENA V

MARÍA *sola*

MAR.—¡Oh, qué imprudente soy yo
al venir aquí en su busca
y acudir á donde él quiere!
Presa de mortal angustia,
celosa tal vez y amante,
estoy en perpetua duda
por él..¿Qué tiene ese hombre
que así me arrastra y me ofusca?
¿Qué dominio ejerce en mi alma?
Siempre entre la sombras, nunca
busca el día para hablarme..
¿Y quién es? ¡Estoy confusa!

ESCENA VI

MARÍA, RODRÍGUEZ

MAR.—¿Qué hay? (*Yendo al encuentro de Rodríguez.*)

RODR.— Con muy poca razón
esa plebe enfurecida
ruge porque lleva á un hombre
Cautivo, y su muerte grita.
MAR.—¿A quién?
RODR.— A Manuel Rodríguez...
A lo menos lo decía
así la plebe; se engaña
tal vez! Y me causa risa
ver que llevan á Rodríguez
entre esa turba maldita. (1)
MAR.—Voy (*Yendo á la puerta.*)
RODR.—Mientras Manuel Rodríguez
talvez á esta hora conspira,
y descubriendo secretos
explota acaso una mina.
MAR.—Voy á gozarme en su duelo
y á cebarme en su rüina.
RODR.—Pero ántes, de Villalobss
traeme algunas noticias. (*Fingiendo interés.*)
al fin podremos unirnos
con lazo eterno, María.
MAR.—Explícate.
RODR.—Aún no es tiempo.
MAR.—¡Feliz si puedo algun día
tranquilamente contigo
pasar mis horas!
RODR.— Amiga
guardo un secreto profundo
que pesa sobre mi vida:
tal vez mañana podré
descifrar estos enigmas.
MAR.—¡Tal vez! ¿mañana?
RODR.— ¡Tal vez!

(1) Histórico.

MAR.—¡Adiós! (*Sale.*)
RODR.— ¡Adiós, alma mía!
Forzoso es fingir amores
cuando la patria peligra:
si con amores se salva,
la patria al amor obliga.
¡Preciso es mentir el traje,
el odio trocar en risa;
y cuando el alma está triste
frente tener de alegría!....(*Toca un reloj vecino algunas campanadas.*)
Las ocho tocó el reloj,
y las ocho es la hora fija.
(*Se sienten tres palmadas fuera*).

ESCENA VII

RODRÍGUEZ, ELVIRA, IGNACIO, ENRIQUE

RODR.—¡Cómo! ¿Vosotros aquí?
Muy lejos os suponía.
IGN.—La suerte nos fué contraria,
y para nuestra desdicha,
de todo punto imposible
es partir, pues las salidas
de la ciudad están llenas
de gente armada.
RODR.— ¡Maldita
canalla!
IGN.—En fin, esta noche,
cuando las sombras caían
intentamos nuevamente
escapar á toda prisa;
pero fué también inútil,
porque casi no hay esquina,

no hay camino donde no haya
cien soldados que lo impidan.
Gracias al cielo que estamos
aquí

RODR.—¡Que hacer! En la vida
siempre hay duros contratiempos
que el corazón virilizan.
No hay que desmayar un punto.
Saldréis esta noche misma:
á las dos de la mañana,
Cuando la ciudad rendida
duerma en silencio profundo,
no habrá nadie que os lo impida.
Entre tanto, noble anciano,
descansa; y tú, hermosa Elvira,
enjuga esas perlas diáfanas
que entre tus párpados brillan.
Dime, Enrique, ¿y has sabido
algunas nuevas noticias?

ENR.—Tu prisión.

RODR.— No es cosa nueva:
¡yo entre los soldados iba!
El cautivo es un honrado
español, que en su desdicha
cayó inocente en las redes
que yo mismo le tendía.
¡Y, vive el cielo, buen chasco
se llevan!

ENR.—(*Aparte á* RODRÍGUEZ.) Rodríguez, mira:
á ti el amor de la patria
que impetuoso te domina
te hace superior á estas
penas que me martirizan.
¡Pero á mí! Yo amo á mi patria
también y en la ardua porfía
de verla libre ó morir

también yo ofrezco mi vida;
pero ¡ay de mí! que otros lazos
no menos fuertes me ligan
á un implacable destino!
¡Sufro, sufro mucho!....

RODR.— ¡Arriba!
Alza, Enrique: el alma fuerte
no desmaya: ni abatida
la noble frente del hombre
le rinde la suerte impía.
¿Crees, acaso, que sólo
tú sufres? Esta alma altiva
que en mí tú admiras, también
brota sangre en cien heridas.
Hay recónditos pesares..
Pero ¿qué digo? ¿suspiras?
¡Más alto, Enrique!

ENR.— La miro,
pobre flor, mustia y marchita:
¡A tanto dolor es fuerza
que sucumba y no resista!
Ayer feliz en su tallo
la acariciaban las brisas,
y hoy el viento del dolor
la hace doblarse abatida.

RODR.—Mas, nó: volverá de nuevo
su primavera perdida,
y su ilusión seductora,
y volverán sus delicias.

ENR.—Para el corazón del hombre
que por la dicha suspira,
no hay más que una primavera
que no vuelve sí es perdida:
no brota el fuego del alma
de sus heladas cenizas. (*Poco á poco van entrando algunos patriotas y se van formando diversos gru-*

pos; RODRÍGUEZ *se adelanta hacia ellos;* ENRIQUE *queda al fondo*).

RODR.—¡Salud, amigos!
TODOS.— ¡Salud!
RODR.—La suerte nos es propicia.
ENR.—(*En la misma situación que antes*).
¡Ver disiparse tan pronto
ílusiones tan queridas!..
¡Ver que huyeron como un sueño,
como un sueño fugitivas!
RODR.—(*A los patriotas.*)
¡Pronto Chile estará libre!
¡Que en esas inmensas cimas,
entre nubes de oro, el sol
de la independencia brilla!
Pronto estaré con vosotros.
que sea vuestra divisa:
«ó morir ó recobrar
nuestra libertad perdida»!

ESCENA VIII

Dichos menos RODRÍGUEZ. *Se forman grupos diversos en los patriotas.*

ENR.—Cielos!
IGN.—(*A* ELVIRA).—Mi dulce consuelo,
Sin ti, ¿qué fuera mi vida?
ELV.—Padre mío, entre tus brazos
consolaré tus fatigas.
ENR.—(*Adelantándose.*)
Elvira cuando te hablaba
en más venturosos días
de esos sueños de placeres,

de ilusiones infinitas,
no pensé ¡triste de mí!
Que te engañaba....

ELV.— Mitiga
tu dolor, querido Enrique;
tal vez esta noche misma
podremos huir....

IGN.— ¡Tal vez!

ENR.—¡Dios lo quiera, Elvira mia!

ESCENA IX

Dichos, RODRÍGUEZ. *Todos se agrupan en torno de* RODRÍGUEZ.

RODR.—Buenas noticias hay.

ENR.— ¡Habla!

RODR.— ¡A estas horas
san Martín atraviesa denodado,
trayendo en pos de sí hueste guerrera
por su genio guiado,
de los Andes la inmensa cordillera!
Y pronto flameará en el suelo patrio
la enseña tricolor, noble estandarte
que nos dará las palmas de la gloria,
y el triunfo y la victoria
en las contiendas del sangriento Marte.
Veremos libre á Chile: huirá el tirano,
lamentará su suerte en duro día;
y maldiciendo su impotencia en vano,
irá á esconder su rabia
lejos, muy lejos de la patria mía.

ENR.—¡Oh gloria!
RODR.— Ahí tenéis, ved más detalles.
(*Da varios papeles á todos y se forman grupos.* IGNACIO *y* ELVIRA *adelantándose.*)

IGN.—¡Felices ellos! Cielo,
¿á tanto tu ira en la vejez alcanza?
¿Por qué mi brazo trémulo
vibrar no puede la robusta lanza
en medio del combate,
cuando siento en mi espíritu
fuego en que ardiente el corazón me late?
¡Triste destino el mío:
sentir de lejos el clarin de guerra
y el ronco vocerío
que va á morir en la lejana sierra!
¡Oh! si me fuera dado
luchar también, y combatir valiente!
¡Triste ilusión de un ánimo doliente!
¿Qué puedo hacer? ¡Ah! nada..
ELV.— ¡Padre mío!..
IGN.—A un paso del sepulcro me es sombrío
cuanto contemplo, todo..pues, ¿qué espero?
Mi brazo débil, lánguido,
¿blandirá acaso el centelleante acero?
¿Para que, pues, vivir?
ELV.— Para tu hija..
IGN.—Es verdad; ¡eres tú, mi dulce Elvira!
ELV.— Para tu hija triste..
que solo, oh padre, por tu bien suspira,
de quien en su orfandad consuelo fuiste.
¡Justo es que el joven vaya,
sin temer del cañón el eco ronco,
por su patria á lidiar en la batalla!
Más el anciano, nó: muy mal dijera
con el blanco cabello de su frente

ni la lanza guerrera,
ni el casco refulgente.
El anciano, sin fuerzas y cansado,
para sus hijos es. ¡Tú, padre mío,
vivirás á mi lado,
mi dulce bien en mi dolor impío!

IGN.—¡Mi amor sólo eres tú: con tus palabras
me das tranquilidad y me consuelas!

RODR.—(*Adelantándose. Todos se agrupan á su alrededor.*)
Llega ya San Martín; altivo arrastra
por entre precipicios sus cañones;
por entre montes ásperos
y entre peñascos rígidos
en pos de él han marchado sus legiones.
No lo aterró el peligro, ni le aterra
de esos montes la altísima estatura,
¡qué, hecho su corazón para la guerra,
para su genio es mísera esa altura!
¿Visteis al cóndor rápido
hender las nubes, remontar su vuelo
allá donde no llega
la mirada del hombre penetrante?
¡Cómo su ala pujante
magnífico despliega
en la etérea rejión! ¡Cómo se lanza
por las azules bóvedas
en ímpetu sonoro! ¡Cómo avanza!
Tal San Martín..¡Los Andes se le inclinan,
le dan paso; y sus rocas
acaso con asombro lo contemplan,
porque en él admiran
el genio de los héroes: á su paso
huyen las tempestades,
los truenos enmudecen, calla el viento,
porque ese sol que se hunde en el ocaso

cuando lleve su lumbre á otras edades,
dirá al glorioso mundo americano
que vinculado al Andes vive el genio
del primer capitán republicano!

ENR.— Nosotros lucharemos
y sabremos morir, ó en la victoria
de glorioso laurel nos ceñiremos.

RODR.— Patriotas, ¡á la gloria!

ENR.—¡Iremos!

TODOS.— ¡Sí!

RODR.— ¡Pues bien! Ahora mismo
saldremos de Santiago, y fuera y lejos
llevaremos la voz del patriotismo.
Repartamos do quier tan fausta nueva,
y al nombre venerando de la patria
el campesino honrado
dejará el surco, se alzará soldado.
Y al eco del clarín de la pelea
correrán los chilenos á la lucha:
¡que el noble triunfo de la patria sea!
¡Guerra dirá el chileno,
clamará guerra la áspera montaña,
y ¡guerra! por do quier con voz de trueno
repetirán los ecos...y el rugido
del Pácifico mar que á Chile baña
clamará guerra en funeral sonido,
y huirá vencida la aterrada España!

IGN.—(*A* ELVIRA *con entusiasmo.*)
¡También mi viejo corazón aun late!

ELV.—(*A* IGNACIO) ¡Padre mío!

ENR.— ¡Al combate!

TODOS.—¡Al combate!

RODR.— ¡Tened! ¿Sabéis acaso
lo que importa luchar como yo os digo?
no es teniendo á su frente un enemigo
pelear con él al dar el primer paso.

¡No es con el sol de un día
en un combate decidir dos pueblos
ó libertad ó servidumbre impía!
Esa no es lucha fácil
que concluye bien pronto: es más terrible,
es lucha que tanto he sostenido:
es vivir entre montes; rocas ásperas
tener por campo, y precipicios hondos;
verse en continua soledad perdido:
es volar, replegarse, separarse
para volverse á unir, continuamente
huir, velar, sorprender de noche y día,
desafiando al peligro el pecho ardiente
con fuerza varonil, con energía.
Tal vez sin alimentos,
sin reposar un punto estar do quiera:
ya atacando compactos regimientos,
ya huyendo de su alcance
en medio de esa inmensa cordillera.
Tal he luchado yo: si en tal pelea
queréis terciar, hablad, que aún no concluye
¡Conmigo iréis!

ENR.— ¡Contigo partiremos;
y el mundo americano libre sea!

ESCENA X

Dichos, SAN BRUNO, VILLALOBOS, TALAVERAS.—*De repente se abren las puertas y se presentan en escena* SAN BRUNO VILLALOBOS, *etc.*, *con espadas desnudas.*

VILL.—¡Ellos son!
RODR.— ¡Vive Dios! (*Saca un pu-*
[ñal
IGN—(*A Elvira*) ¡Elvira mía!

S. B.—(*A Rodríguez.*)
Guerra á muerte los dos nos declaramos
y el triunfo es mío.
RODR.— ¡Nó! ¡La tiranía
sucumbirá.—¡Chilenos!
VILL.— Llegó el día
de vuestra destrucción. ¡Rendíos!
RODR.— ¡Muramos!
¡A ellos!
TODOS LOS PATRIOTAS.—¡A ellos! (*Sacando puñales.*)
S. B.—¡La venganza es mía! (*Los patriotas y talaveras se acometen entre sí. Gran confusión. Voces etc.*)

ACTO TERCERO

Salón del Tribunal de vigilancia y seguridad pública en la cárcel de Santiago. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda: una mesa al medio rodeada de seis sillas, y al centro un gran sillón que servirá de asiento al presidente del Tribunal.

ESCENA I

RODRÍGUEZ, MARÍA. *Aparece* RODRÍGUEZ *registrando los papeles que están desparramados sobre la mesa; lleva algunos consigo y deja otros,* MARÍA *está en la puerta guardando la entrada.*

RODR.—Está bien. Todo lo he (*Separándose de la mesa.*)
visto por mis propios ojos.
MAR.—Pero que raros antojos
los tuyos Jorge..

RODR.— ¿Por qué?
MAR.—Porque siempre disfrazado,
nunca te he visto de día;
y luego....
RODR.—Vamos, María,
ese no es ningún pecado.
Es que peligra mi vida,
y disfrazado he venido
para no ser conocido
sino por ti, luz querida.
MAR.—Pero no sé con qué objeto
tienes, Jorge, ese capricho..
RODR.—María, ya te lo he dicho.
¿Me guardarás mi secreto?
MAR.—Te lo he jurado cien veces..
Siempre en las sombras huyendo,
siempre algo nuevo inquiriendo,
yo no sé qué me pareces.
RODR.—¿Qué te parezco muy mal?
MAR.—No es eso.
RODR.— ¿Entonces?
MAR.— Es que....
RODR.—¿Es que no te amo? ¿No fué
en dulce ofrenda ideal
bastante darte, María,
un corazón con fé pura,
que no anhela más ventura
que ser tuyo prenda mía?
MAR.—Perdona mi indiscreción....
También yo te amo lo sabes,
y te he entregado las llaves
de mi ardiente corazón.
RODR.—(*Aparte*) ¡Bien voy! Forzoso me es
aparentar un amor
que acaso empañe mi honor
y me avergüence después.

¡Siempre en el mundo fingir!
En recia lucha me agito:
¡Mucha audacia necesito,
mucha fé en el porvenir!
¡Mas, patria, miento por ti,
para salvarte!—¡Está bien!
Adiós. (*Va á salir.*)

MAR.—Jorge, escucha, ten. (*Se sienten golpes en la puerta.*)
¡Villalobos!.... por aquí
ocúltate. El Tribunal
se va á reunir....ya voy.... (*Se repiten los golpes. Rodríguez se oculta en un armario.*)

ESCENA II

Dichos, VILLALOBOS

VILL.—Abre, mujer... pues estoy (*Entra y se sienta.*)
con un cansancio fatal.
He trabajado ¡maldito,
si me sirve! veintitrés
horas sin cesar: ya ves
si puedo poner el grito
en los cielos. Eso sí,
anoche atrapamos quince..
uno se escapó, era un lince..
¿ Y tú qué hacías aquí?

MAR.—Te esperaba....
(*Aparte.*) ¡Estoy temblando!

VILL.—¿Me esperabas?

MAR.— ¿Por qué nó?

VILL.—¿Cierto?

MAR.— Cierto.
VILL.— Tambien yo
en tí venía pensando.
MAR.—Si sabrá.. (*Aparte.*)
VILL.— Tal vez me engaño;
pero, hace algún tiempo....
MAR.—(*Aparte*) ¡Cielos!
VILL.—Que me van viniendo celos
que me van haciendo daño.
MAR.—Villalobos, tal vez.... pero....
muy fiel yo siempre te he sido....
VILL.—No digo que nó....
MAR.— Haz oído
algo, y supones....(*Aparte.*) ¡Me muero!
VILL.—Nada.
MAR.— ¿Entonces?
VILL.— Es que noto
que faltas mucho de casa.
MAR.—¿Te atreves? La ira me abrasa....
VILL.—No formemos alboroto.
MAR.—(*Aparte*) ¡Tiemblo!
VILL.— Hablemos francamente.
¿Me quieres dejar?
MAR.— ¿Por qué
me lo preguntas?
VILL.— No sé....
por capricho solamente.
MAR.—Estás cansado de mí,
y con razón y sin ella,
quieres buscarme querella
para alejarme de ti.
VILL.—Mucho tu orgullo se ha herido:
es una broma y no más....
basta y quedemos en paz.
MAR.—¡Nó! Tienes algo escondido,
¡cruel!

VILL.—Cesa en tus enojos....
MAR.—Tienes una alma de fiera.
VILL.—Al cabo soy talavera....
¡me miras con unos ojos!
MAR.—Oyeme: me amaste un día....
(*Aparte.*) Y Jorge?—Me amaste....
VILL.—¡Sí!
MAR.—Y yo te correspondí;
te amé por desgracia mía
tambien yo, y por el amor
de aquellos ingratos días,
insensata....
VILL.—(*Interrumpiendo.*) ¡Me creías!....
MAR.—¡Aún más! ¡Mancillé mi honor!
¡Villano me lo arrancaste,
y la hiel de tu pasión
me corrompió el corazón
que tú, cobarde, afrentaste!
VILL.—Basta, no grites.... ¿qué afán
de dar escándalos tienes?
Mira dónde á reñir vienes,
que todos nos oirán.
MAR.—¡Pues alzaré más la voz!
VILL.—Parlanchina! (*Yéndose.*)
MAR.—(*Aparte.*)—Estoy salvada.
VILL.—¡Mal rayo te parta! (*Sale*)
MAR.— Nada
sospecha. ¡Chitón! Adiós.

ESCENA III

RODRÍGUEZ, MARÍA

MAR.—Sal, Jorge, porque he tenido
tanto miedo....

RODR.—(*Saliéndose de su encierro*). Pero vamos
a cuentas, y no perdamos
el tiempo. Dime, ¿has oído
bien lo que te ha declarado?
MAR.—Me va á dejar.
RODR.— Puede ser:
así te lo dió á entender.
MAR.—¡Es un infame!
RODR.— ¡Un malvado!
MAR.—Me pretende abandonar,
de mí quiere quedar libre....
RODR.—Ofensas de ese calibre
no se pueden perdonar
MAR.—Pues bien, yo me vengaré....
mas....
RODR.—¿Y qué?
MAR.— ¿Cuento contigo?
RODR.—Cuenta con tu eterno amigo.
MAR.—Yo tuya siempre seré.
RODR.—Concertaremos un plan....
MAR.—¡Oh! sí.
RODR.— Tal vez convendría
que tú á la patria, María,
sirvieras, y con tu afán....
MAR.—Mas, yo insurgente.... ¡jamás!
RODR.—Entonces no hay esperanza,
porque en tu justa venganza
apoyo no encontrarás.
MAR.—Pero....
RODR.—(*Aparte.*) Será otra ocasión....
basta: yo te vengaré.
MAR.—Jorge, ¿tú?
RODR.—Sí, pero....
MAR.— ¿Y qué?
RODR.—Mas, con una condicion.
MAR.—¿Cuál?

RODR.— Si me sacas á un hombre
que está preso (*Con misterio y todo el resto de*
la escena de la misma manera.)
MAR.—¿Dónde?
RODR.— Aquí.
No desconfiarán de tí
con esta bolsa. (*Le da una bolsa de dinero.*)
MAR.— ¿Su nombre?
RODR.—Enrique.
MAR.— Imposible, pues
es insurgente
RODR.— Y ¿qué importa
para una cosa tan corta
si es insurgente ó no es?
Es necesario salvarlo
á toda costa, ¿lo entiendes?
MAR.—Es mucho lo que pretendes.
RODR.—Pues es preciso alcanzarlo.
Voy jugando una partida
que abandonar no me es dado:
¡y libertarlo he jurado
por mi honor y por mi vida!
Si tú, insensible á mi duelo,
te vuelves sorda á mis quejas,
yo llegaré hasta sus rejas
á pesar del mismo cielo.
MAR.—Yo iré, yo iré....
RODR.— Debes ir
pronto....
MAR.—Después del consejo.
RODR.—A tu prudencia lo dejo.
MAR.—¡Por tí lo he de conseguir!
RODR.—Si te falta, hay más dinero (*Le da una*
bolsa)
para poder sobornar
á todos.... debo salvar

á un anciano prisionero
también, y á su pobre hija.....
MAR.—(*Aparte*) Me da celos.— ¿Cómo? ¿quién?
RODR.—La novia de Enrique....
MAR.— Bien....
(*Aparte.*) Ya respiro.
RODR.— No te aflija
la dificultad, María.
MAR.—Más, ¿yo á la patria ayudar
y á mi causa traicionar?
RODR.—A mí me sirves hoy día.
MAR.—Salvarlos es imposible,
pues de su prisión las llaves
tiene San Bruno, y ya sabes
que es ese hombre inaccesible.
Pero, con todo, no cedo:
lo trataré.
RODR.— En tí confío.
¿Lo juras?
MAR.— Juro...
RODR.— Bien mío,
con oro no tengas miedo.
MAR.—¡Chist! Alguien viene: salgamos
por aquí, por esta puerta...
RODR.—Cuida que no quede abierta.
(*Aparte*) ¡Viento en popa! ¡á puerto vamos!
(*Salen por la puerta de la izquierda*).

ESCENA IV

SAN BRUNO, VILLALOBOS. *Entrando por la puerta de la derecha.*

VILL.—Lucharon los insurgentes
¡por Cristo! con valentía;

á poco más, á fe mía,
nos derrotan esas gentes.
Es preciso andar con tiento,
y en particular los dos
que tenemos, vive Dios,
un pasado algo sangriento.
Y si nos cogen, dejar
nos hacen pronto el pellejo;
con que prudencia y consejo
y la cuerda no aflojar.

S. B.—Estás cobarde hoy, á fe.

VILL.—Y no he temblado en mi vida,
porque nada me intimida,
que en las armas me eduqué.
Nunca al trueno del cañón
cerré mi párpado herido,
que es para mí su estampido
halago del corazón.
Nunca un paso volví atrás
ni en la lucha, ni en el crimen;
ni me ablandan los que gimen,
ni mi asustan los demás.
Pero, pasando á otra cosa,
bien los patriotas lucharon,
y hasta algunos se escaparon,
y lo siento.

S. B.— ¡Suerte odiosa!
¡Y uno que detesto yo!...

VILL.—El capitán de ellos...

S. B.— Y,
¿Sabes quién es?

VILL.— Nó

S. B.— Yo sí.
Es Rodríguez.

VILL.— Eso nó,
que Rodríguez está preso:

nos lo trajeron ayer
y hoy debe comparecer
para formarle el proceso.

S. B.—¿Qué dices? ¿Cómo?

VILL.— Que luego
veremos á nuestros pies
al que nuestro espanto es
y turba nuestro sosiego.

S. B.—No es posible.

VILL.— ¡Y es verdad!

S. B.—(*Aparte*) ¿Pues entonces me mintió
el hombre que dominó
mi irritada voluntad,
cuando firmé ese papel
que libre paso les daba?
¿Era otro quien me engañaba?
Yo me vengaré de él. (*A* VILLALOBOS)
¿Estás seguro que ese hombre
cautivo es Rodríguez?

VILL.— Sí.

S. B.—Pues, entonces, ¿cuál es, dí,
de ese otro insurgente el nombre
que el capitán parecía
de los que hemos sorprendido?

VILL.—¿El insurgente que ha huído?

S. B.—El mismo.

VILL.— No sé.

S. B.— A fe mía,
que es Rodríguez: nadie más
puede ser.

VILL.— No puede ser.

S. B.—¿Pues cómo lo he de saber?

VILL.—Pronto lo conocerás.

S. B.—Pues que venga.

VILL.— Cuando esté
reunido el Tribunal.

S. B.—Incertidumbre infernal
que descifrarme no sé.
(*Aparte*) ¡Si sorprenderme pudieron,
yo también los sorprendí,
si un pasaporte les dí,
á fe que me lo volvieron!
Pero me falta vengar
la hiel que esa noche impía
con su astucia y su ironía
me hizo insolente apurar.
(*A Vill.*) Sabremos, al fin, quien es
ese otro insurgente.

VILL.— Cuenta
que lo tendremos.

S. B.— Mi afrenta
sabré vengarla esta vez.

VILL.—(*Sentándose al lado de la mesa*).
Pero vamos, que á este viejo
que debemos acusar.
¿Su crimen es? ...

S. B.— Conspirar.

VILL.—(*Escribiendo*) Escribo. Acuso al consejo
á Ignacio de Solís.

S. B.—(*Paseándose*) Bien.

VILL.—¿Las pruebas?

S.B.— Eso no importa:
La acusación sea corta...

VILL.—Y la sentencia también

S. B.—¡Seguro! deben morir;
debe ser justa la ley:
pues conspiran contra el rey,
van al cadalso á subir
(*Aparte*) ¿Y ella? ¡Nó! ¡no puede ser!
¡Objeto de mi pasión,
ella mi única ilusión,
nó, no debe perecer!

Que viva conmigo quiero
en un retiro seguro:
si no soy su amante, juro
que seré su carcelero.
Ella endulzará mi vida,
que arrastro, iracunda hiena,
de sangre, exterminio llena,
mísera, horrible, abatida.

VILL.—(*Dejando de escribir.*)
Está hecha la acusación:
pido la muerte.

S. B.— ¿De todos?

VILL.—Pero de distintos modos.

S. B.—(*Aparte.*) ¿Por qué tiemblas, corazón?

VILL.—Cadalso, muerte y no más.

S. B.—¡Cielos! ¡más sangre!..¡qué horror!
(*Paseándose agitado.*)

VILL.—Vamos, coronel, ¡valor!
No hay por qué volver atrás.

S. B.—¡Tanta sangre!..La sentencia
pronunciará el Tribunal
pero, ¡más sangre!..En el mal
hay que matar la conciencia.

VILL.—¿Y de esta acusación
¿el premio?

S. B.— Lo he de pensar.

VILL—¿Para qué tanto tardar?
Pido la resolución.

S. B.— Después.

VILL.— Nó.

S. B.— ¿Dinero?

VILL.— Aun más.
Todavía soy sargento.

S. B.—Serás de tu regimiento
alferez.

VILL.—Acepto.

S. B.— Estás
satisfecho?
VILL.— Algo.
S. B.— Te he dado
cuánto puedes pretender:
¿deseas más?
VILL.— ¡Puede ser!
Otro grado..
S. B.— ¡Siempre el grado! (*Sale* VILLALOBOS.)

ESCENA V

SAN BRUNO, EL SECRETARIO Y LOS CINCO MIEMBROS DEL TRIBUNAL DE VIGILANCIA. (*Todos ocupan los asientos al rededor de la mesa;* SAN BRUNO *al centro.*)

S. B.—Ahí está un pliego. Leed,
secretario.
SECRET.—(*Leyendo.*) Acusación
de una conspiración.
S. B.—¡Hola! jueces, atended.
SECRET.—Firma Villalobos. Diez
son los acusados.
S. B.— Pero
antes tratemos primero
de otras cosas de interés.
¿Hay noticias?
MIEM. 1.º— Ahí hay una: (*Da una carta al secretario.*)
me dan aviso que viene
San Martín por Talca, y tiene
armas y tropa oportuna.
MIEM. 2.º—Y en esta carta me dicen
que por Colchagua vendrá.
MIEM. 1.º—Pues bien diferente está.

S. B.—Claro es que se contradicen.
MIEM.—3.º—Un correo sorprendido
del ejército insurgente
á Rodríguez, claramente
cuenta que ya ha descendido
por Chillán, y digo yo
que esta es la verdad.
MIEM. 2.º— No así..
MIEM. 3.º—Si el propio dice que sí
MIEM. 2.º—Mi carta dice que nó.
MIEM. 4.º—Yo acabo de descubrir
que una tropa de bandidos,
por Rodríguez conducidos,
se deben hoy dirigir
á Colchagua y prontamente
se unirán á San Martín.
S. B.—¿Por dónde llegará, en fin,
ese cobarde insurgente?
Un día un propio tomamos,
otro una carta, y en todos,
de cien diferentes modos
las noticias alcanzamos.
A saber á punto fijo
por donde nos caerá
de tantos avisos ya
en limpio nada colijo.
MIEM. 5.º—Según buena tinta, aquí
está Rodríguez....
MIEM. 4.º— Nó, nó.
En Colchagua.
S. B.— ¡Qué sé yo!
¡Todo lo saben así!
Este continuo charlar
y este contínuo mentir

ya me han llegado á aburrir.
Y no acierto qué pensar. (1)

SECRET.—Hay otras acusaciones
aún.

S. B.— Veamos

SECRET.—(*Registrando papeles.*) Un tal Fierro
por llevar armas.

S. B.— Destierro.

SECRET.—Por patriota un tal Quiñones.

S. B.—Cárcel.

SECRET.— Ramos, Cueto, Infante.
sospechosos.

S. B.— Cárcel.

SECRET.— Vera
por tener con los de afuera
correspondencia.

S. B.— Al instante
si algo se le prueba, muerte,
previa causa criminal.
¿Lo juzga así el Tribunal?

TODOS.—Así.

S. B.— ¡Pues cumpla su suerte!

SECRET.—Y aún hay más acusaciones
anónimas.

S. B. Pero antes
sentenciemos á Rodríguez,
que está en esta misma cárcel.
(*Aparte.*) Me vengaré.

SECRET.— ¡Cómo! ¡Cómo!
¿Rodríguez?...

---

(1) La diversidad de opiniones, las falsas noticias, los procesos, y en suma, la pequeñez y mal espíritu de este Tribunal: todo esto es histórico.

S. B.— Torpe y cobarde
cayó entre los nuestros. ¡Hola! (*Llamando á la puerta.*)

ESCENA VI

Dichos, VILLALOBOS

S. B.—Villalobos, pronto, trae
al Tribunal á Rodríguez
para que en su causa falle,
y aplicándole la ley,
lo lleve á una muerte infame.
VILL.—Te engañas: que á ese insurgente
nuestra ley no le da alcance.
S. B.—¡Cómo! ¿qué dices? Rodríguez,
¿no es nuestro?
VILL.— Nó.
S. B.— ¡Me engañaste!
VILL.—Tampoco.
S. B.— Entonces....
VILL.— Que el pueblo
á mí me engañó..¡Quién sabe!
Con un honrado español,
buen vecino comerciante,
confundieron al malvado
que huyó gracias á su fraude,
y lo apresaron. El cuenta
que un hombre huyendo, su traje
le dió al pasar, empeñándolo
de prisa y casi de balde.
S. B.—¡Ira de Dios!
VILL.— Por las señas
en claro puede sacarse
que era el montonero el prófugo....

S. B.—¡Y un necio ese comerciante!
¡Maldición!.. (*Paseándose agitado.*)
Pues ese necio
que pague sus necedades:
dénle azotes.

SECRET.— Es preciso
algún medio imaginarse
para que caiga en la jaula
ese pájaro salvaje.

S. B.—¿Qué nos queda por hacer?
Campos, pueblos, plazas, calles,
todo está lleno de espías
que lo persiguen; no obstante,
el halla medios de huir,
que hay traición en todas partes;
y huye, y excita á los pueblos
contra el rey

VILL.— Temprano ó tarde
caerá.

S. B.— ¡Y pena de muerte!..
Con matar á esos cobardes
sirvo al rey: ¡del rey la causa
la defenderé con sangre! (*A* VILLALOBOS).
Anda y que no haya uno solo,
ni uno solo, á cuyo alcance
mi resolución no llegue.
A los acusados trae. (*Salé* VILLALOBOS.)

ESCENA VII

Dichos, VILLALOBOS, IGNACIO, ELVIRA, ENRIQUE, PRESOS, SOLDADOS, GUARDIAS. VILLALOBOS *permanece de pie algo retirado.*

S. B.—¡Qué palidez en su frente
cuanta angustia, cuanto afán
en sus miradas! Amor,
amor terrible y fatal.
SECRET.—Los acusa....
VILL.— Villalobos.
S. B.—Su delito....
VILL.— Es conspirar.
SECRET.—Pruebas.
VILL.—Las dí al presidente.
En la acusación están.
Y estas otras que presento
bastan para condenar. (*Da algunos papeles al secretario.*)
Son cartas que se apresaron.
Y que dirigidas van
á San Martín. He ahí una
del tono de las demás. (SAN BRUNO *y el secretario registran los papeles.*)
ENR.—¡Miente el infame impostor!
S. B.—Silencio.
ELV.—(*A Ignacio*). ¡Padre, piedad!
VILL.—Y hoy los hemos sorprendido:
que sentencie el Tribunal.
Todos los demás son cómplices
de la misma iniquidad.
S. B.—(*Deja su asiento y se acerca á* ELVIRA.)
Aun puedo salvarte, Elvira,
á ti y á tu padre; aun hay

esperanzas, si me juras
ser mía, amarme....

ELV.— ¡Jamás!

S. B.—Vas á morir....

ELV.— Moriré..

S. B.—¡Tú y tu padre!..

ELV.— El nó: ¡piedad!

S. B.—Resuelve....

ELV.— ¡Cielos! (*Mirando á* ENRIQUE.)

ENR.—(*Acercándosele*) ¡Elvira!
¡Animo!

IGN.— ¡Valor!

ELV.—(*A San Bruno.*) ¡Jamás!

S. B.—Pues así lo quieres...juzgue (*En alta voz.*)
de la causa el Tribunal.

TODOS.—Muerte.

ELV.— Perdón, padre mío!

IGN.—Oídme.

SECRET.— No oye el Tribunal.

MIEM. 3.º—Todo reo defenderse
puede: que hable.

TODOS.— Nó.

S. B.— No tal:
¡Silencio!

IGN.— Una atroz venganza....
Una calumnia....

S. B.— Callad.

ENR.—¡Vive Dios, almas infames,
que sois ruines por demás!

(VILLALOBOS *hace señas á los soldados que lleven á los presos.*)

IGN.—(*Al salir vuélvese á* SAN BRUNO.)
¡Malvado, tiembla! De un viejo
trémulo, caduco ya,
si en sus dolores maldice,
la maldición es fatal.

Oye bien, ¡yo te maldigo!
¡Mala muerte morirás
que en castigo de tus crímenes
te imponga la humanidad!

ESCENA VIII

SAN BRUNO, LOS MIEMBROS *y el* SECRETARIO *del tribunal* —SAN BRUNO *al maldecirlo* IGNACIO, *se habrá puesto de pie; luego se adelanta solo, agitado.*

S. B.—No puedo disimularme
del alma el intenso afán:
aun lo escucho: ¡de un anciano
la maldición es fatal!
pero la culpa no es mía;
sirvo á mi causa....

SECRET.—Firmad. (*Los jueces firman el papel que les presenta el secretario.*)

S. B.—Firmaré..firmaré..Mas basta, amigos,
basta ya de sesión..mi frente siento (*Levántase.*)
como ardiente volcán. Dadme un instante
reposo y soledad. (*Salen los miembros.*)

ESCENA IX

SAN BRUNO, EL SECRETARIO.

SECRET.— Falta tu firma
para que vayan á morir los reos
mañana en el cadalso.

S. B.— ¡Cielo injusto!
y esa inocente virgen entre ellos,
¿también irá á morir? ¡Oh, no es posible!...
¡Basta ya de espectáculos sangrientos!
Todos se salvarán; todos, escucha;
todos, sí, menos uno que aborrezco...

Oyelo bien; Enrique, ese es su nombre...
El que perezca sin piedad; deseo
beber su sangre y aplacar con ella
mi terrible, feroz remordimiento

SECRET.—No alcanzo..

S. B.— También ella me aborrece..
pues que perezcan todos. Dame el pliego:
sí, firmaré..¡Y que el rey responda al cielo!
(*Se dirige á la mesa y va á firmar; mas repentinamente se detiene.*)

ESCENA X

SAN BRUNO *solo.*

S. B.—(*Agitado.*) Pero, por qué de indefinible
[espanto
y lleno de pavor el pensamiento,
me siento estremecer?..¡Qué triste noche!
¡Qué hondo y melancólico silencio!
Siento en mi alma profundos despertarse
no sé qué pavorosos sentimientos! (*Delirando.*)
¡Allá sombras..do, sangre espesos charcos,
vapores de terror matanzas veo!..
Escucho el ¡ai! de víctimas que mueren.
Plegarias, maldiciones, juramentos! (*Retrocediendo con terror.*)
¿Qué es esto, oh Dios? ¿qué miro? ¿Dónde
[me hallo?....
¡Qué horrible obscuridad!..¡cielos, perezco!
(*Huye y va á caer desfallecido á un sillón.*)

ESCENA XI

SAN BRUNO, VILLALOBOS. *Se siente ruidos de caja.*

VILL.—¡San Bruno!
S. B.—(*Despavorido levantándose.*)
¿Y tú también?....
VILL.— ¡Pronto, á caballo!
S. B.—Soñaba... ¿Y ese ruido?...
VILL. Es el ejército
que sale: San Martín ya está en los Andes,
mañana en San Felipe; y, voto al cielo,
en esta capital en cuatro días
si hoy mismo no salimos á su encuentro.
Para partir te esperan á tí solo.
S. B.—¿Deliro aún? no sé: aún no comprendo...
Soñaba en fin... (*Entran varios soldados*).
Soldados, ¡al combate!
VILL.—Nuestro ha de ser el triunfo, nuestro el
[premio.

(*Salen*)

ESCENA XII

Por el lado opuesto aparecen MARÍA, RODRÍGUEZ Y ENRIQUE

MAR.—Entre el tumulto huíd.
RODR.—(*Apaga la lámpara*) ¡Esto es seguro!
MAR.—Por aquí...
RODR.— ¡Bien! ¡A Chile salvaremos!
Y si decreta Dios que alguien perezca,
¡oh libertad, por tí yo estoy dispuesto!

ACTO IV

El teatro representa una prisión: una puerta al fondo que se supone dar al patio de la cárcel.

ESCENA I

ELVIRA, IGNACIO

IGN.—¡Que triste abandono!...
¡Sucumbo, mi Elvira! (*Se sienta abatido; á su lado permanece de pie* ELVIRA).
¡Ya creo la muerte
de sombras ceñida
mirar como pasa
fatal á mi vista,
su mano agitando
funesta cuchilla!
Apenas circula
mi sangre, está fría,
más fría que el hielo,
mi frente abatida.
Exhausta de fuerzas,
desmaya, marchita,
y ajena á esperanzas
mi pálida vida.
¡Qué tumba tan triste,
de atroz ignominia!
¡Qué fin tan horrendo
para una alma digna!
¡Oh Dios! ¡cuán amarga
mi copa de acíbar!
ELV.—Perdón, padre mío:
la causa maldita

soy yo de tu muerte...
¡Perdón!

IGN.— ¡Pobre Elvira!
¡Mi Elvira! ¡tan joven!
¡La mar de la vida
apenas cruzabas
segura y tranquila;
los vientos del mundo
apenas mecían
las nubes doradas
de tu fantasía;
y apenas el astro
de tu edad florida
brillaba en tu cielo
de luz infinita!
¿Cuál es tu delito?
Ser buena, hija mía...
ser pura y virtuosa...
¿Tan cruel tiranía
Dios santo, perdona
tu eterna justicia?
¡Qué horrendo es el crimen,
oh Dios!

ELV.— ¡Padre!

IGN.— ¡Hija!
¡Mi pecho temblando
convulso se agita!
¡Morir, no es posible;
morir, hija mía;
tú que eres tan joven,
tan joven, tan linda!

ELV.—Oh padre, en mis brazos
la calma perdida
encuentra: á tu lado
yo muero tranquila.

¡Sin tí, padre mío,
vivir no querría!

IGN.—¡Adiós esperanzas!

ELV.—(*Alejándose de* IGNACIO *y aparte*) ¡Memorias [queridas
adiós para siempre!
¡Adiós patria mía!

(*Se arroja en los brazos de* IGNACIO. *Se oye sonar una campana*).

IGN.—¿Oís? Es la tumba
que llama á sus víctimas...

ELV.—(*Arrodillándose*) ¡Oh Virgen sagrada,
escucha piadosa
mi voz dolorosa
que elevo hasta tí!
¡Piedad para un padre
te pido, oh María;
para él Madre mía,
más nó para mí!
También como sufro
tú, oh Madre, sufriste;
las hieles bebiste
de acerbo dolor....
oh madre, te muevan
tus horas de duelo
y escucha en el cielo
la voz de mi amor.
¡De muerte las sombras
Ya enlutan su frente;
al peso doliente
cedió el corazón!
Por él una hija,
te invoca oh, María;
¡Piedad Madre mía!
¡Piedad! ¡compasión!

IGN.—¡Mi bendición última!
¡Recibe, mi Elvira!
¡En estos momentos
de atroz agonía
mi voz es del cielo
que te habla, hija mía! (*Se siente ruido de armas y voces.*)
¿Ois? Esos ruidos
ya el término indican.
¿Ois? Los verdugos
no tardan...

ESCENA V

Dichos, VILLALOBOS, *luego* MARÍA. *Se abre de repente la puerta y aparecen* VILLALBOOS *y soldados fugitivos en tropel.*

IGN.—(*Echándole los brazos.*) Mi hija.
ELV.—¡Cielos!
VILL.—¡Aquí están! Pues bien,
si en el combate sangriento
por los viles insurgentes
fuimos rotos y deshechos;
si en el campo adverso y duro
de Chacabuco pudieron
conquistar nuestros cañones
y romper nuestros aceros:
¡Mirad! aun nos queda, en cambio
de la sangre de los nuestros,
sangre impura de insurgentes
que en represalia debemos
derramar ante las aras
de la venganza...

MAR.—(*Acercándosele.*) Silencio.
(*Aparte.*) Yo á Jorge juré cuidarlos:
¡cumpliré mi juramento!
(*A* ELVIRA *é* IGNACIO.)
No temáis, quedad tranquilos:
la cuestión es ganar tiempo:
que en pocos momentos más
libres seréis, os prometo.
VILL.—Y para nuestra venganza
nos concede el justo cielo
estas presas.... ¡Eh! ¡Llevadlas
á la muerte!
SOLDADOS.— ¡Sí!
VILL.— ¡Dejemos
este pláceme de triunfo
como funeral trofeo!
IGN.—Pues Chile triunfa, matadme:
¡yo moriré satisfecho!
¡Cobardes en el combate,
sed valientes con un viejo
que encadenado no puede
más resistencia oponeros!
VILL.—¿Qué esperáis, hombres cobardes?
id.
MAR.—(*Interponiéndose entre los soldados é*
[IGNACIO *y* ELVIRA.)
¡Paso atras, deteneos!
VILL.—¿Quién nos contradice?
MAR.— ¡Yó!
VILL.—Llevadla también.
MAR.— ¡Perverso,
Calla! (*A los soldados.*) ¡Soldados del rey!
Vienen los patriotas: ¡esto (*Les da dinero.*)
es mejor que dar la muerte
á unos pobres indefensos!
VILL.—¡Tened!

MAR.—¡Seguidme! ¡Apoyadme! (*A dos soldados que se han mantenido retirados, dándoles una bolsa con dinero.*)

VILL.—¡Tened, malvados!

ESCENA VI

Dichos, SAN BRUNO

S. B. ¡Silencio!
ELV.—¡Ay!
VILL.— ¡San Bruno!
S. B.— Villalobos,
basta: todo lo comprendo....
vete.... no te necesito. (*Aparte á Villalobos.*)
Oye, no te vayas lejos.
VILL.—Bien está; más date prisa:
antes que se acerquen ellos
despacha.
S. B.— ¡Descuida! (*A los soldados.*) Idos.
Dejad conmigo á los presos.
VILL.—Vuestra terrible venganza
saciaréis en ellos luego. (*Salen* VILLALOBOS *y algunos soldados.*)
S. B.—(*A los demas.*)
Y vosotros arrastrad
á ese miserable viejo
á otra prisión, que me importa
estar solo.
ELV.— Monstruo fiero,
detente.
IGN.— ¡Elvira!
S. B.— Arrastradlo....
ELV.—Padre, ¡adiós!

S. B.— ¡Id, al momento! (*Salen los soldados llevando á* IGNACIO *y* MARÍA, *que durante toda esta escena habrá estado de pie cerca de la puerta.*)

ESCENA VII

ELVIRA, SAN BRUNO

S. B.—Nos queda tiempo aun: ¡rotos, vencidos
de Chacabuco en el funesto campo,
hemos llegado en fin! Aún puedo, Elvira,
salvarte, y á tu padre del cadalso.
el inmenso poder que ayer tenía
aún no está del todo desplomado,
y puedo con mis órdenes matarte
si me niegas tenaz tu altiva mano.
Pronto resuelve: el postrimer momento
este es, Elvira, escucha, de tu plazo,
y tu resolución postrera es ésta.
Pronuncia, pues, al fin, tu propio fallo.
ELV.—¡Tirano, basta ya! ¡No seré tuya!
Basta, y no me hables más.
S. B.— ¡Delirio insano!
Un amor siempre el mismo, ardiente, grande,
de un corazón con fiebre apasionado;
una senda feliz llena de flores,
y un porvenir de celestial encanto;
tener en mí un amante siempre fino
que en mi inmensa pasión seré tu esclavo:
¡todo te ofrezco yo! mas, si no me amas,
mira tu suerte, desdichada, en cambio:
la tumba á un paso; de tu vida el hilo
puedo cortar sólo al mover mi labio;

¡decir «¡que muera!» y morirás al punto
antes de una hora en el fatal cadalso!
¿Oyes, Elvira?....

ELV.— Moriré! (*Con firmeza.*)

S. B.— ¿Y tu padre?

ELV.—Morirá.

S. B.—(*Con ira.*) ¡Y tu también!

ELV.— Ya has pronunciado
mi sentencia

S. B.— Mas, puedo suspenderla.

ELV.—No la suspendas, nó.

S. B.— ¿Qué estás hablando?.....
(*Aparte.*)—¡Qué firmeza, por Cristo, que me
[espanta!

ELV.—¡Resueltos á morir estamos ambos!

S. B.—Pues ambos morirán.

ELV.— Cumple, verdugo,
con tu odiosa misión.

S. B.— ¡Destino infausto!
Pero, antes, oye; morirás, es cierto;
pero es poco morir, mas te preparo....
aún hay mas....

ELV.— ¡Qué escucho!

S. B.— Elvira, dime,
¿estimas tu honra y dignidad en algo?
¡Pues bien, no bajarás pura al sepulcro,
no irás pura al suplicio!

ELV.— ¡Hombre malvado!

S. B.—(*Con profunda calma.*)
Sí! Y después de tu muerte por do quiera
repartiré la voz que tú has trocado
por oro tu virtud, y me has pedido
la libertad de tu bajeza en cambio.

ELV.—¡Justo Dios!

S. B.— Y diré que con el crimen
tu impuro corazón desesperado

en abismos se hundió, y el mundo entonces
te entregará á la mengua y al escarnio.
Un infame borrón irá á tu nombre
unido para siempre: y ese fallo
es el castigo atroz que te prepara
este cruel corazón que has destrozado.

ELV.—¡Cielos! Forzoso me es beber la copa
hasta apurar las heces del amargo
veneno del dolor, qne en mi desdicha
para hacerme infeliz me has preparado.
¡Desgraciada!

S. B.— Y en cambio, si me amas
seré tuyo, seré tu humilde esclavo;
viviré para tí, siempre contigo,
loco de amor, amante apasionado.
¡Acaso tú mirándome á tus plantas,
leyendo en mi alma mi dolor ingrato,
por compasión, al menos, un suspiro,
una palabra arrancarás al labio!
Y ese suspiro me abrirá otro mundo,
y esa palabra me abrirá otro espacio....
¡Y el uno en pos del otro en la existencia
sembraremos de flores nuestro paso!
¡Oh! salgamos de aquí; tú irás conmigo...
que con tu amor, mi lanza y mi caballo,
juro, por Dios, que el universo es mío....
¡tengo mucha ambicion, tiendo muy alto!
¡Ven conmigo, mi bien!

ELV.— ¡Detente, infame!

ESCENA VIII

Dichos, VILLALOBOS

VILL.—San Bruno, ¡apura, apura! Van llegando
los patriotas;
ELV.— Tened tigres infames!
S. B.—Pues se resiste á verse entre mis brazos,
llevadlos á morir, no hay mas remedio,
¡Perezcan!

ESCENA IX

Dichos, RODRIGUEZ (*con traje de húsar de la muerte y espada desnuda*); ENRIQUE, MARÍA, IGNACIO (*libre*); *patriotas, pueblo, después.*

RODR.—Detened. ¡Muera el tirano!
S. B.—¡Y él es!..
VILL.—¡Todo se acabó! (*Se retira á un lado.*)
RODR.—(*A* SAN BRUNO.)
¿Me conoces? Preso estás. (*Se arroja el pueblo sobre* SAN BRUNO.)
S. B.—¡Canalla cobarde, atrás! (*Saca un puñal para defenderse pero todos lo atacan y desarman.*)
ENR.—¡Dejadme matarlo yo!
RODR.—(*Interponiéndose.*)
La ley que lo juzgue y Dios! (*A* SAN BRUNO.)
Tú, acuérdate de ese día
en que juramos que habría
guerra á muerte entre los dos.
Hoy justo el cielo decreta
triunfo á la causa del bien:
y la inocencia también
triunfa.

S. B.—(*Con desesperación*).
Mi ruina es completa!
Rodr. (*Al pueblo.*)
Os lo entrego...
S. B.—¡Maldición! (*Sale arrastrado por el pueblo.*)
Rodr.—¡Atended, pueblo, mirad! (*Señalando á Villalobos.*)
También á ese hombre llevad (*Sale Villalobos.*)
Vill.—¡No hay medio de salvación!
Mar.—*Entrando.—Pasa al lado de Villalobos, se retira de el y se dirige á ponerse junto á Rodríguez.*)
¡Pues á rey muerto rey puesto!....
¡Es lo que se usa en el mundo!
me quedo con el segundo....
¡Jorge!....es él..Jesús, ¡qué gesto!
¡Jorge, Jorge!....
Rodr.— Mi papel
de galán ya concluyó:
la patria me lo exigió
para servirme de él.
Anda en paz, pobre María,
tu misión ha terminado;
¡tú dirás que te he engañado,
pero la culpa no es mía!
Yo no quiero verte más:
Toma.—(*Le da una bolsa de dinero.*)
Mar.— ¿Y me tratas así?
Rodr.—¡Lastima tengo de tí!...
Toma y estamos en paz (*Rodríguez señala con la mano á María que salga.*)

ESCENA XI

RODRÍGUEZ, IGNACIO, ELVIRA, ENRIQUE

RODR.—¡Ya estáis libres!
IGN.— ¡Santo cielo!
RODR.—Nos favoreció la suerte,
y alejó la torva muerte
de vuestras frentes el vuelo.
ELV.—¡Hermosa Virgen María,
no en vano yo te invoqué!
Alcé mi ruego con fe!
y me oiste, Madre mía.
IGN.—(*Aparte.*) ¿Es verdad ó es ilusión
que en sus caprichos me mece,
ó es un sueño que adormece
las penas del corazón?
¿Será esto acaso soñar?
¿Estoy soñando despierto?
¡Nó! ¡siento en mi pecho yerto
fuego de vida brotar! (*A Rodríguez.*)
Mas, todo cuéntame, en fin,
¿Cómo es esto?
RODR.— Pues escucha:
es el triunfo de esa lucha
que hoy alcanza San Martín.
Nuestra firme voluntad
rompió la antigua cadena:
hoy la bandera chilena
es pendón de libertad.
En Chacabuco lucharon
los dos bandos con furor;
¡aunque émulos en valor,
los nuestros al fin triunfaron!
No fué una lucha mezquina

que ruin venganza atizó:
fué una lucha que animó
noble inspiración divina.
Ese Dios que adora el hombre,
Dios de eterna libertad,
dijo á los pueblos: ¡luchad!
¡I lucharon en su nombre!
¡Dios libre al hombre creó,
le dió un corazón altivo,
no á ser mísero cautivo,
que al cielo lo destinó!
No á cobarde esclavitud
al hombre entregó crüel;
¡nó, que es la imagen de El
y El es el Dios de virtud!
El le formó el corazón
en más venturoso día;
¡y como El tiene energía
y como El inspiración
Por eso el americano
juró independencia y muerte,
y enérgico, noble, fuerte,
se alzó libre soberano.
¡Odio al tirano infernal
ante la patria juró,
y sus cadenas rompió,
y le arrebató el puñal!

IGN.—¡Dichosa nueva.... ¿Y en fin?

RODR.—En fin la lucha acabó:
¡Del viejo mundo triunfó
El genio de San Martín!
Asomó brillante el sol,
y trajo el día sereno
laureles para el chileno
ruina para el español!
Junto al nuestro en el camino

de la gloria y del honor,
dió pruebas de alto valor
el noble pueblo argentino:
al lucir los horizontes
los cuarteles se movieron;
el grito de guerra dieron
que retumbó por los montes:
¡Guerra! el soldado exclamó,
¡Guerra! hizo eco la montaña;
y con iracunda saña,
el combate se empeñó.
O'Higgins á la bayoneta
dió la voz de acometer,
su empuje apoyó Soler;
la confusión fué completa
en el ejército real,
que cede deshecho y roto,
y va en confuso alboto
llegando á la capital.
Más, los nuestros también llegan,
sus restos acuchillando;
los tricolores flameando
victoriosos se despliegan.
¡Gloria á la patria! Santiago
lleno está de vencedores!..(*Se oyen ruidos.*)
Más, ¿sentís esos clamores,
ese eco siniestro y vago?...

ENR.—Es el pueblo que á la muerte
lleva á San Bruno.

RODR.— ¡Eso, nó!
Que voy á salvarle yo
de tan miserable suerte.
Para el infeliz, perdón!....(*Sale.*)

ENR.—Bella Elvira, ya eres mía.

ELV.—Enrique...

ENR.— ¡Oh hermoso día!

IGN.—¡Recibid mi bendición! (*Se sienten tiros. Sale Enrique.*)
ELV.—¡Ay! ¿Oís? Yo le perdono
mi cruel dolor y mis penas...
IGN.—¡Muere en la tumba el encono!
Yo, mis pesadas cadenas,
mi dolor y mi abandono.
RODR.—*Entrando.*)
Llegué tarde. Ya murieron.
¡Infelices! ¡espiraron
en un cadalso, y espiaron
con su sangre que vertieron
la sangre que derramaron!

ESCENA XII

Dichos, ENRIQUE Y PUEBLO. ENRIQUE *aparece con la bandera nacional.*

ENR.—¡La patria su pabellón
presenta al noble soldado,
en las lides denodado,
generoso campeón!
¡Y pues de su libertad
es Chile deudor á él,
coronas de honra y laurel
le dé la posteridad!
RODR.—(*Toma la bandera con la mano izquierda y en la derecha sostiene su espada desnuda.*)
¡Ciudadanos, cual símbolo santo
acatad esta noble bandera:
siempre ilustre, y gloriosa, y guerrera,
nos convoque á morir ó vencer!
¡No la empañe un borrón, una mancha
nunca eclipse su plácida estrella,

pues ve Chile cifrados en ella
su altivez, su renombre y poder!
¡Ciudadanos, jurad conservarla
siempre hermosa de crimen exenta,
prodigando en la lucha sangrienta
vuestras vidas, haciendas y honor!
¡Y jurad por la patria sagrada
guerra á muerte al traidor y al tirano!
y jurad, el acero en la mano,
exterminio al infame invasor!

FIN DEL DRAMA



EL TRIBUNAL del HONOR

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

D. DANIEL CALDERA

1852—1891

(Estrenado en el Teatro de Variedades de Santiago, el 10 de Agosto de 1877)

A Waldo Aguayo.

D. Caldera.

Santiago, Abril 19 de 1877.

El Rey.—«Para todo habrá remedio.
Don Gutierre.—¿Posible es que á esto le haya?
El Rey.—Sí Gutierre.
Don Gutierre.— ¿Cuál, señor?
El Rey.— Uno vuestro.
Don Gutierre— ¿Qué es?
El Rey.— Sangrarla
«El Médico de su honra».—Jornada III.—Escena XX

PERSONAJES

Don Juan Martínez.
Don Pedro Rodríguez.
Don Francisco Romo.
Don Luis Pérez.
María.
Dolores.
Un Criado.

La acción pasa en San Felipe, en el invierno de 183....

* * *

ACTO PRIMERO

El escenario representará una sala amoblada con buen gusto, en casa de don JUAN.—Dos puertas al foro: la de la derecha comunicando con el interior, y la de la izquierda con el exterior.—A la izquierda cerca del foro, un balcón que se supone con vista á la calle. y en primer término una chimenea que estará encendida en los tres actos, y sobre la cual habrá un reloj y algunos objetos de adorno.—A la derecha dos puertas, que dan entrada á las habitaciones de MARÍA y de DOLORES.—Cerca de la chimenea una mesa y sillones al lado.—Una pequeña mesa de juego al otro extremo.—Lo demás que indique el diálogo.

En la penúltima escena del tercer acto, don JUAN llevará sobre su pecho las insignias de oficial de la Legión del Mérito.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DON FRANCISCO, *terminando una partida de ajedrez.*—DOLORES, *haciendo labor junto á la ventana.*—MARÍA, *leyendo en la mesa que está junto á la chimenea.*

DON JUAN.—(*Haciendo la última jugada*). ¡Al rey!—Y van tres mates.—Convénzase Ud.., don Francisco; Ud. no me ganará ninguna partida. Desde que combatí en los ejércitos de la patria me he quedado con la costumbre de dar mate al rey.

DON FRANCISCO.—¡Esto es desesperante, don Juan! Tres juegos seguidos!

DON JUAN.—Eran aquellos unos hermosos tiempos, don Francisco. Mientras que ahora...No sé qué hubiera

dado porque el Gobierno en vez de nombrarme Intendente de Aconcagua me hubiese enviado á la campaña del Perú. Me repugna estar haciendo aquí el papel de guardián de gentes sospechosas. Todos los días denuncias de complots; todos los días ejecutando órdenes de destierro! En el campo de batalla y en frente de los enemigos de la patria es donde un militar honrado se encuentra en su elemento. Pero, en fin, ¡qué hacerle! ya pasará!—Coloque Ud. sus piezas y vamos al otro.

DON FRANCISCO.—Nó, señor; no juego más. ¡Y pensar que antes era la primera mano de San Felipe!.. ¿Qué le parece á Ud., Dolorcita?

DOLORES.—(*maliciosamente*) Que yo en lugar de Ud. estaría muy contenta. Ya sabe Ud.: «desgraciado en el juego, feliz en amores».

DON FRANCISCO—(*mirándola y suspirando cómicamente.*) ¡Ah!

DON JUAN—(*que se ha acercado á María*). ¿Qué lees con tanta atención María?

MARÍA.—(*cerrando el libro*) El «Otelo».—Tenía el deseo de leerlo desde que se lo vi representar á Cáceres.

DOLORES.—Pues yo lo echaría al fuego. ¡Me da una cólera ese moro que mata á su mujer, porque se le ocurre que quiere á otro!..¡Ni aunque hubiera sido cierto!

DONFRANCISCO.—¡Hola!

DOLORES.—¿No le parece á Ud., don Francisco, Ud. no la habría muerto, es verdad?

DON FRANCISCO.—Hum!... no sé... El caso es imposible...

DOLORES.—¿Por qué?

DON FRANCISCO.—(*embarazado*). Yo no soy moro... y además... soy blanco... Y, por fin, soy soltero, señorita!...

(DOLORES *hace un mohín de desprecio y sigue su trabajo*)

MARÍA.—A la verdad que deja una impresión desconsola-

dora este drama, en que la inocencia se ve tan terriblemente perseguida y castigada.

DON JUAN.—¡Y cómo conmueve la pintura de esa tremenda pasión de los celos!—Uno no puede menos que compadecer al desdichado moro: el pobre ama, se cree engañado y mata. ¡Cualquiera haría lo mismo!

DOLORES.—(*riéndose*) ¡Tío Otelo!

DON JUAN.—Sí, sobrina; (*mirando cariñosamente á* MARÍA) pero con una Edelmira de la cual no dudaré jamás.

DOLORES.—(*mirando á la calle por el balcón*) ¡Ah!

MARÍA.—¿Qué?

DOLORES.—(*avanzando y con alegría*) Es Luis, que ha entrado á la casa!

MARÍA.—(*aparte á* DOLORES) ¡Niña, qué entusiasmo! eso está mal.

DON JUAN.—Celebro que venga. Tal vez me traiga noticias del correo.

DON FRANCISCO.—(*aparte*) ¡Siempre con Luis en la boca! ¡Qué niñas, señor, las de estos tiempos!

ESCENA II

DON LUIS *y dichos*

DON JUAN.—(*á don* LUIS *que entra*) Buenos días, Luis. ¿Ha llegado la correspondencia?

DON LUIS.—(*saludando*) Señor... Señoras... (*á don* JUAN) Nó, señor. Los caminos están intransitables con las últimas lluvias, y sin duda por esto se ha atrasado.—Traigo á Ud. las notas que me encargó. Sólo falta su firma.

DON JUAN.—Bien.— Estoy sumamente inquieto con los últimos rumores de revolución. He dado cuenta al Gobierno, y como no llega su contestación, no sé á qué atenerme.

DON FRANCISCO.—Endemoniados pipiolos, que nunca nos dejarán en paz!

DOLORES.—¿Antes no era Ud. pipiolo, don Francisco?

DON FRANCISCO.—(*con convicción*) Yo jamás he cambiado de opinión, Dolores; puede Ud. preguntarlo á todo el mundo. ¡Siempre he estado con el Gobierno!

DON LUIS.—(*aparte*) (¡Así es! Desde que dejó de estar con los españoles!)

(*Se forman dos grupos. Don* JUAN *y don* FRANCISCO *conversan en un extremo de la sala, y en el otro* MARÍA, LUIS *y* DOLORES, *levantando la voz cuando lo indica el diálogo*).

MARÍA.—(*á don Luis*) ¿No sabe alguna novedad el señor teniente?

DON LUIS.—Ninguna. Apenas si pasa algo digno de contarse en un pueblo tan triste como San Felipe.—Si la esposa del Intendente nada sabe, ¿yo qué podré decirle de nuevo?

MARÍA.—¡La esposa del Intendente! ¿Acaso se habla en esta casa de otra cosa que de política? (*conversan los tres en voz baja*).

DON FRANCISCO.—(*á don* JUAN, *después de un diálogo animado*). Quedamos en lo que Ud. me contestó esta mañana. ¡Mil gracias! Usted me hace feliz con su consentimiento. Lo que es por el otro nada temo.—¡Calenturas que pasan!. .. Tengo yo un tino para reducir á estas locuelas!... Vea usted; el año diez y ocho... (*bajan la voz*).

DOLORES—(*bajo á* LUIS.) ¿Y también estaba intransitable el camino para esta casa señor mío?....¡Dos días sin venir!..¡Es una picardía!

DON LUIS.—Pero señorita....

DON JUAN.—(*riéndose.*) Soberbio. ¡En verdad que tiene Ud. un tino admirable! Apaleado y con calabazas!

DON FRANCISCO.—¡Se moría por mí, don Juan! se lo ase-

guro á Ud. La obligaron á casarse. Lo sé perfectatamente!

DON JUAN.—Pero ¿y la paliza ordenada por ella misma?

DON FRANCISCO.—¿Y no ha comprendido Ud? Es que era una mujer de talento, y me la hizo dar por el qué dirán..

MARÍA.—(*á* DOLORES.) Estás sumamente fastidiosa Dolores.

No habrá podido hacerlo.

DOLORES.—¡Sabiendo que le queremos tanto!

DON LUIS.—¡Ah! y yo!....

DON JUAN.—(*á don* FRANCISCO.) De Ud. depende todo. Yo en nada me meto: es mi sistema en estos asuntos. (*Dirigiéndose á don* LUIS).—Y bien, Luis, vamos á mi escritorio para firmar eso.

DON LUIS.—Vamos.

DON FRANCISCO.—Y yo, con permiso de Ud me retiro.

MARÍA.—No se olvide usted de que le hemos invitado á comer con nosotros.

DON FRANCISCO.—No faltaré.

DOLORES.—(*Aparte.*) (¡Qué martirio!)

DON JUAN (*á don* FRANCISCO *que va á salir por la puerta de la izquierda.*)

Vamos por aquí. Saldrá Ud. por el jardín.

(*Vanse los tres.*)

ESCENA III

MARÍA, DOLORES

MARÍA.—Eres muy niña, Dolores; te conduces mal con esas eternas reconvenciones á Luis. Te vendes.

DOLORES.—Pero, tía....

MARÍA.—(*Besándola en la frente.*) Sé franca conmigo. ¿Mucho quieres á Luis?

DOLORES.—Yo tía....

MARÍA.—Vaya ¡No hay por qué turbarse. ¿Crees que no tengo ojos para ver lo que pasa?..Si no es un delito..

DOLORES.—Es que....yo no sé....

MARÍA.—¡Ah picarilla! con que tienes secretos para mí! Así correspondes á mi cariño!

DOLORES.—¡Nó, nó, querida tía! Tengo entera confianza en Ud!

MARÍA.—Contéstame, entonces.

DOLORES.—(*con zalamería.*) ¿No se enojará Ud. conmigo?

MARÍA.—¿Por qué, hija mía?

DOLORES.—Pues sí....Creo que le amo.....

MARÍA.—¿Lo crees no más?

DOLORES.—¡Estoy segura!—(*con sencillez é ingenuidad.*)—Muchas veces he estado por confesarlo á usted, pero después me daba miedo....¡Oh, pensaba, si estuviera viva mi madre, con cuánto gusto le diría lo que me pasa!....Porque yo necesitaba contárselo á alguien; ya no podía más!....

MARÍA.—¡Eres una ingrata!

DOLORES.—¡No se enoje usted!—Ya sé que Ud. me ha querido con el cariño de una madre desde que la pobrecita se murió....¡No ve usted que todo se lo digo!

MARÍA.—¿Y él te ama?

DOLORES.—(*con mucha naturalidad.*) ¡Si oyera usted las cosas que me dice!..Muy bonitas!..Pero es tan corto de genio..por todo se avergüenza, y es necesario que me finja la enojada para conseguir que hable..... ¡Yo no debía quererlo!.... ¿Sabe usted que no venía desde el mártes?....¡por una tontería!....Me trajo un ramo de flores..pensamientos y malvas; y me dijo al dármelo, poniéndose colorado: (*remedando*) «estas flores, señorita, vienen encargadas de expresarle á usted mi cariño.»—Yo sé muy bien lo que quieren decir las malvas y los pensamientos, porque tengo un «Lenguaje de las Flores»; pero por obligarle á

que me lo explicase, le contesté poniéndome seria: (*finge el tono*). «No me gusta que usted me traiga estas flores: pensamientos con malvas significan pensamientos malvados»....

MARÍA.—(*riéndose.*)—¡Muy bien!

DOLORES.—Pues en lugar de decirme que nó y de hacerme la corte, y de pedirme perdón, se arrinconó allí (*señalando*)....y no me habló palabra en toda la noche; y esto, viendo que don Francisco no me dejaba estar con sus galanterías y sus cuentos de la patria vieja....¡Es una infamia!....

MARÍA.—¿Y de qué querías que te pidiese perdón? ¿Qué te había hecho?

DOLORES.—¿De qué?..de..no..sé! Pero me gusta mucho que él me pida perdón, y debía darme gusto.—Tentada estuve á tirar su ramo por la ventana!

MARÍA.—¿Y lo tiraste?

DOLORES.—(*sacándo'o del pecho.*) Nó.. lo tengo aquí.—Me agrada tanto el olor de las malvas..que si no!..

MARÍA.—¡Lo habrías guardado siempre!

DOLORES.—Le juro que nó..y no es porque no le quiera. (*Empieza á arreglar el tocado de* MARÍA, *como lo indica lo escrito, interrumpiéndose para hacer su solicitud.*)—Deje usted que le arregle esta flor...¡tan mal colocada!—Vea usted, él es muy cobarde y teme una negativa de mi tío!—¿Si usted nos ayudase? ..¡Ah! la cinta Está usted hermosísima! (*la besa en la frente*).

MARÍA.—(*apartándola.*) Vamos ¡Basta! Deja en paz mi peinado!—Me declaro tu aliada; te ayudaré..

DOLORES.—(*interrumpiéndola*). ¿De veras? ¡Un abrazo!..

MARÍA.—Sí, pero con la condición de que te conduzcas de otra manera con él.—Es necesario que una joven como tú sea más circunspecta y no manifieste tan á las claras sus sentimientos.

DOLORES.—¡Qué quiere Ud! dos días sin verle!—¿Creerá

usted que no he podido pegar los ojos estas dos noches y que he llorado?

MARÍA.—Achaques de amor. ¡Dulces lágrimas!

DOLORES.—¿Se llora mucho cuando se ama?

MARÍA.—¿Qué pregunta?

DOLORES.—Es que..yo la he visto llorar á Ud., tía..

MARÍA.—A mí ¿estás loca?

DOLORES.—Si ¡no lo niegue Ud.; yo lo he visto..Sacó usted ese retrato de marfil que tiene tan guardado allí.—(*designa un mueble*)—y se sentó á mirarlo.—Yo me acerqué despacito por detrás de usted y tuve mucha pena, se lo aseguro, viendo que usted lloraba!..¿Qué tiene usted? se pone pálida!....

MARÍA.—¡Nada! no es nada —Hace tanto frío..Cierra ese balcón, hazme el favor—(DOLORES *cierra el balcón*)—Sigue tu historia.

DOLORES.—¡Nada más. Me salí en puntillas, temiendo que Ud. me riñera.—Pero ahora veo que no tenía nada de particular; usted miraba ese retrato y lloraba pensando en mi tío ¿no es cierto?

MARÍA.—Sí; eso es!....

DOLORES.—Lo mismo que yo cuando pienso en Luis. Y quién es el del retrato?

MARÍA —Un amigo...un primo lejano...¡Murió hace tiempo!...

DOLORES.—¡Y qué buen mozo!—Militar como Luis: pero tiene dos charreteras y Luis no tiene más que una... ¡En cambio es mejor!....

MARÍA.—Te suplico que no vuelvas á hablarme de este asunto. Me causa pena.

DOLORES.—(*acariciándola*) ¡Cuánto lo siento!....Ya se me olvidó..¿Me ayudará Ud?..

MARÍA.—Ya te lo he dicho. Desde ahora soy tu aliada.

DOLORES.—¡Qué buena es usted!

ESCENA IV.

UN CRIADO *y dichas*

CRIADO.—(*sale por la izquierda del foro.*) Acaba de llegar el correo y vienen varias notas urgentes para su señoría.

MARÍA.—Debe estar en el jardín.

DOLORES.—(*arrebatándole los papeles al mozo.*) ¡Yo! yo iré á llevárselas! (*desde la puerta á María*) ¡Lo dicho! *Vase y también el criado*).

ESCENA V

MARÍA

MARÍA.—¡Feliz criatura! Ama y espera!—¡Qué hermosos son los días del amor cuando los ilumina la esperanza!....Pero; qué imprudente he sido! esa niña con todo su candor ha estado á punto de sorprender mi secreto....(*Dirigiéndose á un mueble que abre y del cual saca un retrato*).—Es necesario que destruya este retrato, último recuerdo suyo!.... ¿Para qué conservarlo?....Puedo cometer una nueva imprudencia y hacer que Juan llegue á conocer que he amado á otro ..y es tan bueno y tan noble conmigo!....(*Besa el retrato y lo arroja á la chimenea*).—Adiós, mudo testigo de mis penas, que me has acompañado por tantos años!....(*Pausa*).—¡Dios mío, haced que no se atraviese nunca en mi camino! (*se sienta y queda pensativa afirmada en la mesa—Sale don Juan*).

ESCENA VI.

MARÍA Y DON JUAN

DON JUAN.—¿Por qué tan pensativa?

MARÍA.—Ah! eres tú!—(*con gracia y esforzándose por disimular su pena*). A tiempo llegas.—Pensaba en la manera de presentar una solicitud al señor coronel don Juan Martínez, Intendente y Comandante General de Armas de la provincia de Aconcagua, Oficial de la Legión del Mérito, etc.; y en cómo inclinar el ánimo de su señoría á que la escuchase con benevolencia....,y accediese á ella, se entiende..(*se inclina saludándola*).

DON JUAN.—(*sonriéndose*). Mi señoría es todo oídos y se hará un deber de dar gusto á tan gentil pretendiente, siempre que ella abandone un poco ese terrible aire oficial.

MARÍA.—Convenido.—Quería decirte que hay en esta casa una hermosa avecilla, que quiere tender las alas y fabricar su nido en otra parte....

DON JUAN.—(*interrumpiéndola*). ¿Y que mi bondadosa María se ha comprometido á trabajar porque las puertas de la jaula le sean abiertas?

MARÍA.— Justamente!

DON JUAN.—Ya lo calculaba.—Pues bien, acabo de hablar en este momento con el instigador de esos deseos y.. le he cerrado la jaula.

MARÍA.—¡Cómo! ¿Te opondrías á la felicidad de Dolores?

DON JUAN.—Eso precisamente, nó. Pero escúchame: se trata del porvenir de esa niña, que ocupa en nuestro hogar y en nuestro corazón el lugar de los hijos que el cielo nos ha negado, y bien vale la pena de que meditemos con calma en el asunto. Luis es un joven bueno y honrado, no lo niego, pero con su grado de

teniente y su miserable sueldo de la Comandancia de Armas, no se puede mantener una familia.—Es necesario calcularlo todo.—Por otra parte, he pensado que tal vez esta pasión sea en Dolores uno de esos afectos pasajeros que no tienen verdaderas raíces en el corazón... Esto pasa muchas veces... Y después, has de saber, María, que me ha hablado en esta misma mañana un hombre de fortuna, quizás con algunas debilidades ¿quién no las tiene? pero bueno en el fondo, y al cual yo daría con gusto la mano de nuestra sobrina...

MARÍA.—(*interrumpiendo*). ¿Quién?

DON JUAN.—Don Francisco Romo.

MARÍA.—(*sorprendida*). ¡Ese! Juan, ella ama con toda su alma á Luis, y sería una crueldad arrebatarla sus ilusiones! Ustedes los hombres creen que esto es nada; se figuran que el corazón de la mujer es como una pizarra de escuela, en que se escribe y se borra á discreción! ¡Y no es así. Juan! Esas primeras impresiones duran en el corazón lo que dura la vida, y ¡ay! cuántas veces no son el torcedor perpetuo de las desdichadas víctimas sacrificadas á un frío cálculo!...

DON JUAN.—(*interrumpiendo*). Pero ¿quién ha dicho?...

MARÍA.—(*interrumpiendo*). Una inocente niña quiere á un hombre pobre, pero un rico la pretende á ella: entonces es preciso señalarle la puerta al pobre! Y aunque ese rico sea un ente ridículo, sin conciencia y sin talento, es necesario decirle á la mujer: «tú no sabes lo que haces; mi experiencia se encargará de guiarte; debes olvidar lo que has amado, y amar lo que has despreciado!» Y en seguida se la fastidiará, se la perseguirá, se la aislará en un callejón sin salida,—todo por su dicha—hasta que la infeliz, acosada sin cesar, consiente en obedecer... y se la hace feliz! muy feliz... porque eso está probado con infinidad de ejemplos!...

DON JUAN.—¡Pero, María!...

MARÍA.—Y si después se encuentra en el mundo con aquel á quien siempre ha permanecido fiel, y arrastrada por la pasión y el despecho, cae, ¡ay de ella!...

DON JUAN.—(*con seriedad*). ¡Basta, María!—Me has juzgado muy mal y me has comprendido peor.—Los hombres como yo, que en ningun caso conciben el perdón para la mujer que deshonra el nombre de su esposo, —jamás podrán contribuir á la desdicha de un ser querido... jamás lanzarán una hija por la pendiente que acabas de señalarme!—(*Bondadosamente*). Comprendo tu exaltación; en tu amor por Dolores me has convertido en un tirano, en un padre de tragedia, y ya me veías arrebatarla á tu cariño, para labrar su desventura.—¡Vamos! no te aflijas; te perdono el mal juicio.—En todo esto ha habido un pequeño error, y es que yo no pienso mandar á Dolores que olvide á nadie, ni mucho menos imponerle á nadie por marido... ¿Estás contenta?

MARÍA.—¡Perdóname, Juan! La quiero tanto, y tu me habías asustado.

DON JUAN.—Si no es nada... tenías razón... era natural...—Oye ahora todo lo que hay.—He dicho al rico, como tú lo llamas: «hágase usted amar, si puede». Y he contestado al pobre: «joven, cuando uno va á casarse necesita á más de mucho amor por su esposa, la seguridad de poderla ofrecer un porvenir tranquilo. De esa manera todo va bien.—Usted tiene mucho amor y muchas buenas cualidades; falta sólo el segundo requisito. Pero no hay que desesperar. Con la desaprobación de los tratados de Paucarpata la guerra continuará.—Vaya usted allá: en los campos de batalla el corazón del hombre se retempla y la fortuna no es esquiva con los valientes. Conquístese usted un grado siquiera; eso no le será difícil; y si, concluída la guerra, usted no ha olvidado y todavía le aman por aquí,

María y yo tendremos el placer de llamarle á usted nuestro sobrino». El ha consentido, y parte mañana con una carta para el Ministro de la Guerra. Y esto es todo.

MARÍA.—¡Tienes un buen corazón, Juan!

DON JUAN.—(*abrazándola y disponiéndose á partir*). ¡Al cabo! Ea! dame un abrazo y quede hecha la paz!

MARÍA.—¡Juan!

DON JUAN.—(*volviendo desde la puerta y golpeándose la frente*). Ah! Me has hecho olvidar lo que venía á decirte.—Es necesario que dispongas el arreglo de las piezas que dan al jardín, pues debe llegar de un momento á otro el jefe de unas tropas que vienen de guarnición, y deseo alojarle aquí.

MARÍA.—¿Cuando llega?

DON JUAN.—No lo sé á punto fijo. La correspondencia trae seis días de retraso y el Ministro me dice que sale en la misma fecha.—Hasta luego.

ESCENA VII

MARÍA.—Si Dios me manda el olvido, su continuada bondad hará que acabe por amarle!

ESCENA VIII

MARÍA Y DON FRANCISCO

DON FRANCISCO.—(*manifestando mucho contento.*) ¡Con que tendremos entre nosotros á mi grande amigo!... ¡Con cuánta alegría voy á estrechar su mano, después de tantos años sin verle!.. Un guapo muchacho, señora!...Un poco tunante y amigo de las niñas.... Digo,

por aquellos tiempos.... Pero ¡qué diablos ¡por ese lado hemos pecado todos! (*disponiéndose á contar una historia*) Vea usted, el año....

MARÍA.—(*interrumpiendo*) ¿Por qué tanta alegría, señor don Francisco?

DON FRANCISCO.—¡Qué! ¿no sabe usted? Pues don Juan me lo ha dicho.

MARÍA.—¿Y qué le ha dicho á Ud?

DON FRANCISCO.—Que aguarda á don Pedro Rodríguez, jefe de las fuerzas que el Gobierno manda á San Felipe.

MARÍA.—(*dando un grito*) ¡Cómo!

DON FRANCISCO.—¿A qué ese grito? qué pasa, señora?

MARÍA.—(*reprimiéndose*) Quién dice usted que viene?

DON FRANCISCO.—Don Pedro Rodríguez, un bizarro comandante. antiguo amigo mío; valiente y enamorado como nadie. Ya le conocerá usted.— ¡Cómo vamos á conversar de las pasadas aventuras

MARÍA—(*aparte, con terror*). ¡Dios mío! Dios mío!

DON FRANCISCO.—Tiene una sobre todo, que no olvidará jamás. Imagínese usted que don Pedro se enamoró perdidamente de una niña, que á su vez se volvía loca por él.—Esto pasó en Santiago.—Ya calculará usted lo que sucedería. El hecho es que entre cartas, citas, lágrimas y suspiros, se juraron amor eterno y se comprometieron á casarse.—El pobre no contaba con la huéspeda, y después de una campaña en Arauco se encontró con que el padre de la joven la había obligado á casarse con otro, dejándolo á él á la luna de Valencia.—Jamás he visto un hombre más desesperado: ¡quería matarse!

MARÍA—(*con interés*) ¿Y ella?.... ¿Qué decía de ella?

DON FRANCISCO.—Nada. Ella no se acordó más de él. El otro tenía una buena fortuna, y esto hace olvidar pronto los amores platónicos.

MARÍA.—(*con arranque*).—¡Eso no es cierto!

DON FRANCISCO.—¿Cómo, la defiende Ud?

MARÍA.—(*volviendo en sí*). No sé..Opinan Uds. tan mal de nosotros las mujeres....

DON FRANCISCO.—Yo estaba en todo..como que era su amigo, y más de una vez le compré el papel para que escribiese sus cartas....

MARÍA.—(*con temor*). ¿Y sabe usted su nombre?

DON FRANCISCO.—Ahí tiene Usted, muy amigos; ¡pero el nombre! eso si que nó; nunca me lo quiso decir!

MARÍA.—(*respirando.*) ¡Ah!

DON FRANCISCO.—Era muy reservado ¡sumamente reservado!

MARÍA.—Dispense usted que le deje. Debe hacer los preparativos para esperar á nuestro huésped. (*aparte*) ¡Es preciso que impida que se venga á vivir aquí.!

(*vase*).

ESCENA IX

DON FRANCISCO

Bien. Vaya usted. (*Después de pasearse un rato*—Vamos á cuentas Francisco, y olvidemos por un instante los asuntos ajenos para pensar en los propios.—¿Por qué no me ha de amar Dolores?

Soy rico..joven..¡sí! pasablemente joven..El tío no se opone..Ella se ha reído cada vez que la he dicho algo..Es cierto que no mira á Luis con malos ojos.. Pero, es claro que en tratándose de matrimonio soy yo quien vence!..Decididamente todo lo que necesito es un poco de audacia, y el triunfo es mío! Hoy sin remedio canto victoria!....

(*sale Dolores*).

ESCENA X

DON FRANCISCO Y DOLORES.

DOLORES.—¡Ah usted aquí! (*aparte.*) ¡Y yo que quería hablar con Luis!

DON FRANCISCO.—Sí, Dolorcita, sí! (*aparte*) (Animos)—¿Qué frío, eh?

DOLORES.—(*con fastidio.*) Sí, estamos en invierno.

DON FRANCISCO.—El caso es....(*aparte*) (¡Cómo empezar).

DOLORES.—¿Qué?

DON FRANCISCO.—Ya otras veces..Usted me ha oído..Y ahora no me atrevo..

DOLORES.—(*riéndose*) ¿A tener frío?

DON FRANCISCO.—¡Nó!..Es que yo no tengo frío..no crea usted..muy al contrario..¡yo siento un calor, yo me abrazo!.....

DOLORES.—(*interrumpiendo*) ¿Está usted enfermo? ¡Llamaré!

DON FRANCISCO.—¡Nó! nó! oigame usted! (*con resolución*).—¡Yo soy rico!....

DOLORES.—Ya lo sabía.

DON FRANCISCO.—También tengo un corazón....

DOLORES.—Lo creo.

DON FRANCISCO.—Pues bien. ¡La amo á usted, Dolores! consienta usted en partir conmigo esta fortuna y este corazón..O más bien en ser propietaria de todo lo que poseo....

DOLORES.—(*riéndose*) ¡Já! já! já!—¡Se ha vuelto loco!

DON FRANCISCO.—¡Contésteme usted!

DOLORES.—¡Gracias, señor mío! Tengo un miedo muy grande á las propiedades de usted!

DON FRANCISCO.—¡Pero Dolorcita!

(*Aparece Don* LUIS *buscando á* DOLORES)

ESCENA XI

DON LUIS Y DOLORES

DON LUIS.—¡Dolores! Dolores! (*Viendo á don* FRANCISCO) ¡Ah señor!..

DON FRANCISCO.—Nada, señor; diga usted no más, yo me alejo. (*Se retira y se queda escuchando en el foro, después de decir aparte*) (Ya me la pagarás!)

DOLORES.—¡Figúrate que me declaraba su amor! já! já! já!

DON LUIS.—Voy á partir, Dolores, ¿Me amarás siempre?

DOLORES.—(*conmovida*). ¡A partir! ¿A dónde?

DAN JUAN.—(*dentro.*) ¡Por aquí! por aquí!

DON LUIS.—(*rápidamente*). Ya vienen. Necesito hablarte!....

DOLORES.—(*lo mismo.*) Esta noche á las doce por el balcón Tres palmadas y abro! (*aparte*) (Dios mío! ¡se va!)

DON FRANCISCO.—(*aparte en el foro*). A las doce y tres palmadas. ¡Bien!

ESCENA XII

DICHOS, DON JUAN, *acompañado de* DON PEDRO *y después* MARÍA.—DON FRANCISCO *avanza á recibir á don Pedro.*

DON PEDRO.—(*á don* JUAN) ¡Gracias! gracias!—(*á don* FRANCISCO) ¡Oh, Francisco!

DON FRANCISCO.—¡Un abrazo! (*se abrazan*)

DON JUAN.—(*á don* PEDRO, *presentándolo*). Mi sobrina Dolores.—Don Luis Pérez, un jóven teniente que parte á la campaña del Perú.—(*se saludan*).

DOLORES.—(*aparte*). (Al Perú!)

DON JUAN (*á don Pedro*). Como en su casa de usted: con entera confianza.—Mi mujer se empeñaba en no te-

nerle aquí, pensando que no podría acomodarle dignamente. Yo la he dicho que los militares en todas partes estamos bien. Ya vé usted, don Pedro, como yo empiezo....

DON PEDRO.—Usted empeña mi gratitud.

DOLORES.—(*que ha estado mirando fijamente a don* PEDRO) —(*Aparte.*) ¡Es extraordinario!

DON JUAN.—(*a* MARÍA *que entra*). María, entrego á tus cuidados á nuestro huésped don Pedro Rodríguez.

DON PEDRO (*acercándose a ella y saludándola,*) Señora...

MARÍA.—(*bajo y rápido.*) (¡Por qué has venido!)

DON PEDRO.—(*lo mismo*). ¡y lo preguntas! (*se aleja de ella y se acerca al grupo que forman don* JUAN, *don* LUIS, *don* FRANCISCO. MARÍA *lo mira con terror*).

DOLORES.—(*acercándose á* MARÍA). ¿Se ha fijado usted?

MARÍA.—¿En qué?

DOLORES.—(*Designándo á don* PEDRO). ¡Cómo se parece al primo de usted... al del retrato!..

MARÍA.—(*con esfuerzo venciendo su sobresalto.*) ¿No te dije que había muerto?

Cae el telón.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

(Es de noche)

DON JUAN Y DON FRANCISCO, *saliendo por la derecha del foro*

DON JUAN.—Ya queda descansando.—Apenas si me acordaba de él; le conocí muy joven y no había vuelto á verle. Parece un hombre completo y que ha aprove-

chado sus treinta y cinco años.—Al fin tendremos un compañero que nos ayude á disipar el fastidio de esta vida monótona; aunque no parece ser muy alegre.

DON FRANCISCO.—Es su carácter desde una desventura amorosa, que yo pensaba habría olvidado por completo. ¡Estar enamorado diez años! ¡Sólo en estos tiempos se ven semejantes barbaridades!

DON JUAN.—Hay amores que duran toda la vida, don Francisco.

DON FRANCISCO.—(*suspirando*) ¡Ay don Juan!

DON JUAN.—(*sonriendo*) ¿Suspira usted? ¿Por acaso, al hablar de un amor tan firme se ha venido á su memoria el recuerdo de alguna pasada barbaridad, como usted dice?

DON FRANCISCO.—(*compungido*). No tan pasada, don Juan sino un desengaño muy reciente.... Dolores....

DON JUAN.—(*interrumpiendo*). ¿La ha hablado usted?

DON FRANCISCO.—¡Hubiera querido no hacerlo!

DON JUAN.—¡Un rechazo!—no es extraño; las niñas son así, don Francisco: dicen primero que *nó*, para hacer después como si hubieran dicho que *sí*. (*aparte*) ¡Pobre hombre! nada se pierde con consolarlo!

DON FRANCISCO.—No es eso! Es que aunque ella quisiera decir *sí*, yo diría ahora que *nó*.

DON JUAN.—(*serio*) ¡Cómo!

DON FRANCISCO.—Sí, señor. Más vale que usted lo sepa todo. Yo no tomaría jamás por esposa una mujer que da á sus galanes citas para las altas horas de la noche, y que se ve á solas con ellos cuando todos duermen! (*aparte*) (Voy á quedar vengado!)

DON JUAN.—(*irritado*) ¡Señor don Francisco!

DON FRANCISCO.—No tengo vocación para el matrimonio usufructuado en sociedad!

DON JUAN—(*sin poder reprimirse*). ¡Se explicará usted!

DON FRANCISCO.—(*continuando en el mismo tono sin notar la cólera de don Juan*).
Mi mujer ha de ser solamente mía, y no ha de pagar á nadie diezmos y primicias!....

DON JUAN.—(*cogiéndole de un brazo y remeciéndole*) ¡Qué significan las palabras de usted!

DON FRANCISCO —(*asustado al notar la expresión de don Juan*). ¡Qué! ¿no agradece usted?....

DON JUAN.—(*interrumpiendo*). ¿Olvida usted que Dolores es mi sobrina, casi mi hija, y que, ni aún en broma, está nadie autorizado para hablar de esa manera en mi presencia?....

DON FRANCISCO.—(*desasiéndose y cogiendo su bastón y su sombrero á medida que habla*). Bien.. no diré nada.. Eso no quita.... si yo hubiera sabido.... Usted se convierte en una fiera..... Quede usted con Dios.... Es muy tarde.... ¡Buenas noches!....

DON JUAN.—(*deteniéndole*) ¡No! no se irá usted sin explicarse! ¿Cree usted por un momento que dejaré que la calumnia haga su oficio en paz? ¡La aplastaré aquí mismo!

DON FRANCISCO.—(*amostazado*). ¡Y bien! Aquí no hay ninguna calumnia que aplastar! Esta noche á las doce don Luis dará tres palmadas; Dolores que le aguardará en esta sala, abrirá ese balcón, don Luis entrará y.... etcétera.... Usted será entonces dueño de aplastarlos!....

DON JUAN.—¡Y si fuese mentira!

DON FRANCISCO.—Yo mismo he oído la cita.

DON JUAN.—(*reprimiéndose*). Don Francisco, puede usted retirarse. (*Viendo su reloj*). Son las once y media—Me cercioraré de lo que usted me ha dicho.... (*en tono de amenaza*)—¡y, si usted ha faltado á la verdad!.... (*conteniéndose*) ¡Nada!.... Déjeme usted solo, se lo suplico.

DON FRANCISCO.—Ya se arrepentirá usted de su injusticia.... ya verá usted, (*aparte*) Jesús, señor.... Por si la cita queda en nada me largo mañana mismo á mi chacra de Curimón.... Si no ¡este tigre me comería!)....

(*Vase*)

ESCENA II

DON JUAN.—(*paseándose agitado*). ¡No sé qué extraña furia se apodera de mí al pensar que Luis intente!.. ¡Sería una infamia sin nombre y que yo no podría menos de castigar de una manera terrible! (*se sienta y guarda silencio por un instante*)—¡Vamos! calma corazón mío!—¿Y si no es verdad lo que ese hombre ha dicho?—Puede muy bien que, despechado por los celos, haya querido echar sombra sobre la reputación de esa pobre muchacha—Su denuncia es la obra de un miserable!.. Y yo que habría consentido con gusto en dársela! ¿Y si fuese verdad?.. (*con furor*) ¡Oh!.. (*calmándose*)—Pero ¿por qué imaginar lo peor?... El, parte mañana y los enamorados tienen tantas cosas que decirse!.. Habrán querido que nadie pueda oír sus juramentos de fidelidad; que nadie les vea, para trocar un recuerdo: una cita por una flor... esas chucherías que tanto precio tienen á los ojos de los que bien se quieren... Sí, eso es ¡lo demás es imposible! (*pausa*) —De todos modos es mal hecho que Dolores se tome semejante libertades... Sin embargo, la pasión no razona. Dígalo yo que al recibir la noticia de esta falta leve, he sentido formarse en mi cabeza una tempestad de sombríos proyectos!.. (*paseándose y meditando*) ¿Qué hacer?... El tal don Francisco es muy capaz de publicar mañana por todo el pueblo lo que su rabia

le dicte y mi Dolores será la burla de los ociosos, que irán aumentando de boca en boca lo que ha pasado... Y, después, ¿quién recoje una calumnia? ¡Sería más fácil recoger la propia sombra!.. (*pausa*).—Bien mirado un camino tengo que todo lo remedia.. La verdad es que abrigaba la idea de que la ausencia trajese el olvido y que en mucha parte alejaba á Luis con esta esperanza.—La hora se acerca... Es menester que les sorprenda.—Después...¡veremos!—Creo tener lo suficiente para que los cuatro seamos felices.—Aquí viene; es necesario que nada sospeche...

(*Salen* María *y* Dolores).

ESCENA III

MARÍA, DOLORES Y DICHO

María.—Aún estás en pie. ¡Lo celebro!

Don Juan.—Tengo que salir.

María.—¿A estas horas?

Don Juan.—Sí, es casi un secreto de Estado, querida mía; no me preguntes más. Tengo forzosamente que dormir fuera de casa.

Dolores.—(*aparte, con alegría*), (¡Hablaremos sin ningún recelo!)

María.—Siento que nos quedemos tan solas. ¿Por qué no lo dejas para mañana?

Don Juan.—No hay ningún cuidado. Por otra parte la casa no estará mal guardada. Queda nuestro huesped, que es todo un valiente.

María.—¿Y si yo te rogase que permanecieras aquí?

Dolores.—(*Aparte*). (¡Bonita aliada!)

Don Juan.—No podría acceder.

María.—Quédate, Juan. ¡Tengo miedo!

DON JUAN.—¿Miedo tú? Vamos, no seas cobarde; acuéstate y duerme tranquila, que estás muy pálida. Otro tanto digo á esta señorita. Tiene los ojos muy encarnados y...

DOLORES.—(*Interrumpiendo*). Es el romadizo.

DON JUAN.—No exponerse al aire, que eso puede agravarlo.—Buenas noches y nada de miedo. (*Vase* DOLORES *se sienta en un extremo de la habitación y* MARÍA *en el sillón junto a la mesa.*)

ESCENA IV

MARÍA Y DOLORES

MARÍA.—(*hablando consigo misma*). Bien mirado, esta amarga entrevista es inevitable.—Más vale que sea pronto.—¡Si Juan hubiese querido permanecer aquí! —¡Cómo podré mantenerme serena delante de él, cuando todas las fibras de mi alma se han estremecido al volverle á ver!—¡Qué noche, Dios mío!...«A las doce, dijo, estaré en la puerta que da al jardín»—(*Después de un momento de vacilación, en tono resuelto*). Y bien ¡quedará abierta! ¡Que Dios cierre ahora las puertas de mi corazón!) (*Queda pensativa. Dolores se acerca lentamente a ella*).

DOLORES.—Tía!

MARÍA.—Ah! estabas ahí!

DOLORES.—(*sumamente afligida*). ¡Lo van á matar de seguro!

MARÍA.—Vamos ¡abandona esas ideas. Si todos muriesen en la guerra no viviría tu tío. Confórmate. Dentro de poco tiempo volverá en situación de hacerte feliz. Aún estás en edad para esperar: ¡eres tan niña!

DOLORES.—Y ¿por qué he de esperar?—Si yo le quiero así, pobre como es!

MARÍA.—(*acariciandola*). Un poco de resignación.

DOLORES.—¡Sí! resignación!... Después que usted se comprometió á ayudarme!... ¡Si él se va, yo me muero!..

MARÍA.—Así dicen todas.—No mata el dolor, hija mía.

DOLORES.—¡Cuán desgraciada soy!

MARÍA.—Aún te queda la esperanza. Desgraciados son los que la han perdido!

DOLORES.—(*después de un instante de silencio.*) Ya es muy tarde. ¿No se acuesta usted tía?

MARÍA.—Es verdad.—Puedes recogerte. Yo pienso velar un poco.

DOLORES.—(*con inquietud*). ¡Puede hacerle mal!...Está usted muy pálida...El tío lo dijo...

MARÍA.—Nó..no tengo nada...

DOLORES—(*aparte*) (¡Dios mío, qué hacer!)—Tengo miedo de que usted vaya á enfermarse... (*en tono insinuante*) vamos! no sea usted porfiada...

MARÍA.—¡Qué extraño interés!... Si estoy buena...Déjame sola, te lo ruego.

DOLORES.—(*mirando el reloj de la chiminea.*)
(*aparte*) ¡Apenas un cuarto de hora!

MARÍA.—(*aparte*) ¡Es indispensable alejarla!

DOLORES.—(*aparte*).
¡No hay remedio!... ¡Pero, es tan buena¡ (*tomando una resolución*) !Tía! tía mía!

MARÍA.—(*con extrañeza*). ¿Qué hay?

DOLORES.—(*arrojándose en los brazos de María y escondiendo la cara en suse no*).
¡No se enoje usted conmigo!.. No he podido resistir... Me ha pedido con lágrimas en los ojos que le permita verme, para despedirse de mí! pobre Luis!...

MARÍA.—¿Y qué?

DOLORES.—(*turbada*) Le he dicho que venga á las doce... y que suba por el balcón...

MARÍA—(*alarmada.*) ¡Aquí!

DOLORES.—Sí..He hecho mal, lo sé...Pero, ¡se va por tanto tiempo!...tal vez para siempre!...Necesitaba decirle que rogaría por él y llorar un poco!...(*suplicando*)—¡No se oponga usted!...Usted estará presente!...

MARÍA.—(*fingiendo enojo.*) ¡Imposible! Has cometido una grave falta, Dolores. ¿Qué necesidad había de proceder de esa manera?...

DOLORES.—¡No hemos podido hablar un solo instante sin testigos!...

MARÍA.—Si te hubiesen sorprendido. ¡Es preciso decirle que no venga!

DOLORES.—(*afligida.*) ¡Tía! Se va mañana!

MARÍA.—(*aparte*) ¡Cómo hacer que se vaya!... (*iluminada por una idea repentina*)... ¡Ah!—Pues no se irá mañana!...Le hablarás, pero como te corresponde hacerlo... ¡Qué imprudencia la que ibas á cometer! (*toma papel y escribe.*)

DOLORES.—¿Qué hace usted?

MARÍA.—Le digo en mi nombre que se abstenga de acudir á la cita y en el de Juan que demore su viaje.

DOLORES.—¡Oh! Gracias!

(*María llama con la campanilla y sale un criado.*)

ESCENA V

DICHOS Y UN CRIADO

MARÍA.—Buscarás á don Luis Pérez hasta encontrarle y le darás esta carta.

CRIADO.—Bien, señora.

MARÍA.—¿Ha salido don Juan?

CRIADO.—Salió hace rato.

(*Vase el criado.*)

ESCENA VI

MARÍA Y DOLORES

DOLORES.—¡Me hace usted dichosa! Perdóneme usted!
MARÍA.—Retírate, ahora.
DOLORES.—Ya lo hago (*con afabilidad*).—No se acueste usted muy tarde.
MARÍA.—No tengas cuidado.
DOLORES.—El sueño disipa la tristeza... y usted está triste y descontenta desde que ha llegado ese hombre... ¡Le voy á tomar antipatía!
MARÍA.—¡Qué locura!
DOLORES.—Y aquél hablarla en secreto... ¿Qué la decía?
MARÍA.—(*con impaciencia*) ¡Nada!.. Si apenas lo he visto hoy... ¡Vamos! déjame sola!
DOLORES.—¿Qué? no me abraza usted?
MARÍA.—Merecerías que en castigo no lo hiciera.
DOLORES.—¡Buenas Noches!

(*Vase Dolores á su habitación*)

ESCENA VII

MARÍA, (*presa de la mayor agitación.—Pausa*).

¡Santa Virgen María! Tú que ves en mi corazón, que si consiento en hablarle, es sólo para hacer que se aleje para siempre, dadme las fuerzas necesarias para resistir á su vista, (*en voz baja y mirando a todos lados como temiendo ser oída*) y á los ímpetus de mi amor!.. ¡Por que es verdad que le amo!.. (*pausa*)—Es necesario que todo venga ahora á mi memoria; la bondad, los beneficios, el cariño de Juan, el senti-

miento del deber... ¡todo!.. todo!.. para salir victoriosa en esta terrible lucha!.. ¡Si me hubiese negado, habría conocido que le tengo miedo!.. Ah! no es á él, es á mí misma á quien tengo miedo!.. (*Dirigiéndose á la puerta de* DOLORES *y cerrándola con fuerza*)—Cerraré esta puerta, no sea que Dolores me sorprenda... La impido ver al objeto de su inocente cariño, y yo voy á recibir aquí, bajo el techo de mi esposo, á quien viene con la intención... (*Cubriéndose el rostro*) Ah!—Pero resistiré... Le suplicaré de rodillas que me deje en paz... Le diré, si es preciso, que ya no le amo... que me es odioso el recuerdo dèl pasado... (*atemorizada*).—Mas, ¿podréhablar así cuando él esté presente? (*conterror,*)—¿Le podré decir á él que no le amo?.. ¿Tendré fuerzas? ¡Dios mío, Dios mío! (*con angustia*) Nó! nó!.. (*tomando una resolución*) Que no venga!.. Después mejor!.. Le escribiré... Le diré á Juan que nececesito salir de aquí por algún tiempo... (*Dirigiéndose á la puerta derecha del foro*)—Sí! sí!.. Encontrará cerrada esta puerta! (*Va á cerrar la puerta y aparece don Pedro.—María retrocede lanzando una esclamación*).

ESCENA VIII

MARÍA Y DON PEDRO

MARÍA.—¡Ah!

DON PEDRO.—(*avanzando*) Gracias, María, por haber consentido en recibirme.

MARÍA.—(*con grande esfuerzo*).—Usted lo ha querido...

DON PEDRO.—(*con tristeza y amargura*) «Usted lo ha querido»... ¡Cómo cambian los tiempos, María!.. ¡Qué frío encuentro hoy ese «Usted lo ha querido», en el mo-

mento en que borrándose de mi memoria diez años de constante dolor, siento vibrar aún en mis oídos aquel *tú*, tan tierno, tan cariñoso, que se complacían en pronunciar esos labios!..

MARÍA.—(*con voz ahogada...*) ¡Ay!

DON PEDRO.—Hace diez años tú no me habrías preguntado por qué había venido!.. Hace diez años tú no me hubieras esperado diciéndome: «Usted lo ha querido», sino: «¿por qué has tardado?»... Al verte yo había olvidado por completo esos diez años!.. Y, sin embargo, ¡cuánto he padecido en ellos!.. No era para olvidarlo!..

MARÍA.—¡Por Dios! calla!

DON PEDRO.—¡Qué calle!—Nó! lo oirás todo! Todo lo que he sufrido hasta llegar á tener en vez de corazón una llaga viva! Todo lo que he llorado, hasta llegar al punto de no encontrar una lágrima que derramar!..

MARÍA—(*aparte*) ¡Cuánto sufro!

DON PEDRO.—¿A qué habría venido entonces?—Tú te has creído con el derecho de engañarme, de envenenar toda mi vida, y me quieres negar el decirte tu obra, el de echarte en cara lo que has hecho conmigo?.. ¡Si eres feliz mis penas serán para tí un triunfo! ¡Podrás decir al hombre á quien perteneces, cuanto vale el tesoro que posee, cuando ha podido causar el martirio de otro hombre, de otro hombre que por lo menos valía lo que él!..

MARÍA.—(*con voz ahogada*). ¡Oh!

DON PEDRO.—Mucho más me decías tú cuando nos vimos la última vez!.. Cuando yo partí lleno de promesas y de juramentos á conquistar un porvenir para María; para aquella María, que entonces tenía diecisiete años y el aspecto de un ángel incapaz de mentir!.. ¡Tal vez lo has olvidado!..

MARÍA.—(*Profundamente conmovida*). ¡No lo he olvidado!..

DON PEDRO.—¿Te acuerdas?—¿te acuerdas de aquella noche? (*con ironía*) ¡no es posible! Habrías padecido mucho y pareces haber sido muy feliz!.. (*recordando y con amargura creciente*)... Mira; tú apoyabas la cabeza sobre mi pecho, me jurabas, sollozando, que jamás serías de otro; me hacías coro con tu dulce voz para formar aquellos encantadores proyectos de ventura que debíamos realizar más tarde!... ¡Si tú recordaras eso, puede que no vivieras en este instante!... Yo no sé cómo he podido resistir al peso de tan terribles memorias!... Por qué todo eso ha estado siempre aquí, (*señala el pecho*) vivo, palpitante, como si fuese ahora!... (*pausa*)... Al separarnos—¿te acuerdas de esto?—tus labios contraídos por la pena y el amor se juntaron por primera vez con los míos... Pues bien, ese beso, sello de tus promesas, me ha perseguido perpetuamente, y mil veces, en las horas de mi intranquilo sueño, he sentido sobre mi boca el contacto de la tuya!... Tendía mis brazos para estrecharte y, maldiciendo la hora en que nací, me encontraba solo!... Todo era sueño, todo mentira!... las lágrimas, los juramentos, y aquel beso de Judas!...

MARÍA.—(*Aparte*). (¡Oyes, Dios mío!)

DON PEDRO.—Y entonces mil ficciones venían á aumentar la fiebre que me devoraba.—Te veía marchar al altar, hermosa como siempre, pero más hermosa que nunca con tu traje de novia; llegabas allí con el rostro iluminado por el júbilo, y te unías para siempre á un hombre que no era yo!... Después otras manos que las mías arrancaban de tu frente la corona de azahares, y tú, embriagada de amor, prodigabas á otro tus caricias!... (*con fuego*)... esas caricias que eran mías! mías, María! estaba dicho! jurado! me pertenecían! me las robabas!...y yo, viéndolo, no tenía otro recurso que rugir de cólera, y revolcarme desesperado en mi revuelto lecho!... (*cambiando de tono, después de una*

pausa)—¡Entre tanto tú, contenta y tranquila, me habías olvidado por completo!..

MARÍA.—(*Sin poderse contener*). ¡Mentira! mentira! tú no has podido pensar así!

DON PEDRO.—¡Nó! no es mentira!... (*con alegría*)... Pero tú has dicho «*mentira*»!... (*tomándola una mano*). Luego te has acordado de mí! Dílo!... tú has tenido también horas de angustia!... sí! sí! no puedes negarlo! tú me amas aún!...

MARÍA.—¡Pedro, vété!.. yo ¡no puedo amarte! ¿Por qué has querido evocar esos recuerdos?..

DON PEDRO.—(*Suplicante*) ¡María!... Perdóname lo que te he dicho!... ¡He vivido días tan amargos!...Tengo el derecho de ser amado un poco!.. ¿Por qué callas?... ¡Mírame suplicante, golpeando á las puertas de tu corazón!... (*pausa*) ¡Qué cruel eres!... ni una mirada de piedad ¡siquiera! (*sollozante*) Ah! ¿por qué dijiste «*mentira*»?

MARÍA.—(*Sumamente agitada*). Pedro, tú olvidas que tengo deberes que respetar... Yo te estimo... Ya ves, te tuteo como antes... Te quiero como á un amigo... pero nada más! nada más!... Prométeme partir! No debías haberme buscado!.. Tú sabes muy bien que habría cumplido mis promesas... ¡Me obligaron!,.. que quieres!... no pude defenderme!... (*suplicante*!.. ¡Parte! parte! no hagas sufrir más á esta desdichada!..

DON PEDRO.—¡Has sufrido! lo confiesas! Oh! tú me amas! Dílo!

MARÍA.—(*haciendo un poderoso esfuerzo y rechazando á don Pedro*) ¡Nó! nó! ¡no ves que te estoy engañando!... ¡no te amo!...¿Qué más quieres oir?... ¡Basta ya!...

DON PEDRO.—(*Dolorosamente*). ¡Déjame mi engaño siquiera!

MARÍA.—(*Con voz sorda y apenas perceptible*). ¡Nó! no te amo!

DON PEDRO.—Todo ha concluído, María...Te dejo...He sido un loco en venir aquí!...No es posible que tú puedas recordar como yo...Al verme sufrir has tenido compasión de mí, nada más...¡Gracias!...En medio de todos mis pesares yo conservaba una esperanza... ¡no sé por qué dura tanto!... Cuando queda una esperanza, bien se puede vivir... ya no tengo ninguna...Al fin vale más que sea así...No temas que te vuelva á importunar... (*acercándose á ella*) María, si supieses que había muerto ¿llorarías por mí? (*María no contesta ni le mira*) ¡No respondes!...Bien!...Adiós, María!

MARÍA.—Y ¿por qué habías de morir? (*don Pedro se aleja sin contestarla*) Pedro, ¿qué vas á hacer? ¡*dirigiéndose á él y deteniéndole por un brazo*! ¡Respóndeme!

DON PEDRO.—¡Qué te importa!

MARÍA.—Pedro, nó! tú no buscarás la muerte, júralo!

DON PEDRO.—¿Acaso los juramentos valen algo entre nosotros?

MARÍA.—(*Con voz ahagada por los sollozos*). ¡Qué cruel, qué terriblemente cruel eres conmigo!...Me ves casi moribunda y todavía me insultas! (*se cubre la cara*).

DON PEDRO.—(*Volviéndose rápidamente*). ¡María!

MARA.—¡Y bien! sea! (*arrojándose en sus brazos*) ¡Pedro!

DON PEDRO.—¡Qué injusto he sido!

MARÍA.—(*Presa de grande agitación, con rapidez y en voz baja*). ¡Nada!...Te esperaba aquí, fuerte con mi deber y has vencido...debí conocer que estaba vencida de antemano!...(*con amarga ironía*)...¡Has sufrido mucho!... has llorado... me has maldecido!... En tanto que yo ¿cómo decías?...¡Ah! decías que yo había sido muy feliz!... Es verdad!... Yo he vivido diez años abrumada por los beneficios de un hombre á quien no amo; teniendo que fingir á todas horas una alegría que no sentía; teniendo que prodigar falsas sonrisas, falsos cariños; teniendo que mentir amor; teniendo que

estar siempre con los ojos enjutos y el corazón anegado en lágrimas; sin poder sollozar una vez siquiera, porque al instante se me llenaba de consuelos que yo no quería, se me importunaba con solicitudes que me mataban, se me martirizaba con una ternura contra la cual se sublevaba mi conciencia criminal!... ¡porque mis ocultas penas y mis lágrimas contenidas eran un crimen...bien lo veo en este instante!... Me creía honrada, capaz de vencerme y apenas te he visto he sucumbido!... Ahora yo misma me encuentro despreciable....Una sola palabra de mis labios destruye para siempre la pureza de un noble hogar...yo lo veo...lo conozco...lo sé...y no tengo valor ni virtud para decirte que no te amo!...Oh! tienes razón!...tú has sido muy desgraciado y yo he sido muy feliz!

DON PEDRO.—(*Profundamente conmovido*). ¡María, no hables así! (*tomando una resolución dolorosa*). Yo sólo seré el desdichado!... me iré!...

MARÍA.—(*Con exaltación*). ¡Oh! nó!... Tú no debías haber sabido esto! Ahí está el mal. Ya lo sabes!... Yo no me defiendo! ¿Crees tú que se sostienen impunemente estos combates?... Yo me moriría si tú te alejases... Y no quiero morirme!... Siento cierta rabia por ser feliz y por hacer que tú lo seas!... Necesito decirte mil veces que te amo.. que no he amado á nadie mas que á ti... ¿Por qué he de sacrificarme?... Mira: yo también he estado á punto de maldecir, y ¿sabes á quién? ¡A mi padre, que llevado de una codicia estúpida, me entregó á la desesperación y á la muerte!... Qué me importa que otro padezca ahora por mi culpa!... Honor! Deber!... todo está roto... olvidado!... Pedro, ¡te amo!... como antes!... más que antes!...

DON PEDRO.—¡Te juro, María, que á fuerza de abnegación y de ternura haré que seas dichosa!... Huiremos, si quieres, lejos!... muy léjos y se borrarán tan pronto de la memoria los días desgraciados!... ¡Al oírte decir

que me amas, yo creo que siempre he sido feliz... (*con ternura*). Repítelo, María, porque cree que estoy soñando!... ¿Me has amado? ¿me amas?

MARÍA.—¡Siempre!... ¡Siempre!... (*llevándolo á la puerta del jardín*). Pero, déjame! pudiera venir alguno!...

DON PEDRO.—¡Cuán venturoso me has hecho!... (*Aparece don Juan por la puerta izquierda del foro*).

MARÍA.—¡Te amo! te amo! (*Se abrazan. Don Pedro parte por donde ha venido y María se dirige rápidamente á su habitación*).

ESCENA IX

DON JUAN

DON JUAN.—(*Al ver lo que pasa avanza á la mitad de la escena, desconcertado y conmovido y sin hallar qué hacer. Después de un instante de vacilación cae exánime, exclamando con voz ahogada por la sorpresa, la pena y la amargura*: ¡Ah!

Cae el telón

ACTO TERCERO

Es de noche.—La escena débilmente iluminada por una lámpara que habrá sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA

MARÍA.—(*Al levantarse el telón, el reloj da la hora*). Las diez.—Ya no es hora de que pueda llegar.—Quince días ausente y ni una sola línea de su mano, á pesar de mis cartas!—(*Pausa*).—Cada vez que me acuerdo de los tres meses que han transcurrido, todo me pa-

rece un sueño, ó más bien una de esas terribles pesadillas, que al pasar dejan su huella de cansancio y de terror sobre el cuerpo y sobre el espíritu!... Y mi esposo que al parecer nada sospecha! (*con terror*)—A cada palabra que pronuncio me estremezco... ¡Cada vez que le veo me parece que viene á pedirme cuenta de su honor!... Es necesario tomar una resolución!... ¿Pero cuál?... ¡Si Pedro llegase!... ¿Por qué no me escribe? ¡Si me habrá olvidado!... ¡Oh! no es posible!... Qué haría yo sola!... sola con mi conciencia... (*sale don Juan*). ¡Tengo miedo!

ESCENA II

MARÍA, DON JUAN

(*Don Juan debe manifestar una afectuosidad irónica durante la escena*)

DON JUAN.—¿Tienes miedo? y á qué?

MARÍA.—(*asustada*) Ah! quién es!

DON JUAN.—No te asustes... Tú estás enferma, amiga mía; esos sobresaltos continuos no anuncian nada bueno.

MARÍA.—(*con turbación*) Nó.— Estoy así, un poco afectada desde la partida de Dolores. ¡La quería tanto!... Antes siempre con ella y ahora tan sola!...

DON JUAN.—Pues venía á decirte que he recibido noticias de ella y de su marido.

MARÍA.—¿Te ha escrito?

DON JUAN.—Nó; pero don Pedro,—á quién dejo en este momento en el cuartel,—les ha visto.

MARÍA.—(*conteniéndose*). ¿Ha llegado?

DON JUAN.—Hace un instante. Viene á entregar el mando de sus tropas y parte...

MARÍA.—(*interrumpiendo*). ¡Se va!

DON JUAN.—Sí, mañana... (*con intención*) ó tal vez esta misma noche... ¡Te aseguro que deseaba con impaciencia su venida!

MARÍA.—¿Y por qué se va así... tan de repente?

DON JUAN.—El te lo dirá, pues ha de estar pronto aquí.—No lo detengas mucho, porque pienso comunicarle el resultado de ese largo trabajo que he emprendido durante su ausencia.

MARÍA.—¡Has escrito mucho!

DON JUAN.—Es sobre un asunto delicadísimo. Ya lo verás más tarde... deseo saber su opinión.—En cuanto á Dolores se encuentra bien y su Luis la hace dichosa.—No escribe porque no tiene tiempo; así lo manda decir.—¡Tienen tanto que hacér las casadas en los tres primeros meses de matrimonio!—Recuerda, sin embargo, con gratitud, que te es deudora de su felicidad.

MARÍA.—Lo que es una injusticia, pues la debe á tí solamente.

DON JUAN.—Te engañas.—¿Crees tú que me habría resuelto á casarla si no me hubieras probado hasta la evidencia la fuerza de esas primeras pasiones?—Habría esperado.—Pero me pintaste tan á lo vivo la triste situación de una mujer que ve contrariadas las inclinaciones de su corazón, que tuve miedo por esa niña, á quien yo pensaba no obligar, pero sí inclinar á un casamiento con don Francisco.—Gracias á tu imaginación un tanto exaltada ví su vida entera convertida en un largo martirio, y ví, en fin, que casada con un hombre á quien no amaba, se encontraba un día con su amante y faltaba á sus deberes... y que ese don Francisco, tan ridículo en la apariencia, y en la realidad si quieres, tenía una hora de dignidad para vengar su honor ultrajado... (*interrumpiéndose*). ¡Pero, te pones pálida!... tú estás enferma, María!...

MARÍA.—¡Pintas cuadros tan negros!

DON JUAN.—También tú...

MARÍA.—(*interrumpiendo con terror*). ¡Yo! qué!

DON JUAN.—También tú los pintaste.—Y gracias á esto, Dolores y Luis viven hoy tranquilos y felices en Santiago.—Ya ves como te son deudores de su dicha. (*disponiéndose á salir*)— En fin, voy á terminar mi obra: falta muy poco.—Volveré después para obligarte á que te pongas en cura (*con intención*), porque estás mala, María.

MARÍA.—Te engañas. ¡Si nada tengo!

DON JUAN.—Nó. Eso lo nota cualquiera. (*Vase*).

ESCENA III

MARÍA.—¡Qué es esto! ¿Por qué me hablaría de esas cosas?... ¡No sé qué voz secreta me anuncia espantosas desgracias!... Diez veces he estado á punto de venderme... ¡Y esto es siempre!... Todos los días ¡Qué angustia, Dios mío!...

(*Sale don* PEDRO).

ESCENA IV

MARÍA Y DON PEDRO

DON PEDRO.—¡María!

MARIA.—¡Oh! gracias!—¡Qué mal te has portado con esta pobre mujer, Pedro!—¿Por qué no me has escrito? Por qué no venías? Por qué te vas?

DON PEDRO.—¿Me amas siempre, María?

MARÍA.—(*en tono de reconvención*). ¡Tú lo preguntas!

DON PEDRO.—Bien, sé, María, cuánto has sacrificado por mí y no ignoro que ni aun teniendo la vida de diez hombres podría pagarte cumplidamente la deuda de

abnegación y de amor que tengo contraída contigo! —Pero, te pregunto ahora si me amas, porque ha llegado el momento de tomar una de esas resoluciones en que se arriesga el todo por el todo.—Vengo á proponerte que huyamos, María!... por tí, por mí, por nuestro amor!... Tu vida es aquí imposible... Lejos de Chile, borraremos el recuerdo de este pasado de desgracias, que miraremos como un mal sueño que nos ha hecho más dulce el despertar!... Desde que sé que me amas, desde que me perteneces, mis días han sido un continuo sobresalto por tu suerte.—Hoy todo está pronto para hacer nuestra ventura (*más insinuante*)—Aquí está el peligro, María, aquí el continuo afán y el eterno fingimiento; lejos de aquí el olvido, los horizontes nuevos y tranquilos, el derecho de amarnos, de vivir el uno para el otro, como debió ser siempre!... (*tomándola de la mano*).—Nuestros pasajes están tomados bajo nombres supuestos en un buque que se hace á la vela para Méjico; un carruaje nos espera á la salida del pueblo... ¿Qué aguardas en un lugar en que nuestro amor es para tí una constante amenaza?

MARÍA.—(*que ha seguido con vivo interés las palabras de don Pedro.*) Tienes razón, Pedro... Ya es tarde para mí.... debo seguir la pendiente... Aquí nada me pertenece... Usurpo en esta casa un nombre y un puesto... (*movimiento de disgusto de don Pedro*)—Perdóname, Pedro, que hable con pena de esto... Yo sola tengo la culpa... (*después de un momento*).—Acepto, Pedro: huyamos cuando quieras.

DON PEDRO.—¡Gracias, María!

MARIA.—Acepto, porque conozco que me sería muy amargo seguir engañando á Juan... Más vale que le abandone... Si no es feliz, al menos no verá su nombre profanado en su misma casa... Acepto, porque así, á pesar mío, á pesar de nuestro amor que ya en

mí lo absorbe todo, no puedo apartar de mi mente mil espantosas alucinaciones que me hacen pagar cara mi falta.—Cuanto me rodea parece que se conjura para insultarme, para amenazarme!.. En estos días que no has estado á mi lado he sufrido lo que no tienes una idea: me parecía que hasta esos muebles me miraban y me echaban en cara lo que he hecho!... Te escribía mis penas y no me contestabas!...

DON PEDRO.—¡Qué! ¿y mis cartas?...

MARIA.—¡Las mías querrás decir!..

DON PEDRO.—(*con sorpresa*). ¡Las tuyas!

MARIA.—¡Sí, las mías, que se quedaban sin respuesta!

DON PEDRO.—Te juro, María, que á pesar de tu silencio te escribía diariamente...

MARIA.—(*interrumpiendo y acercándose á él*). ¿Es verdad?.. (*con terror*) ¡Se me ocurre una idea terrible!...

DON PEDRO.—No lo dudes.

MARIA.—(*en voz baja y con espanto*) Pedro... ¿Y si él las hubiese interceptado?

DON PEDRO.—(*dudando*). ¡Imposible!

MARÍA.—(*continuando en el mismo tono*). Mira: hay momentos en que Juan me habla de una manera extraña: á veces su voz es triste y sombría y otras sus palabras me han parecido irónicas y amenazadoras... ¡Hace como un mes que no sale de su habitación, donde se lleva dedicado á un trabajo misterioso!.. (*con convicción*) ¡Oh! no lo dudes!.. Yo pensaba que esto era efecto de mi temor! pero ahora veo que es la verdad, Juan nada ignora, Pedro!..

DON PEDRO.—¡Me asustas, María! Es menester que te salves al instante!.. Ese hombre de apariencia tranquila y fría, sería capaz de matarte... (*con resolución*). —¡Cinco minutos sólo te pido de espera!.. El tiempo necesario para sacar mis papeles de mi habitación!.. Por Dios, que te encuentre pronta para seguirme!...

MARÍA.—Sí, despidámonos para siempre de estos lugares.

Vuelve pronto, Pedro; porque si él me dijese una sola palabra yo no podría... ni querría defenderme!

DON PEDRO.—Dentro de un momento ya nada tendremos que temer!....

(*¡Vase rápidamente por la derecha del foro!*)

ESCENA V

MARÍA, *después* DON JUAN

MARÍA.—(*con angustia y sobresalto*) ¡Yo debía haberle notado antes!... ¡Partiré como estoy sin llevar nada... más que mis remordimientos!...

(*Se oye un tiro dentro*).

Ah! ¿qué sucede? (*gritando*) ¡quién anda ahí!...

(*Aparece don Juan, trayendo nn rollo de papeles en la mano; cierra la puerta del jardín; hace otro tanto con la de la izquierda y en seguida se acerca á María*).

DON JUAN.—(*friamente*) Soy yo que acabo de matar á tu amante.

MARÍA.—Ah!... todo lo sabías! (*cae medio desfallecida en un sillón*)

DON JUAN.—(*sentándose y colocando los papeles sobre la mesa.*) ¡Todo!—(*con firmeza*) ¡De pie, señora, como el reo ante su juez!

MARÍA.—(*haciendo un penoso esfuerzo para levantarse*). ¡No puedo!... (*consiguiendo trabajosamente ponerse de pie*). Te escucho...

(*Pausa, después de la cual don Juan comienza con voz tranquila y reposada su relato*).

DON JUAN.—Hubo una mujer, María, por la cual un antiguo soldado de la patria, esclavo de su honor y de su deber, lo habría dado todo: su fortuna, su gloria y su vida.—Bien lo merecía, porque era joven, hermosa y honrada.—El que la amaba, que era tam-

bién joven y que además era rico se acercó a ella i le ofreció su mano.—Ella aceptó... su padre fué el que aceptó, si tú lo quieres, pero ella fingió acceder gustosa á los deseos de su padre.—Fueron felices... es decir, él fué feliz, ¡muy feliz! puedo responder de esto. En cambio pagaba esta felicidad con un cariño y una solicitud más que de esposo, de amante: cifró su ventura en convertir en realidad todos los deseos de su esposa; ¡la sonrisa de su mujer era la alegría de su corazón!....(*pausa*).—A pesar de tanta ternura llegó un día en que recibió por pago la más terrible de las afrentas; en que oyó, temblando de cólera y de desesperación los juramentos de amor que esa mujer hacía á otro; (*exaltándose*) en que escuchó, con el alma desgarrada, los besos de los adúlteros amantes; en que vió, con ensangrentados ojos, su fe burlada y su nombre sin mancha arrastrado por el barro.

MARÍA.—(*cayendo de rodillas*) Soy muy culpable!

DON JUAN.—(*continuando*) La mujer eras tú, María; el esposo, yo; el amante, el que acaba de morir! .. ¡Contento hubiera renunciado á la vida en el instante en que conocí tu falta!...porque viviendo no podía permanecer indiferente... Dios quiso que viviera... ¡Dios sabe lo que hace! (*pausa*).—Existe algo, María, hay un sentimiento que es para mí una religión; algo que he amado en el mundo más que á tí; algo que ha sido siempre para mí sagrado, inviolable: ¡mi honor!—Tú me has herido en mi honor y mi honor se ha levantado y me ha dicho: «Acusa que, aunque ofendido, sabré ser juez imparcial».—Has sido, pues, acusada, María, ante el tribunal de mi honor.

MARÍA.—(*levantándose*). ¡Por compasión!

DON JUAN.—¡Silencio!—Fuiste acusada por el esposo infamado, que todo lo había visto, y que á pesar de esto, tuvo que sostener una larga lucha de tres meses, que fueron tres siglos, antes de resolverse á pensar en el

castigo de la que había sido la vida de su vida.—¡Mil veces tuvo que ser testigo de las misteriosas citas, en que entre infames trasportes se le injuriaba diariamente!.. Mil veces tuvo que pasar su vista por las apasionadas cartas que los amantes se enviaban, en las cuales cada renglón parece escrito con fuego... con el impuro fuego que ardía en tu pecho y en el de ese don Pedro!.. (*pausa*).—Me determiné por fin, María, á pesar tu falta, y al mismo tiempo á ser justo, ¡implacablemente justo!... (*señalando los papeles*).—Todo eso está aquí: lo que he oído, lo que he visto, lo que tú y el otro se han escrito... Voy á leértelo!..

MARÍA.—¡Oh, nó!..

DON JUAN.—Bien.—Es verdad que es inutil; tú lo sabes mejor que yo.—Tuviste un defensor....

MARÍA.—(*interrumpiendo*). ¡Un defensor!....

DON JUAN.—Sí.—Por más extraño que te parezca hubo quien te defendiera.—Tuviste un defensor apasionado, que buscó en tu juventud, en tu inexperiencia, en las posibles infidelidades del esposo, en el fuego de las pasiones tal vez no satisfechas, en todo, en fin, hasta en los groseros impulsos de esta miserable materia, una excusa para tu falta, un motivo para la clemencia del juez!.. Un defensor que presentó á tu marido como el martirizador permanente de una mujer infortunada, á quien perseguía hasta que se dejaba hurtar algunos hipócritas favores!.. (*señalando los papeles*).—Aquí está también la defensa empapada por mis lágrimas... ¡porque yo fuí tu defensor, María!.. ¡Yo les decir, el hombre que olvidando su ultraje, sólo se acordaba de que te había amado, y que quería á toda costa torcer el fallo de la justicia.

(*Tomando los papeles en ademan de ir á leer*).

¿Quieres leerla?...

MARÍA.—(*con suprema angustia*). Nó ¡Qué esto concluya pronto!

DON JUAN.—El honor, María, después de ver las acusadoras pruebas y la ardorosa defensa, hizo imparcialmente su oficio de Juez y pronunció su sentencia.—Dijo que si tú te hubieras pertenecido, que si en ti no hubiera estado encarnado algo que era mío, esto es, mi nombre y mi honra, bien podía ser perdonado tu extravío; pero que como habías dado lo que no era tuyo, como habías manchado de infamia lo que á mí me pertenecía, eras culpable.—(*pausa*).

MARÍA.—(*con abatimiento*). ¿Y....?

DON JUAN.—Fuiste condenada.

MARÍA.—¿A qué?

DO JUAN.—(*levantándose*). A morir.

MARÍA.—(*con resignación*).—¡A morir!

DON JUAN.—¡Ni una súplica!—Todos tus ruegos serían inútiles!—Has sido sentenciada y la sentencia se ejecutará sin odio ya por mi parte, pero sin que por esto te sea posible conmoverme!—(*con ligera ironía*). Ustedes iban á partir, ya él ha partido... síguele!.. (*saca un puñal y un frasco*). Hé aquí (*mostrandole el puñal*) el arma de que me serviré si te resistes. (*vertiendo el contenido del frasco en una copa*). —Hé aquí una muerte dulce y tranquila, sin agonía y sin dolor.—Elige.—Tú estabas enferma, María; bien te lo decía yo.—(*Le alarga la copa*). Bebe el remedio.

MARÍA—Juan, muy criminal he sido.—Tú eres simplemente justo... Mentiría si te dijese que temo morir... Dame el tiempo necesario para pedir perdón á Dios...

DON JUAN.—Basta un segundo para obtener la compasion del cielo... Pídela, pero que sea pronto. (*pausa, cuando* MARÍA *se arròdilla, ocultando la cara con sus manos. Don* JUAN *espera impasible y sombrío*).

MARÍA.—(*levantándose y dirigiéndose resueltamente á don Juan*). Estoy dispuesta!

DON JUAN.—(*Presentándole la copa*) ¡Bebe!

MARÍA.—¿Me perdonas, Juan?

DON JUAN.—(*con voz sombría*). Cuando hayas muerto.

MARÍA.—(*Lleva la copa á sus labios, pero se detiene de repente, como sorprendida de una idea terrible, dejándola sobre la mesa.—Se oprime el pecho con ambas manos y cae al fin de rodillas, dando un grito*!... ¡Nó!... piedad! ¡Sería un crimen espantoso!... Tú tendrás compasión de mí!...

DON JUAN.—¡Alza, cobarde!—¿La has tenido tú acaso?—Te he dicho que morirás!

MARÍA.—(*Gimiendo*). ¡Oh! no es por mí!... Tú tienes la razón!... He sido falsa, impura, culpable!... Desde que pronunciaste la primera palabra me resolví á morir... y moriré, no lo dudes, sin exhalar una queja!... Pero no ahora!... Necesito vivir!... Un poco, nada mas que un poco de tiempo!... Y después haré lo que quieras! ¡ten misericordia!...

DON JUAN.—¡Pídesela á Dios!

MARÍA.—¡Por ese Dios que acabas de nombrar, y que perdonó á la mujer caída!

DON JUAN.—¡El era Dios... yo sólo soy un hombre!

MARÍA.—(*Con desesperación*). Pero ¿no quieres comprenderme? ¿no ves que no es por mí por quien me arrastro á tus plantas?

DON JUAN.—¡Qué dices!...

MARÍA.—¡Te pido perdón para quien es inocente!... ¡Para el hijo que he sentido agitarse en mis entrañas!...

DON JUAN.—(*Con estupor*). ¡El hijo!

MARÍA.—(*Tomándole las manos*) ¡Sí!... ¡Perdón para mi hijo! sólo la madre ha sido criminal!...

DON JUAN.—(*Enfurecido*). ¡Desdichada! (*remeciéndola*).—¡Y piensas moverme á compasión... (*con rabia creciente*).—¡El hijo que lleva en sus entrañas!

MARÍA.—¡Tú no puedes matar á mi hijo!..

DON JUAN.—(*Con ira que va en aumento*). Pero ¡no miras que si te dejase vivir, ahogaría con mis propias ma-

nos á ese hijo, la primera vez que se atreviese á darme el nombre de padre!...

MARÍA.—(*Desasiéndose de don Juan y levantándose espantada*). ¡Ah! monstruo!... Y, piensas que no le defenderé!...(*corriendo á las diversas puertas en busca de salida*) —¡Socorro! socorro!—¡Nó!.. ¡no me matarás!...

DON JUAN.—(*Amenazante*) ¡Basta, María!—No hagas que la justicia tome el ensañamiento de la venganza!

MARÍA.—(*Remeciendo las puertas*) ¡Cerradas! cerradas! (*volviendo y arrojándose nuevamente á los pies de don Juan*). ¡Perdón! perdón!...él es inocente...(*le besa las manos*), Tú eres bueno, Juan!... Después me matarás!... pero deja vivir á mi hijo!...

DON JUAN.—(*Presentándole nuevamente la copa y queriendo obligarla á que beba*). ¡Piensa en Dios!

MARÍA.—(*Arrojando lejos de sí la copa*). ¡Nó! no beberé!—Piedad, Juan!.. (*Don Juan se dirige á la mesa de la cual toma el puñal, se precipita sobre María y la hiere, á pesar de los esfuerzos que ésta hace para evitar los golpes*).

DON JUAN.—(*Hiriéndola*). ¡Qué la tenga el cielo!

MARÍA.—(*Cayendo*). ¡Ay!

(*Vase rápidamente don Juan*).

ESCENA ULTIMA (1)

MARÍA

(*Vuelve en sí después de un momento*)

¡Yo muero!...hombre sin entrañas!...Hijo mío inocente!... (*asaltada por una idea repentina*) Ah! esos papeles!... (*arrastrándose penosamente hasta la mesa*).—Aún puedo

(1) Esta escena puede ser suprimida en la representación del drama. (N. del A).

destruírlos y no quedará vengado!... Aparecerá como un asesino vulgar!.. ¡Sí! (*alcanzando los papeles después de un grande esfuerzo*)— ¡Gracias! gracias! Dios mío! (*continúa arrastrándose hasta la chimenea, llena de ansiedad; llega á ella y hace ademán de arrojar al fuego los papeles, pero de repente se detiene*).—Ah! ¿qué voy á hacer?.... (*retira el proceso y se arrodilla conservándolo entre sus manos y afirmándose moribunda en un sillón*).— Señor, Señor!... Tú eres testigo de que pude hacer desaparecer todo esto!... Tú ves que no lo hago... y que entrego mi memoria al desprecio de las gentes.... Pero... en cambio... Señor... ¡perdóname!...

(*Espira y cae el telón*).

FIN DEL DRAMA



INDICE

	Páginas
Prólogo	VII
La Camila ó la Patriota de Sud-América, por C. Henríquez	1
Los Amores del Poeta, por Carlos Bello	41
Ernesto, por Rafael Menville	73
Juana de Nápoles, por Salvador Sanfuentes	131
La Independencia de Chile, por J. Antonio Torres	237
La Conjuración de Almagro, por G. Blest Gana	277
Manuel Rodríguez, por C. Walker Martínez	407
El Tribunal del Honor, por D. Daniel Caldera	493